



JOANA MARCÓS

# TARDES DE OTOÑO



1

¿Qué es lo peor que podría pasarle a la pobre Mara después de encontrarse con el que fue el amor de su infancia ochos años después de la última vez que lo vio?

Ah, sí. Que siguiera sintiendo cosas por él... Y se negara a asumirlo por ser una testadura.

Suerte que Aidan era todavía más testaduro que ella.

©Todos los derechos reservados.

2

TARDES DE OTOÑO

# JOANA MARCUS

3

4

# ÍNDICE

Capítulo 1. Capítulo 12

Capítulo 2. Capítulo 13

Capítulo 3. Capítulo 14

Capítulo 4. Capítulo 15

Capítulo 5. Capítulo 16

Capítulo 6. Capítulo 17

Capítulo 7. Capítulo 18

Capítulo 8. Capítulo 19

Capítulo 9. Capítulo 20

Capítulo 10. Capítulo 21

Capítulo 11. EPÍLOGO

5

## INTRODUCCIÓN

Odiaba las fiestas.

Y no, no era una forma de hablar. Las odiaba de verdad.

Y odiaba todavía más ese infierno disfrazado de lugar divertido que eran las horribles, tenebrosas y temibles... fiestas universitarias.

La maldita cancioncita que sonaba —no sé ni cuál era, pero sonaba odiosa — se estaba empezando a meter en mi cerebro. Lo peor es que no me

gustaba pero estaba segura de que me pasaría el día siguiente canturreándola como una idiota.

Puse los ojos en blanco disimuladamente. Y digo disimuladamente porque mi buena y traidora amiga Lisa me echaba ojeadas de vez en cuando para asegurarse de que seguía viva.

Bueno, y también para asegurarse de que no me había ido corriendo, claro.

Ella estaba bailando con una sonrisita. La gente la rodeaba como si fuera una más. Pero yo sabía que, aunque lo intentara, no harían lo mismo conmigo. No sabía integrarme. Se me daba fatal.

Bueno, supongo que mi cara de asco tampoco ayudaba mucho a la parte de integrarse, la verdad.

En serio, ¿por qué había aceptado ir a esa fiesta? Con lo bien que estaría en casita...

Porque Lisa es una pesada y le debías un favor.

Ah, sí, por eso.

Maldita Lisa y sus favores.

En realidad, no era una fiesta cualquiera, era una ocasión especial. El hermano mayor de Lisa había ganado no sé qué de boxeo y tooodo eso era para celebrar que había terminado lo que fuera que hacía siendo ganador.

Bueno, la parte que le interesaba a Lisa es que también se había comprado una casa por aquí y, en un mes, empezaría a vivir cerca de ella.

Es decir, que Lisa lo vería por primera vez en casi un año y podría seguir viéndolo prácticamente cada día.

Ella estaba entusiasmada con ello, pero yo no tanto.

Maldito Aiden Walker.

Incluso su maldito nombre sonaba a personaje malo de película para adolescentes.

O a crush de película para adolescentes.

6

Maldito Aiden Walker. Por culpa suya estaba en una maldita fiesta rodeada de maldita gente con malditas bebidas alcohólicas que hacían que se comportaran como malditos idiotas.

Me acordaba de Aiden. Vagamente, pero lo hacía.

Era difícil olvidarlo, claro.

Cuando era pequeña, iba constantemente a casa de Lisa y lo veía siempre por ahí. Y él era el típico niño callado, guapísimo y misterioso que, por algún motivo, me volvía loca.

Bueno, a mí y a medio instituto.

Lo juro. Estaba enamorada de ese chico. Lo estuve hasta los doce años, cuando me cambiaron de instituto a mitad de curso, perdí un poco de contacto con Lisa y, en consecuencia, también lo perdí con él. Cuando Lisa y yo volvimos a estar unidas, a los dieciocho, él ya ni siquiera vivía con ella.

Y ahora, dos años más tarde y casi ocho años después de verlo por última vez...

estaba en su fiesta de bienvenida.

Lo peor es que ni siquiera había llegado a intercambiar dos frases con él cuando éramos pequeños, pero aún así me sentía tan nerviosa como si estuviera a punto de reencontrarme con mi exnovio.

Suspiré y le hice una seña a Lisa hacia la cocina. Ella asintió y siguió bailando con una sonrisa.

A veces me gustaría ser tan socialmente perfecta como ella, pero se me pasaba rápido. Vivía demasiado bien en mi solitaria amargura personal.

Me detuve en la mesa que había junto a la cocina. Estaba repleta de bebidas. Uf, no, alcohol no, por favor...

Mis ojos se posaron en la solitaria y triste botella de agua que había en medio del cubo con hielo, rodeada de alcohol de todo tipo. Ni siquiera estaba abierta. Estaba segura de que nadie la había querido y que había permanecido ahí desde el inicio de la fiesta, ignorada.

Todas somos la botella tristemente olvidada.

Con una sonrisita triunfal, extendí la mano hacia delante para agarrar la botella, mirando a Lisa de reojo.

Sin embargo, mi sonrisa se borró cuando en lugar de una botella alcancé... algo que definitivamente no era eso.

Fruncí un poco el ceño y me giré hacia mi mano. Estaba rodeando otra mano. Y

la mía era ridículamente pequeña en comparación.

Levanté la mirada de golpe, sin saber por qué, y me arrepentí al instante en que me vi a mí misma atrapada en dos ojos ámbar.

Oh, no.

Alarma roja, repito, ALARMA ROJA.

Me quedé mirándolo fijamente y, de pronto, sentí que una extraña corriente eléctrica me recorría el cuerpo entero, empezando en el punto exacto en que nuestra manos se tocaban.

Huye, perra, huye.

¡No podía moverme!



Seguí mirándolo fijamente, completamente absorta, y él hizo exactamente lo mismo. Ni siquiera pude bajar los ojos para recorrerle la cara con los ojos. Solo podía devolverle la mirada.

7

Entreabrí los labios, completamente sobrepasada por la confusión de sentimientos que se agolparon en mi interior, y él bajó automáticamente la mirada hacia mis labios.

Y ahí se rompió el hechizo.

Vale, hora de empezar la huída despavorida.

Di un paso atrás y le solté bruscamente la mano. Mi respiración estaba acelerada y ni siquiera entendía el por qué. Tragué saliva con dificultad y levanté la cabeza.

Todavía me estaba mirando.

Quería irme, pero era como si todo mi cuerpo se hubiera aliado en mi contra para decidir que tenía que quedarme ahí, mirándolo fijamente hasta que él dejara de hacerlo. Como si fuera una competición. Y yo no podía dejar de hacerlo. En serio, no podía.

Era como si hubiera algo entre nosotros que se rompía cada vez que apartaba la mirada y, de alguna forma, necesitara restablecerlo al instante.

Entonces, vi que él apartaba un momento la mirada y me di cuenta que alguien se había acercado y le decía algo. Él volvió a girarse hacia mí, ignorándolo, pero yo ya me había decidido.

Sí, hora de salir corriendo.

Me di la vuelta apresuradamente y me metí entre la gente. ¿Qué demonios había sido eso? ¿Estaba borracha? ¡Si solo había bebido agua!

Sacudí la cabeza, como intentando sacarme la sensación de la cabeza. Era como si una parte de mí me impidiera seguir alejándome. Y me estuviera

diciendo que me diera la vuelta, porque seguía sintiendo su mirada clavada en la nuca.

Pero no. No sabía qué había sido eso, pero no quería repetirlo. En absoluto.

Tenía que encontrar a Lisa e irme de aquí. Ahora mismo.

Intenté cruzar la masa de gente bailando, pero como era algo bajita nadie me prestó atención y, por lo tanto, nadie se apartó para dejarme pasar. Solté un sonido de frustración cuando intenté empujar a dos personas para pasar por su lado, pero ni siquiera me miraron.

Como si algo en mi cuerpo se hubiera activado, noté un escalofrío recorriéndome la espina dorsal y hundiéndose en mi organismo. Me giré automáticamente y me quedé sin aliento cuando lo vi a él a unos pocos metros, entre la gente, mirando a su alrededor con el ceño fruncido, como si buscara a alguien.

Dios mío, ¿me estaba buscando a mí?

No, no, no. Prefería no saberlo.

Intenté dejar de mirarlo y seguir con mi huída, pero casi al instante en que lo pensé, él se quedó muy quieto y se giró hacia mí. Y fue la primera vez que tuve la perspectiva perfecta de su cara entera.

Ojalá no la hubiera tenido.

Oh, no. ¿Por qué tenía que ser sexy?

La huída se va complicando más y más.

Incluso con esa luz horrible podía ver los reflejos de un pelo castaño y corto, unis labios ligeramente carnosos curvados hacia arriba por solo un lado, una nariz romana muy al estilo Tom Cruise y unos ojos dorados clavados en mí.

Sí, en mí.

En medio de toda esa masa de gente... ¿por qué demonios me miraba a mí?

¿Me había visto bien?

8

Tuve que luchar conmigo misma para no sonreírle. Y fue muy fácil cuando él apartó a alguien de su camino y vi que empezaba a acercarse a mí.

Oh, no, no, no...

Como si me estuviera persiguiendo un asesino en serie, pasé por debajo de los brazos de esos dos que no se habían apartado y empecé a dirigirme hacia la entrada entre la gente apretujada. Lo siento por Lisa, pero ya la avisaría en otro momento.

Ahora estaba huyendo despavorida y ni siquiera sabía muy bien por qué.

Me giré instintivamente y mi corazón dio un vuelco cuando vi que me estaba siguiendo como si no entendiera por qué me iba de esa forma. Bueno, ¡yo tampoco lo entendía, pero quería hacerlo!

Le fruncí el ceño, enfadada, como diciéndole que me dejara en paz. Él levantó la otra comisura de su boca y me dedicó una sonrisa completa y odiosamente arrebatadora.

Oh, capullo.

Eso era jugar sucio.

Le puse mi peor cara —que no pareció tener mucho efecto sobre él— y seguí abriéndome paso como pude.

Casi había entrado en desesperación cuando conseguí salir de entre la masa de gente y llegué sin aliento a la zona de la entrada, buscando la puerta principal.

Justo cuando la encontré y me di la vuelta, choqué de frente con alguien.

Por un momento, la posibilidad de que fuera el chico de los ojos ámbar casi hizo que me diera un infarto, pero.... Menos mal, era Lisa.

—¿Ya te vas? —me preguntó, confusa—. Te he visto casi corriendo hacia la entrada.

—Sí —le dije a toda velocidad—. Hay un chico muy sexy que me persigue.

Ella frunció el ceño.

—¿Y tú huyes de él?! —preguntó, como si fuera lo más disparatado de la historia.

—¿Podría ser un loco!

—¿O un chico sexy que quiere conocerte un poco, Mara!

—Prefiero no arriesgarme.

Di un respingo cuando lo vi emerger entre la gente y su mirada se clavó en mí.

Me centré en Lisa al instante.

—Dios, viene hacia aquí —murmuré.

Ella hizo un ademán de girarse, entusiasmada, pero la detuve por el hombro. No sabía disimular.

—Si me pregunta, le diré que eres mi novia, ¿vale? —le dije apresuradamente.

—Pero ¿por qué te cuesta tanto aceptar que podría ser alguien a quien le has gustado?

—Porque sí —enarqué una ceja—. ¿Vas a seguirme el juego o no?

—Pues claro que sí —sonrió ampliamente—. Si nos tenemos que besar para que se lo crea, no se lo cuentes a mi novio.

—Estoy segura de que tu novio tendría fantasías con ello —puse los ojos en blanco.

Lisa se echó a reír.

—Sí, probablemente.

9

Todo mi cuerpo se tensó cuando vi que ya apenas estaba a unos pocos metros de nosotras. Miré a Lisa significativamente y ella asintió como si acabara de aceptar la misión secreta que cambiaría su vida.

Y, justo cuando se detuvo a nuestro lado y yo abrí la boca para empezar con el teatrillo... él me interrumpió.

—Hola, Lisa —la saludó con una pequeña sonrisa.

Dios, incluso su voz era sexy y...

Espera...

¿Cómo que Lisa? ¿Se... conocían o...?

Mi mejor amiga abrió los ojos como platos y se giró en redondo hacia él. Antes de que pudiera reaccionar, soltó un chillido de emoción y se lanzó a los brazos de don ojos dorados, abrazándolo con fuerza por el cuello.

Pero... ¿qué...?

—¡Aiden! —chilló.

Espera...

Espeeeeera...

¿Aiden?

¿Aiden... su hermano?

Levanté la mirada hacia él automáticamente y casi me desmayé cuando me sonrió significativamente por encima del hombro de Lisa.

¡¿Ese era el niño flacucho y callado que recordaba?!

¡Imposible!

Dios mío, que la pubertad me diera en la cara como le había dado a él, por favor.

Lo repasé de arriba abajo dos veces seguidas sin poder evitarlo, pasmada. ¿Cómo no lo había reconocido?

Dios, esos ojos dorados no podían confundirse. ¿Cómo no me había dado cuenta?

Porque estabas ocupada estando caliente.

Gracias por tanto, conciencia.

Aiden dejó a Lisa en el suelo y ella se giró hacia mí, entusiasmada.

—¡Mara, este es mi hermano! —me chilló, emocionada—. ¿Te acuerdas de él?

Hace mucho que no lo ves.

Miré avergonzada a su hermano, y noté que mi cara se calentaba cuando él aumentó su sonrisita.

—Yo diría que no se acordaba de mi cara, Lis —le dijo sin despegar sus ojos de mí.

Oh, qué gracioso, el capullo.

—Bueno, han pasado muchos años —Lisa le restó importancia con un gesto de la mano—. Es normal. ¿Tú te acordabas de ella, Aiden?

Él elevó ligeramente una ceja al mirarme esa vez.

—Perfectamente —y enmarcó cada maldita sílaba.

Ojalá esa maldita palabra no hubiera afectado a mi sistema nervioso de la forma en que lo hizo.

—Ahora que lo pienso... —Lisa sonrió ampliamente—, ¡Aiden, tú podrías ayudarnos!

¿Ayudarnos? ¿De qué estaba hablando ahora?

10

Él también pareció un poco confuso cuando por fin rompió el contacto visual conmigo y miró a su hermana pequeña.

—¿Ayudaros? —repitió.

—Es que Mara me ha contado que un chico muy sexy la persigue y he pensado que tú podrías espantarlo.

Oh, no.

Oh, no, por favor.

Tierra, trágame y escúpeme en el infierno.

Toma, te doy el maquillaje de payasa para que empieces a ponértelo.

Mi cara se volvió completamente roja cuando Aiden giró lentamente la cabeza hacia mí con su sonrisa satisfecha aumentando lentamente.

—¿Un chico muy sexy? —repitió, mirándome.

Tuve que luchar con todas mis fuerzas para poder encontrar mis cuerdas vocales, pero cuando lo hice me esforcé para que mi voz sonara convincente.

—Y muy pesado —añadí.

Si lo que pretendía era irritarlo, conseguí lo contrario, porque sus ojos brillaron con diversión.

—Seguro que ni siquiera le has dado una oportunidad de hablar contigo —me dijo.

Y, de pronto, yo no me acordaba del resto del mundo. Solo podía sentir esa mezcla extraña en mi interior mientras intentaba centrarme en decirle algo coherente en lugar de quedarme mirando su boca perfecta moviéndose al hablar.

—Es que no me interesa dársela —aclaré.

—Seguro que si se la das no te arrepientes.

—Seguro que sí lo hago.

Lisa nos miraba como si nos hubiéramos vuelto locos.

—Pero ¿de qué estáis hablando? —frunció el ceño.

Creo que ninguno de los dos lo hizo a propósito, pero tanto Aiden como yo la ignoramos. Estábamos muy ocupados mirándonos el uno al otro; yo con rabia y él con diversión.

—¿Ya te ibas a de mi fiesta? —preguntó, señalando la puerta.

Oh, oh. Hora de improvisar.

—Tengo sueño —mentí.

—Es pronto —me provocó, burlón.

—Tengo sueño igual. Y cuando tengo sueño me pongo de mal humor.

—Lo anotaré para el futuro.

Lisa puso una mueca y dio un paso atrás.



—Vale, de repente me siento como si sobrara —dijo, sacudiendo la cabeza—.

¿Queréis que saque un violín para acompañaros?

Le puse mala cara y ella sonrió alegremente.

—Bueeeeno... creo que es mi momento perfecto para brillar en la pista de baile,

¿no? ¡Pasadlo bien los dos solitos!

Y, la muy traidora, nos dejó solos, ignorando mis miradas de súplica silenciosa.

De hecho, mientras se alejaba, incluso me guiñó un ojo.

Traidora.

Sabía que tenía que irme de ahí, pero una parte extraña de mí quería permanecer en la fiesta un ratito más, aunque fuera solo para ver qué pasaba. Y ni siquiera estaba muy segura de por qué.

11

Al final, fue Aiden quien rompió el silencio.

—¿No te está gustando la fiesta?

Vale. Una pregunta trivial. Podía lidiar con eso sin tartamudear o parecer estúpida.

—No está mal —me encogí de hombros—. Las fiestas no suelen gustarme.

—¿Y qué te gusta?

Vale, ¿por qué eso había sonado como si me preguntara otra cosa?

Decidí en apenas un segundo que lo más inteligente era desviar la pregunta hacia él para no hacer el ridículo.

—Pocas cosas, soy muy rarita. ¿Y a ti? —enarqué una ceja, mirándolo—. ¿Lo que te gusta es golpearte con tipos sudorosos en un ring?

Sí, era boxeador.

Y sí, ese detalle de repente me gustaba más de lo que debería.

La provocación tuvo el efecto contrario al que quería, porque su sonrisita creció un poco.

Es decir, que el nudo que estaba empezando a formarse en la parte baja de mi estómago, también.

—Entre otras cosas, sí —bromeó.

—Pues no suena muy fascinante.

—Podrías venir a ver algún combate.

—Lisa me ha dicho que no harás ninguno oficial hasta dentro de un tiempo.

No obtuve una respuesta inmediata, lo que me hizo volver a mirarlo. Y supe que había elegido una muy mala combinación de palabras cuando vi que me estaba sonriendo completamente.

—¿Le has preguntado por mí?

Oh, no.

Callejón sin salida.

—No —mentí casi al instante. Demasiado rápido—. Me lo ha dicho ella. Sin que le preguntara... nada.

—Ya.

—Bueno... —hora de escapar de ahí antes de que me explotara el cuerpo —, yo ya me iba. Disfruta de tu fiesta y...

—¿Puedo llevarte a casa?

¿Eh?

¡Siiií!

¡No!

¡Aburrida!

¡Testaruda!

La pregunta me pilló completamente desprevenida. Lo miré abiertamente por primera vez y él dio un paso en mi dirección, acortando las distancias entre nosotros.

—Es tu fiesta —le recordé.

—Y por eso puedo decidir cuándo quiero irme de ella.

Oh, eso no debería hacer que mi sistema nervioso se estremeciera de esa forma tan ardiente.

—¿Y Lisa? —pregunté finalmente.

—Eres su amiga, sabes que no querrá irse hasta las seis de la mañana.

12

Y el capullo tenía razón.

Me estaba quedando sin excusas y mis nervios iban aumentando, por lo que mi imaginación iba decayendo. Y creo que él lo sabía, porque su expresión divertida empezó a ser triunfal.

—¿Y bien? ¿Puedo acompañarte?

¡SIIIIÍ!

¡QUE NO!

—¿Para qué? —pregunté a la defensiva.

—Para ponernos al día —dijo como si fuera algo inocente, pero haciéndolo sonar como lo contrario—. Hace mucho que no sé nada de ti.

—No hablaste demasiado conmigo cuando éramos pequeños —le recordé, algo resentida.

—Amara, tenía quince años. Y tú doce.

—Pero era muy madura para mi edad, ¿vale?

—Por lo que recuerdo, también eras igual de testaruda que ahora.

Bueno... ¡vale, tenía razón!

Le puse mala cara y, al final, me rendí.

Si resultaba ser un loco armado y me mataba... pues eso que me ahorra vivir.

—mhm... vale —murmuré.

Ojalá se me hubiera ocurrido algo más ingenioso que eso.

—¿Nos vamos? —preguntó al ver que no me movía.

—Tú delante —murmuré.

Me miró como si le hubiera privado de algo, pero no protestó y se puso delante.

La gente, desde luego, se apartó más a su paso que al mía. Él destacaba más que yo, le sacaba unos cuantos centímetros de altura a la mayoría de la gente de la sala.

Y me hacía sentir como un gnomo a su lado.

Admito que... puede que lo recorriera un poco con la mirada por el camino.

¡Lo admito!

¡Pero tú también lo hubieras hecho, confiesa!

Lo confieso, no me escondo.

Bueno, la cuestión es que tenía buen culo, el capullo.

Como si todo el resto de su anatomía no fuera lo suficientemente perfecta. La naturaleza podía llegar a ser muy egoísta.

Aiden me miró por encima del hombro y yo subí la vista justo a tiempo para ver que dedicó una sonrisita fugaz antes de volver a girarse.

Y... mi cuerpo entero volvía estar funcionando a toda velocidad. Solo con eso.

¿Cómo podía provocarme eso solo con una sonrisita? Era ridículo.

Se detuvo delante de un coche azul oscuro cuyas luces parpadearon al abrirlo.

Muy caballeroso, me abrió la puerta del conductor y me hizo un gesto para que entrara.

Yo le dediqué una miradita de desconfianza antes de hacer un ademán de subirme, pero me detuve en seco cuando su expresión cambió de golpe.

—Pero ¿tú estás loca? —espetó de pronto.

A ver, sí que lo estaba, pero a él no le había dado tiempo a saberlo.

Parpadeé, sorprendida, cuando me señaló.

—¿Qué pasa? —pregunté, mirándome a mí misma.

Llevaba mi top rojo favorito —que prácticamente todavía estaba nuevo porque nunca salía de fiesta— mis pantalones negros largos y mis botas también negras.

¿Tan mal conjunto era? Yo me veía bien.

—¿Cómo se te ocurre ir así vestida en pleno octubre? —preguntó, alarmado.

Espera, ¿era eso?

Intenté ocultar una sonrisita divertida. ¿A él que le importaba?

—Bueno, no tenía pensado salir de la casa —me defendí—. Y ahí dentro se está calentito.

—¿Nunca te han enseñado el concepto abrigo?

—Oye, no me hables como si fuera idiota, idiota.

Él suspiró y pasó por mi lado para llegar al asiento trasero. Levanté las cejas cuando me lanzó lo que parecía un jersey negro.

Lo miré con cierta desconfianza.

—¿Tengo aspecto de necesitar donaciones de ropa?

—No, pero ese top sí. Y grita neumonía en siete idiomas diferentes.

—No lo quiero, gracias.

—Solo es un jersey.

—Tengo jerséis de sobra.

—Pero ninguno está aquí, y ese sí.

—No. Lo. Quiero.

—Dios mío, ¿siempre estás tan a la defensiva?

En realidad, no. No sé qué me pasaba con ese chico para ser así.

Al verme dudar, puso los ojos en blanco y lo señaló.

—Solo... pónitelo y ya está.

—Las cosas se piden por favor —lo provoqué.

—Dudo que me hagas caso aunque te lo pida por favor.

Bueno, vale, eso también era cierto.

Como sí tenía un poco de frío, muy digna, me lo pasé rápidamente. Me quedaba bastante grande, aunque con la diferencia de altura no era muy sorprendente.

Esta vez sí que subí al coche y me quedé plantada en el asiento del copiloto.

Mientras Aiden daba la vuelta al coche para sentarse a mi lado, no pude evitarlo y subí disimuladamente el cuello del jersey hacia mi nariz para inhalar profundamente. Ni siquiera fui consciente de lo que hacía hasta hacerlo. Y... olía a él. Igual que el coche.

Y era... extrañamente embriagador.

¿Desde cuándo me fijaba en cómo olía alguien?

Desde que ese alguien es un adonis.

Bajé el cuello al instante en que él se detuvo al lado de su puerta y se metió en el coche, a mi lado. Después de preguntarme dónde vivía, puso la calefacción y arrancó el coche dirigiéndome una mirada curiosa, pero sin decir nada.

Y así pasamos cinco minutos en pleno silencio.

Sin radio, ni nada. Solo silencio.

Y... honestamente... la atmósfera de ese coche no era incómoda. Ni tensa.

Era... como una maldita sauna.

Yo tenía la mirada clavada al frente, pero sentía las miraditas de soslayo que me echaba él. Y cada vez que lo hacía tenía que tragar saliva porque se me secaba la garganta.

14

De hecho, el jersey me molestaba, y no porque fuera incómodo, sino porque estaba acaloradísima. Por un momento, me pregunté si era cosa de la calefacción, pero no estaba tan fuerte como para que se me encendieran las mejillas de esa forma.

Conclusión: la culpa era del señorito que tenía sentado al lado.

Al final, fui yo quien rompió el silencio. Y mi voz sonó bastante más aguda de lo que debería.

—Así que... eres boxeador, ¿eh?

Él sonrió un poco, mirando al frente.

—Sí, boxeador —confirmó.

—Nunca lo hubiera adivinado al verte.

—¿Por qué no?

—No sé. Cuando éramos pequeños, no te recuerdo entrenando mucho.

—Veo que me prestabas bastante atención.

Di un respingo enseguida, frunciendo el ceño.

—Claro que no —me enfurruñé.



—Ya.

Vale, sí, era mentira.

¡Pero tenía derecho a mentir si conservaba parte de mi dignidad haciéndolo!

Claro que me había fijado en él siendo pequeños. Era imposible no hacerlo. Ya era guapo en aquel entonces y yo era una niña que babeaba por mil chicos guapos.

Pero tengo que admitir que él era el principal de todos ellos.

—¿Y tú? —preguntó.

¿Yo? ¿Qué? Ah, sí. Qué hacía con mi vida.

—Estuve un año estudiando historia del arte —le dije torpemente.

—¿Lo dejaste?

Me sorprendió lo interesado que parecía en un tema tan aparentemente banal.

Y lo nerviosa que estaba yo por ello.

—Sí —murmuré.

—¿No te gustó? —preguntó al ver que me quedaba en silencio.

—No. Bueno... es decir... no estaba mal. Pero me di cuenta de que nunca sería algo a lo que poder dedicarme y ser feliz con ello.

Aiden me observó unos instantes y una de sus comisuras se curvó hacia arriba.

—¿Y qué es lo que crees que te haría feliz?

Repiqueteé los dedos en mis rodillas, algo nerviosa.

—Yo... bueno... quiero ser... ejem... escritora.

Normalmente, cuando decía eso, la gente me miraba con cara de pobre ilusa.

Como si no fuera una profesión de verdad. O como si fuera inalcanzable.

Incluso mi padre me había hecho algún que otro comentario al respecto. Como que nunca podría vivir de ello y que debería buscarme una vocación más realista.

Menos mal que la novia de mi padre, Grace, siempre me había apoyado en todo.

De hecho, ella había sido una de las principales razones por las que había dejado esa carrera.

Todavía recordaba su sonrisa, su ceja enarcada y sus brazos en jarras cuando me preguntó si realmente me gustaba lo que estaba estudiando y yo le dije que sí. Su respuesta fue un simple si te gustara de verdad, no te limitarías a decir que sí.

15

Ese día me recomendó que me dedicara a lo que realmente me gustaba, porque ya había demasiada gente insatisfecha con su trabajo y no hacía falta que hubiera más.

Y quizá tenía razón.

—¿Escritora? —repitió Aiden. Y no me dio la impresión de que se burlara o me mirara con cara de pobrecita. Solo parecía sorprendido.

—Me gusta escribir. Siempre he tenido mucha imaginación.

Sonrió y me echó una ojeada de arriba abajo. Fue tan rápida que apenas pude ser consciente de ella, pero mi cuerpo entero se encendió al instante.

—¿Ya has escrito algún libro? —preguntó.

—Entero... no. Pero lo estoy intentando. Tengo dos capítulos de un libro de fantasía. Va de viajes en el tiempo y todo eso.

—Suenas interesante.

Con cualquier otra persona, habría creído que se estaba burlando, pero él no me pareció tener esa intención. Parecía... extrañamente sincero.

Bueno, hora de desviar el tema a algo que no fuera yo.

—¿Qué combate tenías hoy?

—El último de la liga.

—¿Y has ganado?

Asintió con la cabeza, pero no pareció muy entusiasmado. Solo un poco indiferente.

La verdad es que no sabía mucho de boxeo. Ni siquiera había visto un combate en mi vida. Pero definitivamente mi conciencia se lo estaba pasando en grande imaginándose en pantalones cortos, sudado, sin camiseta y lanzando golpes.

Un extraño calor me bajó por el cuello y me aclaré la garganta, acalorada.

—Yo nunca he golpeado a nadie —confesé.

Él sonrió, divertido.

—Bueno, espero que sigas así para el resto de tu vida.

—¿Y me lo dice un boxeador?

—Yo solo me he metido en dos peleas fuera de un ring. Y las dos fueron antes de hacerme profesional. Ahora ni siquiera podría hacerlo, sería ilegal.

—¿Ilegal?

—Los boxeadores profesionales no pueden meterse en peleas fuera del ring. Son considerados armas humanas.

—Oh.

Nunca me lo había planteado, pero tenía sentido. Jugaban con mucha ventaja.

—¿Es verdad que no puedes beber alcohol una semana antes de un combate? —

no pude seguir conteniendo mi curiosidad.

Él sonrió un poco, como si algo de lo que yo no entendía le hubiera hecho gracia.

—Es cierto. Y tampoco podemos tener sexo.

Esa pequeña e inocente última palabra hizo que el ambiente del coche se hiciera el triple de pesado y caluroso de lo que ya era.

Tragué saliva ruidosamente cuando su mano quedó peligrosamente cerca de mi rodilla al apoyarla en el cambio de marchas.

—Debe ser una mierda —le dije en voz baja.

—No lo es si no tienes tentaciones cerca —me aseguró, mirándome.

16

No me había dado cuenta de que había detenido el coche delante de mi edificio, pero ahí estábamos. Y yo no podía moverme de mi sitio porque estábamos mirándonos el uno al otro fijamente. Y era... extrañamente natural. ¿Cómo podía no ser incómodo?

Solo... bueno, lo único incómodo era la reacción de mi cuerpo a cada tontería que hacía él.

—Pero no tengo combates hasta dentro de un mes —añadió—, y no serán muy importantes.

—Entonces, podrás beber todo lo que quieras —bromeé en voz baja.

Él me miró unos segundos, y también bajó la voz.

—Y podré tener todo el sexo que quiera.

Me quedé sin aliento. Estaba atrapada en su mirada y no podía escapar de ella.

Solo podía jugar ansiosamente con el borde de su jersey, que todavía llevaba puesto.

Vale, tenía que irme de ahí urgentemente o iba a desmayarme. La cabeza me daba vueltas.

Miré abajo e hice un ademán de quitarme la prenda, pero él me detuvo con un gesto.

—Ya me lo devolverás.

Eso hizo que entrecerrara un poco los ojos.

—¿Qué te hace pensar que vamos a volver a vernos?

—Uno es libre de soñar, Amara.

Le puse mala cara intentando pretender que eso no me había afectado en absoluto.

—Ya se la devolveré a Lisa.

—Preferiría que me la devolvieras tú.

—Pues mala suerte —me desabroché el cinturón—. Gracias por traerme. Buenas noches, Aiden.

—Buenas noches, Amara.

Me quedé mirándolo unos pocos segundos más de los necesarios antes de, por fin, bajarme de su coche.

En cuanto el aire frío me dio en la cara, fue como si un alivio inmenso me llenara el cuerpo. Ni siquiera me había dado cuenta de haber estado aguantando la respiración hasta ahora, pero lo había hecho.

Avancé a trompicones hacia la puerta de mi edificio, que estaba rota y nunca cerraba, y subí las escaleras abanicándome con una mano. El estúpido jersey seguía haciendo que me llegaran oleadas de olor a Aiden, cosa que no ayudaba particularmente a calmar la situación.

Cuando por fin llegué al cuarto A, saqué las llaves con un suspiro de alivio y me metí en casa.

El piso era bastante pequeño, pero era más que suficiente para mí y mi compañera de piso. En el minúsculo pasillo de la entrada había una mesa pequeña en la que siempre dejábamos las llaves y los bolsos o las mochilas. Nada más salir, te encontrabas con un pequeño salón-cocina con lo justo y necesario para sobrevivir, una puerta con un balcón pequeñito que, honestamente, tenía unas vistas bastante decentes, y tres puertas al otro lado. Las de los lados eran nuestras habitaciones y la del centro la del cuarto de baño.

17

Zaida, mi compañera de piso, estaba sentada en el sofá con uno de sus últimos novios. O, como ella los llamaba de forma muy cariñosa, adquisiciones. Puse una mueca cuando vi que estaban los dos besuqueándose en el sofá y probablemente metiéndose mano bajo las mantas.

Seguro que, si hubiera llegado dos minutos más tarde, me los habría encontrado desnudos.

—Hola —dije en voz alta, para que me oyeran.

¡Se suponía que limitábamos las guarradas en nuestras respectivas habitaciones!

Bueno, ella lo hacía, porque mi vida sexual daba pena. Y así iba a seguir por los siglos de los siglos.

—Hola —Zaida me dedicó esa mueca de superioridad de siempre—. ¿Ya has vuelto de esa fiesta?

Realmente no sé qué veían los tíos en ella. Su carácter era desagradable.

Muchísimo. Trataba a todo el mundo como si fueran sus esclavos o estuvieran por debajo de ella. Supongo que sus rasgos árabes jugaban a su favor; la piel dorada, el pelo oscuro y largo y los ojos chocolate. Ah, y que sabía vestirse para sacarse partido.

Sí, definitivamente tenía que ser eso.

—Bueno, estoy aquí —murmuré—. Es una buena conclusión.

Ella dijo algo en voz baja a su nuevo novio y él empezó a reírse. Conociendo a Zaida, seguro que era algo malo sobre mí.

Yo era su tema de conversación favorito a la hora de burlarse de alguien.

—Bueno, pasadlo bien —mascullé, yendo a mi habitación, la más cercana a la entrada—, en la cama de Zaida, a ser posible.

—¿De quién es ese jersey?

La miré con mala cara. ¿A ella qué le importaba?

—De mi nuevo novio —le dije con una mirada de ojos entrecerrados.

Ella levantó las cejas, sorprendida. Justo lo que quería.

Siempre estaba recordándome que nunca había traído a nadie a casa. Pues que se jodiera. Ahora tenía una excusa para que dejara de echármelo en cara.

La dejé con la palabra en la boca y me metí en mi habitación, agotada. De hecho, estaba tan agotada que me lancé sobre mi cama individual sin molestarme en desvestirme y me hice un ovillo ahí, bostezando.

Sin poder evitarlo, hundí la nariz en el jersey.

Antes de quedarme dormida, mi cabeza solo pudo recordar dos ojos ámbar mirándome acompañados una sonrisita de triunfo.

18

1

## EL SÁNDWICH DE LA DISCORDIA

*Unos días más tarde....*

Dios mío, odiaba a la gente.

Bueeeeno... quizá no odiaba a toda la gente. Solo a un preocupante gran número de ella.

Y, pese a que lo que más me apetecía era quedarme a dormir en casa... tenía que trabajar.

Trabajaba de camarera en una cafetería por las tardes todos los días menos los sábados y domingos. Y la verdad es que, aunque al principio me había resultado un poco complicado adaptarme al ritmo, ahora me gustaba bastante.

Mi jefa, la señora Myers —sí, ya le habían hecho muchos chistes con el pobre Michael Myers y sí, los odiaba todos—, era un poco estricta, pero muy simpática cuando se daba cuenta de que eras de confianza.

No podía decir lo mismo de los camareros. Como a los nuevos les cambiaban los turnos continuamente y yo era la única que llevaba ahí más de un año, la verdad es que no había llegado a intimar bastante con ninguno.



Lisa se había obsesionado con intentar juntarme con uno de ellos durante un mes entero, pero la cosa no funcionó porque cuando el pobre chico me vio la cara de amargura perenne... bueno, se fue corriendo.

¿Podía culparlo? Yo creo que no.

Bueno, no todo era malo, ¡había adquirido una técnica casi maestra a la hora de preparar cafés de todo tipo!

Oh, y el cocinero, Johnny, era un cielo. Al principio me había dado un poco de miedo porque era un gigante —es decir, casi dos metros de músculo puro y duro—, repleto de tatuajes, con barba y el pelo largos y grises, y una permanente bandana en la cabeza.

Sinceramente, parecía sacado de una película de motoristas de los ochenta.

Puse una mueca al pensar en cómo empezaría a babear mi madre si lo viera.

Pero Johnny no era lo que aparentaba. Y te dabas cuenta en cuanto se ponía a escuchar a todo volumen a las Spice Girls y a Britney Spears mientras cocinaba, cantándolo a todo pulmón y haciendo que los clientes lo juzgaran en silencio.

Hacía las mejores hamburguesas del mundo, eso sí.

19

Ese día llegué con el humor un poco decaído porque no había dormido muy bien.

Quizá parte de la culpa era de Zaida y su nuevo novio. O más bien del ruido que hacía el cabecero de su cama contra mi maldita pared.

Le había pedido mil veces que pusiera su estúpida camita contra la otra pared, pero esa chica tenía una obsesión con poner a prueba mis instintos asesinos.

Mi humor mejoró cuando entré por la puerta trasera y vi que Johnny acababa de llegar y se ajustaba el delantal felizmente. Ese hombre siempre

me ponía de buen humor.

—Hola, encanto —me saludó con su sonrisa de oreja.

—¿Cómo te fue la cita de anoche? —le dediqué una sonrisita significativa.

—Bueno, la cita fue mal —puso una mueca—. Pero luego fui a un bar y conocí a una muchacha bastante más simpática.

Para él muchacha era equivalente a una mujer de cincuenta años.

—Ya decía yo que te veía muy sonriente —bromeé.

Johnny, un señor de cincuenta años, tenía más vida social y amorosa que yo, que tenía veinte.

Era triste.

Pero cierto.

—Oh, fue una buena noche —me aseguró mientras yo me ponía mi delantal con el logo de la cafetería—. ¿Y tú qué?

—¿Yo? —casi me reí para no llorar—. Yo no tengo a nadie, créeme. No hay quien me aguante.

—Encanto, si tuvieras treinta años más, te pediría que te casaras conmigo —me aseguró.

—Lástima que me atrasara tanto para nacer, entonces —bromeé.

—¿No tenías una fiesta el sábado?

—Ah, sí —por algún motivo, me puse nerviosa solo al pensar en ello—. Era por el hermano de mi mejor amiga. Ganó no sé qué y quisieron celebrarlo.

Ojalá pudiera decir que no había pensado en él ni una vez.

Ojalá.

Pero no.

—¿Y qué tal te fue? ¿Ligaste con alguien? —levantó y bajó las cejas—. Venga, te has puesto nerviosa. Confiesa. Tienes cara de sueño.

—Tengo cara de sueño porque mi compañera de habitación se lo pasó en grande contra la pared que de mmi dormitorio, Johnny. No ligué.

Él se echó a reír al instante, claro, y yo me ajusté el uniforme.

Mi uniforme era bastante sencillo; una camiseta de tirantes blanca con el logo de la cafetería, unos pantalones negros y el pelo recogido en una coleta. Oh, y una chapita con mi nombre a la altura del corazón.

20

Oh, y la maldita gorra negra. La odiaba. Hacía que mi pelo ya de por sí llamativo resaltara todavía más.

Desventajas de ser pelirroja.

—Di lo que quieras —murmuró Johnny, metiéndose la melena en la redecilla rosa—. Pero nunca me habías puesto esa cara al preguntarte cómo te había ido la noche.

—¿Eh? —lo miré, confusa—. ¿Qué cara?

—Cara de culpable —entrecerró los ojos—. ¿Qué ocultas, encanto? ¿Ligaste y no quieres decírmelo?

—Uuuuuh, qué tarde es —miré mi muñeca sin reloj—. ¡Hora de entrar a trabajar!

De nuevo, se limitó a reírse de mí mientras yo salía corriendo hacia la zona de los clientes.

A mí la gente no se me daba muy bien, pero en cuanto me animaba un poco se me daba bien trabajar de cara al público. No lo decía yo, lo decía mi jefa, así que debía ser cierto. No parecía el tipo de persona que regalaba cumplidos porque sí.

De hecho, mi día no tuvo ningún inconveniente hasta que vi que Lisa entraba, como cada día, con una sonrisita y su mochila, señal de que venía de clases. Estaba estudiando pedagogía. Se sentó en una de mis mesas y yo fui directamente a por lo que me pedía siempre: un latte y una magdalena de arándanos.

En cuanto se lo llevé, ella me sonrió cálidamente.

—¿Qué tal tu día? —preguntó tras darle un sorbito a su café.

—Aburrido —confesé—. ¿El tuyo?

—Más aburrido todavía. Si vinieras a alguna de mis clases te entrarían ganas de ahogarte en café.

Sonreí y negué con la cabeza.

—¿Terminaste bien la fiesta del sábado? —pregunté, curiosa. No había podido hablar con ella desde entonces.

—¡Sí! Llamé a Holt para que viniera a buscarme.

Holt era el novio de Lisa y... ejem... mi antiguo mejor amigo.

Es decir... supongo que lo seguíamos siendo, ¿no? Pero era raro.

21

De hecho, los tres habíamos sido grandes amigos por mucho tiempo, pero un día Holt se lanzó, le dijo a Lisa que le gustaba y, de pronto, empezaron a salir y a dejarme de lado.

Así de fácil, sí.

A ver, no creo que lo hicieran a propósito. De hecho, estoy segura de que intentaban incluirme en todos los planes posibles. Y la verdad es que me esforcé mucho en que no se notara que eso me entristecía un poco. No quería que se sintieran culpables por ser felices. Se merecían serlo.

Ahora Holt y yo ya no teníamos tanto contacto como antes. Solo cuando nos veíamos los tres, cosa que no hacíamos mucho porque yo siempre me sentía como la planta de la parejita y me aburría bastante.

—Durmió conmigo en la residencia —añadió con un guiño de ojo.

¿Por qué demonios todo el mundo tenía vida sexual menos yo?

Porque tú sola la evitas.

Ah, sí, por eso.

—¿Y tú qué tal? —preguntó de pronto.

Y, por su sonrisita, sabía perfectamente lo que estaba insinuando.

Agarré la bandeja con un poco más de fuerza de la estrictamente necesaria, a la defensiva.

—¿Por qué me lo preguntas así? —mascullé.

—No sé... porque te vi yéndote con Aiden, quizá.

Hice un verdadero esfuerzo para que no se me notara el pánico momentáneo que me invadió al recordar lo acalorada que había estado esa noche por culpa de su querido y maldito hermanito.

Eso ha rimado, je, je...

—¿Y bien? —insistió ella, intentando ocultar su entusiasmo—. ¡Te fuiste con él!

—Ajá —murmuré, intentando terminar la conversación como fuera.

—¿Ajá? —Lisa me miró como si me hubiera vuelto loca—. ¡Mara, no puedes dejarme así! ¡Estás destruyendo el pacto no escrito de nuestra amistad!

—¿Pacto... qué?

—¡El pacto que dice que tienes que contarme los detalles de tu vida sexual!

Unos cuantos clientes se giraron hacia nosotras. Vi que una señora me mataba con la mirada mientras tapaba los oídos a su hijo pequeño. Ups.

—¡Lisa! —mascullé, mirándola.

—¿Qué? ¿No vas a contármelo?

—No voy a hablarte de mi vida sexual.

Porque no existía, básicamente.

—Si quieres, yo te hablo de la mía.

22

—Oh, prefiero no saberlo.

—Bueno, ¡pues cuéntame lo que pasó!

—¡No pasó nada!

Su cara de entusiasmo pasó a ser un mohín de decepción.

—¿En serio?

—Solo me dejó en casa y se marchó.

—¡Venga ya!

—Pero ¿por qué demonios asumes que hubo algo más?

—¡Porque estaba taaaaan claramente ligando contigo! —suspiró, negando con la cabeza—. La tensión sexual era tan alta que incluso yo me calenté. Y es mi hermano.

Qué asco. Iré al infierno.

Bueno, incluso Lisa lo había notado.

Al menos, así se confirmaba que no habían sido imaginaciones mías.

—No sé de qué hablas —me hice la inocente.

—¿Te imaginas que terminaríamos siendo cuñadas? —ahogó un grito, emocionada—. ¡Eso sería tan... genial! ¡Sería perfecto! ¡Seríamos familia!

—Lisa...

—¡Y nuestros hijos jugarían juntitos!

—¡¿Hi-hijos?! —abrí mucho los ojos—. ¡Lisa, vuelve a la realidad!

—Además, Aiden podría sacarte de tu larga y odiosa sequía emociosexual.

—¿Sequía emocio... sexual?

—Emocional y sexual.

—Sí, gracias, a esa conclusión había llegado yo solita.

—Oh, vamos. Sabes a lo que me refiero. ¿Cuánto hace que no sales con nadie?

¿Años? Ni siquiera te has acostado con nadie desde... ¿cuándo cortaste con Drew?

Enarqué una ceja.

—Tenía quince años —le recordé, medio divertida.

—Bueno, pues hace cinco años que no sales con nadie.

Me aclaré la garganta, incómoda.

—No ha surgido la oportunidad, ¿vale?

—¿Es una broma? ¿Te has visto a ti misma, Mara?

—Lisa...

—Lo que daría yo por tener esas tetas y no estar plana como una mesa... ¡y por ser pelirroja! ¿Por qué a los chicos les gustan tanto las pelirrojas?

—¡Lisa! —empecé a reírme.

—Nunca te abres con ningún chico —añadió, un poco más seria—, igual va siendo hora de que vuelvas a hacerlo, ¿no? En todos los aspectos posibles. Piernas incluidas, a ser posible.

—Estás consiguiendo que me escandalice, y esto suele ser al revés.

—Admito que me gusta el rol de perversa. Pero lo digo en serio. Tienes que salir de tu sequía algún día, ¿no? ¿Quién te dice que ese día no es hoy?

Hice una pausa, entrecerrando los ojos.

—¿Todo esto lo dices porque quieres que lo haga con cualquiera... o específicamente con tu hermano?

—Bueno, Aiden parece una buena opción. ¡Y es de confianza! ¡Podrías invitarlo al viaje ese que organizamos con Holt, así seríamos dos y dos! ¡Las pareji...!

—No.

—Pero...



—No.

—¡Pero...!

—¡No!

—¡Bueno, pues si traes a otro que no sea Aiden... le pondré mala cara!

Sacudí la cabeza. Lisa no sería capaz de ser mala con nadie. Ni siquiera si eran malos con ella.

—Bueno, tengo otros clientes, pesada —enarqué una ceja—. Avísame si necesitas algo.

—Necesito que te folles a mi hermano.

24

—¡Lisa! —enrojecí de pies a cabeza.

Soltó una risita inocente.

—Vale, pues me conformo con una bolsita de azúcar.

Lisa, como de costumbre, se quedó en la cafetería hasta que terminó mi turno.

Siempre se quedaba en la misma mesa con el portátil para hacer los deberes ahí y, de paso, hacerme un poco de compañía.

Y, bueno, yo siempre me pasaba por su casa cuando necesitaba ayuda para estudiar o hacer algún trabajo. O para consolarla cuando discutía con Holt y se ponía en modo dramática, pensando que el mundo se terminaba solo por eso. Mi función principal era recordarle que no, el mundo no se acababa porque hubiera discutido con el otro pesado.

Viva la amistad.

En cuanto salí de la cafetería al final de mi turno, subí la cremallera de mi abrigo para esconder el logo de la camiseta. Así, parecía que iba con un atuendo normal.

Nunca fallaba. En cuanto me colgué el bolso del hombro, Lisa apareció y nos encaminamos hacia la parada del bus, donde cada día ella volvía al campus y yo seguía andando hacia mi casa.

Me contó no se qué de Holt y un trabajo con el que estaba teniendo problemas, cosa que me distrajo bastante hasta que llegamos a la parada del autobús. Ahí, di un respingo y le hice un gesto para que se detuviera un momento a mi lado.

—Espera —mascullé, rebuscando en mi bolso—. Eh... aquí. ¿Puedes devolvérselo a tu hermano?

Era su jersey negro, el que me había prestado.

Lo había dejado abandonado en un rincón de mi habitación MUY

deliberadamente, intentando convencerme a mí misma de que me daba igual que su existencia estuviera dentro de mi cama, pero no era cierto. Cada vez que pasaba por su lado, me entraban ganas de ponérmelo otra vez por volver a sentir su olor.

Vale, me estaba volviendo loca.

O finalmente te estás volviendo cuerda.

Al darme cuenta de que Lisa se había quedado mirándome sin reaccionar, fruncí un poco el ceño.

—¿Puedes devolvérselo? —insistí.

Y, para mi sorpresa, ella sonrió con aire divertido, dando un paso atrás.

—La verdad es que no puedo. Lo siento.

Me quedé mirándola un momento, confusa.

—¿Cómo que no?

—Tengo órdenes de no hacerlo —sonrió como un angelito.

Parpadeé dos veces sin terminar de entenderlo.

—¿Eh?

25

—Aiden me ha dicho que no lo aceptara.

—¿Eh? —repetí como una idiota.

—Quiere que se lo devuelvas tú —aclaró, completamente feliz.

Estuve unos segundos procesándolo, y cuando por fin lo conseguí... apreté los labios.

Capullo pesado, testarudo y creído.

—Ya veo que te encanta la idea —me dijo, divertida, pero dio un respingo cuando vio que su autobús se acercaba—. Nos vemos mañana, Mara. ¡Si necesitas su dirección, mándame un mensaje!

—No necesito su dirección para nada —mascullé.

—Bueno... si cambias de opinión, te la mando en un mensajito —me guiñó un ojo.

¿Por qué la muy traidora parecía tan contenta con la situación?

—¡No voy a llevárselo! —insistí.

—¡No seas así, Mara!

—¡Si lo quiere, que venga a buscarlo él mismo o se quedará si su maldito jersey!

¡Lo quemaré! ¡Esta misma noche!

Lisa empezó a reírse y subió al autobús. Yo, por mi parte, volví a casa con una mueca de frustración y los brazos cruzados.

Zaida estaba cocinando algo cuando llegué. Por el olor, deduje que era algo de pasta con tomate. Prácticamente era lo único que cocinaba Zaida, igual que yo.

Sí, por ese piso circulaba muy poca comida casera. Las dos éramos pésimas cocineras.

Bueno, no sé por qué le daba tanta importancia. Tampoco iba a ofrecérmelo. Y, si lo hiciera, probablemente sospecharía que estaba envenenado.

En cuanto crucé el umbral del salón, ella resopló sin mirarme.

—Apesta a café y a hamburguesa barata.

Tan agradable como de costumbre.

Pero... detalle importante: su novio no estaba por aquí. Las dos sabíamos que significaba eso.

—Y tú apesta a rechazo —sonreí con dulzura.

Cuando me echó una mirada mortífera, supe que había dado en el clavo.

Sí, ese era prácticamente nuestro día a día.

Sin decirle nada más, me limité a meterme en el cuarto de baño y darme una ducha rápida. Al terminar, me envolví con una toalla y crucé el salón hacia mi 26

habitación para ponerme mi pijama, que normalmente consistía en unas bragas y una camiseta de tirantes.

Bueno, cuando Zaida traía a gente, se convertía automáticamente en una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos, claro. No me apetecía

pasearme en bragas delante de un puñado de desconocidos.

Ese día no parecía tener invitados, así que me conformé con las bragas. Zaida estaba comiendo su plato de pasta en el sofá mirando la televisión cuando yo me metí en la cocina y empecé a rebuscar en mi parte de la nevera para hacerme algo rápido para cenar. No tenía mucha hambre. Ni mucha comida.

Mientras estaba agachada rebuscando, escuché que llamaban al timbre. Miré a Zaida de reojo, esperando que se moviera, pero no parecía tener ninguna intención de hacerlo, como de costumbre.

—Tú estás más cerca de la puerta —me irrité.

—Y tú estás de pie.

—Cuando viene alguien a estas horas, siempre es para ti.

—Pues diles que estoy en el salón —murmuré, poniendo los ojos en blanco.

Bueno, estaba claro que ella no iba a moverse. Le dediqué una mirada molesta antes de encaminarme hacia la puerta. Me atusé un poco el pelo todavía húmedo por el camino, resoplando, y abrí con expresión un poco irritada que cambié en seco cuando vi quién era.

Aiden.

Oh, no.

Oh, sí.

Me quedé paralizada con la mano en la puerta. Él estaba apoyado perezosamente con un hombro en el marco. Tenía expresión aburrida, pero cambió en rotundo cuando bajó la mirada y vio que solo llevaba unas bragas y una camiseta de tirantes.

Y, lo admito, mi pulso se disparó casi tan rápido como mis ganas de correr a esconderme.

—¿Siempre abres en bragas? —una de las comisuras de su boca se elevó al reparar cada maldito centímetro de mi piel desnuda—. Podría plantearme volver cada día.

—N-no... ¿qué...? ¿Qué demonios haces aquí?

—Lisa me ha dicho que preferías que viniera yo a por mi jersey —me dijo con una sonrisita—. Aquí me tienes. A tu entera y absoluta disposición.

—¿Y Lisa te ha dado mi maldita dirección?

—Lo ha hecho encantada —me aseguró, divertido.

Oh, maldita Lisa.

27

—Era una forma de hablar —mascullé—. No quería que vinieras.

—Pero ya estoy aquí, ¿no?

—Puedes irte. Ya he quemado tu jersey. Misión fallida. Suerte para la próxima.

—Bueno, seguro que en el futuro podré comprar otro jersey que cubra ese gran vacío en mi vida —y sonrió como un angelito—. ¿Puedo pasar?

—¡No!

Y le cerré la puerta en la cara.

La simpatía en persona.

Pasaron apenas dos segundos y yo, claro, ya estaba abriendo otra vez.

Me lo encontré tal y como lo había dejado antes: con las manos en los bolsillos y una sonrisita en los labios.

—Hola de nuevo —me dijo felizmente.

—¿Es que nunca te cabreas? Acabo de cerrarte la puerta en la cara.

—Creo que seré capaz de superarlo, tranquila.

Bueno, el chico era insistente.

—Estaba a punto de cenar —aclaré.

—Bueno, ¿hay cena para dos?

—Quería cenar sola.

—Genial. Tengo hambre.

—La palabra clave es sola. Quiero cenar sola.

—Y yo quería subir contigo el sábado por la noche, pero no todo en la vida es como queremos que sea, querida Amara.

Puse los ojos en blanco, ignorando el cosquilleo de nervios de mi cuerpo.

—Mira, no sé si este jueguito normalmente te sirve de algo, pero te aseguro que conmigo no va a funcionar, así que puedes ir dejándolo y no perder el tiempo.

Su sonrisa vaciló un poco y admito que la cara de sorpresa que puso fue bastante creíble.

—¿Jueguito? —repitió, y me dio la sensación de que estaba a punto de ponerse a reír.

—Eso de llevarme el sábado a casa. Y ahora presentarte aquí. ¿Qué demonios quieres? ¿Robarme? Lo único que tengo de valor son las cosas de mi compañera de piso.

Eso pareció confundirlo más.

—¿Tan difícil de creer es que quiero conocerte?

—¿Por qué?

—Porque el sábado vi a una rarita sola en mi fiesta, me llamó la atención, y ahora no puedo sacármela de la cabeza.

—¿Y ya está? ¿Esa es toda tu motivación?

—Bueno, tengo otras motivaciones más físicas, pero mejor dejamos esa conversación para la segunda cita o vamos a romper la magia, ¿no crees?

Fruncí el ceño, intentando que eso no me afectara. No entendía por qué lo hacía.

Sabía que con cualquier otra persona me habría limitado a poner los ojos en blanco y apartarme de él, pero con Aiden era incapaz de hacerlo. ¡Y apenas lo conocía, lo había visto dos veces!

—Mhm —murmuré, enfurruñada.

—Amara, estás un poco a la defensiva.

—No te voy a gustar, así que no te molestes en intentar conocerme.

—Bueno, lo poco que conozco ya me encanta. Creo que me sacrificaré y seguiré conociéndote un poco más.

¿Por qué conseguía que mi pulso se disparara cada vez que abría la maldita boca fea?

Esa boca es de todo menos fea, cari.

—Bien —acepté el reto, abriendo la puerta—. ¿Quieres quedarte? Pues muy bien.

Tú mismo. Pero vas a tener que comerte lo que tenga por aquí. Y apenas tengo nada.



—Estoy seguro de que valdrá la pena.

Me aparté para dejarlo pasar y, cuando me rozó con el hombro al hacerlo, mi cuerpo reaccionó bruscamente a su roce.

Maldito cuerpo traicionero.

¡Se suponía que teníamos que estar a la defensiva!

Yo no lo estoy, te lo aseguro.

Me encaminé hacia el salón siendo demasiado consciente de que él estaba justo detrás de mí y me detuve en el umbral de la puerta, mirando a Zaida, que seguía comiendo tranquilamente.

Sin embargo, cuando levantó la cabeza y vio a Aiden detrás de mí, tragó de golpe lo que tenía en la boca y empezó a toser bruscamente.

Miré a Aiden, avergonzada, y señalé la cocina.

—Mejor... ejem... espera ahí dentro. Voy a ponerme unos pantalones.

—Si quieres mi humilde opinión, estás mucho mejor en bragas.

—No quiero tu humilde opinión, gracias.

29

—Lástima.

—Ve a la cocina, Aiden.

Sonrió ampliamente y fue directo a la cocina sin protestar.

Miré a Zaida y admito que una oleada de orgullo me invadió cuando vi que seguía a Aiden con la mirada y la boca entreabierta.

—¿Quién es ese? —preguntó con un hilo de voz.

—El dueño del jersey del sábado —canturreé.

Zaida seguía con la boca abierta cuando fui a ponerme unos pantalones a toda velocidad. En cuanto me metí en la cocina, vi que Aiden me esperaba con la cadera apoyada en la encimera y los brazos cruzados. Cuando me vio aparecer con unos pantalones puestos, puso un mohín.

—Sigue gustándome más la otra versión de tu pijama.

—Pues acostúmbrate a esta versión, es la única que vas a ver.

Él sonrió un poco, mirando a su alrededor con curiosidad.

La verdad es que ahora que me fijaba... se notaba que entrenaba.

Es decir, no era extremadamente musculoso, pero definitivamente podría lanzarme por los aires si quisiera.

Y esos brazos... uf... eran...

—¿Vas a mirarme toda la noche o vamos a cenar algo? —preguntó, divertido.

Le puse mala cara, algo avergonzada por haber sido pillada, y me acerqué a la nevera para rebuscar algo de comer. Mierda... no había casi nada. No había hecho la compra en dos semanas. Sobrevivía a base de las hamburguesas que me hacía Johnny de vez en cuando.

Si mi padre me viera alimentándome así probablemente empezaría a soltar una retahíla de improperios y me llevaría a un supermercado para comprarme diez kilos de comida.

—No hay gran cosa —confesé, incorporándome y girándome hacia él—. ¿Te parece bien un sándwich o...?

Me detuve en seco cuando vi que me estaba mirando directamente... el escote.

Oh, capullo pervertido.

—¿Vas a mirarme las tetas toda la noche o vas a responderme?

Sonrió y subió la mirada sin ninguna prisa. Y sin ninguna vergüenza.

—Haré un esfuerzo y me centraré.

—Qué gran honor. ¿Y bien?

—Un sándwich me parece perfecto.

30

—Genial. Vuelve a mirarme las tetas y te lo estamparé en la cara.

—No sé por qué, pero que me digas esas cosas solo hace que quiera mirar todavía más.

Le puse mala cara —ya por costumbre— y saqué el pan de molde para empezar a hacer los sándwiches. Las manos me temblaron todo el tiempo porque era demasiado consciente de su presencia justo a mi lado. Y de que me estaba mirando fijamente Y no precisamente a la cara, claro.

—Me gusta mucho ese pijama, Amara —me aseguró.

La forma en que lo dijo hizo que un escalofrío me recorriera la espalda y dejara de preparar el sándwich un momento. Menos mal que conseguí recomponerme enseguida. Y, como me enfadé conmigo misma, empecé a preparar el sándwich con un poco más de fuerza de la necesaria, pagando mis frustraciones con él.

—No tienes que llamarme Amara —mascullé—. Ni siquiera mi familia me llama así.

—Me gusta más que Mara —me aseguró, divertido—. Y su significado va perfecto contigo.

Me detuve un momento, confusa.

—¿Qué significa?

—Diversión, espontaneidad, alegría desbordante y contagiosa... perfecto contigo.

Ah, claro. Ironía. Solté un sonidito de enfado al volver a centrarme en hacer la cena.

—Gracias —mascullé de mala gana.

—¿Tienes novio?

La pregunta me pilló tan desprevenida que casi me corté un dedo con el cuchillo de la mantequilla. Y mira que era difícil.

Seguro que tú lo conseguirías.

—¿Eh? —pregunté, mirándolo.

—O novia —añadió con media sonrisa.

—¿Eh? —repetí como una idiota.

—¿Tienes pareja? —repitió pacientemente.

—¿Por qué... me preguntas eso?

—Porque no me gusta ligar con chicas con pareja.

31

Me quedé mirándolo un momento y, de nuevo, me obligué a mí misma que su presencia no me afectara.

Spoiler: no sirvió de nada.

—Sí, sí tengo —mentí con una sonrisita dulce—. De hecho, estaba esperándolo a él. Por eso te he abierto en bragas.

Él se echó a reír, cosa que me descentró completamente, haciendo que me olvidara del pobre sándwich y dejara de prepararlo.

—Yo que tenía la esperanza de que fuera por mí —se llevó una mano al corazón.

—Si hubiera sabido que eras tú, me habría cubierto con una bolsa de basura.

—Seguro que incluso con eso no podría apartar la mirada.

Madre mía, ¿es que no tenía vergüenza?

—Bueno, tengo novio —repetí.

—Ya —sonrió.

—Es verdad.

—Ya —sonrió aún más.

—¿Vas a parar con el ya?

—Solo lo uso cuando creo que me estás mintiendo.

Además de pervertido y desvergonzado... era listo.

Cada vez me gusta más.

Pues a mí cada vez me gustaba menos.

—No tengo ningún motivo para mentirte —murmuré.

—A lo mejor te da miedo que pueda gustarte.

—Pero ¿cómo se puede ser tan creído? No te conozco de nada. No puedes gustarme.

—Yo me refería más a atracción sexual.

Hizo una pausa, sonriendo.

—Y no hace falta conocer a alguien para sentir eso, ¿no?

Deseé tener algo ingenioso que decir al respecto, pero solo me salió un resoplido de burla que se mezcló con el triste temblor de mi voz.

Maldita sea... ¡yo siempre tenía comentarios ingeniosos!

Él no dijo nada más, pero seguí notando que su mirada me atravesaba el cuerpo entero hasta que terminé de preparar la cena. Había tardado el triple de lo normal por los estúpidos nervios. Esperaba que él no se hubiera dado cuenta.

32

Me asomé al salón y comprobé, aliviada, que Zaida se había metido en su habitación. Bien. No sé por qué, pero me ponía un poco nerviosa que ella pudiera interesarse en Aiden. Después de todo, si lo hacía, yo tampoco tenía muchas posibilidades.

E-es decir... a mí no me interesaba tener posibilidades de nada.

Ya.

Aiden me siguió sin decir nada al salón, donde acomodé todo en la mesa de café.

Era tan obvio que me temblaban las manos que estaba segura de que, si lo miraba, él tendría una sonrisita divertida en los labios.

Por suerte, fingió que no se daba cuenta.

—Entonces... —necesitaba urgentemente cortar el silencio cuando nos sentamos en el sofá—. ¿Qué tal tu entrenamiento de... eh... hoy?

Él se encogió de hombros.

—Tan aburrido como de costumbre —me aseguró, mirándome de reojo—. ¿Qué tal en la cafetería?

—¿Cómo sabes que trabajo en una cafetería?

—Lisa me lo dijo.

—¿Le preguntaste por mí?

¿Por qué estaba tan emocionada por esa tontería?

—No hizo falta, me ha contado casi toda tu vida —me aseguró.

Oh, tenía una charla pendiente con Lisa. Una muy seria.

Sin embargo, me distraje cuando Aiden se inclinó hacia mí.

—No te enfades con ella —sonrió—. Se lo habría preguntado de todas formas.

Vale, hora de retomar el tema urgentemente, antes de que me empezara a temblar la voz.

—Pues... mi día ha sido aburrido, también —dije enseguida, volviendo a su pregunta inicial.

—¿Y qué tal tu libro?

Me sorprendió un poco que se acordara de eso. Una parte de mí seguía pensando que, en el coche, no llegó a escucharme demasiado. Al parecer sí que lo hizo.

—Mal —le dije con toda mi sinceridad.

Eso hizo que dejara de sonreír y levantara las cejas.

—¿Por qué mal?

—¿Has oído hablar del bloqueo de escritor?

—Ah, sí. El gran enemigo de la creatividad.

—Bueno, pues digamos que ese enemigo ha estado torturándome varios meses.

—Debe ser frustrante.

—Ni te lo imaginas.

Y... silencio de nuevo.

Pero, como la noche del sábado, no era ese silencio incómodo que se formaba cuando estabas con alguien a quien apenas conocías. De hecho, me daba la sensación de que era deliberado, porque cada vez que nos quedábamos en silencio era más consciente de las reacciones de mi cuerpo traicionero a cada mirada o sonrisa que me dedicaba.

Sí, necesitaba que habláramos. De lo que fuera.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté torpemente.

Enarcó una ceja. Ambos éramos conscientes de que sabía la respuesta, así que había quedado un poco obvio que solo buscaba sacar conversación desesperadamente.

—Veintitres —me dijo.

—Yo tengo...

—Veinte, lo sé.

—¿Y estás con alguien?

Oh, Dios mío.

Por favor, dime que eso lo había pensado y no lo había dicho. Por favor. Por favor.

Por favor.



Él se quedó mirándome un momento, sorprendido por el pequeño arrebato de descarar. No me extrañó. Incluso yo estaba sorprendida.

—No estaría aquí si estuviera con alguien —me aseguró finalmente.

—¿Por qué no? No estamos haciendo nada malo.

Soltó una risa entre dientes.

—Ya.

Nos quedamos mirando el uno al otro un momento y, de alguna forma, eso solo consiguió que yo pegara más las rodillas, encogiéndome lejos de él por el repentino calor de mi cuerpo.

—Ya —mascullé.

Él soltó una risa suave que hizo que todas mis defensas cayeran en picado.

—Ahora eres tú la que usa el ya.

—Porque estoy a la defensiva.

34

—Siempre lo estás.

—Eso no puedes saberlo. Solo hemos hablado dos veces.

—Bueno, pues conmigo siempre lo estás.

A ver, tenía razón, pero jamás iba a admitirlo.

—Mhm —mascullé.

—Apostaría lo que fuera a que no eres así con el resto de la gente.

—Solo lo soy con los capullos pervertidos que miran mi escote.

Empezó a reírse y yo clavé la mirada en mi plato con tal de no contemplar el espectáculo y ponerme todavía más nerviosa.

—Si quieres que me vaya —me dijo—, solo tienes que decirlo.

Bueno, ahí estaba el problema.

¿Por qué, en el fondo, no quería que se fuera?

—Ya —mascullé.

De nuevo, me otorgó esa sonrisita encantadora que estoy segura de que habría hecho que Zaida se cayera de culo al suelo.

Bueno, yo también me hubiera caído si no fuera porque ya estaba sentada, admitámoslo.

—A lo mejor es solo porque te atraigo —añadió.

Di un respingo al instante, frunciéndole el ceño.

—Eres un creído.

—Muy bien, pero no lo has negado.

—Tampoco lo he confirmado —le recordé.

—No hace falta que lo hagas.

—¿Y por qué no?

—Tu lenguaje corporal es mucho más sincero que tú.

Me miré a mí misma al instante. Estaba encogida con las piernas pegadas a mi pecho, lo más lejos posible de él. Aiden, en cambio, estaba tranquilamente sentado con una sonrisa calmada en los labios.

Bueno, había un claro ganador.

—¿Ahora eres un experto en lenguaje corporal? —pregunté, a la defensiva.

35

—No hace falta serlo para verlo. Cada vez que me acerco a ti, te tiemblan las manos. Y estoy seguro de que las rodillas también.

—¿Qué...?

—No te preocupes, a mí también me temblarían si fueras tú quien se acercara a mí.

Aparté la mirada, intentando controlar mi respiración, y mi salvación vino en forma de Zaida, que... ¿era cosa mía o se había maquillado y peinado antes de volver a salir de su habitación?

—Está a punto de llegar una amiga a ver una película —me informó de una forma demasiado suave teniendo en cuenta cómo solía hablarme normalmente—. ¿Podemos usar el salón?

Vale, si Aiden no hubiera estado aquí, probablemente habría dicho algo como: viene una amiga, escóndete en tu cueva.

Los dos habíamos terminado de cenar, así que vi la excusa perfecta para que el capullo engreído se fuera y yo pudiera darme otra ducha. Esta vez fría. Muy fría.

—Sí —miré a Aiden, que me observaba con cierta diversión—. Él ya se iba, ¿no?

—Siempre podemos ir a tu habitación —sugirió.

La forma en que lo dijo hizo que incluso Zaida se pusiera colorada.

—N-no es una buena idea —Dios mío, dime que no había tartamudeado.

—Como quieras.

Me puse de pie y recogí nuestros platos. Escuché que me seguía hacia la cocina con lo demás sin decir nada. Zaida no nos perdía de vista, muy atenta a lo que fuera que hiciéramos.

Cuando me giré hacia Aiden, vi que tenía las manos en los bolsillos y expresión divertida.

—Eh... —murmuré, nerviosa—, sí. Voy a por tu jersey.

—Puedes quedártelo, Amara.

—Pero has venido a por él.

—No —negó con la cabeza, acercándose a mí—. No he venido a por él.

Nos quedamos de pie uno delante del otro un momento con nuestras miradas conectadas. Empecé a notar que se me erizaba el pelo de la nuca cuando me obligué a mí misma a carraspear ruidosamente.

—Vale... mhm... yo... te acompaño a la puerta.

36

Me siguió obedientemente cuando le abrí la puerta de la entrada y me quedé muy quieta cuando me rozó con el hombro otra vez al pasar por mi lado. Intenté que no se me notara que esa tontería me había afectado, pero creo que no lo logré.

Y, de nuevo, nos quedamos mirando el uno al otro. Yo dentro de mi casa y él fuera, en el rellano.

Me daba la sensación de que, cada vez que nos mirábamos así, las sensaciones eran mucho más intensas que la vez anterior.

—Bueno —musité con voz aguda por los nervios—, ya nos veremos.

En cuanto hice un ademán de cerrar la puerta él la detuvo con la mano. Lo miré, sorprendida.

—¿Quieres venir mañana conmigo a un concierto? —preguntó.

¿Eh?

¿Él y yo... solos?

No, no iba a sobrevivir a eso.

—Estoy... ocupada —dije torpemente.

Para mi sorpresa, no insistió. Solo asintió una vez con la cabeza.

—Muy bien. Buenas noches, Amara.

Estaba tan embobada que no respondí. Solo vi que se marchaba en dirección a las escaleras sin mirar atrás.

Y quizá me quedé así unos segundo más de la cuenta.

Vale, ¿se suponía que tenía que alegrarme de que no hubiera insistido?

Porque ahora me arrepentía un poco de haber dicho que no.

—Pero ¿quién era ése?

La voz de Zaida me hizo reaccionar. Cerré la puerta y me giré hacia ella, todavía con las mejillas encendidas.

—Un amigo —le dije torpemente.

Me miró como si le hubiera soltado un disparate.

—¿Ése es tu amigo?

—¿Qué pasa? ¿No puede serlo?

—Me parece demasiado guapo para ti.

—Bueno, suerte que él tiene una opinión bastante distinta a la tuya.

Pasé por su lado, un poco irritada, y me detuvo en cuanto se aclaró la garganta, justo antes de que yo entrara en mi habitación.

—Puedes invitarlo más a menudo, ¿sabes? —sugirió.

Sonreí un poco, sacudí la cabeza y me metí en mi habitación.

37

2

## LENGUAS VIPERINAS

—Mara... —la cara de mi jefa empezaba a ser una advertencia muy clara y muy visual.

—¡Perdón! —musité apresuradamente.

Ya se me habían caído dos bandejas en un turno. ¿Qué demonios me pasaba?

¿Por qué era tan complicado concentrarse?

Ah, sí, porque cada vez que lo intentaba me venía a la cabeza cierto capullo engreído atravesándome con...

Dios, eso había sonado fatal.

Je, je.

Y, claro, con la distracción de que eso hubiera sonado tan mal... se me cayó otra bandeja.

—¡Mara! —espetó la señora Myers.

—¡Pero si esta estaba vacía! —protesté, recogéndola rápidamente.

—Ya vale. Ven aquí.

Oh, oh. Bronca.

Suspiré y me acerqué a ella casi como si fuera a firmar la sentencia de mi muerte.

La señora Myers se cruzó de brazos y me miró como si intentara descifrar el lío que tenía en la cabeza.

—¿Qué te pasa hoy? —preguntó.

Cerré los ojos un momento y dejé la bandeja en la barra, pasándome las manos por la cara.

—No lo sé —confesé.

La expresión estricta de mi jefa se volvió más suave al instante.

—¿No te encuentras bien? ¿Necesitas un descanso?

Dudé unos instantes.

—No lo sé —repetí al final.

—A lo mejor deberías comer algo. Ve a la cocina y que Johnny te prepare una hamburguesa.

—He comido antes de venir —le aseguré en voz baja—. No es eso. Pero gracias.

—Y, sea lo que sea... ¿quieres hablarlo?

Eché un vistazo a mis mesas. Estaban todas atendidas. Tenía unos minutos, pero... ¿realmente quería hablarlo con ella?

38

Es decir, la señora Myers era simpática y la verdad es que creo que una de las principales cosas por las que me gustaba era porque me recordaba a Grace, la novia de mi padre. Las dos eran bastante estrictas y testarudas, pero en cuanto conseguías rascar un poco la superficie descubrías a alguien mucho más sensible de lo que parecía.

Quizá por eso sentí que podía contárselo a ella.

—Es que... he conocido a un chico —le dije al final.

Una de sus cejas se disparó hacia arriba cuando también se apoyó en la barra, mirándome con interés.



—Es la primera vez que me hablas de un chico en el año que llevas trabajando aquí —me dijo, casi perpleja.

—Lo sé —musité.

—¿Y qué pasa con ese chico?

Suspiré, intentando expresar el lío que tenía en la cabeza de alguna forma que tuviera sentido.

—Técnicamente, no pasa nada con él —aclaré, incómoda—. Es más bien lo que no pasa.

—Oh —ella sonrió, y fue de las primeras veces que la vi sonreír en mi vida—. Ajá.

Creo que lo entiendo.

—¿Sí?

—Me pasó con mi marido cuando lo conocí. Él iba detrás de mí y yo, sin saber muy bien por qué, lo rehuía. Y eso que me encantaba estar con él. No sé qué demonios me pasaba. Menos mal que él tuvo paciencia conmigo.

Sonreí, divertida, pero la sonrisa se apagó un poco cuando recordé de qué iba la conversación.

—El problema es que yo sí sé por qué lo rehúyo —murmuré.

La expresión de la señora Myers se volvió casi compasiva cuando me analizó durante unos instantes antes de asentir lentamente con la cabeza, como si me entendiera a la perfección.

—¿Quieres un consejo, Mara? —murmuró—. No dejes que una mala experiencia marque cómo vives tu vida.

Aparté la mirada y la clavé en mis manos. Ni siquiera me había dado cuenta de haber estado jugueteando con la bandeja todo este tiempo por los nervios.

—Ojalá fuera tan fácil —le dije en voz baja.

—Lo sé —me aseguró, separándose de la barra—, pero pocas cosas que valgan la pena lo son. Y ahora, déjate de tanta cháchara y ponte a trabajar. A ser posible, sin tirar más bandejas.

Sonreí y asentí con la cabeza.

Era extraño, pero Lisa no había aparecido ese día. Solo me quedaban diez minutos de turno y no sabía nada de ella. Seguramente tenía un examen. O se había quedado en casa con Holt. Fuera lo que fuera, seguro que después me encontraba un mensaje-disculpa suyo.

Y, como si hubiera sido invocada, unos pocos segundos más tarde escuché la campanita de la puerta y levanté la cabeza. Lisa entró a toda velocidad y vino prácticamente corriendo hacía mí, que la miraba con una mueca de sorpresa.

—¡Necesito tu ayuda! —exclamó nada más llegar a mi altura, al otro lado de la barra.

—¿Qué pasa? —pregunté, algo asustada.

—¡Tengo un examen en diez minutos!

—¿Y quieres que te ayude a copiar? —sugerí, confusa.

Me dedicó una mirada punzante. Ella nunca copiaría en un examen.

Rebuscó en su bolso rápidamente y sacó unas llaves que no había visto en mi vida. Cuando las plantó en la barra delante de mí, enarqué una ceja.

—¿Qué es esto?

—Unas llaves.

—Gracias, Lis.

—No hay de qué.

—Ahora solo necesito que especifiques un poco más a qué viene que las pongas ahí.

—Yo... necesito que me hagas un favor que no te va a gustar pero es un poco urgente y no sé a quién más pedirselo.

—Sí, claro —dije enseguida, sin pensar—. ¿Qué tengo que hacer?

—Llevarle estas llaves a mi hermano.

Mierda.

¿En serio? ¿Tenía que ser a él? ¿No podía llevárselas mejor al grinch? Seguro que me lo pasaba mejor.

Mi cara debió cambiar completamente, porque Lisa puso su cara de cachorrito más efectiva y entrelazó los dedos bajo su barbilla, como si me suplicara.

40

—Por favor, Mara, es urgente.

—¿No puedes dárselas tú cuando termine?

—Yo no voy a volver a casa hasta mañana. Y supongo que Aiden agradecerá poder entrar en la suya esta noche.

—¿Por qué tienes tú las llaves de su casa?

—¡Porque cuando trajeron sus cosas él todavía estaba fuera de la ciudad y alguien tenía que recibir a los de la mudanza! —su mohín se intensificó—. ¡Mara, por favor!

Suspiré, empezando a ceder, y ella procedió a cargar con la artillería pesada, aumentando su puchero.

—¿A quién quieres que se lo pida si no es a ti? —preguntó—. ¿A Holt? ¡Aiden ni siquiera sabe que tengo novio!

—Pero...

—¡Yo te ayudé con tu trabajo en nuestro último año de instituto! ¡Me debes una!

—¡Eso fue hace mucho!

—Por eso. Te estoy cobrando los intereses de demora.

—Lisa, no sé si...

—¡Ooooh, genial! ¡Gracias por hacerme este maravilloso favor!

Sonrió ampliamente y yo parpadeé, sorprendida, cuando se inclinó sobre la barra para quitarme la libreta y escribir a toda velocidad una dirección.

¿En qué momento había dicho que sí?

—Este es su gimnasio. Se pasa media vida ahí, seguro que te lo encuentras cuando termines —me dijo, dejándome el papel junto a las llaves—. ¡Te quiero, eres la mejor amiga del mundo, pásatelo en grande y mañana infórmame de toodo!

—¡Espera, yo no...!

Me lanzó un beso con la mano y se marchó corriendo para que no pudiera negarme.

Bueno, lo que me faltaba para terminar de descentrarme.

Miré la dirección con una mueca y noté que mi jefa se acercaba y se apoyaba en la barra para dedicarme una sonrisita divertida.

—Así que vas a ir a ver a tu distracción particular, ¿eh?

—No me distrae, me molesta —mascullé.

Ella se echó a reír.

41

—Sí, mi marido también me molestaba cuando nos conocimos. Por eso ahora es mi marido.

Le puse mala cara, cosa que pareció divertirla todavía más.

Vale, estaba nerviosa.

Muy nerviosa.

De hecho, me sentía como si cada minuto que pasaba fuera una tortura. Era como si el tiempo fuera eterno y a la vez se consumiera demasiado rápido.

Simplemente, era extraño. No quería ir y, a la vez, tenía demasiada curiosidad como para no hacerlo.

¿Por qué estaba tan alterada solo con la perspectiva de volver a verlo? Por Dios, solo era un chico.

Al final, incluso Johnny se dio cuenta de que algo andaba mal, porque cuando los dos colgamos los delantales para marcharnos, me echó una ojeada curiosa.

—¿Algo va mal, encanto?

—No, es solo... mhm... —vale, ¿a quién quería engañar?—. Sí. Tengo que ir a ver a un capullo engreído.

Sonrió, muy divertido.

—Creo que voy a necesitar un poco de contexto.

—Tengo que ir a dejarle estas llaves al hermano de mi mejor amiga. Y para ello tengo que ir a su gimnasio.

—¿Qué gimnasio es? A lo mejor puedo acompañarte.

Saqué el papelito de mi bolsillo trasero y se lo enseñé. Él sonrió al verlo.

—¿Bromeas? —me miró—. ¡Ahí trabaja mi hermano!

—¿Eh? ¿En serio?

—Sí, en serio. Conozco el camino a la perfección. Vamos, yo te llevo.

—¿Alguna vez te he dicho que te adoro, Johnny?

—Seguramente, pero nunca viene mal que me lo recuerdes.

Sonreí y me hizo un gesto para que lo esperara junto a su coche, que era un modelo de esos gigantes que yo nunca habría querido conducir porque, básicamente, sería incapaz de pasar por ningún lado por el miedo a chocarme con cualquier cosa.

Pero Johnny condujo de maravilla por las calles y callejones de la ciudad hasta llegar a una calle bastante larga y poco iluminada que estaba formada básicamente por locales abandonados.

No me esperaba que el gimnasio de Aiden estuviera en una zona que gritaba no te acerques a mí de noche sola en veinte idiomas distintos nada más verla.

42

—¿Seguro que es aquí? —puse una mueca.

—Sí. El barrio es malo, pero también es perfecto para mantener la privacidad de los boxeadores —él también puso una mueca—. Me alegro de haberte acompañado, encanto. No me gusta esta zona.

—Bueno, yo sé defensa personal —sonreí.

Él negó con la cabeza y aparcó el coche.

—Entraré contigo, así saludaré a mi hermanito. Hace mucho que no sé nada de él —puso una mueca—. Conociéndolo, seguro que ha engordado.

El coche se quedó aparcado delante de un gimnasio cuyo cartel parecía bastante viejo y cuyas puertas eran de hierro grueso, haciendo que fuera bastante dificultoso abrirlas. Tuve que darles un buen empujón para que cedieran.

Para mi sorpresa, el interior era bastante más... acogedor. Había un recibidor con un mostrador y un chico joven detrás que tecleaba algo en un ordenador mientras masticaba chicle ruidosamente. Un hombre bajo, con perilla gris y los brazos repletos de tatuajes, le estaba diciendo algo cuando nos acercamos.

Sin embargo, la conversación se cortó en seco cuando Johnny, a mi lado, ahogó un grito dramáticamente.

—¡Robbie! ¡Hermanito, ven aquí!

Espera, ¿ese era... su hermano?

¡Si no se parecían en nada!

Johnny era un grandullón musculoso y Robbie era bajito y un poco regordete. Y

los rasgos faciales... tampoco se parecían mucho en ese aspecto.

—¿Qué haces tú aquí? —Robbie nos miró, sorprendido—. ¿Vas a empezar a entrenar a tus años? ¿No eres un poco viejo?

—¿Y tú no eres un poco gordo para trabajar en un gimnasio?

—Yo no estoy gordo, tengo los huesos anchos —se enfurruñó.

—Bueno, déjate de tonterías. Solo quería acompañar a mi hija adoptiva.

Negué con la cabeza, divertida.

—Oh, hola —Robbie me ofreció una mano con una sonrisa educada—.  
¿Cómo estás, encanto?

Vale, lo de encanto era algo de familia.

—Bien. Un placer, Robbie.

—Ejem... es Rob —sus mejillas se tiñeron de rojo cuando Johnny empezó a reírse—. Lo de Robbie solo me lo dice tu querido amigo.

—Mara tiene que ver a uno de tus chicos —aclaró Johnny.

43

Eso definitivamente captó la atención de Rob, y ahí fue cuando caí en la cuenta de que debía ser el entrenador de Aiden.

No parecía un entrenador de boxeo, aunque... bueno, yo tampoco había visto a un entrenador de boxeo en mi vida, así que tampoco tenía muy claro cómo deberían verse.

—¿Sí? —me miró bien, como si intentara descifrar quién era—. ¿A cuál?

—A Aiden —aclaré.

Eso terminó de despertar su asombro, porque sus cejas casi llegaron a las raíces canas de su pelo.

—¿A Aiden? —repitió, pasmado.

—¿Hay... algún problema? —murmuré, confusa.

Él se limitó a poner los ojos en blanco.

—Para uno que nunca había traído chicas por aquí...

Vale, no sé por qué eso me emocionó. No debería hacerlo.



Me daba igual ser la primera chica que iba por ahí a buscar a Aiden.

Absolutamente igual. Completamente igual.

—Le quedan diez minutos de entrenamiento —me dijo Rob—. Seguramente estará en el saco. Venid conmigo, os acompañaré.

Tenía un nudo de nervios en el estómago cuando Rob empujó otras puertas de hierro, solo que estas conducían a una amplia sala de gimnasio con un ring en medio en el que dos chicos estaban peleándose mientras un hombre les daba instrucciones.

A su alrededor, había varias máquinas, sacos de boxeo de todo tipo y color, y varios bancos. Olía a cuero y sudor, y el ruido de las zapatillas resbalando por el suelo resonaba en toda la sala.

—Sí, mira —interrumpió Rob mi observación—. Ahí está Aiden.

Y... ahí estaba.

Mierda.

Se me secó la boca cuando vi a alguien dándome la espalda. Una espalda gloriosamente desnuda. Solo llevaba unos pantalones cortos y unas zapatillas. Ah, y unos guantes rojos.

Tragué saliva con fuerza cuando vi cómo los músculos de su espalda se tensaban y destensaban al darle al saco negro que tenía delante.

—¿Y bien? —preguntó Rob al ver que prácticamente me había quedado desmayada en mi lugar—. ¿No vas a decirle nada?

—Ah, sí, sí... eh... sí...

—Hoy está de mal humor, te aviso.

—Mara puede manejar a un tipo de mal humor —le aseguró Johnny detrás de mí, riendo.

Respiré hondo y crucé el gimnasio con un nudo ardiente en la parte baja del estómago que se contraía por la tensión y otras cosas peores que prefería no saber qué eran. Mantuve mi mirada clavada en su espalda, pero noté que algunos de los que entrenaban me observaban con curiosidad al pasar.

Dios, odiaba que la gente me mirara, pero ahora prácticamente no podía darme cuenta de su existencia. Solo podía centrarme en él.

¿No podía usar una camiseta, al menos? ¿Aunque fuera solo para salvar a mis pobres nervios?

Finalmente, me detuve justo detrás de él y vi que llevaba puestos unos auriculares. Estaba completamente absorto en lo que hacía, así que ni siquiera se dio cuenta de que estaba ahí.

Por un momento, la tentación de quedarme mirándolo sin decirle nada fue muy grande. Grandísima. Colosal.

Es decir... el espectáculo era digno de ver, te lo aseguro.

No me había fijado hasta ahora, pero tenía una hilera de tatuajes cubriéndole el brazo izquierdo, desde la muñeca hasta el hombro y el pectoral, mientras que el otro solo le cubría desde el hombro hasta el codo.

Pero... ¿desde cuándo me gustaban tanto a mí los tatuajes?!

¡Si ni siquiera llevaba ninguno, me daba mal rollo pensar en ponerme algo permanente en la piel!

Vale, hora de dejar de babear y centrarme de nuevo.

Extendí la mano, dubitativa, y le rocé el antebrazo. Solo con eso se detuvo en seco y se giró hacia mí con una expresión que casi hizo que diera un paso atrás.

—¿Qué? —espetó, molesto.

Entreabrí los labios, sorprendida, pero entonces enfocó mi cara y parpadeó, pasmado, recorriéndome con los ojos. Cuando volvió a mirarme a la cara, ya no parecía molesto en absoluto. Solo extrañamente sorprendido y encantado a partes iguales.

—¿Amara? —preguntó, quitándose los auriculares y dejando que colgaran de sus hombros.

Sus hombros sudados. Se me secó la boca cuando vi una inocente gotita de sudor resbalándole por el cuello y, de pronto, me encontré a mí misma con la imperiosa necesidad de abanicarme el cuello.

—Eh... hola —dije, al final, con una voz (menos mal) bastante segura—. No quería molestarte.

—No me molestas —me aseguró, alejándose del saco para centrarse totalmente en mí—. Pensé que eras el pesado de mi entrenador.

Y se quedó mirándome con la curiosidad en los ojos, todavía con el pecho subiéndole y bajando irregularmente por el ejercicio.

Vale, quería saber qué demonios hacía ahí. Era lógico.

45

Solo había un pequeño problema.

Y es que a mí ya se me había olvidado porque estaba muy ocupada intentando no bajar la mirada por su piel desnuda.

Pero... ¿cómo demonios podría yo concentrarme en esas condiciones tan duras?

—¿Has venido a verme? —sugirió con una sonrisita.

Eso me hizo reaccionar y negué con la cabeza, como si fuera una bobada, antes de sacar las llaves de mi bolsillo.

—Lisa me dijo que te diera esto —aclaré.

Él las miró un momento antes de esbozar media sonrisa.

—¿Y no la has mandado a la mierda? Vaya, estás evolucionando.

—Bueno, soy una persona muy educada —me defendí, muy digna—. Y puede...

ejem... puede que no me dejara otra opción.

Sonrió ampliamente, encantado, y casi me dio un infarto cuando bajó la mirada sin ninguna vergüenza para recorrerme el cuerpo con ella. En serio, con cualquier otra persona me habría producido rechazo, lo sabía. ¿Por qué demonios él no?

—Estaba teniendo una mala noche, pero acabas de alegrármela —me aseguró.

—Solo he venido, Aiden.

—Y eso ya es suficiente —sonrió como un crío.

Vale, no me había dado cuenta, pero me había acercado a él. O él a mí. No estaba muy segura. El caso es que pensaba con más claridad cuando nos alejábamos, así que di un paso atrás, cosa que hizo que sus ojos brillaran con diversión.

—Bueno —murmuré, acalorada—, yo debería irme y...

—Todavía podemos ir a ese concierto juntos.

No sé por qué, pero la idea me emocionó. Muchísimo.

Y no era precisamente por el concierto en sí.

—¿No has encontrado a nadie más con quien ir? —bromeé.

—No se lo he preguntado a nadie más.

Lo miré como si fuera a echarme a reír, pero la verdad es que era obvio que no bromeaba. Empecé a jugar nerviosamente con mis dedos.

—Voy con el uniforme —musité, señalándome a mí misma.

Sí, ese día estaba tan distraída que ni siquiera llevaba el abrigo. Y todo por su culpa.

—¿No tienes chaqueta? —preguntó.

46

—Se me ha olvidado y...

—Eres un desastre —concluyó con aire divertido.

—Vaya, muchas gracias.

—Tengo una sudadera de sobra que está a tu entera disposición.

—Aiden, tienes que dejar de prestarme ropa.

—Sí, debería empezar a quitártela y dejarme de tonterías.

Noté que mi corazón daba un vuelco cuando él me dedicó una sonrisa absolutamente arrebatadora y empezó a quitarse los guantes raros que llevaba.

Ver eso no debería haberme hecho sentir tan cohibida como lo hizo.

—Me lo tomaré como un quiero ir al concierto contigo, Aiden —murmuró.

—Tu entrenador me ha dicho que todavía te quedaban diez minutos de entrenamiento.

—Bueno, que le den —concluyó sin inmutarse—. Voy a ducharme. Espérame por aquí.

—También puedo ir contigo.

Vale, había sido una broma.

Una broma muy poco apropiada teniendo en cuenta la tensión sexual que circulaba entre nosotros, pero sí, una broma.

Él se detuvo a punto de recoger su bolsa y levantó la cabeza hacia mí, sorprendido.

—No bromees con eso o te arrastraré conmigo a la ducha.

—Me encantaría verte intentándolo.

Vale, tenía que dejar de provocarlo, porque estaba empezando a alterar mi cuerpo entero.

Menos mal que no dijo nada, porque estoy casi segura de que habría terminado yendo con él si hubiera insistido solo un poquito más.

Solo me observó unos instantes, sonrió y sacudió la cabeza antes de desaparecer por la puerta de lo que supuse que serían los vestuarios.

Respiré hondo antes de ser capaz de coordinarme y arrastrarme a mí misma hacia la zona donde Rob y Johnny me miraban con expresiones bastante distintas.

Rob parecía cabreado, Jonny solo curioso.

—Pero ¿qué hace ese testarudo? —protestó Rob—. ¿No le has dicho que le quedaban diez minutos?

—Eh... la verdad es que sí.

—¿Y se ha ido igual? —preguntó, irritado.

47

—Déjalos, Robbie —sonrió Johnny—, ¿no ves que quieren hacer cosas más interesantes que entrenar?

—Debería entrenar todas las horas que le dije —insistió Robbie, enfurruñado.

Y así siguió refunfuñando mientras yo miraba el gimnasio con expresión tensa.

Estaba nerviosa. Y sentía que no iba lo suficientemente arreglada como para quedar con nadie. Y menos con el capullo del adonis.

Estaba tan ensimismada que ni siquiera me di cuenta de que Aiden había vuelto hasta que se plantó justo a mi lado, rozando su brazo con el mío.

Seguro que ni siquiera fue intencional, pero yo di un respingo igual, sintiendo ese breve contacto por todo mi cuerpo.

—¿Nos vamos? —preguntó él, ajeno a lo que me estaba provocando.

Yo asentí con toda la dignidad que pude reunir.

—¿Cómo que nos vamos? —Rob seguía cabreado—. Llegamos a un acuerdo con las horas, Aiden.

—Solo son diez minutos —él puso los ojos en blanco.

—¡Diez minutos pueden marcar una gran diferencia!

—Déjalos tranquilos —Johnny se puso de nuestra parte, sonriéndome—. Nos vemos mañana, encanto. Y tú... más te vale cuidar de Mara o tendré que ir a darte con la espátula en la cabeza.

—Seré un caballero —le aseguró Aiden con una sonrisa.

Seguí a Aiden fuera del gimnasio sintiéndome muy extraña, nerviosa y ansiosa a la vez. Ninguno de los dos dijo absolutamente nada hasta que estuvimos fuera y él se detuvo delante de las puertas del gimnasio, frunciéndome el ceño.

—No has venido sola, ¿no?

—Johnny me ha traído —le dije, extrañada por la pregunta.

—Ah —y eso pareció calmarlo un poco.

—¿Por qué? —pregunté al final.

—No vengas por aquí sola —murmuró—. Y menos de noche.

—Sé defenderme perfectamente, Aiden.

—¿No me dijiste que nunca habías golpeado a nadie?

—Pero sé defensa personal. A lo mejor llego a practicar contigo.

48

—Al masoquista que llevo dentro le encanta esa idea.

Iba a sonreír, pero me contuve a mí misma, riñéndome en silencio. ¡No tenía que sonreír al enemigo!

—Además —me crucé de brazos—, ¿qué te hace pensar que volveré?

—Soy optimista.

—Y poco realista.

—Eso ya lo veremos.

Empezó a andar y yo sonreí disimuladamente, siguiéndolo calle abajo. Él se había cambiado de ropa y ahora llevaba una sudadera negra con unos vaqueros. Solo eso y ya parecía un modelo de Calvin Klein. Yo, en cambio, seguía con mi estúpido uniforme. Puse una mueca.

Justo cuando estaba empezando a relajarme llegamos al coche. Me abrió la puerta del copiloto con una sonrisa de angelito y yo me subí después de entrecerrarle los ojos.



En cuanto se subió a mí lado, se giró para buscar algo y me tendió la sudadera que me había prometido.

—¿Cuánta ropa guardas aquí? —pregunté, confusa, mientras me la ponía.

—No mucha. Algunas cosas por si alguna vez me olvido la bolsa del gimnasio —

se encogió de hombros y me miró mejor—. ¿Ves? Ya vas vestida para una alfombra roja. No hay problema.

Puse los ojos en blanco cuando arrancó el coche y empezó a conducir tranquilamente. Intenté no pensar en la mano que tenía apoyada otra vez en el cambio de marchas, peligrosamente cerca de mi rodilla.

Y la pregunta me salió sin pensar:

—¿No tienes moto?

Pareció un poco confuso durante unos segundos, antes de echarme una ojeada rápida.

—La verdad es que no, ¿por qué?

—Tenía la esperanza de que la tuvieras y pudiera robártela.

—¿Te gustan las motos? —sonrió.

—Mucho. Mi padre tenía una y una vez me dejó conducirla.

—¿Y qué tal fue?

49

—Ejem... puede que chocara contra la valla del vecino. Y puede que fuera la última vez que me la dejó.

Él empezó a reírse y yo sentí que me relajaba un poco.

—Bueno, ya compraré una —bromeó.

—Avísame para poder venir a robártela.

—Solo nos faltará encontrar una valla con la que puedas chocarte.

—La pared de tu casa no parece una mala opción.

—Si te implica a ti estando en mi casa, estoy de acuerdo.

Negué con la cabeza y él subió el volumen de la radio al notar que nos quedábamos en silencio.

Tuve la tentación de girarme y mirarlo en varias ocasiones, pero me contuve. No me entendía a mí misma. ¿Qué me pasaba con ese chico? ¿Por qué dejaba que me afectara tanto?

Al final, llegamos por fin al establecimiento donde se hacía el concierto y yo pude notar, aliviada el aire frío en mi cara cuando entramos en él. Al parecer, era de un grupo de rock. O eso me parecía por la gente que me rodeaba.

Johnny se llevaría bien con ellos, seguro.

Cuando vi que íbamos a meternos entre la gente, automáticamente rodeé la muñeca de Aiden con una mano y vi que él sonreía, pero no hizo ningún comentario al respecto.

Él se abrió paso fácilmente entre la gente, asegurándose varias veces de que seguía detrás de él, pegada a su brazo. Cuando llegamos a la zona más cercana del escenario, le dijo algo a uno de los de seguridad, que asintió con la cabeza y nos dejó pasar.

Justo cuando íbamos a llegar a la valla que había justo delante del escenario, choqué de frente con una chica rubia que llevaba tacones —sí, tacones en un concierto— y tuve que sujetarme completamente a Aiden para no caerme de culo al suelo.

Ella me dedicó una sonrisita de disculpa.

—¡Perdón! —pero tenía prisa, así que tiró igualmente de la mano de su amiga, que tenía cara de no querer estar ahí—. ¡Vamos, Brooke!

—Que ya voy —suspiró su amiga.

Las seguí con la mirada antes de volver a centrarme en Aiden, que había conseguido hacerse un hueco en la zona de las vallas. Me hizo un gesto para que me pusiera delante de él y yo lo hice, apoyando ambas manos en la barra de hierro. Sentí que se me secaba la garganta cuando apoyó las manos junto a las mías, quedando pegado a mi espalda y haciéndome de escudo humano.

Bueno, no era una posición desagradable, te lo aseguro.

—¿Estás bien? —me preguntó con una sonrisita.

50

—Tan bien como siempre —me hice la interesante.

Él empezó a reírse, cosa que me distrajo por unos instantes.

—¿Qué le has dicho al de seguridad? —pregunté, curiosa.

—Mi entrenador conoce a la manager del grupo —se encogió de hombros—. Casi siempre nos deja entrar en sus conciertos.

—Es decir, que no tenías entradas, has improvisado porque te he dicho que sí.

—Básicamente, sí —sonrió.

Negué con la cabeza, divertida.

—Y no me arrepiento —me aseguró.

Iba a decir algo, pero me callé cuando vi que las luces del escenario empezaban a brillar. La gente se volvió loca y Aiden me apretó un poco

contra la barra de metal, manteniéndome en mi lugar y soportando los empujones por mí.

Vaya, vaya. Había encontrado un caballero.

Admito que se me secó la garganta al instante, y seguí así porque cada vez que alguien nos empujaba —que pasaba a menudo—, él me ponía una mano en la cintura para mantenerme en mi lugar y asesinaba con la mirada a quien fuera que lo había hecho.

Así que sí, el concierto empezó... pero yo no le presté atención. Ni un poquito.

Pudimos estar ahí horas, pero para mí solo fueron minutos. Demasiado cortos.

¡Incluso llegué a desear que alguien más nos empujara para que volviera apretujarse a mí!

Pero ¿qué me pasaba?

Que estás salida.

Gracias, conciencia. Tan fina como siempre.

Para eso estoy aquí.

No reaccioné hasta que escuché el ensordecedor sonido del aplauso que surgió a mi alrededor cuando el cantante dijo algo. Supuse que se había despedido, porque Aiden se separó de mi espalda y la gente de nuestro alrededor empezó a dirigirse a la salida.

—¿Te ha gustado? —me preguntó él, mirándome.

—Yo... ejem... no ha estado mal.

Igual podría ser más específica si hubiera escuchado, aunque fuera, durante cinco minutos seguidos.

Lo seguí hacia la salida —abanicándome cuando no me miró—. En cuanto estuvimos fuera, agradecí de nuevo la oleada de aire frío. Mi sistema nervioso la necesitaba.

51

Para mi sorpresa, Aiden pasó de largo junto al coche y cruzó la calle para ir a un bar que había al otro lado. No me quejé en absoluto cuando buscó con la mirada y fue a sentarse en una de las mesas del fondo, una de las apartadas, de las íntimas.

Bueno, ahora sí que estaba nerviosa.

Me dejé caer en la silla que tenía al lado de él y el camarero se acercó rápidamente para traernos las bebidas que había pedido un momento antes Aiden en la barra. Fue un poco triste ver que nos traía dos aguas. Seguro que éramos los dos únicos de ese local que no bebían alcohol.

Nos quedamos un momento en silencio, cada uno mirando un lado del bar, hasta que él se giró hacia mí y enarcó una ceja con curiosidad.

—¿Por qué dejaste de venir a nuestra casa?

Eso me pilló totalmente desprevenida.

—¿Eh?

—Hace unos años venías cada día a ver a Lisa y, de pronto, dejaste de hacerlo.

¿Por qué?

¿Se había dado cuenta?

Bueno, no era la conversación que esperaba tener con él esa noche, pero no estaba mal.

—Fue... ejem... por nada en concreto —le dije, al final—. Mi madre me cambió de instituto y dejé de ver a Lisa tan a menudo.

—Mi madre te echó de menos.

No pude evitar una pequeña sonrisa. La madre de Lisa y Aiden, Claire, era un verdadero encanto con todo el mundo, y conmigo especialmente porque era la mejor amiga de su hija. La echaba de menos. Hacía años que no la veía.

—¿De verdad? —pregunté.

—Claro que sí. Te adora. Decía que conseguías sacar a Lisa de su caparazón para que consiguiera relacionarse con los demás.

Oh, Claire... en cuanto fuera a ver a mi padre, tenía que visitarla.

—Me quería más de lo que me merecía —le aseguré con una pequeña sonrisa, pasando un dedo por el borde de mi vaso.

—No digas eso.

—Arrastraba a Lisa conmigo a escondidas a fiestas adolescentes desenfundadas.

¿Te parece que era una gran influencia para ella?

—¿A escondidas? —repitió, burlón—. Todos lo sabíamos, solo fingíamos no hacerlo para que mi hermana saliera un poco de casa.

Puso los ojos en blanco.

52

—Incluso mi hermano pequeño lo sabía.

Sonreí al pensar en él.

—¿Cómo está Gus Gus? —bromeé.

—Si te oye llamarlo así, probablemente cabreado.

Lisa y yo solíamos llamar Gus Gus a su pobre hermano pequeño, Gus, diciéndole que se parecía al ratón regordete de Cenicienta. Él siempre se enfadaba con nosotras, claro.

—Está en su último año de instituto —me dijo Aiden, acomodándose en el respaldo de su silla—. No está sacando muy buenas notas. Creo que mi padre lo castigó hace poco.

—Pobre Gus Gus —sonreí—. ¿Y tus padres?

—Bien. Mi madre sigue siendo extrañamente feliz cuidando a críos en una guardería y mi padre arreglando coches.

—Veo que siguen igual.

—¿Y tus padres?

—De mi madre no sé mucho —dije, poco afectada—. De vez en cuando me envía regalos de los lugares a los que va, aunque nunca especifica de dónde son, así que tengo un montón de artilugios de lugares desconocidos.

Él empezó a reírse y yo seguí hablando.

—Y mi padre está muy bien. Más que bien. Hace unos años encontró novia. Se llama Grace. Es muy simpática.

Vale, ¿qué hacía hablando con Aiden de mis no-dramas familiares?

—Sabes que acabas de destrozar el estereotipo de la madrastra malvada, ¿no?

—Si te soy sincera... intenté odiarla al principio, pero no fui capaz.

—¿Así como intentas odiarme a mí? —sugirió con una sonrisita.

—Yo no intento odiarte —mentí.

—Sí lo haces. Pero no entiendo el por qué.

Yo tampoco, la verdad.

Bueno, ni yo.

Así que decidí hacer lo mejor para mí y para él: ser yo misma.

Y, con ser yo misma... me refiero a dejar las cosas claras antes de que alguien se confundiera.

—Mira, no he salido con nadie en unos cuantos años —le dije directamente, mirándolo—. Concretamente, desde los quince años.

53

Él enarcó un poco las cejas, sorprendido.

—¿No te ha gustado nadie desde entonces?

—No —le aseguré, medio divertida—. Te aseguro que no.

Aiden cambió su expresión a una más curiosa, como si intentara adivinar qué estaba pensando.

—La cosa es... —seguí, sosteniendo su mirada—, que no tenía pensado empezar a hacerlo otra vez. Especialmente con el hermano de mi mejor amiga.

—¿Y por qué no? —sonrió de lado, divertido.

—Porque no voy a hacerlo. Y menos para echar un polvo.

—¿Echar un polvo? —dejó de sonreír y frunció el ceño—. ¿Por qué asumes que solo quiero hacer eso?

—Bueno, sé leer las señales.

—Pues debes tener miopía.

Intenté no reírme. ¡La situación era seria!



—Mhm... —murmuré, poco convencida.

Él puso los ojos en blanco y se inclinó sobre la mesa con los codos, acercando peligrosamente su cara a la mía.

—Si solo quisiera echarte un polvo, Amara, te aseguro que no estaría siendo tan sutil.

Espera, ¿sutil? ¡¿Esa era su faceta sutil?!

Madre mía, no quería verlo en acción. Iba a darme un ataque.

—¿Y qué quieres, entonces? —pregunté, a la defensiva.

—Solo... quiero conocerte. ¿Tan difícil es de creer?

Sí, un poco. Lo miré con cierta desconfianza antes de clavar la mirada en mi vaso otra vez, dándole vueltas al asunto.

—Lo único que tengo atractivo es la lengua viperina —le aseguré—. Y la mayoría de los chicos no lo encuentran atractivo. Prefieren a una chica dulce y todo ese rollo.

—Yo prefiero quedarme con la lengua viperina.

—Eso no lo vas a pensar cuando termine esta reunión de amigos.

—¿Reunión de amigos? —puso los ojos en blanco.

54

—Ajá.

—Amara —suspiró—, ¿no te parece que estás un poco a la defensiva otra vez?

—No estoy a la defensiva, solo soy sincera.

Pude notar su mirada repasándome el perfil como si me quemara, pero me mantuve firme con la mirada en mi vaso.

Entonces, no pude evitar dar un respingo cuando noté que su rodilla se pegaba a la mía por debajo de la mesa. Solo ese simple contacto hizo que levantara la cabeza de golpe para mirarlo.

Se había inclinado más sobre mí, y ahora tenía un brazo por encima del respaldo de mi silla.

—¿Puedo ser yo también sincero? —preguntó directamente.

Oh, no estaba segura de estar preparada para eso.

Pero a mi cuerpo le dio igual, porque asentí automáticamente con la cabeza, incapaz de articular una sola palabra.

—Bien —sonrió—. Pues espero que puedas mantener esa lengua viperina quieta por un minuto y dejarme hablar.

Entrecerré los ojos, pero me centré de nuevo cuando vi que empezaba a hablar.

—Cuando te vi hace unos días en esa fiesta, no me podía creer que la cría insoportable que recordaba se hubiera convertido en... esto. Es decir, sigues siendo insoportable, no me malinterpretes, pero no puedo decir que no me guste. Y no solo físicamente, aunque admito que podría mirar esas tetas perfectas, o esa boca (aunque cuando la abras seas tan sarcástica), o ese pelo pelirrojo, o esos ojos castaños, o esas pecas... pero no solo es eso. También me gusta tu mala leche. Y tengo que admitir que no sabía que tenía esta parte masoquista dentro, pero también me gusta que me mandes a la mierda de vez en cuando, especialmente cuando me hago el gracioso. Solo hace que quiera acercarme más a ti.

Y, tras decir todo eso, se limitó a enarcar una ceja como si nada.

Yo, por mi parte, creo que estaba incluso hiperventilando.

—Ahora que los dos hemos sido sinceros... —concluyó—, ¿podemos asumir ya que esto es una cita y dejarnos de tonterías?

Me quedé mirándolo con la boca entreabierta por lo que pareció una eternidad hasta que él bajó la mirada hacia ella y me obligué a reaccionar, tragando saliva.

—Sí, supongo —dije con voz aguda.

—Genial.

Seguía medio alterada cuando él agarró su vaso de agua y le dio un trago como si nada. ¡Estaba tan tranquilo! ¡Yo estaba muriendo sofocada por mi propia temperatura corporal!

55

Cuando volvió a centrarse en mí, tenía una pequeña sonrisa en los labios.

—Así que no has estado con nadie desde los quince, ¿eh?

Por supuesto, esa había sido la parte que más le había llamado la atención de tooda la conversación.

—No —murmuré, intentando recomponerme.

—¿No has echado ningún polvo esporádico desde entonces?

—No es mi estilo.

—¿Y a los quince?

Puse una mueca.

—Solo estuve con dos.

—Almas afortunadas.

—¿Y tú qué? —enarqué una ceja, intentando provocarlo—. ¿Llevas la cuenta?

—No, es tan larga que dejé de contar hace tiempo —ironizó, poniendo los ojos en blanco—. Pues claro que llevo la cuenta.

—¿Con cuántas has estado?

—Tres chicas. En toda mi vida.

Vale, me esperaba que no respondiera a eso, no sé por qué.

—¿Te he decepcionado? —preguntó, divertido.

—Pensé que no responderías.

—Claro que lo haré. Pregúntame lo que quieras.

Oh, eso era darme mucho poder.

Y podía ir en su contra.

—¿Fueron novias tuyas? —pregunté, entrecerrando los ojos.

—Solo una de ellas. La última. Las dos primeras fueron... amigas, supongo. Nada serio.

—¿Y con la última?

—Con ella sí fue serio.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

Suspiró, pensándolo.

56

—Unos... cuatro años.

Whoa.

—¿Tanto? —levanté las cejas.

—Solo parece mucho tiempo cuando estás con la persona equivocada —me aseguré.

—¿Y cuánto hace que... ejem... ya no estás con ella?

—Un año, más o menos —ladeó la cabeza—. No te preocupes, Amara. Me tienes completa y absolutamente disponible.

—Qué alegría —ironicé, pero sí me había alegrado.

—Sé que en el fondo te alegra.

Lo miré durante unos segundos, analizándolo.

—No sé por qué, pero pensé que tu tipo de chica sería algo más... dulce —murmuré.

Él sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Admito que las otras chicas eran de ese estilo.

—Qué bien —puse mala cara.

—Pero he cambiado de gusto. Ahora me gustan las pelirrojas de lengua viperina que me mandan a la mierda cada cinco minutos.

Vale, esa vez no pude resistirme. Empecé a reírme. Él se quedó mirándome al hacerlo.

—¿Cuál es tu tipo? —preguntó al final, tras mirarme unos segundos más.

—Cualquier cosa menos un capullo.

—¿No podrías ampliar un poco esa lista para aceptar capullos como yo?

—Podría plantearme una excepción.

Él sonrió y pareció que iba a decir algo, pero se calló cuando el camarero se acercó y nos quitó los vasos vacíos de delante. Debió darse cuenta de que interrumpía algo por el silencio que dejó, porque se puso colorado y se apresuró a marcharse.

—Bueno —eso me había sacado de mi ensoñación—, la verdad es que yo mañana tengo que trabajar. Y escribir. Y debería... ejem... irme a casa.

Y también quería aclararme un poco las ideas, cosa que no podía conseguir con él tan cerca.

57

Para mi sorpresa, no se opuso. Solo sacó un billete del bolsillo y lo dejó sobre la mesa antes de hacerme un gesto para que pasara por delante de él.

El trayecto en coche fue silencioso, pero extrañamente agradable. Jugué con las mangas de su sudadera, que me sobraban bastante al ser él tan alto, y también me permití a mí misma echarle unas cuantas ojeadas.

Aiden detuvo el coche delante de mi edificio y yo me aclaré la garganta, algo tensa. ¿Cómo se suponía que tenía que despedirme de él?

—Supongo que no me dejarás devolverte la sudadera —dije al final.

—Supones bien —sonrió como un angelito.

—Vas a terminar quedándote sin ropa.

—Mejor. Tendré una excusa para venir a buscarla a tu casa y quitártela de encima.

Puse los ojos en blanco, divertida, pero apenas había puesto una mano en la manija de la puerta para salir del coche cuando él me interrumpió.

—Dame tu móvil.

Le fruncí el ceño.

—De eso nada.

—Es para guardar mi número, testaruda.

—¿Y si no lo quiero?

—Entonces, no lo uses.

Le di móvil a regañadientes y él sonrió al empezar a escribir.

—Deberías bloquear tu móvil —murmuró maliciosamente—. Hay gente muy loca que podría quitártelo para meter su número.

Escuché su móvil vibrar, por lo que supuse que se había llamado a sí mismo para poder guardar mi número. Capullo inteligente.

—Sí, que suerte que no me haya cruzado con alguien así, porque probablemente me apetecería darle mi primer golpe.

Él empezó a reírse y se acomodó en el asiento.

—Buenas noches, antipática.

—Buenas noches, capullo.

No escuché el motor alejándose hasta que entré en mi edificio, y ahí fue cuando noté que mi cuerpo se iba relajando lentamente, como si hubiera estado tenso durante todo el tiempo que había pasado con él. Cerré los ojos y me calmé a mí misma antes de subir a mi piso.

58

Quizá mi noche hubiera sido más perfecta de no haber sido porque, nada más abrir la puerta, escuché los ruidos característicamente sexuales de la habitación de Zaida.

Genial, otra noche en vela.

Suspiré y entré en mi habitación, cerrando la puerta con fuerza para que se enteraran de que había llegado, aunque no bajaron el volumen. De hecho, me dio la impresión de que lo subieron. Suspiré.

Me quité la ropa —oliendo la sudadera por el camino— y me puse mi pijama con unos pantalones incluidos. No quería cruzarme en bragas con el amigo de Zaida por la mañana.

Y, aunque nunca lo admitiría ante nadie, también me puse la dichosa sudadera para dormir.

Cuando me metí en la cama, me quedé mirando un momento el techo sin saber muy bien cómo sentirme, pero me distraje completamente cuando escuché que mi móvil vibraba junto a mi cabeza.

Cuando leí el mensaje, no pude evitar una sonrisa estúpida muy poco común en mí.

Aiden: Sigo prefiriendo las lenguas viperinas.

59

3

Aiden: Así que vas a seguir ignorándome, ¿eh?

Como había hecho tras todos sus mensajes anteriores, fingí que no lo había leído y volví a esconder el móvil en el bolsillo.

Sí, era una idiota.

Sí, lo sabía.

No, no iba a cambiar.

¿Por qué? ¡Pues no lo sé!

Lisa, a mi lado, sonrió ampliamente y me dio un pequeño codazo mientras ambas seguíamos corriendo alrededor del parque que había junto a su



campus.

—Bueno —sonrió como un angelito—. ¿No me vas a contar cómo fue?

—¿El qué?

—Tu maravilloso día de trabajo en la cafetería —ironizó, poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué va a ser? ¡Tu cita con Aiden!

—No fue una cita.

—¿Y qué fue? ¿Un intercambio de ideas?

—Una... reunión de amigos.

Puse mala cara cuando empezó a reírse a carcajadas.

De hecho, empezó a reírse con tantas ganas que tuvo que detenerse y apoyarse en las rodillas. Dejé de correr y volví junto a ella, irritada.

—¿Vas a dejar de reírte? —mascullé.

—¡Es que me has contado un chiste buenísimo!

—Lisa, ahora mismo nuestra amistad pende de un hilo.

—¡Una reunión de amigos! —negó con la cabeza, divertida, ignorándome—. Vaya, Mara. Y yo que creía que estaba ciega...

—Oh, déjame en paz —puse los ojos en blanco—. ¿No ves que...?

—Hola.

Dejé de hablar en seco y me giré hacia el chico que se había acercado a nosotras.

¿Qué demonios...?

Ni siquiera me había molestado en mirarlo bien antes de empezar a poner mala cara, pero Lisa era más rápida que yo y se apresuró a acercarse a él con una gran sonrisa.

—¡Hola!

Aparté la mirada, cruzándome de brazos, pero volví a centrarme cuando vi que el chico en cuestión me estaba ofreciendo algo. Algo mío. ¡Mierda, mis auriculares!

—Se te ha caído hace un momento —me dijo con una sonrisa de disculpa.

60

Parpadeé, sorprendida, y los recogí de su mano, metiéndomelos en el bolsillo.

Menos mal que no los había perdido. Eso sí que era crucial en mi vida.

—Gracias —murmuré.

—No hay de qué.

Y... silencio incómodo.

—Bueno —añadió, mirándome—. Ya... nos veremos.

Pareció que él iba a darse la vuelta y seguir corriendo —también llevaba atuendo de deporte—, pero Lisa lo detuvo al instante.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con una sonrisita maliciosa.

Pero... ¿qué...?

—Russell —se presentó él.

Miré a Lisa, confusa, cuando ella le ofreció una mano, encantada. ¿Qué estaba haciendo?

—Yo soy Lisa —se presentó—. Y esta de aquí es mi graaan amiga Mara.

Todavía estaba medio confusa por la situación cuando me obligué a forzar buena cara al tal Russell, que me dedicó una sonrisa encantadora.

Es decir... no es que fuera feo. De hecho, era bastante guapo, supongo. Pero yo no estaba pensando en eso. Solo pensaba en qué demonios hacía Lisa con él.

—Un placer —me dijo Russell.

Y me ofreció una mano para que la estrechara. Me quedé mirándola un momento antes de tragar saliva y dar un paso atrás.

—Igualmente —le dije con una sonrisa incómoda.

Él pareció un poco extrañado, igual que Lisa, que me dedicó una miradita significativa que no le devolví.

—¿Vienes mucho a correr por aquí, Russell? —le preguntó con simpatía.

—Eh... sí —él por fin dejó de mirarme para centrarse en ella—. Bastante. No vivo muy lejos.

—¡Vives en el campus! —dedujo Lisa con una sonrisa—. Yo también.

—¿La residencia que hay aquí al lado? —sugirió él—. Sí, conozco a unas cuantas personas que viven ahí. Dicen que las habitaciones no son muy buenas.

—Uf, no lo son. Te lo aseguro. Voy a terminar con un dolor de espalda perenne.

Pero ¿por qué estaba en medio de una conversación sobre camas, residencias y dolor de espalda?

Russell se giró hacia mí.

—¿Tú también vives en la residencia, Mara?

¿Era la única que no veía muy normal eso de decirle a un desconocido dónde vivía?

—En realidad, no —aclaré—. No soy estudiante.

—Es escritora —añadió Lisa.

Russell levantó las cejas, claramente sorprendido.

—¿En serio? —preguntó, sonriendo—. Whoa. Nunca había conocido a una escritora.

—Bueno, técnicamente no soy...

—¿Cuántos libros has escrito?

Noté que la vergüenza empezaba a extenderse por mi cuerpo.

—Ejem... puede que no haya escrito ninguno —murmuré—. Todavía.

—Bueno, nunca es tarde para hacerlo —concluyó.

Y... me dio la sensación de que se me quedaba mirando más que a Lisa, que parecía encantada con la situación.

Al final, como nadie dijo nada en unos segundos MUY incómodos, ella se apresuró a intervenir.

—¿Quieres correr un rato con nosotras, Russell?

Para mi gran alivio, él negó con la cabeza con una sonrisa educada.

—Yo ya me iba. Tengo clase en una hora —se encogió de hombros—. Pero si siempre venís por aquí, supongo que nos volveremos a ver.

Y, de nuevo, me miró a mí al decir eso último.

Hice un verdadero esfuerzo por no dar un paso atrás o apartar la mirada, intentando aparentar normalidad.

—Claro —murmuré.

—¡También podrías darle tu número a Mara! —canturreó Lisa.

Abrí los ojos como platos hacia ella.

—No creo que haga falta —dijo Russell apresuradamente al verme la cara de espanto.

—¡Oh, no hagas caso a Mara! Es que es muy tímida.

¿Tímida? ¿En serio?

—Bueno, pues nada —murmuró Lisa cuando él siguió negándose, con un mohín—. Ya nos veremos, Russell.

Él se marchó sonriéndome por última vez y yo sentí que mis hombros se relajaban a medida que él se iba alejando. Cuando por fin estuvo lejos, solté todo el aire de mis pulmones y empecé a andar hacia la salida del parque con Lisa a mi lado juzgándome con la mirada.

—Pero ¿qué te pasa? Estaba clarísimamente intentando ligar contigo.

—Mhm —murmuré.

—¿Por qué estabas tan tensa?

Dudé un momento, apretando los labios.

—No me gusta que me obliguen a interactuar con desconocidos —concluí.

—Ay, Mara... al menos, podrías haberle estrechado la mano. Por educación.

—Ya.

Lisa se plantó delante de mí y puso los puños en las caderas, poniéndome mala cara. Yo, por mi parte, suspiré porque ya sabía lo que se venía.

Una bronca muy al estilo Lisa.

62

—Tú tienes algo que no me quieres contar —concluyó, señalándome con un dedo acusador.

—Sí. Que no me gustan los desconocidos, Sherlock.

—No, no es eso.

—¿Y qué es?

—No lo sé, pero lo descubriré —entrecerró los ojos—. Espero que a mi hermano le estrecharas la mano, al menos.

Estuve a punto de sonreír, pero la sonrisa desapareció casi al instante en que me di cuenta de algo.

Mierda, Aiden. ¿Cuántas veces lo había rozado anoche sin que...?

Noté que se me tensaban los hombros al darme cuenta de que él nunca me había tocado a mí directamente. Solo yo a él. Y de forma muy breve. Pero eso no iba a ser así para siempre. Llegaría un momento en que querría...

¿Y sí...?

—Maaaaaraaaaaa —protestó Lisa, chasqueando los dedos delante de mi cara —.

¿Sigues viva?

—Tengo que irme —le dije apresuradamente.

Por suerte, Lisa estaba acostumbrada a mis repentinas ganas de irme de las situaciones que no me gustaban, porque no protestó. Solo me acompañó

hasta llegar a su residencia, donde yo me separé para seguir corriendo hasta mi edificio con la cabeza dándome vueltas.

Cuando estaba subiendo las escaleras, no pude evitar detenerme y apoyarme en la barandilla, intentando controlar mi respiración. Al final, como me había mareado, me senté en uno de los escalones y mantuve la espalda pegada en la pared, respirando acompasadamente y parpadeando varias veces, alejando los puntitos negros que estaban empezando a aparecer en mi campo visual.

Al recuperarme un poco, busqué en mi bolsillo y saqué el móvil, marcando rápidamente el número de Grace, la novia de mi padre y la única persona con la que podía hablar de ciertos temas.

O quizá era solo porque necesitaba oírla. Aunque fuera solo para hablar de tonterías. Ella me calmaba. Muchísimo.

—¡Mara! —me saludó felizmente ella al otro lado de la línea—. ¿Cómo estás? Tu padre ya me estaba empezando a marear con que deberías llamar más.

—Estoy bien —dije con voz más segura de lo que sentía—. Siento no haber llamado en dos semanas.

—No pasa nada, ya sé que estás ocupada —me aseguró—. ¿Qué tal va el libro?

—Sigo bloqueada.

—Vaya. ¿Has intentado empezar otro?

—No. Quiero terminar ese.

—Oh, bueno...

—Oye, Grace... yo... ¿puedo preguntarte algo?

Por el silencio que hubo al otro lado de la línea, supe que no esperaba eso.

—Claro —dijo, algo confusa, y escuché sus pasos indicando que se había alejado de mi padre para tener más intimidad, cosa que agradecí—. ¿Va todo bien?

—Sí —dije enseguida, para no preocuparla—. Pero... eh... ¿todavía tienes el número de esa psicóloga de la que me hablaste?

63

Esa vez, el silencio al otro lado de la línea se mantuvo por unos segundos más que antes.

—¿Qué ha pasado, Mara? —preguntó al final, y su voz sonaba tensa.

—Nada —le aseguré.

—No, yo no soy tu padre. No me digas nada para terminar con la conversación.

¿Qué ha pasado?

Me pasé una mano por la cara, frustrada, antes de suspirar.

—No ha pasado eso exactamente —dije, al final—. Solo me he agobiado un poco.

—Mara...

—¿Me puedes pasar el número?

—Pues claro que sí. Y más te vale ir a hablar con ella.

—Solo lo haré si esto va a peor.

—No —me dijo, enfadada—. Vas a ir. Hoy mismo.

—Pero...

—No era una sugerencia.



Sonreí un poco, sacudiendo la cabeza.

—Papá es más fácil de convencer —protesté.

—Pero te recuerdo que me has llamado a mí.

—Sí —murmuré—. Y, como siempre, tienes razón.

La consulta de la doctora Jenkins era sorprendentemente acogedora. Una de las paredes —la que tenía dos ventanas grandes—, estaba pintada de un tono verde bastante suave, mientras que las otras eran blancas y tenían fotos de diplomas y algunas otras cosas a las que no presté demasiada atención. Estaba demasiado nerviosa.

Me centré más en el sillón marrón en el que ella se dejó caer con gracia al mismo tiempo que me hacía un gesto con la mano hacia el diván que tenía delante.

Supuse que ese era mi lugar.

Por lo demás, solo había una papelera al fondo junto a un escritorio bastante profesional. Ah, y una mesa de café entre nuestros dos asientos. Encima, había un paquete de pañuelos estratégicamente colocados.

—Bueno, Amara —me sonrió ella—, ¿es tu primera vez una consulta?

Me senté torpemente en el diván. Olía bien. Era... relajante. ¿Tendría alguna droga flotando aquí para que sus pacientes se relajaran?

—No —murmuré, incómoda—. Estuve yendo a un psicólogo durante dos años.

—Oh, ¿y cómo te fue?

—Bien... supongo. No estuve yendo mucho tiempo.

Ella parecía bastante profesional con esas gafas rojas y grandes y el pelo oscuro perfectamente atado, pero también parecía un poco más cercana por su atuendo ligeramente hippie. El balance perfecto.

Me hizo algunas preguntas estúpidas que anotó rápidamente en su libreta mientras yo notaba que me iba relajando poco a poco.

Y, cuando notó que estaba relajada, fue directa al punto.

—Y bien, Amara... —me miró, ladeando la cabeza—. ¿Por qué has decidido que es un buen momento para reanudar tu terapia?

—Mara —corregí, jugueteando con mis dedos.

64

—Mara —corrigió con una sonrisa adecuada—. ¿Por qué ahora y no antes?

—Bueno... empecé a ir a ver al otro psicólogo porque... mhm... tuve unos cuantos ataques de pánico —murmuré, repiqueteando los dedos en las rodillas—. Al final conseguí dejar de tenerlos. Más o menos.

Ella se quedó mirándome un momento antes sonreír y asentir una vez.

—¿Has vuelto a sufrir un ataque de pánico?

—No exactamente. Es solo... la sensación que tenía justo antes de uno, ¿sabe?

Ese mareo, ese cosquilleo en los dedos, esa sensación de que voy a desmayarme... He sentido todo eso esta mañana. De forma muy suave, pero lo he sentido.

—¿Y crees que hay algún desencadenante para eso?

Dudé antes de asentir.

—¿Dirías que es el mismo desencadenante que el que tenías hace dos años?

—

preguntó suavemente.

Esa vez no dudé antes de asentir.

—Entonces, supongo que están relacionados con el mismo evento —me miró con atención.

Volví a asentir, tensa.

—Bien, Mara —murmuró, mirándome—. ¿Podrías describirme qué te sucedía cuando tenías un ataque de pánico hace unos años?

Y así empezó nuestra larga hora de terapia.

La doctora Jenkins y yo habíamos acordado que lo mejor era que fuera a verla dos veces por semana, aunque me había dejado más que claro que podía llamarla a cualquier hora, cualquier día, si algún día tenía una emergencia.

También había decidido no recetarme nada, a diferencia de mi antiguo psicólogo, que me recetaba mil cosas con tal de no tenerme mucho tiempo alrededor. Y hacía que me sintiera muerta por dentro.

La verdad es que me alegraba de tener una psicóloga como la doctora Jenkins.

Me daba la sensación de que realmente quería ayudarme, no solo empastillarme para que me callara.

Además, tampoco había tenido un ataque de pánico propiamente dicho, así que me había recomendado empezar a hacer ejercicio para calmar mis nervios.

Así que... ahí estaba yo, corriendo con Lisa otra vez, que me contaba lo asquerosa que era su profesora de Estrategias de adaptación curricular y lo mucho que la odiaba.

Yo escuché todo diciéndole cuánta razón tenía, claro. Aunque seguía sin tener muy claro de qué demonios iba la asignatura. ¿Por qué les ponían esos nombres tan largos?

—Tienes que salir a correr más a menudo conmigo —me dijo ella mientras rodeábamos el mismo parque que el otro día—. Mírate. Solo llevamos cinco

minutos y ya parece que vas a vomitar.

—Es que voy a vomitar —protesté.

—¡No es verdad! —me dijo alegremente—. ¿A que viene este repentino interés en hacer ejercicio, por cierto?

Bueno, Lisa no sabía nada de que estaba viendo a una psicóloga. O que había visto a otro en el pasado. O de los ataques de pánico.

A veces me daba la sensación de que debería decírselo, pero no me atrevía.

—Por nada —murmuré—. Quiero ponerme en forma.

65

—¿No será que Aiden te ha hecho interesarte por el ejercicio? —canturreó.

—No —mascullé.

Ah, y el capullo pervertido seguía mandándome mensajes, sí.

Y seguía conteniéndome a la hora de responderle... no sé muy bien por qué.

Mira que eres complicada.

—Mejor —me dijo con una sonrisita—. Porque no podrías seguirle el ritmo. Sale a correr cada día.

Intenté que el hecho de que la conversación empezara a dirigirse a su hermano no me afectara, pero no lo conseguí.

—¿Cada día? —pregunté sin poder contenerme.

—Sí. Treinta minutos. Y luego tiene que entrenar cinco horas diarias en el gimnasio, aunque muchas veces hace más. Bueno, creo que los domingos no hace nada. Es su día libre.

—Me he cansado solo imaginándolo —le aseguré.

—Supongo que es el precio a pagar por ser boxeador —sonrió—. Por cierto,

¿habéis tenido alguna otra cita?

—¿Por qué lo llamas cita?

—Porque él me dijo que era una cita.

Me detuve de golpe, provocándole una sonrisita.

—¿Has hablado con él sobre mí? —pregunté, acusándola con la mirada.

—¡Claro que sí!

—¡Lisa!

—¡Es que quería saber cosas y tú no me cuentas nada!

—¿Y él sí?

—Pues normalmente no es muy comunicativo conmigo, pero parece que te has convertido en su tema de conversación favorito, porque ahora no hay quien lo calle.

Me removí, incómoda y nerviosa en mi lugar. Lisa estaba obviamente conteniéndose para no ponerse a chillar de alegría al ver mis reacciones.

Mierda, ¿por qué no podía contenerme un poco mejor?

—Pero... —la miré, irritada—, ¿por qué lo escuchas a él y no a mí?

—¡Porque me da más detalles que tú!

—¿Y qué... ejem... qué detalles te dio, exactamente?

Me dedicó una sonrisita radiante, orgullosa del rumbo que estaba tomando la conversación.

—No sé —me dijo felizmente—, ¿debería decírtelo? Sería una traición a...

—Lisa, ni se te ocurra dejarme así. ¡Es romper el pacto no escrito de nuestra amistad!

—¡Así que ahora resulta que sí tenemos un pacto!

—¡Que siiiií! ¡Cuéntamelo!

Ella pareció encantada cuando se inclinó hacia mí como si fuera a contarme el secreto que cambiaría mi vida entera.

—Me dijo algo, pero no lo entendí muy bien —aclaró.

—¿El qué?

—Que le encantaba tu lengua... viperina, o algo así.

Ella puso una mueca casi al mismo instante en que yo enrojecía.

—No sé qué significa eso —aclaró—. Pero tampoco quiso explicármelo.

Empecé a andar otra vez y ella se apresuró a seguirme, curiosa. Deseé poder decir que no sonreí ni un poquito, pero no pude evitarlo.

66

—¿Habéis vuelto a quedar? —preguntó ella.

—No, claro que no.

—¿Por qué no?

—Porque... eh... puede que haya estado ignorando sus mensajes.

Y era cierto. No había respondido ninguno.

Eso sí, los había leído más de veinte veces.

—¡Mara! —Lisa me frunció el ceño.

—¡No quiero salir con nadie!

—¡Eso no justifica que seas una maleducada!

—A veces, sueñas como mi madre.

—Y tú a veces sueñas como mi hija maleducada.

Puse los ojos en blanco.

—No quiero salir con nadie.

—¿Estás segura de eso?

—Sí. No me gusta nadie.

—¿Ni siquiera Aiden? ¿Aunque sea un poquitín?

—Lisa, déjalo.

—¡Es que me hacía ilusión!

—Lisa...

—¡Pero taaaanta ilusión!

—¡Lisa!

—¡PERO TAAAAAATAAAAAAANTA ILUSIÓN!

—¡LISA!

Ella se puso a reír y, para mi alivio, cambió de tema y no volvimos a hablar de su maldito y guapísimo hermano.

Aunque está claro que al llegar a casa lo primero que hice fue... bueno... mirar si me había mandado algún otro mensaje.

Era débil, lo sé.

Todas lo seríamos, no te preocupes.

Y, efectivamente, había uno nuevo.

Aiden: Al menos, podrías quitarte las barritas azules y fingir que no me lees para que no me sienta tan ignorado.

Negué con la cabeza, divertida, y fui a darme una ducha.

En cuanto salí, envuelta en una toalla, volví a mirar el móvil sin poder resistirme.

Aiden: Acaban de noquear a un pobre sparring y he pensado en ti y tu mala leche.

Esboqué una sonrisita en contra de mi voluntad y fui a hacerme algo de comer, ignorando a Zaida, que hablaba por teléfono con alguien.

Nada más terminar, volví a mi habitación y miré mi móvil de nuevo. Sentí que mi pulso daba un pequeño respingo al leer el nuevo mensaje.

Aiden: Esto de la ley del silencio tiene su puntito, no te engañaré, pero prefiero que me tortures un poco más con algún insulto. Lo echo de menos.

Sonreí y estuve a punto de responder, pero contuve y, en lugar de eso, fui a escribir un rato.

67

O más bien a intentarlo, porque no conseguí escribir ni una maldita frase. Y

mucho menos si pensaba en algo que no fuera el libro. Y parecía que últimamente la única función de mi pobre cerebro era pensar en el capullo perverso.



Al rendirme, volví a mirar mi móvil.

Aiden: Espero que no estés usando tu lengua viperina contra nadie más, porque me lo tomaré como algo personal.

Si supiera que solo me salía cuando estaba a su alrededor...

Dejé de sonreír al darme cuenta de que lo hacía, regañándome a mí misma en silencio, y me obligué a dejar el móvil sin responder. Era lo mejor para los dos. Estaba segura. Al final, me lo agradecería.

Pero, cuando volví a intentar escribir, supe que no iba a poder centrarme. Y volvía a tener hora con la doctora Jenkins.

Justo antes de entrar en su consulta, miré mi móvil y sonreí al ver el mensaje nuevo.

Aiden: Voy a seguir mandándote mensajes hasta que me digas que me calle. Lo sabes, ¿no?

Mara: Y yo seguiré leyéndolos todos. Lo sabes, ¿no?

Metí el móvil en mi mochila y entré en la consulta con un extraño cosquilleo de emoción en el estómago.

La doctora Jenkins fue tan agradable como el otro día, solo que en esa ocasión me dio la sensación de que estaba pensando en algo que no me quería decir. Al cabo de unos veinte minutos, no pude evitar preguntar al respecto.

—¿Algo que comentar? —pregunté directamente.

Ella sonrió un poco.

—Eres muy directa, ¿eh? —comentó.

—Mi padre suele decir que no tengo filtro —murmuré—. Mucha gente lo odia.

—Pues yo no lo odio, Mara. Me ayuda mucho a entenderte —me aseguró antes de enarcar una ceja. Su mirada brilló con curiosidad—. ¿Quién es Aiden? No lo habías mencionado hasta ahora.

Oh, no. ¿Lo había mencionado? Me removí en mi asiento, incómoda.

—Es... un amigo. No muy amigo.

—¿Un novio? —sugirió.

—¡No!

—¿Un... interés romántico?

—Mhm... eso puede ser.

No dijo nada, pero su cara lo dijo todo.

—A ver... —empecé torpemente—, es guapo, pero...

—¿Pero? —me instó a seguir al ver que me quedaba callada.

—Pero... creo que no podría llegar a nada serio conmigo.

—¿Por ti o por él?

—Por mí.

Ella ladeó la cabeza, observándome con atención.

—¿Por qué no? A mí me pareces una chica decidida y sincera, Mara. Son dos grandes cualidades que cualquiera podría apreciar.

—Mhm...

68

—Y eres pelirroja —añadió, divertida—. Parece que todo el mundo tiene debilidad por los pelirrojos, ¿no?

—Lo que me preocupa no es mi físico.

Había estado muchos años encantada con mi cuerpo. Cuando era pequeña se metían conmigo porque estaba más gorda que las demás niñas, pero cuando crecí y mi cuerpo empezó a crecer conmigo, todo eso se distribuyó dejándome un cuerpo curvy que gustaba mucho a los chicos. Y que a mí me encantaba.

Pero hacía unos años que había adelgazado. Ahora tenía un cuerpo bastante más normativo, pero seguía teniendo más curvas que la mayoría de las chicas que conocía. Aunque ya no le daba mucha importancia. Ni siquiera me arreglaba muy a menudo.

Si mi yo de quince años me viera... seguramente le daría un ataque.

—¿Y por qué es? —preguntó la doctora Jenkins, devolviéndome a la realidad.

—Ya sabe por qué es.

—Pero me gustaría que lo verbalizaras, Mara.

Suspiré y me pasé las manos por la cara.

—¿Qué va a pasar cuando se acerque a mí y yo me ponga a la defensiva por los nervios? ¿O por el miedo? ¿Y si me toca y...? Me da miedo reaccionar mal.

—¿Con un ataque de pánico? —adivinó.

—Sí —admití.

Ella se quedó mirándome unos segundos, pensativa.

—No podemos dejar que el miedo dirija nuestras vidas, Mara.

—Sí, eso ya lo sé, pero... es que no puedo estar a solas con él. Me siento como si... no sé. No me había sentido así por muchos años. Es como si tuviera un imán que me hace querer acercarme a él.

—Eso tiene un nombre —sonrió—. Atracción.

—Yo no puedo sentir atracción por nadie —le aseguré en voz baja.

—Claro que puedes, Mara. Haber tenido una mala experiencia no acaba con tu capacidad de querer a alguien. Y mucho menos de quererte a ti misma.

Puse una mueca.

—Lo que pasó entre nosotros fue... no es...

—Vamos a empezar aclarando lo que pasó entre vosotros —me dijo, esta vez más firmemente—. No querer llamarlo por su nombre no hará que sea mejor o desaparezca, Mara.

Sí, en eso tenía razón. Tragué saliva.

—Lo sé.

—Fue un abuso sexual.

Apreté los labios.

—Lo sé.

De alguna forma, llamarlo así hacía que sonara más real. Y que no pudiera esconderme tras el muro de cristal que era fingir que no había sido para tanto... solo para que no afectara como me había afectado cuando me había sucedido.

Sospechaba que eso era, precisamente, lo que había hecho que arrastrara lo que había pasado durante todos estos años: no querer enfrentarme a ello.

69

—De todas formas, Mara —siguió ella—, no puedes dejar que algo así marque tu vida. Sé que ahora es difícil, pero algún día encontraremos la forma de superarlo. Entre las dos. Y el primer paso es asumir que tú no tuviste la culpa de lo que sucedió.

No dije nada, mirándome las manos.

—Además, tu problema principal estos años ha sido la hafefobia, ¿no? El miedo a ser tocada.

—Mhm... —murmuré, sin mirarla.

—¿No has intentado mantener contacto físico con otra persona desde entonces?

¿Aunque fuera con un familiar o un amigo?

—Soy capaz de hacerlo un poco con Lisa, o con Grace, la novia de mi padre... el problema es... es cuando se trata de hombres.

Ella asintió, como si se esperara esa respuesta.

—Creo que el segundo paso será aprender unas cuantas técnicas sencillas de relajación. E intentar que establezcas contacto físico con un chico de confianza, aunque sea muy breve.

—No creo que pueda —le aseguré.

—Yo creo que te subestimas a ti misma, Mara. Tómate tu tiempo.

De nuevo, lo dudaba, así que no dije nada.

En cuanto terminé la consulta, volví a casa con los auriculares puestos. Miré el móvil y sonreí un poco al leer el mensaje nuevo.

Aiden: Bueno, al menos ahora me respondes. Las esperanzas vuelven a mí.

Mara: A lo mejor debería dejar de hacerlo otra vez.

Aiden: Yo creo que ya me has torturado bastante, ¿no?

Mara: Nunca es suficiente.

Aiden: Creo que voy a empezar a dedicarte canciones tristes sobre chicos que intentan impresionar a chicas que los ignoran por mensajes para que me entiendas.

Mara: Yo te voy a dedicar la próxima canción que suene en mis auriculares.

Aiden: Estoy cruzando los dedos para que sea romántica y no de odio profundo y visceral contra los boxeadores pervertidos.

Sonreí y esperé a que terminara la canción actual. Tenía mucha curiosidad por saber cuál sería la próxima.

Y empezó a sonar.

Oh, no.

¿Tenía que ser esa? ¿En serio?

Aiden: ¿Y bien?

Me mordí el labio inferior, conteniendo una sonrisa divertida.

Mara: No te hagas ilusiones, solo es una canción.

Aiden: Ya me estoy emocionando y no sé cuál es.

Mara: Be my baby, The Ronettes.

Hubo unos instantes en los que no recibí ningún mensaje y mis nervios empezaron a aumentar, igual que la canción, que no dejaba de sonar por los auriculares animadamente.

So come one and please... be my, be my baby.

My one and only baby...

Vale, eso sería lo único cursi que le diría a alguien en toda mi vida. Y ni siquiera lo estaba diciendo yo directamente.

Entonces, ¿por qué estaba tan nerviosa?

Casi me había dado ya un infarto cuando por fin respondió.

Aiden: Así que quieres que sea tu baby, ¿eh?

Mara: ¡Es solo una canción!

Aiden: A mí me encantaría ser tu one and only baby.

Sonreí como una estúpida y levanté la cabeza al notar que ya llegaba a casa, pero dejé de hacerlo al instante al ver el coche que había aparcado delante de mi portal.

Y, más específicamente, el chico que estaba apoyado en él, ahora escondiendo su móvil.

—Vaya, vaya —Aiden entrecerró los ojos—. Mira a quién tenemos aquí. A doña ley del silencio.

Oh, no. ¡Encima, me había pillado sonriendo como una idiota!

—Hola —dije torpemente.

Su expresión se suavizó.

—Hola.

Hubo un momento de silencio y, como de costumbre cuando me quedaba en silencio con él, noté que una oleada de nervios me recorría el cuerpo entero.

—¿No tienes entrenamiento? —necesitaba hablar de algo, de lo que fuera.

—Ya ha terminado. ¿No tienes trabajo?

—Los sábados y domingos, no.

Y... silencio otra vez.

Nuestros silencios eran más significativos que nuestras conversaciones.

—¿Qué haces aquí? —pregunté finalmente.

—Bueno, no me has mandado a la mierda por mensajes, así que he decidido arriesgarme a venir aquí y que lo hagas en persona.

Se puso de pie y tuve que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo, tragando saliva.

—Y aquí estoy —añadió con una pequeña sonrisa, inclinándose hacia mí—.

Preparado para el rechazo.

Bueno, no tenía que prepararse mucho, porque el noventa y nueve por ciento de mi cuerpo —conciencia incluida— me estaba gritando que ni se me ocurriera rechazarlo.

—No voy a rechazarte —dije lentamente—, porque no hay nada que rechazar.

—Fingiré que lo que has dicho después de ese “porque” no ha existido y seré muy feliz.

Sonreí un poco, pero arrepentí de hacerlo cuando él lo tomó como una invitación para inclinarse un poco más hacia mí. Nuestros pechos casi se tocaban. Y lo único que me calmaba era que él tenía las manos metidas en los bolsillos y tenía seguro que no iba a tocarme, pero estaba tan emocionada, asustada y nerviosa como si fuera a hacerlo.

—Bueno —enarcó una ceja—, ¿puedo subir o tengo que seguir congelándome el culo aquí abajo?

—No voy a dejarte subir —dije, a la defensiva.

—¿Por qué no?



—Porque me gusta imaginarte congelándote el culo aquí abajo.

Él empezó a reírse y yo intenté —muy fallidamente— que eso no me afectara.

71

—¿Es la mejor excusa que se te ha ocurrido? —preguntó, divertido.

—Pues sí —mascullé—. Normalmente soy más ingeniosa, pero me distraes demasiado.

—No sabes lo que me alegra oír eso, Amara.

—Pues no te alegres tanto.

—¿No puedes mandarme directamente a la mierda?

Esa era mi pregunta: ¿por qué no quería hacerlo?

—¿Y dónde estaría la diversión si hiciera eso? —bromeé.

Él sonrió de forma mucho más distinta cuando se inclinó sobre mí.

—Estoy seguro de que esto sería mucho más divertido si me dejaras subir.

Parpadeé, todavía alterada, cuando pasó por mi lado sin previo aviso y fue directo a su coche.

Espera, ¿se iba?

¡Si lo has echado!

¡Pero... no quería que se fuera de verdad!

Y luego me llaman a mí rarita.

Me giré y di un respingo cuando vi que ya había abierto la puerta del piloto y se sentaba tranquilamente en su asiento, pero no pudo cerrarla porque yo

la sujeté en el último momento.

Me miró con una sonrisita, como si fuera exactamente lo que esperaba.

—¿Algo que añadir? —preguntó.

—Podrías decir adiós, al menos.

—¿Vas a darme un beso de despedida?

—¡No!

—Pues no me interesa decirte adiós.

Y cerró la puerta con una sonrisita. Torcí el gesto cuando bajó la ventanilla para mirarme mientras colocaba una mano sobre el volante perezosamente.

—Buenas noches, antipática.

Y, justo cuando vi que iba a acelerar, no pude evitarlo.

—¡Espera!

Él se detuvo al instante, como si lo hubiera estado esperando otra vez, y se giró hacia mí.

—¿Sí, Amara?

—Eh... mhm... yo...

Mierda, ya se había detenido, pero... ¿ahora qué?

Bueno, él tampoco ayudaba mucho, porque se limitó a mirarme, recostado en su asiento con una sonrisita de satisfacción.

—Puede que... mhm... el lunes no tenga nada que hacer después del trabajo —

dije finalmente.

No me podía creer que acabara de decir eso. ¿Estaba insinuando que quería verlo? ¿Desde cuándo quería ver a alguien?

Justo cuando pensé que iba a proponerme algo, se limitó a sonreírme maliciosamente.

—Ah, muy bien.

Vale, no iba a ponérmelo fácil, el capullo.

—Pues eso —mascullé.

72

—Gracias por informarme, Amara.

Capullo.

—De nada.

Capullo pervertido.

—Nos vemos, entonces.

—¿El lunes?

—El lunes —confirmó, sonriéndome—. ¿A qué hora terminas de trabajar?

—A las seis.

—Mira qué casualidad. ¡Yo termino de entrenar a las cinco! El universo nos está diciendo algo.

—No, tú terminas a las seis y media —le recordé—. Tu entrenador lo dejó bastante claro.

—Bueno, si me voy corriendo, puedo terminar a la hora que quiera.

Empecé a reírme y él se quedó mirándome con media sonrisita.

—Vendré a buscarte ahí —dijo finalmente, justo antes de empezar a subir la ventanilla—. Y me ha encantado la canción, por cierto. Creo que voy a escucharla en bucle hasta que me la sepa de memoria.

Cuando me dijo que iba a esperarme en mi trabajo... no esperaba que se refiriera a estar literalmente en el local.

Es decir... ¿se había sentado con Lisa en la mesa que ella solía ocupar!

¿En qué momento le había dicho yo “entra y siéntate”?

Cuando lo vi aparecer por la entrada, casi me dio un infarto. De hecho, tuve la maravillosa idea de soltar la bandeja —menos mal, vacía— que tenía en las manos y recogerla a toda velocidad, enfadada conmigo misma mientras él me sonreía e iba directo a sentarse con su hermana.

Ahora los miraba con rencor desde la barra, acompañada de Johnny que se había asomado solo para cotillear.

A esos dos ya les había llevado sus cafés, así que podía olvidarme un rato de ellos. Bueno, realmente no podía. Cada vez que me despistaba un poco, me encontraba a mí misma echando ojeadas a su mesa.

Y lo peor es que, cada vez que miraba, Aiden giraba la cabeza hacia mí automáticamente, como si pudiera notarlo, y me dedicaba media sonrisita.

—Lo odio —mascullé cuando él se echó a reír y vi un grupo de chicas echándole miraditas desde otra mesa.

Johnny empezó a reírse.

—Ya te gustaría.

—Mhm... —mascullé—. Seguro que se me caen más bandejas por su culpa.

—No te lo recomiendo si no quieres que nuestra jefa se cabree.

—Sé que tú se lo contarías.

—Claro que no, pero... yo no estaría tan seguro de los otros camareros.

Los miré de reojo. Hoy había entrado uno nuevo. Se llamaba Alan, tenía cuarenta años, acababa de divorciarse, acababan de despedirlo de su anterior trabajo y se paseaba con cara de amargura por la cafetería, espantando a los clientes.

Realmente había sentido un poco de lástima por él hasta el momento en que había intentado presentarme y, al decirle mi nombre, se había limitado a poner los ojos

en blanco y preguntar por qué la persona que iba a enseñarle cómo funcionaba esto tenía doce años.

¡Tenía veinte años, maldita sea!

—Alan —suspiré por enésima vez cuando vi que preparaba el café erróneo —.

Tienes que usar la otra máquina.

—Pero me gusta más esta —protestó con su voz arrastrada y falta de vitalidad.

—Ya, pero es que no puedes hacer el café que te han pedido con esa.

—¿Y eso por qué? ¿Por qué lo dices tú?

Hice un ademán de tirarle la libreta a la cara, o al menos lo intenté, porque Johnny me sujetó el brazo al instante y sonrió a Alan.

—La jefa quiere que lo hagamos así —le explicó.

—Ah.

Y se puso a hacerlo bien.

¿Por qué demonios solo le hacía caso a Johnny?

¡Había estado haciéndome lo mismo todo el día! ¡Iba a matar a alguien!

Cuando tuve que ir a la mesa que había al lado de Lisa y Aiden, estaba de mal humor. De muy mal humor. Y peor me puse cuando Lisa me hizo un gesto para que me detuviera a su lado.

—No me habías dicho que hoy teníais una cita —canturreó muy felizmente.

Dediqué una mirada afilada a Aiden, que sonrió.

—Y no la tenemos —murmuré.

—¿Siempre es así de ciega con la realidad? —le preguntó él a Lisa, curioso.

—Yo no soy...

—Un poco —me provocó Lisa, divertida.

Esta vez, la mirada afilada fue para los dos.

—¿Os traigo la cuenta para que podáis marcharos ya? —sugerí, poniendo las manos en las caderas.

Aiden me sonrió maliciosamente.

—No te vas a llevar muchas propinas con esa actitud, Amara.

—Cállate —mascullé, y recogí su taza vacía con un poco más de fuerza de la necesaria—. Ni siquiera eres tan gracioso, no sé por qué sonríes tanto.

Y, claro, él sonrió aún más.

Ugh.

En el fondo te gusta, yo lo sé.

¡Y tú también cállate!

Dejé la taza en la cocina con la suficiente fuerza como para que tanto Johnny como Alan me miraran con sorpresa.

—¿Qué?! —espeté.

Ambos dieron un respingo y se centraron en sus cosas rápidamente.

Casi me entraron ganas de empezar a golpear paredes cuando vi que la puerta se abría y entraban dos tipos... que fueron directos a una de mis mesas.

—¿Por qué no le enseñas a Alan cómo encargarse de un cliente? —me sugirió Johnny.

Dediqué una mirada de advertencia a Alan, que cerró la boca enseguida. La había abierto solo para protestar, estaba segura.

—Observa —agarré mi libreta, enarcando una ceja— y aprende de tu maestra.

74

Johnny me vitoreó por el camino mientras Alan suspiraba y miraba la hora.

Me acerqué a la mesa nueva. Eran un tipo de unos veintipocos años y otro que parecía un poco mayor que él. El primero parecía que se estaba durmiendo sobre un puño y el segundo leía la carta como si fuera a descubrir el mayor secreto de su vida en ella.

Oh, ¿por qué los raritos siempre eran para mí?

—Bienvenidos —les dije, abriendo la libreta—, ¿ya saben lo que van a pedir o necesitan más tiempo?

El chico medio muerto levantó la cabeza de golpe y esperó a que su amigo dijera algo, pero al ver que no lo hacía le quitó la carta y me la devolvió, suspirando.

—¿Qué nos recomiendas?

Oh, conocía ese tono de voz. Y esas ojeras. Y esa pinta de no haberse cambiado de ropa en muchas horas. Alguien se lo había pasado bien anoche.

—Casi todo el mundo que viene a comer se pide una hamburguesa —me encogí de hombros.

Ay, ahora quería una hamburguesa de Johnny. Tenía hambre.

—Pues... eso mismo para los dos. Y agua, por favor. Mucha agua. Te lo suplico.

Tuve que intentar ocultar una sonrisa divertida sin mucho éxito cuando recogí la otra carta y volví a la barra, donde enarqué una ceja a Alan.

—¿Lo ves? No hace falta que todos los clientes sepan lo de tu divorcio, Alan. No se lo cuentes.

—Yo creo que sí les interesa.

—Oye, encanto —me interrumpió Johnny, mirando por encima de mi hombro—

, creo que a tu novio no le ha hecho mucha gracia el nuevo cliente.

Eché una ojeada a Aiden, que miraba con los ojos entrecerrados a mis nuevos clientes. Y creo que fue porque ellos dos hablaban en voz baja y no dejaban de señalarme. ¿Qué demonios les pasaba?

—Pues que se joda —concluí, sacando el agua de la nevera.

—Esa es la actitud —Johnny asintió, orgulloso.

Alan solo suspiró.

—Mi mujer solía tener esa actitud. Hasta que me conoció y su vitalidad desapareció.



Negué con la cabeza y volví a la mesa nueva, dejando el agua en medio y sintiéndome un poco incómoda cuando noté que los dos se quedaban en un silencio demasiado obvio como para que fuera casual.

Justo cuando me daba la vuelta para irme, el de la resaca se aclaró la garganta ruidosamente.

—¡Espera!

Miré inconscientemente a Aiden antes de darme la vuelta. Él no parecía muy conforme con la situación.

De hecho, tenía el ceño fruncido y estaba completamente girado hacia nosotros.

Nada de sonrisitas.

Bueno, bueno, bueno... ¿acaso el creído se estaba poniendo celoso?

Me di la vuelta, divertida, y sentí que una sonrisita perversa luchaba por no escapar de mis labios.

—¿Sí? —pregunté.

En realidad, seguro que solo quería algo más, como todos los otros clientes.

Aiden era un paranoi...

75

—¿Cómo te llamas?

Me quedé mirándolo, en blanco.

¿Qué decías de Aiden?

Silencio.

Vi que su amigo enrojecía violentamente y me removí, incómoda, mirándolo a él.

—Amara.

—Ooooh, ese es un nombre muy bonito.

Juro que podía sentir la mirada afilada de Aiden clavada en la nuca cuando decidí ser mala... y dedicarle una sonrisita al chico.

Que se jodiera Aiden, ¡siempre era yo la nerviosa, ya era hora de que fuera al revés!

—Gracias —dije—, ¿algo más?

—En realidad, sí, Amara, verás...

—Eh... prefiero Mara. Solo un pesado me llama Amara.

Mierda. Lo había dicho sin pensar. ¡Y se suponía que iba a hacer como si Aiden no existiera!

Vale, eso era complicado. No podía obviar su existencia. Era imposible. Y más sintiendo su mirada en la nuca.

—Mara —corrigió al instante—, verás, nos preguntábamos si tienes pareja.

Mi primer impulso fue decir que no, pero...

¿Qué demonios? Aiden nunca iba a saberlo.

—No está muy claro —le dije con toda mi sinceridad.

Es decir, claro que no éramos pareja. Y dudaba que llegáramos a serlo alguna vez. Pero... está claro que algo había.

—Bueno... —él me sonrió, inclinándose sobre la mesa—, si no la tienes... podrías darle tu número a mi amigo, ¿no crees? Es una buena persona. Y un excelente conductor. Nunca tendrás sitios a los que no ir.

Su pobre amigo casi se había fundido de lo rojo que estaba.

La verdad es que algunas veces pasaba eso de que alguien me entrara de esa forma trabajando, aunque normalmente lo hacía directamente la persona que quería mi número, no su amigo.

La cosa es... que con ninguno de ellos sentía lo que sentía sabiendo que Aiden estaba a unos metros detrás de mí.

Además, claro que no iba a darle mi número a un desconocido. ¿Y si era un loco o algo así?

Bueno, yo era un poco loca, pero vamos... que no.

—Bueno —insistió al ver que no respondía, sonriéndome de forma encantadora—

, ¿nos das tu número, Mara?

Dios, estaba tan pendiente de Aiden que me dio igual que ese chico, que era guapísimo, me sonriera.

En serio, me dio igual.

Solo quería mirar por encima del hombro y verle la cara a ese capullo perverso.

—Sinceramente —murmuré, divertida—, no creo que pueda.

—¿Por qué no? ¿No te gusta Dimitri?

76

—Parece muy simpático, pero creo que a mi amigo, el del fondo, el que os está matando a los dos con la mirada ahora mismo... no le gustará mucho que le dé mi número.

Ambos se quedaron mirando la mesa de Aiden al instante, y la sonrisa del que había estado hablando se sustituyó dramáticamente por una mueca de

espanto.

—Ah —murmuró, como volviendo a la realidad—, bueno, en ese caso, ejem...

¿por qué no le invitas a un café de nuestra parte? El café de la amistad. Y recuérdale que las amistades son pacíficas, ¿eh?

Sonreí, divertida.

—Claro. Un placer, chicos.

Volví a la barra con una pequeña sonrisa orgullosa que hizo que Johnny sacudiera la cabeza, divertido.

Desearía poder decir que vi la cara que tenía Aiden después de eso, pero la verdad es que tuve que meterme en la cocina porque llegó el tipo que nos traía los refrescos y no me quedó más remedio que ir a pagarle y colocar las cosas en el almacén. Para cuando terminé, ya había terminado mi turno.

Me despedí de Johnny con una sonrisa, aunque él estaba tan ocupado con la parrilla que ni se dio cuenta.

Cuando salí del local también tenía una sonrisa, pero se borró cuando vi que Aiden me esperaba de brazos cruzados junto a su coche.

Bueno, hora de ver cuánta gracia le había hecho la broma, je, je...

Me detuve delante de él y sonreí como un angelito, cosa poco común en mí que hizo que él enarcara una ceja.

—Hola de nuevo —murmuré, algo nerviosa.

—Sí, hola —enarcó más la ceja.

—Ejem... ¿nos vamos?

—En realidad, no puedo.

Lo miré, sorprendida. ¿En serio se había enfadado tanto como para...?

Dejé de pensar eso en cuanto vi que la pantalla de su móvil se iluminaba y aparecía el nombre de su entrenador. Por su cara, deduje que no era la primera vez que llamaba.

—¿Se ha enfadado mucho contigo? —pregunté con una mueca.

—No lo sé, todavía no he respondido.

Hizo una pausa, entrecerrando los ojos.

—He aprendido eso de ti. Lo de la ley del silencio.

No sé cómo, pero conseguí no ruborizarme. ¿Qué demonios me pasaba últimamente con ruborizarme todo el tiempo?

—Ah —me limité a decir, porque me salió nada más ingenioso.

77

—¿Quieres que te lleve a casa?

—¿No tienes que ir a...?

—Puede esperar diez minutos más, ya está furioso.

Así que terminé en su coche otra vez, en silencio —también otra vez— mientras agradecía internamente la calefacción que había puesto nada más entrar.

Y yo no pude aguantarlo más tiempo.

—¿Estás enfadado conmigo por lo de esos dos clientes?

Él levantó las cejas, sorprendido, y me echó una ojeada.

—Pues no.

—¿Y por qué estás tan callado?

—Estaba pensando.

—Ya.

Sonrió al escuchar esa palabra, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Tampoco tengo motivos para enfadarme —dijo, sin embargo.

—Ahí dentro no parecías muy contento.

—Y no lo estaba —me puso mala cara—. ¿Por qué a dos desconocidos les sonríes todo el rato y a mí, que he aguantado tu ley del silencio durante una semana entera, solo me pones mala cara?

—Ooooooh, no me digas que estás celoso.

—¡No es celoso, es justo! Yo me he ganado esas sonrisas, ellos no.

Sonreí, divertida, en contra de mi voluntad.

Esa era a diferencia; con los demás forzaba las sonrisas, y con él intentaba contenerlas.

—No soy demasiado risueña —le aseguré.

—Eso ya lo veremos.

Cuando detuvo el coche delante de mi edificio, admito que tenía ganas de quedarme un rato más con él, pero me limité a quitarme el cinturón y mirarlo de reojo.

—Bueno, gracias por...

—¿Tienes algo que hacer mañana después del trabajo?

Lo miré con cierta suspicacia.

—Seguramente —mentí.

78

Claro que no tenía nada que hacer. Mi vida social daba asco.

—Ya —sonrió.

—¿Por qué?

—Curiosidad.

—No, dímelo.

—Si taaaan ocupada estás, a lo mejor no vale la pena decírtelo.

Le puse mala cara.

—Vale, estoy libre, ¿qué quieres?

—Ajá, música para mis oídos.

—¡Aiden!

—¿Quieres venir a verme a un combate?

No sé por qué, pero no me esperaba eso.

Me quedé en blanco un momento, mirándolo, y él pareció contener una sonrisa divertida.

—Tranquila, tú no tienes que golpear a nadie —me aseguró—. De eso me encargo yo.

—Yo... pero... eh... ¿Lisa irá?

—Sí. Me ha dicho que invitaría a alguien más, pero no sé quién es.

Oh, mierda, era Holt. Iba a presentárselo a Aiden.

Y, conociendo a Holt... iba a ser muuuy interesante.

Eso no podía perdérmelo.

—No es muy emocionante —añadió—. Rob quiere que acumule unas cuantas victorias antes de empezar la liga. Por el tema de los patrocinadores y todo eso.

Sinceramente, no tenía ni idea de qué me hablaba, así que solo asentí con la cabeza.

—Vale —dije finalmente.

Su expresión fue de sorpresa absoluta.

—¿Vale? ¿Y ya está? ¿Sin condiciones ni quejas?

—Si quieres, empiezo a quejarme.

—Mejor no —sonrió—. Ahora, debería irme antes de que quiera quedarme toda la noche.

79

Esa última frase hizo que tardara unos segundos de más en reaccionar y abrir la puerta del coche.

—Hasta mañana, Amara.

—Hasta mañana —dije con un hilo de voz.

Y, tras una última sonrisa de su parte, salí del coche.

80

4



## EL COMBATE

—Así que... —la doctora Jenkins me dedicó una sonrisita cómplice— tu relación con Aiden ha avanzado.

Mi mueca fue empeorando a medida que hablaba.

—No hay ninguna relación que pueda avanzar.

—Muy bien —me concedió—, pero vas a verlo esta noche, ¿no?

—Sí. Iré con Lisa y Holt a ver un combate de esos raros.

—¿Cómo te sientes al respecto?

Ni siquiera tuve que pensarlo.

—Extrañamente... nerviosa.

—¿Por ir a un combate o por verlbie?

La miré enarcando una ceja, ella sonrió, y creo que nos entendimos bastante bien.

—Me tranquiliza saber que estará Lisa —añadí.

—Lisa parece una buena amiga —comentó, mirándome—. Por lo que me has contado.

—Lo es.

—El otro día me dijiste que no le cuentas a nadie de tu familia o amigos cómo te sientes.

Oh, ya sabía por dónde iría la cosa.

—No lo hago —murmuré.

—¿Y qué hay de Lisa? Parece que tienes mucha confianza con ella.

—Sí, pero...

Pero no quería que se pensara que estaba loca.

Puse una mueca, buscando palabras más suaves para explicarlo.

—No quiero cansarla con mis problemas —dije al final—. No quiero que se aburra de mí.

—Pero... ¿de verdad crees que ella se aburriría de ti si le contaras tus problemas?

Me encogí de hombros, mirando mis manos entrelazadas en mi regazo.

—¿Qué hay de Grace? —añadió—. Ella es la única que sabe que vienes a terapia,

¿no?

—Ajá.

—¿Y tu padre?

—Él solo sabe que estoy viendo a un psicólogo.

81

La doctora Jenkins dejó de escribir de golpe y levantó la cabeza, confusa.

—¿Psicólogo? —repitió—. Yo no soy psicóloga, Mara.

—Ya lo sé, pero psiquiatra suena horrible —mascullé.

—Pero es mi profesión. Mara, cambiarle el nombre no hará que la realidad cambie.

Cuando decía esas cosas, me recordaba a la novia de mi padre.

De hecho, me recordaba a ella en muchos aspectos. Quizá la doctora Jenkins era más suave, pero definitivamente tenía la misma mirada afilada que hacía que fueras incapaz de mentirle u ocultarle nada.

—¿Todavía tienes problemas para dormir? —cambió de tema al ver mi incomodidad.

—Sí. Pero estoy haciendo ejercicio, como me dijo.

—¿Y has vuelto a tener pesadillas?

—...sí.

—¿Están relacionadas entre sí?

—Son todas de lo mismo —me pasé una mano por la cara—. Es como... si pudiera ver recortes de esa noche. Y parecen tan... reales. Incluso puedo sentir... —me corté a mí misma.

—¿El qué? —me instó ella a seguir.

—Es... no lo sé. Es como si realmente estuviera con él otra vez —murmuré, incómoda—. Casi puedo sentir su olor.

—Es muy común en personas con TEPT tener pesadillas muy lúcidas sobre esos recuerdos específicos.

—¿TEPT? —repetí, mirándola con una mueca.

—¿Tu antiguo terapeuta nunca te habló de ese término?

—No —murmuré.

—Significa trastorno de estrés postraumático —me dijo suavemente—. Es muy común en personas que han tenido que vivir un evento traumático. Los casos más conocidos suelen ser los veteranos de guerra.

—¿Tengo... tengo lo mismo que un veterano de guerra?

—¿Nunca has visto a un soldado volver de la guerra y ser incapaz de adaptarse a vivir como lo hacía antes? Los ruidos fuertes, los estallidos, los gritos... les recuerdan a esa experiencia tan traumática que es una guerra. Y no dejan de volver a revivir recuerdos relacionados con ello en forma de ataques de pánico.

Hizo una pausa y se ajustó las gafas, mirándome.

82

—En tu caso es lo mismo, Mara. Sufriste un abuso sexual. Cuando sientes que vas a tener algún tipo de contacto con otra persona, incluso sin ser necesariamente sexual, te bloqueas a ti misma y los recuerdos de esa experiencia vienen a ti.

—Pero... no lo entiendo, eso fue hace tiempo. Cuando tenía quince años.

—Muchos recuerdos dolorosos no afloran hasta pasado un tiempo —me aseguró.

No dije nada, no sabía qué decir.

—Lo que quiero decir con todo esto es... que muchísimos de esos veteranos de guerra consiguen volver a tener una vida normal.

Dejó que la frase flotara entre nosotras hasta que yo le sonreí un poco.

—Si ellos pueden superar una guerra... supongo que yo podré superar a un imbécil.

Ella sonrió con aprobación.

Mis nervios aumentaron tras la consulta. Especialmente mientras esperaba delante de mi edificio, ajustándome el bolso sobre el hombro una y otra vez solo para tener las manos ocupadas.

Parecía que había pasado una eternidad cuando por fin apareció el coche de Holt. Suspiré, no sé si de alivio o de más nervios, y subí al asiento trasero.

—Hola, chicos —murmuré.

—¡Mara, estás genial! —me dijo Lisa, y sonó tan sorprendida (para bien) que casi puse una mueca.

¿Me había arreglado un poco más de la cuenta porque sabía que me encontraría con don sonrisitas?

Pues sí.

¿Lo admitiría alguna vez en voz alta?

Pues no.

—¿Qué tal, Holt? —le pregunté, poniéndome el cinturón.

—Nervioso —puso una mueca—. No cada día conoces al hermano mayor y potencialmente sobreprotector de tu novia. Y no podía ser estudiante de química, claro.

Tenía que ser boxeador.

Lisa soltó una risita divertida que yo acompañé enseguida. Holt nos puso mala cara.

—¡Menos mal que cuento con vuestro apoyo! —ironizó.

—Yo te apoyo —le aseguré enseguida.

Holt era un chico que creo que solo podías clasificar como... bueno... guapo. Muy guapo. No sé si era por su piel bronceada, sus ojos castaños o su pelo oscuro, pero siempre que entraba en algún lado medio local se quedaba mirándolo.

Pero dejaban de mirarlo cuando empezaba a resbalar, caerse o golpearse con cualquier cosa por culpa de su torpeza.

Creo que nos habíamos hecho amigos al conocernos porque un día entró en la cafetería donde Lisa y yo estábamos sentadas, se cayó al suelo, y fuimos

las únicas que se acercaron a ayudarlo en lugar de reírnos de él. A partir de ahí empezó todo.

Y ahora... ahí estaba yo, haciendo de plantita a la parejita.

—Igual no es el mejor momento para decirlo... —Lisa soltó una risita nerviosa—

, pero nunca le he presentado un novio a Aiden.

—Gracias, querida novia, me dejas mucho más tranquilo.

83

—Seguro que os lleváis genial —le dije yo para tranquilizarlo.

Sinceramente, no me imaginaba a Aiden tratando mal a nadie, no sé por qué.

Lisa le dijo algo en voz baja y él sonrió, sacudió la cabeza y se inclinó para besarla antes de arrancar el coche de nuevo. Yo fingí que miraba por la ventanilla algo muy interesante para dejarles intimidad.

Mi vida resumida en un párrafo.

Por el camino, no pude evitar ver que él alargaba la mano hacia Lisa y se la ponía sobre la rodilla. Fue un gesto que habían hecho tantas veces que pareció que ni siquiera se daban cuenta de ello.

No pude evitar sentir una pequeña presión en el pecho al preguntarme si alguna vez yo podría hacer eso sin tener miedo de mi propia reacción.

Decidí centrarme de nuevo cuando vi que llegábamos a nuestro destino. El combate era en un gimnasio cercano al centro de la ciudad, por lo que tenía mucha mejor pinta que el gimnasio en el que entrenaba Aiden normalmente. Y había mucha más gente de la que habría cabido en el otro, claro.

Sinceramente, no me esperaba ver a tantas personas interesadas en ver a dos tipos golpeándose.

Holt y Lisa lideraron el camino y Lisa me cogió de la mano para no perderme entre la gente tras dedicarme una pequeña sonrisa. Su mano era más pequeña que la mía, y aunque cuando me había tocado al principio mi corazón se había encogido un poco, me obligué a no reaccionar mal y a no apartar la mano.

Además, mirando a mi alrededor... me pregunté si me había vestido demasiado informal.

Es decir, yo siempre iba demasiado informal. Independientemente del evento. No sé cómo lo conseguía.

Pero la gente que había ahí dentro... casi parecía que había salido de un casino.

O, al menos, la mayoría. Otros iban prácticamente con ropa de gimnasio. Por algún motivo, no había término medio. Quizá lo fuera yo.

Cuando por fin llegamos a la sala donde se celebraba el combate en sí, me di cuenta de que Aiden ya estaba en el ring. Mi pulso dio un respingo cuando vi que iba vestido solo con unos pantalones cortos negros, unas botas del mismo color y unos guantes rojos.

Su rival iba casi completamente de azul y ambos se miraban fijamente mientras el árbitro les decía no sé qué de las normas. Pero yo ignoraba al otro. Solo tenía ojos para Aiden, que estaba... muy serio. No parecía él.

Bueno, supongo que no podía entrar el ring con una sonrisita, claro.

—Justo a tiempo —me dijo Lisa.

Uno de seguridad nos hizo enseñarle las entradas para poder pasar a la primera fila. Las llevaba Lisa. Después de que las revisara concienzudamente, nos hizo un gesto y lo seguimos hasta los asientos que estaban en uno de los lados del ring, casi pegados a él. Los únicos vacíos.

Reconocí a Rob, su entrenador, y a dos chicos más en una de las esquinas, la de Aiden. Estaban mirándolo y hablando entre sí, muy centrados.

Di un pequeño respingo cuando escuché un ruido fuerte al otro lado del ring, pero solo era el contrincante de Aiden, a quien le habían puesto un taburete pequeño para que se sentara. Estaba hablando en voz baja con su entrenador.

84

Aiden hacía lo mismo, solo que él estaba apoyado con los antebrazos en la cuerda superior del ring y tenía cara de aburrimiento.

—¿No debería estar un poco tenso antes de un combate? —le pregunté a Holt, que estaba sentado entre Lisa y yo.

—El otro parece tenso —me aseguró.

Sí que lo parecía. De hecho, no dejaba de echar miraditas nerviosas a Aiden mientras escuchaba a su entrenador con mucha atención.

Pobre alma inocente, le iban a dar una paliza.

—¿Es un mal momento para confesar que nunca he visto un combate de boxeo?

—pregunté en voz baja—. Creo que vomitaré en cuanto vea sangre.

Holt se echó a reír y yo le dediqué una pequeña sonrisa nerviosa.

Sin embargo, me distraje completamente cuando vi que Rob decía algo a Aiden y señalaba en nuestra dirección. Y ahí me di cuenta de que nos estaba mirando.

Corrijo: estaba mirando a Holt.

Y... uh, no parece que le gustara mucho lo que veía.



El pobre Holt, que no se había dado cuenta, dejó de reírse y se limitó a sonreírme.

—Yo tampoco he visto ninguno —me aseguró, acercándose a mí para hablar en voz baja—. Si tengo que vomitar, creo que Lisa me perderá un poquito de amor.

—Yo te cubro, no te preocupes.

Pero estaba un poco tensa. Aiden había vuelto a girarse hacia su entrenador, pero vi que tenía los labios ligeramente apretados.

Sin embargo, volvió a centrarse cuando Rob le dijo algo y le pasó algo parecido a una dentadura negra que se puso en la boca. Después, sonó un ligero toque de campana y el locutor de la mesa del fondo dijo algo, al igual que el árbitro. Una chica preciosa y semidesnuda se paseó con un cartelito con el número de ronda por el ring y vi que el contrincante de Aiden la seguía con la mirada, pero él estaba ocupado estirando el cuello tranquilamente.

Rob y los dos otros chicos se acercaron a los asientos vacíos que tenía a mi lado.

El entrenador se quedó en la silla pegada a la mía y me sonrió.

—Me alegra que hayas venido, Mara —me dijo alegremente.

Sinceramente, no esperaba que me recordara, no sé por qué.

—Es mi primera vez en un combate —murmuré.

—¿Sí? Mi padre nos traía a Johnny y a mí a verlos continuamente cuando éramos pequeños.

—¿Dejan entrar a niños pequeños? —puse una mueca de horror.

Él empezó a reírse.

—Pues sí, suena raro, pero sí.

—Y... ejem... ¿cuánto dura esto?

—Cada asalto son tres minutos. Tienen un descanso de un minuto tras cada uno. Pero no creo que pasen de los ocho asaltos.

—¿Siempre llegan a tantos? Pensé que esto era más... eh... ¿rápido?

No, no quería ver cómo le partían la cara Aiden. Prefería que eso fuera rápido.

—En estos casos, suelen ser un poco largos —me explicó él—. Estos combates no son para ganar, sino para lucirse delante de los patrocinadores. Están sentados al fondo, ¿los ves? Hay otro grupo detrás de nosotros. Quieren ver cómo se mueven los 85

boxeadores antes de patrocinarlos, y te aseguro que quieren verlo bien. Ninguno de los dos irá inmediatamente al noqueo. Tienen que lucirse un poco.

Volvió a sonar la campanita y esta vez el árbitro se apartó. Aiden y su contrincante se acercaron el uno al otro, el último más defensivo que el primero... y empezó el combate.

Vale, acababa de descubrir que odiaba ver violencia.

Puse una mueca incómoda cuando empecé a ver que el de azul lanzaba puñetazos y Aiden se limitaba a bloquearlos o esquivarlos. Ni siquiera parecía estar haciendo un gran esfuerzo, y estaba mortalmente serio, concentrado. El otro le estaba hablando en voz baja, pero él no dio señas de escucharlo en ningún momento.

—¿Qué le está diciendo? —le pregunté a Rob en voz baja.

Rob no parecía tan tranquilo como Aiden. De hecho, tenía el ceño fruncido.

—No lo sé, pero espero que cierre la boca pronto.

Y el combate siguió, pero Aiden no mostró signos de tensión mientras que yo, desde mi asiento, daba un pequeño respingo cada vez que le lanzaban

un puñetazo.

Holt y Lisa lo miraban con mucha atención a mi lado y, de vez en cuando, hacían manitas. El entrenador y sus dos ayudantes, a mi otro lado, hablaban entre ellos.

Algunos de los gestos que hacía Rob eran sacudir la cabeza o poner una mueca cuando decía que Aiden tenía que mover un poco más la pierna, o alinear mejor el hombro, u otras cosas que no entendía muy bien.

Eso sí, cada vez que terminaba el asalto, Rob y esos dos iban corriendo a la esquina de Aiden, donde se reunían con él y le decían algo en voz baja.

Y, cada vez que volvía a sonar la campana y le daban la dentadura protectora negra, Aiden me dedicaba una sonrisita fugaz antes de ponérsela y adoptar una expresión mortalmente seria para volver al combate.

Esas sonrisitas no deberían afectarme tanto como lo hicieron, ¿verdad?

Realmente, no estaba siendo tan violento como creí que sería en un principio.

Era cierto que ninguno de los dos estaba intentando hacer verdadero daño al otro. Solo se habían acertado unas pocas veces. Eso me calmó.

Sin embargo, algo cambió en la sexta ronda.

Justo cuando sonó la campanita y Aiden estaba a punto de dedicarme la misma sonrisita que las demás veces... el de azul le dijo algo desde el otro lado del ring y se ganó una mirada gélida de Aiden.

Esa vez, no me volvió a mirar antes de ponerse la protección de los dientes y meterse en el combate otra vez.

—¿Qué le ha dicho? —pregunté a Rob cuando volvió a sentarse a mi lado.

Era obvio que Aiden no iba a atacarlo directamente, pero hasta ahora no había tenido los hombros tan tensos.

—¿Y bien? —insistí a Rob cuando él fingió no haberme oído.

Rob me miró un momento, incómodo, y me dio la sensación que se le teñían ligeramente las orejas de rojo.

—Está provocándolo —concluyó.

—¿Provocándolo? ¿Es suicida o qué?

Rob sonrió, divertido, y sacudió la cabeza.

—Supongo que su entrenador le ha dicho que no empiece a pelear de verdad hasta que Aiden lo haga, y quiere provocarlo para empezar cuanto antes.

86

—Pues menudo imbécil.

—En eso estamos de acuerdo —me aseguró.

Apreté un poco los labios cuando Aiden se colocó delante de él, como en cada ronda. Y el otro le dijo algo en voz baja con una sonrisita que no me gustó.

Solo que esta vez consiguió que Aiden tensara cada músculo de su espalda.

Oh, oh.

Que alguien prepare la ambulancia, gracias.

Aiden se colocó en posición defensiva y la ronda empezó, solo que esta vez me dio la sensación de que ambos estaban esperando que el otro estallara de repente y se lanzara a pelear de verdad. Incluso me dio la sensación de que la gente se daba cuenta, porque las voces que hasta ahora habían sido tan ruidosas habían bajado el volumen considerablemente.

El otro volvió a decir algo, y Aiden bloqueó con un brazo el puñetazo que le estaba a punto de dar. Miré el tiempo. Quedaban pocos segundos de

asalto. Estaba muy tensa.

De pronto, solo quería que se terminara y...

Me llevé una mano a la boca bruscamente cuando vi que el de azul encajaba un golpe perfecto en la boca de Aiden, haciéndolo retroceder varios pasos.

Oh, no.

Una capa de sudor frío me cubrió la frente y la espalda cuando vi que Aiden se pasaba el brazo por la boca y lo miraba. Tenía un pequeño corte en el labio que estaba sangrando un poco.

Se dio la vuelta hacia el otro, furioso, y me dio la sensación de que esta vez el de azul sí tendría motivos para correr... pero en ese momento sonó la campanita anunciando el final de esa ronda.

Rob y los demás se habían puesto de pie e iban corriendo hacia Aiden a la esquina, pero yo los vi como si formaran parte de un universo muy lejano. De hecho, las voces de la sala sonaban como de un universo muy lejano. Vi el corte del labio de Aiden y el recuerdo de un puño golpeándome de la misma forma exacta me vino a la mente. Incluso pude notar el sabor metálico de la sangre en la lengua. El labio medio dormido. Una parte de la cara latiéndome. El olor de...

—¿Estás bien?

Lisa se había asomado al lado de Holt para mirarme, preocupada.

—Estás pálida, Mara —frunció el ceño, asustada—, ¿quieres que vayamos fuera un momento?

Tenía la respiración agolpada en la garganta y me zumbaban los oídos, pero de alguna forma conseguí negar con la cabeza.

—Estoy bien —dije con una voz tan segura que me extrañó incluso a mí.

Pero no estaba bien. Me cosquilleaban las puntas de los dedos y el cuero cabelludo. Y sentía que me estaba ahogando. Pero desde fuera solo podían

verme ahí sentada, tranquila, mirando el ring.

Cuando volví a mirar a Aiden y vi que le estaban poniendo algo sobre la herida para contener la sangre, sentí que no podía más.

—Voy al servicio —murmuré a Holt.

Él asintió, observándome con preocupación, pero yo me apresuré a largarme antes de que pudiera hacerme alguna pregunta.

Sí que fui al servicio. De hecho, agradecí inmensamente que no hubiera nadie, porque yo ya no podía controlar la respiración agitada. Me apresuré a mojarme las manos con agua helada. Apenas notaba los dedos. Cerré un momento los ojos, pero 87

volví a abrirlos cuando, en la oscuridad, solo pude ver la habitación en que había pasado todo.

Me mojé la cara, intentando alejar ese recuerdo de mi mente, pero el olor a alcohol, a humo y a él vino a mí como un latigazo y empecé a notar que me mareaba.

De alguna forma, conseguí acordarme de los ejercicios de respiración que me había enseñado la doctora Jenkins. Apoyé una mano temblorosa en mi estómago y me miré en el espejo mientras respiraba agitadamente por la nariz y lo soltaba por la boca.

Tuve que hacerlo dos veces antes de ser capaz de hacerlo de forma lenta y profunda, contener el aire tres segundos, y soltarlo lentamente.

Poco a poco, conseguí calmarme y el olor, el cosquilleo y el zumbido se alejaron de mí, dejándome sola en ese cuarto de baño desierto. Volví a mojarme la cara, intentando calmarme del todo, y conseguí fingir que me lavaba las manos cuando una mujer entró.

Cuando salí, vi que el combate había seguido y volvían a estar en un descanso de rondas. Habían pasado solo cuatro minutos. Bien. Menos mal.

Sin embargo, cuando iba a acercarme otra vez al escenario, algo me interrumpió.

—¿Mara?

Me di la vuelta, tragando saliva, y me quedé mirando a un chico que se había acercado a mí con una sonrisa.

Espera, ¿quién era ese y por qué me resultaba familiar?

Oh, mierda, ya me acordaba. El del parque.

—Russell —lo saludé con un tono de voz un poco agudo, todavía estaba alterada por lo que acababa de pasar—. ¿Qué haces aquí?

—A mis amigos les encantan los combates, y yo no tenía otro plan —se encogió de hombros—. ¿Y tú?

—Conozco a uno de los que pelean —señalé el rincón de Aiden, que estaba paseando la mirada por el público con el ceño fruncido.

—Parecen cabreados —bromeó.

Si él supiera que lo estaban de verdad...

—Oye, ¿estás bien? Estás un poco... pálida.

—Es que no me gustan las peleas —murmuré.

—Pues estás en el sitio ideal.

Forcé una sonrisa, aunque la verdad es que solo quería volver a mi asiento, así que me limité a asentir una vez con la cabeza.

—Bueno... debería volver con mis amigos.

—Ah, sí, claro —él levantó su vaso de cerveza, que repartían ahí detrás—. Un placer volver a verte, Mara.

—Lo mismo digo —murmuré.

Me alejé de él pasándome ambas manos por la cara y el de seguridad me dejó pasar sin preguntar para que pudiera volver a sentarme con mis amigos. Holt y Lisa me miraban con preocupación.

—¿Estás mejor? —preguntó Lisa—. Dos segundos más y habría venido a asaltar el cuarto de baño para rescatarte.

—Estoy bien —le aseguré—. ¿Te acuerdas de Russell? Acabo de verlo.

—Ah, sí, lo he visto antes. Me ha saludado.

—¿Y no me has dicho nada?

88

Ella puso una mueca de confusión.

—¡El otro día me dijiste que no te gustaba que te forzara a hablar con desconocidos! Intentaba ser una buena amiga.

Iba a decir algo, pero me interrumpí a mí misma cuando la campanita volvió a sonar. Aiden se giró hacia mi asiento automáticamente y me dedicó una mirada extraña que no entendí muy bien, pero que a su entrenador no pareció gustarle demasiado.

De hecho, Aiden se alejó para volver al combate mientras él le decía algo y Rob vino a sentarse a mi lado, muy enfadado.

—Como haga lo que creo que hará... —murmuró—, lo asesino.

—¿Qué crees que hará? —pregunté, confusa.

No tuvo tiempo para decírmelo, porque en cuanto el árbitro se alejó de ellos para que empezara el combate, pude hacerme una idea.

El del azul ya había asumido que podía hacer lo que quisiera, porque fue directo a por el noqueo. Y yo no pude hacer otra cosa que cubrirme la cara



con las manos cuando vi que le lanzaba un golpe directo a la cabeza.

Mi suspiro de alivio se debió escuchar por todo el recinto cuando vi que Aiden lo esquivaba en el último momento.

Pero el alivio duró poco.

Porque casi al instante en que lo esquivó, Aiden echó el codo hacia atrás y le asestó un puñetazo en la nariz al de azul que hizo que gotas de sangre volaran y un horrible chasquido inundara la sala.

Todo el mundo se quedó en silencio. Yo misma me encogí cuando vi que el otro caía desplomado al suelo con la nariz sangrándole a chorros por el suelo del ring.

Rob soltó una maldición y un lo sabía antes de apresurarse a ir al ring. El árbitro apartó a Aiden del cuerpo del otro y se agachó a su lado a toda velocidad. Yo misma sentí que un escalofrío me recorría la espalda cuando vi que el de azul no se movía. ¿Y

si estaba...?

No. Una sensación de inmenso alivio me inundó cuando vi que el otro levantaba la mano e intentaba quitarse el guante torpemente. El árbitro dijo algo y después se acercó a Aiden, que miraba al de azul con expresión impasible. El árbitro le levantó el brazo y la sala estalló en una mezcla de aplausos y maldiciones.

Bueno... había ganado, ¿no?

No parecía que el otro fuera a levantarse.

No supe muy bien si aplaudir cuando casi todo el mundo a mi alrededor lo hizo

—menos algunos que soltaron maldiciones por haber perdido dinero, claro —, pero me obligué a mí misma a hacerlo cuando la mirada de Aiden paseó sobre su hermana y su cuñado hasta recaer sobre mí. No parecía muy afectado por lo que acababa de pasar.

—Vamos —me dijo Lisa cuando vi que él bajaba del ring y Rob lo esperaba, furioso—. Estarán en el vestuario.

—¿Y podemos ir? —preguntó Holt.

—Pues claro, es mi hermano.

Ambos dejamos que Lisa nos guiara entre la marea de gente hacia las puertas del fondo, donde Aiden había desaparecido con el entrenador y los dos ayudantes. Holt empujó las puertas para nosotras y el de seguridad nos dejó pasar nada más vernos.

89

En cuanto cruzamos el umbral del vestuario, empecé a escuchar los gritos de Rob.

—¡...el tabique nasal! —estaba gritando, furioso—. ¡Dos centímetros más y le perforas el cerebro! ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Es que se te ha ido la cabeza o qué?

Si hubiera sido yo sola, probablemente me hubiera ido corriendo. Y Holt igual.

Suerte que Lisa era valiente por los tres.

Empujó la puerta de todas formas y entramos en su vestuario. Yo entré la última, detrás de Holt, y me asomé por su lado para ver que Aiden estaba sentado en el banco de madera, dejando que uno de los ayudantes le quitara los guantes y las vendas mientras Rob le seguía gritando.

—¿Me has oído? —espetó Rob.

—He ganado —Aiden le frunció el ceño—. ¿Qué más quieres?

—¡Quiero que te comportes!

—No he matado a nadie, relájate.

—¿Por algo así podrían descalificarte!

Aiden suspiró y me dio la sensación de que se contenía para no poner los ojos en blanco. Me sorprendió lo tranquilo que parecía teniendo en cuenta que tenía a un Rob rojo y furioso a su lado riñéndole y haciéndole una lista de todas las cosas que había hecho mal. Especialmente la del golpe.

Sin embargo, todos se quedaron callados cuando yo, que había sido la última en entrar, cerré la puerta.

—¿Qué ha pasado ahí arriba? —preguntó Lisa, acercándose a su hermano.

—Buena pregunta —masculló Rob—. A ver si a ti te responde.

Pero Aiden se limitó a poner los ojos en blanco.

—Sois unos exagerados. El chico está bien y el combate ha terminado, no es para tanto.

—¿Qué no es...? —Rob se puso todavía más rojo.

Como vi que estaba a punto de empezar a gritar otra vez, me adelanté un paso, mirando a Aiden. Y la herida cerrada de su labio.

—¿Estás bien? —me escuché preguntar a mí misma.

Aiden se giró hacia mí al instante y me pareció que su expresión se suavizaba, pero Rob lo interrumpió antes de que pudiera decir nada.

—Él está perfectamente bien —lo miró con rencor—. El que no está bien es el otro pobre idiota.

—Mírate —murmuró Aiden—, ya casi estás tan rojo como el suelo del ring.

Vi que los dos ayudantes intentaban no reírse, al igual que Holt y Lisa.

Sin embargo, la sonrisa de Holt desapareció por completo cuando Aiden se giró hacia él y le dedicó una mirada que fácilmente habría helado el infierno.

—¿Y tú quién demonios eres?

La suavidad en persona.

Lisa le puso mala cara y sujetó la mano de Holt, muy digna.

—Es mi novio, Aiden.

Vi que la expresión de su hermano cambiaba al instante a una confusa, me dedicaba una mirada todavía más confusa, y ya entonces le fruncía el ceño a su hermana.

—¿Tu novio? —repitió, mirando a Lisa.

90

—Pues... sí.

—¿Desde cuándo tienes novio?

—Desde hace... bueno... bastante —y sonrió como un angelito—. Quería presentártelo hoy porque pensé que sería un día tranquilito, pero veo que no.

Aiden la miró un momento más y frunció el ceño otra vez, pero Rob volvió a interrumpirle.

—¿Os importa esperar fuera? —nos preguntó—. Es mejor que éste se de una ducha fría antes de que parta la nariz a otra persona.

Aiden suspiró mientras nosotros salíamos del vestuario.

Lo esperamos todos en el bar de delante del gimnasio, y sus dos ayudantes resultaron ser muy simpáticos, aunque no tenía ni idea de cómo se llamaban. Rob, por otro lado, solo mascullaba para sí mismo, bebiendo cerveza.

Bueno, yo tampoco era una gran compañía. Solo era capaz de echar miraditas nerviosas a la puerta, esperando a que apareciera mi capullo

perverso favorito.

Cuando fui a la barra a pedir otro vaso de agua, el camarero prácticamente me ignoró. Estaba muy ocupado hablando con unas chicas a unos metros de mí. Puse los ojos en blanco y me apoyé con un codo en la barra, dedicándole una miradita asesina.

Sin embargo, mi cuerpo cambió a una tensión muy distinta cuando noté que alguien se acercaba a mí. Y no necesité levantar la cabeza para saber que era Aiden.

—Menos mal que he llegado a tiempo —murmuró, apoyándose en la barra a mi lado—. Creo que el camarero ha estado a punto de perder la vida.

—Solo quiero un maldito vaso de agua —protesté—, ¿no puede dejar de ligar un momento para dármele?

—¿Quieres que me cuele al otro lado para dártelo yo?

—No, gracias, di no a las ilegalidades.

Aiden sonrió y me acercó un taburete para que pudiera sentarme. Ajá, así que quería que estuviéramos solos un rato antes de volver con los demás.

Acepté el asiento, aunque él no se sentó. Solo se giró hacia mí con un brazo en la barra.

—¿Qué te ha parecido el combate? —preguntó con media sonrisa.

Me obligué a mí misma a centrarme en algo que no fuera su boca y responder.

—Violento —le aseguré en voz baja.

Él esbozó una gran sonrisa divertida.

—¿Esperabas que un combate no lo fuera?

—Nunca había visto uno, no sabía muy bien qué esperar.

—Pues este no ha sido nada —me aseguré—. Deberías ver los de la liga.

—Bueno... la cosa se ha puesto interesante cuando le has dado ese puñetazo, lo admito.

Su sonrisa vaciló un poco y carraspeó.

—Sí, eso no ha estado bien —murmuró, y no supe muy bien si era para sí mismo o para mí.

Le di unos segundos de margen antes de ladear la cabeza, mirándolo.

—¿Por qué lo has hecho?

—Por nada.

Sonreí un poco.

—Ya.

91

Él suspiró, y se encogió de hombros.

—Yo... no lo sé. Llevaba un rato soltándome comentarios y ha llegado un momento en el que no he querido seguir escuchándolos.

—Y le has hundido la nariz.

—Bueno, el objetivo era que se callara. Y se ha callado.

Solté una risita muy impropia de mí y él sonrió, pero en ese momento el camarero se acercó y Aiden le pidió dos vasos de agua.

—En la vida aspiro a solucionar los problemas con tanta diplomacia como tú —

bromeé después de darle un sorbo a mi vaso.

—Oye, normalmente soy muy diplomático.

—Sí, seguro que tienes mucha paz interior, Aiden.

—Cuando te pones esos jerséis ajustados, la pierdo toda.

Y al escuchar eso, claro, me atraganté con el agua.

De hecho, empecé a toser y el camarero y las chicas con la que hablaba me dedicaron unas cuantas miraditas mientras yo enrojecía y Aiden se reía, el muy capullo.

—No tiene gracia —murmuré cuando por fin recuperé la capacidad de hablar.

—Realmente no sabes cómo encajar un cumplido, ¿eh?

—Eso no es un cumplido, casi puede considerarse un ataque frontal.

—¿Y me dirás que no te gustan mis ataques frontales?

—Pues no. No me gustan.

—Ya.

—Es verdad.

—Ya.

—¡Aiden!

—¿Por qué has desaparecido en medio del combate?

La pregunta me pilló completamente desprevenida. Lo miré, sorprendida por el cambio de tema repentino.

—¿Eh?

—Has desaparecido por casi dos asaltos —insistió.

—Ah, eso...

Sí, había sido el momento en que me había encerrado en el cuarto de baño, pero no tenía ninguna intención de decírselo.

—He visto a un amigo —improvisé rápidamente—. He ido a saludarlo.

Aiden enarcó una ceja.

—¿Un amigo?

—Sí, un amigo.

—Es decir, que a mí me dan puñetazos y me juego la vida en tu honor... y tú, mientras tanto, te vas a hablar con amigos. Muy bonito, Amara.

Sabía que lo estaba diciendo en broma, pero no pude evitar una mueca.

—Yo... creo que no vendré a ningún otro combate, Aiden.

Su sonrisa se congeló y fue desapareciendo lentamente para transformarse en una mueca de sorpresa.

—¿Por qué no? —frunció el ceño—. ¿No te han tratado bien?

—No es eso, es que... eso de ver cómo te golpean... la verdad es que no me gusta.

Prefiero no verlo.

92

Eso pareció dejarlo completamente descolocado, porque tardó unos segundos en responder.

—Espera —una sonrisita triunfal empezó a dibujarse en sus labios—, ¿estás diciendo que estás preocupada por mí?

—Claro que no —mascullé enseguida.



—Yo creo que sí.

—¡Que no!

—Soy boxeador, Amara, van a golpearme muy a menudo. No pasa nada.

—Sí pasa —me olvidé por un momento de fingir que no me importaba—. No me gusta ver cómo golpean a la gente, y mucho menos si esa gente es alguien que me gu...

Me detuve en seco a mí misma casi al instante en que él ladeó la cabeza, muy interesado en la conversación.

—E-es... alguien que me cae bien —finalicé.

—¿Eso es lo que ibas a decir? ¿En serio?

—Sí.

—Ya.

—¡Deja de decir ya!

—No me obligues a decirlo y no lo haré.

—No me obligues a decirlo y no lo haré —imité su voz.

—Muy maduro, querida Amara.

—No soy madura, soy estúpida. Si no te gusta, no me hables.

Él sonrió ampliamente, al contrario de lo que esperaba que hiciera.

Como de costumbre.

—Me encanta que siempre me sonrías de esa forma tan dulce —ironizó.

—Si quieres sonrisas dulces, siento decirte que no soy tu chica ideal.

—Precisamente eres mi chica ideal porque no me las das.

Le puse mala cara y me bajé de mi asiento, transportando mi vasito de agua hacia la mesa de los demás con toda mi dignidad como bandera. Aiden me siguió de cerca, claro.

Eso sí, cuando nos sentamos en los dos lugares libres, vi que se giraba directamente con una mirada afilada hacia su hermana y Holt.

—Bueno —dijo, y su voz sonaba mucho más fría de lo que había sonado conmigo—, ¿desde cuándo estáis juntos y por qué demonios no lo he sabido hasta ahora?

Ahugué una risita cuando vi que Holt perdía el color de la cara y se encogía visiblemente en su lugar.

Vale, Aiden podía intimidar si se lo proponía.

Anotado para el futuro.

—Pues... ejem... un poco más de un año —dijo Lisa con una sonrisita nerviosa.

—Un año y dos meses —aclaró Holt, mirándola—. ¿No?

—Sí, sí.

—Un año y dos meses... y no me lo has contado hasta ahora —Aiden enarcó una ceja a su hermana.

Tanto ella como Holt enrojecieron y se encogieron casi a la vez, y yo decidí que era hora de intervenir.

93

—Lo importante es que te lo hayan dicho —le dije, enarcando yo también una ceja.

Aiden se giró hacia mí con los ojos entrecerrados.

—Oye, soy su hermano, tengo derecho a saberlo.

—Sinceramente, si reaccionas así, deberías dar gracias a que te lo digan, porque yo no lo haría.

Noté que Rob y sus dos ayudantes dejaban de hablar al instante en que se dieron cuenta de que Aiden se había quedado sin palabras.

Entonces, Rob se echó a reír a carcajadas y le dio una palmadita a Aiden en la espalda, a lo que él me puso mala cara.

—¡Me encanta esta chica! —exclamó su entrenador—. Ya era hora de que alguien te cerrara la boca por un rato.

Sonreí dulcemente a Aiden, que entrecerró los ojos otra vez.

—La primera vez que me dedicas una sonrisita dulce... y tiene que ser por esto

—masculló cuando los demás volvieron a sus conversaciones.

—Creo que eres la primera persona a la que dedico una sonrisita dulce, así que no te quejes.

Él sonrió, orgulloso, olvidándose por completo de que estaba molesto.

—¿Eso es lo que tengo que hacer para ganarme sonrisitas de esas? ¿Dejar que me humilles un poco?

—Puede.

—Mhm... parece un trato justo. Lo compro.

Sonreí, negando con la cabeza.

Al final me lo pasé bien hablando con Lisa, Holt y los ayudantes de Rob. Seguía sin entender muy bien la función de esos dos, pero eran muy simpáticos. Y desde luego eran mucho mejor compañía que la que tenía el

pobre Aiden, que estaba aguantando un nuevo sermón de Rob acerca de portarse bien en los combates.

Pero no podía quedarme ahí hasta muy tarde. Tenía trabajo al día siguiente. Puse una mueca al mirar la hora en mi móvil.

—Debería irme —comenté en voz alta, recogiendo mi bolso.

—¿Quieres que te llevemos a casa? —me preguntó Lisa.

Iba a responder, pero Aiden se puso de pie a mi lado.

—Ya me encargo yo.

Una parte de mí estuvo a punto de negarse rotundamente, pero la otra —creo que mi conciencia— la calló enseguida.

—Está bien —accedí.

Incluso Aiden pareció sorprendido de que no me quejara de alguna forma.

Sin embargo, cuando nos apartamos de la mesa, Rob nos señaló con un dedo acusador.

—Nada de sexo. Tienes otro combate en unos días.

Noté que mi cara se volvía completamente roja al instante.

Aiden, por su parte, le dedicó una mirada molesta.

—Gracias por ser siempre tan discreto, entrenador.

Salimos los dos juntos del local y yo agradecí que el aire frío calmara el rubor de mis mejillas. ¿Por qué demonios nadie había parecido sorprendido con que Rob nos dijera eso? No es como si Aiden y yo fuéramos pareja o algo así.

Me sorprendió un poco que él no fuera al aparcamiento a por el coche. Debió ver la duda en mis ojos, porque sacudió la cabeza.

—Vivo muy cerca, he venido andando.

—Pues para ir a mi casa nos esperan cuarenta maravillosos minutos andando.

—Siempre podemos ir a la mía.

Se echó a reír cuando vio que abría mucho los ojos.

—A por el coche, malpensada.

—A-ah... claro, claro...

Dejé que pasara delante de mí y lo seguí, tratando de calmarme.

Ojalá pudiera decir que no le miré el culo, pero habría mentido.

Para evitarlo, me adelanté un poco y seguí caminando a su lado. Mejor alejar las tentaciones. Aunque... bueno, él entero era una tentación andante y sonriente.

Sin embargo, me detuve de golpe cuando mi mano rozó la suya.

Un escalofrío de alerta me recorrió la columna vertebral, y mi primer impulso fue meterme la mano en el bolsillo, poniéndola a salvo. Pero mi corazón ya iba a toda velocidad.

Y, curiosamente... el sentimiento más fuerte no era el terror, sino... nervios.

Nervios... bastante distintos a los que solía sentir cuando me asustaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Aiden, que se había detenido a mi lado.

—Nada —dije apresuradamente, y seguí caminando con la mano en el bolsillo—

. Pensaba que me había dejado algo en el bar.

Dejó pasar la mentira como si se la hubiera creído, aunque estaba claro que no lo había hecho.

—¿Qué tal tu libro? —preguntó tras unos segundos de andar en silencio.

Como siempre, me sorprendió muy gratamente que se acordara de esos detalles.

—Mal —dije, sinceramente—. Sigo bloqueada.

—¿Qué es lo último que has escrito?

—La protagonista viaja sin querer a la Edad media —murmuré—. Se encuentra con el protagonista y tienen su primera conversación. Me he quedado en el momento en que se da cuenta de que ha viajado al pasado porque le ve la armadura, y la espada... todo eso.

—Podrías hacer que se desmayara —sugirió con media sonrisa.

—O que diera saltos de alegría.

—O que le quitara la espada y se la clavara.

—O que se pusiera a bailar un tango con él.

—Oh, yo compraría ese libro.

—¿Y si no bailaran en tango? ¿No lo comprarías?

—Compraría cualquier cosa que tú escribieras, asúmelo.

Me eché a reír, pero la risa se apagó cuando le dediqué una sonrisita maliciosa.

—Te creías que Holt era mi novio, ¿no?

Él no reaccionó inmediatamente, pero vi que apretaba un poco los dientes.

—Puede.

—¿Te has puesto celoso?

—Puede.

—Te dije que no tengo novio, Aiden.

—Pensé que era tu ligue, no tu novio.

95

—¿Y tanto te molestaría que tuviera un ligue?

Él dejó de andar y se giró hacia mí.

—Si tú me vieras con otra, ¿no te molestaría?

Vaya, la estrategia había girado en mi contra.

—No —mentí.

—¿Ni un poco? ¿En serio?

—Apenas te conozco.

Me miró unos segundos con la mandíbula algo tensa. Ambos éramos conscientes de que era una mentira... y también de que yo no iba a admitirlo.

—No me lo creo —me dijo, al final.

—Porque eres un capullo engreído.

—Como quieras, pero al menos yo soy sincero.

—¿Y qué demonios te hace pensar que no lo soy?

—Que mientes bien, pero no lo suficiente como para que me trague tus mentiras.

Molesta porque tenía razón, me di la vuelta y seguí andando por mi cuenta, cruzando los brazos. Él apenas tardó dos segundos en alcanzarme.

—¿Por qué demonios te pones tan a la defensiva por cualquier cosa? —preguntó, molesto.

—Porque eres insoportable.

—Pues ya tenemos otra cosa en común.

Debió darse cuenta de que algo en mí había cambiado a peor, porque me adelantó fácilmente y se detuvo delante de mí.

—¿Qué te pasa? —frunció el ceño.

—Nada.

—Eso no es cierto, Amara. ¿Puedes ser sincera por una maldita vez?

No, no quería ser sincera. Ni con él, ni conmigo misma. Así que me inventé cualquier excusa que justificara mi enfado.

—No me gusta que intentes controlar con quién estoy o con quién no.

Él me miró unos segundos antes de negar con la cabeza.

—Y una mierda. Eso no es lo que te ha molestado.

Aparté la mirada, incómoda. De pronto, sentía la imperiosa necesidad de irme yo sola a casa. Y de alejarme de él tanto como fuera posible.

Estoy segura de que vio mis intenciones, porque en cuanto hice un movimiento para apartarme, él dio un paso hacia mí, yo lo retrocedí, y mi espalda chocó contra la pared del callejón.

Oh, no.



Mi sistema nervioso volvió a la vida como nunca antes cuando él dio otro paso hacia mí, acortando las distancias entre nosotros, y apoyó una mano en la pared, junto a mi cabeza.

Oh, no, no, no.

¿Por qué no estaba entrando en pánico? ¿Por qué mi corazón latía a tanta velocidad pero no de la misma forma que lo había hecho al ver su herida?

Me pegué tanto como pude a la pared, y esta vez los cosquilleos no fueron de terror. Especialmente cuando se inclinó hacia mí.

—¿Puedes dejar de intentar escaparte de mí? —preguntó, claramente molesto.

—No intento... nada —Dios, incluso mi voz temblaba.

96

—Sí, sí que lo haces. Y creo que lo entiendo.

—Oh, no me digas.

—Lo haces cada vez que me acerco un poco a ti —enarcó una ceja—, no hace falta ser un genio para darse cuenta.

—Yo... yo no...

Pero mis palabras fueron apagándose cuando él se inclinó un poco más sobre mí, prácticamente hasta el punto en que nuestro cuerpo entero entró en contacto.

Apenas había unos centímetros de diferencia entre sus rodillas y las mías, su cintura y la mía, su nariz y la mía...

Un nudo de nervios se instaló en la parte baja de mi estómago cuando él bajó un momento la mirada a mis labios antes de cerrar los ojos y volver a centrarse en mi cara.

—¿Es porque te gusto? —preguntó directamente—. ¿Ese es el problema?

—Engreído —mascullé.

—Entonces, sí que es eso.

Irritada y frustrada con mi propio cuerpo, lo miré directamente.

—No, no me gustas. Y no me gustarás por mucho que insistas en decírtelo a ti mismo, así que sácate la idea de la cabeza de una maldita vez.

Aiden se quedó mirándome por lo que pareció una eternidad, y vi que su expresión sorprendida cambiaba lentamente... a una enfadada.

Oh, finalmente había conseguido irritarlo.

Le mantuve la mirada en todo momento y, pese a que nuestras expresiones eran de cabreo, sentí que mi corazón empezaba a bombear sangre a toda velocidad y se me erizaba el vello de la nuca.

—¿No te gusto? —repitió.

Intenté decir algo, pero me había quedado sin cuerdas vocales. La cabeza me daba vueltas solo por la anticipación.

Y, justo cuando iba a sacudir la cabeza, dio otro paso hacia mí y pegó su cuerpo al mío.

Oh, no.

Esperé, tensa, a que ocurriera. A que mi cuerpo se tensara y empezara el zumbido de mis tímpanos.

Pero... no.

Mi cuerpo estaba demasiado ocupado funcionando a toda velocidad por su cercanía como para reaccionar de forma negativa.

—Pues apártate —me retó en voz baja—. Dices que no te gusto, pero todavía no has hecho nada para demostrarlo.

—Apártate, Aiden —le advertí en voz baja y temblorosa.

—Apártate tú, puedes hacerlo perfectamente —enarcó una ceja—, si es que quieres, claro.

Deseé con todas mis fuerzas borrar esa expresión satisfecha de su rostro cuando vio que no me apartaba. Pero no podía moverme.

Noté que mi pulso se aceleraba cuando me puso una mano en la cintura. Solo eso. Ningún chico había hecho eso en años. Ni siquiera recordaba al último.

—Todavía no te has apartado —me recordó, provocándome.

Aparté la mirada y la clavé en su pecho, que era lo que tenía justo delante de mí.

Noté que se me secaba la garganta cuando subió la mano por mis costillas, haciendo que mi piel se fuera calentando con su tacto, incluso con ropa de por medio. Cerré los

ojos cuando me recorrió la mandíbula con el dorso de un dedo hasta acabar en mi barbilla.

—Así que no te gusta, ¿eh? —murmuró en voz baja.

Ojalá hubiera podido responderle, pero era incapaz. Solo pude entreabrir los ojos y los labios. Parecía que habían pasado años desde que alguien me había acariciado de esa forma, desde que me había sentido así... si es que alguna vez había llegado a sentirme así.

Tragué saliva ruidosamente cuando bajó el dorso del dedo por mi cuello y por el centro de mi clavícula hasta detenerse al borde de mi jersey.

—¿Esto tampoco te gusta? —me provocó.

Debería haberme movido. O debería haber reaccionado. Pero no lo hice. Solo noté que mi piel ardía cuando descendió con ese dedo entre mis pechos hasta llegar a mi ombligo y detenerse, como si dudara entre seguir o no.

Esta vez no dijo nada.

Noté que su cuerpo se tensaba contra el mío y que su respiración también se agitaba, chocando contra mi frente. Tragué saliva de nuevo cuando apoyó la mano entera en mi estómago y empezó a ascender.

Y me olvidé de todo. De esa noche horrible de hace años. De la doctora Jenkins y sus consejos. De que estábamos en un lugar público. De pronto, me daba igual.

Solo pude apretar mi cuerpo contra el suyo para apoyar mi frente en su hombro, como si necesitara sujetarme a algún lado para no caerme. Noté que su otro brazo rodeaba mi cintura mientras su mano seguía ascendiendo por mi abdomen sin que yo lo detuviera. Inconscientemente, agarré su camiseta con dos puños cuando su mano alcanzó uno de mis pechos y noté que mi espalda se arqueaba automáticamente contra él. Especialmente cuando trazó lentamente con el pulgar la cima de éste. Noté que su aliento se agitaba contra mi pelo y su brazo se apretaba alrededor de mi cuerpo cuando su toque se volvió lo suficientemente duro como para mandarme un latigazo de placer entre las piernas.

Y, de pronto, noté que se tensaba de arriba abajo y retiraba la mano, pero mantenía el otro brazo a mi alrededor, girando la cabeza a un lado.

Lo miré, confusa y agitada, y seguí sujetándome a su camiseta para no caerme al suelo cuando vi que apretaba los labios mirando a dos adolescentes que silbaron al pasar por detrás de nosotros.

Estuvimos un momento en silencio después de que nos dejaran solos. Y yo, no sé cómo, logré que mi respiración se estabilizara un poco.

Al final, Aiden fue el primero en apartarse. Dio un paso hacia atrás. Tenía la camiseta arrugada por mis puños y el pecho le subía y bajaba rápidamente.

—¿Eso tampoco te ha gustado? —me preguntó en voz baja.

No dije nada. Era incapaz.

Tampoco lo hice cuando volvimos a emprender el camino hacia su coche en completo silencio, cada uno con la respiración más agitada que el otro.

98

5

## UN CAPULLO MUY ENGREÍDO

Estiré el cuello de un lado a otro con los auriculares puestos y la música sonando. Era una canción rítmica, animada... perfecta.

Hacía años que no iba a hacer ejercicio a un gimnasio... y sin embargo ahí estaba, plantada en medio de uno con cara de estar perdida.

¿Era cosa mía o todo el mundo era musculoso y perfecto a mi alrededor?

¿Cuántas horas al día venía esta gente? ¿Es que estaban locos?

Intenté no mirarlos mucho para no sentirme fuera de lugar y busqué algún sitio poco transitado en el que ponerme. Al final, la mejor opción fueron las cintas de correr.

Principalmente porque casi estaban vacías, sí.

Me subí a una de ellas y, tras unos segundos dudando, pulsé el botoncito adecuado y la cinta empezó a moverse, y yo a correr.

La pregunta que os estaréis haciendo es... ¿qué hacía la pobre Marita en un gimnasio?

Bueno, pues había vuelto a tener pesadillas. Cada vez más intensas. En una de ellas, incluso, mi compañera de piso Zaida había entrado en mi habitación pensando que me pasaba algo malo por los sonidos de golpes.

Era yo misma golpeando la cama como si alguien intentara ahogarme contra ella y yo quisiera apartarme.

Sí, era bastante desagradable. Apenas podía dormir más de dos horas diarias.

O, al menos, durante esos últimos seis días. Y la doctora Jenkins me había dado dos opciones: o ejercitaba un poco y me tomaba en serio los ejercicios de relajación que me había enseñado, o me recetaría algo.

Y opté por la primera.

Aiden, curiosamente, no había insistido mucho en hablarme durante esa semana.

Ni siquiera después de... ejem... bueno...

Eso.

Sí, eso. Exacto.

¿Debería sentirme bien con que no me hablara? Porque no lo hacía. De hecho, varias veces me encontré a mí misma mirando el móvil con los labios apretados por la curiosidad.

¿Has pensado en hablarle tú?

¿Eh?

No sé, es una opción.

99

P-pero... es decir... yo no quería hablar con él. Para nada. No lo necesitaba.

Y, aún así, bajé la velocidad de la cinta hasta que solo tuve que andar y saqué el móvil para mirar su contacto, dubitativa.

A ver... un mensaje no haría daño a nadie, ¿no?

Claro que no, ¡mándaselo!

Pero... ¿y si le molestaba?

Le molesta más tu indiferencia, créeme.

¿Y si se creía que era una pesada?

Yo sí que creo que eres una pesada. ¡Mándaselo ya!

Puse una mueca y empecé a teclear. Borré el mensaje dos veces antes de quedarme satisfecha con el resultado y enviarlo.

Mara: Estoy viendo a muchos musculitos sudorosos a mi alrededor y he pensado en ti.

Eso es, discreta.

Esperé un poco a que respondiera, pero no lo hizo. Seguramente estaba entrenando.

Justo cuando iba a esconder el móvil, noté que me vibraba en la mano y bajé la mirada muchísimo más rápido de lo que me gustaría admitir delante de nadie.

Aiden: ¿Cómo? ¿A musculitos sudorosos? ¿Tengo que preocuparme?

Mara: Algunos son muy guapos...

Aiden: □

Mara: Puede que más que tú, incluso.

Aiden: □(

Mara: Igual me voy con alguno de ellos.

Aiden: Pero apuesto lo que quieras a que no dejarías que ninguno más te metiera mano en la pared de un callejón.

Casi me caí de culo de la cinta.

Mara: Capullo engreído.

Aiden: Creo que me has llamado así más veces que por mi nombre.

Mara: Tienes razón, voy a guardarte como capullo engreído.

Capullo engreído<3: ¿Me has guardado con un corazón?

Mara: Claro que no, no digas tonterías.

Capullo engreído: ¿Lo acabas de quitar? ;)

100

Mara: ¡Que no te he puesto corazones!

Capullo engreído: ☹

Mara: Deja de mandarme caritas tristes.

Capullo engreído: ☹(

Mara: ¡Aiden!

Capullo engreído: Dime algo bonito y dejaré de mandarlas ☹((

Mara: Los musculitos se han ido y ahora estoy sola en el gimnasio. No hay peligro a la vista.

Capullo engreído: ☺

Mara: ¿No deberías estar entrenando?

Capullo engreído: No puedo hacerlo si me distraes.

Mara: Podrías no responderme.



Capullo engreído: Es que me encanta que me distraigas ;) Sonreí un poco y, justo cuando iba a seguir escribiendo, algo hizo que levantara la cabeza.

O más bien alguien.

Mi mirada fue a parar inmediatamente sobre uno de los trabajadores del gimnasio. En concreto, el chico de pelo castaño muy claro, ligeramente alto y con músculos un poco abultados que se acercaba a mi zona revisando distraídamente las máquinas.

Oh, no. Drew. Mi exnovio.

Una ola de nervios me recorrió entera. ¿Iba a reconocermé? No había cambiado mucho, pero... quizá no lo hacía. Con suerte. Todavía recordaba la última vez que nos habíamos visto. Las cosas no habían terminado nada bien. Básicamente, él me había llamado zorra y la novia de mi padre le había dado una bofetada.

Sí, muy intenso, todo.

Así que no estaba muy segura de si quería que me reconociera. No quería una escenita en medio del gimnasio. Bajé la cabeza y traté de ocultarme la cara con el pelo, fingiendo que miraba al frente. Mi corazón se aceleró por la tensión cuando noté que se acercaba a mi máquina...

...y pasó de largo.

Uf, menos mal.

Por un momento, creí que...

—¿Mara? ¿Mara Dawson?

Mierda.

Probablemente notó lo tensos que estaban mis hombros cuando detuve la cinta y me giré lentamente hacia él con una extraña sonrisa forzada.

—¡Drew! —mi intento de fingir que acababa de darme cuenta de su presencia fue bastante triste—. Vaya... eh... ¡cuánto tiempo!

Esperé, tensa, a que reaccionara de alguna forma. Para bien o para mal. No me importaba. Pero que reaccionara en lugar de quedarse mirándome fijamente de esa manera.

—Sí —dijo, al final, apartando la mirada un momento antes de girarse de nuevo hacia mí—. Cinco años, ¿no?

—Eh... sí, creo.

101

Y... silencio incómodo.

Bajé de la cinta, manteniendo cierta distancia entre nosotros. No creía que fuera a tocarme, pero no quería arriesgarme. Además, si se ponía a gritarme insultos de repente, prefería poder irme corriendo a los vestuarios.

Al ver que no decía nada y solo me miraba fijamente,forcé otra sonrisa extraña.

—¿Cómo... estás?

—Bien.

Y... silencio incómodo otra vez.

Estaba a punto de decirle que tenía que ir a otra máquina cuando él enarcó una ceja.

—Te recordaba más atractiva.

Y yo te recordaba menos imbécil.

Bueno, la época en la que me había conocido había sido cuando más me cuidaba a mí misma. Ahora, había adelgazado bastante y apenas tenía masa muscular. Estaba flaca.

—¿En serio? —murmuré—. ¿Vas a empezar a insultarme?

—No te he insultado, solo digo que te recordaba mejor.

—La gente cambia, Drew. Algunos se vuelven maleducados, por lo que veo.

Él sonrió irónicamente y sacudió la cabeza.

—Y pensar que antes me gustaba que me hablaras así... —me miró—. ¿Estás saliendo con algún otro pobre idiota al que puedas volver loco?

—Eso... no es asunto tuyo —le aseguré en voz baja.

—A lo mejor debería advertirle —murmuró, mirándome con esa expresión resentida que tan bien recordaba—. Para que no pase por lo mismo que yo.

—Drew, yo no...

—¿Ya has escrito algún best-seller? —me provocó con una mueca cruel—.

Porque no recuerdo haber visto tu nombre en la portada de ningún libro.

—No te conté que quería ser escritora para que ahora lo uses como arma arrojadiza.

—Oh, ¿yo uso las cosas como armas arrojadizas? —espetó, dando un paso hacia mí—. ¿Quieres que hablemos de lo que te gustaba hacer a ti a mis espaldas?

—Drew...

—Como follarte a mi mejor amigo, por ejemplo.

—Apártate —advertí en voz baja.

Se había acercado demasiado y yo ya estaba poniéndome nerviosa.

Sospeché que no se habría apartado en otro contexto, pero sí en ese, porque su trabajo estaba en juego y había otro empleado mirándonos de reojo. Drew me observó un momento más antes de mascullar un insulto y pasar por mi lado, dejándome ahí plantada.

Está claro que me marché de ahí enseguida. Y no pensaba volver. No con Drew por ahí.

En cuanto llegué a mi casa, mientras dejaba la bolsa en el suelo, recordé que había estado hablando con Aiden y saqué el móvil otra vez.

Capullo engreído: Podrías venir a mi gimnasio a distraerme en persona, ¿no?

Mara: Tu entrenador te mataría. Mejor me quedo aquí.

Capullo engreído: ¿Y si voy a verte mañana al terminar?

102

Mara: Eso... parece algo mejor.

Capullo engreído: Espérame a las ocho. En bragas, preferiblemente.

Mara: En tus sueños.

Capullo engreído: Ahí lo has hecho ya unas cuantas veces ;)

—¿A quién le sonríes tanto?

Levanté la cabeza, sobresaltada, y me encontré a Zaida y su nuevo novio juzgándome con la mirada. Borré mi sonrisita estúpida de golpe, avergonzada.

—A... nadie. A mi padre. Ha pescado una trucha muy grande.

—¿Una... trucha?

—Pues sí, ¿algún problema?

Intercambiaron una mirada y yo aproveché para meterme en el cuarto de baño.

Pobre Aiden... me habían entrado ganas de cocinar.

Y eso solo podía significar una cosa: PELIGRO.

Tenía el móvil apoyado entre el hombro y la oreja mientras seguía las instrucciones de Johnny, que me hablaba por el otro lado de la línea.

—¿Has precalentado el horno? —insistió.

Yo dejé de batir un momento la masa para fruncir el ceño.

—¿Qué si he hecho... qué?

—Ay, encanto... por favor, no incendies nada.

—¿Qué tengo que calentar?

—Enciente el horno. ¡Te lo he dicho antes!

Solo mis tristes habilidades culinarias podían hacer que el bueno de Johnny se pusiera de los nervios.

Estaba preparando un pastel de chocolate y fresas. ¿por qué? No lo sé. Pero esperaba que estuviera bueno.

El problema... bueno, era yo. Y que mis comidas siempre terminaban siendo horribles.

Zaida entró en la cocina cuando estaba intentando cortar las fresas torpemente.

—¿Qué demonios...? —empezó.

—¡No toques nada!

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Has visto el desastre que has montado?

Vale, puede que la cocina estuviera llena de harina, azúcar y chocolate...

...y puede que yo también.

—¡Estoy haciendo un pastel! —protesté.

—No, estás haciendo un desastre. Límpialo todo ahora mismo o...

—Oye, yo también vivo aquí. Déjame en paz.

—Pues por eso, es nuestra cocina, no tuya. Limpia esta mierda.

—¡No!

—¡Sí!

—¿Te digo yo a ti que apartes a los inútiles de tus amigos cuando tengo hambre y no puedo cenar porque se han amontonado en la cocina?

—¿Mis amigos son inútiles? ¿Tú te has visto? ¿Has visto el maldito desastre que has montado por hacer un pastel?

Oh, esa chica iba a terminar recibiendo un cucharazo en la cara como no se callara.

103

Por suerte, dejó la conversación porque apareció su novio y se metió con él en la habitación. Empecé a escuchar los ruidos exagerados —alguien seguía enfadada conmigo— mientras untaba el bizcocho de chocolate con lo de las fresas.

Y Aiden llamó al timbre justo a tiempo.

Dejé todo apresuradamente y me pasé una mano por la cara, dejándome harina y chocolate en la mejilla y la frente. Ni siquiera me di cuenta.

Al abrir la puerta, vi que estaba apoyado otra vez perezosamente en el marco, pero contuvo una risotada al verme.

—¿Te has metido en una guerra de comida y no me has avisado?

—No. He intentado cocinar.

—¿Has tenido que matar a alguien para eso? —preguntó, viendo mi atuendo hecho un desastre.

—No, listo —me aparté para que pudiera pasar—. Pero llegas justo a tiempo. Vas a poder probar el pastel.

—Sí, tengo ganas de probarlo.

Fruncí el ceño, sin entenderlo, pero mi cuerpo entero dio un respingo cuando acercó la mano a mi mejilla, retiró el chocolate con el pulgar y se lo metió en la boca con media sonrisita.

—Mhm... no está mal.

Como me había puesto nerviosa, no se me ocurrió nada ingenioso que decirle.

Aiden empezó a torcer el gesto a medida que llegábamos a la cocina, que desprendía un extraño olor a quemado, rancio y dulzón agrio. Era... una mezcla extraña. Y horrorosa.

El pobre hizo un verdadero esfuerzo por mantener la sonrisa.

—Eh... huele genial.

—¿En serio?

—Sí, sí...

—¿Quieres probarlo?

—¿E-eh...? Es decir... yo... bueno...

No le dejé mucha otra opción. Fui a cortar un trozo de pastel y lo puse delicadamente sobre un plato, como si fuera mi obra maestra. Corté un

pedacito con un tenedor y se lo ofrecí, a lo que él tragó saliva, como un soldado que afronta una batalla peligrosa.

—¿Seguro que quieres probarlo? —enarqué una ceja.

—Sí. No dejes que me lo piense mucho.

Dejé que se metiera el trocito en la boca y me quedé mirándolo, expectante. Vi cómo su expresión se volvía casi de dolor por un momento para después ser sustituida por la sonrisa más forzada que había visto en mi vida.

—Wow —murmuró, acariciándose el cuello con una mueca—. Es... curioso...

yo... es...

—Es horrible, ¿no?

—Pues sí, joder. No sabía que el chocolate pudiera saber tan mal.

Solté una risita, divertida, mientras él iba a por agua desesperadamente.

Vale, el pobre chocolate había sido desperdiciado. Bueno, no. Seguro que yo me lo acababa comiendo. Después de todo, cuando tenía hambre no me importaba que la comida estuviera mala. Por eso había sobrevivido con mis propios platos hasta ahora.

104

Escondí el pastel en la nevera, me limpié la cara y saqué las dos hamburguesas que me había dado Johnny al terminar mi turno. Me las había ganado después de ayudarlo a hablar en francés con su nuevo ligue.

Cuando se lo conté a Aiden mientras nos devorábamos las hamburguesas en mi sofá, me miró con curiosidad.

—Es verdad, tu madre es francesa —murmuró—. No me acordaba.



—Ya casi no lo usa —me encogí de hombros—. Cuando era pequeña tenía el acento mucho más marcado que ahora. Y cuando se enfadaba lo usaba mucho. Sé un montón de insultos franceses.

—¿Y se enfadaba a menudo? —bromeó.

—Conmigo, un poco. Con mi padre, bastante —admití con una sonrisa—. Pero...

ellos funcionaban así. Discutían, se reconciliaban en su habitación diciéndome que me quedara en el salón con los auriculares puestos, volvían a discutir... y así continuamente.

Aiden no dijo nada, pero sabía que sus padres eran muy distintos. Los suyos eran el ejemplo perfecto de familia estructurada. Las pocas veces que los había visto discutir cuando había ido por su casa, habían sido por tonterías y lo habían arreglado casi al instante.

Pero... sí recordaba el único día en que había visto al señor Walker gritando a alguien, a Aiden.

—Tus padres no discutían mucho —murmuré—. O... no que yo recuerde.

—Mi padre solía enfadarse conmigo. No nos entendíamos muy bien —se encogió de hombros—. Al menos, cuando empecé la adolescencia. Luego ya nos reconciliamos.

Y ahora estamos bien.

—Me alegro.

No pareció darle mucha importancia, y yo necesitaba sacar el tema del día que había visto cómo le gritaba sin ser una cotilla aunque lo estuviera siendo.

—Yo... me acuerdo del día de la pelea —murmuré.

Aiden sonrió un poco.

—Difícil de olvidar, ¿eh?

—Intenté defenderte.

Esta vez, la sonrisa fue completa.

—Eso también es difícil de olvidar.

Lo recordaba perfectamente. Había ido a casa de Lisa después de comer, y nos habíamos quedado en el salón charlando tranquilamente hasta que, de pronto...

apareció el señor Walker con Aiden. Y Aiden tenía un ojo amoratado. Su padre parecía furioso, cosa muy inusual en él, y nos gritó que subiéramos a la habitación de Lisa, cosa que hicimos casi corriendo.

Sin embargo, nos quedamos en las escaleras escuchando la discusión. Yo abracé a Lisa, que parecía muy triste por escuchar cómo gritaba a su hermano y cómo él no se defendía en absoluto.

Al final, cuando escuché que le decía que no servía para nada, no pude más y entré en el salón. No sé de dónde saqué el valor para decirle al señor Walker que nadie debería hablar así a su hijo, pero lo hice.

Tampoco sé cuál de los dos pareció más sorprendido.

105

No me atreví a mirar a Aiden. Tenía demasiado asumido que para él mi existencia era bastante indiferente y no quería encontrarme una mueca de extrañeza al girarme.

Pero, cuando el señor Walker bajó la voz y me dijo que no me metiera en eso, no me quedó más remedio que apartarme de la situación.

Una semana más tarde se disculpó conmigo y nos llevó a Lisa y a mí al parque de atracciones, así que no hubo demasiado rencor. Al menos, para mí. No sé qué pasó con Aiden.

Como si me hubiera leído la mente, sacudió la cabeza.

—Me metí en una pelea —me explicó en voz baja—. La única en la que me he metido fuera de un ring... y elegí al peor contrincante posible.

—¿Por qué?

—Era el hijo del jefe de policía.

—Mierda —solté sin pensar.

Aiden sonrió.

—Sí, las cosas se pusieron feas. Incluso amenazaron con denunciarme. Por eso mi padre se volvió loco. Pero... gracias a eso se fijaron en mí para empezar a boxear, así que no todo fue malo.

—¿Rob se fijó en ti?

—No. Tuve otro entrenador primero. El padre de... —se cortó a sí mismo y de golpe y carraspeó—. Era más duro que Rob, pero me enseñó bien.

Hice un verdadero esfuerzo por fingir que me daba igual que hubiera dejado la frase a la mitad. Después de todo, yo era la primera que se agobiaría si insistía en saber cosas que que no quería contarle.

Justo mientras lo pensaba, Zaida abrió la puerta de su habitación y apareció con su novio. Él solo llevaba ropa interior, y ella solo unas bragas y la camiseta de él. Y

ambos estaban despeinados y ligeramente rojos. Un gran espectáculo visual.

—Viene una amiga —aclaró, mirándome significativamente—. Necesito el salón.

Dudé un instante, mirando de reojo a Aiden, que pilló la indirecta y se puso de pie.

—Eh... yo ya me iba y...

—¿Por qué no vais a tu habitación? —me preguntó Zaida, confusa.

No sé en qué momento eso me había parecido una buena idea, pero de pronto me encontré a mí misma encerrada en mi cuarto con Aiden.

Eso podía salir tan mal de tantas formas distintas que no sabía ni cómo empezar a sentirme.

—Bueno —dijo él, cortando el silencio y repasándome con los ojos—, no me has recibido en bragas, pero estamos en tu habitación. Yo lo considero un gran avance.

—El único avance —aclaré.

—Pues sí, porque mañana tengo un combate.

—¡Y aunque no lo tuvieras!

Sonrió dulcemente.

—Ya.

Me crucé de brazos, enfurruñada, mientras él miraba a su alrededor con curiosidad. Y, mientras me daba la espalda, yo aproveché para colocarme el pelo y la ropa a toda velocidad.

—Bonita habitación —murmuró.

106

—Es un poco pequeña.

—Mejor, así tenemos que estar pegaditos el uno al otro.

Fingí que no lo oía porque, básicamente, no se me ocurría ninguna respuesta ingeniosa, y él se acercó a mi pequeña estantería. Echó una ojeada a las fotos que tenía con mi padre, con mi madre y con Grace. Casi todas eran de cuando era pequeña —

menos las últimas—. Sonrió ligeramente cuando me detuve a su lado.

—Hace tiempo que no veo a tu padre —comentó.

—Sigue viviendo en la misma casa.

Por lo que recordaba... Aiden y papá no se llevaban demasiado bien.

Es decir, no tenían demasiada relación. De hecho, solo los recordaba hablando una vez, pero mi padre le había empezado a poner mala cara el día de la pelea. Y nunca se la había quitado. Decía que era problemático, aunque yo siempre estuve convencida de que no lo era.

No sé por qué, pero el hecho de que no se llevaran bien me puso nerviosa.

Menuda tontería. Ni que fuera a estar con ellos en la misma habitación alguna vez.

Aiden bajó la mirada y vi que la clavaba en el escritorio que tenía delante. En concreto, pasó los dedos por encima de mi máquina de escribir. Era vieja, tenía algunas teclas medio desgastadas y el azul apenas era notable porque se había ido oxidando con los años.

—Sabes que existen los ordenadores, ¿no?

—Soy una chica clásica —me defendí.

Él sonrió un poco, pero no dijo nada, así que fui yo quien volvió a hablar.

—Patty es un poco vieja —aclaré.

—Por favor, dime que no le has puesto nombre a una maldita máquina de escribir.

—¡Me gusta ponerle nombre a cosas!

—Sí, a mí me llamas capullo engreído. Es genial.

—En el fondo, te gusta.

—Me gusta tanto como le gusta a Patty —puso una mueca cuando acarició el óxido—. No la has estado cuidado demasiado, ¿eh?

Esa acusación hizo que enrojeciera, enfurruñada.

—No es cuestión de que la cuide, es que es vieja.

—¿Y por qué no te compras otra?

—¿Cómo podría sustituir a la pobre Patty? Sería como traicionar a una hermana.

—¿Tu hermana es una máquina de escribir vieja y oxidada a la que llamas Patty?

Bueno, eso había sonado un poco triste. Puse una mueca y él se echó a reír.

—No tiene gracia —mascullé.

—Tienes razón —me hizo casi una reverencia—. Perdón por ofender a la buena de Patty.

—Eso está mejor.

Y justo eligió ese momento para dar un paso hacia mí, con una mirada mucho más intensa e interesada que hizo que pareciera que la habitación encogía un poco a nuestro alrededor.

—Bueno —ladeó la cabeza, mirándome—, ¿y qué tienes pensado que hagamos ahora, pequeña Amara?

107

La cosa es que... ejem... no tenía nada pensado.

Bueno, tenía algo pensado, lo único en lo que podía pensar cuando me miraba así, pero dudaba que pedírsela directamente fuera muy elegante.

Y probablemente solo nos llevaría a que yo empezara a hiperventilar y marearme.

No parecía un gran final del día.

—Podemos... —improvisé a toda velocidad— ...escuchar música.

Él enarcó un poco una ceja.

—¿Escuchar música? —repitió, poniendo una mueca.

—Sí, la música está bien. Y... yo... tengo mucha en el móvil.

—Sí, suena maravilloso —suspiró y se dejó caer sentado en mi cama—. Bueno, pues nada, pon música.

Solté un suspiro de alivio y me apresuré a ir a por mi móvil, que había dejado en mi mesita. Rebusqué entre mis canciones y terminé eligiendo una cualquiera antes de girarme hacia Aiden.

—Puedes quitarte la sudadera —le dije sin pensar.

Él levantó la mirada hacia mí y una pequeña sonrisa empezó a bailar en sus labios.

—Por... mhm... por si tienes calor —añadí enseguida.

—Como ordenes —me dijo con esa misma sonrisita, y se la sacó por la cabeza antes de dejarla en la silla de mi escritorio, con su chaqueta.

Vale, había sido una mala idea. Ahora podía ver los tatuajes gracias a la camiseta de manga corta y mi capacidad de concentración se había deteriorado dramáticamente.

—¿Quieres que me quite algo más? —preguntó, mucho más interesado en la conversación.

—Déjalo, así estás divino.

—Tú también puedes quitarte algo —sugirió, y noté que mi corazón empezaba a acelerarse cuando me recorrió con la mirada muy detenidamente, revisando las pocas prendas con los ojos—. Los pantalones parecen una buena opción.

—¿Por qué demonios estás tan empeñado en dejarme en bragas?

—También estoy empeñado en dejarte sin ellas.

Y, después de soltar esa bomba para mis nervios, se acomodó con la espalda en la pared como si nada.

Ese chico tenía algo en contra de mis pobres nervios, seguro.

Cuando me senté a su lado, a una distancia prudente, vi que había rescatado a mi peluche de entre las dos almohadas y ahora lo miraba con curiosidad.

—¿Tienes un peluche? —preguntó, ajustándole concienzudamente el lacito rojo del cuello para que le quedara mejor.

—Sí, ¿algún problema?

—Relájate, Amara, solo era una pregunta. ¿Este también tiene nombre?

Dejé de entrecerrar los ojos por un momento y mi cara, como pocas veces lo había hecho antes de conocerlo, se volvió completamente roja.

Eso, claro, hizo que Aiden aumentara su interés en el tema.

—Oh, no. ¿Qué nombre le has puesto al pobre peluche?

—Ninguno —mascullé.

—No lo creo.

Cerré un momento los ojos.



—Se... mhm... —lo miré, avergonzada—, se llama Señor Abracitos.

Hubo un momento de silencio antes de que pasara lo que sabía perfectamente que pasaría.

El capullo empezó a reírse a carcajadas.

Tuve una pequeña disputa de sentimientos encontrados en mi interior, porque su risa me estaba provocando tanto oleadas de satisfacción como de enfado. Al final, opté por el enfado y le quité a mi pobre Señor Abracitos de las manos para dejarlo en el sillón blanco que había junto a mi cama.

—¿Vas a dejar de reírte? —protesté.

No lo pareció, porque él tuvo que ponerse una mano en el estómago para empezar a calmarse.

—¿Señor Abracitos? —repitió, casi llorando.

—¡Deja de reírte!

—¿Qué pasa? ¿Le dabas abracitos?

—¡Pues sí! ¡Y sigo haciéndolo!

—Vaya, ahora tengo envidia del Señor Abracitos.

—¡Deja de reírte!

—A mí no me das abracitos, me das manotazos.

—¡Porque no dejas de reírte de mí!

Finalmente, dejó de reírse porque vio que estaba poniendo demasiado a prueba mi paciencia. Sonrió como un angelito y se acomodó de nuevo.

—Preciosa canción —asintió con la cabeza—. Gran elección. Tienes un gusto exquisito.

—Por eso tú no me gustas.

—Por eso yo te encanto, no te engañes.

—Engreído.

—¿Ya no soy un capullo? Genial, hemos avanzado.

—Es peor engreído que capullo —bromeé.

—¿Ahora me dirás que cuando me llamas capullo es con amor?

—Claro que sí. Con todo el amor que llevo dentro.

—Pues igual yo debería llamarte nena —bromeó.

—Como me llames nena te doy con Patty en la cara.

Empezó a reírse, pero no de una forma tan descarada como antes. Se pasó una mano por la cara, divertido, sacudiendo la cabeza.

—Mierda, Amara, ¿dónde demonios has estado toda mi vida?

—Con tu hermana Lisa.

—Ah, sí —negó con la cabeza—. No me puedo creer que salga con ese chico.

—¿Qué tiene Holt de malo? —protesté.

—No lo sé. Algo de él no me convence.

—Sinceramente, Aiden, ¿existe alguna persona que podría convencerte del todo para estar con tu hermana?

Se cruzó de brazos.

—Me lo tomaré como un no —sonreí—. Holt es muy simpático, pero no se le da bien eso de ser muy extrovertido con la gente que no conoce. Se pone

nervioso.

Especialmente si sabe que el hermano boxeador y potencialmente agresivo de su novia va a hablarle mal.

109

—¡No le hablé mal! —se defendió él.

—¿Y tú quién demonios eres? —imité su voz—. Sí, muy suave.

—Bueno, pensaba que era tu ligue.

—Y no olvidemos que acababa de verte hundiéndole la nariz a un pobre chico porque sí —añadí, medio divertida—. El pobre no quería acabar igual.

Eso hizo que Aiden me enarcara una ceja.

—¿De verdad te crees que le di ese golpe porque sí?

—¿Eh? —pregunté, confusa.

—Ese chico vio las miradas que te dedicaba después de cada ronda —aclaró Aiden, como si fuera obvio—. No sabía por dónde atacar para provocarme, y tú eras el objetivo más fácil.

Hubo un momento de silencio que rompí yo misma al empezar a entender lo que decía.

—Espera... ¿los comentarios con los que dijiste que te provocaba... eran sobre mí?

—Muy bien, Amara. Cien puntos para Gryffindor.

—P-pero... —no me lo podía creer, ni siquiera se me había pasado por la cabeza—

. ¿Qué te dijo?

—Tonterías —murmuró—. Se pensó que eras mi novia. Insinuaba cosas sobre consolarte cuando me diera una paliza y terminara el combate.

Me quedé mirándolo, de nuevo. Él no parecía muy afectado teniendo en cuenta que me estaba contando que le había roto la nariz a un chico que lo había estado provocando.

—Bueno —dije, al final—, pues he cambiado de opinión. Se merecía el golpe.

—Lo sé —sonrió.

—Por eso Rob se puso rojo cuando le pregunté qué te decía.

—¿Se puso rojo? —la idea pareció divertirlo.

—Sí, no se parece mucho a su hermano Jonnhy. Él habría agarrado la botella de agua y se la habría lanzado a la cabeza nada más escucharlo.

Aiden empezó a reírse, y yo estuve a punto de hacer lo mismo, pero me detuve en seco cuando noté que me ponía una mano en la rodilla.

Me aparté instintivamente, alejándome de él. Ni siquiera me había dado tiempo a mí misma para reaccionar, pero ya sentía un nudo desagradable de nervios en el estómago.

—¿Qué? —preguntó Aiden, sorprendido.

—Eh... nada.

Él debió malinterpretar mi expresión, porque sonrió ligeramente.

—¿Ahora te haces la tímida?

—Aiden...

—Podríamos repetir lo del callejón. Esta vez con menos ropa.

Cuando hizo un ademán de tocarme otra vez, no pude evitarlo y me aparté de nuevo, quedando sentada al otro extremo de la cama con cara de espanto.

Esta vez, no me sonrió. Solo pareció sorprendido.

—Es que... —dije torpemente—. No me gusta que me toquen.

Tampoco iba a decirle la verdad, claro. Si era difícil hablarlo con mi terapeuta,

¿cómo podría hacerlo con él?

110

Y sabía por qué mi cuerpo había estado reaccionando así de mal. Lo hablé con la doctora Jenkins. Habíamos llegado a la conclusión de que no había tenido una respuesta negativa a su contacto porque él no me había dado tiempo suficiente para pensarlo, sino que simplemente lo había hecho. Y yo no había podido pensar ni siquiera en lo asustada que podía estar por ello.

Pero, ahora... bueno, había sido consciente de que vendría todo el día. Y que probablemente intentaría tocarme. Arrastraba la tensión de todo el día. Y eso no iba a terminar bien, ya lo sabía.

No sé por qué me empeñaba en intentarlo.

De todos modos, él enarcó un poco una ceja.

—¿De qué forma no te gusta, exactamente?

—Aiden, hablo en serio.

—Vale, relájate —me ofreció una mano—. No voy a arrancarte la camiseta ni nada de eso. Lo podemos reservar para el futuro.

Miré su mano dubitativa, y noté que los dedos me cosquilleaban cuando la acepté y dejé que tirara de mí hasta que volvió a tenerme sentada justo a su lado. Tragué saliva cuando me apartó el pelo de encima del hombro, sonriendo un poco.

—¿Ves? Esto no está tan mal —murmuró.

No, no estaba tan mal, pero no podía evitar estar tensa. Nuestros brazos estaban en contacto. Y nuestras piernas. Y tenía una de sus manos junto a mi cabeza, estaba enrollando un mechón de pelo pelirrojo entorno a su dedo.

Intenté relajarme un poco. Estaba claro que eso no estaba tan mal.

—No me digas que tú también tienes debilidad por las pelirrojas —bromeé.

—Solo por una.

Sacudí la cabeza, divertida. Y tensa. Y nerviosa.

Giré la cabeza para decir algo, pero las palabras se quedaron ahogadas cuando fui consciente de lo cerca que estaba su cara de la mía, y de que su dedo había chocado contra mi mejilla al girarme hacia él.

Una de las comisuras de su boca se levantó cuando me recorrió el pómulo con ese mismo dedo.

—Si realmente quieres ir despacio, deja de mirarme así. Lo estás haciendo cada vez más complicado.

—No te estoy mirando de ninguna forma —me defendí.

—Ya —sonrió—. Pues yo a ti sí.

Estoy segura de que iba a decir algo, pero fui incapaz de hacerlo cuando me recorrió el labio inferior con el pulgar, mirándome con aire malicioso. Sabía perfectamente lo que hacía. Y lo peor es que estaba funcionando, porque me moría de ganas de besarlo.

Hacía años que no quería besar a nadie. Que veía películas en las que los protagonistas se besaban y ponía muecas de disgusto. Y, ahora... aquí estaba otra vez, queriendo besar a alguien.

Y él también quería, estaba segura. Por mucho que pareciera burlón, había visto cómo se tensaban sus hombros, y cómo no dejaba de bajar la mirada a mi boca y volver a subirla a mis ojos.

A la mierda. Quería besarlo.

111

Cuando me incliné hacia delante, estaba muy segura de lo que hacía. Pero, cuando estuve cerca de su boca, perdí toda la confianza de golpe y se transformó en una sensación fría y terrorífica recorriéndome las venas.

Me detuve en seco cuando noté que la mano suave que tenía en la mejilla se volvía áspera y, de alguna forma, supe que iba a moverse a mi nuca y apretármela hasta hacerme daño. A obligarme a mantenerla ahí. Y luego iba a girarme la cabeza para hundírmela en el colchón. Y apenas iba a poder respirar. Se me paralizó el cuerpo pese a que quería apartarlo tan rápido como fuera posible, y alejarme de él. La sonrisa ya no parecía dulce y apetecible. Era una mueca de labios gruesos y burlones que apestaba a alcohol. Y a él. Y me empezaron a zumbar los oídos.

Él se inclinó hacia mí, aumentando la sonrisa, y yo noté que mi cabeza empezaba a sacudirse, intentando apartarse. Solo conseguí una mueca de diversión. Su olor me invadía las fosas nasales cuando me apretó los dedos en la nuca.

—¿No? —repitió, y era su voz. Su voz burlona y cruel—. ¿Y aquí quién te oirá gritar?

¡No! Intenté hacerlo, pero el grito se ahogó en mi garganta cuando aplastó su boca sobre la mía. Sabía alcohol. Y a humo. Intenté apartarme, llorando, pero no me hacía caso y...

—¡Amara!

Parpadeé, mirando a mi alrededor, como salida de mi ensoñación, y me di cuenta de que estaba jadeando, sentada en el suelo, y que en algún momento

había retrocedido hasta el lugar opuesto de la habitación, chocando mi espalda contra el armario.

Levanté la mirada, sobresaltada. Todavía podía sentir el olor, y las manos, y los labios. Pero él no estaba ahí. El que estaba ahí era Aiden, que me miraba con cautela y preocupación, agachado delante de mí.

Oh, no.

—Respira —me dijo en voz baja, sin atreverse a acercarse más—. Mírame, Amara.

Respira hondo, eso es.

Conseguí que una bocanada de aire temblorosa me entrara en el cuerpo y él suspiró, aliviado. Y me di cuenta de que tenía mis manos apretadas en las rodillas, y que me había apretado con tanta fuerza que tenía las marcas de las uñas en ellas.

—¿Q-qué...? —empecé torpemente, todavía notando una capa de sudor frío en la espalda.

—Te has quedado paralizada y me has empujado de repente —Aiden me repasó la cara con los ojos—. Cuando vi que ibas a caerte de la cama he intentado sujetarte, pero... te has alejado como si fuera a hacerte daño.

Aparté la mirada, temblando de pies a cabeza, y la clavé en cualquier cosa que no fuera él. No me atrevía a mirarlo a la cara. Me sentía humillada. No me podía creer que no hubiera sido capaz de contenerme delante de él. ¿Qué iba a pensar de mí ahora?

Me entraron ganas de llorar, pero logré contenerlas.

¿Cómo iba a querer volver a verme si siempre que lo hacía yo reaccionaba así?

Seguro que no quería volver a saber nada de mí.



—¿Estás mejor? —escuché que me preguntaba, sin acercarse—.  
¿Necesitas...?

—No puedo hacerlo, Aiden —le dije con un hilo de voz.

Noté que me miraba, y seguro que era con confusión.

—¿Qué?

112

—N-no... no puedo... —cerré los ojos con fuerza—. Necesito que te vayas.  
Por favor.

Hubo un momento de silencio en la habitación. Cuando abrí los ojos, vi que él seguía mirándome con expresión confusa.

—Pero... ¿estás bien o...?

—Estoy bien. Solo necesito que te vayas —y estaba tan nerviosa que me salió de una forma mucho más brusca de lo que pretendía.

Aiden parpadeó, mirándome, pero se puso de pie al mismo tiempo que yo.

Retrocedió con aire más confuso cuando yo fui torpemente a por su chaqueta y sudadera y se la di sin mirarlo, con la cabeza agachada.

—Amara...

—Por favor, vete ya —le supliqué en voz baja.

Aiden me miró unos segundos antes de, finalmente, ponerse la chaqueta. Abrí la puerta de mi habitación todavía con manos temblorosas y fui directa a la entrada.

Aiden me siguió sin decir nada, y manteniendo cierta distancia entre nosotros.

No iba a querer volver a verme. No después de lo que me había pasado. Y menos ahora que lo estaba echando. Me entraron ganas de llorar otra vez.

Aiden se detuvo al otro lado de la puerta principal, mirándome con aire preocupado.

—¿Estás segura de que estás bien?

Algo en mí me decía que si alargaba mucho la conversación, iba a intentar tocarme otra vez. Me entraban ganas de vomitar solo con la perspectiva. Solo pude asentir torpemente con la cabeza.

—¿Quieres que te lleve a...?

Cuando adelantó una mano hacia mí, una oleada de terror me invadió y solo fui capaz de decir una cosa:

—Buenas noches, Aiden.

Él apretó un poco los labios cuando me aparté para cerrar la puerta, pero no dijo nada más. Yo me quedé con la frente apoyada en ella, sintiéndome horrible, y escuché sus pasos hacia el ascensor.

Y, así de fácil, estaba sola otra vez.

—¿Ya has espantado al chico guapo ése? —se burló Zaida, detrás de mí—.

Supongo que era cuestión de tiempo.

Ni siquiera me di cuenta de que se hubiera acercado, pero me aparté bruscamente cuando noté que estaba justo detrás de mí. Ella enarcó una ceja cuando pasé por su lado sin decir nada y volví a mi habitación a toda velocidad.

En cuanto estuve sola, no pude evitarlo y empecé a llorar.

## LA CHICA QUE APRENDIÓ A NOQUEAR

Ir a trabajar al día siguiente era lo último que me apetecía hacer, pero me obligué a ir de todas formas.

Alan, el empleado nuevo, seguía teniendo que pelearse con las máquinas de café a cada pedido, a lo que Johnny o yo teníamos que ir a ayudarlo constantemente, aunque él apreciaba mucho más la ayuda de Johnny que la mía.

Esa noche, había tenido unas pesadillas horribles. Y todas de lo mismo. Si cerraba los ojos, todavía podía sentir la mano presionándome la parte posterior de la cabeza, ahogándome contra el colchón. Y el olor. El maldito olor.

Puse una mueca y me obligué a mí misma a dejar la bandeja en la barra, aprovechando un momento de tranquilidad, y pasar por la cocina para ir a la salida trasera.

—Ahora vuelvo —le dije a Johnny—. Voy a tomar un poco el aire.

Él no respondió. Quizá ni se enteró. Estaba demasiado ocupado intentando no chillarle a Alan, que había vuelto a equivocarse de máquina.

Cerré la puerta detrás de mí y apoyé la espalda en la pared del callejón vacío, sentándome en el suelo. Había estado lloviendo todo el día y seguía haciéndolo, pero al menos ahí, bajo el pequeño tejado de la cafetería, no me estaba mojando. Suspiré y me pasé las manos por la cara, intentando serenarme a mí misma.

Aparté las manos, confusa, cuando escuché una voz femenina en la cocina.

Alguien hablando con Johnny. Oh, no, ¿mi jefa?

Di un respingo cuando la puerta se abrió, pero la cara que se asomó no fue la suya, sino la de Lisa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, confusa.

—Johnny me ha dicho que habías salido a tomar el aire —me explicó, encogiéndose de hombros.

Se sentó en el suelo, a mi lado, a pesar de que estaba helado y húmedo por la lluvia. No pareció importarle demasiado cuando ladeó la cabeza hacia mí.

—Tienes mala cara.

—Pues como siempre —murmuré.

—Peor que de costumbre —sonrió—. Y mira que es difícil, ¿eh?

Consiguió sacarme una pequeña sonrisa.

Sin embargo, se borró cuando me di cuenta de que Lisa nunca habría venido a buscarme a la parte trasera de la cafetería... a no ser que supiera que algo andaba mal.

—¿Qué te ha contado Aiden? —pregunté directamente, mirándola.

114

Ella no se molestó en intentar disimular, solo puso una pequeña mueca.

—Que seguramente necesitarías compañía, y preferirías la mía que la suya.

Cerré los ojos con una mezcla de vergüenza y culpabilidad. Y agradecimiento. No le había dicho nada a Lisa de mi ataque de pánico. Estaba segura. Si lo hubiera hecho, ella no habría podido callarse las ganas de preguntarme sobre ello.

Me había guardado el secreto sin que se lo pidiera y, además, había mandado a Lisa para que no estuviera sola.

Capullo engreído y perfecto.

—¿Pasó algo? —preguntó, confusa.

—No —negué con la cabeza—. Es decir... no lo sé. Es difícil de explicar.

Por la forma en que me miró, era obvio que no sabía si seguir preguntándome.

—Yo... bueno, Aiden se porta muy bien conmigo —empecé, dudando.

Lisa asintió, dejándome seguir.

—Pero... hay algo que no me deja estar con él.

—Algo —repitió, confusa.

—Sí —la miré significativamente—. Algo.

Nunca había hablado a Lisa de ello, pero suponía que podía imaginarse que algo malo me había pasado. Después de todo, me conocía muy bien.

Solo quería que no indagara mucho en el tema.

Después de unos segundos de dudar, ella levantó un poco las cejas y luego apartó la mirada, poniendo una mueca.

—Vale, creo que me hago una idea.

—Pues... digamos que me asusté por eso.

—Claro —murmuró, y volvió a poner esa mueca—. Es normal.

Me puse las manos en las rodillas y suspiré. Nos quedamos las dos en silencio unos instantes en los que supuse que ella estaba pensando en lo que le había dicho.

Y lo confirmé cuando volvió a girarse hacia mí.

—Mara... —empezó, dudando—, se que no te gusta que te diga estas cosas, pero... bueno... sabes que si alguna vez necesitas hablar con alguien, me tienes a tu disposición, ¿verdad?

No la miré, algo incómoda. También tenía a la doctora Jenkins, pero no quería admitir que estaba yendo a verla delante de Lisa.

—No necesito hablar de nada —mentí.

—Bueno, pero si lo necesitaras... de lo que sea, Mara. Sabes que no se lo voy a contar a nadie. Ni siquiera a Holt. Aunque me capturen unos torturadores sádicos, no me sacarán una palabra.

Sonreí ligeramente, sacudiendo la cabeza.

—Vale —murmuré—, pero sigo prefiriendo que hablemos de ti.

—Bueno, lo he intentado —ella suspiró.

115

Al menos, fingió que no le importaba y empezó a hablarme de que esa profesora horrible que tenía le había puesto menos nota de la que merecía en un trabajo. Y que el compañero de habitación de Holt y ella se habían peleado, por lo que no podía ir a dormir con él ahí o las cosas se pondrían muy incómodas.

Y también que su hermano pequeño, nuestro querido Gus Gus, estaba castigado otra vez porque su padre lo había pillado intentando escaparse de casa por la ventana, había caído, y se había roto una muñeca. Ahora, le esperaba casi medio año entero de yeso en la muñeca.

Pobre Gus Gus.

Tuvimos que interrumpir la conversación cuando Alan se asomó, muy indignado, exigiéndome que me ocupara de mis mesas. No me quedó más remedio que ponerme de pie e ir a atenderlos. Lisa no pudo quedarse mucho más en la cafetería, pero le di las gracias por aparecer. Me había distraído tanto que ya me encontraba mejor.

Cuando volví a la barra media hora más tarde, estaba bastante más animada y Johnny debió notarlo, porque se puso a hablarme de la cita que había tenido la noche anterior.

—No sé si salió bien —fue su conclusión.

Alan nos escuchaba disimuladamente, fingiendo que limpiaba una mancha inexistente de la barra.

Nunca admitiría que lo hacía, pero escuchaba todos los chismorreos que nos contábamos.

—¿Por qué no? —le pregunté a Johnny, extrañada.

—Porque al principio todo iba genial, pero luego empezamos a discutir, no me acuerdo de por qué... por una tontería seguro. Y ella era chilena.

Enarqué una ceja.

—¿Y qué?

—Que me llamó algo que no entendí. Creo que es bueno, pero no sé.

—¿El qué?

—Me gritó aweonao culiao y se fue.

Abrí mucho los ojos y contuve una sonrisa.

—¿Qué te llamó... qué?

—Aweonao culiao. ¿Crees que es malo?

—¿Qué? Claro que no. Es como decirte “llámame pronto, me encantas”.

Johnny sonrió, pero dejó de hacerlo cuando se dio cuenta de que me estaba burlando de él. Me puso mala cara y volvió a la cocina, mascullando algo sobre aweonaos y culiaos.

Me pasé el resto del turno prácticamente sola, a parte de los momentos en que ayudaba a Alan con la misma máquina y los que hablaba con los clientes, y cada vez que podía distraerme un poco... me venía la imagen de Aiden a la cabeza.

Concretamente, la imagen de él al otro lado de mi puerta, con cara de confusión, cuando lo eché de mi casa.

Apreté los labios al pensar en ello. No se merecía que lo tratara así, pero en el fondo había sido lo mejor. Si se hubiera quedado, habría sido mucho peor. Y no quería ni pensar en cómo reaccionaría si me viera teniendo un ataque de pánico como los que tenía tres años atrás. Incluso mi padre empezó a mirarme de una forma distinta al verlos, ¿qué iba a pensar Aiden?

116

Para cuando terminó el turno, ya había llegado a una decisión.

Me acerqué a Johnny, que estaba colgando el delantal.

—¿Has venido en coche?

—Sí —me miró con curiosidad—, ¿necesitas que te lleve a algún lado?

—Pues... si puedes llevarme al gimnasio de tu hermano...

Esperaba que se negara, pero se limitó a acceder animadamente. Al parecer, le gustaba tener excusas para ir a ver a su hermano. Me pregunté por qué no iba a verlo simplemente porque quería.

El gimnasio de Aiden seguía en la misma calle sombría —ahora mojada, también— que la última vez. Aunque esa noche tenía un aspecto un poco más tenebroso porque se había fundido la bombilla de una de las farolas que iluminaban la puerta de la entrada. Agradecí que Johnny hubiera ido conmigo al instante.

El chico del mostrador me miró con aburrimiento cuando entré. Volvía a masticar chicle de forma insoportablemente ruidosa.

—Aiden está en el ring —me dijo directamente, volviendo a sus cosas y apuntando algo.

Bueno, daba gusto que ya me conocieran.



—¿Qué apuntas siempre que vengo? —pregunté, curiosa.

Él suspiró, como si hablar conmigo fuera un tormento.

—Tengo que apuntar quién entra y sale —me dijo, girando la lista para que pudiera verla—. Cada boxeador tiene unas cuantas personas que van a verlo a la semana.

La leí, curiosa, y noté que mis mejillas se encendían cuando leí las personas que había añadido.

Visitas de Aiden W. Novia y amigo grandullón de su novia.

¿En serio? ¿Ése también asumía que era su novia?

Estuve a punto de corregirlo, pero me pareció que no podía importarle menos, así que me limité a entrar con Johnny en el gimnasio.

—Ahora soy tu amigo grandullón —me dijo él, divertido.

—Y yo su novia —mascullé.

Empezó a reírse, sacudiendo la cabeza.

—Yo diría que eso no te ha molestado tanto como quieres hacerte creer a ti misma, encanto.

Iba a responder, pero me detuve cuando vi que un chico estaba dirigiéndose a la puerta que acabábamos de cruzar. Me resultaba familiar, y lo identifiqué casi al instante. Era uno de los chicos que habían estado con Rob en el combate, uno de sus dos ayudantes.

¿Mark? ¿Se llamaba así? ¿O Mark era el otro?

Él levantó la cabeza y sonrió al verme.

—Oh, Mara —otro que se acordaba de mí—. ¿Has venido a ver a Aiden?

—Sí —señalé a mi acompañante—. Él es Johnny, un amigo.

—Su amigo grandullón —especificó él.

—El hermano del entrenador, ¿no?

—Sí, el hermano de ese pesado. ¿Está por aquí? Podría retarlo a una pelea amistosa.

Mark sonrió, divertido.

117

—Me parece que se te han adelantado.

Johnny y yo intercambiamos una mirada confusa antes de seguirlo hacia el centro del gimnasio, esquivando a otras personas que estaban entrenando. Ahora, ya no me prestaban mucha atención. Se ve que ya se acordaban de mi cara. A Johnny, en cambio, sí le echaron unas cuantas miradas de curiosidad.

Mark se aclaró la garganta, incómodo, cuando nos acercamos al ring.

—Aiden lleva desde ayer un poco... tenso —me explicó—. Seguro que se pone de buen humor al verte.

Sí, podía adivinar por qué estaba tenso.

Levanté la mirada cuando llegamos junto al ring y di un respingo cuando vi el momento exacto en que el guante negro de Aiden chocaba de lleno —y con una fuerza brutal— contra una especie de manopla gruesa y roja que sostenía Rob.

El pobre Rob dio un paso torpe hacia atrás, intentando recuperar el equilibrio después del impacto.

Le dijo algo a Aiden que no terminé de entender y él golpeó en el que tenía en la otra mano. Rob indicaba y él golpeaba. Uno, dos, uno, dos. A toda velocidad. Casi me mareé solo de verlos.

Lo peor es que Aiden solo parecía tener una capa de sudor sobre los hombros desnudos —por la camiseta sin mangas que llevaba—, y eso que él daba los golpes.

Sin embargo, Rob, que solo los recibía, estaba rojo y completamente sudado, con mechones de pelo húmedos pegados en la frente.

—La pelea está un poco descompensada —comentó Johnny.

No pude evitar sonreír un poco.

Mark, que se había acercado al ring mientras lo decía, apoyó los codos en la cuerda más baja y los llamó, pero no parecieron darse cuenta. Tuvo que golpear el suelo del ring para que los dos reaccionaran y lo miraran.

—Han venido a verte, Aiden.

Aiden nos estaba dando la espalda, y vi cómo la tensaba al echar la cabeza hacia atrás, casi como si estuviera harto de todo.

Sin embargo, cuando se dio la vuelta y nos vio a Johnny y a mí... pareció tan genuinamente pasmado que estuve a punto de empezar a reírme.

Lo que no esperaba era que Rob me sonriera como si fuera un rayo de sol en medio de una tormenta.

—¡Mara! —exclamó, casi aliviado—. ¡Menos mal! Sube aquí y dale una patada en el culo a este idiota de mi parte, que a ti no te la va a devolver.

Sonreí a Rob, divertida, cuando él se quitó las manoplas rojas y las tiró al suelo.

Se pasó una mano por la frente sudada y se acercó a las cuerdas. Aiden se mantenía en el centro del ring, mirándonos con una expresión que no supe descifrar.

—Hola, Robbie —sonrió Johnny al ayudar a bajar a su hermano del ring—. Te noto cansado.

—Estoy viejo para estas cosas —masculló—. Me voy a beber una cerveza. Hay que reponer minerales. Vente, te invito a una. Y a ti también, Mark.

Los seguí con la mirada durante unos segundos antes de darme cuenta de que era muy obvio que la intención había sido dejarnos solos.

Me giré, algo nerviosa, hacia Aiden. Él se había acercado a las cuerdas y estaba apoyado en ellas con los codos, mirándome.

118

Por un momento, no supe muy bien qué decirle. Después de todo, quizá estaba enfadado.

Es decir... lo había echado de mi casa.

No quería que Aiden estuviera enfadado conmigo, pero no podría culparlo si lo estuviera.

Y, sin embargo, solo apretó un poco los labios y su expresión se suavizó.

—¿Estás mejor?

Dudé un momento, sorprendida, antes de asentir con la cabeza.

—Gracias por decirle a Lisa que hablara conmigo —murmuré torpemente.

No, no estaba acostumbrada a dar las gracias.

—Supuse que ella sabría qué hacer —me dijo, encogiéndose de hombros.

Pareció que los dos dudábamos a la vez sobre cuál sería el próximo movimiento, pero entonces él se puso en cuclillas, de forma que prácticamente teníamos la cabeza a la misma altura. Estaba algo sudado. Y guapísimo. Siempre estaba guapísimo, el capullo.

—Creo... —empecé, jugueteando con la cuerda más baja, nerviosa—. Ejem... creo que te debo una explicación de...

—No me debes nada, Amara.

Lo miré, confusa.

—¿No?

—No necesito saberlo si no quieres decírmelo.

Me quedé mirándolo, pasmada, y él bajó la mirada a mi abrigo antes de esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Quieres una excusa para empezar a golpearme?

—Pues... por mucho que te sorprenda, no quiero golpearte.

Sonrió, esta vez de forma mucho más abierta, y me ofreció una mano para ayudarme a subir al ring. Dudé visiblemente, pero al ver que solo tendría que tocar el guante, me animé y acepté la ayuda. Noté el otro guante rozándome la espalda cuando me ayudó a pasar por encima de la segunda cuerda.

En cuanto estuve de pie ahí, miré a mi alrededor con curiosidad. Nadie nos prestaba atención, y eso que esa plataforma era más alta de lo que parecía desde abajo.

Además, con cada paso que daba Aiden, podía notar el movimiento bajo mis propios pies. Era una sensación curiosa.

—Así que esta es tu perspectiva, ¿eh? —murmuré.

Él sonrió y empezó a quitarse los guantes.

—Quítate el abrigo —me dijo, señalándolo con la cabeza.

—Vaya, sí que vas al grano.

—Si lo dijera en ese sentido, te lo quitaría yo mismo.

Sacudí la cabeza, divertida, y me lo quité. Al dárselo, Aiden lo colgó de una de las cuerdas del ring y se giró hacia mí, lanzándome los dos guantes que él había llevado hasta ahora.

—¿Vas a dejarme golpear cosas? —pregunté, extrañamente entusiasmada con la perspectiva.

—A lo mejor incluso dejo que me golpees a mí.

119

Sonreí, divertida, y él se acercó para abrocharme los guantes. Todavía estaban cálidos, y traté de ignorar que su pecho estaba a apenas unos centímetros de mi cabeza.

Era curioso cómo mi cuerpo, el mismo que reaccionaría de una forma horrible si me tocaba, era el que me impulsaba a tocarlo continuamente.

—Te van gigantes —murmuró él, centrado en su tarea de ajustarme los guantes—, pero tendrán que valer. Las otras están en mi casa.

—Bueno, ¿qué tengo que golpear?

Aiden se agachó y se puso rápidamente las manoplas rojas que había llevado Rob unos minutos atrás.

—Esto —dijo, levantándolos a la altura de su pecho, un poco separados—.

Bueno, es sencillo. Se trata de golpear esto en lugar de golpearme a mí. Seguro que incluso tú lo consigues.

Le puse mala cara y empezó a reírse.

—¿Estás seguro de que es el mejor momento para provocarme? —amenacé, agitando los puños con los guantes.

—Sí, mejor me lo reservo para cuando no estemos en un ring.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Primero, colocarte bien —me señaló las piernas—. Pies separados a la altura de los hombros, adelanta un poco la pierna izquierda, la derecha más atrás, dobla un poco las rodillas...

Lo estaba diciendo tan rápido que tuve que hacerlo a toda velocidad, pero pareció quedar satisfecho con el resultado.

—Acerca las manos —me dijo, colocándomelas delante de la cara—. Encoge un poco más los hombros.

—¿Todo esto es necesario?

—La postura lo es todo —me aseguró con una sonrisita.

—¿Por qué todo lo que dices suena tan sexual?

—Porque es mi intención. Coloca las manos y deja de parlotear.

Hice lo que me decía, suspirando.

—Bueno —siguió, dando un paso atrás—, si quieres golpear con la izquierda, estira el brazo mientras giras ligeramente el cuerpo. Si quieres golpear con la derecha, tienes que girar completamente la cintura.

—¿Toooooo eso solo para un golpecito?

—Eso es la postura básica —sonrió—. Si quieres lanzar el golpe más básico, el jab, inclínate un poco hacia delante y mantén los codos apuntando al suelo.

Hice lo que me decía, muy centrada.

—Ahora estás apoyada en el pie derecho. Cuando quieras lanzar el golpe, tienes que cambiar el peso al izquierdo y mover el brazo izquierdo hacia el objetivo. Cuando des el golpe, rota el brazo para que tus dedos apunten al suelo.

Hice lo que me decía y me impulsé hacia el pie izquierdo, lanzando un golpe a una de sus manoplas con el brazo izquierdo. Lo devolví a su

posición rápidamente y lo miré, expectante.

—No está mal —me sonrió—. A lo mejor todavía podemos convertirte en una boxeadora profesional, pequeña Amara.

—¿Este golpe sirve para noquear a alguien?

120

—No —empezó a reírse—. Es un golpe muy suave y se bloquea muy fácilmente.

Se usa para mantener la distancia con tu oponente.

—¿Y si quisiera dar el mismo golpe que tú le diste al chico del otro día?

Él levantó las cejas al instante.

—¿Un uppercut? —sonrió, sorprendido—. Eres una caja de sorpresas, ¿eh?

—¿Te da miedo enseñármelo por si lo uso contra ti?

—Si lo hicieras bien, no me quejaría mucho.

Volvió a colocar las manoplas, pero esta vez subió un poco la derecha, casi a la altura de su barbilla.

—Bueno, este es más complicado —explicó—. No se lo lances a nadie a no ser que realmente te dé motivos para hacerlo, puedes hacerle mucho daño.

—¿Y por qué lo lanzaste tú?

Apretó un poco los labios.

—Porque me cabréé y no pensé en las consecuencias.

Decidí no indagar más y me coloqué otra vez en la posición básica que me había enseñado antes.



—No se trata de saltar, así que no eleves las caderas ni levantes los pies del suelo

—me advirtió—. Toda la fuerza que uses viene directamente de la rotación de la cadera.

Mueve la pierna derecha hacia delante y usa la fuerza de la pantorrilla para lanzar un puñetazo desde abajo hacia arriba, como si quisieras darme en la mandíbula. Gira los hombros y las caderas a la vez.

Hice lo que me decía y lancé el golpe a su manopla con mucha más fuerza de la que esperaba. Lo miré, sorprendida, y él sonrió.

—Ahora, si ese golpe te hubiera salido bien y yo no hubiera caído, podrías lanzarme un hook izquierdo, lo mismo con el otro brazo, pero dándome en la mejilla, y probablemente habrías ganado.

—¿Usas mucho esa combinación?

—Si quiero que el combate termine rápido, sí.

Sonreí un poco.

—Nunca creí que lanzar golpes pudiera ser tan complicado.

—Bueno, también podrías ponerte a patalear y lanzar golpes al aire, pero no sería muy profesional.

Empecé a reírme y él se quedó mirándome un momento.

—Solo te falta aprender a bloquear.

Solo tenía que ponerme las manos delante de la cara, tensando los codos, así que lo aprendí con facilidad, cosa que pareció satisfacerlo cuando volvió a levantar las manoplas.

—Venga, lánzame un jab —lo hice—. Otro —lo hice—. Derecha. Jab. Abajo.

Bloquea. Izquierda...

Y empezó a darme instrucciones a una velocidad que, en principio, pensé que no iba a ser capaz de seguir, pero de alguna forma lo conseguí. Y cuando me pidió un uppercut y un hook izquierdo —o como demonios se llamara eso—, lo hice mejor de lo que habría creído posible.

Sonreí ampliamente, ilusionada.

—¡No se me da tan mal como esperaba!

—Si tú lo dices...

Entrecerré los ojos.

—Ten cuidado o podría desviarme y lanzarte un golpe al estómago.

121

—Me darías más miedo si ahora mismo no te vieras tan sexy.

—Oh, no intentes distraerme. Ahora podría noquearte si quisiera. Me has dado las herramientas que necesitaba.

Casi al instante en que lo dije, al ver su expresión dejé la postura de boxeo y simplemente me quedé mirándolo, confusa.

—Espera, ¿me lo has enseñado por eso? ¿Para que sepa noquear a alguien?

Puso una mueca, encogiéndose de hombros.

—Digamos... que estaré más tranquilo si sé que sabes defenderte.

—¡Ya sabía defenderme!

—Pero ahora sabes unos trucos más, ¿no?

Me quité un mechón de pelo de delante de la cara con el guante y negué con la cabeza.

—¿Y esto es lo que haces varias horas al día?

—No —casi se echó a reír, dándome a entender lo alejada que estaba de la realidad—. Corro una hora cada mañana. Por la tarde, vengo aquí y me toca una hora más de ejercicios de fuerza y resistencia, especialmente de abdominales y flexiones.

Después, un rato de comba. Después, boxeo de sombra, punching, y manoplas —

levantó las que llevaba con una sonrisa— o sparring, depende del día. Y lo último del día suele ser el saco durante otra hora y estirar antes de ir a ducharme.

Hizo una pausa, tan tranquilo como si nada mientras yo lo miraba con la boca abierta, pasmada.

—Ah, y tengo que seguir una dieta bastante estricta —añadió—. No puedo comer comida rápida o ultraprocesada. Ni bebo alcohol. A no ser que sea muy de vez en cuando, claro. Y tengo que dormir ocho horas diarias.

—Cuando vienes a mi casa comes cualquier cosa —murmuré, perpleja.

—Bueno, pero eso mi entrenador no lo sabe —sonrió—. Ah, casi se me olvida lo más importante. Tampoco puedo tener sexo una semana antes de un combate.

Me removí, incómoda, planteándome a mí misma si realmente quería hacer la pregunta que tenía en la punta de la lengua.

—¿Por qué no? —no pude resistirme.

—¿Por qué no? —repitió, haciéndose el inocente.

—¿Por qué no puedes... tener sexo una semana antes de un combate?

Sonrió, divertido, mientras empezaba a ayudarme a quitarme los guantes.

—Si quieres te lo explico, pero voy a ser un poco gráfico.

—Lo soportaré —le aseguré, intentando centrarme a pesar de tenerlo tan cerca.

Casi podía sentir la calidez de su piel, y eso que nos separaban unos centímetros.

—Bueno, se supone que al eyacular liberas testosterona, que es la hormona del deseo sexual... y también de la agresividad. Muchos entrenadores creen que si la acumulas durante esa última semana, luego estás mucho más agresivo en el combate.

—¿Y los otros?

—Los otros, creen que es una tontería —Aiden se encogió de hombros—. Pero, en mi experiencia... peleo mejor cuando no tengo sexo una semana antes de los combates.

Me quitó los guantes por fin y los lanzó al rincón del ring donde estaban sus cosas, sonriéndome.

122

—Te he dicho muchas cosas y solo te has interesado por la del sexo, ¿debería preocuparme?

—¿E-eh...? No, también me interesa lo otro. Eh... yo... no sabía que ejercitaras tanto. Y cada día.

—Hay entrenamientos peores, créeme.

Y yo cansándome al correr veinte minutos seguidos...

—¿Cómo sobrevives? —pregunté sin poder evitarlo.

—La costumbre, supongo —sonrió—. Además, los sábados y domingos solo salgo a correr, nada más. A no ser que quiera hacer algo en casa.

—¿Tienes un gimnasio en tu casa?

—Pues claro —me dijo, como si fuera obvio.

Bajó del ring con agilidad y me ofreció una mano para ayudarme a hacer lo mismo. No entendía cómo demonios pasaba por las cuerdas con tanta rapidez, yo tenía que hacerlo a dos por hora.

Acepté su mano, intentando no pensar demasiado en ello, pero no pude ignorar la sacudida que dio la parte baja de mi estómago. Lo solté al instante en que pude, como si me quemara. Él se limitó a pasarlo por alto, meter las cosas en su bolsa y colgársela del hombro.

—Voy a ducharme —señaló los vestuarios con la cabeza—, pero hay una cafetería en esa sala de ahí. Pídete lo que quieras y diles que lo pongan en mi cuenta.

—Puedo pagarme mis cosas yo solita, Aiden.

—Para una vez que soy un caballero... —suspiró.

Sonreí y me dirigí a la puerta que me había dicho mientras él iba a los vestuarios.

Efectivamente, me encontré una sala pequeña con unas cuantas mesas ocupadas y una barra de desayuno bastante grande. En una de las mesas estaban Johnny y Mark, y parecían sumamente divertidos.

No lo entendí hasta que vi a Rob en la barra, gesticulando como un loco al pobre camarero. Estaba completamente rojo de la frustración, mientras el pobre chico lo miraba con los ojos muy abiertos, aterrado.

—¡Esto! —Rob estaba haciéndole señas de beber cuando me acerqué, y él solo lo miraba como si estuviera loco—. ¡Beber! ¿Entiendes?  
¡BEBEEEEER! ¡Cerveza!

¡Alcohol! ¡El líquido de la felicidad! ¡CERVEZA, NIÑO!

Ahugué una sonrisa cuando el camarero se giró, dudando, y señaló una botella de agua.

Casi pareció que a Rob le salía fuego de las orejas.

—¡No! ¡Agua, no! ¡ALCOHOL!

Si no intervienes, Rob terminará explotando.

Sí, mejor hacer algo.

—¿Qué pasa? —pregunté, acercándome a su lado.

—¿Por qué ponen a un camarero francés? —protestó, señalándolo como si fuera el culpable de todos sus problemas—. ¡No entiende nada!

—¿Quieres que le pida la cerveza por ti?

—No va a entenderte, Mara, ya lo he int...

Me giré hacia el camarero.

—Tu peux mettre una bière a mòn ami? Il est un peu nerveux.

123

La mirada del camarero se iluminó cuando escuchó que alguien hablaba en su idioma.

—Il me crie dessus depuis une demi-heure!

—Désolé, il a eu une mauvaise journée. Je peux avoir un café?

Rob nos miraba con una mueca de estupefacción cuando el camarero suspiró y asintió con la cabeza. La mirada del pobre Rob se iluminó cuando vio que nos dejaba mi café y su cerveza delante.

—¿Cómo sabes hablar francés tan bien? —preguntó, sorprendido.

—Mi madre es francesa.

—Ooooh —miró al camarero con una sonrisa—. ¡Grazie, grazie!

—Ejem... eso es italiano.

—Bueno, pero me ha entendido, ¿no? ¡GRAZIE!

Fuimos a la mesa de Jonny y Mark, que seguían riéndose a carcajadas del pobre Rob, que enrojeció de vergüenza y rabia. Yo le di un sorbito a mi café, esperando que terminaran de pelearse.

Al final, pareció que a Rob se le pasaba un poco el enfado momentáneo al girarse hacia mí.

—Bueno, ¿qué tal con Aiden? ¿Estaba de mal humor?

—¿De mal humor? —repetí, incrédula—. La verdad es que no. Nunca lo he visto de mal humor.

La única vez que había conseguido irritarlo había sido el día del callejón, y ni siquiera entonces le había durado más de dos minutos.

Mark y Rob intercambiaron una mirada.

—Pues debes ser la única —comentó Mark al final, divertido.

Lo miré, confusa.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, es lógico que a ella no le hable como a nosotros —le dijo Rob a Mark—

. Nosotros le importamos una mierda.

Mark empezó a reírse como si le diera la razón. Yo seguía sin entender nada.

Miré a Johnny en busca de ayuda, pero él solo parecía divertido.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté al final.

—Ayer tuvisteis una pelea —Mark me miró—, ¿no?

Mas bien discutí yo sola y lo eché de mi casa, pero sí.

—Más o menos... ¿por qué?

—Porque era obvio.

—¿Era... obvio?

—Aiden pelea mejor cuando está enfadado —aclaró Rob, divertido—. Se nota incluso en el entrenamiento. Podríais pelearos antes de todos los combates.

Llegaríamos a la final en dos días.

—Sí —sonrió Mark—. ¿Te acuerdas de cómo estaba cuando pasó lo de April?

—Y justo coincidió con lo de las semifinales —Rob asintió—. Casi nos descalificaron cuando noqueó a ese pobre chico a los diez segundos.

—Pero valió la pena. Fuimos directamente a la final.

Ellos seguían hablando y yo solo podía mirarles, confusa. Johnny se debió dar cuenta de que yo no haría la pregunta, así que la hizo él.

—¿Quién es April?

124

Mark nos miró a los dos, especialmente a mí, como si le sorprendiera que no lo supiera.

—Era su pareja —dijo, encogiéndose de hombros—. Estuvieron juntos varios años. Unos... cuatro, creo. Aiden lo pasó bastante mal cuando se pelearon.

—¿Qué pasó? —preguntó Johnny, muy interesado en el cotilleo.



Yo, por mi parte, no sabía cómo sentirme. No me gustaba mucho que habláramos de eso sin Aiden delante.

—Ni idea —Mark se encogió de hombros—. Solo sé que un día estaban bien y, al siguiente, no se dirigían la palabra.

—Fue mejor así —intervino Rob—. No me gustaba esa chica. Siempre lo estaba distrayendo por cualquier tontería. ¿A cuántos combates no asistió Aiden por su culpa?

Mark asintió, dándole la razón. Yo fruncí un poco el ceño, mirando mi taza de café con incomodidad.

—Se ha centrado más este año —añadió Rob—. Por fin me hace un poco de caso con lo de las horas de entrenamiento. Y las dietas. Y la abstinencia sexual.

Sentí que con eso último me miraba con un poquito más de hincapié a mí, como si fuera una advertencia, y noté que se me encendían las mejillas.

—Bueno —intervine—, igual no deberíamos hablar de todo esto sin él, ¿no?

—Ni con él —intervino Johnny, divertido—. No creo que el tema de conversación favorito del pobre chico sea su exnovia, la verdad.

—¿De qué habláis?

Di un respingo cuando noté que la silla que tenía al lado se deslizaba y Aiden se dejaba caer en ella, mirándonos con curiosidad. Mark le puso mala cara cuando le robó comida del plato, pero no le dijo nada.

—¿Y bien? —preguntó Aiden al ver que nadie decía nada.

—De que hay un nuevo camarero —improvisé—. Rob casi lo ha asesinado.

—¡Porque no me entendía! —protestó Rob, poniéndose rojo de nuevo.

—Es que es francés —aclaró Mark.

—Bueno, aunque le hablara en su idioma tampoco lo entendería —intervino Johnny.

Menos mal que colaboraron todos, porque dudo que Aiden se hubiera creído la mentira si hubiera venido solo de mí.

Mientras discutían entre ellos sobre si Rob era más capaz de hablar un idioma o no, bajé la mirada hacia mi móvil, que estaba vibrando. Era Lisa. Me había estado mandando mensajes durante media hora y los había ignorado todos. Ups.

Lisa: Oye, Holt y yo vamos a tomar algo, ¿te vienes y así te animamos? :D

Diez minutos más tarde, me envió otro.

Lisa: No finjas que no ves el mensaje para no tener que venir, que te conozco.

No leí los otros, solo puse una mueca.

—¿Qué? —preguntó Aiden al verme la cara.

—Tu hermana quiere que vaya a alcoholizarme con ella y su novio.

—Suenas entusiasmada.

—No lo estoy. Cuando estoy sola con ellos dos y beben alcohol, se ponen muy cariñosos —puse mala cara—. Y se olvidan de que el resto de la humanidad existe, yo incluida.

—Podría ir contigo —sugirió con media sonrisita.

125

Por algún extraño e inexplicable motivo, me pareció una buena idea.

Así que dejamos a Rob, Mark y Johnny en la cafetería discutiendo entre ellos mientras yo salía del gimnasio con Aiden. El bar no estaba muy lejos,

así que en menos de diez minutos crucé el umbral de la puerta y vi a Lisa y Holt sentados en una de las mesas más cercanas, hablando entre ellos.

Lisa abrió mucho los ojos cuando vio que Aiden iba conmigo, y trató de ocultar una gran sonrisa alegre, pero no lo consiguió.

El pobre Holt, en cambio, pareció encogerse un poco.

—¡Aiden! —chilló Lisa—. No sabía que tú también venías.

—Es que ya estábamos juntos —fue toda su explicación.

Por el tono que usó para decirlo, Lisa me dedicó una sonrisita entusiasmada que hizo que pusiera una mueca.

Como de costumbre, Aiden y yo pedimos agua y ellos dos cervezas. Holt tomaba la suya con precaución, dudando entre si participar en la conversación o no.

Y Aiden no mejoró mucho sus nervios cuando lo miró con una ceja enarcada.

—¿Y tú qué haces con tu vida? Si es que haces algo.

Le di con la rodilla por debajo de la mesa, pero fingió que no se daba cuenta.

—Está estudiando Tecnología de sistemas —le dijo Lisa, muy orgullosa, poniendo una mano encima del brazo de Holt.

—¿Y no sabe decírmelo él?

Holt enrojeció. Pobrecito.

—Oye, Holt —intervine, intentando hacer la situación menos incómoda—,

¿podrías venir algún día a arreglarme el portátil? Se me ha estropeado otra vez.

—Oh, claro —me dijo, más relajado por hablar conmigo y no con don sonrisitas—

. Mañana me paso.

Aiden nos miraba con los ojos entrecerrados.

—Me dijiste que no tienes portátil —me dijo en tono acusatorio.

—Sí tengo, pero casi nunca lo uso. Y lo echo de menos.

—Patty se pondrá celosa.

—Tú ya estás celoso por ella.

Holt empezó a reírse, pero se cortó en seco cuando Aiden lo miró con mala cara y dio un rápido sorbo a su cerveza, enrojeciendo.

—¡Deja de mirarlo así! —protestó Lisa, lanzándole una servilleta a la cabeza.

—¡No lo miro de ninguna forma!

Oh, no, ya iban a empezar a discutir.

Mientras Holt se evadía de la realidad fingiendo que no existía, yo miré a mi alrededor con curiosidad. Mi mirada fue irremediabilmente a la barra, donde vi enseguida a Drew, mi exnovio, charlando con unos amigos.

Uf... por favor, que no me viera.

No había hablado con él desde el incidente del gimnasio, y no quería que eso se repitiera, especialmente delante de mis amigos. Agaché la cabeza enseguida, con la esperanza de que no se girara hacia aquí.

Y me acordé de que Aiden estaba sentado a mi lado cuando chocó su rodilla con la mía, divertido.

—¿Qué pasa? Parece que has visto un fantasma.

—Eh... no me encuentro bien, ¿podemos irnos?

126

Él dejó de sonreír al instante, sorprendido, y asintió con la cabeza.

Pero no sirvió de nada, porque incluso sin levantar la cabeza, ya supe que Drew me había visto y se había acercado a nosotros.

—¡Mara! —exclamó con una alegría que me pilló desprevenida.

Aiden miró por encima de mi cabeza, enarcando una ceja, y yo me obligué a girarme también.

—Hola, Drew —murmuré, tratando de parecer lo más serena posible.

Lisa y Holt parecían tan confusos como Aiden. Supongo que los tres podían notar la incomodidad del momento. O, al menos, la mía. Porque Drew estaba extrañamente simpático.

—¿No vas a presentarme? —preguntó Drew directamente.

Estuve a punto de negarme, pero supuse que eso solo incrementaría las ganas de preguntar de Lisa, así que señalé a mi alrededor.

—Lisa, Holt y Aiden. Él es Drew, mi... eh... un antiguo compañero de instituto.

—Y su exnovio —añadió él.

Hubo un momento de silencio incómodo en el que intenté pensar en algo que decir que pudiera librarme de seguir con esa estúpida conversación. No se me ocurrió nada. Y Drew se adelantó.

—No has vuelto por el gimnasio.

—Prefiero salir a correr —le dije, esta vez un poco menos simpática. Quería que se fuera ya.

—Un gimnasio es mucho mejor.

—Tranquilo —intervino Aiden, mirándolo—, puede venir al mío siempre que quiera.

Lisa parecía entusiasmada con la situación, mientras que Holt solo nos miraba como si intentara adivinar quién estaba enfadado con quién.

—Bueno —intervine, poniéndome de pie y notando que Aiden hacía lo mismo a mi lado—, nosotros ya nos íbamos, Drew. Un placer volver a verte... y todo eso. Ad...

—Oye, ¿te han invitado a la reunión? —me interrumpió.

Me quedé mirándolo un momento.

—¿Qué reunión?

—Quieren hacer una reunión de antiguos alumnos de nuestro instituto. Creo que la organiza Abigail, ¿te acuerdas de ella?

—No creo que vaya —le aseguré.

—Pero si se hace en la ciudad. Casi todos han venido para asistir.

—No iré, Drew.

—¿En serio? Creo que James estará ahí.

Iba a apartarme de él, pero mi mano se quedó congelada a punto de agarrar mi abrigo.

No sé de dónde saqué fuerzas para hablar, porque mi cuerpo entero se había quedado pausado por un momento.

—¿Él... está por aquí? —pregunté sin poder evitarlo.

—Sí —Drew enarcó una ceja, ya no parecía tan simpático—. Supuse que te gustaría saberlo. Nos vemos, Mara.

Ni siquiera esperó una respuesta, solo se alejó con las manos en los bolsillos y me dejó ahí, congelada en mi lugar, tratando de recuperar la respiración.

127

Durante un instante, tuve la sensación de que el zumbido de mis oídos iba a empezar, pero tome una bocanada de aire, intentando calmarme, y me giré hacia Aiden como si nada.

—¿Nos vamos?

Estoy segura de que él notó que algo iba mal durante el camino de vuelta, pero no dijo nada al respecto. Yo, por mi parte, traté de tranquilizarme de todas las formas posibles, pero de alguna forma era como si mi cerebro no hubiera terminado de asumir lo que el idiota de Drew me había dicho.

¿Estaba aquí? ¿En la misma ciudad que yo? ¿Tan... cerca? Me froté las manos de forma casi compulsiva, intentando hacer que dejaran de temblar.

Para cuando Aiden aparcó el coche delante de mi casa, yo era un manojo de nervios estúpidos.

Y, cuando me ponía nerviosa, muchas veces soltaba cosas sin pensar. Esperaba que no me pasara con Aiden.

Por suerte, fue él quien rompió el silencio.

—Así que ese era tu exnovio...

—Sí —murmuré.

—¿Puedo preguntar qué viste exactamente en él?

Sonreí ligeramente.

—Ha cambiado mucho. Antes era bastante más dulce.

—¿Dulce? Nunca te habría tomado por alguien a quien le gustan los chicos dulces.

—Y no me gustan, últimamente prefiero a los capullos engreídos.

Él me dedicó una sonrisita radiante, casi como si acabara de ganar un premio.

—Eso me alegra más de lo que debería.

—Aiden... —me puse seria antes de que la conversación siguiera—. Tenemos que hablar

Él se echó ligeramente hacia atrás.

—Oh, no. ¿Qué he hecho?

—¡Nada! —le aseguré enseguida—. Es que... lo que pasó ayer, en mi habitación...

Esa vez, cualquier signo de diversión desapareció de sus ojos.

—No necesito que me lo digas.

—Pero quiero decírtelo —insistí—. Yo... bueno... no sé qué clase de extraña relación hay entre nosotros, pero está claro que no es precisamente una amistad... así que... yo...

Mierda, ¿por qué era tan complicado?

—No soy capaz de ir más lejos de lo que fuimos ese día en el callejón —solté de golpe—. No puedo hacerlo. Me da... pánico solo pensarlo. Y... bueno, creo que deberías saberlo... por si... ya sabes... por si quieres buscar a alguien que te convenga más que yo.

Eso último hizo que cambiara su expresión centrada a una casi divertida.

—¿Alguien que me convenga más que tú? —repitió, perplejo y divertido a la vez.



—Alguien que sí pueda hacerlo.

—Amara... no todo en la vida es el sexo.

—Pues tú te pasas el día bromeando con eso.

—Sí, y son eso, bromas. Y pienso seguir haciéndolas —enarcó una ceja—. Pero eso no quiere decir que vaya a intentar lanzarme sobre ti cada vez que estemos a solas.

128

—No estaba insinuando que fueras a hacerlo, yo... busca a alguien que te convenga más que yo, Aiden, es lo mejor.

—¿Y si dejas que sea yo quien decide qué me conviene y qué no?

Hizo una pausa, suspirando.

—Mira, no voy a negar que tengo ganas de tocarte, y de besarte, y de otras mil guarradas que prefiero no decir en voz alta para seguir siendo un caballero —hizo una pausa, tan tranquilo—, pero eso no quiere decir que no sea capaz de esperar. Y de ir despacio. Me gusta estar contigo. De hecho, me encanta. Y ni siquiera sé por qué. Pero sí sé que da igual a la velocidad que sea, Amara. Si quieres ir despacio, lo haré encantado.

Me quedé mirándolo, pasmada, incapaz de decir nada. Él sonrió.

—¿Qué? ¿Te creías que iba a decirte que me alejaría de ti?

—Honestamente... sí.

—Ya. Pues eso no va a pasar. A no ser que me mandes a la mierda, claro. ¿Tienes pensado mandarme a la mierda?

Sonreí ligeramente.

—No.

—Genial, pues ya lo hemos aclarado todo. Ahora, baja de mi coche antes de que empiece a querer practicar esas guarradas contigo.

—Eres un perverso —lo acusé, sonriendo.

—Es culpa tuya, antes de conocerte no lo era.

—No me lo creo.

Sonrió y señaló la puerta.

—Me están entrando ganas de besarte. Vete ya o quédate y afronta las consecuencias.

—Vale —sonreí, abriendo la puerta—. Buenas noches, capullo.

—Buenas noches, antipática.

129

7

Johnny entrecerró los ojos, asomándose conmigo por encima de la barra.

—¿Cuánto te apuestas a que lo manda a la mierda?

Observé con más atención a la pobre clienta a la que Alan, el nuevo, intentaba coquetearle.

Básicamente, su mejor estrategia era hablar de su exmujer, de lo mucho que la echaba de menos y de las pocas ganas que tenía de vivir.

No, no era una gran estrategia.

—No pienso apostar algo contra una cosa obvia —murmuré, divertida.

—Vaya, yo que quería obligarte a limpiar los platos por mí.

—A eso lo llamo yo explotación infantil.

—¿Infantil? La última vez que lo miré, tenías veinte años.

—¿Y qué? Son la mitad que los tuyos. Es explotación infantil.

Los dos nos quedamos callados cuando la clienta dijo algo, puso mala cara, recogió su bolso y se marchó sin siquiera dejar propina. Alan la observó marcharse con los brazos en jarras antes de suspirar y empezar a limpiar la mesa con cara de asco.

—Menos mal que no he apostado nada —murmuré.

Era divertido hacer esas cosas con Johnny, hacía que las horas de trabajo se hicieran más amenas. Y también Lisa, con quien recorrí la mitad del camino hacia casa antes de que ella se desviara para volver a la residencia.

Al llegar a casa, Zaida estaba metiéndose mano en el sofá con su nuevo novio.

Últimamente, tenía tantos que ni siquiera me molestaba en aprenderme sus nombres.

O su caras.

Solo eran señores que gemían demasiado alto contra la pared de mi habitación y que me provocaban instintos asesinos bastante preocupantes.

Por suerte, Holt llegó antes de lo previsto y pude encerrarme en mi habitación con él para que pudiera mirarme el portátil. Puso una mueca al revisarlo.

—¿Qué le has hecho a la pobre maquinita?

—Puede... ejem... que se me cayera un vaso de agua encima.

—¿Y...? —me miró, enarcando una ceja.

130

—Puede... ejem... que también se me cayera al suelo. Y lo pisara sin querer.

—Madre mía, Mara. Nunca tengas seres vivos a tu cuidado.

—Oye, ¿te recuerdo quién es que se ha tropezado en la entrada de mi casa y casi se ha roto un diente contra mi suelo?

Holt enrojeció.

—¿Quieres que te arregle el portátil o no?

—Vale, me callo.

Holt suspiró y empezó a hacer su trabajo mientras yo me cruzaba de piernas en mi silla giratoria y lo miraba de reojo, curiosa. Menos mal que no había intentado arreglar yo el portátil, con mis desastrosas habilidades probablemente habría explotado.

—¿Ya has hecho los exámenes finales? —pregunté con curiosidad, cuando llevábamos un rato en silencio.

—No, nosotros los hacemos más tarde que los demás —murmuró, centrado en su tarea—. Los empiezo en dos semanas.

—Lisa va a amargarse mucho cuando no pueda estar pegada a ti todo el día —

bromeé.

Él me dedicó una mirada extraña por encima del hombro antes de volver a centrarse.

—Seguro —intentó seguir la broma.

Pero yo no iba a pasarlo por alto.

—¿Me estás ocultando algo, Holt?

—¿Qué? Claro que no.

—Bien, porque si le has hecho algo malo a mi mejor amiga, te cortaré esas bonitas bolitas que tienes en los pantalones y luego las pisaré. Lo sabes, ¿no?

—¿No se supone que yo también soy tu mejor amigo?

—Responde. Lisa tiene preferencia.

Él suspiró y dejó el portátil por un momento, mirándome con expresión tensa.

—Solo te lo diré si me prometes no contárselo a nadie.

Uh, la cosa se ponía interesante.

—¿Qué has hecho? —pregunté directamente.

—Nada... todavía.

—¿Todavía?

—Quiero pedirle matrimonio a Lisa.

Me apoyé tan bruscamente en el respaldo de la silla que conseguí volcarla y caerme al suelo con un golpe tan ridículo como sonoro que hizo que el culo empezara a dolerme.

—¡Aaaaay! —protesté, frotándome el culo.

Zaida, por su parte, golpeó la puerta de mi habitación.

—¡Follad en silencio, pesados!

¿Y me lo decía precisamente ella? Oh, iba a matar a alguien.

—¡No pensé que fueras a tomártelo tan mal! —chilló Holt, acercándose a mí.

—¡Bueno, supongo que tampoco te esperabas que no me sorprendiera!

Me aparté algo más bruscamente de lo que pretendía cuando él fue a agarrarme el brazo para ayudarme, pero Holt fue lo suficientemente bueno como para no mencionarlo.

—¿Estás bien? —preguntó cuando me puse de pie.

131

—¡No! Pero... ¿qué te pasa? ¡Solo tienes veinte años!

—¡Veinte y medio!

—Holt, sois dos críos.

—Dos críos que llevan juntos dos años.

—Dos años no son nada —torcí el gesto, sentándome en la cama, que parecía una superficie más segura que la dichosa silla—. ¿Has hablado con Lisa sobre esto?

—Obviamente no, la cosa es que sea una sorpresa.

—Lisa vomita cuando se pone nerviosa, igual te vendría bien recordarlo.

—Bueno, espero que no me vomite en el anillo.

—Espera, ¿ya tienes el anillo?

Holt sonrió y rebuscó en su bolsillo, lanzándome una cajita de terciopelo negro.

La abrí con una ceja enarcada y no pude evitar abrir mucho los ojos cuando vi el brillante anillo que había dentro.

—Pero... ¡Holt, esto te habrá costado una fortuna!

—¿Y qué? Nunca me gasto el dinero en nada. Prefiero gastármelo en Lisa que en otra cosa.

Seguía sintiéndome un poco insegura al respecto. Conocía a Lisa, y sabía que al instante le entusiasmaría la idea, pero, a la larga...

Es decir, yo apreciaba mucho a Holt. Habíamos sido muy amigos durante esos dos años y era un buen chico. Pero... sabía cómo era su personalidad. Y no es que fuera precisamente lo más extrovertido del mundo. Además, muchas veces tendía a ser un poco infantil. A mí no me importaba que un amigo fuera así, pero Lisa no podía soportarlo. Y ya habían tenido muchas discusiones por ello.

Así que una boda... ¿era realmente lo más apropiado? Volví a cerrar la cajita del anillo y se la devolví a Holt. No sabía qué decirle.

—¿Cuándo tienes pensado hacerlo?

—En menos de un mes es nuestro aniversario. Parece un buen día.

—Holt, ¿estás seguro...?

—Completamente.

Suspiré, encogiéndome de hombros y esbozando una pequeña sonrisa.

—En ese caso... espero que Lisa y tú seáis muy felices. ¿Tu familia ya lo sabe?

—Por ahora, solo lo sabes tú.

—¿En serio? Pensé que serías más clásico y se lo pedirías a los padres de Lisa.

—En realidad... verás... je, je...

Oh, no. Ese sonidito final no auguraba nada bueno. Al menos, para mí.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté, entrecerrando los ojos.

—Bueno... cuando se lo pida a Lisa, si ella me dice que sí... alguien tendrá que decírselo a su hermano mayor, ¿no?

Me contuve para no esbozar una sonrisa al ver su cara de espanto. Pobre Holt.

—¿Y no se te ha ocurrido la posibilidad de que sea Lisa quien se lo diga?  
¿O

hacerlo tú mismo?

—¿Para qué? ¿Para arriesgarme a que un boxeador enfadado venga a cortarme estas bolitas tan bonitas que tengo en los pantalones y luego las pise? No, gracias.

—Holt...

—Vosotros dos os lleváis bien —puso una mueca—. Lisa dice que tenéis una relación... un poco rara, pero una relación.

132

Gracias por tanto, Lisa.

—No tenemos ninguna relación.

—Bueno, como quieras, pero os lleváis bien, ¿no? He visto las miraditas que os echáis el uno al otro. Sobre todo las que te echa él. No transmiten precisamente amistad,

¿sabes?



—Holt, no voy a encargarme de lo que se supone que es vuestra responsabilidad

—enarqué una ceja.

Él suspiró, abatido.

—Muy bien, pues llegaré estéril a mi propia boda.

Cambiamos de tema de conversación en cuanto se puso a arreglar mi portátil de nuevo y no pude evitar preguntarme si quizá debería aceptar lo que me decía y decírselo yo misma a ese capullo engreído.

Después de todo, tenía la ligera sospecha de que Aiden se lo tomaría mucho mejor conmigo que con él.

Esa noche, me dio por mirar una película en mi recién arreglado portátil. Y me encontré a mí misma buscando películas de boxeadores.

¿Qué demonios me pasaba últimamente?

Intenté convencerme a mí misma de que me daba igual y no quería hablar con él, pero solo llevaba veinte minutos de película cuando me rendí a la obiedad y me estiré para alcanzar el móvil.

Mara: ¿A que no adivinas qué estoy haciendo?

Casi esperaba que no respondiera en un rato, pero lo hizo a los pocos segundos.

Capullo engreído: Algo sexualmente interesante, espero.

Mara: No, perverso.

Capullo engreído: Pues qué aburrimiento.

Mara: ¿Te lo digo o no?

Capullo engreído: Si quieres... pero lo otro sería más interesante.

Mara: Estoy viendo una película de boxeadores.

Capullo engreído: Vaya, vaya. Me pregunto a qué vendrá ese repentino interés por boxeadores. ¿Qué película es?

Mara: Million dollar baby.

Capullo engreído: ¿Quieres que vaya a tu casa y la miremos juntitos?

Mara: Ya es tarde, Aiden.

Capullo engreído: Perfecto, así puedes invitarme a dormir.

Mara: No.

Capullo engreído: □

Mara: ¡No empieces con las caritas tristes!

Capullo engreído: Voy a por las llaves ;)

Mara: ¡He dicho que no! ¡Déjame ver la película tranquila!

Capullo engreído: ¿Acaso insinuas que te altero?

Mara: Si todavía no te has dado cuenta de eso, estás ciego.

Esa vez, el mensaje de respuesta tardó unos segundos en llegar.

Los suficientes como para darme cuenta de que estaba sonriendo como una idiota a mi móvil y tenía que parar. Me reñí a mí misma mentalmente.

Capullo engreído: Vale, esta noche te libras de mí, pero mañana iré a cenar.

133

Mara: ¿Has considerado la posibilidad de que no quieras que vengas?

Capullo engreído: No. Hasta mañana ;)

Me quedé mirando la pantalla un momento antes de soltar un ruidito de frustración y dejar el móvil a un lado.

Me giré hacia la doctora Jenkins cuando noté que se quedaba un momento en silencio, observándome.

—¿Qué pasa? —pregunté, confusa.

—Bueno, acabas de contarme que tuviste un pequeño ataque de pánico delante de Aiden, perspectiva que te aterraba hace unas semanas... y no te noto muy intranquila.

Era cierto, no me había dado cuenta.

—Es que... se lo tomó mejor de lo que esperaba.

—¿A qué te refieres?

—No me hizo preguntas. Ni siquiera... no lo sé... ni siquiera insistió en que hablara del tema. Solo me preguntó si estaba bien.

La doctora Jenkins se ajustó las gafas con una sonrisa de aprobación.

—Me gusta ese chico para ti —murmuró—. Y finge que no has oído eso, no ha sido muy profesional. Aunque ha sido sincero.

—Vale —le dije, riendo.

Ese día me sentí mucho más cómoda con ella en la consulta que cualquier otro.

Aiden llegó tan puntual como de costumbre, y admito que fui a abrirle la puerta un poco más entusiasmada de lo que me gustaría admitir. Él me sonrió al ver mi pijama viejo y pareció que iba a decir algo, pero el sonido de frustración que salió de Zaida, que cruzaba el pasillo, lo interrumpió.

—¿Otra vez con chicos por aquí? —protestó, mirándome—. Ya tuve suficiente con los ruidos que hiciste en tu habitación con el de ayer.

Oh, oh.

Me giré hacia Aiden con una expresión que solo podría definirse como de espanto. Él me miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Seré muy controlador si pregunto sobre ello?

—Era Holt. Vino a arreglarme el portátil.

—Oh, era Holtito —puso los ojos en blanco—. Siempre me mira como si esperara que fuera a arrancarle un brazo.

Cenamos hamburguesas que le había pedido a Johnny y me pregunté por enésima vez si Rob se enfadaría mucho si se enteraba de que Aiden se estaba saltando la dieta por mi culpa. Igual me condenaba a ser el saco de boxeo de alguien como castigo o algo así.

Tuvimos que abandonar el salón cuando aparecieron dos amigas de Zaida que miraron un poco más de lo que me gustaría a Aiden, pero justo cuando iba a proponerle que fuéramos a mi habitación, me dedicó una sonrisa de disculpa y me dijo que al día siguiente tenía que madrugar.

No pude evitar una mueca cuando la puerta se cerró tras él.

Percibo cierta... decepción.

Cállate, estoy perfectamente.

134

—Alguien se ha quedado sin su polvo nocturno —canturreó Zaida, divertida, haciendo que sus amigas se rieran a carcajadas.

Le dirigí una mirada agria.

—Fúmate un porro y cállate un rato.

Zaida dejó de reírse para fruncirme el ceño.

Las dos sabíamos a lo que venían esas chicas —y todos los demás— a nuestra casa. Y cómo pagaba el alquiler de la habitación. Había tenido un novio que vendía marihuana y, desde que habían roto, habían quedado como amigos y Zaida distribuía parte de su material. Al parecer, estaba bien, porque no dejaba de venir gente a “cenar”

que se iba con aire muy contento.

Yo no quería ni oír hablar de drogas o alcohol. Especialmente marihuana. La última vez que la había tomado, había terminado siendo la peor noche de mi vida. No estaba dispuesta a perder el control de esa forma otra vez.

Sin embargo, sí había bebido alcohol durante esos años. Tuve una temporada de beber muy compulsivamente. Concretamente fue la temporada que pasé con mi madre, que no me controlaba ni la mitad de lo que lo hacían Grace o mi padre. Además, su novio siempre me daba dinero para ir a comprar comida y nunca se acordaba de pedirme el cambio, así que continuamente podía comprarme botellas nuevas.

Todo eso terminó cuando cumplí los dieciocho y me metí en la universidad. Me prometí a mí misma que no volvería a beber, y menos de esa forma tan descontrolada.

Y ahora ya no estaba en la universidad, pero había cumplido en lo de no beber.

En cuanto estuve encerrada en mi habitación, escuché que esas tres idiotas volvían a reírse. Solté una palabrota y me metí en la cama, frustrada, tapándome la cabeza con una almohada.

Esa mañana fui a correr yo sola, todo un paso hacia la libertad —porque normalmente no me atrevía a salir muy lejos de casa yo sola, sin nadie de confianza—

. Me puse música y desconecté del mundo mientras intentaba que mis piernas aguantaran un poco más. Sonreí, orgullosa de mí misma, cuando logré cruzar el parque entero y volver a casa sin parar a descansar más de dos veces.

Había visto a Russell, el tipo que había conocido con Lisa y con el que había hablado en el combate, corriendo por el lado opuesto del pequeño lago del parque, pero me había apresurado a meterme entre la gente para que no me reconociera. No me apetecía hablar con él, no sé por qué.

Como era sábado, no tenía que trabajar por la tarde, así que tuve la genial idea de ponerme a escribir... pero no sirvió de nada. Estaba tan bloqueada que ni siquiera podía escribir frases sin sentido para recuperar la inspiración. Solté un suspiro de frustración.

Menos mal que vino mi inspiración particular a verme con una gran sonrisa.

Aiden apareció en la puerta cinco minutos después de que le mandara un mensaje preguntándole si le apetecía hacer algo.

No sé qué demonios me impulsó a mandárselo, pero cuando abrí y vi que traía pastelitos de chocolate, no me arrepentí en absoluto.

En ese momento, estábamos los dos en mi habitación. Él estaba tumbado tranquilamente en mi cama, con la nuca apoyada en un brazo, leyendo las hojas que le había dado... mientras yo devoraba sin piedad los pastelitos de chocolate.

135

—¿Estás seguro de que no quieres probarlos? —pregunté por enésima vez—. Si no te das prisa, me los voy a terminar.

—No puedo comer eso —me aseguró, divertido, aunque no despegó los ojos del papel.

—Yo tampoco debería —murmuré, pero seguí comiendo como si nada—. Es decir, como empiece a acostumbrarme a comer chocolate compulsivamente, voy a tener que comprarme pantalones más grandes.

—Si haces ejercicio puedes comer lo que quieras sin cambiar de pantalones.

—Ya hago ejercicio. ¡Hoy he ido a correr media hora!

Incluso yo me di cuenta de lo ridículo que había sonado decirle eso a un boxeador que entrenaba varias horas diarias.

De todos modos, Aiden se limitó a sonreír un poco y tuvo la decencia de no burlarse de mí.

—Podrías ir al mismo gimnasio que yo.

—Yo no soy boxeadora.

—¿Y qué? También hay máquinas normales. Seguro que Rob te dejaría entrar.

Es el dueño.

Durante un breve instante, la perspectiva me pareció maravillosa, pero entonces...

¿Y si algún día Aiden y yo discutíamos? Seguro que en algún momento se hartaría de mi actitud de mierda y no querría hablarme nunca más. No sería muy agradable ir por ahí y generar ese ambiente de incomodidad, y no quería molestar a Rob para nada.

Hoy estás un poco pesimista, ¿no?

Pues como siempre.

—Gracias por la oferta, pero tampoco hago tanto ejercicio como para ir a un gimnasio —murmuré, mirándolo de reojo—. ¿Ya has terminado?

—Me faltan unos párrafos —murmuró.

Esperé —impacientemente— a que terminara de leer. Era casi fascinante ver cómo sus ojos dorados paseaban rápidamente por las líneas hasta llegar al final. Una pequeña sonrisa había ido formándose en sus labios a medida que llegaba a él, y junto a la comisura de la boca, como siempre que sonreía así, le aparecía una pequeña arruguita adorable.

Dios, Aiden era guapísimo.

Pero no rollo “oh, qué guapo es este tipo”, no. Era más... que no podía dejar de mirarlo. En serio. Era como si mis ojos fueran hacia él cada vez que me despistaba un poco.

¿Eso pasaba siempre que encontrabas a alguien atractivo?

Eso pasa siempre que te gusta alguien de verdad.

Me tensé por el rumbo que estaba tomando eso, pero me obligué a mí misma a relajarme cuando Aiden bajó la hoja y me miró con esa pequeña sonrisa.

—¿Y bien? —pregunté, impaciente.

—¿Tantas ganas tienes de saber mi opinión?

—Aiden, eres la primera persona que se ha leído mi libro. O las pocas páginas que tiene, al menos. ¿No te parece que debería tener ganas?

Él sonrió ampliamente.

136

—¿Soy el primero? Me encanta.

—¡Dime ya si te ha gustado!

Debió ver que estaba perdiendo la mínima paciencia que tenía, porque suspiró y se encogió de hombros.

—Bueno, la protagonista es pelirroja, tiene una madre francesa, mala leche, se llama Jeanette pero quiere que la llamen Jean... es decir... ¿no podías disimular un poco que está basada en ti?

—¿Tan evidente es? —puse una mueca.

—No sé. ¿Tiene las mismas tetas que tú? —revisó las hojas—. Porque eso sí que es inconfundible. E importante. Y no lo he visto mencionado en ningún lado.



A pesar de que vio de reojo que le lanzaba un cojín a la cara, lo ignoró completamente y siguió con su discursito como si no hubiera pasado.

—Tengo que admitir que la protagonista me ha gustado, y puede que tenga algo que ver con lo que acabo de decir —me dedicó una sonrisita—, pero los demás personajes no están mal. Los dos amigos son simpáticos, pero no se llevan todo el foco de atención, cosa que está bien. Y opinaría del protagonista, pero te detuviste justo en el momento en que se encuentra con la chica y no tiene descripción.

Jamás lo admitiré, pero el día anterior me encontré a mí misma escribiendo sus rasgos... bueno, de una forma muy clara. Como si fuera Aiden. El mismo pelo castaño, ojos dorados, mandíbula marcada...

Lo borré enseguida, claro. Qué vergüenza.

—¿Y lo demás? —pregunté.

—El ritmo está bien. No aburre. Y narras de una forma muy natural. Los diálogos parecen reales. Me gusta. Me gusta mucho, de hecho. Buen trabajo, antipática.

—Genial, ahora solo me falta recuperar la inspiración.

—Si quieres escribir una tórrida escena caliente para que los protagonistas se conozcan a fondo, puedo darte ideas.

Me puse de pie y le quité los papeles de la mano, enarcando una ceja.

—No, gracias.

—Lástima.

Dejé los papeles otra vez en la mesa y estuve a punto de proponerle poner música, pero me callé cuando su móvil empezó a sonar de repente.

Lo había dejado encima de la mesa. La mesa que yo tenía justo delante. Si me inclinaba un poco, solo un poco, vería quién era. Pero me contuve enseguida. No podía hacer eso. No era mi móvil.

Sin embargo, Aiden no estaba tan preocupado por eso.

—Mhm... ¿puedes mirar quién es?

—¿Yo?

—Sí, tú. Sabes leer, ¿no?

—Capullo —mascullé.

Él estaba sonriendo cuando me incline y sujeté su móvil, mirando la pantallita.

—Oh, oh —lo miré—. Entrenador. ¿Quieres que responda y le diga que has muerto trágicamente intentando salvar a un gatito atrapado en un incendio y que por eso no estás disponible?

—Si haces eso, vas a gustarme el doble de lo que ya me gustas.

—Mejor otro día —sonreí y le lancé el móvil, que rebotó sobre su abdomen—.

Respóndele ya o empezará a querer matarte.

137

Aiden suspiró lastimeramente, pero agarró el móvil y se lo llevó a la oreja.

—Hola, entrenador —dijo con una voz mucho menos cálida que la que había usado conmigo, casi apática—. Ajá. Sí. Bueno, no. Estoy ocupado.

Me senté en la silla giratoria de mi escritorio, intentando no mirarlo fijamente para no dar la impresión de que me estaba inmiscuyendo en su conversación, aunque la verdad era que estaba escuchando cada palabra.

—¿Ahora? —repitió Aiden, y me dirigió una breve mirada—. Ya te he dicho que estoy ocupado. Pues sí, ¿algún problema?

Hubo un momento de silencio en que su expresión pasó a ser... bueno, molesta.

—¿Por qué no me dijiste que era hoy? No, no lo hiciste. Dijiste pronto. Bueno...

¿y no puedes decirme lo que sea por mensaje?

Esa vez, Rob debió enfadarse de verdad, porque pude escuchar sus gritos incluso desde el otro lado de mi pequeña habitación. Aiden tuvo que apartarse el móvil de la oreja con una mueca.

—Aiden —intervine al ver que no estaba dispuesto a ceder—, si tienes que hacer algo... bueno, no pasa nada. Nos veremos otro día.

—Estoy bien aquí —él frunció el ceño—. No tengo por qué ir a esa ridiculez. Me puede decir los resultados por mensaje.

Esa vez, el grito de Rob de ¡¿ME ESTÁS ESCUCHANDO?! ¡¿CON QUIÉN

DEMONIOS HABLAS?! Al otro lado del teléfono fue tan claro que pude entenderlo a la perfección.

Y, entonces, de la nada, la mirada de Aiden se iluminó como si acabara de tener una idea.

—Espera, ¿quieres venir?

—¿Yo? —parpadeé, confusa—. ¿Dónde?

—Al gimnasio. Esta noche anuncian los clasificados oficiales de la liga nacional.

Rob quiere que nos reunamos todos para ver si nos han aceptado.

—¿Y... no le importará que vaya?

—Sinceramente, me importa una mierda. Eres mi invitada, no la suya.

Sonreí un poco, encogiéndome de hombros.

—Supongo que...

—¡Genial! —Aiden volvió a centrarse en el móvil, el cual profería los gritos histéricos de Rob por ser ignorado—. Amara irá conmigo. Nos vemos ahí en un rato.

Colgó antes de que Rob pudiera replicar nada y se puso de pie. Casi al instante, alguien llamó a la puerta de mi habitación y abrió sin siquiera esperar a que dijera nada. Era Zaida, claro. No podía ser otra persona.

—Te han traído esto —me dijo con su habitual cara de desprecio que cambió drásticamente a una más dulce cuando se giró hacia mi acompañante—. Hola, Aiden.

Recogí el paquete que me tendía poniendo los ojos en blanco y empecé a abrirlo mientras Aiden se estiraba y la miraba.

—Hola.

—Me alegra volver a verte.

—Eh... sí, claro. ¿Qué tal?

—Muy bien. Oye, ¿vas a quedarte a cenar?

—Probablemente invite a Amara a cenar fuera.

138

Y yo quizá le habría prestado más atención a eso si no fuera porque había abierto el paquete y estaba leyendo la tarjeta que había dentro. Fruncí el ceño cuando llegué al final, y para entonces Aiden ya se había acercado a mí con curiosidad.

Ah, y Zaida ya se había ido. Eso de no ser el centro de atención no era su punto fuerte.

—¿Qué es? ¿Te has pedido un vibrador?

—No, capullo. Me lo ha mandado mi madre.

La tarjeta era una postal de una costa de no sé qué parte del país, y la parte trasera estaba escrita a mano. Era la letra alargada y uniforme de mi madre.

Hola, cariño. Siento haber tardado tanto en darte noticias. Hace unas semanas que apenas uso el móvil, así que si me has llamado y no te he respondido es por eso.

Estoy bien, no te preocupes. Estoy recorriendo la costa oriental con Fran. Hoy hemos tenido unas olas maravillosas. ¡Deberías ver el bronceado que tengo ya! En fin, te he comprado un regalito, te lo enviaré con la postal. Espero que lo uses. Dale un abrazo a tu padre de mi parte si vas a verlo.

Revisé el mensaje otra vez antes de llegar a la conclusión de que, como de costumbre, a mi madre le daba un poco igual que yo estuviera bien o mal. Ni siquiera me lo preguntaba. Solo me contaba cómo estaba ella.

—¿Fran? —preguntó Aiden, confuso.

—Es Francisco, su nuevo novio mexicano, jovencito y surfista, están recorriendo la costa para ir a las mejores playas del país —me encogí de hombros—. Este novio le ha durado más de un año, a ver si termina siendo algo serio.

—¿No te parece que después de un año ya es algo serio?

—Para mi madre, no. Se aburre muy rápido de la gente y de... bueno, todo. Sigo sin entender cómo mi padre y ella estuvieron tanto tiempo juntos.

Dejé la tarjeta a un lado y abrí el paquete con el regalo, que resultó ser una pulsera plateada con varias figuritas relacionadas con el mar colgando de ella. La levanté, curiosa, y la miré de cerca. Era raro que mi madre me hiciera un regalo sin ser mi cumpleaños o algo así. No estaba muy segura de si debería asustarme o alegrarme.

—¿No te gusta? —preguntó Aiden, confuso, al ver mi cara.

—¿Eh? Sí, claro que me gusta.

—¿Te ayudo a ponértela?

Dudé visiblemente antes de ofrecerle la muñeca. Él me dedicó una sonrisita antes de acercarse y, con sumo cuidado, ponerme la pulsera sin siquiera rozarme la piel. Todo un reto.

—Vale —murmuré—. Vayamos a tu gimnasio.

Tal y como había dicho, el gimnasio estaba abarrotado con todos los boxeadores que habían asistido. Yo me sentía completamente fuera de lugar entre esos grandullones musculosos, y me alegré enormemente de haber ido con Aiden, que era bastante alto y les sacaba unos centímetros a casi todos, por lo que la gente nos dejaba pasar con facilidad.

De hecho, sin darme cuenta, rodeé su brazo con una mano —o todo lo que pude, menudo bíceps— y me acerqué a él. No dijo nada, pero vi que sonreía disimuladamente.

139

Por el camino hacia el fondo del gimnasio, Aiden se detuvo unas cuantas veces para saludar a un puñado de boxeadores y boxeadoras que se cruzó. Me los presentó a todos, pero la verdad es que no podía acordarme de tantos nombres. Los únicos que se me quedaron —y solo las caras— fueron el grandullón del fondo que Aiden solo saludó con un gesto, sin acercarse a él —Dios mío, daba hasta miedo—, una chica un poco más baja que yo —pero muy en forma— que me ofreció una cerveza —la cual rechacé educadamente— y un último chico con el que Aiden se quedó hablando un rato y que después descubrí que había entrenado con él durante varios años.

Por fin llegamos al final de toda la marea de gente, donde todo el mundo miraba la pantalla que había en una esquina de la pared del gimnasio. Estaban anunciando algo de deportes, pero no habían empezado con el boxeo.

Rob, Mark y Samuel —sí, por fin me acordaba del nombre del otro tipo que ayudaba al entrenador en los combates— estaban justo debajo. Rob parecía muy nervioso.

Mark fue el primero en vernos y estuvo a punto de saludarnos, pero tuvo que callarse cuando Rob se giró y se puso rojo como un tomate, aunque no de vergüenza.

—¡Por fin! —soltó, y sonaba como una regañina, mirando a Aiden.

—No hemos tardado tanto —protestó él.

—¡Está a punto de empezar!

—Bueno, pero hemos llegado, ¿no? ¿Por qué te preocupas tanto?

Mark y Samuel intercambiaban miradas entre divertidas y asustadas mientras Rob mascullaba maldiciones y se acercaba a nosotros, aunque solo mirando a Aiden.

—¿Has considerado la posibilidad de que no te acepten en las preinscripciones?

—Bueno, tampoco sería para tanto.

Hubo un momento de silencio en el que creí sinceramente que Rob iba a matarlo, así que me apresuré a intervenir.

—¿Por qué no iban a aceptarlo? Aiden pelea genial.

—¿Ves? —Aiden sonrió y me señaló con la cabeza—. Ella confía en mí. Observa y aprende.

Rob lo ignoró completamente y me miró.

—Hay algunas cosas que los patrocinadores no toleran en un boxeador, y una de ellas es el exceso de violencia.

—¿Exceso de violencia? —Aiden empezó a reírse, pasmado—. ¿Yo?

—Sí, tú. ¿O ya se te ha olvidado el día en que casi le hundiste el tabique nasal a tu contrincante?

Aiden borró su sonrisa casi al instante en que yo me tensé. Mierda. Ese día había golpeado a ese chico de esa forma porque había estado haciendo comentarios sobre mí.

Lo miré de reojo y vi que eso ya no le estaba pareciendo tan divertido.

—No van a dejar de patrocinarme solo por eso.

—Aiden, nadie quiere asociar su nombre con un boxeador que se salta las normas. Da muy mala publicidad.

—No me las salté. No le sangró tanto como para saltármelas.

—Tuviste suerte, ¿vas a hacer eso cada vez que te hagan comentarios? Porque no siempre vas a tener suerte, y no conozco a muchos patrocinadores que quieran arriesgarse.

140

Hubo un momento de silencio tenso cuando Rob se apartó, malhumorado, y vi que Aiden apretaba los dientes. No supe qué decirle. Me sentí tan culpable que quise desaparecer del mundo. O darle un abrazo. Pero no me atrevía a tocarlo.

—Yo... —empecé.

—No es culpa tuya —me dijo, como si pudiera leerme el pensamiento.

—No he dicho eso.

—No, pero lo estabas pensando. Es obvio.

Puse una mueca y lo pensé un momento antes de decir algo más.

—No te preocupes, seguro que vas a entrar en la lista —murmuré, tan segura que me sorprendí a mí misma.



—¿Tú crees? —él no parecía muy convencido.

—Pues claro. Si pudiera, yo apostaría por ti.

Aiden me miró un momento, sonrió y estuvo a punto de decir algo, pero el repentino subidón de volumen de las voces de los demás hizo que se girara hacia ellos, confuso, como yo, hasta que nos dimos cuenta de que la televisión había cambiado de escena. Un hombre de unos cuarenta años, con el pelo corto y gris, y pinta de haber sido un musculitos bastante más temible en otros tiempos —aunque ahora llevaba un traje que hacía que pareciera estar a punto de explotar— estaba hablando.

—¿Es eso? —pregunté en voz baja.

Aiden asintió.

—Hay dos listas, la oficial y la de la preselección —murmuró—. Si te aceptan en la oficial, entras en la liga directamente. Si te aceptan en la preselección, tienes que hacer unos cuantos combates más hasta que solo queden diez personas. Y esas diez personas entran en la liga.

—¿Y si... y si no te aceptan en ninguna?

—Entonces... bueno, los próximos seis meses serán bastante aburridos.

Por favor, que lo aceptaran, por favor.

Me di cuenta de que Mark, Samuel y Rob estaba tan tensos como nosotros dos, mirando la pantalla. Yo sentía un nudo de nervios en el estómago que no pude deshacer ni siquiera respirando de la forma en que me había dicho la doctora Jenkins.

Entonces, el hombre empezó a leer nombres de una hoja, y esos nombres fueron a parar al panel lateral que tenía al lado. La lista de los aceptados en la liga. Había solo cuarenta. Solo cuarenta en todo el país.

Los nombres empezaron a sucederse y escuché dos gritos de júbilo dentro del gimnasio, pero solo dos. Y ninguno era Aiden.

Intenté que mis nervios no se reflejaran, pero era difícil. Solo deseaba ver su nombre apareciendo en esa pantalla. Desesperadamente. Y Rob también debía desearlo, porque no dejaba de mascullar maldiciones cada vez que salía un nombre que no era el de Aiden.

Empecé a perder las esperanzas cuando llegamos a la mitad de la lista y miré de reojo a Aiden, que era el ejemplo perfecto de la serenidad. Miraba la pantalla sin ningún tipo de expresión, como si estuviera dispuesto a encajar el golpe a la perfección en caso de que no fuera aceptado.

Y la lista terminó... pero su nombre no salió.

141

Mark y Samuel intercambiaron una mirada. Rob maldecía. Incluso vi varias cabezas girándose hacia Aiden con extrañeza, como si hubieran esperado escuchar su nombre desde el primer momento.

En cambio, él permanecía completamente serio, sin desvelar nada. Tragué saliva y di un paso en su dirección.

—Todavía queda la otra lista —murmuré en un triste intento de animarlo—. Una segunda oportunidad.

—Me gustan las segundas oportunidades —sonrió, mirándome.

Pero incluso en algo tan trivial como eso pude notar que estaba tenso. Muy tenso.

Por favor, que lo aceptaran.

Ahí también había cuarenta nombres, y el primero... no fue Aiden.

Ni el segundo, ni el tercero...

Empecé a notar que me cosquilleaba el estómago de una forma muy desagradable cuando llegamos otra vez a la mitad de la lista sin que su nombre apareciera.

No, por favor, por favor, que le dieran una oportunidad. Solo había sido un error.

Y había sido responsabilidad del otro boxeador. ¡No era justo!

Las esperanzas empezaron a esfumarse cuando llegamos a los diez últimos nombres y yo empecé a tener ganas de llorar. Si no hubiera ido a ese combate, si no me hubiera empeñado en ir aunque sabía que la violencia no me gustaba...

Mierda, ¿por qué había ido?

Solo quedaban cinco nombres, y yo estaba a punto de agachar la cabeza cuando, de pronto, escuché que Mark empezaba a aplaudir alegremente junto a Samuel.

Lo miré, confuso, y vi que Rob parecía inmensamente aliviado. En la pantalla, el nombre de Aiden Walker brillaba como un rayo esperanzador.

Creo que la emoción fue tan grande por un momento que ni siquiera reaccioné.

Solo me giré hacia Aiden, pasmada, y vi que él estaba mirando la pantalla con los labios entreabiertos, perplejo, mientras todo el mundo se abalanzaba sobre él para darle la enhorabuena.

Todo el mundo parecía tan contento, tan feliz... que no pude evitar que la euforia y el alivio me invadieran a mí también.

Y fue en ese momento de euforia repentina cuando me abrí paso entre la gente hasta llegar junto a Aiden, a quien le estaban gritando enhorabuena desde cuatro lados distintos. El pobre parecía medio perdido cuando puse las manos en sus mejillas y lo giré hacia mí.

Aiden frunció un poco el ceño, confuso, cuando vio que era yo quien lo estaba sujetando así, pero no me importó. En ese momento, estaba tan contenta que no podía pensar en lo que hacía.

—¡Enhorabuena! —le grité, entusiasmada, por encima del ruido de la gente.

Él parpadeó, como si reaccionara de repente. Me dedicó una sonrisa de niño pequeño.

—Ah, grac...

Pero no lo dejé terminar.

Moví las manos para sujetarle los hombros, me puse de puntillas y pegué mis labios a los suyos.

142

Durante el breve instante en que nuestros labios entraron en contacto, se me olvidó todo; la gente que nos rodeaba, ahora gritando y aplaudiendo por el beso, esa noche fatídica que hacía que diera miedo acercarme a él tantas otras veces, mis ejercicios de respiración...

Se me olvidó todo.

Y, esa vez, cuando empecé a notar que me cosquilleaba todo el cuerpo, no era precisamente porque estuviera a punto de tener un ataque de pánico.

Pese a que el beso había durado apenas dos segundos y tan solo había consistido en presionar mis labios sobre los suyos, cuando me separé tenía tanto el corazón como la respiración completamente agitados. Di un paso atrás, sorprendida conmigo misma, y me permití levantar la cabeza para ver la expresión de Aiden.

Y el pobre estaba pasmado, claro.

Lo estoy hasta yo.

Me miró durante unos instantes con la boca entreabierta, sin reaccionar, mientras medio mundo lo zarandeaba, y justo cuando me dio la sensación de que iba a dar un paso hacia mí, la marea de gente me empujó e hizo que diera un paso atrás, perdiéndolo de vista.

Como si estuviera en una galaxia completamente distinta, me aparté para salir del cúmulo de gente que se había reunido ahí. Me estaba agobiando un

poco, y por ahora había sido un milagro que nadie me tocara. Me giré, respirando todavía agitadamente. Podía sentir los labios de Aiden sobre los míos, y me encontré a mí misma relamiéndomelos sin poder evitarlo.

Dios, ¿por qué había tardado tanto en besarlo?

Lo único que me apetecía era girarme, ir a por él aunque tuviera que dar unos cuantos empujones y apartarlo para poder besarlo otra vez, pero una parte de mí seguía teniendo miedo ante la perspectiva de que, si forzaba demasiado las cosas, podría terminar reaccionando mal y asustándolo.

Al final, la mejor alternativa me pareció darme la vuelta e ir un rato fuera del gimnasio. Necesitaba aire frío. Tenía las mejillas encendidas desde el momento en que lo había besado, y dudaba que fueran a calmarse en un futuro cercano.

Sin embargo, me detuve, confusa, cuando vi que Mark y Samuel estaban intentando hablar con una chica rubia muy bonita que iba vestida demasiado formal como para estar en un gimnasio rodeada de boxeadores.

Mark y Samuel intentaron decirle algo mientras ella gesticulaba, furiosa, hacia la multitud. Entonces, Rob apareció de la nada y eso pareció cabrearla todavía más, porque Rob estaba señalando la salida.

Oh, quería echarla de ahí. Pero la chica no parecía nada dispuesta a aceptar eso.

Justo en ese momento, cuando ella se giró hacia Rob, su mirada se desvió por unos centímetros y terminó... sobre mí.

No supe por qué, pero pareció que su furia repentina se multiplicaba al instante en que apartaba a Samuel de un empujón y los tres empezaban a gritarle que se detuviera, aunque fueron categóricamente ignorados.

De alguna forma intenté decirle a mis piernas que era un buen momento para salir corriendo, porque me daba la impresión de que esa chica iba a darme un puñetazo, pero algo en mí hizo que me limitara a quedarme ahí de

pie como una idiota, viendo cómo se acercaba sin siquiera intentar apartarme.

La chica se detuvo delante de mí. Tenía el pelo rubio, lacio y algo largo atado en una coleta alta, los labios pintados de rosa, la nariz fina pero algo puntiaguda y unos 143

ojos castaños y grandes que me daba la sensación de que, en otro contexto, serían mucho más bonitos que ahora, que irradiaban odio por todos lados.

—¿Quién coño te crees que eres? —prácticamente me gritó en la cara.

Por dentro me asusté, lo admito, pero no era algo que fuera a demostrar jamás.

Ni aunque mi vida dependiera de ello. Era demasiado orgullosa.

Así que me limité a cruzarme de brazos y enarcarle una ceja, dejándole claro que no me había intimidado —aunque no fuera verdad—.

—¿Perdona? —pregunté.

—¿Estás sorda o qué? ¡Te he preguntado quién coño te crees que eres!

—Y te he entendido perfectamente, pero no respondo a la gente que me grita en la cara.

Eso pareció colmar su poca paciencia, porque sus mejillas empezaron a teñirse de rojo por pura rabia.

Justo en ese momento, vi que Aiden estaba intentando salir de la marea de gente como podía, buscando con la mirada a su alrededor. De alguna forma, supe que me estaba buscando a mí.

Pero... cuando me encontró y me vio hablando con esa chica, no pareció contento. En absoluto.

De hecho, se quedó paralizado y su cara se volvió pálida al instante.

¿Qué...?

—¿Te crees que tienes algún derecho a hablarme así?! —gritó la chica, haciendo que la mirara de nuevo—. ¿Te crees que tienes derecho a algo después de lo que acabas de hacer, zorra de mierda?!

Levanté las cejas, sorprendida y ofendida por partes iguales.

—A mí no me llames zorra —espeté, cabreada—. Y deja de agitarme la mano delante de la cara si no quieres que te estampe la mía en la nariz, ¿te ha quedado claro?

—¿Qué...? ¿En serio tienes la maldita osadía de amenazarme? ¿Tú a mí?

—¡Has empezado tú!

—¡No, has empezado tú hace un momento!

—¿Y qué demonios se supone que he hecho?

—¡Besar a mi marido!

8

144

Durante un instante, sentí que sus palabras no tenían sentido.

No había dicho “mi marido”.

¿Verdad?

Era imposible que hubiera dicho, precisamente, eso.

Quizá... quizá había dicho mi novio. O mi amigo. O lo que fuera. Cualquier cosa menos mi marido.

Como en un mundo paralelo, percibí que Aiden se acercaba prácticamente corriendo hacia nosotras. La rubia levantó la mirada por encima de mi

cabeza, lo que me indicó que estaba justo detrás de mí, pero no se atrevió a acercarse, ni a tocarme demasiado. Aunque podía notar su mirada clavada en mi nuca.

—Eres un hijo de puta —le espetó la rubia sin siquiera pensarlo, furiosa—. Vengo aquí, a verte para celebrar contigo que te han aceptado en la liga... ¡Y mira cómo te encuentro!

Una parte de mí seguía esperando a que Aiden dijera algo. Preferiblemente, algo como ¿qué dices? No estamos casados.

Pero no lo decía.

Solo estaba en silencio, detrás de mí.

Y yo encontré por fin mis cuerdas vocales.

—¿Has dicho marido? —pregunté lentamente, con voz grave.

Ella bajó la mirada hacia mí y, por un momento, pareció furiosa. Solo que después frunció ligeramente el ceño, como si algo la sorprendiera.

—No te lo ha dicho, ¿verdad? —me preguntó, y esta vez ya no sonaba tan furiosa conmigo.

No pude responder. Aparté la mirada hacia Rob, Mark y Samuel, que nos estaban observando desde la distancia. Rob sacudía la cabeza.

Y, entonces, Aiden por fin habló.

—April —empezó—, ¿te importa dejarnos solos un momento para que...?

—¿Qué os deje solos? —repitió ella con voz chillona, como si no pudiera creérselo—. Pero... ¿tú quién te crees que soy? ¿Te crees que voy a permitir que me humilles de esa forma, en público, y luego me apartaré para que puedas hablar con tu nueva novia?



—No soy su novia —solté en un tono muchísimo más brusco de lo que pretendía.

Me aparté un paso de Aiden y noté que él me miraba, pero no pude devolverle la mirada. Tenía una extraña sensación amarga, fría y... de traición... recorriéndome todo el cuerpo.

Ni siquiera estaba segura de por qué me sentía traicionada. Quizá para él no había dejado de ser en ningún su amiga, ¿no? Nunca había hecho una ademán de besarme. Lo había hecho yo. Quizá esas bromas se las hacía a todo el mundo. Quizá lo había malinterpretado.

O quizá es un gilipollas infiel.

—Vaya —April me señaló con una sonrisa rabiosa—, menos mal que ella es más lista que yo. ¿Quieres un consejo, querida? Aléjate de este imbécil. O acabarás como yo, teniendo que ver cómo besa a otras delante de ti.

—Eso no es verdad, April —le soltó Aiden, y sonaba enfadado.

Oh, nunca lo había escuchado enfadado, eso hizo que levantara la cabeza y lo mirara por fin, pero él estaba ocupado fulminando a April con la mirada.

—¿Qué no es verdad? —repitió ella, pasmada—. ¿Y qué acabo de ver? ¡Estabas...!

Pero yo ya no seguí escuchando. Esto me superaba. Quería irme a casa.

De pronto, el beso que le había dado a Aiden ya no tenía un sabor dulce en mis labios. Ahora, los sentía fríos y amargos. Y quería ir a lavarme los dientes. Y a meterme en la cama, cubrirme la cabeza con una almohada y hacerme una bolita hasta que saliera otra vez el sol y estuviera obligada a atender mis obligaciones.

Noté que mis piernas se movían de forma automática hacia la puerta y Rob se acercaba a decirme algo, pero no me interesó hablar con él. Ahora no. Ni siquiera sabía cómo lo estaba aguantando tan bien. Por fuera casi parecía serena, pero por dentro empezaba a sentir que me faltaba el aire.

Abrí la puerta del gimnasio y empecé a recorrer la calle, dando gracias silenciosamente al aire frío, que chocaba con mi cara y hacía que sintiera que mi cerebro dejaba de estar tan entumecido.

Quizá habría conseguido aclarar un poco mis ideas si no hubiera sido porque, a los veinte pasos, escuché la puerta del gimnasio abrirse otra vez, con mucha más fuerza, y pasos apresurados acercándose a mí.

No necesité darme la vuelta para saber quién era.

—¡Espera! —Aiden me adelantó con facilidad y se detuvo delante de mí, bloqueándome el paso con su cuerpo—. Espera, sé que estás enfadada, pero puedo explicarlo, no...

—¿Estás casado? —le pregunté sin mirarlo a la cara.

Hubo un momento de silencio. De horrible silencio. Necesitaba escuchar una respuesta negativa, pero no me la estaba dando.

Y, finalmente, respondió, pero no como me habría gustado que lo hiciera.

146

—Sí —me dijo en voz baja.

Cerré los ojos un momento. Eso me había sentado como una jarra de agua helada. Cuando volví a abrirlos, me obligué a mí misma a mirarlo a la cara. Fuera cual fuera mi expresión, hizo que Aiden apretara los labios.

—Pero no la amo —añadió en voz baja.

—¿Te crees que eso lo hace mejor? —espeté sin poder contenerme, mirándolo directamente—. ¡Estás casado! ¡Casado! ¿Cómo...? ¿Qué...? ¿Desde cuándo?

—Desde hace dos años —me aseguró, bloqueándome el paso con su cuerpo cuando intenté pasar por su lado.

—Y ella es April, ¿no? Tu exnovia.

—Nunca te dije que fuera mi exnovia. Te dije que fue mi pareja.

—¡Y sigue siéndolo!

—¡No, no lo es! Amara, escúchame...

—¿Tenías pensado decírmelo en algún momento? —lo corté, furiosa—. ¿O ibas a seguir con esto eternamente?

—Quería decírtelo —me aseguró enseguida, dando un paso hacia mí—. Pero...

no es tan fácil.

—¡Es muy fácil! ¡Solo son dos palabras, Aiden! “Estoy casado”. ¡Solo eso!

—¡Pero no es... no estoy casado con ella porque la ame! Fue una tontería que...

que hice sin pensar. ¡Ni siquiera la había visto en un mes!

Eso hizo que me detuviera en seco y lo mirara, furiosa.

—¿Un mes? —repetí en voz baja—. Hace un mes ya me conocías. Hace un mes ya me hacías bromas e insinuabas que no éramos solo amigos. ¡Hace un mes me metiste mano en un maldito callejón!

—Amara...

—Vete a la mierda —di un paso atrás.

—Pero...

—Vete a consolar a tu esposa, Aiden. Quiero irme a casa.

Pareció que por un instante se olvidaba de mi problema y se inclinaba hacia delante para agarrarme el brazo, y mi reacción fue retroceder tan bruscamente que me tropecé con mis propios pies y caí de culo al suelo,

haciendo que mi móvil y mis llaves se cayeran conmigo. El golpe sonó horrible, y el dolor en el codo y el culo fue casi instantáneo.

—¡Mierda! —Aiden se acercó casi corriendo—. ¿Estás...?

—¡No me toques!

Quizá eso había sonado más agresivo de lo que pretendía.

Él retrocedió al instante en que se dio cuenta de que me temblaba la voz. Oh, no. Iba a llorar. Iba a llorar. No. Lo que me faltaba. Cada vez me sentía más ridícula.

Ignoré el dolor en el codo cuando recogí mi móvil, ahora con la pantalla agrietada, y mis llaves. Me puse de pie torpemente, tambaléandome. Aiden se mantenía a un metro de distancia, mirándome como si quisiera acercarse pero, a la vez, temiera mi reacción si lo hacía.

—Al menos, deja que te acompañe —intentó una última vez.

No respondí. Tenía la respiración agolpada en la garganta y me escocían los ojos.

Y me zumbaban los oídos. Necesitaba alejarme de él. En cuanto antes. Si tenía un 147

ataque, prefería tenerlo completamente sola, aunque fuera en medio de la calle, que delante de él.

Gracias a Dios, no me siguió cuando pasé por su lado apresuradamente, alejándome de él tan rápido como podía sin echar a correr. Pero supe cuánto tiempo me estuvo mirando. Y también escuché su voz, aunque parecía provenir de un lugar muy lejano.

Entendí con quién estaba hablando cuando un coche gris se detuvo a mi lado y Mark bajó la ventanilla para asomarse y mirarme.

—¿Necesitas que te lleve a casa? —preguntó con aparente inocencia, pero era obvio que lo había enviado Aiden.

Al final, decidí resistirme y subirme al coche con él.

Mientras me ponía el cinturón con las manos temblorosas, vi de reojo que Mark mandaba rápidamente un mensaje.

—¿Le has dicho a Aiden que me he subido? —pregunté, casi en tono acusatorio.

Mark enrojeció al instante, cosa que me dio una idea bastante clara de la respuesta.

—¿Quieres que ponga música? —preguntó, intentando desviar la conversación.

No respondí, pero la puso igual, y llenó el incómodo silencio que nos acompañó durante todo el viaje a casa, en el que yo ni siquiera logré pensar con claridad, solo podía mirar al frente y notar que me vibraba el móvil. No lo miré ni una vez.

Indiqué a Mark con voz apática dónde estaba mi casa y prácticamente me lancé fuera del coche en cuanto le di las gracias con voz apagada. Subí las escaleras a toda velocidad, abrí la puerta e ignoré a Zaida, que estaba besuqueándose con su nuevo novio en el sofá.

De hecho, fui directa al cuarto de baño. Agua fría. Eso era lo que necesitaba. Me quité la ropa con las manos temblorosas y la lancé al suelo antes de meterme en la ducha, abrir el agua fría, que estaba helada, y dejar que me calara por todo el cuerpo, poniéndome la piel de gallina y haciendo que mi empezaran a temblar todas las articulaciones.

—Oye —la voz de Zaida sonó al otro lado de la puerta—, ¿estás bien?

Lo peor es que no sonaba preocupada, solo curiosa.

—Sí —le dije en voz alta, para que se me oyera por encima del ruido del agua chocando contra el suelo de la ducha.

Los pasos de Zaida se alejaron y yo me duché tomándome mi tiempo, frotándome el cuello a conciencia y logrando recuperar por fin la

respiración.

Bueno, la ducha fría no era un mal método para aclararme cuando empezaba a tener síntomas de ataques. Debería decírselo a la doctora Jenkins.

Salí del cuarto de baño envuelta en una toalla y me encontré a Zaida, sola, comiendo galletas saladas directamente del bote. Tenía la espalda apoyada en la puerta de mi habitación. Me había estado esperando.

—Has tardado casi una hora en ducharte —comentó, mirándome de arriba abajo como si intentara adivinar qué me había pasado.

—¿Ahora controlas lo que tardeo en ducharme? —pregunté de mala gana.

Al menos, se apartó de mi camino y dejó que entrara en mi habitación y dejara la ropa sucia en el cesto. Eso sí, seguía apoyada en el marco de la puerta mirándome con una sonrisita.

148

—Has discutido con el guaperas, ¿eh?

—Zaida, ahora mismo no estoy de humor para tus tonterías.

—¿Mis tonterías? Si tuviera un tío como ese a mi alcance, me pasaría el día encerrada con él en mi habitación.

Hizo una pausa, comiendo otra galletita sin dejar de observarme.

—Pero tú eres rara, ¿eh? Llevamos un año viviendo juntas y nunca te he visto trayendo a un chico a casa para echarle un polvo.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que no todo gira entorno al sexo?  
—

espeté, mirándola.

—Pero tú tienes algo en contra del sexo. Y de los chicos. Lo he notado. Te pones muy nerviosa cuando vienen mis amigas, pero no es nada en comparación a cómo te pones cuando tienes que pasar cerca de alguno de mis novios.

Lo peor es que tenía razón. Algunas veces, si me los encontraba en el pasillo o en el cuarto de baño, tenía que pasar prácticamente pegada a ellos para saltarlos. Y

me entraba el pánico solo con la perspectiva de tener que hacerlo.

Pero que Zaida lo dijera de esa forma... de una forma tan despectiva...

¿Es que se creía que lo hacía a propósito? ¿Es que no era obvio que yo era la primera que me odiaba a mí misma cuando no era capaz de hacer una tontería como pasar junto a un chico sin que se me alteraran los nervios?

—Has discutido con el guaperas —concluyó ella, asintiendo—. Te ha dejado,

¿no? No me extraña.

La miré con los ojos entrecerrados al instante.

—¿Perdona?

—Bueno, yo no podría salir con alguien a quien, a la mínima que lo alteras un poco, le da un ataque de algo. Sería mucha presión. Preferiría a alguien normal.

Noté que la sangre empezaba a hervirme en las venas cuando señalé la puerta con una mano temblorosa.

—Vete de mi habitación.

Zaida sonrió de lado al ver mi enfado.

—La verdad duele, ¿eh?

—¡Fuera! —grité tan de repente que ella dio un respingo—. ¡Vete de aquí!

Agarré el pomo de la puerta y la cerré con tanta fuerza que empujé a Zaida en el proceso, escuchando el golpe que se dio cuando retrocedió bruscamente y su espalda chocó con la pared del pasillo.

Me gritó un insulto, pero me dio igual. Solo cerré los ojos y apoyé la frente en la puerta, agotada.

Por favor, que ese día terminara ya.

Dejé de correr un momento para apoyarme sobre mis rodillas, agotada, mientras la música seguía sonando por los auriculares.

No estaba muy segura de si estaba relacionado con haber dormido poco — las malditas pesadillas otra vez—, pero ese día me había agotado increíblemente más rápido que los otros. Me sentía medio entumecida, como si llevara piedras en los zapatos que hacían que me costara muchísimo más mover las piernas.

Me incorporé de nuevo, tragando saliva, y miré a mi alrededor. Nadie me prestaba atención. En realidad... nunca nadie me prestaba atención. Era invisible. A no ser que 149

se fijaran en el llamativo pelo rojo, claro. Si lo hacían, sí se fijaban en mí, pero solo por unos pocos segundos.

No sé por qué de repente me molestaba tanto el hecho de que nadie me prestara atención. Normalmente, lo adoraba. Sin embargo, ahora mismo todo me molestaba.

Todo me molestaba.

Me quité los auriculares, malhumorada, y me dejé caer en uno de los bancos del parque, a la sombra de un árbol para que el maldito sol no me diera en la cara. Hacía frío y estaba rodeada de hojas naranjas y amarillas que habían caído de ese mismo árbol. Era un espectáculo otoñal precioso —y combinaba con mi pelo— pero no podía prestarle atención.



Me miré las manos. Me había empezado a morder las uñas otra vez y ni siquiera me acordaba de en qué momento había empezado. Puse una mueca y levanté la cabeza... justo a tiempo para ver a cierto señorito acercándose a mí con una gran sonrisa.

Oh, no. Ya me tocaba socializar otra vez.

—¡Mara! —me saludó Russell felizmente, como si no nos viéramos cada día que salía a correr a ese estúpido parque—. ¿Qué haces ahí sentada?

—Me he mareado un poco —mentí—. Necesitaba un descanso.

—¿Quieres beber algo? —me ofreció enseguida una bebida energética que guardaba en una especie de cinturón raro—. Toma, esto ayudará.

Lo acepté más que nada para no ser maleducada y él se sentó a mi lado cuando se lo pedí. Después de todo, había sido simpático conmigo. No se merecía mi mal humor.

—Gracias —murmuré, devolviéndole la botella.

—No hay de qué. ¿Estás mejor?

—Sí —me pasó una mano por la nuca antes de mirarlo—. ¿Cómo estás, por cierto?

—Bien. Estudiando compulsivamente por los exámenes —puso una mueca—. ¿Y

tú? ¿Ya has terminado tu libro?

—No, qué va. Sigo tan bloqueada como de costumbre.

—A lo mejor deberías probar releendo lo que ya tienes —sugirió, encogiéndose de hombros—. Suele funcionar, o eso he leído por algún lado.

—Lo intentaré, gracias.

Nos quedamos un momento en silencio, pero la verdad es que no me sentí incómoda. Russell era simpático. Además, parecía una buena persona. Y yo no solía pensar eso de nadie, así que debía serlo.

Por algún motivo, me vino la imagen de Aiden a la mente. No había hablado con él en tres días, aunque él me había estado mandando mensajes e intentando llamar.

Lo había ignorado todo. Me decía a mí misma que ya le respondería cuando estuviera mentalmente preparada a la posibilidad de que me dijera algo que no me gustara. No quería reaccionar mal.

Además, después de lo que me había dicho Zaida, estaba el triple de obsesionada con no reaccionar mal delante de nadie para no espantar a más gente de mi vida. Y me irritaba el hecho de que un simple comentario estúpido pudiera afectarme tanto.

Miré a Russell. Él no parecía el tipo de chico que te da problemas cada día de tu relación, con el que peleas constantemente o alguien con quien pasarlo mal.

Simplemente parecía un buen chico. Y ya había dado señales de interés hacia mí, ¿no?

O eso había dicho Lisa, y ella tenía mejor instinto en estas cosas que yo.

150

No pude evitar preguntarme por qué no me podía gustar Russell. La verdad es que sería muy sencillo estar con alguien como él, y eso era precisamente lo que yo necesitaba en mi vida: algo sencillo.

—¿Sales a correr todos los días? —pregunté con curiosidad.

—No, qué va —sonrió un poco—. Los martes y jueves trabajo en una tienda de uniformes. De recepcionista.

—¿Una... tienda de uniformes?

—Sí. Ojalá pudiera decirte que solo viene gente con uniformes guays y esplendorosos, pero la verdad es que la mayoría son cocineros o camareros.

Para mi sorpresa, empecé a reírme. Russell puso una mueca, avergonzado.

—Igual no debería haber dicho eso último —añadió.

—Yo trabajo en una cafetería. Lo más interesante que puede pasarme ahí es que el nuevo camarero, Alan, intente ligar con alguna clienta hablándole de su exmujer.

—Parece una estrategia infalible.

—Desde luego, todavía no ha conseguido el número de ninguna, pero seguro que es porque están todas tan abrumadas con la estrategia que lo olvidan.

—¿Y me darías tú el tuyo?

—¿Eh?

—Tu número —resaltó, aclarándose la garganta, algo nervioso.

Me quedé mirándolo un momento, sorprendida, y no sé por qué, pero mi primera reacción fue asentir torpemente con la cabeza.

—Vale —me escuché decir a mí misma.

Russell pareció algo sorprendido.

—¿Vale?

—¿Te esperabas que te dijera que no?

—Pues... sinceramente, sí.

—Me has pillado con la guardia baja —bromeé. Aunque... no era tan broma.

Me dejó su móvil y guardé mi número en él sin saber muy bien por qué lo hacía.

Me llamé a mí misma y también guardé su número.

De nuevo, no supe muy bien por qué lo hacía, pero me encontré a mí misma con ganas de seguir hablando con Russell, de conocerlo un poco mejor. Quizá no me sintiera irresistiblemente atraída hacia él, pero definitivamente era guapo. Y

físicamente estaba mucho más cerca de mi tipo de lo que lo estaba... bueno... Aiden.

—Bueno —él se puso de pie—, tengo que volver a la residencia. A estudiar y todo eso.

—Suenas muy ilusionado —bromeé, poniéndome también de pie.

—Muchísimo —suspiró—. Si quieres, te acompaño a tu casa.

—¿No tienes que estudiar?

—Cualquier excusa es buena para alargar el momento antes de estudiar.

Al final, volvimos corriendo a casa y, al menos, no tuve que ponerme auriculares porque iba hablando con él. Y me sorprendió lo fácil que era hacerlo. Me sentía como si ya lo conociera. Era muy simpático. Y sabía escuchar, cosa que nunca estaba de más. Incluso cuando parloteaba sin parar de mi novela y de las mil cosas que quería hacer con ella.

151

Cuando llegamos a mi calle, me sobresalté un poco al ver que alguien subía las escaleras de mi edificio, pero me calmé al ver que solo era Lisa, que esperaba con las manos en los bolsillos, mirando distraídamente la calle.

Ella levantó la cabeza al escucharnos, y pareció pasmada al verme llegar con Russell, aunque lo disimuló tan bien que él no se dio cuenta. Solo se despidió de las dos con una sonrisa amable y se marchó.

En cuanto estuvo a una distancia prudente, Lisa se giró hacia mí, perpleja.

—¿Acabo de verte siendo simpática con un chico desconocido, Mara?

—No es taaaan desconocido, ya lo he visto mil veces en el parque.

—Pero...

—¿Por qué no has subido? —cambié de tema—. ¿Zaida no te ha abierto?

—Más o menos. Me ha dicho que ella se iba y no quería dejarme sola en su casa por si le robaba algo. ¡Como si yo fuera una ladrona! Menuda tonta.

Sí, ese era el máximo insulto que Lisa alguna vez dedicaría a alguien.

Subimos las dos al piso y encendí la calefacción. Lisa se quedó en el salón mirando su móvil mientras yo me daba una ducha rápida, me cambiaba de ropa y volvía con ella.

Casi me arrepentí de haberme dado una ducha antes de hablar, porque sabía a lo que había venido y solo había conseguido darle tiempo para pensar en argumentos destructores que hicieran que yo me sintiera como una cría siendo reñida.

Al menos, cuando me senté con ella en el sofá, fue directa al grano:

—Aiden me ha contado lo que pasó el otro día.

—¿Habláis de algo que no sea yo? —ironicé de mala gana.

—Pues sí, pero eres un tema bastante recurrente cuando dejas de hablarle.

Me giré hacia ella, ofendida.

—¿Te estás poniendo de su parte?

—¿Eh?

—¡Yo no soy la que estaba casada en secreto!

—Ya lo sé, pero... si hablaras con él...

—Lisa, no es problema tuyo.

Igual eso había sonado un poco agresivo. Lisa abrió mucho los ojos y se echó hacia atrás, sorprendida.

Sabía que su intención era buena, que no me obligaría a volver corriendo con Aiden, que solo quería que nos lleváramos bien, pero... sinceramente, el tema me ponía de muy mal humor y no era capaz de controlar a la gilipollas que llevaba dentro.

—No quiero meterme en vuestra relación, o lo que sea eso —me dijo, algo dolida—

. Es... bueno, no quiero que estés mal por esto, como si te hubiera sido infiel o algo así. Ellos llevan un año sin apenas verse, Mara.

—Me importa una mierda lo que hagan esos dos.

—No, no te importa una mierda. Es obvio. No intentes engañarte.

—¿Ahora eres psicóloga? —murmuré de mala gana.

Lisa suspiró. La verdad es que tenía paciencia, porque yo podía llegar a ser muy exasperante.

—No, no lo soy. Pero te conozco desde hace unos años y...

—Eso no quiere decir que lo sepas todo de mí.

—Mara, ¿qué te pasa? Solo intento...

152

—Bueno, pues no lo intentes y déjame en paz.

Ni siquiera estaba segura de por qué me estaba comportando así, pero no podía evitarlo. Bajé la mirada, avergonzada de mí misma, cuando Lisa

apretó ligeramente los labios, empezando a irritarse.

—¿Puedes parar? —preguntó, molesta.

—¿El qué?

—Esto. Lo de hablarme así. Yo no te he hecho nada.

—Exacto, no has hecho nada.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, Lisa. ¿No se te ocurrió decírmelo en ningún momento? Igual el detalle de que Aiden está casado me habría interesado, ¿no?

Ella enrojeció un poco.

—Bueno... no era mi secreto. Pensé que tenía que ser él quien...

—¡Pues él no tenía intención de hacerlo!

—Sí que la tenía. ¡Le dije desde el principio que tenía que decírtelo! Pero... no sé, supongo que no encontró el momento y...

—¿Qué no encontró el momento? ¡Ha tenido mil momentos!

—Mara...

—Si hubiera sido al revés, te lo habría dicho —espeté sin poder contenerme—.

Lo habría hecho.

—¡Pensé que ya lo sabías!

—¿Yo?

—¡Cuando fui a hablar contigo a la parte trasera de la cafetería... pensaba que estabas triste porque te lo había contado! ¡Tenía sentido!

—Bueno, pues no era eso.

—Ya sé que no era eso. Al menos, ahora lo sé —me frunció un poco el ceño—.

¿Puedes dejar de hablarme así?

—Es mi única forma de hablar.

—No, no lo es. Y estoy un poco harta de que siempre te comportes así conmigo cuando te enfadas con alguien. Siempre lo pagas conmigo.

—Eso no es cierto.

—¡Sí que lo es!

Esta vez, sonaba enfadada, y no con un enfado de esos que surgen de pronto, sino de esos que acumulas durante mucho tiempo... hasta que un día explotan y salen de golpe.

—¡Sí que lo es! —repitió Lisa, mirándome fijamente—. Y lo sabes. Siempre que intento acercarme a ti cuando estás mal por algo, me tratas como si fuera culpa mía.

¡Vale, esta vez en parte lo es, pero no tienes por qué hablarme o mirarme de esa forma!

Estoy intentando ayudarte, aunque te resulte inconcebible reconocer que alguien pueda querer ayudarte.

—No necesito tu ayuda.

Ella se quedó mirándome un momento, como conteniéndose para no soltarme algo realmente malo, antes de sacudir la cabeza.

—Sí que la necesitas —masculló, enfadada—. Mucho más de lo que te gustaría admitir. Y ese es tu problema, que prefieres ahogarte tú sola en tus problemas antes de compartirlos con alguien, porque eso te haría sentir demasiado vulnerable.



—¿Quieres dejar de psicoanalizarme de una vez?

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué cambie de tema, como siempre que te pones a la defensiva porque saco un tema que no te termina de gustar? Pues estoy cansada de hacer eso. No te exijo nunca que me cuentes nada, nunca. Si no quieres hacerlo, lo respeto y me callo. Y lo mínimo que podrías hacer a cambio es escuchar lo que sea que tenga que decirte.

Durante unos instantes, nos mantuvimos las dos en silencio, mirándonos, y yo sentí una pequeña oleada de culpabilidad en el pecho que hizo que me removiera incómoda en mi lugar.

Estuve a punto de pedirle perdón y decirle que tenía razón, pero no fui capaz. Mi orgullo testarudo y herido me lo impidió.

—¿Qué tienes que decirme? —pregunté, en su lugar.

Eso pareció suficiente como para calmarla un poco, porque ella suspiró.

—Que las cosas no son como tú probablemente piensas —me dijo, un poco más tranquila—. Aiden y April se conocieron hace cuatro años y empezaron a salir casi al instante, y te aseguro que él estaba pilladísimo de ella, pero su relación siempre fue un poco... bueno, inconstante. Igual podían pasarse una semana peleados como un mes enamorados. Eran un poco intensos. Lo fueron incluso cuando se casaron. Lo hicieron de repente, tras dos años de relación, en un viaje a Las Vegas por un combate de Aiden. Ni siquiera invitaron a nadie. Pero a la semana ya estaban peleados otra vez.

Era obvio que no iba a durar mucho. Y, al final, un año más tarde Aiden decidió alejarse de ella. No sé por qué, pero eso da igual. Apenas se hablan desde entonces.

Hizo una pausa, calculando mi reacción, antes de seguir.

—April solo ha visto a mis padres dos veces en su vida, yo solo he hablado con ella un puñado de veces y, aunque vivían juntos, apenas pasaban tiempo

el uno con el otro. Aiden nunca ha insinuado que la echara de menos durante este último año.

Dudo que sigan sintiendo algo muy fuerte el uno por el otro, la verdad. Si no han pedido el divorcio, será porque ninguno de los dos se ha lanzado a hacerlo, pero seguro que ambos lo firmarían enseguida.

La historia tenía sentido, y sabía que Lisa jamás me mentiría en nada, pero aún así... había cosas que no encajaban.

—Lisa, esa chica estaba furiosa cuando me vio con él —enarqué una ceja—. Y

parece lógico en una chica que sigue queriendo a su marido, pero no en alguien que quiere divorciarse.

—Bueno... yo no sé cómo está exactamente su relación ahora mismo, eso deberías preguntárselo a Aiden.

—No me apetece hablar con él —murmuré.

Lisa suspiró, pero no insistió.

—Sabes que va a llamarme cuando salga de aquí para preguntarme cómo ha ido,

¿no?

—¿Y qué le dirás?

—Pues que debería empezar a ganarse tu perdón mandándote bombones, flores... todas esas cosas.

—Qué asco —puse una mueca antes de sonreír ligeramente—. ¿No se te hace raro que seas tú la que está en medio de una pelea de este tipo? Normalmente, yo soy la que intenta reconciliaros a ti y a Holt.

—No está mal no ser la protagonista de una pelea por una vez —me aseguró.

Durante unos instantes, ninguna de las dos dijo nada. Y sabía que era porque Lisa esperaba que fuera yo quien rompiera el silencio. Finalmente, lo hice:

—Supongo que podría ir a verlo al gimnasio.

—También puedes responder a sus mensajes, ¿no?

—Prefiero hablarlo en persona. Y en un sitio neutral, no en mi casa.

Lisa sonrió como si me entendiera antes de ponerse de pie.

—Bueno, misión cumplida. Me voy a clase. Oye, esta noche he quedado con unas chicas de mi clase para emborracharme con ellas en un parque. ¿Te vienes? Seguro que alguien trae agua.

—No, gracias. Mi plan para esta noche era hincharme a helado de chocolate mientras veo películas violentas.

—Mhm... ojalá no hubiera quedado con ellas, ahora quiero verlas contigo.

—El helado de chocolate y yo estaremos disponibles para ti cuando quieras —le aseguré.

Se dirigió a la puerta con resignación, pero se giró antes de salir.

—¡Casi se me olvida! El miércoles Holt y yo vamos a ir a cenar a un restaurante, he pensado que si tú y Aiden ya... bueno... si para entonces ya habéis arreglado las cosas, igual podríais venir.

Le enarqué una ceja.

—Ya veremos.

—Bueno, yo reservaré la mesa por si acaso.

En cuanto se marchó, hice algo que no había hecho desde hacía dos días; atreverme a leer los mensajes de Aiden.

Los primeros eran de apenas una hora después de que me marchara del gimnasio, mayormente preguntándome si estaba bien o si podía venir a hablar conmigo. No había insistido al ver que no respondía, al menos esa noche. Al día siguiente, había vuelto a empezar con la ronda de preguntarme si podía acercarse a hablar conmigo porque necesitaba explicarse. Y los demás mensajes eran bastante parecidos.

Suspiré y apreté un poco los labios. Nadie nunca se había molestado tanto en querer darme explicaciones de nada. La mayoría de las veces que me había enfadado con alguien a lo largo de mi vida, ese alguien había seguido con su existencia como si nada hubiera pasado, como si yo no fuera especialmente importante en su vida como para echarme de menos.

Lo peor era saber que Aiden habría podido venir a la cafetería perfectamente, pero no lo había hecho para respetar que no quisiera hablar con él. Me mordí el labio inferior, algo arrepentida de no haberle dicho nada.

Me pasé todo mi turno bastante nerviosa, pensando en él y en si aparecería por la puerta, pero no lo hizo. El único que apareció fue Alan con su cara de amargura cuando empezó su turno.

Y Johnny, claro, a quien ya le había pedido que me llevara al gimnasio al terminar. No me había pedido nada a cambio, pero le ayudaría a lavar los platos durante unas cuantas noches para compensar que siempre me llevara ahí sin protestar.

155

Él condujo en silencio, respetando que yo estuviera sumida en mis pensamientos, mordiéndome las uñas por los nervios, mientras nos acercábamos a la tenebrosa calle en la que estaba el gimnasio. Ese día, cuando dejó el coche delante de la puerta, no se ofreció a entrar conmigo, más que nada porque yo le dije que solo sería un momento.

—Solo quiero aclarar una cosa —le aseguré.

Johnny asintió felizmente, se puso música, se acomodó en el asiento y empezó a canturrear mientras yo bajaba del coche.

El chico de la entrada volvía a masticar chicle ruidosamente cuando entré.

Levantó la cabeza, me echó una mirada desconcertada y se acercó el portátil para empezar a teclear.

Pero yo no podía dejar que ese detalle me pasara por alto, claro.

—¿Por qué me miras así? —pregunté, confusa.

—Bueno —hizo una pompa con el chicle que cuando explotó fue bastante ruidosa—, no esperaba que Aiden fuera a tener más visitas hoy.

—¿Más visitas? ¿Qué quieres decir?

—Están ahí dentro —señaló la puerta, aburrido.

—¿Quiénes?

—Abre la puerta, en lugar de preguntarme, y a lo mejor eres capaz de descubrirlo tú solita.

Quizá en otra ocasión habría respondido con algo mordaz, pero en ese momento el chico del mostrador no podía darme más igual.

Me di la vuelta hacia la puerta de entrada al gimnasio y me acerqué a ella casi con temor, como si al otro lado pudiera haber algo que cambiara mi vida, cuando en realidad la situación en sí no debería afectarme tanto.

Pero sí me afectó, porque los vi nada más abrir la puerta.

Al primero al que vi fue Aiden, que estaba de espaldas a mí, sin camiseta y con los guantes puestos. Rob y Mark estaban a su lado, hablando con un tipo alto —no tanto como Aiden—, rubio y con aspecto robusto y serio que

hablaba con ellos, apretando amistosamente el hombro de Aiden y sonriéndole con cierto orgullo.

April, claro, estaba ahí. De hecho, estaba plantada junto al hombre rubio con una pequeña sonrisa. En ese momento, empezó a reírse por algo que dijo Mark.

¿Por qué me molestó tanto que se riera?

Justo cuando iba a apartarme de la puerta, vi que el del mostrador se había acercado para cotillear conmigo. Los miraba con poco interés.

—¿Ya sabes quiénes son? —me preguntó, haciendo otra pompita.

—No —me hice la idiota, tratando de sacar más información—. ¿Y tú?

—Bueno... esa es la esposa de Aiden, creo. Y ese es su suegro.

Miré de nuevo al hombre rubio y... sí, era evidente. El parecido entre ambos era muy obvio.

—¿Su suegro? —repetí como una idiota.

—El padre de su esposa, sí.

—Parecen... muy unidos. Él y su suegro, digo.

—Supongo. Hacía tiempo que no tenía que apuntarlos en la lista de visitas de Aiden. Oye, ¿no vas a acercart...?

—No —lo corté al instante, notando que me ardía la garganta—. No. En realidad... acabo de acordarme de que debería estar en otro sitio. No hace falta que me apuntes en ninguna lista.

156

El chico me miró con extrañeza, pero al menos no intentó detenerme cuando salí otra vez del gimnasio. Me metí en el coche de Johnny con los

labios apretados y él me observó con la misma expresión confundida que el chico del mostrador.

—¿Algo va mal? —preguntó, extrañado.

—No —mentí—. Yo... ¿te importa llevarme a casa?

—¿Prefieres que vayamos a emborracharnos a algún lado?

Por un instante, la opción pareció tan tentadora que me asusté a mí misma al darme cuenta de que realmente la estaba considerando.

—No —me obligué a decir, sacudiendo la cabeza—. No, mejor volvamos a casa.

—Como quieras, encanto.

Cuando Johnny empezó a conducir, saqué el móvil y estuve a punto de decirle a Lisa que cancelara lo de la cena del miércoles —o la hiciera para tres personas— pero me detuve justo a tiempo y, en su lugar, mandé un mensaje a otra persona.

Mara: ¿Te gustaría cenar conmigo y dos amigos el miércoles?

La respuesta no tardó en llegar.

Russell: ¡Me encantaría!

9

OJALÁ

157

—¿Tienes una cita?

Eché una ojeada molesta a Zaida, que estaba en el sofá con su nuevo novio

—

madre mía, ¿de dónde los sacaba?—, acurrucados el uno contra el otro bajo la manta naranja. Ambos me miraban con cierta burla en los ojos, como si el hecho de que yo tuviera una cita fuera algo totalmente impensable.

—¿Y a ti qué te importa? —murmuré, recogiendo el abrigo de la entrada.

—Es solo curiosidad, no te pongas así. ¿Es con el boxeador?

—Sigue sin ser problema tuyo, Zaida.

—Alguien no tendrá una muy buena cita si va con ese humor —canturreó su novio, y ambos se pusieron a reírse a carcajadas.

Decidí ignorarlos y salí de casa con el bolso colgando del hombro. Se suponía que Russell ya estaba abajo y la perspectiva de ir con él a algún lado se me hacía, no sé por qué, muy interesante.

Después de todo, hacía años que no quedaba con nadie en plan cita. Ni siquiera estaba segura de que lo que había pasado con Aiden pudiera considerarse como tal.

Había sido todo un poco raro. Y precipitado.

Russell estaba apoyado en su coche jugueteando con las llaves cuando abrí la puerta de la entrada y esbozó una gran sonrisa al verme. El camino hacia el restaurante fue menos silencioso de lo que esperaba —más que nada porque a él se le daba bien sacar conversación, porque yo era horrible en ello— y me fui relajando a medida que nos acercábamos a nuestro destino, hasta el punto en que me pregunté por qué había estado tan nerviosa desde un principio.

—¿Quiénes son tus amigos? —me preguntó cuando ya íbamos hacia la puerta del restaurante.

—Oh, son Lisa, la chica que conociste en el parque conmigo, y su novio Holt.

Son muy simpáticos.



Uno de los camareros asintió cuando le dijimos que nos estaban esperando y señaló una de las mesas del fondo, cosa que me extrañó porque había ido otras veces a ese lugar y las del fondo solían ser las mesas grandes, reservadas para grupos.

Sin embargo, lo entendí perfectamente cuando me acerqué un poco y vi que la mesa no estaba puesta para cuatro personas... sino para seis.

Antes de fijarme a los otros tres —que ya podía imaginarme quiénes eran, desgraciadamente—, clavé mi ácida mirada en Lisa, que me dedicó una sonrisa temblorosa de disculpa.

Vale, solo con eso ya sabía que no lo había planeado ella. Y que estaba bastante nerviosa, de hecho.

Me atreví a levantar la mirada y vi que Holt estaba un poco encogido en su lugar, como siempre que cierto señorito estaba a su alrededor. Y ese señorito, claro, estaba sentado al otro lado de la mesa con su espléndida esposa, que no había dejado de parlotear porque no se había dado cuenta de que estábamos ahí.

158

De hecho, nadie a parte de Lisa lo había notado; Holt echaba ojeadas nerviosas a Aiden, Aiden miraba fijamente un punto cualquiera del restaurante con los brazos cruzados y April gesticulaba sin dejar de hablar de no sé qué de un musical que le gustaba.

¿Y si nos fuéramos corriendo? Todavía no nos habían visto.

Miré de reojo a Russell, que pareció algo confuso, y me dio la sensación de que no le importaría que le pidiera que nos marcháramos.

Pero, entonces, la voz de Holt me sacó de mis maliciosos planes de huída.

—¡Mara! —casi sonaba aliviado—. Por fin, ya pensábamos que os habíais quedado en casa.

Ojalá.

Dirigí una mirada nerviosa a Lisa, que me volvió a dedicar una sonrisa de disculpa. Mientras tanto, intentaba ignorar con todas mis fuerzas la mirada dorada y afilada que se había clavado sobre mí y, especialmente, sobre el pobre Russell.

—No encontraba mi móvil —mentí, levantándolo como prueba y sintiéndome bastante idiota.

—Bueno, todavía no hemos pedido.

Así que no me quedó más remedio que ocupar un lado de la mesa con Russell, con Aiden y April delante de nosotros y Lisa y Holt a ambos lados de la pobre mesa.

El silencio era tenso, sí.

Bueno, no exactamente silencio, porque Lisa hacía intentos bastante tristes de mantener una conversación, pero el único que le seguía el rollo era Russell, que supongo que no entendía por qué había tanta tensión en ese espacio tan reducido.

Yo, por mi parte, solo removía la comida sin tener mucha hambre, miraba de reojo a Lisa y Russell e intentaba ignorar de nuevo las miradas que venían del otro lado de la mesa de parte de dos personas que no parecían muy contentas de verme, aunque supuse que sería por motivos bastante distintos.

Solo una vez me permití a mí misma levantar la mirada y clavarla en Aiden, y lo descubrí observándome con los labios apretados, sin decir nada. Durante un instante, nos quedamos mirando el uno al otro y yo noté una oleada de sentimientos contradictorios en el pecho. Fui la primera en romper el contacto visual para centrarme en mi plato, aunque noté que el seguía mirándome por unos segundos más.

Ya estábamos por los postres —y yo ya tenía la esperanza de no tener que participar en ninguna conversación— cuando Holt, el pobre, tiró una bomba en medio de la mesa sin querer.

—Bueno, Mara, ¿y desde cuándo estáis juntos Russell y tú?

El silencio que siguió esa pregunta fue tan tenso que estuve a punto de reírme solo por los nervios.

—Eh... —miré a Russell en busca de ayuda, de nuevo ignorando las miraditas del otro lado de la mesa.

—Bueno, es nuestra primera cita —él acudió en mi ayuda, sonriéndome un poco.

—Exacto —dije, casi aliviada—. Pero de todas formas no tardaremos mucho en irnos, ¿no?

Le dediqué una mirada significativa, a lo que él se apresuró a asentir.

—Sí, claro.

—¿Ir dónde?

Una parte de mí esperaba que la pregunta hubiera salido de Aiden, pero había salido de April, que nos miraba con cierta curiosidad en los ojos.

159

De hecho, nos había mirado así desde el inicio de la cena. Creo que no entendía muy bien cuál era mi función en el grupo, o por qué estaba saliendo con un chico nuevo cuando unos días antes había besado a su marido.

—Mañana tengo un examen a primera hora —me salvó Russell al ver que me quedaba en blanco—. Es mejor que vuelva pronto a casa.

—¿Y ella tiene que ir contigo? —masculló Aiden.

No había dicho una palabra desde que nos habíamos sentado en la mesa, y casi se me hizo raro que hablara, como si fuera algo muy sorprendente. O quizá lo que me sorprendió fue el tono neutral que usó, claramente teñido de otro mucho más desdeñoso que había intentado ocultar sin mucho éxito.

—No es problema tuyo, Aiden —intervino Lisa en su mejor tono de mediadora.

Aiden no dijo nada, pero sí que miró a Russell fijamente, casi como si quisiera clavarle el tenedor en un ojo.

—Bueno —concluí, haciendo un ademán de sacar la cartera—, ¿qué...?

—No hace falta pagar —intervino April—. El restaurante es de mi madre.

—Oh —me sentí un poco incómoda sin saber por qué—. Pues... gracias por invitarnos. Ha sido una cena... ejem... muy divertida.

—Seguro —murmuró Lisa con una mueca.

Me apresuré a levantarme para que Russell me siguiera y, menos mal, lo hizo.

Salimos del restaurante en tiempo récord, casi dejándonos los abrigos en el proceso.

Russell se detuvo junto la entrada, asegurándose de que los demás no se habían movido de la mesa. Yo hice exactamente lo mismo.

—Bueeeeno... —murmuró—, desde luego, no ha sido la cena más relajada en la que he estado.

—Perdón por traerte, Russell, si hubiera sabido que ellos dos estarían...

—No te preocupes, ha sido casi divertido ver como el grandullón me atravesaba con la mirada.

Lo miré, algo incómoda, cuando se metió las manos en los bolsillos y enarcó una ceja.

—¿Me has invitado solo para poner celoso a otro?

La pregunta era muy sencilla. Ojalá la respuesta también lo hubiera sido.

—No —frunci un poco el ceño, incómoda—. Yo... ni siquiera sabía que estaría aquí.

—Pero está claro que hay algo entre vosotros dos. Cualquiera se habría dado cuenta.

—No hay nada. Está casado.

—Sí, y tienes cara de que eso te jode mucho.

Lo peor es que ni siquiera parecía enfadado conmigo, solo curioso por saber la verdad. Y, sinceramente, me merecía que se enfadara conmigo.

—No me jode. Me da igual. Y preferiría no seguir hablando de ese capullo.

—Como quieras —ladeó un poco la cabeza—. ¿Prefieres hablar de nuestro nulo futuro como pareja?

Dudé un momento antes de sonreír al ver que estaba bromeando.

—No lo digas de esa forma.

—Es verdad, ¿no? Es decir... me caes bien, y quiero pensar que yo te caigo bien, pero no tenemos mucha química.

160

—No todo es... sobre química.

—Si tienes que convencerte a ti misma de que te gusto, esto no tiene mucho sentido.

Hubo un momento de silencio cuando él señaló la puerta cerrada del restaurante.

—Ése chico sí te gusta. Yo te caigo bien. E ahí la diferencia.

—Russell...

—No te preocupes, tampoco es como si hubiéramos salido seis años y ahora me enterara de esto —sonrió, encogiéndose de hombros—. Igual tendríamos más futuro como amigos.

—Yo no soy muy buena en eso de tener amigos. Bueno... no soy muy buena en eso de relacionarme con la gente, en general.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco. ¿Te has quedado con ganas de postre?

Media hora más tarde, estábamos los dos sentados en el mismo banco en que habíamos hablado unos días atrás, solo que esta vez era de noche y, en lugar de atuendos de deporte, ambos íbamos bastante abrigados. Y yo tenía un helado en la mano —porque sí, comía helado incluso en plena noche y en pleno otoño, era así de lista—.

Russell se había conformado con encenderse un cigarrillo, sentado a mi lado.

Debió notar la miradita que le echaba, porque sonrió mientras le daba la primera calada.

—Lo estoy dejando —me aseguró, y el tono sonaba a que había dicho lo mismo otras cincuenta veces.

—Bueno, no voy a juzgarte. Yo empecé a fumar a los catorce.

—¿A los catorce? Joder.

—Mi madre fumaba, su novio fumaba... una hace lo que ve en casa, supongo.

Dios, todavía recordaba esa época con mi madre y su novio en esa estúpida caravana. Ni siquiera recordaba muy bien por qué había accedido a irme a vivir con ellos, aunque fuera de forma temporal. Debí haber escuchado a mi padre, que me decía que no lo hiciera porque mi madre era una irresponsable.

Pero, claro, ¿a qué chica de catorce años no le gusta tener una madre un poco irresponsable que no le controle la hora de retorno a casa, si bebe, si fuma o si sale con chicos? Supongo que ella me ignoró demasiado, y supongo que yo abusé demasiado de ello.

—Mi madre siempre ha sido anti-tabaco —murmuró él, observando el cigarrillo distraídamente—. Su padre fumó durante años y terminó muriendo de cáncer de pulmón. Yo ni siquiera llegué a conocerlo. Supongo que por eso se escandaliza cada vez que me ve con un cigarrillo.

—Leí por ahí que con hipnosis podrías dejarlo —bromeé, divertida.

—Uf, no. Imagínate que me preguntan el pin de la tarjeta o algo así. Se quedarían con los veinte tristes dólares que tengo en el banco.

Empecé a reírme y casi se me cayó el helado. Menos mal que logré rescatarlo a tiempo de una caída mortal.

—Bueno —concluyó, mirándome de reojo—. ¿Vas a empezar a contarme ya la trágica historia que justifica que odies que te toquen?

161

El hecho de que lo preguntara tan directamente casi hizo que diera un respingo, pero me contuve justo a tiempo.

—No sé de qué hablas —mentí descaradamente.

—Bueno, odias el contacto humano. Eso está claro. Evitas continuamente cualquier tipo de contacto físico, ya sea con tus amigos o conmigo. ¿O me estoy volviendo loco y me lo he imaginado?

Puse una mueca, dejando de comerme el helado por un momento. Se me había quitado un poco el hambre.

—Es una larga historia —concluí—. Y no me gusta hablar de ella.

Russell me observó unos segundos antes de asentir.

—Tienes razón. Perdón por sacar el tem...

—Alguien... me hizo algo muy malo.

Me sorprendí a mí misma al decirlo en voz alta. Especialmente a alguien que no fuera de mucha confianza, como Russell.

Pero, de alguna forma, era mucho más fácil contárselo a él, que apenas me conocía, que contárselo a papá, a Grace o a Lisa. Era mucho más fácil.

Russell me miró con cierta precaución, como si le diera miedo preguntar sobre el tema.

—Pero, lo peor... —continué, con la mirada perdida en un punto cualquiera del parque—, lo peor no fue el hecho en sí.

Russell dudó una eternidad antes de atreverse a preguntar.

—¿Y qué fue?

—Lo que pasó... yo... bueno, quizá no habría sido tan horrible si no hubiera sido por lo que pasó después. Primero... yo no quería hablarlo con nadie. Ni con mi padre, ni con mi madre, ni con Grace, la novia de mi padre... y no tenía cerca a Lisa, que es la única persona del mundo que me aguanta de verdad. No quería hablarlo con absolutamente nadie.

Incluso yo podía notar en mi propia voz que necesitaba contárselo a alguien que no fuera una doctora, que no fuera una profesional que pudiera darme un punto de vista clínico y artificial. Necesitaba contárselo a alguien que simplemente quisiera escucharme.

Y Russell debió entenderlo, porque asintió con la cabeza, observándome.

—¿Nunca se lo llegaste a contar a nadie?

—Solo a Grace —murmuré, tragando saliva—. Ella... se volvió loca. Lo primero que quiso hacer fue ir a matar a ese chico, pero luego lo pensó mejor y optó por ir a la policía conmigo. Decía que lo que se merecía era pudrirse en la cárcel. Nada más decirles a los policías lo que había pasado,



me condujeron a una sala apartada con Grace y nos hicieron esperar una hora antes de que apareciera alguien. Y quienes aparecieron fueron dos policías con cara de querer estar en cualquier otra parte menos en esa, como si el tema fuera aburrido. Uno de los dos era el jefe de policía —añadí con una sonrisa amarga—. Ese era el que parecía más aburrido de los dos, especialmente cuando les conté todo lo que había pasado.

—Menudos gilipollas —murmuró Russell—. Espero que al menos te dejaran poner la denuncia.

—Oh, sí, me dijeron que la pusiera. Y, en lugar de preguntarme cosas sobre el chico, empezaron a preguntarme cosas sobre mí.

162

Él se giró hacia mí, confuso.

—¿Qué quieres decir?

—Que me preguntaron qué llevaba puesto —empecé, con la mirada clavada en un punto fijo y un nudo en la garganta—. Me preguntaron si iba borracha, drogada...

si había estado insinuándome, si en algún momento había especificado que no quería hacerlo... incluso me preguntaron si creía que era yo misma quien había propuesto subir a una habitación y luego me había arrepentido. Y otras... cosas. Como, por ejemplo, cuando el jefe de policía me preguntó si realmente había sido consentido y me había arrepentido, que quizá por eso insinuaba que no lo había sido.

Hice una pausa, notando que la furia que había sentido hace unos años, la vergüenza, la impotencia... ahora solo eran una especie de peso frío y duro en mi interior.

—Pero lo peor de todo... lo... lo que más recuerdo —seguí en voz baja— es la cara que pusieron los dos policías cuando les di el nombre del chico.

Russell frunció el ceño.

—¿Qué cara pusieron?

—Primero, de sorpresa. Después, no sabría decirte.

—¿Por qué?

—Porque el que me había hecho eso era el hijo del jefe de policía.

Hubo un instante de silencio antes de que Russell soltara un resoplido.

—Si alguna vez tengo un hijo y me entero de que le hace algo así a alguien... le faltará mundo para correr y huir de mí.

—Pues él no debió pensar como tú, porque me soltó algo como que no era culpa de su hijo que le hubiera puesto los cuernos a mi novio con él, que apechugara con las consecuencias de mis actos y no le hiciera perder el tiempo.

—¿Y no le diste una bofetada?

—Nunca he sido muy partidaria de la violencia.

—Yo tampoco, pero hay personas que se merecen una patada que los mande fuera de la estratosfera.

Sonreí un poco, sacudiendo la cabeza.

—Perdona por sacar una conversación tan deprimente —murmuré, mirándolo de reojo—. Hay temas más alegres en el mundo.

—Yo te lo he preguntado, no te disculpes.

Nos quedamos los dos en silencio un momento cuando yo volví a comer mi helado, aunque la verdad es que ya no tenía demasiada hambre.

—¿Sabes...? —empezó, pero se cortó a sí mismo.

Lo miré enseguida.

—¿Qué pasa?

—Es... —Russell cerró los ojos un momento antes de mirar su cigarrillo a medio fumar con una mueca—. Tu historia... bueno, me ha recordado un poco a otra.

—¿A qué otra?

—Bueno, en el instituto había una chica que me gustaba mucho. Era... genial.

A mucha gente no le caía bien porque era un poco doña perfecta, ¿sabes? Siempre quisquillosa, con notas geniales, buena en deportes, un poco maniática del orden y de la organización, especialmente en los proyectos en grupo... pero a mí me encantaba.

Estuve casi dos años limitándome a mirarla, medio embobado. Y lo único que recibí de 163

su parte fue un: tu camiseta tiene una arruga, Russell. Aunque, eso sí, me encantaban los momentos en los que ella sentía la necesidad de aplastármela con las manos.

Sonreí un poco al ver cómo se le iluminaba la mirada al hablar de ella.

—¿Llegaste a pedirle salir?

—No —su sonrisa de apagó casi instantáneamente—, en nuestro último curso juntos, tuvo un accidente de coche con su hermano mayor y su padre. Ellos dos apenas se hicieron nada, pero ella sí. El golpe del otro coche fue directamente en el asiento del copiloto, y se quedó arrinconada entre el respaldo y la puerta aplastada. Se jodió la médula espinal. Y, claro, perdió la movilidad de la cintura para abajo. El resto de su vida, será en silla de ruedas.

Lo miré, perpleja, antes de apartar la mirada.

—Lo siento mucho.

—Bueno, sonará algo... ejem... feo... pero la verdad es que a mí no me afectó tanto como a sus amigos o a su familia. Es decir, apenas la conocía. Solo me gustaba físicamente. Fui a verla, por supuesto, y estuve en la fiesta que le hicieron cuando volvió a casa, pero... no te he contado la historia por eso. Te lo he contado porque recuerdo lo que pasó con el otro conductor.

Hizo una pausa y puso una mueca, como si tuviera un regusto amargo en la boca por hablar de ello.

—Resulta que era un tipo de veintimuchos con antecedentes de conducción temeraria. No estaba borracho, ni tampoco drogado, pero se descubrió que había estado mirando el móvil justo antes de estrellarse. Por eso se saltó el cruce y se estampó contra el coche del padre de esa chica. Y, sin embargo, no recibió ningún tipo de sanción.

—¿Cómo? —lo miré, pasmada—. Pero... acabas de decir que fue culpa suya.

—Sí, pero resulta que era el hijo de no sé qué juez importantísimo. No sé cómo se las apañaron, pero de un día para otro todo el mundo había dejado de hablar de esa chica. Y en los medios de comunicación ni siquiera llegó a aparecer el nombre de ese chico.

Aparté la mirada. Incluso yo, que no tenía nada que ver con la historia, pude sentir el peso de la injusticia creciendo dentro de mí. Esa muy desagradable. Nadie se merecía eso.

—Pero —añadió Russell, mirándome—, una semana más tarde de que se retiraran los cargos, el hermano mayor de esa chica se presentó en casa del tipo que había provocado el accidente. Supongo que ya te imaginarás a qué iba, claro. Menos mal que no le hizo nada, porque probablemente hubiera terminado en la cárcel.

—¿Por qué no le hizo nada?

—Porque se lo encontró con un cinturón alrededor del cuello, colgando del armario de su habitación.

Abrí mucho los ojos sin poder evitarlo, pero no tardé en deducirlo.

—La culpa —murmuré.

—Exacto. No podía soportar vivir sabiendo que había arruinado la vida de una chica de dieciséis años. Y menos sabiendo que no había recibido ningún tipo de castigo por eso. Con todo esto... no quiero decir que se lo mereciera, pero... me gusta pensar que hay algo que regula estas cosas, ¿sabes? No tiene por qué ser Dios, o el karma, o 164

lo que quieras llamarlo, pero definitivamente hay algo. Tarde o temprano, esas personas que hacen esas cosas tan malas... terminan pagando de alguna forma.

Hizo una pausa antes de mirarme.

—Espero que el chico que te hizo eso termine pagando de alguna forma, Mara.

Esa conversación con Russell me dejó mucho más pensativa de lo necesario durante el camino de vuelta a casa.

Todos esos años había intentado alejar cualquier posible recuerdo acerca de esa noche de mi cabeza, pero... ¿y si la culpa había consumido a...?

No, no era capaz de decir su nombre. Ni siquiera en forma de pensamiento. Era...

me evocaba demasiados recuerdos desagradables.

Pero una parte de mí, una pequeña y vengativa... deseaba que se hubiera consumido en la culpa. Deseaba que se hubiera ahogado en ella y no fuera capaz de salir de su propio pozo de desesperación, la desesperación que provoca saber que has hecho algo a alguien... algo tan grave... que nada podría arreglarlo. Nunca. La desesperación saber que has destrozado una parte de alguien que jamás podrá recuperar por tu culpa.

Deseaba que él también tuviera pesadillas cada noche, que recordara mi cara cuando me dio ese puñetazo y me apretó la cabeza contra el colchón.

Que recordara la forma en que intenté gritar. La forma en que sollocé tan fuerte contra la cama que me dolió la garganta durante días. La forma en que me dejó moretones por todo el cuerpo por agarrarme de esa forma tan brutal. La forma en que me retorcí, gritando contra el colchón, cuando me subió el vestido. La forma en la que empecé a intentar apartarme, desesperada, cuando creí que iba a morir ahogada... y todo lo que hizo él fue reírse, arrancarme las bragas y bajarse los pantalones.

Quería que fuera consciente de todo había sido obra suya. Que él, solo, había arruinado la vida de otra persona. Mi vida. Porque nunca volvería a ser la misma. En el fondo, lo había sabido desde ese momento, ese preciso momento en que me había dado un puñetazo y me había obligado a entrar en esa habitación. Cuando saliera de ella, nada volvería a ser lo mismo. Nunca. Me había roto, de alguna forma. Había arrancado una parte de mí, la había pisoteado, la había destrozado solo para divertirse... y yo nunca podría recuperarla. Solo por esa noche. Solo por una noche.

Solo por una decisión precipitada provocada por el alcohol.

Y yo nunca volvería a ser la misma. Así de fácil era arruinar la vida de alguien.

Ojalá viera mi cara cada noche antes de dormirse y fuera consciente de lo que había hecho. Ojalá.

Ojalá se ahogara en la maldita culpa, ojalá le consumiera por dentro y lo dejara tan destrozado como él me había dejado a mí. Ojalá no fuera capaz de volver a tocar a una chica, igual que yo no había sido capaz de volver a tocar a un chico. Ojalá no fuera capaz de ver nada sexual sin que le entraran ganas de vomitar, como yo. Ojalá no fuera capaz de soportar que lo agarraran de la nuca por terror a que lo ahogaran contra un colchón. Ojalá no pudiera escuchar mi nombre sin que una hilera de recuerdos horribles hicieran que le faltara el aire, le doliera el pecho y sintiera que se ahogara en su propia desesperación, una desesperación que había provocado él mismo.

Ojalá lo que me había hecho lo consumiera tanto que, por lo menos, sirviera para que no volviera a hacérselo a nadie más.

Era la única esperanza a la que me había aferrado durante esos años: a que no se atreviera a hacérselo a nadie más. Que nadie más tuviera que pasar por esto nunca.

Nadie se lo merecía esto. Nadie.

Russell me distrajo al aparcar el coche delante de mi casa. Le dediqué una sonrisa de agradecimiento, ignorando la peligrosa retahíla de pensamientos compulsivos que me habían invadido la cabeza durante ese corto trayecto.

—Gracias. Por todo.

—A ti. Me encantan las conversaciones deprimentes. Podemos tener otra cuando quieras.

Esta vez, la sonrisa que le dediqué fue divertida.

Me despedí de él y bajé del coche. Escuché que se marchaba casi al mismo tiempo en que yo abría la puerta, pensativa. Subí las escaleras casi automáticamente, sin ser muy consciente de lo que hacía, y no me detuve hasta llegar a mi pasillo.

Donde, para mi sorpresa, había alguien sentado delante de la puerta.

—¿Aiden? —pregunté, confusa.

Él, que prácticamente se había quedado dormido con la cabeza en las rodillas, se puso de pie de golpe, mirándome.

—Por fin —me frunció el ceño—. ¿Dónde estabas?

—Con Russell, obviamente.

Me puso una mueca de irritación, pero no dijo nada.

—Aiden, no estoy de humor para esto —le aseguré. Seguía demasiado sensible por hablar de esos temas, no estaba lista para enfrentarme a una

conversación con Aiden.

—¿Para qué no estás de humor? ¿Para dejarme explicarte lo que pasa entre April y yo? ¿Por qué no...?

—Te he dicho que no estoy de humor —repetí, pasando por su lado.

—Los dos sabemos que, si no te lo digo ahora, no vas a dejar que te lo diga nunca.

Lo ignoré, o eso intenté, cuando metí la llave en el cerrojo de la puerta. Intenté meterme en casa a toda prisa, pero justo cuando intenté cerrar la puerta, él la detuvo con una mano.

—¿Se puede saber por qué no quieres hablar conmigo? —preguntó, enfadado—.

¿Por qué no puedes, al menos, escucharme?

—¡Porque ahora mismo no estoy de humor!

—¿Y mañana lo estarás? Vamos, no mientas.

—¡Déjame en paz de una maldita vez! —exploté contra él sin tener ningún motivo aparente, cosa que pareció sorprenderlo un poco—. ¡Vete con tu esposa, o lo que sea, y déjame en paz con mis traumas y mis mierdas! ¡Lo último que necesito en mi vida son problemas! ¿Es que no lo entiendes?

—Nadie puede evitar todos los problemas, Amara.

—No, pero este si puedo evitarlo. Solo tengo que cerrarte la puerta en la cara.

Cuando volvió a detenerme justo cuando estaba a punto de cerrarla, sentí que empezaba a tener ganas de llorar. No estaba muy segura de si era por rabia o por otra cosa, pero empezaron a escocerme los ojos.

—¡Vete! —le grité, sin que los vecinos o Zaida, que estaba con su novio en su habitación, me importaran una mierda.



—No hasta que me escuches.

—¡No quiero escucharte! ¡No me debes ninguna maldita explicación! ¡No soy tu novia, no soy nada tuyo! ¡Lo único que he sido durante estos meses es tu dolor de 166

cabeza! ¡Deberías estar agradecido de que sea yo quien me aparte antes de que sea demasiado tarde!

—¿Demasiado tarde? ¿Para qué?

—¡Para que veas cómo soy en realidad!

Él frunció el ceño, volviendo a detener la puerta con la mano.

—Te conozco desde que éramos dos críos, ¿qué...?

—No, no es lo mismo. La gente cambia. De pequeña era de una forma, pero ahora ya no.

—Todo el mundo cambia.

—¡No como yo! ¿Es que no lo ves? ¿No lo entiendes? ¿A qué demonios has venido?

¿A que me olvide de que estás casado y tengamos una relación? ¿De verdad quieres perder tu tiempo con alguien como yo? Ni siquiera puedo soportar que me toques sin tener un ataque de ansiedad, ¿de verdad quieres tener una relación con una persona...

con una persona así?

Durante unos instantes, él no dijo nada, y una parte de mí esperaba que me mirara con lástima, como cualquier otra persona. Pero... él no. Él apretó los labios, enfadado.

—¿Una persona así? —repitió, casi como si me retara a decir lo que tenía en la cabeza—. ¿Y qué se supone que significa eso?

Mis cuerdas vocales se adelantaron a la parte de mí que no quería decir la verdad a Aiden, que no quería espantarlo y que se marchara. Y dije algo que, desgraciadamente, llevaba pensando durante mucho tiempo, solo que nunca me había atrevido a decirlo en voz alta, como si eso lo hiciera menos real.

—Una persona rota —le dije en voz baja, notando que se me formaba un nudo en la garganta.

Aiden pareció querer decir algo, pero me adelanté.

—Lo he estado durante años y lo seguiré estando el resto de mi vida. Te mereces algo mejor que eso.

—No digas tonterías.

—Estoy rota.

—No, Amara, tú no estás rota. Tienes grietas... pero todos las tenemos. Y ninguna grieta es tan grande como para que no pueda ser curada.

Me quedé mirándolo fijamente, sin saber qué decir. No me había dado cuenta de haber estado llorando, pero ahora era consciente del rastro húmedo que bajaba desde mis ojos hasta mi cuello. Agaché la cabeza, tratando de calmarme, pero solo sirvió para que el nudo de mi garganta, el que amenazaba con arrancarme un sollozo, aumentara su tamaño.

—Vuelve a casa, Aiden —le dije en voz baja.

Di un paso atrás y cerré la puerta, esta vez sin obstrucciones de su parte. Apoyé la frente en ella y escuché que él hacía lo mismo al otro lado. Cerré los ojos.

—¿Por qué nunca me haces caso? —murmuré, negando con la cabeza.

—Porque nunca tienes razón —murmuró él, y casi me sacó una pequeña sonrisa.

De nuevo, nos quedamos en silencio, aunque ninguno de los dos se movió de su lugar. De hecho, estuvimos tanto tiempo en silencio que llegué a creer que él se había marchado, pero noté la vibración de la puerta cuando apoyó una mano en ella.

—No sé qué te pasó, o qué te hicieron —empezó en voz tan baja que era difícil entenderlo—, pero nunca cambiaría mi forma de verte por ello.

—Sí lo harías. Todo el mundo lo hace.

167

—Yo no soy todo el mundo.

No dijo nada más, al menos, por unos segundos.

—Si me voy... —empezó, dubitativo—, prométeme que mañana podré hablar contigo sin que me rehúyas.

—Me gusta mucho rehuirte —bromeé en voz baja.

—Estoy hablando en serio.

Tragué saliva, tardando unos instantes en responder.

—Está bien. Lo prometo.

—Bien —casi sonaba como si se hubiera quitado un peso de encima—, bien...

yo... buenas noches, Amara.

—Buenas noches, capullo.

Escuché lo que pareció una corta y triste risa al otro lado de la puerta antes de que él se alejara de ella y se marchara en dirección a las escaleras.

10

—¿Russell? —repitió la doctora Jenkins, revisando sus notas con el ceño ligeramente fruncido—. ¿Lo habías mencionado antes?

—No, no... lo conocí hace poco. Pero es muy simpático.

—¿Y por qué decidiste contarle lo que te sucedió?

Suspiré, mirando el techo de la consulta. Ya había estado ahí tantas veces que me sentía como si estuviera en casa.

—No estoy muy segura —admití—. Supongo que... era más fácil. Él acaba de conocerme, no me preguntará por qué no se lo había contado antes, ni me dirá que ya sabía que había cambiado, que debería haberlo hablado con alguien...

—¿Crees que si se lo contaras a tus padres o a tus amigos te reprocharían no haberlo dicho antes?

Vale, expuesto de una forma tan clara sonaba algo ridículo.

—No lo sé... ¿quizá? Han pasado unos cuantos años. Y supongo que se imaginan que actúo de forma extraña por algún motivo.

—¿Alguna vez te han mencionado algo del tema?

—No, pero... lo respetan. Especialmente Lisa, que es de esas personas que se pasan el día abrazando y besuqueando a la gente. Ya odiaba que lo hiciera cuando éramos pequeñas, pero lo hacía igual. Si embargo... no es lo mismo ahora. El primer día que le pedí que no me tocara, lo respetó. Nunca lo ha vuelto a hacer y nunca me ha preguntado sobre el tema.

Hice una pausa, torciendo un poco el gesto.

—Pero... bueno, el otro día tuvimos una pequeña discusión.

—¿Por qué?

—Por lo que le he contado de Aiden. Ella intentó hablarme del tema y yo me puse muy a la defensiva. Me dijo que estaba cansada de que, siempre que estaba mal, le echara la culpa a ella. Y que debería aprender a aceptar ayuda.

La doctora Jenkins sonrió, divertida, y se ganó una mirada de indignación de mi parte.

—¿Qué es tan gracioso?

—Bueno, no puedes negar que Lisa tiene algo de razón. Especialmente en eso último.

—¡Que no me guste pedir ayuda no significa que no... no sepa hacerlo cuando es necesario!

—¿Cuándo fue la última vez que pediste ayuda a alguien, Mara?

—A Johnny se la pido mucho, para que me acompañe a...

—No, me refiero a ayuda en algo muy importante para ti. Algo en lo que realmente necesites ayuda, pero te resulte difícil admitirlo.

El silencio que siguió a esa frase fue tan largo que noté que se me encendían las mejillas.

—Bueno... —empecé al final, enrojeciendo aún más—. Podría pedirla si quisiera.

La doctora Jenkins suspiró y me miró con esa expresión de regañina que tanto me recordaba a Grace justo cuando estaba a punto de hacer lo mismo que ella.

169

—Mara —empezó, observándome—, ¿te importa que te dé mi opinión sobre el tema?

—Pues... no. Para eso la pago.

—Bueno —sonrió un poco—, creo que Lisa no iba muy mal encaminada con lo que te dijo. Sientes que pedirle ayuda a alguien en algo realmente importante te haría parecer débil, codependiente y heriría tu orgullo. Prefieres hacer las cosas por tu cuenta porque, 1) Quieres tener el poder de decir que has podido hacerlo tú sola y 2) Te horroriza pensar que alguien pueda saber una verdadera debilidad tuya. Tienes miedo de que puedan usarla en tu contra. ¿Me equivoco?

Negué torpemente con la cabeza tras otros pocos segundos de silencio.

—Supongo que no.

—Mara, pedir ayuda no te hace débil, ni menos orgullosa. De hecho, siempre he creído que es bastante valiente ser capaz de asumir que necesitas ayuda y, especialmente, ser capaz de pedirla. ¿No crees?

Cuando salí de su consulta, me quedé sumida en un silencio pensativo en el que estuve tan inmersa que volví a casa casi automáticamente. Me pasaba cada vez que salía de su consulta. Supongo que era signo de que era una buena psicóloga.

O psiquiatra. No... seguía prefiriendo psicóloga. Sonaba mejor.

Subí las escaleras del edificio, o al menos la mitad, porque me detuve a medio camino y bajé la mirada a mi móvil. El nombre y la foto de Lisa aparecían en la pantalla.

—Hol... —empecé al descolgar.

—¿Por qué no miraste mis quinientos mensajes anoche? —protestó—. ¡O a mis quinientas llamadas!

—¿Eh?

—¡Intenté avisarte por todos los medios posibles de que no fueras al restaurante!

Silencio.

—¿En serio? —pregunté como una idiota.

—¡Pues sí! Resulta que esos dos habían ido a cenar ahí porque la madre de April es la dueña o no sé qué y, en cuanto nos vieron, April se empeñó en cenar con nosotros.

¡Pensé que si te avisaba no vendrías!

Me pasé una mano por la cara. Mierda. ¿Cuánto hacía que no miraba el móvil?

Desde ayer por la mañana, seguro.

—No lo vi —murmuré.

—Bueno... —ella suspiró—, si te consuela, no estuvieron mucho más tiempo que vosotros. En cuanto os marchasteis, Aiden empezó a decir que se quería ir a casa. Al final, April no pareció muy contenta por tener que marcharse tan pronto, pero lo hizo.

Y Holt estuvo encantado, claro, cuando tiene a mi hermano cerca está más tenso que un cerdo en una carnicería.

Sonreí un poco y sacudí la cabeza, aunque ella no pudiera verme.

—Siento haberte gritado ayer —dije de pronto.

Si había algo que no hiciera muy a menudo, era pedir disculpas.

De hecho, tras más de quince años de amistad con Lisa, quizá le había pedido disculpas... no sé... ¿unas cuatro veces? No lo recordaba muy bien. Pero no era muy dada a disculparme por nada. Al menos, verbalmente. Tenía otras formas de hacerlo.

170

Compraba algo para compensarla, o me acercaba a su casa y accedía a mirar una de esas películas románticas y cursis que tanto le gustaban y yo tanto odiaba... pero pocas veces lo decía.

El silencio que hubo al otro lado de la línea durante unos segundos me indicó que ella estaba tan sorprendida como yo por lo que había dicho. Lisa se aclaró la garganta torpemente antes de ser capaz de responder.

—No pasa nada —dijo finalmente—. Yo... también lo siento. No debí echarte en cara nada de lo que te dije. Y debí decirte antes lo de Aiden.

—Hoy hablaré con él —murmuré.

—Bueno, si se pone pesado, dile que como no te deje en paz llamarás a mi madre.

Se callará enseguida. Mi madre da miedo cuando se enfada. Y si se entera de que Aiden te ha estado molestando...

Sonreí un poco al recordar a Claire, la madre de Lisa, Aiden y Gus Gus. La había adorado durante toda mi infancia y una parte de mí siempre se había preguntado si era porque era lo exactamente opuesto a mi madre; responsable, estable, simpática, cariñosa... sí, esos tres tenían suerte. No es que mi madre fuera mala, y mucho menos mi padre, pero no habría estado mal criarme con alguien así en casa.

—Lo tendré en cuenta —fruncí el ceño—. Oye, Lisa, ¿no tenías un examen en diez minutos?

—¿Eh? —su voz subió diez decibelios—. ¡AAAAAHHHHH!

Colgó antes de que pudiera reaccionar y sonreí. En ese aspecto, no echaba de menos estudiar, te lo aseguro.

Llegué al trabajo cinco minutos antes de empezar mi turno, ganándome una sonrisa de mi jefa, la señora Myers, que ese día estuvo ahí la mitad de mi turno. Hacía mucho que no se pasaba por el local.

El pobre Alan ya no pudo usar la excusa de ¿qué más da si soy lento, si la jefa no me ve? Porque... bueno, la jefa lo estaba viendo.

De hecho, estaba de pie a medio metro de él, con los brazos cruzados y una ceja enarcada, ejerciendo su instrumento de tortura favorito: la presión de la



mirada en la nuca de algún pobre empleado torpe.

Resultado: ocho clientes con los cafés erróneos, dos bandejas en el suelo y una mancha de café en mi camiseta cuando uno de los vasos salió volando en mi dirección.

Un turno genial, vamos.

Me pasé casi cinco minutos en el cuarto de baño frotando la mancha como una posesa, pero solo conseguí que el marrón se convirtiera en un tono claro un poco raro que era todavía más grande que el anterior. Puse una mueca e intenté cubrirlo con el delantal sin mucho éxito. Aunque... bueno, tampoco es como si alguien le fuera a prestar atención. Todos los clientes estaban pendientes de las cartas, no de mí.

Cuando volví a la cocina para dejarle un pedido a Johnny, vi que él estaba tomándose un momento de descanso mientras esperaba que la carne de las hamburguesas estuviera en su punto.

—Anoche volví a quedar con la mujer chilena —me dijo con una sonrisita de triunfo.

—Supongo que no volvió a llamarte aweonao culiao.

171

—Nah. Bueno, la verdad es que sí, pero... ejem... es que es un poco intensa. Le gusta insultarme y después me besuquea —puso una mueca—. No sé si debería no gustarme... pero me gusta.

—Qué rarito eres, Johnny.

—Me dijo la persona más normal de este local.

—¿Ves a alguien más normal que yo aquí dentro?

—Tu novio. ¿Qué le ha pasado?

Me quedé mirándolo un momento, confusa, antes de darme la vuelta para ver lo que estaba señalando. Aiden acababa de entrar en el local. Todavía llevaba ropa de deporte y la bolsa del gimnasio colgada del hombro. Pero... había algo que no encajaba.

Tenía una herida pequeña y cubierta en la frente, y lo abultado de su brazo bajo la sudadera no podía ser otra cosa que una venda para otra herida.

¿Qué...? ¿Se había metido en una pelea? ¿Qué demonios...?

Estuve a punto de preguntar cuando se acercó a la barra y se inclinó sobre ella, pero se me adelantó:

—¿Cuánto te queda de turno?

—Ya ha terminado —le dijo Johnny alegremente, viendo que yo no iba a responder.

—Bien —Aiden señaló la puerta con la cabeza—. Te espero fuera.

Me quité el delantal y me puse el abrigo a una velocidad que hizo que Alan casi se mareara al verme y salí apresuradamente por la puerta de atrás, sorprendiéndome al encontrar a Aiden ahí, apoyado con la espalda en la pared y la bolsa en el suelo. Me acerqué apresuradamente con el ceño fruncido.

—¿Con quién te has peleado?

Durante un momento, me miró con confusión, pero no tardó en cambiar a diversión.

—¿En serio? ¿Eso es lo primero que vas a asumir?

—Eres boxeador, sabes dar golpes...

—...también se esquivarlos.

—¡No siempre!

—Oh, vamos, Amara. He venido con la bolsa, con heridas, andando... ¿no te da ninguna pista?

Vale, sí, me daba unas cuantas.

—¿Qué...? ¿Qué te ha pasado con el coche?

Él puso una mueca, cosa que me indicó que había acertado.

—Digamos que... tuve un pequeño accidente —se pasó una mano por el pelo y suspiró—. No voy a tenerlo de vuelta en unos pocos días. Hasta entonces... bueno, el entrenador dice que así hago ejercicio extra andando de un lado a otro, supongo que no todo es malo.

Eso probablemente era un intento de broma, pero no funcionó demasiado bien, debió suponerlo por mi cara.

—No es nada grave —se subió la manga de la sudadera todo lo que pudo y me acerqué para ver que todo estaba vendado a partir de su codo, cubriendo gran parte del tatuaje—. Se me clavaron unos cuantos cristales, pero eso es todo.

—¿Eso es...? ¿Qué pasó? ¿Qué estabas haciendo?

172

—¡Nada! —se defendió, antes de poner una mueca, como un niño que está a punto de confesar una travesura—. Fue... cuando me marché de tu casa.

Parpadeé dos veces antes de poder reaccionar, y di un paso atrás.

—¿Fue... por...?

—¡No! —me detuvo al instante en que vio por dónde iba—. No, no fue porque pensara en lo que había pasado. Es decir, sí que pensaba en ello, era difícil no hacerlo...

pero no fue por eso.

—¿Y por qué fue?

—Yo... —cerró los ojos un momento—, April me estaba esperando en mi casa.

Durante un instante, no supe qué decirle. No la conocía tanto como para llegar a una conclusión con tan poca información.

—¿Y qué pasó? —pregunté al final.

—Ella... digamos que se alteró un poco por lo de la cena. No le gustas mucho, aunque no es culpa tuya, sino mía. Tuvimos una discusión... en fin, lo de siempre. Al final, me ofrecí a llevarla a casa. Y ella puso a llorar.

Hizo una pausa, sacudiendo la cabeza.

—Intenté detenerme y consolarla, pero me gritó que quería llegar ya a casa, así que intenté seguir conduciendo... seguimos discutiendo... y en algún momento ella agarró el volante y giró el coche para que chocáramos con una farola.

Entreabrí los labios, pasmada, pero él no parecía sorprendido en absoluto.

—No pasó nada muy grave. El cristal se reventó, igual que la parte delantera del coche, pero... la verdad es que tuvimos suerte. Ella solo tuvo unos rasguños y yo esto.

El que salió peor parado fue mi pobre coche.

—Aiden, ¿me estás diciendo que esa chica te giró el volante... para que chocarais?

Aiden puso mala cara, como si fuera algo muy desagradablemente normal.

—¿No tienes frío? —preguntó de repente—. ¿Quieres que vayamos a algún sitio?

Al final, el sitio en cuestión fue un bar no muy lejano a mi edificio —por si tenía que salir corriendo, más que nada— en el que ocupamos una de las

mesas cercanas a las ventanas del fondo. Había empezado a llover, así que me quedé mirando distraídamente las gotas de lluvia resbalando en los cristales mientras Aiden, que se había empeñado en hacerlo, iba a por nuestras dos aguas. Volvió apenas un minuto más tarde y se dejó caer en la silla de delante de mí.

—Bueno —carraspeó y me miró—, supongo que quieres ir al grano, ¿no?

Después de todo, tendrás mil preguntas.

—Supones bien —enarqué una ceja, dándole un sorbito al vaso de agua.

—Bueno... ¿y cuál es la primera pregunta?

—¿Por qué demonios no me dijiste nada?

Pensé que eso sería lo más fácil de responder, pero claramente no lo era. Él apartó la mirada un momento, incómodo, antes de volver a girarse hacia mí.

—Sinceramente... por vergüenza.

—Vergüenza —repetí, poco convencida—. Vas a necesitar intentarlo con algo mejor, Aiden.

—Estoy hablando en serio. April es... no digo que sea mala persona, pero es muy voluble... emocionalmente. Tiene mucho carácter, y le sale la parte mala de él en cuanto haces algo que no le gusta.

173

—¿Y qué tiene que ver eso con...?

—Déjame explicarme y luego pregunta lo que quieras —suspiró—. Mira, yo... la conocí hace cinco años, a mis dieciocho. Estaba empezando a entrenar para convertirme en boxeador y entrar en la liga de adultos... todo eso. Mi entrenador era una mierda y estaba acostumbrado a combates pequeños, así que supe que necesitaba a alguien mejor. Y me fijé en Neil Quinn. Es... bueno, es uno de los peces gordos de la liga, ¿sabes? Que se

fijara en mí fue toda una suerte. Y, bueno, a los dos meses de trabajar con él, conocí a su hija April. Fue... algo muy instantáneo.

Recordé el hombre que vi el otro día en el gimnasio con él. Ese debía ser el tal Neil Quinn.

Tiene nombre de idiota.

—¿Por qué ya no es tu entrenador? —pregunté, confusa.

—No fue por April, si es lo que estás pensando. Simplemente... él cada vez tenía menos tiempo para pensar en entrenar a boxeadores, así que empezó a descuidarnos para centrarse más en la liga y todo eso en lo que se gana tanto dinero. Tuve que buscar otro entrenador por mi cuenta otra vez, y ahí fue cuando conocí a Rob. Fue una casualidad; fui a su gimnasio pensando que era uno normal, para entrenar y no perder la costumbre... y me encontré con que alguien buscaba boxeadores. Rob ya tenía experiencia, así que fue cosa que empezar a sentirnos cómodos el uno con el otro.

Hizo una pausa, echando una ojeada al otro lado de la calle. Yo no pude evitar escudriñar su perfil y que mis ojos se detuvieran unos instantes en los pequeños lunares que tenía junto a la mandíbula. Siempre me fijaba en ellos sin saber muy bien por qué.

Y... maldita sea, debería concentrarme.

Menos mal que Aiden siguió hablando.

—Mi relación con April empeoró a partir de eso. Todo el tiempo que normalmente pasaba con ella, en el gimnasio de su padre, empecé a pasarlo al otro lado de la ciudad.

Y eran muchas horas. Apenas podíamos vernos. Y eso empezó a agobiarla. Empezó a exigirme que, si la quería, tenía que pasar más tiempo con ella. Yo intenté explicarle que no podía decir que no a los entrenamientos, pero no me hacía caso. Un día se enfadó tanto que me amenazó con decirle a su padre que me excluyera de la liga, tuvimos una pelea gigante. Y, curiosamente, nos casamos dos semanas después de esa pelea.

»Fue... tras uno de los últimos combates de la liga. En Las Vegas. Gané las semifinales en una sola ronda y me creía el rey del mundo, y más porque April había decidido acompañarme. No escuché a Rob, Mark y Samuel cuando me dijeron que no me emborrachara, y de alguna forma terminé en una capilla cutre con April, casándome con ella.

—¿Vestido de Elvis? —lo provoqué un poco.

Él me puso mala cara.

—Eso ya habría sido acabar con la poca dignidad que me quedaba.

—¿Qué pasó después de la boda?

—Bueno... obviamente, a ninguna de las dos familias le gustó demasiado, especialmente a mi madre. Ella tiene el concepto de boda de cuento de hadas, y siempre ha querido que nosotros nos casáramos, ya lo sabes, la conoces bastante. Haberse 174

perdido mi boda... bueno, ella nunca me echaría nada en cara, pero sé que le afectó mucho.

»Y los padres de April... si te soy sincero, apenas conozco a su madre, y su padre solo fue un poco frío conmigo al principio, después todo volvió a la normalidad.

»Decidimos mudarnos juntos a mi casa, cosa que hizo a April muy contenta, pero yo... si te soy sincero, no había tenido las cosas muy claras desde que habíamos vuelto de Las Vegas, y April lo sabía, pero no quería asumirlo. La relación empezó a volverse un poco absorbente, ella me amenazaba con hacerse daño a sí misma cada vez que insinuaba que quería alejarme de ella... empecé a saltarme entrenamientos y partidos para ir a estar con ella... sí, no era muy agradable. Rob la detestaba. Y sigue haciéndolo.

»Pero... un día decidí que ya no podía más. No podía seguir viviendo con alguien que me amenazaba para que no me alejara de ella. Hace un año,

más o menos, le dije que quería divorciarme. April se puso furiosa, me amenazó de mil formas distintas...

pero no sirvió de nada. Le dije que se quedara la casa, si quería, porque yo tenía que empezar la liga y apenas iba a estar por ahí. Ya me mudaría al volver. Pero seguía sin estar conforme.

»Y... cuando llegué a la liga, al primer combate, Neil se acercó a mí, me puso una mano en el hombro con una sonrisa amistosa y me dijo, muy amablemente, que si su hija alguna vez volvía a quejarse de algo relacionado conmigo, no volvería a pisar un ring en mi vida.

Hubo un momento de silencio cuando él se pasó una mano por la nuca, claramente incómodo. Era extraño ver a Aiden en una actitud que no fuera completamente relajada o despreocupada.

—Si te soy sincero... —continuó, sacudiendo la cabeza—, solo le pedí el divorcio a April una vez más. Y ella se negó, volvió con las amenazas... terminaron echándome de la liga nacional, claro. Su padre se encargó de ello.

—¿Tanto poder tiene? —pregunté, confusa.

—Ni te lo imaginas —murmuró Aiden, mirando la ventana con aire pensativo—.

Rob consiguió meterme en una liga menor, pero estaba furioso. Soy su único pupilo que es capaz de entrar en esa clase de ligas. Los demás prefieren quedarse en las pequeñas y no profesionalizarse. Me dijo que me alejara de April, por mi bien. Te aseguro que lo hice encantado. Y no volví a hablar con ella hasta hace un mes.

—Sí —no pude evitar el tono agrio—, cuando ya ligabas conmigo.

—Amara, no la llamé para echar un polvo —enarcó una ceja—, fue para pedirle el divorcio.

—Sí, claro.



—¿Por qué querría mentirte?

—¿Por qué no querrías contarme nada de esto hasta ahora? No lo sé, Aiden, dímelo tú.

—Bueno... si te soy sincero, quería esperar a estar separado de ella oficialmente y luego contártelo.

—¿Y si ella no quiere divorciarse nunca?

—Hay una cosa llamada demanda de divorcio que suele funcionar muy bien en estos casos.

—Entonces, ¿por qué no las demandado todavía?

—Porque no quiero tener que pelearme con April —confesó con una mueca de incomodidad—. Ahora la cosa no es tan diferenciada como antes, este año he ganado 175

bastante dinero y probablemente podría contratar a un abogado tan bueno como ella, pero aún así... no quiero que esto termine en medio de un juzgado. Preferiría que fuera de mutuo acuerdo. Además, si vamos a un juicio, probablemente no podré volver a entrar en una liga en mi vida por culpa de su padre.

—Así que es eso. Miedo, ¿no?

Él levantó la mirada hacia mí, casi irritado.

—¿Me estás preguntando si me da miedo no poder seguir viviendo de lo que me gusta y a lo que me he dedicado casi la mitad de mi vida? Pues sí, Amara, me da miedo, la verdad.

Vale, dicho así sonaba obvio. No podía culparlo, al menos, en ese aspecto.

—¿Y si hablaras con Neil? —sugerí—. Quizá lo entendería.

—Lo único que quiere Neil es que su hija sea feliz, y ella quiere ser feliz conmigo.

Nunca aceptaría nuestro divorcio.

Nos quedamos los dos en silencio unos instantes, pensativos, mirando nuestros respectivos vasos. Ya no estaba tan enfadada con Aiden, pero definitivamente seguía irritada por el hecho de que me hubiera estado engañando durante todo este tiempo.

Y lo peor es que tenía razón; él nunca me había mentado. Solo me había estado soltando la verdad con cuentagotas, poco a poco, y yo no había querido verlo, porque si ahora miraba atrás estoy segura de que vería algunos indicios de todo esto.

No estaba muy segura de si me molestaba más que no me lo hubiera dicho directamente o que yo no me hubiera dado cuenta antes.

—¿Por qué vino April al gimnasio el otro día? —pregunté finalmente.

—Ni idea. Ni siquiera sabía que estuviera por aquí, la verdad. Supongo que fue por la apertura de la liga.

—¿Y lo de cenar con ella en el restaurante?

—Quedé con ella para hablar del divorcio. Lo último que me esperaba era ver a mi hermana, a Holtito, a ti y a... ese idiota.

—No llames idiota a Russell.

Refunfuñó algo en voz baja, malhumorado, pero lo pasé por alto.

—No sabía que necesitaras ir a cenar con alguien a un restaurante pijo para poder hablar de un divorcio —mascullé a la defensiva.

—¿Preferirías que la hubiera llevado a mi casa? ¿O que yo hubiera ido a la suya?

No, en absoluto.

Me sorprendió saber que era tan consciente de la respuesta a esa pregunta.

—Mhm... —fue toda mi respuesta.

—Mira —él suspiró, inclinándose con los codos sobre la mesa—, sé que la he cagado. Y que probablemente sigues enfadada. No estoy aquí para decirte que me perdones o algo así, pero quería que supieras lo que había exactamente entre April y yo.

—¿Por qué iba a ser problema mío lo que haya entre vosotros dos?

Aiden se calló un momento antes de enarcar lentamente una ceja.

—¿Vas a obligarme a decirlo?

—¿El qué?

—Bueno, que yo recuerde, no fui yo quien besó al otro.

Sentí que una oleada de vergüenza me recorría el cuerpo, pero la contuve justo a tiempo y me limité a entrecerrarle los ojos, muy digna.

176

—¿Qué pasa? ¿No te gustó el beso?

Aiden sonrió ligeramente.

—¿Crees que estaría aquí, intentando arreglar lo nuestro, si hubiera podido dejar de pensar en ello y en lo que me gustaría repetirlo?

Por dentro me afectó, y mucho, pero no me di a mí misma la opción de mostrárselo a Aiden, así que para él me mantuve con la misma expresión frívola y seria de hace un momento.

—¿Por qué tenías tanta prisa por decirme todo esto? —me hice la difícil.

—Bueno... si me hubieras respondido a los mensajes, te lo habría explicado.

—¿El qué?

—Mañana me marchó.

Hubo un instante de silencio en el que lo que decía no pareció tener mucho sentido, pero su cara de incomodidad era muy clara.

—¿Te marchas? —repetí, y no pude evitar el tono de sorpresa mezclado con frustración.

¿Por qué demonios me frustraba que se fuera? ¿No debería estar contenta? ¿No se suponía que estaba enfadada con él?

Ya no lo estás, asúmelo.

¡Sí que lo estaba!

—¿Dónde... dónde te marchas? —conseguí formular.

—A siete horas de aquí —carraspeó—. Los combates para entrar en la liga empiezan en dos días, y Rob quiere que esté instalado y empiece a entrenar en cuanto antes.

—Pero... ¿por cuánto tiempo te vas?

—Hasta el diez de febrero.

¡¿Diez de febrero?! ¡Eso eran dos meses lejos de aquí!

—Dos meses —dije, como si fuera un dato insignificante, aunque mi voz sonó un poco aguda.

—Sí. Si gano los combates, claro.

—Los vas a ganar —murmuré, poniendo los ojos en blanco.

Aiden me sonrió.

—¿Tanto confías en mis aptitudes para patear a idiotas?

—Bueno, te he visto en acción. Eres bueno.

Vale, eso era demasiado malinterpretable incluso para mí.

Estaba a punto de decir algo más para que no comentara nada al respecto cuando su móvil empezó a sonar. El nombre de Rob iluminó la pantalla y Aiden soltó un suspiro.

—Tu reina te reclama —bromeé.

—Debería irme antes de que se ponga a asesinar boxeadores. ¿Te acompaño a casa?

—No tienes coche, Aiden.

—Bueno, hace una noche fría e inhóspita, no se me ocurre nada más idílico para dar un paseo hacia tu casa.

De alguna forma, terminamos los dos andando en silencio en dirección a mi casa que, menos mal, no estaba muy lejos de ahí. Solo a cinco minutos, más o menos.

177

El primero de esos cinco minutos lo pasamos en absoluto silencio. Un silencio de esos incómodos en el que es obvio que ambos queréis decir algo pero ninguno lo hace.

Sí, muy agradable, todo.

Para mi suerte o desgracia, en el segundo minuto no pude contenerme y le lancé la pregunta.

—Entonces... ¿no te veré en dos meses?

Aiden se giró hacia mí —no lo estaba mirando, pero verlo por el rabillo del ojo—

y me miró durante unos segundos, extrañado.

—¿No deberías estar contenta porque me vaya?

—¿Yo?

—¿No sigues enfadada conmigo?

Sinceramente... ni siquiera yo misma lo sabía.

—No sé —fue mi gran respuesta.

Aiden sonrió de lado, girándose hacia delante.

—Bueno, vas a tener dos meses para pensártelo.

—Y... ¿qué harás en Navidad? ¿No volverás?

¿Por qué demonios me interesaba lo que hiciera o no?

—No lo sé —admitió, algo decaído—. A mi madre no le hará ninguna gracia que no esté aquí para cenar con ellos, pero si la liga me lo pide... supongo que no podré ir.

—Yo iré a casa de mi padre —que era el vecino de su madre, por cierto, lo que me llevó a lo siguiente—. Si quieres... es decir... si tienes algún regalo para tu madre y no te fías de que Lisa se lo dé porque es un poco bocazas y podría decirle lo que es o dárselo antes de tiempo... ejem... podría dárselo yo.

Aiden dejó de andar un momento, haciendo que yo también me detuviera. Me miraba con sorpresa.

—¿Harías eso?

—¿Por qué no? —murmuré—. Es la casa de al lado.

—¿Y no te importaría que mi madre supiera que tú y yo hablamos a menudo? —

enarcó una ceja.

—Claro que no.

—Ya.

—No empieces con el ya.

—Si mi madre se entera, tu padre se enterará también. Y no recuerdo que le gustara mucho mi presencia la última vez que lo vi.

Mierda, por un momento, se me había olvidado que no se llevaban bien. No quería ni imaginarme la cara que pondría papá si se enteraba de que Aiden y yo éramos amigos.

Y si le decía que lo había besado sin que me dijera que estaba casado... bueno, probablemente iría a por una pala y empezaría a perseguir a Aiden para darle en la cabeza.

Sí, mejor no decir nada.

Nos pasamos el resto del camino en silencio, y lo peor es que sentí que yo estaba mucho más triste que él por el hecho de no verlo en dos meses. ¿Por qué demonios parecía que le daba igual? ¿Es que April iba con él? ¿Es eso?

Bueno, no lo creía, la verdad. No sé por qué.

178

Una parte de mí esperaba que Aiden preguntara si podía subir, pero no lo hizo, solo se detuvo al pie de las escaleras del edificio y se metió las manos en los bolsillos, mirándome.

—Bueno... —hubo una pausa, y algo en sus ojos me dijo que quería decirme algo, pero al final optó por no hacerlo—. Yo... nos vemos en dos meses, Amara.

Se quedó mirándome, esperando una respuesta que yo no pude darle. Me había quedado bloqueada.

Finalmente me dedicó una media sonrisa antes de darse la vuelta y empezar a marcharse.

—¡E-espera! —me escuché decir a mí misma.

Aiden se detuvo y me miró por encima del hombro, confuso, esperando que siguiera.

Mierda, ¿y yo ahora qué? No lo había planeado muy bien.

—Buena suerte en la liga —dije torpemente—. Aunque no la necesitas.

Ambos sabíamos que no era lo que había pretendido decir en un principio, el silencio que siguió esa frase lo confirmó, pero Aiden no dijo nada al respecto.

—Buena suerte con la tu libro —me sonrió de lado—, aunque no sé si has superado el bloqueo.

—En realidad... lo he tirado a la basura. Voy a empezar otro nuevo. Uno de vampiros.

—Vampiros, ¿eh? ¿Te has releído Crepúsculo o qué?

—Pues no, listo. El otro día vi Drácula de Bram Stoker en mi estantería y me dije a mí misma... ¿por qué no hago yo también algo de vampiros? Si sale mal, solo lo leerá Aiden.

—¿Vas a dejar que me lo lea? —preguntó, ligeramente sorprendido.

—Pues claro que sí, al menos sé que tu opinión es sincera. Si se lo pidiera a Holt o a Lisa, me dirían que es genial para no herir mis sentimientos. Y Zaida... bueno, sinceramente, su opinión me importa un bledo.

Pensé que él sonreiría, pero se limitó a apretar un poco los labios.

—¿Y por qué no se lo pides a Russell?

Fruncí el ceño.

—¿Por qué has dicho su nombre de esa forma?



—No lo he dicho de ninguna forma.

—Has dicho Russell como si estuvieras insinuando algo —me acerco, entrecerrando los ojos—. ¿Qué insinúas?

—¿Yo? Nada. Solo que le pidas ayuda a tu querido Russell.

—No es mi querido Russell, es mi amigo.

Aiden me miró un momento, dudando entre si decir algo más o no, y vi cómo su mandíbula se tensaba al apretar los dientes.

—¿Y yo también soy tu amigo? —preguntó finalmente.

Tardé unos segundos, pero finalmente sonreí un poco.

—¿No has dicho que ibas a darme dos meses para pensarlo?

—Bueno... pero podrías darme un adelanto de la respuesta, ¿no?

—¿Para qué?

—Para ir preparándome.

—¿Tan mala crees que será?

179

—Espero que no, pero nunca se sabe.

Me mordí el labio inferior, conteniendo una risita, cuando lo vi tan nervioso. Era la primera vez que sentía que era yo la que tenía el control absoluto de la situación.

Podría acostumbrarme a esto.

—Dime una cosa... —di un pasito hacia él, que observaba con toda su atención sobre mí—. Si te dijera que sigo enfadada y no quiero volver a verte... ¿me dejarías en paz?

Aiden parpadeó, confuso, y consideró la pregunta durante lo que pareció una eternidad hasta que, finalmente, suspiró.

—Sí.

—¿Y si te dijera que me gusta mi querido Russell?

—¿Esto es necesario? —preguntó, molesto.

—¡Pues sí! ¡No me dijiste que estabas caso y tengo derecho a vengarme un poco!

—¿Y vas a seguir vengándote por mucho tiempo? Es que quiero empezar a prepararme mentalmente.

—Puede que sí —y, pillándonos a ambos por sorpresa, me adelanté y le puse una mano en el brazo bueno—. Ya hablaremos de esto cuando volvamos a vernos.

Durante un pequeño instante, ninguno de los dos dijo nada, solo nos seguimos mirando con mi mano todavía en su brazo. Y, justo cuando sentí que la situación me impulsaba a acercarme más a él, me contuve y di un paso atrás.

—Prepárate bien para esos combates, capullo.

—Y tú no mates a ningún cliente en mi ausencia, antipática.

Las dos semanas siguientes pasaron mucho más rápidas de lo que esperaba.

Alterné las visitas de la doctora Jenkins con mi trabajo, salir a correr con Russell

—cosa que se estaba empezando a convertir en una costumbre—, visitar a Lisa y a Holt, intentar cocinar algo mínimamente comestible, escribir dos páginas más de la novela antes de hartarme, agarrar todos los papeles y tirarlos a la basura...

Sí, a la mierda los saltos en el tiempo. Eran demasiado complicados.

Ahora... escribiría sobre vampiros sexys.

Sí, sonaba mejor.

Mientras pensaba en vampiros sexys, recordé el detallito de que también tenía que comprar regalos para Navidad.

Yo siempre había sido una de esas personas que odian comprar regalos. Es decir... ¿cómo demonios puedes saber qué quiere alguien sin preguntarle al respecto?

¡Es imposible! O, al menos, lo es en mi pequeño mundo interior.

Así que igual pasé más tiempo del necesario en las tiendas que visité con Lisa —

y sola, porque también quería comprarle algo y no podía hacerlo con ella delante—, intentando adivinar qué demonios podrían querer los miembros de mi familia. Al final, tuve que conformarme con algo sencillo. Y no solo por mi falta de sueldo adecuado para una compra navideña, sino también por mi falta de imaginación.

Sí, quería hacerme escritora y no tenía imaginación, era así de genial.

180

Zaida y yo no habíamos hablado mucho esos días. Desde nuestra breve conversación en la que, básicamente, me había llamado loca, no había querido hablar con ella de absolutamente nada. De hecho, la evitaba tanto como podía.

Unas cuantas veces pensé en irme a otro sitio o preguntarle a nuestra casera por qué demonios no la echaba si estaba vendiendo marihuana en su propiedad, pero no hice ninguna de esas cosas porque:

¿Encontrar otro piso en el centro a ese precio conviviendo solo con una persona?

Lo veía complicado. Muy complicado.

Prefería no hablar mucho con mi casera, era un poco neurótica.

No iba a contarle lo de Zaida, no era una chivata.

Así que no, no habíamos mantenido una conversación... hasta esa noche. Unas noches antes de ir a casa de mi padre.

Ya estaba preparando la maleta —porque necesitaba preparar las cosas con antelación, sí—, yendo de un lado a otro de la habitación y escondiendo cuidadosamente los regalos entre la ropa cuando la puerta de mi dormitorio se abrió con un estruendo, dejando paso a una Zaida muy furiosa que vino directa hacia mí.

Me enderecé de golpe, confusa, cuando hizo un ademán de empujarme y me aparté inconscientemente, evitando que me tocara.

—¿Qué demonios haces? —espeté, todavía perdida.

Por algún motivo, Zaida no me intimidó demasiado. Una parte de mí había temido tener un ataque por verla acercándose a mí de esa forma, pero no. Solo me sentía confusa y algo irritada.

—¿Yo? —casi me gritó en la cara—. ¡¿Dónde está?!

Hubo un momento de silencio en el que yo ladeé un poco la cabeza.

—¿El qué?

—¡Sabes perfectamente de lo que estoy hablando!

—Oye, guapa, te recuerdo que esta es mi habitación. Como vuelvas a gritarme de esa forma, saldrás de ella de una patada.

Zaida dio otro paso hacia mí, furiosa. Tenía los puños apretados.

—¿Y me la vas a dar tú? —espetó, mirándome desde su altura, que le daba unos pocos centímetros de ventaja—. Solo con ponerte un dedo encima ya te pondrás a llorar y a gritar. ¿Te crees que no te oigo cuando tienes pesadillas?

Apreté los labios, enfadada y avergonzada a partes iguales.

—Te aseguro que eso no es asunto tuyo.

—Lo que sí es asunto mío es mi maría. ¿Dónde coño la has metido?

Solté un soplido de burla.

—¿Esa quién es? ¿Una amiga tuya?

Vi el momento exacto en que hacía un ademán de golpearme y mis piernas se colocaron automáticamente en la postura que Aiden me había enseñado unas semanas atrás. Lo esquivé con tanta facilidad que me sorprendí a mí misma.

Pero lo mejor no fue esquivarla, no.

Lo mejor fue que Zaida, al impulsarse de esa forma sin encontrar un objetivo para el puñetazo, cayó hacia delante de una forma muy ridícula y se quedó tendida en el suelo, roja de rabia.

¡No me lo podía creer! ¡Había ganado una pelea sin siquiera golpear a nadie!

181

—¡No tengo tu basura! —le aseguré mientras ella se levantaba, furiosa—. No la tocaría por nada del mundo, te lo aseguro.

—Y una mierda. ¿Te crees que nací ayer? ¿Quién más sabe dónde la escondo a parte de ti? ¿Eh?

—Pues cualquiera de tus estúpidos novios pasajeros, Zaida.

Eso pareció hacerla dudar un momento, pero no lo suficiente como para que me dejara en paz.

—Como descubra que la tienes tú...

—No tocaría nada tuyo ni si me pagaran —marqué cada palabra—. Ahora, vete de mi habitación de una vez.

Por un momento, pensé que Zaida iba a intentar golpearme otra vez. Y pareció que era su intención durante unos pocos segundos, pero entonces tensó los hombros, apretó los puños y se marchó. Escuché la puerta de su habitación abriéndose y cerrándose de un duro golpe.

Estaba a punto de suspirar, aliviada, pero no pude hacerlo porque en ese momento... llamaron al timbre.

Oh, no... ¿ahora qué?

Fui a abrir con una mueca de aburrimiento, pero ésta se borró de golpe cuando vi que Lisa estaba en el vestíbulo, con los ojos hinchados de tanto llorar y el pijama puesto bajo el abrigo.

—¿Qué te...? —empecé, pasmada.

—Holt m-me ha ped... pedido matrimonio —dijo con la voz ahogada por las lágrimas—. Le... le he d-dicho que n-no...

Solté una maldición en voz baja y me aparté para que pudiera pasar. Lisa fue directamente al sofá y se dejó caer en él, hundiendo la cara en sus manos. Yo me limité a cerrar la puerta y jugar con uno de los extremos de mi camiseta de pijama, nerviosa, mientras me acercaba a ella.

Odiaba consolar a la gente, pero no porque me resultara molesto o algo así...

sino porque consolar a alguien generalmente implicaba una palmadita en el hombro, un abrazo... algo de contacto, aunque fuera mínimo. Y esa parte me aterraba.

Me quedé plantada delante de Lisa como una idiota antes de optar por sentarme a su lado. A ella le temblaban los hombros, y deseé poder decir algo que la consolara de alguna forma.

—Lisa... —empecé, sentándome más cerca de ella—. Si no te sientes preparada para casarte, no deberías sentirte culpable por...

—No es eso —gimoteó, mirándome con los ojos anegados en lágrimas—. Es...

Holt... nunca lo había vi-visto llorar, Mara. Nunca. Y... c-cuando le he dicho que no...

se ha puesto a llorar y a decirme co-cosas... horribles...

Sinceramente, a mí también me resultaba complicado pensar en Holt como alguien que soltara cosas horribles a la primera de cambio, pero había visto sus pocos enfados en esos dos años. Y era verdad que no parecía la misma persona cuando se cabreaba. Daba incluso miedo.

—Es porque estaba frustrado —me obligué a decirle—. Ya lo conoces, Lisa. En una hora estará llamándote como un loco pidiéndote que lo perdones.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Y si... si no quiero p-perdonarlo?

182

Hubo un momento de silencio en el que no supe qué decirle.

—¿Te ha dicho algo tan horrible?

—¡No! —cerró un momento los ojos—. Él... y yo... funcionamos, p-pero...

Dejó la frase al aire, pero yo ya podía imaginarme a lo que se refería.

—Pero falta algo —murmuré.

—Sí —me dijo, casi aliviada porque alguien que no fuera ella misma lo dijera—.

Hace... hace tiempo q-que me siento así, ¿sabes? P-pero... pensé... no sé... siento que siem-siempre tengo las expectativas demasiado altas con los... los chicos... y que son hasta irreales. No q-quería rechazar a Holt por... por eso...

Lisa era una romántica empedernida. Podía pasarse horas y horas viendo películas de romance de esas que te provocan subidones de azúcar o leyendo libros de esos cuyos protagonistas aparecen descamisados en la cubierta y luego sueltan frases cursis que hacen que medio mundo suspire, enamorado.

Y no solo por eso; Lisa siempre había tenido sus expectativas en cuanto a novios muy por encima de lo humanamente posible, básicamente se había pasado su vida entera esperando al protagonista de su novela rosa, para que viniera a rescatarla y a hacer todas esas cosas que hacen los protagonistas de novela rosa.

Está claro que nadie había logrado cumplir nunca sus expectativas, y una vez me había comentado que su madre le había dicho que no podía rechazar a un chico por no ser lo suficientemente perfecto, que nadie lo era... pero...

Sinceramente, conocía mucho a Lisa. Muchísimo. Y para que ella le dijera que no a Holt... realmente tenía que haber algo que no encajaba entre ellos.

—¿Quieres que pida algo para comer? —sugerí.

—¿Puede ser algo que engorde mucho? ¿Por favor?

—Mhm... suena tentador.

Y, así de fácil, Lisa se quedó de refugiada emocional en mi casa durante los últimos días antes de Navidad.

La verdad es que no salió mucho de mi habitación —es decir, ella ya no tenía clases—, ni siquiera cuando yo me iba a trabajar. Había tenido unos pocos problemas con Zaida por eso, básicamente amenazaba con llamar a nuestra casera, pero si yo la amenazaba con denunciar toda la marihuana que tenía, nos dejaba en paz a las dos.



De día mirábamos películas o series que siempre conseguían que Lisa lloraba, ella me aconsejaba con mi nuevo libro de vampiros o yo la consolaba porque Holt seguía sin llamarla, aunque creo que tampoco tenía pensado responder si lo hacía.

La última noche era el primer combate de Aiden, así que pudimos escucharlo por la radio —los combates antes de la liga no salían por la televisión—. Lisa se puso más sanguinaria que nunca, deseando que asesinara a su oponente, y supuse que al menos así descargaría un poco su ira, así que no le dije nada.

Está claro que Aiden ganó el combate, ¿no?

Lisa lo llamó esa noche para felicitarlo, aunque no mencionó mi nombre porque había supuesto que y no querría hablar con él. Tampoco le dijo nada de Holt.

Sin embargo, por algún motivo, me puse de pie y me acerqué a ella mientras se despedía de su hermano.

—¿Puedo hablar un momento con él?

183

Lisa me miró, sorprendida, y asintió torpemente con la cabeza antes de darme el móvil e irse al sofá. Tuve que aclararme la garganta para encontrar mi voz antes de decirle nada a Aiden.

—Hola —fue lo primero que me salió.

Al otro lado de la línea, hubo un instante de silencio. Casi podía ver su cara de perplejidad.

—Pero bueno —empezó a bromear, divertido—, ¿a qué debo este inesperado placer?

—A que estaba con Lisa, no te hagas ilusiones.

—¿No me habrías llamado aunque no hubieras estado con ella?

—Claro que no.

—Mhm... fingiré que me lo creo porque quiero que dejes de estar enfadada conmigo.

Sonreí como una idiota, pero dejé de hacerlo cuando me acordé de que Lisa me miraba con los ojos entrecerrados desde el sofá, analizando cada uno de mis gestos.

—Enhorabuena por ganar —dije, obligándome a borrar la sonrisa—. ¿Cuándo es el próximo combate?

—Poco después de año nuevo. ¿Quieres ir a verme?

—Tengo trabajo, Aiden.

—Podrías ser mi manager. Tienes el carácter necesario. Y me acompañarías siempre a los combates.

—¿Para que pudiéramos casarnos en Las Vegas después de alguna de tus victorias?

Por un momento, pensé que se enfadaría o se incomodaría, pero se limitó a echarse a reír.

—No sé por qué adoro tanto que te burles de mí. ¿Crees que tengo algún trauma oculto?

—Puede ser. Explicaría muchas cosas.

—Qué graciosa eres.

—Lo sé. Es uno de mis encantos.

—Uno de muchos.

—Cero puntos por originalidad, pero lo acepto.

Volvió a reírse, esta vez de forma más pausada, y escuché las voces de Mark, Samuel y Rob no muy lejos del teléfono. Estaban llamándolo.

—Tengo que irme o esos tres empiecen a celebrar la victoria sin mí —me dijo, y casi pude detectar la sonrisa que tenía en los labios, como si lo tuviera delante—. ¿Al final irás a pasar la Navidad a casa de tu padre?

—Sí... ¿y tú?

—No creo que pueda irme, pero llamaré a mis padres.

No pude evitar un poco de decepción, pero no permití que él lo notara.

—Pues... feliz Navidad por adelantado, por si no volvemos a hablar —murmuré.

—Sí, feliz Navidad por adelantado —por algún motivo, parecía divertido—. Nos vemos, Amara.

Colgó sin decir nada más, cosa que me extrañó, pero no dije nada al respecto.

Y, finalmente, llegó el día de marcharnos a casa de nuestros padres. El plan había sido irnos con el coche de Holt, pero estaba claro que eso ya no era una opción, así que tuvimos que optar por un autobús y un taxi. Menos mal que yo había cobrado el día anterior, porque sino no habría podido permitírmelo.

184

Nuestros padres no vivían muy lejos de nuestra casa, quizá a dos horas en coche, si ibas un poco deprisa. Pero casi nunca teníamos para visitarlos, así que solo íbamos en ocasiones especiales, como esa.

El barrio era uno de esos barrios residenciales en los que sabes que nunca ocurren desgracias, orientados a familias con niños o a abuelitos cuya única afición es cuidar de que su jardín esté en perfecto estado. Casi todas las casas de nuestra calle tenían la misma pinta de hogar clásico y familiar de

las películas, y la verdad es que criarme ahí se había sentido exactamente así. Me encantaba volver a casa.

—Bueno... —Lisa y yo nos miramos cuando estuvimos frente a las casas de nuestros padres, y ella señaló la suya con la cabeza—. Pasaré a verte más tarde, ¿vale?

—Ya iré yo, no te preocupes.

—Vale —sonrió tristemente, intentando no llorar para que sus padres no le hicieran preguntas sobre Holt.

Crucé el patio delantero de casa de mi padre con la maleta detrás de mí. Estaba inexplicablemente emocionada por volver a verlos, como si hiciera una eternidad que no hablaba con ellos. Me detuve en el porche y, tras respirar hondo, llamé al timbre.

Apenas dos segundos más tarde escuché los pasos apresurados de mi padre acercándose, cosa que me indicó que no era la única emocionada con todo esto y que me habían estado esperando.

Papá abrió la puerta con una gran sonrisa. Tenía una barba cortita cubriéndole la parte inferior de la cara, el pelo castaño canoso y arruguitas entorno a los ojos castaños, los cuales había heredado yo, por cierto.

—¡Marita! —exclamó felizmente—. ¡Por fin! Grace ya pensaba que te habías arrepentido y no vendrías.

—¡Eso no es verdad! —chilló Grace por ahí dentro.

—Pasa, hija, pasa. Déjame eso —me quitó la maleta y la entró en casa detrás de mí, cerrando la puerta—. Mírate, ¿has crecido desde la última vez que te vi?

—Papá, yo ya no crezco más —sonreí, divertida.

—¿Estás segura? Bueno, ya se me va la cabeza. En fin, pasa, pasa. Grace está en la cocina preparando no sé qué.

—¡Estoy preparando la cena! —protestó Grace, indignada.

Sonreí y entré por completo en casa, cruzando el pequeño salón repleto de fotos mías de cuando era pequeña —ventajas de ser hija única, no tenía que compartir esas fotos con nadie— y llegué a la cocina pequeña, rectangular y con un olor que hizo que el estómago empezara a rugirme, ansioso por comer algo.

—Mhm... qué bien huele.

Grace, la novia de mi padre, estaba agachada junto al horno revisando la cena con los ojos entrecerrados. Era un poco más baja que yo, con el pelo rubio siempre atado con una pinza —odiaba que el pelo se le pusiera delante de la cara, pero odiaba aún más tener el pelo corto—, algo regordeta y de piel bastante pálida. En serio, no se ponía morena por mucho que tomara el sol. Solo un poco roja, con suerte, pero eso era todo.

Ella se puso de pie y se sacudió las manos, todavía manchadas con aceite y harina, igual que su delantal.

185

—Eso espero, llevo toda la tarde aquí metida —sonrió de lado y me miró mejor—

. ¿Cómo estás? Te he echado de menos, Mara. Y tu padre también, aunque nunca lo dirá. Sois igual de testarudos.

—Estoy bien —le aseguré con una sonrisa—. Muy bien.

—Se te nota en la cara. Pareces... feliz.

—¿Por qué lo dices como si sonara raro?

—Mara, te conozco desde hace unos cuantos años, sabes por qué lo digo así.

¿Quieres probar el postre de esta noche?

—¿Ya lo tienes preparado?

Asintió y abrió la nevera. Eran bolitas de chocolate espolvoreadas con cacao.

Simple, pero efectivo. Acepté una de ellas y me la metí en la boca. Mhm... ¿por qué hacía tanto tiempo que no comía chocolate?

—¿Puedo comer otra? —pregunté con la boca llena.

—Ni se te ocurra. Tiene que haber para todo el mundo.

—¿Todo el mundo? —sonreí de lado, medio bromeando—. No sabía que fuéramos a tener invitados.

—Tu padre se ha vuelto loco y ha decidido que quería invitar a medio barrio.

—¿Quién viene?

Grace suspiró y me miró.

—El matrimonio de abuelitos que vive aquí delante, tu abuelo, tu madre y su novio, aunque no creo que esos dos vengan, la familia de tu amiga Lisa...

—Espera, ¿qué? ¿Ellos vienen?

—Sí. Nos han dicho que serán cinco.

¿Cinco? Holt no iba a estar, así que esa quinta persona solo podía ser...

—¿Aiden está aquí?

Grace asintió.

—Lo he visto llegar esta mañana. Su madre casi ha llorado, no se lo esperaba.

Un cosquilleo de nervios me recorrió todo el cuerpo, pero de alguna forma supe que no había llegado lo peor.

No, lo peor estaba a punto de llegar.

—¿Y quién más viene? —pregunté con voz temblorosa.

—El jefe de policía... su esposa, y su hijo.

186

11

## LA CENA DE LA DISCORDIA

—¿Mara? —Grace ladeó la cabeza, extrañada—. ¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

Di un paso torpemente hacia atrás y mi cadera chocó con un plato que tenía Grace sobre la encimera, que se movió y cayó al suelo, armando un estruendo y esparciendo la comida por todas partes.

Yo lo veía como desde otra galaxia. Grace soltó una maldición y me hizo un gesto para que me apartara, cosa que hice sin darme cuenta. Me dijo que tuviera cuidado con no hacerme daño con los trozos de cerámica rota y yo murmuré algo sin sentido.

A partir de ahí, solo pude oír el latido de mi propio corazón.

El jefe de policía... su hijo... él... no. No podía ser verdad. Seguro que era una broma. Seguro que solo seríamos nosotros tres, como siempre. Él no existía. De eso había intentado convencerme durante años. De que no existía, de que me lo había imaginado todo.

Escuché la voz de mi padre junto a mi cabeza y me aparté bruscamente cuando noté lo cerca que estaba. Se había acercado al escuchar el ruido del plato estrellándose contra el suelo. Cuando me aparté de esa forma, tuvo el instinto natural de alargar una mano hacia mí, cosa que solo me alejó todavía más.

Un minuto más tarde, había subido corriendo a mi habitación, cerré el pestillo, me metí en mi pequeño lavabo, me agaché delante del retrete y vomité de una forma casi dolorosa, sujetándome con ambas manos a la taza. Cuando por fin pude apartarme del retrete, tenía los dedos entumecidos y una capa de sudor frío en la piel.

Y sabía a quién necesitaba. Lo había hablado con ella. Busqué el móvil con manos temblorosas en mi bolsillo y gracias a algún milagro conseguí



marcar el número de la doctora Jenkins que, menos mal, no tardó en responder. Y sabía que si la llamaba un día así no era por cualquier cosa.

—¿Qué pasa, Mara? —preguntó, y me sorprendió lo preocupada que sonaba.

—Yo... —no sé ni cómo conseguí encontrar mi voz, pero noté que los ojos se me llenaban de lágrimas—. Él... m-mi padre...

—Escúchame, Mara, ¿te acuerdas de esos ejercicios de respiración que practicamos?

Pero ya no la escuchaba. Cerré un momento los ojos y casi pude sentir una mano oprimiéndome la garganta. Volví a abrirlos de golpe, aterrada, y me encontré a mí misma encogida contra la pared del cuarto de baño, con el móvil en el suelo. Me costaba respirar. Me llevé una mano al pecho. El corazón nunca me había latido tan deprisa.

Me estaba ahogando. Intenté inspirar, pero no podía, era como si algo me obstruyera el pecho, lo estrujara y no dejara que el aire entrara. La desesperación se hizo todavía peor y empecé a notar que me cosquilleaban las puntas de los dedos y el cuero cabelludo. No podía respirar. Y no podía cerrar los ojos, porque si lo hacía lo vería, lo vería a...

187

Como de una galaxia paralela, escuché la voz de la doctora Jenkins sonando desde el móvil, que seguía en el suelo. Me arrastré, casi sin poder respirar y con las mejillas empapadas de lágrimas calientes que se mezclaban con mi sudor frío, y conseguí agarrar el móvil otra vez.

—Mara, ¿me estás escuchando? —por cómo lo decía, me daba la sensación de que lo había repetido muchas veces, por si en alguna estuviera escuchándola—.

Vamos, sabes que puedes hacerlo. Lo hicimos en mi consulta. Respira por la nariz durante tres segundos, suéltalo durante tres segundos. Céntrate solo en

eso. Vamos, Mara. ¿Me estás escuchando? Voy a mandarte una ambulancia y...

—¡No! —me escuché gritar a mí misma.

—Bien, ahora sé que me escuchas —casi sonó aliviada—. Céntrate en mi voz,

¿vale? Inspira hondo, durante tres segundos. ¿Lo estás haciendo? Siente cómo el aire fluye hacia el vientre... y suéltalo haciendo exactamente lo mismo. Inspira por la nariz y suéltalo por la boca. Vamos, otra vez. Otra vez, Mara.

Lo seguí haciendo durante lo que pareció una eternidad hasta que las repeticiones empezaron a ser de cuatro segundos y el zumbido de mis oídos empezó a desaparecer, igual que el cosquilleo.

Cuando por fin fui capaz de pensar con claridad, me entraron ganas de llorar.

—¿Cuánto... cuánto tiempo he estado así?

—Según mis cálculos, media hora.

¡Media hora! Me entraron ganas de llorar otra vez.

—Mara, no pasa nada —me dijo enseguida—. Algunos ataques son más largos y otros más cortos. Lo que importa es que has sabido controlarlo, ¿verdad?

—Y-yo no... no lo he hecho. Me he puesto histérica y... y...

—No, eso no es verdad. Sí que lo has hecho. Has seguido las instrucciones que practicamos y ahora puedes respirar, ¿verdad?

Asentí con la cabeza aunque ella no estuviera delante, pasándome el dorso de la mano libre por debajo de los ojos.

—¿Estás mejor? —preguntó en un tono mucho más suave.

—Sí —admití—. Gracias.

—No me des las gracias, tú misma te has ayudado, Mara. Yo solo te he recordado cómo hacerlo.

Sonreí un poco, todavía limpiándome las lágrimas.

—No debería decir eso o empezaré a pensar que no necesito terapia y dejaré de pagarle —bromeé.

—Bueno, siempre es un placer que un paciente no necesite seguir viéndome —

me aseguré, y casi pude detectar que también estaba sonriendo—. Mara... ¿quieres que hablemos de lo que ha pasado?

—No puedo pagarle otra hora de terapia, y menos telefónica.

—Déjate de tonterías. ¿Quieres que lo hablemos o no?

Qué suerte había tenido encontrándola.

—Mi padre ha invitado a cenar a unas cuantas personas —empecé con la voz algo temblorosa—. Entre ellas, el jefe de policía de la ciudad. Y a su hijo.

188

—Ya veo —ella sabía la historia completa—. ¿Grace no se ha opuesto?

—Grace sabe lo que pasó, pero nunca le dije quién había sido. Me daba miedo que fuera a buscarlo y... bueno... ya sabe...

—Entiendo —suspiró y tardó unos segundos en seguir hablando—. Mara, creo que deberías hablar con tu padre para pedirle que esas personas no asistan a la cena con vosotros.

—¿No dice siempre que debo enfrentarme a los problemas?

—Una cosa es ir paso a paso, superando una situación muy dolorosa poco a poco, y otra es ponerte delante la persona que te hizo pasar por ello. No, en este caso lo mejor es que no veas a ese chico.

—La cena es dentro de dos horas, si le digo algo a mi padre... sospechará.

—¿Y no es mejor eso a tener que cenar con ese chico, Mara?

Y, de pronto, de una forma muy repentina, me invadió una oleada de valor que ni siquiera sabía que tenía.

—No —me escuché decir a mí misma—. Quiero verlo.

La doctora Jenkins no dijo nada durante unos segundos.

—Mara... —empezó con ese tono de mi consejo profesional es que olvides lo que acabas de decir.

—Quiero hacerlo —repetí.

Debió notar algo en mi tono de voz que le hizo cambiar de opinión, porque esta vez el silencio fue diferente, casi como si estuviera considerando lo que podía pasarme si seguía adelante con mi plan.

—Hazme un favor —dijo finalmente.

—¿Cuál?

—¿Recuerdas las pastillas que te di la última vez que nos vimos? ¿Las que te dije que solo te pediría que empezaras a usar si algo iba mal en casa de tus padres?

Guardé silencio por un momento.

—La paroxetina —murmuré.

—¿La has traído contigo?

—Sí.

—Bien, Mara. Sé que te dije que quizá no lo necesitarías, pero me equivoqué.

Quiero que empieces a tomarla como acordamos; una al día, preferiblemente por la noche, antes de irte a dormir. Intenta hacerlo siempre a la misma hora. Probablemente no sientas cambios muy notables durante las dos primeras semanas, pero es normal, no te preocupes.

No dije nada. Me sentí como si acabaran de darme una bofetada de realidad en la cara. No había superado nada. Volvía a estar con esas pastillas. Había vuelto a la casilla de salida.

—Mara —me dijo ella con voz suave—, es por tu bien. Te ayudará.

—No lo necesito.

—Sí, sí lo necesitas. Si no fuera así, no te lo recomendaría.

—¿Y por qué ahora?

—Porque sé reconocer un ataque de pánico grave, Mara. Por favor, tómate la paroxetina. Es por tu bien, te lo aseguro.

189

Mucho después de colgar, lavarme los dientes, la cara y mirarme unos segundos al espejo, seguía sentada en la tapa cerrada del retrete con un vaso de agua en la mano y una cápsula en la otra, dudando.

Finalmente, dejé las dos cosas en el lavabo y me puse de pie. No. No lo necesitaba. Lo sabía.

Justo cuando me puse de pie, escuché un ruido extraño desde mi habitación.

¿Qué demonios?

Abrí la puerta que había dejado empujada y me asomé. Seguía vacía, y la puerta cerrada con pestillo. Pero volví a escuchar un ruidito, como si alguien golpeará la...

Me di la vuelta hacia la ventana, extrañada. Y ahí lo vi. Y no pude contenerme.

—¡AAAAAAAAAAHHHHHHHHHH!

Retrocedí tan rápido que caí de culo al suelo casi al instante en que la cara de diversión de Aiden, al otro lado del cristal, se volvía de pánico absoluto mientras me hacía gestos frenéticos para que me callara.

—¡¿Mara?! —esa era la voz de mi padre, detrás de la puerta de mi habitación—.

¿Mara? ¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Por qué gritas?

—¡Estoy bien! —dije enseguida, todavía recuperándome del susto.

Aiden seguía asomado a la ventana, por cierto. Solo le veía los ojos dorados escudriñando la habitación mientras yo seguía hablando con mi padre.

—¿Estás bien, Mara? —repitió papá, intentando abrir la puerta—. ¿Necesitas algo? ¿Quieres que llame a Grace?

—Estoy bien —repetí—. En serio, no hay...

—Marita, te he escuchado gritar y antes prácticamente has subido corriendo las escaleras. Déjame entrar y hablemos de esto, por favor.

Y ahí decidí que era hora de atacar con la única cosa que sabía que haría que mi padre quisiera irse corriendo:

—Papá, es que... he tenido un problemita rojo que suelo tener cada mes, ¿sabes?

Hubo un momento de silencio.

—¿Eh? —preguntó, desconcertado.

—¡Que me he manchado los pantalones y las sábanas! —le dije, fingiendo indignación—. Estoy intentando limpiarme un poco las bragas. ¿En serio

quieres ayudarme con eso?

—¿Eh? —repitió con voz más aguda—. ¡No!

—Bien, ¿puedo... ejem... seguir?

—Sí, sí, sí... eh... ¿quieres que ponga una lavadora de...?

—No pongas una solo para esto. Yo me encargo.

—Eh... um... mhm... sí... vale. Mhm... si necesitas algo... ejem...

—Te llamaré.

—Sí. Eso... ejem... vuelvo abajo.

En cuanto escuché sus pasos alejándose, solté un suspiro de alivio y me arrastré hacia la ventana, que abrí con el ceño fruncido. El aire frío se coló en la habitación tan rápido como Aiden, que entró de un saltito y se sacudió los pantalones.

—Hace un buen rato que cuelgo de la ventana como un idiota, ¿te parece que esa es forma de hacer esperar al chico que viene a verte?

—Pero... ¡¿tú te has vuelto loco?! ¡Podrías haberte matado!

190

—No seas exagerada, solo es un piso —miró a su alrededor con una pequeña sonrisa—. Así que un problema rojo que tienes cada mes, ¿eh?

—¿Se te ocurre una excusa mejor?

—No. En eso de improvisar eres mejor que yo, te lo aseguro.

Se acercó a mi estantería de libros y los repasó con la mirada, curioso. Iba vestido con una sudadera negra y gruesa, unos pantalones grises y unas botas. Y estaba guapísimo, el capullo. No podía dejar de mirarlo.

—Creía que no ibas a venir —murmuré.

—No te noto muy sorprendida.

—Bueno, Grace te ha arruinado un poco la sorpresa.

Aiden sonrió mientras hojeaba un libro infantil cualquiera.

—Lo imaginaba. La vi esta mañana entrando en casa a toda velocidad para que no la viera.

—Sí, no podría ganarse la vida como espía.

Él dejó el libro de nuevo en la estantería y se giró hacia mí. Tardó exactamente dos segundos en darse cuenta de que algo iba mal.

—¿Has estado llorando?

Mierda, ¿cómo demonios podía saberlo? ¡Me había esforzado mucho para que no se notara!

—No —le dije, como si fuera absurdo.

—Ya.

—No empieces.

—No me mientas, entonces.

—¿Y si no quiero hablar de ello?

—Pues me lo dices y dejaré de preguntarte.

—Vale —me crucé de brazos— pues no quiero hablar de ello.

—Bien.

—Vale.



—Ajá.

Silencio.

Aiden sonrió y se dejó caer sentado en mi ridículamente pequeña cama.

En realidad, mi habitación entera parecía ridículamente pequeña ahora que él estaba aquí. Era rectangular, con una sola ventana —la que había usado él para entrar— en la pared de la derecha, que también tenía dos estanterías de madera pintada de blanco. Estaban abarrotadas de libros, fotos, cuadernos, álbumes y otras cosas que seguramente no volvería a mirar en la vida. En las otras dos estaban la puerta del cuarto de baño —que, bueno, solo era un lavabo con un retrete—, un armario pequeño y un escritorio también abarrotado de papeles, cuadernos y dibujos.

Ah, sí. Y la última pared. La de la puerta del pasillo y mi triste camita, ahora invadida por Aiden.

—Así que te gusta el lila —comentó, mirando a su alrededor.

Sí, se me había olvidado mencionar ese pequeño detalle; casi todo era lila.

—Me gustaba.

—Yo creo que te sigue gustando y no quieres decirlo.

—¿Por qué no iba a querer decirlo? Qué tontería.

—Muy bien, ¿cuál es tu color favorito?

191

—El lil... ¡el negro!

—¿Lo ves? ¡Es el lila!

—¡NO ME GUSTA EL LILA!

—¿Qué tiene de malo?

—¡Que no me gusta que me guste!

Aiden puso los ojos en blanco, girándose para empezar a cotillearme uno de los cuadernos que tenía sobre la mesita de noche. Lo dejó con una mueca al instante en que vio que era de álgebra.

—Qué asco, números.

—¿Cuál era tu asignatura favorita?

—Historia —sonrió como un angelito—. ¿A que esperabas que te dijera gimnasia?

—Pues... sí, la verdad.

—Pues no. Gimnasia me aburría. No hacíamos nada interesante. ¿Cuál era la tuya?

—Historia... del arte —ladeé la cabeza.

—Supongo que eso explica los diez libros del tema que hay en tu escritorio.

—Es que me gusta leer, ¿vale?

—Bueno, no te pongas a la defensiva.

Suspiré y me senté a su lado, a un palmo de distancia, mientras Aiden agarraba uno de los peluches que tenía junto a las almohadas y lo peinaba cuidadosamente para que estuviera muy guapo.

—¿No me dijiste que no ibas a venir por Navidad? —pregunté finalmente, mirándolo.

—Eso dije —murmuró, centrado en su labor de dejar guapo al peluche antes de devolverlo a su lugar—. Y realmente lo pensaba. Debería haberme quedado ahí entrenando.

—¿Y por qué has venido?

—Porque cierta señorita me dijo que hablaríamos de lo nuestro cuando volviéramos a vernos y sentía que me explotaría la cabeza como esperara otro día más.

Sonrió ampliamente al ver mi cara de perpleja y añadió:

—Ah, y por ver a mi familia, claro. Son la luz de mi vida y la esperanza de mi alma.

—Así que has hecho que tu entrenador se ponga furioso... solo por hablar de lo nuestro —puse los ojos en blanco—. Aiden...

—Espera, ¿acabas de admitir que hay un lo nuestro?

—¡No!

—Yo creo que sí.

—No hay nada. Estás casado.

—¡Algún día me divorciaré!

—Muy bien, pues divórciate y lo hablamos.

—Ese no era el trato, Amara. El trato era que lo hablaríamos cuando volviéramos a vernos. Y, si no estoy soñándolo, nos estamos viendo ahora mismo, ¿no?

—Eso es jugar sucio.

—Eso es seguir las normas a mi manera.

Sonreí sin poder evitarlo y me caí de espaldas a la cama. Él hizo lo mismo. Podía notar que me miraba fijamente, esperando que me dijera algo.

192

Era rarísimo estar en mi habitación con Aiden. Es decir... en mi imaginación él ya había estado ahí mil veces —cuando era más pequeña mi

mente volaba— pero nunca pensé que llegaría a pasar. Y era... raro. Pero no lo habría cambiado por nada, te lo aseguro.

—¿En qué piensas tanto? —preguntó, desconfiado.

—En que de pequeña me imaginé mil y una veces cómo sería que tú estuvieras en mi habitación —le solté de golpe.

Aiden se quedó mirándome un momento, sorprendido por mi ataque de sinceridad.

—Bueno, no puedo decir que no sea un honor.

—Me lo imaginaba contigo y con todos los chicos guapos de las revistas, no te lo creas tanto.

—Así que soy un chico guapo, ¿eh?

—Pues claro que lo eres, capullo engreído. Lo sabes perfectamente.

Empezó a reírse, divertido, y sentí que toda la angustia que había acumulado desde que había llegado a esa casa se evaporaba de golpe. Aiden tenía ese poder.

—Me gusta que me digas cosas cursis —insinuó, levantando y bajando las cejas.

—Eso no ha sido cursi.

—Algún día me dirás algo cursi, estoy seguro.

—Sigue soñando, querido.

—Lo haré, querida.

Estaba a punto de reírme, pero me quedé callada de golpe cuando escuché los pasos por el pasillo. Era inconfundibles. Grace arrastraba los pies como una loca y mi padre pisaba con fuerza. Mi mirada de pánico debió delatar que era mi padre, porque Aiden se incorporó de golpe.

Sí, incluso un boxeador profesional tiene miedo de su suegro.

Espera... ¿acababa de pensar suegro?

Pues sí.

No, no. Yo no había pensado eso.

Que sí.

¡Que no!

¡QUE SÍ, PESADA!

—¿Mara? —papá se detuvo al otro lado de la puerta—. Los invitados llegarán en menos de una hora. ¿Quieres que les diga que no puedes te encuentras bien?

—No, papá, estoy bien. Ahora me visto.

—Mhm... ¿seguro que estás bien?

—¡Que siiiii!

—¡Vale, vale!

Se marchó apresuradamente, temiendo una rabieta de las mías, y yo me giré hacia Aiden, que ya estaba junto a la ventana por su había de huir a toda velocidad en caso de que mi padre decidiera entrar en el dormitorio.

—Tienes que irte, dentro de cinco minutos volverá a hacer la ronda para ver si estoy bien —murmuré, acercándome.

—Sí, prefiero marcharme y seguir viviendo —abrió la ventana y pasó una pierna por encima del marco, quedándose sentado ahí un momento, mirándome—. Nos vemos en un rato, entonces.

Justo antes de que saliera, lo detuve por el brazo.

Que lo tocara seguía siendo algo que nos extrañaba muchísimo a ambos, pero me salía tan natural que no podía evitarlo.

Y, bueno, tampoco es que Aiden intentara apartarme.

—Oye... en la cena... —me aclaré la garganta, incómoda—, no menciones eso de que hablamos a menudo o mi padre la tomará contigo. Y empezará a hacer preguntas incómodas.

—No voy a mentir.

—Aiden, por favor...

—Tu padre ya me odia, no tengo mucho que perder.

—No te odia, solo... bueno... no le caes muy bien.

—Ya —suspiró y miró mi mano en su brazo—. Supongo que puedo fingir que solo te veo cuando estás con Lisa.

—Gracias —le dije de todo corazón—. Yo... nos vemos más tarde.

—Sí. Nos vemos.

Pero ninguno de los dos se movió.

De hecho, nos quedamos mirando el uno al otro durante unos segundos que parecieron eternos y en los que no dijimos nada. Aiden estaba sujetando la ventana con una mano, y vi que empezaba a repiquetear los dedos de forma ansiosa contra el cristal.

—Pues... nos vemos —repitió.

—Ajá... hasta luego.

Pero tampoco se movió nadie esa vez.

Cuando me di cuenta de que ninguno de los dos quería irse sin aclarar lo que, en el fondo, sabíamos que teníamos que aclarar, me envalentoné y di otro paso hacia él, quedando prácticamente a dos centímetros de distancia el uno del otro. Y, una gran novedad, su cabeza estaba a la misma altura que la mía.

¡Ya no me sentía un gnomo!

—Respecto a lo otro —empecé, dudando—. Bueno... yo...

—Ya lo hablaremos en otro momento en que mi vida no corra peligro —zanjó él, aunque tampoco hizo ningún ademán de moverse.

—Aiden...

—Amara...

—...deberías irte...

—...podrías empujarme...

—No quiero que te mueras.

—Eso es lo más romántico que me has dicho hasta ahora.

—Y es lo más romántico que he dicho en mi vida, también.

—Así que solo yo consigo sacarte tu parte amorosa, ¿eh?

—He cambiado de opinión, puedes caerte y matarte.

—Vale.

En cuanto hizo un ademán de soltarse, se me escapó un grito ahogado muy involuntario y lo agarré automáticamente del brazo con ambas manos para sujetarlo, aterrada.

Y Aiden ya se estaba riendo a carcajadas, claro.

—¡No tiene gracia! —le dije, enfadada.

—¡Admite que te preocupas por mí!

194

—¡No!

—¿Puedo besarte?

—¿Eh?

Antes de que pudiera reaccionar, tiró de mí por el brazo que todavía le sujetaba y noté que pegaba sus labios a los míos.

Fue tan repentino e inesperado que ni siquiera tuve tiempo de reacción antes de que se apartara y me sonriera con malicia.

—Mejor que el primero —me aseguró—. Nos vemos en la cena.

No esperó una respuesta. Vi que se descolgaba de mi ventana, se quedaba de pie en la parte saliente del tejado de la cocina y saltaba al patio trasero sin mucha dificultad... antes de volver tranquilamente al de su casa.

Me había terminado tomando la pastilla, así que ahora, al bajar las escaleras con mis vaqueros y mi jersey grueso, me sentía un poco aturdida. Pero me gustaba esa sensación; me mantenía serena, sin entrar en pánico ante la perspectiva de tener que verlo otra vez.

Realmente, cualquier persona en su sano juicio habría decidido no ir a esa cena, pero... yo no era una persona en mi sano juicio.

Además, esto no era por él. Él podría pudrirse en el infierno y no podría darme más igual. Esto lo estaba haciendo por mí. Estaba harta de rehuir sus recuerdos como si pudieran destrozarme. Quería enfrentarme de una vez al problema y quizá... solo quizá... bueno... ¿y si terminaba dándole un puñetazo y se me pasaba el trauma?

A mí me parece un buen plan.



¿A que sí?

Terminé de bajar las escaleras y mi padre me dedicó una sonrisa radiante.

Estaba poniendo los cubiertos sobre la mesa del comedor, que estaba más abarrotada que nunca.

—Ese jersey te lo regaló Grace, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—A mí me regaló el mismo. Quería que fuéramos los tres combinados para la cena de Navidad —puso una mueca—. Menos mal que se le ha olvidado.

—Papá, ¿me estás diciendo que no quieres que vayamos vestidos igual, como una familia feliz y navideña?

—Te lo estoy asegurando. ¿Vas a ayudarme a poner la mesa o no?

No quedaba gran cosa, pero le ayudé a poner todo lo demás y entré en la cocina para ayudar a Grace a llevar los entrantes a la mesa. Justo cuando dejé el último plato, escuché que llamaban al timbre y una oleada de nervios me invadió el cuerpo.

—¡Abre tú, Mara! —me gritó papá desde la cocina.

Mierda.

Me froté las manos, muy tensa, y me acerqué a la puerta casi como si al otro lado pudiera estar el anticristo en persona.

Pero... no. Era la familia de Lisa.

No sé si me puse más tranquila o más nerviosa al verlos.

Claire, la madre de Aiden, Lisa y Gus Gus era una mujer de mi misma altura, bastante delgada y con la cara redonda. Tenía el pelo castaño, como todos sus hijos, aunque los ojos dorados eran herencia del señor Walker. Claire siempre iba con una 195

gran sonrisa, claro. Era la que encabezaba el grupo junto a su marido, el señor Walker, que siempre había sido simpático pero mucho más serio que ella. Era bastante alto, tenía también el pelo castaño y entrecano y siempre, siempre, siempre llevaba camisas de cuadro.

De pequeña, Lisa solía bromear con que parecía un leñador.

—¡Mara! —el chillido de Claire seguro que se escuchó incluso al otro lado del barrio—. ¡Mírate, por Dios! ¡Cómo has crecido, estás encantadora! ¡La última vez que te vi todavía empezabas el instituto con Lisa!

Sonreí, algo avergonzada, y sospeché que no me había abrazado solo porque sostenía una bandeja con comida. Menos mal.

—Me alegro de verte, Claire. Y a usted también, señor Walker. Pasad, mi padre está haciendo malabares en la cocina con los platos, intentando no matarse.

El señor Walker empezó a reírse y fue el primero en entrar para ver el espectáculo

—a ver si se caía y podía reírse un poco de mi padre—. Claire lo siguió con un suspiro.

Detrás de ella, inevitablemente, la primera mirada que noté fue la de Aiden. Su cabeza sobresalía incluso por encima de la de su padre. Y me miraba con aire divertido.

Iba vestido como antes, pero sospechaba que su madre había intentado ordenarle el pelo, porque lo llevaba mucho más colocadito.

A su lado, Lisa tenía cara de estar muriéndose por dentro.

Ah, ¡y Gus Gus también estaba!

Él era más bajito que Aiden, y sospechaba que seguramente lo seguiría siendo toda su vida —en ese aspecto, tenía los genes de su madre—. No estaba muy segura de si tenía diecisiete o dieciocho años, pero el pobre parecía siempre tan asustado como un niño de cinco. Tenía cara de

cachorrito triste, si es que eso tiene sentido. De esos que te miran fijamente cuando abres una bolsa de comida y no puedes resistirte a darle parte de su contenido.

Ah, y el pobre tenía la muñeca derecha enyesada. Aiden me había contado la historia; se había caído por la ventana intentando escapar de casa y ahora le quedaban unos cuantos meses con la muñeca así.

—¡Gus Gus! —exclamé alegremente—. ¿Cómo estás?

La última vez que lo había visto, él tenía once años y ni siquiera había dado el estirón. Era muy raro verlo tan crecido.

—Yo estoy bien —Aiden enarcó una ceja—. Gracias por preguntarme a mí también.

—Es que tú me das igual, Gus no.

Su hermano pequeño le dedicó una sonrisita orgullosa antes de girarse hacia mí.

—Bien. Aunque casi no puedo hacer nada —levantó el brazo malo con aire lastimero—. No sé cómo me las apañaré para comer.

—Me encanta que siempre seas tan positivo en todo —murmuró Aiden.

Me giré hacia Lisa que, de nuevo, parecía estar muriéndose por dentro.

—Hay canapés. De tus favoritos.

—¿Sí? —me preguntó, no muy ilusionada.

—Sí, están sobre la mesa. Sírvete los que quieras.

Soltó un suspiro lastimero y entró con la cabeza gacha. Gus Gus la siguió con la misma actitud.

—Míralos —murmuró Aiden, cerrando la puerta junto a mí—. Son como dos almas en pena. Es deprimente.

—Tú sí que eres deprimente.

—Oye, ¿qué te pasa conmigo? Estás muy agresiva.

—Que me has dado un beso a traición y estoy enfadada.

Casi no había terminado de decirlo cuando noté que se inclinaba sobre mí y me sujetaba el mentón para darme otro. En cuanto nuestros labios entraron en contacto, di un salto hacia atrás, alarmada.

—Ahora te he dado dos —sonrió maliciosamente—. Supéralo.

Estuve tentada a lanzarle algo a la cabeza mientras se alejaba, pero me contuve.

Los siguientes en llegar fueron los vecinos del otro lado de la calle, el señor y la señora Welch, bastante simpáticos siempre. Algunas veces organizaban barbacoas e invitaban a todo el barrio. Mi padre era muy amigo suyo, pero era más amigo del padre de Aiden, con el que no dejaba de parlotear y reír.

Después llegó mi abuelo, el padre de mi padre. El abuelo Tom. Todo el mundo lo llamaba así, aunque no fuera su abuelo. Vivía al final de la calle y se le iba un poco la cabeza. A veces, me confundía con una prima mía que ni siquiera sabía que existiera, una de sus hermanas —que ya habían muerto de avanzada edad— o incluso con mi madre. Y, como no soportaba a mi madre, esos momentos no eran muy agradables.

Estuve todo el rato ayudando a Grace, Claire —que se había ofrecido voluntaria—

y papá a transportar los platos de comida de un lado a otro. No pude sentarme hasta al cabo de media hora, y casi enrojecí al ver el sitio que me habían reservado Grace y Claire; entre Gus Gus y Aiden.

—¿Ahí no debería sentarse Lisa? —pregunté torpemente.

Pero Lisa estaba al otro lado de la mesa contándole todos los problemas de su vida al abuelo Tom, que no parecía escucharla mucho. Estaba muy ocupado intentando descifrar de qué estaba hecho el canapé.

No me quedó otra que ocupar el sitio que me habían reservado. Aiden me dedicó una sonrisita divertida, pero no dijo nada porque mi padre y el suyo estaban justo al otro lado de la mesa —aunque no nos prestaban mucha atención—.

—Bueno —me giré hacia Gus Gus, que parecía un objetivo más inofensivo—.

¿Fuiste al baile de Navidad de tu instituto?

No, yo no había ido al mío. Qué asco. Pero se suponía que a la gente le encantaban esas cosas.

—Sí —sonrió un poco—. Bueno... en realidad fui solo. No tenía pareja.

—No se atrevió a preguntárselo a nadie —aclaró Aiden, comiendo canapés como si le fuera la vida en ello.

Gus enrojeció hasta la médula, el pobre.

—¿Por qué no? —no pude evitar el tono de lástima, menos mal que a él no le importó.

—Bueno... no sé... ¿quién querría ir conmigo?

—Cualquiera con un poco de cerebro —le aseguré, y me obligué a mí misma a ponerle una mano en el brazo bueno para darle un ligero apretón—. Vamos, no te desanimes.

197

Y, al contrario de lo que pretendía, me dio la sensación de que Gus se ponía mil veces más nervioso. Empezó a carraspear, enrojeciendo, y asintió torpemente con la cabeza.

Aiden, por su parte, se reía disimuladamente mientras seguía robando comida.

—¿De qué te ríes tanto? —pregunté, frunciéndole el ceño.

—De lo ciega que puedes llegar a ser —me dijo, y parecía todavía más divertido, y Gus Gus más nervioso mientras me echaba ojeadas rápidas y fingía estar centrado en la comida.

Ya casi había conseguido relajarme cuando el móvil de papá sonó. Se puso de pie, pidiendo disculpas, y lo seguí con la mirada, muy tensa. Una parte de mí tenía la esperanza de que volviera diciendo que al final esos tres, la familia del jefe de policía, no podrían venir.

—Parece ser que los últimos invitados no vendrán hasta la hora del postre —dijo al sentarse de nuevo—. Les ha surgido un imprevisto.

Solté tal suspiro de alivio que incluso mi abuelo me miró con una ceja enarcada.

Empezamos el comer el primer plato, aunque yo no tenía mucha hambre, y me alegré de que la conversación no girara mucho hacia mí, sino hacia mis vecinos, los padres de Aiden y mis padres. A mí solo me preguntaron lo típico; cómo estaba, qué hacía, si tenía algún plan... en fin, lo de siempre. Con Lisa hicieron lo mismo, aunque ella respondía con cara de estar siendo torturada por debajo de la mesa.

—¿Y tú, Aiden? —le preguntó Grace con una sonrisa amistosa—. Eres boxeador,

¿no?

—Sí, estos meses tengo unos cuantos combates para entrar en la liga nacional.

—¿Y eso de golpear a otra gente realmente se considera un empleo? —preguntó mi padre con cierto tono de desdén.

—Papá... —murmuré, avergonzada.

—¿Qué? Solo era una pregunta.

—Sí, es un empleo —intervino Aiden, tan tranquilo como de costumbre—, y se puede vivir perfectamente de ello, señor Dawson.

Mi padre le dedicó una mirada desdeñosa que supongo que Aiden vio, pero al menos no hizo ningún comentario al respecto.

—Bueno —intenté romper el silencio incómodo—, yo... fui a ver uno de sus combates.

—¿Tú? —papá me miró como si estuviera loca.

—Sí. Estuvo bien.

No sabía por qué lo estaba defendiendo, pero Aiden no podía evitar esbozar una gran sonrisa. Su padre nos miraba a ambos con curiosidad.

—¿Bien? —repitió papá.

—Deja de repetir lo que te dice —lo riñó Grace.

—Es que me cuesta creer que ver a dos personas golpeándose pueda estar bien.

—Es parte del deporte —Claire se encogió de hombros.

—Hay deportes más suaves.

—Y más aburridos —masculló Aiden sin poder contenerse.

Papá le dedicó una mirada de enfado, y justo cuando creí que iba a decir algo malo, Grace se puso rápidamente de pie.

—¿No deberíamos sacar ya el segundo plato?

Después, de eso, no volvieron a preguntarnos nada ni a Aiden ni a mí. De hecho, pareció que habíamos llegado a un pacto silencioso por el cual nadie tenía derecho a prestarnos atención. Incluso Gus Gus estaba entretenido charlando con la señora Welch.

—Tengo la ligera sospecha de que no le gusto mucho a tu padre —murmuró Aiden, divertido—. Menos mal que a su hija sí que le gusto. Y mucho.

—¿Y tú qué sabes?

—Simplemente lo sé. Hay cosas que ni tú puedes disimular con tu mala leche.

Solté una risita involuntariamente y mi padre se giró hacia nosotros dos casi como la niña del exorcista, haciendo que cada uno volviera a centrarse en su plato.

Y, justo cuando sacamos el postre y yo empecé a relajarme de verdad... llamaron al timbre.

Me tensé en mi lugar de una forma tan obvia que Aiden se giró hacia mí y me miró con extrañeza, aunque tuvo el detalle de no decir nada. Escuché la voz de papá en la entrada, hablando con un hombre y una mujer, y sus pasos acercándose. Tragué saliva con fuerza antes de atreverme a levantar la mirada.

El señor y la señora Butler eran un matrimonio bastante tradicional que vivía al otro lado de la ciudad; él era jefe de policía, ella ama de casa. Él se encargaba de traer dinero a casa, ella se encargaba de que siempre lo encontrara todo limpio. Él salía a cazar o a pescar con sus amigos, ella iba a clases de gimnasia para principiantes con sus amigas. Él iba al bar a tomar cervezas con sus compañeros, ella se quedaba en casa viendo la televisión sola.

En realidad, me daba algo de lástima la señora Butler. Era infeliz, se le notaba en la cara. Era de esas personas que habían perdido lentamente su propia forma de ser para complacer a otra, que en este caso era el señor Butler.



—Perdón por llegar tarde —dijo él, la voz cantante de la familia, ocupando su lugar junto con su esposa—. Nos ha surgido un imprevisto en casa.

—No os preocupéis —Grace ya estaba dejándoles sus platos de postre delante.

Pero yo dejé de escuchar en ese momento. Precisamente porque me di cuenta de que la mitad de la sala estaba tensa y no entendía muy bien por qué.

Miré a Aiden, confusa, y me di cuenta de que miraba fijamente al jefe de policía como si acabara de ver a un fantasma, al igual que sus padres.

Gus parecía tan perdido como yo, y estuve a punto de preguntarle al respecto cuando vi, por el rabillo del ojo, que entraba en el comedor el único integrante que faltaba en esa cena.

Oh, no.

—Ven, hijo —le dijo el señor Butler distraídamente—. Siéntate ahí.

James sonrió ligeramente y ocupó su lugar.

Al instante en que lo miré mejor, supe que todo esto había sido una decisión horrible.

No estaba preparada para verlo. No lo estaba. ¿Qué demonios estaba haciendo ahí? ¿Por qué me había empeñado en quedarme?

James, después de casi cinco años, tenía la misma apariencia exacta que la última vez que lo había visto, que había sido cuando había salido de esa habitación subiéndose la bragueta de los pantalones. Tenía el mismo cuerpo ligeramente robusto, 199

la cara ovalada, la nariz aguileña, el pelo ligeramente largo y oscuro y esa media sonrisita condescendiente que parecía que nunca iba a desaparecer de su maldita cara.

En el momento en que lo estaba revisando con la mirada, clavada en mi lugar sin poder moverme, él se giró hacia mí como si hubiera notado mis ojos sobre él.

Una parte de mí esperaba algo de temor, vergüenza, arrepentimiento... algo, lo que fuera.

Pero se limitó a sonreírme y guiñarme un ojo.

Apreté los dedos en mis rodillas hasta el punto en que empezaron a dolerme, pero no me moví de mi lugar. Y lo peor es que no notaba que fuera a tener un ataque, sino más bien tenía ganas de irme corriendo a donde fuera, sola, para poder llorar.

¿Qué estaba haciendo ahí?

Aiden seguía inexplicablemente tenso a mi lado y me di cuenta de que tanto él como su padre miraban al señor Butler, pero si el aludido los conocía de algo, no hizo ningún gesto de acordarse de ello.

Y fue en medio de esa escena tan incómoda que me puse precipitadamente de pie, levantando el móvil como si alguien me estuviera llamando. Me disculpé con voz temblorosa y me apresuré a ir a la entrada. Pero eso no era suficiente. Necesitaba salir de casa.

Sin molestarme en agarrar el abrigo, abrí la puerta y salí de casa de mi padre con la respiración agitada y los ojos llenos de lágrimas. La pastilla iba perfecta, porque por ahora no había tenido ningún flashback, pero una pastilla no hacía milagros; me sentía asqueada, sucia, como si se hubiera burlado de mí, de alguna forma.

Apenas había llegado a la valla que rodeaba la casa de mi padre cuando escuché pasos detrás de mí. Me di la vuelta, asustada, pero me calmé al instante en que vi que solo era Aiden. Y parecía preocupado.

—¿Qué pasa? —preguntó, confuso, deteniéndose delante de mí.

—Nada.

—Está claro que no es nada. ¿Qué pasa?

—Que... —me contuve y sacudí la cabeza—. Nada, en serio. Solo necesito estar sola un momento. Y... alejarme de esta casa.

—No vas a irte así. ¿Qué quieres? ¿Tener un ataque de esos en plena calle, tú sola?

—No voy a tener nada, ¿vale?

—¿Y cómo lo sabes?

—¡Porque me he tomado una pastilla para no tenerlos!

Por un momento, me arrepentí de haberlo dicho, como si él fuera a juzgarme por algo así. Pero Aiden se limitó a fruncirme el ceño.

—¿Por qué no puedes intentar calmarte y decirme lo que te pasa?

—¿Y por qué no puedes decírmelo tú? Parecías tan tenso como yo.

—Igual es porque no sabía que ese gilipollas iba a venir.

Eso me dejó tan confusa durante un instante que dejé de forcejear con la puerta de la valla para abrirla y me giré hacia Aiden.

—¿De quién hablas?

—Del hijo del jefe de policía.

—¿De... James? —decir su nombre en voz alta fue muy extraño.

—¿Lo conoces?

—¿Lo conoces tú?

—Bastante. Es la única persona a la que he golpeado fuera de un ring.

Como una bofetada de realidad, recordé de repente la única vez que vi a su padre gritándole. Y que Aiden me había comentado que había golpeado al hijo del jefe de policía. Por algún motivo, había asumido que era otra persona. ¿Cómo había podido pasar por alto ese detalle? ¿Es que en serio Aiden era capaz de distraerme tantísimo?

—Pero... —dije torpemente—, su padre no te ha dicho nada.

—Ni siquiera se acuerda de mí. Seguro que el imbécil de su hijo se ha metido en tantos problemas que no los recuerda todos —entrecerró los ojos—. ¿De qué lo conoces tú?

Abrí la boca para decirle algo —no sé el qué, pero algo—, aunque no tardé en volver a cerrarla, nerviosa, tensa y frustrada a la vez. Agaché la cabeza. No podía contarle esto a Aiden. No sé por qué, pero era muchísimo más difícil contárselo a él que a cualquier otra persona.

Para mi sorpresa, no reaccioné negativamente cuando me levantó la cabeza por el mentón para que lo mirara.

—No hables de ello, da igual —murmuró al ver mi expresión—. Sea lo que sea que haya pasado entre vosotros dos, está claro que no te cae bien. Y yo le di una paliza.

Creo que eso suma muchos puntos a mi favor en tu ranking de posibles futuros novios,

¿no?

No pude evitarlo y solté una risita, asintiendo. Estaba tan nerviosa que me daba miedo echarme a llorar de un momento a otro.

—Sabes que eres el único integrante de ese ranking, ¿no?

—Entonces, soy el primero —bromeó—. Cuando quieras vamos a Las Vegas a casarnos después de un combate.

Y ahí, sin pensar en lo que hacía y sin saber muy bien el por qué, me separé de la valla y le rodeé el cuello con los brazos para besarle en la boca.

Tanto contacto de golpe hizo que mi cuerpo entero se estremeciera, no sé si para bien o mal, y el propio Aiden tardó unos segundos en reaccionar y rodearme la cintura con los brazos. Tuve el ligero impulso de apartarme, tan poco acostumbrada a tocar a la gente como estaba, pero algo dentro de mí quiso que me quedara justo donde estaba.

Y eso hice.

Estaba tan nerviosa que apenas pude sentir sus labios besando los míos. Quizá solo había besado a Aiden de esa forma porque, por primera vez en mucho tiempo, había tenido la sensación de que podría encontrar algo de consuelo en los brazos de otra persona, porque de repente, contra todo pronóstico, me sentía mucho más tranquila, mucho más segura.

Ahí fue cuando Aiden también reaccionó y se dejó de tonterías de besitos de dos segundos. Esa vez, subió una mano y me sujetó la cabeza con ella, colocándome justo donde quería para abrir la boca sobre la mía. Apreté las manos en sus hombros, intentando mantener el equilibrio, cuando me apoyó la cadera contra la valla, apretándose contra mí, sin soltarme ni dejar de besarme. El beso se volvió tan intenso tan deprisa que no pude evitar preguntándome cuánto tiempo llevaba Aiden esperando este momento.

Y, justo cuando yo creí que empezaba a estar preparada para devolvérselo con la misma intensidad, ambos escuchamos la puerta principal abriéndose y cerrándose.

201

Aiden dejó de besarme, pero no me soltó. Solo miró por encima de su hombro —

yo no podía ver nada, él me bloqueaba la vista con su cuerpo— y noté que se tensaba de pies a cabeza.

—Vuelve ahí dentro y no molestes —espetó, para nada amistoso.

—Solo quería ver qué hacíais tanto tiempo aquí fuera.

Oh, mierda. Esa voz.

Di un paso hacia atrás torpemente y Aiden se vio obligado a soltarme para girarse hacia James, que nos observaba con las manos en los bolsillos y una sonrisita condescendiente en los labios. Su mirada repasó a Aiden antes de clavarse sobre mí.

—¿Qué tal, Mars?

Ugh, ya se me había olvidado ese maldito apodo y lo mucho que lo despreciaba.

—Hace mucho que no sé nada de ti —añadió, al ver que no respondía.

—Y no hace falta que empieces a saberlo ahora —espetó Aiden, señalando la casa con la cabeza—. Adiós.

—¿A qué viene tanta prisa?

—A nada que te importe.

James soltó una risa entre dientes que fue dolorosamente muy familiar. Era la misma que había soltado unas cuantas veces en ese dormitorio, esa noche. Noté que un escalofrío me recorría la espalda e inconscientemente me escondí un poco más detrás de Aiden.

—A ti también hace mucho que no te veo —añadió James, mirando a Aiden—.

Desde que fuiste con mi padre a la comisaría por darme una paliza, si mal no recuerdo.

Ahora eres boxeador, ¿no? Se ve que te gustó.

—Sí, es una lástima que no todos mis contrincantes tengan tu cara de imbécil, seguro que le pondría más ganas a golpearlos.

James empezó a reírse, para nada afectado, y dio un paso hacia nosotros. Yo cerré los ojos con fuerza cuando el viento sopló suavemente en nuestra

dirección, mandándome una oleada de su estúpida colonia cara. Seguía usando la misma. El olor me provocó náuseas, pero me contuve y no me moví de mi lugar.

—Ese beso era intenso, ¿eh? —James ladeó la cabeza hacia nosotros—. Casi parecía que nuestra querida Mars te ha hecho esperar muchísimo para poder besarla así.

Aiden puso los ojos en blanco, poco interesado en la conversación, pero James no había terminado.

—A mí me hizo lo mismo, ¿sabes? ¿No te ha contado lo que pasó entre nosotros?

Ahí sí que noté que Aiden se giraba hacia él con cierto interés, cosa que hizo que mis niveles de pánico aumentaran drásticamente.

—James, cierra la boca —solté inconscientemente con voz temblorosa.

—¡Vaya, parece que sí sabes hablar, después de todo! Y no has usado mucho esa habilidad para informar a tu nuevo novio de lo que pasó, ¿no es así?

No, no, no. Sujeté la mano de Aiden, ignorando el rechazo de mi cuerpo por establecer contacto humano teniendo en mente esa noche tan horrible, pero Aiden no se movió cuando tiré de él hacia la puerta de la valla.

—Mira cómo intenta escaparse ahora que la conversación no le gusta —se burló James al verme tan desesperada, mirando a Aiden—. ¿Nunca te ha contado que 202

intentaba ligar conmigo mientras estaba saliendo con mi mejor amigo? ¿Qué me proponía ir a su casa después de clases para echar un polvo a espaldas de Drew?

Dejé de tirar de la mano de Aiden por un momento.

—¡Eso no es verdad! —espeté, poniéndome roja por la rabia y la vergüenza.

—Y no solo eso. Yo también tenía novia. Y se suponía que también era su amiga.

Sí, no es tan buena chica como tú te crees, Aiden.

—¡Cállate de una vez! Aiden, eso no es verdad. Te lo juro. Yo no...

—No le mientas al pobre chico, tiene derecho a saber con quién sale.

—¡Tú eres el que está mintiendo! —me giré hacia Aiden, desesperada por terminar esa conversación antes de que le contara la peor parte—.  
Vámonos, por favor, no lo escuches.

Aiden, que parecía estar teniendo un debate interno sobre si quedarse o no, pareció decidirse con mi súplica final. Asintió con la cabeza y por fin dejó que tirara de él hacia la puerta de la valla, que abrí tan rápido como pude.

Pero el imbécil de James no había tenido suficiente.

—¿Te ha contado que, la noche en la que por fin acepté ir a una habitación con ella, se inventó que la había violado?

Noté que Aiden se detenía de golpe a punto de cruzar la puerta de la valla y soltaba mi mano. Cerré los ojos con fuerza, notando que se me formaba un nudo en la garganta.

Cuando me di la vuelta, vi que Aiden lo miraba fijamente con una expresión que ni siquiera yo supe descifrar.

—¿Qué has dicho? —preguntó en voz baja,

James sonrió, satisfecho por tener la atención y el control de la situación.

—Ya me has oído. Se pasó meses suplicándome que la follara y la noche en la que por fin lo hice... se arrepintió y le contó a todo el mundo que había sido algo forzado, para que su novio me diera la culpa a mí.

Eso era tan rastrero que noté que se me llenaban los ojos de lágrimas de pura rabia.



—¿Cómo puedes ser tan mentiroso? —pregunté, a punto de llorar por culpa de la ira contenida.

¿Cómo podía mentir en eso? ¿Precisamente en eso?

—¿Mentiroso, yo? —me enarcó una ceja, divertido, antes de girarse hacia Aiden—

. Ten cuidado cuando te la folles, igual luego va diciendo por ahí que no ha sido consentido.

Aiden había estado en silencio hasta ahora, mirándolo fijamente, y de pronto me di cuenta de que estaba juntando todas las piezas del rompecabezas de esa noche, la peor noche de mi vida. El por qué yo odiaba que me tocaran, por qué era tan arisca con la gente, por qué había tenido ese ataque de pánico en cuanto las cosas se habían vuelto un poco sexuales, por qué no había tenido sexo desde los quince años, por qué no había vuelto a tener una relación...

Y vi el momento exacto en que se daba cuenta de lo que yo no me había atrevido a contarle hasta ahora. Y de que tenía al culpable justo delante.

Lo peor no fue el puñetazo que le dio de repente, sino que ni siquiera necesitó que nadie le contara nada más para empezar a golpearlo.

203

Me quedé tan pasmada que tardé unos segundos en reaccionar, viendo cómo James caía de culo al suelo, pasmado, y se tapaba la boca con una mano. Cuando se la quitó, vio que tenía la palma llena de sangre y empezó a intentar gritar, llamando a su padre, pero Aiden se adelantó y lo calló de golpe cuando le dio una patada con la punta de la bota entre las piernas.

James soltó un chillido bastante ridículo y se dobló sobre sí mismo. El sonido había sido horrible, y él se había quedado pálido, pero a Aiden no pareció importarle demasiado. Lo agarró del cuello de la camiseta y le dio otro puñetazo, esta vez en la mandíbula. Y otro. Y otro.

Justo en el momento en que vi que iba a tirarse al suelo sobre James, reaccioné por fin y me acerqué corriendo, aterrada. Estaba tan asustada que ni siquiera me escuché a mí misma hablando, pero sé que le grité algo a Aiden de que lo soltara, y que él no me hizo caso. Le sujeté el brazo derecho con ambas manos y empecé a tirar hacia atrás con todas mis fuerzas, intentando separarlos. Cuando finalmente lo conseguí, retrocedí torpemente con Aiden, casi cayéndome de culo al suelo, y aparté la mirada de la horripilante cara ensangrentada de James, que no dejaba de retorcerse en el suelo.

Como si las cosas no pudieran ser peores, la puerta se abrió en ese momento y sentí que el mundo se detenía al ver al padre de James mirando fijamente a su hijo, pálido del horror.

A partir de ahí todo fue un caos. Mi padre empezó a gritar algo y me separó bruscamente de Aiden, que se había calmado y tenía la cabeza gacha y la mandíbula tensa. No me devolvió la mirada en ningún momento. Ni siquiera cuando yo intenté detener al señor Butler, que llamó a sus compañeros y aparecieron en menos de dos minutos para esposar a Aiden.

Intenté detenerlos por todos los medios posibles, pero nadie me escuchaba.

Incluso los padres de Aiden parecían consternados, como si estuvieran en estado de shock.

La ambulancia para James llegó en ese momento y, cuando lo subieron a la camilla y me dedicó una pequeña sonrisa de satisfacción, tuve ganas de ir a rematarlo yo misma.

Pero no. Lo que hice fue correr hacia el señor Butler, que estaba metiendo a Aiden en el coche de policía.

—¡No ha sido culpa suya! —ya no sabía cuántas veces lo había gritado, pero nadie parecía escucharme.

Tanto el señor Butler como su compañero me miraron, pero Aiden no. Ni siquiera cuando lo metieron en el coche y cerraron la puerta.

El señor Butler me dedicó una mirada desdeñosa.

—El chico sabía perfectamente lo que hacía y cuáles serían las consecuencias —

espetó—. Si quieres un consejo, niña, búscate un novio mejor.

—¡Búsquele usted un psiquiatra a su hijo para que deje de ser tan gilipollas!

Escuché a Grace ahogando un grito, alarmada, cuando el señor Butler se dio la vuelta hacia mí, rojo y furioso.

—¿Quieres que te detenga a ti también? ¿Es eso?

—¡A quien debería detener es a su hijo! ¡Él ha empezado la pelea!

—¡Pues, hasta donde yo sé, él está en una ambulancia mientras el otro está perfectamente!

204

—¡Por el amor de Dios, váyase a la mierda! ¿Es que no ve que ha provocado a Aiden a propósito? ¿En serio es tan estúpido?

Por un breve y tenso momento, juro que pensé que iba a darme una bofetada.

De hecho, me dio la sensación de que su esposa, la señora Butler, pensaba lo mismo, porque se tensó de pies a cabeza. Pero cerró los ojos, aliviada, cuando vio que él se contenía.

—El único estúpido aquí es tu novio —murmuró finalmente el jefe de policía—, porque es el único que acaba de arruinar su carrera.

Me quedé mirándolo fijamente, furiosa, cuando se limitó a darse la vuelta y meterse en el coche de policía.

No pude hacer nada más para detenerlo.

205

12

## EL PLAN MAESTRO

Durante unos segundos, nadie dijo nada. Hasta que Gus Gus, claro, hizo su intervención maestra:

—Pero... ¿qué coño acaba de pasar?

Su padre le dio una palmada en la nuca casi al instante.

—No digas palabrotas —advirtió.

—¡Era una palabrota de sorpresa! Y a Aiden le dejás decirlas.

—Aiden ahora mismo está en un coche de policía, no me lo pongas de ejemplo.

Yo seguía mirando fijamente la carretera, con los puños apretados. Menos mal que la ambulancia se había llevado al imbécil de James porque, si no lo hubiera hecho, juro que yo misma le habría dado otra patada.

—Tenemos que ir a la comisaría —intervino Claire de repente, como si hubiera vuelto a la realidad—. Vamos. Gus, Lisa, volved a casa.

—¡Yo quiero ir! —protestó Gus.

Pero, cuando vio que la situación era tensa, Lisa se apresuró a agarrarlo del brazo y arrastrarlo de vuelta a casa, dejándome ahí plantada con Grace, papá, los Welch —mis vecinos— y los padres de Aiden. Bueno, y mi abuelo, que estaba asomado a la ventana porque iba en silla de ruedas y no podía salir al jardín, pero quería controlarlo todo.

—Si necesitáis algo, lo que sea —le dijo papá al señor Walker—, sabéis dónde encontrarnos.

—Siento lo que ha pasado —le dijo él.

—No te preocupes.

Pero conocía a mi padre. Seguía creyendo que el culpable era Aiden. Lo veía solo en la forma en que me había apartado de él, como si fuera a hacerme daño.

Me giré hacia Claire y el señor Walker.

206

—¿Puedo ir yo también a la comisaría?

Claire estuvo a punto de responder, pero papá la interrumpió.

—Eso no es problema tuyo, Mara.

—¡Yo soy la única que estaba aquí con ellos!

—Si necesitan tu declaración, te llamarán.

—¡Quiero ir, papá!

—Oye —Grace le puso una mano en el hombro, intentando calmar la situación—

, quizá deberíamos dejar que vaya.

—No —espetó papá, y la sentencia fue firme.

Así que tuve que ver cómo Claire y el señor Walker se marchaban en coche sin poder hacer nada, de pie en medio de nuestro jardín con los hombros tensos y los brazos cruzados con fuerza.

No estoy muy segura de si prefería golpear algo, gritar, llorar o hacerlo todo a la vez. Pero necesitaba hacer algo. No podía quedarme ahí, de brazos cruzados, o me terminaría consumiendo y volviendo más loca de lo que ya estaba.

—Quiero ir —le dije a papá cuando él empezó a entrar en casa.

Mi abuelo seguía asomado a la ventana, pero los Welch ya habían vuelto a su casa. Papá, Grace y yo éramos los restantes del jardín. Y esperaba que dentro de poco solo lo fueran ellos dos.

—Me da igual lo que quieras —masculló papá.

—Soy una adulta, no puedes decirme lo que puedo hacer o no.

—Eres mi hija, puedo decirte lo que puedes hacer o no.

—¡Pero puedo ir donde quiera! Papá, solo necesito que me lleves en coche. Si voy andando tardaré una eternidad en...

—He dicho que no.

—¡No es...!

—Pero ¿qué demonios te pasa con ese chico? —preguntó, enfadado, girándose hacia mí—. ¿Es que es tu novio o algo así? ¿Te crees que no he visto las miraditas durante la cena? ¿En serio quieres acabar con alguien como él?

—¿Cómo él? ¿Y eso qué demonios se supone que significa?

—Alguien problemático.

—¿Qué...? ¡Me estaba defendiendo!

—Sí, claro.

207

—¡Pues sí, me estaba defendiendo porque tú mismo habías invitado al gilipollas del policía!

—Mara... —cuando vi que iba a reñirme por usar una palabrota, exploté y le dije algo que no solía decirle a mi padre (si es que alguna vez lo había hecho).

—¡Vete a la mierda!

Él abrió mucho los ojos, pasmado, y vi que Grace lo detenía del hombro cuando hizo un ademán de seguirme. A la mierda. Iría andando si hacía falta. Estaba harta de depender de todo el mundo.

Empecé a recorrer la calle con las manos bajo las axilas, buscando algo de calor.

No me podía creer que no me hubiera molestado en agarrar un abrigo. Me estaba helando. Y el frío de mi cuerpo contrastaba dramáticamente con el calor de mi cara, que estaba roja por la rabia.

Si no hubiera ido a esa cena... si me hubiera llevado a Aiden a tiempo... ahora mismo estaríamos besuqueándonos por algún rincón, no en esta situación.

Justo cuando iba a cruzar la calle, un coche redujo la velocidad para situarse a mi altura y lo miré con desconfianza, malhumorada, que fue sustituida por la sorpresa cuando vi que se trataba de mis vecinos, el señor y la señora Welch.

—¿Quieres que te llevemos a la comisaría? —se ofreció el señor Welch amablemente.

Dudé visiblemente, todavía pasmada, antes de asentir fervientemente y subirme al asiento trasero.

—Que conste —me dijo la señora Welch, señalándome—, que esto es para compensar todas las veces que me regaste las petunias de pequeña cuando nosotros nos íbamos de viaje.

Los señores Welch me dejaron justo delante de la comisaría y yo se lo agradecí mil y una veces antes de apresurarme a subir los escalones de piedra de la entrada.

Había una sala de espera pequeña que olía al plástico barato de las sillas, que no dejaban de crujir cada vez que alguien se movía un poco. Fui



directamente a la mujer del mostrador, que me dedicó una breve mirada aburrida.

—¿Qué quieres? —preguntó, la amabilidad personificada.

—Hace poco han traído a un chico que se había metido en una pelea. Aiden Walker, yo...

—No puedes verlo, si es lo que quieres.

—Necesito hablar con él.

—Pues va a ser que no, bonita. Solo familia —enarcó una ceja—. Ahora, vete de aquí. Hay mucha cola.

—No lo entiende. Tengo que hablar con él.

—Tú eres quien no lo entiende, tienes que irt...

—¿Mara?

Las dos nos giramos hacia Claire, que estaba de pie al otro lado del mostrador.

Me miraba con cierta sorpresa, aunque todavía tenía la cara de espanto que había tenido al salir de nuestra casa.

—¿La conoce? —le preguntó la policía con desconfianza.

—Pues claro que sí —le dijo Claire, muy enfadada, cosa inaudita en ella, que siempre estaba contenta—. ¿Se puede saber por qué no la dejaba pasar?

—Porque solo puede entrar familia, señora.

208

—Está casada con mi hijo, ¿no te parece que eso le da derecho a pasar?

La policía enrojeció un poco y yo me apresuré a cruzar al otro lado del mostrador hacia Claire, que le dedicó una última mirada de ojos entrecerrados antes de hacerme un gesto para que la siguiera.

—Menos mal que se lo ha creído —me dijo en voz baja.

Pero no empezó a hablar de nuevo hasta que cruzamos el pasillo.

—Me alegra que estés aquí, sentía que yo sola iba a terminar volviéndome loca

—me dedicó una pequeña sonrisa—. Mi marido está hablando con uno de los policías que se ha llevado a Aiden. Tú estabas ahí, ¿verdad?

Asentí cuando las dos nos sentamos en las sillas que había en uno de los múltiples pasillos, junto a unas pocas celdas vacías.

—Lo ha provocado James —le aseguré en voz baja.

—Lo sé, Mara —Claire suspiró, agotada—. Conozco a mi hijo. Solo se ha metido en este tipo de problemas una vez y casualmente fue con el mismo chico. Lo único que no sé es qué le habrá hecho esta vez.

Me aclaré la garganta, incómoda, y por un momento tuve la tentación de contárselo todo a Claire, pero me contuve sin saber muy bien por qué. Quizá porque no quería que me mirara con lástima o algo así. O por vergüenza. No lo sé.

—James... me hizo algo muy malo hace unos años —dije finalmente, bajo la atenta mirada de Claire—. Aiden se ha enterado y... bueno, ya sabes.

—¿Algo muy malo? —lo dijo como si no estuviera muy segura de si quería saber los detalles o no—. Lo siento mucho, cielo. No sé qué te hizo, pero para hacer reaccionar a mi hijo de esa forma... al menos, tú estás bien, ¿no?

—Estoy bien. En realidad, yo...

Bajé la voz y me arrastré un poco más cerca de ella, como si fuera a contarle el secreto de mi vida. Claire me observaba, desconcertada.

—...tengo un plan —finalicé.

—¿Un plan? —repitió Claire, también entre cuchicheos—. ¿Qué plan?

—Es... bueno, solo necesito que me sigas la corriente, ¿vale?

—Pero... ¿no vas a explicarme de qué va?

—No hay tiempo, y necesito que estés sorprendida.

—¿Sorprendida? ¿De qué?

Me puse de pie y me quedé mirando la pared, respirando hondo. Claire se asomó para dedicarme una mirada confusa.

—¿Qué...? ¡Mara!

Soltó el chillido cuando di un puñetazo con fuerza a la pared, aunque por suerte no apareció nadie.

Dios, dolía. Me miré los nudillos. Los tenía rojos y uno algo ensangrentado. Me ardía y temblaba toda la mano.

—¿Por qué has hecho eso? —casi me chilló Claire, alarmada.

Pero yo solo respiré hondo, agitando la mano para alejar al dolor.

—Sígueme.

La madre de Aiden, desconcertada, se apresuró a ponerse de pie y a seguirme.

Andaba detrás de mí como si estuviera en una película de espías.

Fui directa a la puerta tras la que me había dicho que estaba su marido hablando con el policía. Llamé sin siquiera pensarlo y las voces del otro lado se callaron de golpe.

Me giré hacia Claire en el último momento.

—Diles que yo vi lo que pasó —murmuré.

—¿Eh...?

Pero se calló de golpe cuando uno de los policías abrió la puerta del despacho y nos miró con una ceja enarcada.

—Ya llegará su turno, esperen en...

—En realidad —lo cortó Claire—, Mara vio lo que pasó.

El policía me miró de arriba abajo, como si me analizara detenidamente en función de su creerlo o no, hasta que finalmente se apartó.

—Bien —murmuró—. Pasad. Espero que vayas al grano, al menos.

El señor Walker estaba sentado en una de las sillas del escritorio. Al otro lado, estaba el policía que había esposado a Aiden, también sentado. El otro se quedó de pie a su lado, con los brazos cruzados. Claire y yo también nos quedamos de pie.

Sinceramente, no sé quién era el más tenso de esa habitación.

El señor Walker nos dedicó una mirada perpleja, como si no entendiera lo que pasaba ahí, pero ahora no podía explicárselo.

—Esta chica dice que estaba presente cuando todo ocurrió —le informó el policía que seguía de pie al otro.

Al menos, el otro parecía mucho menos prepotente y mucho más propenso a escuchar. En su pecho tenía bordado el nombre de Castro.

—Bien —me dijo, mirándome—. ¿Y qué tienes que decir, chica?

Dudé visiblemente un momento antes de dar un paso hacia él, fingiendo algo de vergüenza.

—Yo... en realidad, yo le he dado esa paliza a James.

Hubo un momento de silencio absoluto en la habitación. Los dos policías intercambiaron una mirada casi al mismo tiempo que lo hacían los padres de Aiden.

—¿Tú? —me preguntó el otro policía, mirándome con un gesto de desdén—. Lo dudo mucho.

—He sido yo —repetí, enfurruñada, enseñándole la mano ensangrentada.

Menos mal que había dado ese golpe. Los dos policías empezaron a dudar al instante en que vieron las marcas en los nudillos.

—Eso no tiene sentido —insistió el agente pesado—. Alguien de tu tamaño no puede dar una paliza así.

—Sí que puedo. Lo he hecho.

—Chica —me dijo Castro lentamente, como si quisiera darme una oportunidad de echarme atrás—, estamos hablando de cargos muy graves. El chico tiene la mandíbula rota y una lesión grave en los testículos, podría quedarse estéril.

—Pues el mundo me debe una —murmuré.

—Esto no es una broma —espetó el agente pesado—. ¿Te das cuenta de que pueden denunciarte? Y ni siquiera estamos seguros de que hayas sido tú.

—¿Qué pasa? ¿Qué una chica no puede golpear?

—¿Cómo para romper una mandíbula? Pues no, no puede.

Enfadada y sin pensar lo que hacía, me coloqué en posición defensiva en tiempo récord, recordando lo que me había enseñado Aiden. No le di tiempo de reacción, le clavé el upper-cut, haciendo que su cabeza se impulsara hacia atrás, y un segundo más tarde le lancé el golpe definitivo en la mejilla, girando la cadera y usando toda mi fuerza.

Se oyó un sonoro plof cuando cayó al suelo.

Me crucé de brazos, enfurruñada, y me giré hacia Castro, que tenía la boca casi tan abierta como los padres de Aiden.

—Bueno —le dije, enfadada—, ¿me creen ya o no?

Castro dudó durante lo que pareció una eternidad, mirando a su compañero inconsciente en el suelo, antes de por fin reaccionar y alcanzar su walkie-talkie.

—Soltad al chico, no ha sido él.

Diez minutos más tarde, después de haber dado mi versión de la historia a tres agentes distintos, yo era la que estaba sentada en una celda con una bolsa de hielo en la mano.

La verdad es que no era del todo incómodo. No había nadie más, así que estaba completamente sola, jugueteando con un hilo suelto de mi jersey mientras esperaba a que alguien me dijera lo que harían conmigo. Por algún motivo, no me preocupaba en lo más mínimo. Después de todo, en parte yo había sido responsable de esa pelea.

Además, a mí no me echarían de ninguna liga si daba una paliza a alguien.

Llegó a pasar tanto tiempo ahí que me quedé dormida sin darme cuenta, acurrucada en el banco de la celda. Cuando abrí los ojos, no me di cuenta de que era porque alguien me sacudía el hombro hasta unos segundos después. Era un policía.

Me aparté bruscamente su toque, frotándome los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Puedes irte

Lo miré, confusa.

—¿Eh?

—Que puedes irte. El chico ha pagado tu fianza y te está esperando fuera.

Me levanté, confusa, y me aparté de nuevo cuando hizo un ademán de agarrarme del brazo para sacarme de la celda.

—Puedo caminar yo solita —le aseguré, irritada.

El policía me guió hacia una mujer que me hizo firmar unos papeles mientras me miraba con una ceja enarcada, después me hicieron esperar casi media hora... y finalmente me dejaron salir por la puerta principal. Debían ser las cuatro de la mañana. Y hacía un frío que me helaba los huesos.

Pero más congelada me dejó ver que Aiden y su padre me estaban esperando junto al coche de Aiden con los brazos cruzados, mirándome fijamente.

Vale, ¿por qué de repente me sentía como si fuera una niña pequeña pillada haciendo una travesura?

Bajé los escalones, tragando saliva, y vi que el señor Walker me dedicaba una pequeña mirada de compasión que entendí al instante en que vi la expresión cabreada de la cara de su hijo.

Y el capullo ni siquiera me saludó. Solo se acercó a mí con la misma expresión furiosa y los labios apretados.

—Pero ¿en qué maldito momento se te ha ocurrido decir que habías sido tú?

Me detuve, confusa y ofendida por partes iguales, y me puse las manos en las caderas.

—Oye, un gracias no estaría mal.

—No quiero darte las gracias, Amara. Estoy muy cabreado.

—¿Por qué? ¡Te he ayudado!

—¡Y tú vas a tener una agresión en tu expediente para siempre! ¿Es que no lo entiendes?

—¡Pero a mí no van a echarme de ninguna liga por ello! ¿Es que no lo entiendes tú?

Hubo un momento de silencio en que ambos nos miramos fijamente, cada uno más molesto que el otro, y que fue roto por el suspiro cansado del señor Walker.

—Por Dios, alquilad una habitación y acabad con esto.

Noté que mi cara entera se volvía del color de mi pelo cuando di un salto hacia atrás, avergonzada, mientras el señor Walker se reía y Aiden lo miraba con mala cara.

—¿No podrías ser un poco más sutil?

—Vosotros dos no habéis sido muy sutiles hasta ahora, creo yo —nos dijo, enarcando una ceja—. Tenéis suerte de que los demás estén ciegos y no lo vean, porque no creo que a tu padre le hiciera ninguna gracia, Mara.

Me pasé una mano por la cara, avergonzada. Seguro que seguía de color escarlata.

—Él... ejem... si no se entera de...

—No se enterará por mí —me aseguró con una sonrisa divertida—. ¿Sabe que estás aquí, al menos?

—Eh... sí. Más o menos. No quería que viniera.

—Igual deberías haberlo escuchado —masculló Aiden.

—Tú cállate, desagradecido —le dijo su padre sin siquiera inmutarse.

Aiden lo miró, sorprendido.



—¿Por qué te pones de su parte? ¡Tu hijo soy yo!

—Y por eso puedo aprovechar esta maravillosa confianza que tenemos para decirte que no tienes razón, hijo mío.

Sonreí maliciosamente a Aiden, que pareció sumamente indignado, pero volví a centrarme en su padre cuando se giró hacia mí.

—¿Quieres quedarte en nuestra casa por hoy, Mara?

Sí a todo.

—Eh... bueno... —murmuré.

—Puedes dormir con Lisa —añadió él—. Estoy seguro de que no le importará.

—Ah, entonces, sí.

Eso pareció indignar aún más a Aiden, aunque esa vez se limitó a cruzar los brazos, molesto.

Un rato más tarde, aparcamos el coche en el garaje de casa de los padres de Aiden y no pude evitar echar una ojeada incómoda a casa de mis padres. Al final, mientras los seguía al interior, decidí mandarle un mensaje a Grace informándole de que esa noche me quedaría con Lisa. No tardó en pedirme que hablara con papá al día siguiente, cuando las cosas se calmaran un poco.

La casa de los Walker era casi un calco de la de mi padre; simple, pero acogedora.

Era obvio que ahí había vivido una familia, había mil fotos de Aiden, Lisa y Gus de pequeños, de sus premios en las diferentes actividades que hacían y, además, en la nevera tenían todavía algunos de los dibujos que les habían hecho a sus padres de pequeños. Me quedé mirando uno de ellos con una pequeña sonrisa mientras el señor Walker iba a buscar a Lisa.

Aiden y él se quedaron hablando en el salón cuando ella bajó las escaleras y me miró, medio adormilada.

—Dime que tú no te has metido en una pelea tú también —suplicó, acercándose.

—Solo contra una pared.

—¿Eh?

—Es una larga historia.

—Bueno, mejor no me la cuentes. Me he dado cuenta de que, cuanto menos sé, más feliz soy.

Sonreí y la seguí escaleras arriba. La habitación de Lisa era la del fondo a la derecha. La de Aiden era la que tenía justo delante y la de Gus Gus era la que estaba al otro lado del pasillo, junto a la de sus padres. No me extrañaba que lo hubieran escuchado en su triste intento de escape.

La habitación de Lisa, por supuesto, era rosa y tenía mil peluches, libros y pósters bonitos. Por algún extraño motivo, siempre olía a caramelos. Me pregunté si tendría alguna bolsa llena por algún lado, escondida.

—Espero que esto te sirva —murmuró ella, sacando el colchón que guardaba bajo su cama y dejándome las sábanas pertinentes—. A no ser que prefieras mi cama, claro. Podemos cambiar.

—No te preocupes. ¿Cómo estás?

Ambas sabíamos por qué lo preguntaba. Lisa sorbió la nariz mientras me ayudaba a hacer la cama, pero no dijo nada hasta que me prestó un pijama y ambas nos metimos en nuestras respectivas camas.

—Holt me ha llamado hace un rato —dijo finalmente.

—¿Sí? —no sabía si entusiasmarme o preocuparme, su cara no desvelaba mucho—. ¿Y... qué ha dicho?

Lisa apoyó la cabeza en la almohada y soltó un suspiro lastimero.

—Seguía insistiendo en que nos casáramos. Ya... ya no sabía cómo decirle que no. Le he colgado. No ha vuelto a decir nada. Casi lo agradezco.

Suspiré cuando ella apagó la luz y me quedé mirando el techo durante unos segundos —o lo poco que podía ver con esa iluminación—. Lisa hizo un verdadero esfuerzo porque no lo escuchara, pero era obvio que estaba llorando.

Durante unos segundos, no pude hacer nada más que sentirme completamente inútil. Pero, finalmente, haciendo de tripas corazón, cerré los ojos con fuerza y tragué saliva antes de quitarme la sábana de encima y ponerme de pie.

Lisa seguía llorando cuando me metí en la cama con ella y, sintiendo una oleada de pánico inundarme el cuerpo, rodearla con los brazos y darle un fuerte abrazo.

La pobre Lisa se quedó tan paralizada por la impresión que incluso dejó de llorar.

—¿M-me... me estás abrazando? —preguntó con un hilo de voz, pasmada.

—Estoy intentando ser una buena amiga y darte un abrazo reconfortante, ¿vale?

—le solté, un poco más a la defensiva de lo que pretendía.

—Es la primera vez que me abrazas en cinco años —ella empezó a llorar otra vez.

—¡Pero no llores más! ¡Se supone que esto es para que pares!

—¡Es que ahora lloro de emoción!

—¿A que dejo de abrazarte?

—¡Nooooo! Vale, dejo de llorar.

Me devolvió el abrazo, supongo que encontrando en mí un poco de consuelo, y después de eso nos quedamos unos segundos en silencio. Lisa fue la primera que se quedó dormida, pero yo no podía. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Ya casi había pasado una hora cuando empecé a adormilarme, pero me desperté de golpe cuando recordé que todo el mundo dormía y tenía vía libre. Escuché atentamente a Lisa, que seguía durmiendo profundamente, y finalmente me puse de pie otra vez.

El pasillo estaba oscuro y vacío cuando cerré la puerta de la habitación de Lisa y me acerqué de puntillas a la que tenía delante. La abrí sin hacer un solo ruido y me asomé, intrigada. Aiden estaba en su cama, durmiendo tranquilamente.

La víctima perfecta.

Me acerqué con una sonrisa maliciosa a él y, pese a que mi primera intención fue darle un susto de muerte, al final opté por clavarle un dedo en la mejilla.

—Oye —susurré—, despierta.

Aiden puso una mueca y me quitó la mano de un manotazo. Sin siquiera abrir los ojos, rodó sobre sí mismo para darse la vuelta y seguir durmiendo.

Será marmota.

Subí a su cama de rodillas y volví a repetir el proceso, esa vez apretando el dedo en su mejilla con más ahínco.

—Oye, capullo, no me ignores.

—Déjame dormir en paz —masculló Aiden, medio dormido.

—¡Me he colado en tu habitación! ¿No merezco, al menos, que abras los ojos?

—No. Quiero dormir.

—Si abres los ojos ahora mismo, te dejo verme las tetas.

Me miró al instante.

—Trato hecho.

—Era una broma, idiota —puse los ojos en blanco—. ¿Cómo puedes dormir tan tranquilo? ¡Hace unas horas estabas dándole una paliza a alguien!

—Bueno, la verdad es que se la merecía. Me he quedado a gusto.

—Tenemos que hablar, Aiden.

—Y yo que tenía la esperanza de que hubieras venido a dormir conmigo...

—Ya te gustaría —enarqué una ceja, divertida, pero le puse mala cara cuando vi que volvía a cerrar los ojos—. ¡Quiero hablar contigo, no te duermas!

—¿Tiene que ser ahora, en serio?

—Ahora estamos solos, ¿no?

—¿Y tú qué sabes? A lo mejor hay un demonio en ese rincón de la habitación.

—Bueno, pues el demonio se puede ir a la mierda. Ignoraré su presencia.

—Madre mía, eres peor que el infierno.

—¿Vas a centrarte de una vez? —protesté.

Aiden suspiró y rodó para quedar tumbado boca arriba, entrelazando los dedos en su nuca. Me miró, todavía medio dormido, pero al menos ahora tenía su atención.

Creo que la tuve aún más cuando me repasó con los ojos y vio el pijamita rosa con unicornios que llevaba. Empezó a reírse y yo entrecerré los ojos, molesta.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Bueno, eso de las nubes y los unicornios rositas no va mucho contigo, ¿no?

—¿Y qué va conmigo?

214

—No sé. ¿Instrumentos de tortura, quizá?

—¿Quieres que empiece a torturarte a ti, capullo?

—¿Lo ves? Qué violenta eres, Amara. Me estás llevando por el camino del mal.

—¿Siempre estás así de insoportable por la noche?

—Se me ocurren unas cuantas formas de mejorar mi ánimo —subió y bajó las cejas.

—Te recuerdo que hace dos horas estabas furioso conmigo.

Él suspiró y pareció que su lado juguetero se escondía un poco para dejar salir al que todavía estaba molesto conmigo.

—Bueno, es que has hecho una tontería —murmuró.

—Solo porque tú habías hecho otra antes que yo.

—Él se merecía esa paliza.

—Pero tú no te merecías una sanción. Los dos sabemos que, si no hubiera hecho nada para ayudarte, habrías salido más perjudicado tú que él.

Aiden suspiró, observándome detenidamente por unos instantes.

—Supongo —admitió finalmente.

—Yo... —Dios, ¿por qué era tan difícil decirlo?—. Bueno... todavía no te he podido dar las gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Es la primera vez en mucho tiempo que alguien... —medio bromeé, nerviosa por eso de dar las gracias, cosa a la que no estaba en absoluto acostumbrada.

—¿Alguien...? —me instó a seguir.

Nerviosa, lo solté todo del tirón.

—Es la primera vez en mucho tiempo que siento que alguien quiere protegerme.

Aiden pareció sorprendido durante el primer instante, pero después esbozó una sonrisa mucho más suave que las demás y se incorporó hasta quedarse sentado, con nuestros rostros alineados. Por un momento, pensé que iba a besarme, pero no lo hizo.

—Lo haría mil veces más —me aseguró.

—Sí, claro —solté una risita medio burlona, medio nerviosa.

—Lo digo en serio. De lo único que me arrepiento es de haberme enterado de lo que te pasó... así.

No supe muy bien si me lo estaba echando en cara o simplemente se lamentaba, pero sentí que una oleada de nervios muy incómodos me invadían.

—Debí decírtelo antes —empecé con voz atropellada—. Yo...

—¡No lo digo por eso! —me dijo, alarmado—. Me refiero a que hubiera preferido que me lo dijeras tú cuando quisieras, no él. Y no de esa forma.

Aparté la mirada, incómoda.

—Él... es así. Creo que simplemente disfruta haciendo sufrir a la gente.

—Pues esta vez soy yo quien ha disfrutado haciendo que sufriera.

—Mírate, y parecías un buen chico...

—Soy un badboy —me guiñó un ojo.

—Por favor, no —puse una mueca de horror—. Cualquier cosa menos eso.

Empezó a reírse, divertido.

Qué buenas vistas, ¿eh?

—Vaya, y yo pensando que los chicos malos te gustaban.

215

—Ya estuve con un chico malo y he terminado traumatizada de por vida, créeme, no los quiero ni a cien metros de distancia.

Los dos nos quedamos muy quietos por un instante por el mismo motivo: mi sonrisa.

Espera, ¿acababa de bromear sobre eso? ¿Sobre James? ¿Sobre lo que me había pasado?

La doctora Jenkins pondrá su cara de profesional concentrada cuando se lo cuentes.

Aparté la mirada, pasmada conmigo misma, y fue en ese momento de silencio cuando sentí que ya había llegado el momento de hablarle de lo que me había pasado.



Pero hablarle de ello de verdad. Contarle mi versión, mi verdad.

—Aiden... —empecé.

—No necesito oírlo si no quieres decírmelo —me aseguró en cuanto vio mis intenciones.

—No. Quiero decírtelo. Yo... nunca le he contado la historia completa a nadie.

Ni siquiera a la doctora Jenkins, a quien le había contado solo los detalles importantes.

Aiden no dijo nada, solo me miró, esperando, y yo respiré hondo, sin saber muy bien por dónde empezar.

—Cuando tenía quince años, mis padres ya estaban separados. Papá se había quedado la casa que hay aquí al lado y mamá se mudó con su nuevo novio a un parque de caravanas que hay a un poco más de una hora de aquí. No sé por qué, pero mi madre se empeñó a que fuera a pasar con ella una temporada. Un verano, en concreto.

Y, tampoco sé por qué, yo acepté. Mi padre insistía en que no lo hiciera, no se fiaba de mamá, pero yo seguí insistiendo igual.

»Al final, fui a pasar el verano con mi madre. Y ella siempre ha sido muy... ejem...

distinta al resto de madres que conozco, ¿sabes? Fuma, se emborracha muy a menudo, le gusta experimentar con ciertas... eh... drogas no muy fuertes... y no tiene impedimentos a la hora de hablar de sexo, de amor y demás.

»Bueno, la cosa es que durante ese verano empezó a preguntarme por qué me tapaba tanto para ir a la playa, empezó a convencerme para que me pusiera bikinis en lugar de bañadores, que hablara con algunos chicos que veíamos por la playa, que probara el alcohol y el tabaco... No pienses que es una mala madre. No lo es. Solo...

tiene un concepto a la educación muy distinto al de la mayoría de la gente. Pero yo sé que me quiere, a su manera.

»La cosa es que terminó el verano y yo no quise volver con papá. Sentía que él me reprimiría y no me dejaría ser esa nueva versión de mí misma, ¿sabes? Así que decidí quedarme un año de instituto con mamá. Ella estuvo encantada. Su novio no tanto, pero como comía poco y no molestaba mucho, no se quejó demasiado.

»Nada más llegar a mi primer día de instituto, conocí a Abigail. Iba a casi todas mis clases y era una de esas chicas a las que miras por la calle sin saber muy bien por qué, que tiene mil amigos, que siempre está preparada para cualquier evento... bueno, evidentemente estuve encantada cuando se interesó en ser mi amiga. Más que nada porque era nueva y ella me presentó a todos sus amigos, incluido Drew, mi ahora exnovio, ¿lo recuerdas?

—Sí —Aiden no parece muy complacido por hacerlo—. Menudo idiota.

216

—No era así en aquel entonces —le aseguré. Ni siquiera en ese momento podía pensar mal de Drew—. De hecho... era un encanto, Aiden. Me trató como a una verdadera reina y eso que yo me pasaba el día ignorándolo o provocándolo. Es... bueno, me gustaba eso de que me insistiera y no se rindiera, ¿sabes? Me gustaba la perspectiva de que le gustara lo suficiente como para no desistir aunque yo fuera la mayor idiota del mundo con él.

»Yo nunca había estado con un chico, así que no me atreví a besarme con él hasta que, en una fiesta, Abigail me animó a hacerlo. Fue mi primer beso, y estuvo muy bien. Me dejó con ganas de más. Drew era tan dulce...

Aiden fue poniendo una mueca cada vez más grande a medida que seguía diciendo eso último.

—No te pongas celoso, tus besos son mejores.

—Genial —recuperó su sonrisita—. Ya puedes seguir.

Sonreí ligeramente antes de proseguir con la historia.

—Drew fue también... mi primera experiencia sexual. Tuvo mucha paciencia conmigo, porque yo no me atrevía a hacer gran cosa al principio. Me daba algo de vergüenza. Pero poco a poco fui soltándome cada vez más hasta que empezó a gustarme de verdad. Pasaron unos meses de relación, claro, pero las cosas buenas llevan su tiempo. Y Drew siempre tuvo mucha paciencia conmigo.

»El problema llegó... cuando empezó a hablar con el novio de Abigail, que casualmente también era el mejor amigo de Drew.

—James, supongo —murmuró Aiden.

—Supones bien —suspiré—. Es... difícil de explicar, pero James era algo así como el chico misterioso de nuestra clase. Era tan complicado saber lo que pensaba...

y además era el único chico que se me resistía y no me prestaba atención. Creo que fue eso lo que me hizo fijarme en él desde el principio, incluso aunque fuera el novio de Abigail.

Hice una pausa, incómoda.

—Yo... no soy la buena de la historia —murmuré—. Solo quería dejarlo claro antes de seguir.

—Eso lo dudo mucho, pero sigue.

—Bueno... pues eso, que empecé a hablar con James muy a menudo. Al principio, eran conversaciones triviales sobre cualquier cosa. Pero poco a poco fueron...

subiendo de tono. Cada vez que había una fiesta y nos veíamos a solas, nos acercábamos el uno al otro como si quisiéramos hacer algo pero no lo hiciéramos,

¿sabes? Era casi como jugar con la espera hasta que llegara el momento.

—¿Y Drew y Abigail?

—Ojalá pudiera decirte lo contrario, pero la verdad es que me daban igual sus sentimientos. Fui una idiota egoísta. Solo pensaba en mi propia satisfacción, que era hacerme con el único chico que no caía por mis encantos.

Aiden asintió, casi como si apreciara que fuera completamente honesta, y yo respiré hondo antes de seguir. Ahora venía la peor parte.

—La noche de final de curso, hicimos una fiesta en casa de Abigail —murmuré en voz baja, notando que se me tensaba el cuerpo entero al recordarlo.

217

Dios, era mucho más difícil de lo que esperaba. Se me formaba un nudo en la garganta. Nunca lo había contado de esa forma. Y era casi como si algo dentro de mí quisiera bloquearme para que no lo dijera, para que no pareciera tan real.

Pero no. Estaba harta de contenerme y de ahogarme yo sola en mis propios problemas. Necesitaba compartirlo con Aiden. Aunque fuera algo tan horrible.

—Me emborraché. Mucho. Como siempre —no me atreví a mirarlo cuando seguí—. Y también... no lo sé. Creo que hubo marihuana envuelta. Mezclé las dos cosas en grandes cantidades. Fue... un resultado horrible. Apenas podía sostenerme de pie.

Iba tambaleándome de un lado a otro y de alguna forma me las apañé para llegar al pasillo de arriba. Quería tumbarme un rato en la cama de Abigail y descansar hasta que se me pasara el mareo.

Cerré los ojos. ¿Por qué era tan complicado hablar de ello?

Me pasé las manos por la cara, aunque fuera solo para despejarme la cabeza.

Cuando pensaba en esa noche, no pensaba en lo que había pasado antes de entrar en la habitación, sino en lo que había pasado en la cama. Y, de alguna forma, todavía podía sentirlo como si acabara de ocurrirme. Quizá por eso era tan complicado hablar de ello, era como si me obligara a mí misma a recordarlo.

—Cuando crucé el pasillo... yo... él...

—Amara... —empezó Aiden.

—No. Déjame hablar, por favor. Lo necesito.

Él volvió a callarse, pero estaba claro que se había tensado por completo. Volví a cerrar los ojos un momento antes de ser capaz de continuar.

—James apareció en el pasillo —dije en voz baja—. Él... bueno, al principio me pareció que iba guapísimo. Y cuando se acercó a mí y empezó a reírse de lo borracha que estaba, pensé que era incluso más guapo —solté una risa amarga—. Le dije que debería emborracharse más para estar a mi altura y él me dijo que no pensaba moverse de mi lado. Yo... pensé que se refería a que quería quedarse conmigo para cuidarme, así que me lancé y yo... lo besé. Yo lo empecé.

»El beso fue... algo peor de lo que esperaba, aunque iba tan borracha que apenas pude sentirlo. Aún así, James empezó a ponerse... un poco más brusco de lo necesario.

Como yo solo había estado con Drew, pensé que simplemente era lo normal y yo no lo sabía por falta de experiencia... pero cuando me empezó a pegar contra la pared y a apretarme con fuerza, me di cuenta de que algo iba mal e intenté apartarme.

»Al principio... bueno... no quería separarse y me lo tomé con humor, como si fuera un juego. Pero cuando me agarró el cuello y me estampó la cabeza contra la pared empecé a asustarme. Intenté apartarme, pero él empezó a decirme que dejara de protestar y... y no dejaba de mirar a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que nadie nos veía. Creo que ese detalle... ese detalle estúpido... fue lo que más me asustó.

¿Qué iba a hacerme que le diera miedo que alguien más viera?

»Yo... intenté apartarme otra vez cuando abrió la puerta de la habitación de Abigail, pero esa vez se enfadó conmigo y me agarró del pelo, arrastrándome con él.

Cuando quise darme cuenta, estaba en la cama. James se tiró sobre mí y empezó a decirme... cosas tan... tan asquerosas... me entraron ganas de llorar e intenté apartarlo, pero él no dejaba de hablarme y de quitarme ropa. Y yo solo quería irme a casa.

218

»Cuando intentó quitarme el sujetador, entré en pánico e intenté golpearlo, pero solo conseguí cabrearlo. Me sujetó la cabeza, me dio un puñetazo que me dejó inconsciente por unos segundos y, cuando volví a ser consciente de lo que pasaba, me tenía boca abajo sobre el colchón y me apretaba la cabeza contra él con una mano en la nuca.

»Lo peor de todo es que... yo no... ni siquiera me asustó que me bajara las bragas y escuchara cómo se bajaba los pantalones, o cómo se tiraba sobre mí. Lo que me asustó de verdad es que no podía respirar. Me tenía agarrada con tanta fuerza que ni siquiera podía sentir la cara. Sentí que me moría. Y él solo repetía ¿ahora quién te escuchará gritar? ¿Ahora de qué te servirá llorar?

»Creo que llegó un momento en que dejé de intentar pararlo. Solo supliqué que fuera rápido. Y ni siquiera recuerdo si lo fue. Solo recuerdo que por fin me soltó la cabeza, se separó de mí y se subió la bragueta otra vez. Antes de irse, me dio un beso en el hombro y me dio que si me portaba bien alguna vez volveríamos a hacerlo.

Dejé que el silencio fluyera entre nosotros durante unos instantes, sin ser capaz de encontrar mi propia voz. Contarlo en voz alta era... extraño. Era como compartir algo que has llevado dentro durante años, aguantando en silencio.

Aiden no se movió. Sabía que me miraba fijamente, pero no me atreví a devolverle la mirada.

—Ni siquiera lloré durante las siguientes semanas, ¿sabes? —murmuré—. Yo...

ni siquiera sentí nada. Era como si me hubiera apagado. Apenas dormía, apenas comía y nunca salía de casa. Pero no por miedo. Simplemente porque me sentía apática, vacía... es difícil de explicar. Me sentía como si estuviera viendo mi propia vida como alguien externo. O como si me limitara a existir, sin querer hacer absolutamente nada más que meterme en la cama.

—¿Y qué hay de tu madre? —la voz de Aiden fue mucho más suave de lo que esperaba—. ¿No se dio cuenta?

—Su novio le insinuó que le deprimía verme de esa forma, así que me mandó de vuelta con mi padre con la excusa de que era para que me encontrara mejor.

Por fin miré a Aiden y vi, en su expresión, todo lo que pensaba de mi madre pero se obligaba a sí mismo a no decir para no herir mis sentimientos.

—¿Qué pasó después? —preguntó finalmente.

—Conocí a Grace —sonreí un poco al recordarlo—. La novia de mi padre. Al principio, intenté llevarme mal con ella, ¿sabes? Como si intentara pagar con alguien lo que me había pasado. Y ella aguantó mucho. Tuvo muchísima paciencia... pero un día, lógicamente, explotó y me dijo que dejara de hablarle de esa forma tan despectiva.

Y yo... me derrumbé.

Puse una mueca, sacudiendo la cabeza.

—Yo solo... exploté. Me puse a llorar, histérica, y fue como si todos los recuerdos de esa noche vinieran a mí de golpe para recordarme lo que me había pasado. Grace intentó abrazarme para tranquilizarme, pero cuando me

tocó me sentí como si fuera James el que lo hacía y las cosas fueron todavía peores. Tuve mi primer ataque de pánico y tuvieron que llamar a una ambulancia. Desde ese día, no tolero que me toquen. Cada vez que alguien lo hace, siento que vuelvo a esa noche.

Aiden cerró los ojos un momento antes de volver a mirarme para que siguiera hablando.

—No sé por qué, pero decidirle contarle todo a Grace —me encogí de hombros—

. No tenía tanta confianza con ella, pero se lo conté todo. Quizá es porque sabía que, 219

si se lo contaba a mi padre, iría a matar a ese chico. Y mi madre... probablemente me diría que no exagerara o algo así. Pero Grace no. Me acompañó a poner la denuncia, aunque no sirvió de nada, contrató a un psicólogo y después a un psiquiatra, estuvo a mi lado siempre la necesité, me cambió de instituto, me ayudó a recuperar algo de confianza en mí misma... Grace se olvidó de venganzas estúpidas, de ir a hacer que él se sintiera mal... y prefirió centrarse en que yo me sintiera bien.

—Quieres mucho a Grace —observó Aiden con una pequeña sonrisa.

—Sé que suena horrible y yo... bueno... nunca se lo he dicho... pero para mí es mi madre. Siempre lo será.

Aiden asintió, observándome en silencio.

—Ayer fue la primera vez que veía a James desde esa noche —finalicé, ahora un poco más tranquila, me sentía como si me hubiera quitado un peso enorme de encima—. Pensé que sería fuerte y podría enfrentarlo, pero... no.

—No digas eso, Amara.

Lo miré, confusa.

—¿El qué?



—No digas que no eres fuerte, porque sí lo eres. Eres muy fuerte.

Por algún motivo, el halago hizo que me ruborizara, tensa.

—No digas eso. No me gusta.

—¿Por qué no?

—Porque yo no elegí esto. Y me da igual lo fuerte que me haga. Preferiría mil veces ser débil y no haberlo vivido que... ser fuerte bajo estas circunstancias.

Sí, por eso me jodía tanto que la gente insinuara lo fuerte que era. No lo era. En absoluto. Si pudiera volver atrás y cambiarlo todo, lo haría. Y, además, ¿cuántos años había estado rehuendo de esa noche? No. No era fuerte. Era débil. Solo que fingía no serlo para que la gente no se diera cuenta y no se sintiera decepcionada de mí.

Aiden me observó unos instantes antes de acercarse un poco a mí.

—Nadie puede elegir sus circunstancias, Amara. Lo mejor que podemos hacer es aprender de ellas.

—¿Y qué he aprendido yo? ¿A no emborracharme? ¿A no drogarme?

—No. Has aprendido que incluso en una situación así de traumática eres capaz de levantarte y seguir adelante.

Agaché la cabeza, de repente algo emocionada por lo que había dicho, y sentí que Aiden me ponía una mano en la mejilla. Curiosamente, ni siquiera reaccioné al contacto. Estaba demasiado ocupada intentando que no viera que se me habían llenado los ojos de lágrimas.

—Gracias por contármelo —añadió, inclinándose hacia mí—. No se lo diré a nadie.

—Más te vale. O te mato.

—Ah... ya echaba de menos tus amenazas de muerte. Por un momento he creído que te habías vuelto una cursi.

Sonreí y sacudí la cabeza.

—No hablemos más de esto —añadí, mirándolo—. Cuéntame algo que no tenga nada que ver con cosas tristes, por favor.

Se quedó quieto un momento, pensando, hasta que pareció que se le ocurría algo.

220

—Rob se metió en una pelea con otro entrenador la otra noche —me dijo, divertido.

—¿Eh?

—Estamos todos los boxeadores en el mismo hotel y tiene un bar bastante grande, así que es bastante normal ver a otros por ahí. Y a su equipo, claro. Un entrenador estaba tomando algo y comentando que los boxeadores de este año no tenían nada que hacer contra su pupilo. No sé exactamente qué pasó o qué se dijeron, pero empezó a discutir con Rob y, antes de que Mark, Samuel o yo pudiéramos detenerlo empezaron a golpearse el uno al otro. Rompieron dos mesas.

—¿Y qué pasó? —pregunté, intentando imaginarme al bueno de Rob golpeando como un histérico a alguien.

—Tuve que separarlos con la ayuda del pupilo del otro tipo —se encogió de hombros—. Tampoco es que fuera muy difícil. Los dos iban medio borrachos. Pero bueno... la cosa es que ahora Rob tiene un ojo morado y lo tendrá por una pequeña temporada. Está un poco sensible con las bromas, así que se las hacemos todo el día.

Está de un humor insoportable.

—¿Por qué te dejó venir? —pregunté sin poder contenerme—. Pensé que... no sé... que sería más estricto contigo.

Aiden sonrió como un angelito, cosa que ya me hizo pensar que no había hecho nada bueno.

—Puede que le amenazara con hincharme a comer pizzas y hamburguesas si no me dejaba irme.

—¡Aiden!

—¿Qué? Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

—¡Venir a cenar aquí no era una situación desesperada!

—Pero verte sí —subió y bajó las cejas—. Especialmente con ese pijamita rosita tan ajustado.

—Es ajustado porque no estoy ni la mitad de delgada que tu hermana y porque tengo las tetas demasiado grandes —mascullé, molesta.

—¿Demasiado grandes? A mí me parece que tienen la densidad perfecta.

—¿Qué...? —empecé a reírme, perpleja—. ¿Acabas de decir que tengo las tetas de densidad perfecta?

—Sí. Y es un halago, no pongas esa cara.

—Madre mía... menudos halagos...

—Oye, son mejores que los que me das tú.

—¡Yo no te doy ninguno!

—Buena observación, querida Amara. Yo te doy mil halagos y tú no me das ni uno. Reflexiona y arrepíentete.

Solté una risita, divertida, pero la detuve, sorprendida, cuando hice un ademán de acercarme y Aiden me detuvo, muy digno.

—¿Qué te pasa ahora?

—No tienes permiso para dormir en mi cama.

—¿Eh?

—Me has ofendido. Estás desterrada.

Parpadeé dos veces, confusa, intentando entender la situación.

—¿Desterrada, yo? ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

221

—Ofenderme, ¿te parece poco?

—¿Y cuándo demonios te he ofendido?

—¡Continuamente! Nunca me dices nada bonito.

—¡Porque no me gusta!

—Bueno, pues a mí no me gusta que duermas aquí.

Intenté acercarme otra vez y di un respingo, ofendida, cuando me detuvo con los ojos entrecerrados.

—De eso nada —me advirtió.

—¡Eso es chantaje emocional!

—¡Es un soborno a cambio de cumplidos!

—¡No se me da bien decir cumplidos!

—Bueno, pues haz un esfuerzo o ahí está la puerta, tú misma.

Le puse mala cara e hice un ademán de ponerme de pie. Al ver que no me detenía, me giré para mirarlo, enfadada.

—¿De verdad vas a dejar que me vaya? ¡He venido a estar contigo!

Él fingió que dormía otra vez.

Capullo.

Me puse de pie, suspirando ruidosamente, y fui a la puerta. Eché unas cuantas miradas por encima del hombro para asegurarme de que no me detenía... y no lo hacía, el capullo.

Cuando finalmente llegué a la puerta, me detuve en seco al escuchar que se aclaraba la garganta.

—Oye, Amara...

—¿Sí? —me giré más rápido de lo que me gustaría admitir.

Él sonrió maliciosamente.

—Cierra la puerta al salir.

Oh, capullo.

Le saqué el dedo corazón y él volvió a esbozar esa sonrisita, pero no me detuvo cuando abrí la puerta.

Justo cuando iba a pisar ya el pasillo, puse una mueca y respiré hondo. Volví a cerrar y me giré hacia él, muy indignada.

—Muy bien, ¿quieres algo bonito? Pues voy a improvisar.

Enarcó una ceja, expectante y sonriente a partes iguales, mientras yo pensaba.

Y, para mi sorpresa, ya sabía lo que diría.

—Hace cinco años que siento que no le puedo gustar a nadie y que nadie me puede gustar a mí. Que siento que no volveré a tener deseo por nadie. Que no voy a ser capaz de dejar que alguien me toque sin que tenga un ataque de pánico. Era extrañamente feliz así, ¿sabes? No pensar en esas cosas te quita muchas preocupaciones, pero noooo... tuviste que llegar tú

con esas pintas de boxeador sexy a arruinarlo todo y hacer que vuelva a sentir todas esas cosas. ¿Te parece bonito? Porque a mí no. Eres un capullo, que lo sepas.

Hubo unos instantes de silencio en que Aiden me miró como si intentara decidir si lo que había oído le hacía gracia o le dejaba perplejo.

—¿Eso ha sido algo bonito? —arrugó la nariz.

—Es lo más bonito que he dicho en mi vida, así que confórmate.

—Mhm... creo que por hoy será suficiente.

222

—Y para siempre, no te confundas.

—Eso ya lo veremos.

Se apartó para dejarme sitio en la cama y yo me metí en ella, fingiendo que seguía indignada. Le di la espalda al instante y sentí que él me pasaba un brazo por encima, pero tenía cuidado de no tocarme con ninguna otra parte de su cuerpo. La almohada olía tanto a él que me dejó medio embobada durante unos instantes.

Hasta que él tuvo que arruinarlo, claro.

—Así que boxeador sexy, ¿eh? ¿Puedes llamarme así otra vez?

—No. Muérete.

Empezó a reírse y se pegó un poco más a mí, aunque yo no protesté.

—Incluso cuando me dices que me muera noto lo mucho que me quieres.

—Veo que tienes mucha imaginación.

—También tengo muchas ganas de besarte.

Giré la cabeza y vi que se había acercado para tener nuestras caras a apenas unos centímetros de distancia. Tragué saliva ruidosamente cuando mi corazón empezó a bombear sangre a toda velocidad, aunque ni de lejos por incomodidad o malestar.

—Aiden, no necesitas pedirme permiso cada vez que quieras besarme.

—Prefiero hacerlo —esa vez perdió un poco la sonrisa—. En realidad, quería pedirte disculpas por haberte besado sin avisar esas dos vec...

—No, no te disculpes —le dije enseguida, y noté que se me calentaba la cara—.

Yo... me gusta que lo hagas. No me dejas pensar y lo disfruto más.

Eso pareció dejarlo sorprendido durante unos instantes, pero entonces sonrió ampliamente y se inclinó para besarme en la boca.

Pero, para mi decepción, el beso apenas duró unos pocos segundos antes de que volviera a tumbarse a mi espalda felizmente.

—¿Y ya está? —protesté—. ¿Eso es todo?

—Pasito a pasito, Amara. No seas impaciente.

—¿No debería ser yo la que dijera eso?

—Es suficiente.

—¿Por qué? —protesté.

—¿En serio quieres que sea sincero?

—¡Sí!

—Estamos los dos en una cama, solos, tú llevas ese pijama ajustado y no dejas de relamerte los labios. No me pidas que empecemos a besarnos de verdad si luego no va a pasar nada más, porque voy a necesitar bañarme en

hielo para bajarme la erección y aún así voy a tener el peor dolor de huevos de la historia. ¿Suficiente sinceridad para ti?

Me quedé en silencio un momento, avergonzada.

—Sí, suficiente.

—Bien. Pues a dormir, que mañana nos espera un maravilloso y largo día.

223

13

Tardé unos segundos en abrir los ojos. Estaba tan cómoda que prefería seguir durmiendo aunque ya me hubiera despertado. Suspiré felizmente y me aferré mejor a lo que fuera que hubiera en mi cama. Era cómodo.

Espera.

Eso no era mi cama.

Abrí los ojos, confusa, y más confusa me quedé cuando me encontré a Aiden durmiendo tranquilamente con brazo a mi alrededor.

Es decir... él había cumplido con su parte; estaba durmiendo boca arriba, tocándome solo con un brazo. Era yo la que... ejem... había sobrepasado los límites.

Básicamente, mientras dormía, me había tirado sobre él y estaba abrazada con una pierna a su cintura, tenía la cabeza en el hueco de su cuello y un brazo estirado por encima de su pecho torpemente.

Amaneceres gloriosos: parte uno.

Estuve a punto de reírme por la perspectiva del pobre Aiden siendo torturado por mi presencia en plena noche, pero decidí que lo mejor era separarse poco a poco para que él jamás se diera cuenta de que habíamos dormido así.



Me ahorraría muchas bromas burlonas, sí.

Pero, claro, la suerte no estaba de mi parte. Casi nunca lo estaba.

No había conseguido moverme un centímetro cuando la puerta se abrió de golpe y... horror.

Claire, su madre.

—Aiden —canturreó, entrando con una sonrisa—, oye, ¿qué quieres para desayunar? Tu padre quería hacer...

224

Su tono de voz fue apagándose a medida que se dio cuenta de lo que pasaba delante de ella y vi que se quedaba callada, abriendo mucho los ojos.

Yo, por mi parte, sentí que mi cuerpo entero se volvía del color de mi pelo.

Aiden se despertó en ese momento por el ruido y se pasó la mano libre por la cara, dormilado.

—Uf... ¿qué hora es?

—Hora de despertarse —le dije bruscamente, apartándome.

Aiden se descubrió los ojos, confuso, y vi que esbozaba una pequeña sonrisita malvada para decirme algo, pero se le borró de golpe en cuanto vio que su madre seguía ahí plantada con los ojos muy abiertos.

—¡Mamá! —protestó, frunciendo el ceño.

—¿Eh? —ella por fin pareció reaccionar, dando un respingo—. ¡Ohhhh!  
Um...

eh... yo... no sabía... ejem... ¡mejor vuelvo en otro momento!

Se apresuró a salir de la habitación, todavía más roja que yo, y en cuanto cerró la puerta yo me pasé las manos por la cara.

—Menudos buenos días —murmuró Aiden, poniéndose de pie y estirándose perezosamente.

—¿Cómo demonios puedes estar tan tranquilo? ¡Tu madre acaba de pillarnos durmiendo juntos!

—No te preocupes, Amara, creo que mi madre tiene bastante asumido que alguna vez he tenido sexo en esta cama.

—¡Pero nosotros no lo hemos hecho!

—Sí, lo sé. Una lástima, pero sobreviviremos. En fin, ¿vamos a desayunar?

¿A desayunar? Yo no podría mirar a su madre a la cara sin ponerme roja otra vez. ¿Cómo podía seguir tan tranquilo? ¿Es que no tenía sangre en la venas? ¿Tenía agua fría?

—Bueno... —él suspiró, pasándose una mano por el pelo—. La verdad es que prefiero ir a ducharme, ¿te vienes?

—Por supuesto... que no.

—Por un momento has hecho que me ilusionara.

—Aiden, ni se te ocurra ir a ducharte —me puse de pie, señalándolo con un dedo acusador—. No me dejes sola con esto.

225

—¿Con qué?

—¡Con tu madre!

—¿Desde cuándo tienes problemas con mi madre? —frunció el ceño, confuso.

—¡Desde que nos ha pillado durmiendo abrazados!

Hubo un momento de silencio antes de que él enarcara una ceja, bastante más interesado de lo que lo había estado hasta ahora.

—Espera, ¿abrazados? —se acercó a mí, empezando a esbozar una pequeña sonrisita malévola—. No recuerdo haberme dormido abrazado a ti, Amara.

—¿He dicho abrazados? Quería decir... en la misma cama.

Aiden se detuvo justo delante de mí y su sonrisita aumentó al ver lo incómoda que estaba.

—¿Te has abrazado a mí en sueños? —preguntó, levantando y bajando las cejas.

Capullo.

—No. Claro que no.

—Yo creo que sí.

Capullo engreído.

—Tú estabas tan dormido que parecía que estabas muerto, ¿qué demonios sabrás?

—Así que es verdad, ¿no? —inclinó la cabeza en mi dirección, ahora divertido, y la dejó a la misma altura que la mía—. Vaya, vaya. Parece que eres más sincera contigo misma cuando estás dormida que cuando estás despierta, te resistes menos a mis maravillosos encantos.

Capullo engreído pesado.

—¿Maravillosos encantos? —puse los ojos en blanco y lo aparté de un manotazo en el pecho—. Vamos a desayunar antes de que me tire por la ventana.

—Intentaría salvarte antes de que cayeras.

—¿Y si soy más rápida que tú?

—Entonces, me tiraría contigo. Somos un equipo.

Lo admito. Me reí. Pero dejé de hacerlo cuando vi su sonrisita orgullosa.

Pero lo peor no había llegado.

Lo peor llegó cuando bajamos las escaleras para llegar a la cocina y nos encontramos a Gus, Lisa y los padres de Aiden sentados en la mesa, mirándonos fijamente con el desayuno delante de ellos y una sonrisa tenebrosa que hacía que parecieran sacados de una película de terror.

Me detuve en seco y Aiden, que iba distraído detrás de mí, se chocó con mi espalda. Cuando vio a su familia, dio un respingo.

—Pero ¿qué demonios hacéis? Parece que queréis matarnos.

—¡Os estábamos esperando para desayunar! —exclamó Claire, señalando las dos sillas vacías y estratégicamente juntas—. ¿Qué te apetece, Mara? ¿Te gustan los huevos revueltos?

Asentí y me senté junto a Gus Gus, incómoda. Aiden parecía completamente tranquilo cuando se sentó a mi lado. El señor Walker miraba el periódico con el ceño fruncido y sospechaba que le daba absolutamente igual lo que hiciéramos o no. Y Lisa, con la que estuve a punto de disculparme por haberme marchado de su habitación, simplemente apuñalaba sus huevos revueltos como si tuvieran toda la culpa de sus problemas.

226

Sí, seguramente ni se había dado cuenta de mi ausencia. Estaba bastante distraída, la pobre.

—Bueno —dije, incómoda, cuando vi que Claire estaría un rato ausente en la cocina, y me giré hacia Gus—. Espero que no te despertáramos anoche al llegar.

—No estaba durmiendo, estaba jugando a videojuegos —se encogió de hombros mientras removía su desayuno con el tenedor—. Me mataron un

montón de veces en el mismo nivel, casi estampé el mando contra una pared.

—La frustración gamer —murmuró Aiden cuando terminó de bostezar perezosamente.

—Él siempre me gana cuando jugamos juntos —protestó Gus, lanzándole una mirada de rencor puro y absoluto.

Aiden sonrió, orgulloso de sí mismo.

—No es culpa mía que seas horrible jugando, hermanito.

—¡No soy horrible! —Gus se puso rojo, avergonzado—. El problema es que tú haces trampas.

—¿Yo? Siento decírtelo, pero no necesito trampas para patearte el trasero.

—¡Sí que hace trampas! —me dijo Gus, indignado, como si yo fuera la máxima autoridad en el tema.

—Te creo —le aseguré.

Aiden dejó de parecer adormilado para parecer, simplemente, ofendido.

—¿Cómo que lo crees? ¿No deberías ponerte de mi parte?

—Pues no. Estoy de parte de Gus.

Le pasé un brazo por el respaldo de la silla a su hermano pequeño, con cuidado de no tocarlo, y Aiden me puso mala cara.

—¿Por qué nunca nadie se pone de mi parte? —protestó.

—Porque no tienes razón —enarqué una ceja.

—Sí que la... —Aiden se detuvo en seco.

No entendí muy bien su expresión de asesino en serie hasta que seguí la dirección de su mirada y vi a su hermano pequeño, a quien seguía rodeando con un brazo... mirándome fijamente las tetas.

Antes de que pudiera reaccionar, Aiden se estiró y le dio con la mano en la nuca con suficiente fuerza como para sacarle el cerebro por la nariz, haciendo que Gus reaccionara, levantara la cabeza y se pusiera todavía más rojo, apártandose.

—¡Perdón! Estaba... eh... tienes una mancha... mhm... ahí.

—No tiene ninguna mancha, enano —Aiden le lanzó la servilleta a la cara, a lo que a Gus se le enrojecieron también las orejas.

—Pues me ha parecido ver una mancha —corrigió Gus, muy digno.

Yo, por mi parte, suspiré y me puse de pie.

—Voy a echarle una mano a tu madre —le dije a Aiden, aunque él estaba ocupado lanzándole cosas a su hermano y esquivando las que le lanzaba Gus.

Claire ya había terminado cuando llegué. Me sonrió al verme aparecer y me dio el plato. Por un momento, tuve la tentación de ir a comerlo con los demás, pero la perspectiva de quedarme ahí, tranquilita, con Claire, era bastante mejor.

—¿Cómo estás? —me preguntó cuando empecé a comer de pie, apoyada con la cadera en la encimera.

—Bien —le enseñé la mano, ya solo estaba un poco roja—. Me dieron una bolsa de hielo.

—Mara... lo que hiciste anoche...

227

—Sí, fue un poco impulsivo, lo sé.

—¿Impulsivo? Cuando te vi dando golpes por las paredes casi me dio un infarto.

Pensé que habías perdido la cabeza.

—La perdí un poco —murmuré con una mueca.

—Bueno, no me refería a eso —me dijo, divertida, pero la diversión pronto se fue de sus ojos—. Me refiero a... ¿cómo estás tú? No voy a preguntarte al respecto, pero es obvio que ver a ese chico te afectó mucho. Y después de lo de Aiden, y lo de tu padre...

¿estás bien?

Ahí sí que dudé un poco, sintiéndome algo nerviosa. No se me daba nada bien hablar de mí misma.

—Sí, estoy bien —dije, finalmente, sin estar muy segura.

Pareció que Claire iba a decir algo, pero se quedó callada cuando llamaron al timbre. Suspiró.

—Espero que alguien tenga la decencia de ir a abrir.

El que tuvo la decencia de ir a abrir fue Gus, pero ojalá no lo hubiera hecho.

—¡Es la policía! —chilló a todo pulmón—. ¡Buscan a Mara!

Mierda.

Huye, perra, no mires atrás.

—¿No podrías disimular y fingir que no está aquí? —escuché que preguntaba el señor Walker.

—¿Eh? —masculló Gus.

Enrojecí un poco cuando salí de la cocina con Claire y nos encontramos con los dos policías de anoche de pie junto a los demás: Castro y el pesado. El

primero parecía aburrido, el segundo tenía un enorme parche para cubrirle el moretón de la nariz.

Aiden, Lisa y Gus me miraban como si se preguntaran qué clase de crimen había cometido. Aiden especialmente.

—Señorita Dawson —Castro asintió una vez con la cabeza a modo de saludo—.

¿Cómo está su mano?

—¿Su mano? —repitió el pesado con voz nasal por la herida—. ¡Deberías preocuparte más por mi nariz!

—¿Y qué le pasa a tu nariz?

—¡Que la loca esta casi me la rompió!

Lisa, Aiden y Gus se giraron hacia mí automáticamente con la boca abierta de par en par. Yo enrojecí un poco.

—Eh... ¿han venido a detenerme? —pregunté, dubitativa.

¿Al final sí que iba a la cárcel? Bueno, al menos habría comida. Algo era algo.

—No —me dijo Castro, quitándose el sombrero de policía—. A hablar contigo.

—¡Sí que hemos venido a detenerla! —chilló el otro.

Castro puso los ojos en blanco, como si estuviera agotado de escucharlo.

—¿Por qué? ¿Tienes pensado denunciarla?

—¡Casi me rompió la nariz!

—¿Quieres denunciarla o no?



—Si hago eso, todos los de comisaría se reirán de mí.

—Bien. Entonces, cállate —volvió a girarse hacia mí—. ¿Podemos hablar un momento a solas?

228

Claire tuvo la amabilidad de dejarnos el salón para hablar mientras el resto de su familia —menos el señor Walker, que nos ignoraba a todos— me seguía observando con la boca abierta. Casi sentí alivio cuando Claire me deseó suerte en voz baja y cerró la puerta, dejándome sola con los dos policías.

Me senté, muy tensa, en uno de los sillones. Ellos ocuparon el sofá que tenía justo delante. El pesado me miraba con los brazos cruzados, resentido, pero Castro simplemente parecía agotado.

—Bueno, iré al grano —me dijo Castro, mirándome—. El chico no te ha denunciado.

—¿Qué chico?

—El chico al que le diste una paliza, ¿quién si no?

—Ah, ese... sí, sí... claro... ¿no me ha denunciado? ¿Por qué?

Eso no sonaba muy James, la verdad.

—Eso es algo que no me concierne —me aseguró, enarcando una ceja—. Lo que sí me concierne es comunicártelo. La única penalización que podemos ponerte sin denuncia es una noche en el calabozo, pero tu novio... o lo que sea ese chico... pagó la fianza, así que no hay mucho más que hablar.

—Espere, ¿y ya está? ¿No pasará nada?

—Si el chico decide denunciarte, puedes tener consecuencias bastante graves —

él ladeó un poco la cabeza, mirándome con cierta expresión de reprimenda —. El parte médico del chico es bastante grave. Tiene una lesión testicular que ha hecho que le extirpen un testículo...

—Ahora solo tiene un huevo —me tradujo el pesado.

—...fractura en el maxilar inferior...

—Le jodiste la mandíbula.

—...y una luxación subcoracoidea.

—Y también le jodiste el hombro.

Parpadeé dos veces, tratando de asimilarlo.

¿Debería sentirme mal?

Nah.

Bien, porque no me sentía mal.

—Vaya —dije como una idiota.

—Tienes mucha suerte de que no te haya denunciado —me aseguró Castro, mirándome—. Los cargos son muy graves, y siendo el hijo del jefe...

—Es intocable —solté sin pensar—. Sí, lo comprobé hace unos años.

Ellos me miraron con extrañeza unos instantes antes de que Castro sacudiera la cabeza, como dando el tema por zanjado, y se pusiera de pie. Yo también me levanté cuando él se estaba poniendo el sombrero otra vez.

—Entonces, no te molestaremos más —me dijo con educación e hizo un gesto a su compañero el pesado—. Venga, vámonos.

Sin embargo, su compañero le dedicó una mirada significativa que no entendí —

y pareció que Castro tampoco—. Nos quedamos en silencio unos segundos antes de que él por fin reaccionara, como si hubiera recordado algo.

—Ah, sí —me miró—. Mi compañero quiere que te disculpes con él.

Miré al pesado, pasmada, y vi que se cruzaba de brazos y me enarcaba una ceja, muy digno.

229

—¿Disculparme? —repetí—. ¿Por qué?

—¡Porque me rompiste la nariz! —me chilló.

—¡Casi te la rompí, no lo hice del todo!

—¡Podrías haberme...!

—¡Basta! —Castro levantó ambas manos, agotado, y me miró—. Discúlpate con él y acabemos con esto.

—Será una broma.

—¿Tengo cara de estar bromeando?

—Tiene cara de estar harto de vivir.

—Perfecto, porque así me siento. Ahora, ¿puedes disculparte con mi afectado compañero para que podamos seguir todos con nuestras respectivas vidas?

Me giré hacia su compañero, frustrada, y también me crucé de brazos. Hubo unos instantes de silencio hasta que yo, por fin, me aclaré la garganta.

—Lo siento —marqué cada palabra.

Él me dedicó una sonrisita desdeñosa.

—¿Qué sientes?

—Siento no haberte roto la nariz del todo.

Él ahogó un grito y miró a Castro, indignado, que ya iba hacia la puerta.

—Ya se ha disculpado, vámonos.

—¡No se ha disculpado, se ha burlado de mi nariz!

—Querías una disculpa, ¿no? Pues ya la tienes. Ahora, vámonos. Necesito un café urgentemente.

Por suerte, el pesado se marchó tras él después de dedicarme una mirada de ojos entrecerrados, pero no me permití a mí misma respirar hasta que hubieron cerrado la puerta.

Creo que el suspiro de alivio se escuchó incluso en la Antártida.

Confirmo.

Me giré sin saber muy bien por qué a mi izquierda, frunciendo el ceño, y casi me dio un infarto cuando vi tres cabezas asomadas por la puerta mirándome fijamente.

Las de los tres mosqueteros, concretamente. Aiden, Lisa y Gus.

—Podéis dejar de espiar, ya se han ido —les dije, sacudiendo la cabeza.

Gus fue el primero en entrar, mirándome como si fuera algún tipo de diosa desconocida.

—¿Golpeaste a un policía? ¡Eso es lo más guay que he oído en mi vida!

—No es guay —intervino Aiden, y me puso mala cara—. No lo es en absoluto.

—No sé si a alguien le importa mi opinión —el señor Walker y Claire también estaban asomados por la puerta, y fue él quien miró a su hijo—, pero sí que fue bastante guay, la verdad.

—Madre mía —Lisa se acercó a mí con los ojos muy abiertos—, te dejo sola unas horas y empiezas a pelearte con la ley.

—Técnicamente no fue una pelea —aclaré, algo avergonzada.

—¿Y qué fue? —Aiden me frunció el ceño—. ¿Una batalla de danza?

—Fueron dos golpes de Mara y el tipo ya estaba en el suelo —Claire puso una mueca—. Usó uno de esos golpes que te gustan, Aiden.

230

Aiden se giró hacia mí lentamente, esta vez menos cabreado, y vi que la sombra de sorpresa le cruzaba el rostro. Tuve que contener una mueca cuando vi que ponía cara de estupefacción.

—¿Tú... le diste los golpes que te enseñé?

—Pues sí. Y no es para presumir, pero lo hice a la perfección.

Aiden miró a sus padres, que asintieron solemnemente, dándome la razón, antes de volver a mirarme a mí.

El pobre parecía tan perdido —entre enfadarse o sentirse orgulloso, básicamente— que ni siquiera reaccionó, solo se quedó mirándome con la boca entreabierta, casi boqueando como un pececillo sacado del agua. Tuve que aguantarme para no reírme.

Y fue entonces que a Gus, tan oportuno como siempre, se le ocurrió una idea genial y se giró hacia su hermano.

—Oye, ¿tú no deberías estar haciendo ejercicio?

Aiden parpadeó, volviendo a la realidad, y se giró hacia él.

—¿Eh?

—¿No deberías estar haciendo ejercicio? —repitió Gus—. ¿No tienes que hacer no sé cuántas horas de ejercicio horroroso al día?

—Bueno, sí...

—¡Es que he tenido una idea genial!

—¿Qué id...?

—Mara, Lis, ¿queréis jugar con nosotros a baloncesto?

—¿Baloncesto? —repitió Lisa con una mueca—. ¿Desde cuándo juegas a eso?

—¡Ahora me gusta! ¿Queréis o no?

Y, de alguna forma, media hora más tarde bajamos del coche del padre de Aiden

—él seguía sin tener el suyo— y los cuatro nos quedamos plantados en medio de una cancha de baloncesto como cuatro idiotas. Lisa intentó rebotar la pelota y casi se le fue rodando.

El campo estaba en medio de la nada, aunque tenía un caminito para ir a esas casas pijas que había junto al lago. No me extrañaba que no hubiera nadie por aquí.

—Bueno —empezó Gus—. ¿No deberíamos hacer dos equipos?

Hubo un momento de silencio en que todos miramos a Lisa, que intentaba rebotar torpemente la pelota. Bueno, estaba claro que nadie quería ir con ella.

Pobrecita. Aunque tampoco creía que Gus fuera a ser un verdadero experto, así que...

hora de equilibrar la balanza.

—Yo voy con mi hermano Walker favorito —sonreí ampliamente.

—Genial —Aiden sonrió ampliamente e hizo un ademán de pasarme un brazo por encima de los hombros.

Está claro que me aparté de un salto y me planté junto a su hermano pequeño, que entrecerró los ojos maliciosamente.

—Me refería a él —le dije a Aiden—, capullo engreído.

Aiden abrió la boca, ofendido, pero al final solo pudo poner una mueca de horror cuando vio que su nueva compañera de equipo, Lisa, soltaba un chillido porque la pelota había salido rebotando del campo y ella había tenido que ir corriendo tras ella.

231

—Bueno —me dijo Gus cuando Aiden fue a rescatar a Lisa, que se había caído de culo al intentar lanzarse a por la pelota—, ¿hacemos alguna estrategia o lo que queramos?

—Yo me encargo de bloquear a Aiden, tú encárgate de encestar.

—Me parece bien —me ofreció la mano para sellar el pacto.

Me quedé mirando su mano un momento y noté un escalofrío bajándome por la espalda. Una cosa era abrazar a Aiden, que ya conocía demasiado bien, a Lisa, que era mi mejor amiga y además una chica... pero a un chico... quería mucho a Gus, pero noté que empezaban a zumbarme los oídos y disimulé fingiendo que no me había dado cuenta, yendo a ayudar a Aiden y Lisa.

Mierda, debería tomarme la pastilla esa.

Cuando llegué, Lisa estaba sentada en el suelo rodeada de unos matorrales mientras Aiden intentaba pasar por encima para rescatarla.

—¡Voy a morir aquí, sola! —lloriqueó Lisa, abrazando la pelota—. Pero oye, al menos la he rescatado.

—Un gran trabajo, agente 007 —enarqué una ceja, divertida.

Lisa aceptó la mano de Aiden, que se las apañó para levantarla y pasarla por encima de los matorrales. Menos mal que Lisa era pequeñita y no pesaba

demasiado.

En cuanto estuvo libre, sonrió felizmente —cosa que no había hecho en semanas— y volvió corriendo con Gus, con quien empezó a practicar.

Yo me quedé mirándolos un momento, pensativa, todavía notando la capa de sudor frío en la espalda, cuando me di cuenta de que don sonrisitas me miraba. Y no tenía ninguna sonrisita.

—¿Qué miras? —pregunté, entrecerrando los ojos.

Pero Aiden no me sonrió. De hecho, frunció un poco el ceño.

—¿Te pasa algo? ¿Estás bien?

Mierda, ¿tan obvio era?

De todas formas, asentí y le di una palmada en el pecho que casi le sacó el alma del cuerpo.

—No intentes distraerme, voy a patearte el trasero.

—Eso me calienta más de lo que debería.

Sonreí y volví con los demás con él detrás de mí. Teniendo en cuenta que yo llevaba la misma ropa que la noche anterior, no podía moverme muy fácilmente, pero algo era algo. Me coloqué junto a Gus en nuestra mitad del campo y vi que Aiden se paraba delante de él en su mitad con Lisa al lado.

Ella estaba muy ocupada intentando quitarse los pinchos que el matorral le había clavado en el culo.

El partido empezó y yo cumplí mi misión de no despegarme de Aiden.

Misión garrapata humana: en marcha.

De hecho, llegué a estar tan pegada a él que prácticamente solo jugaban Gus y Lisa, por lo que el partido estaba bastante a nuestro favor. Lisa no



corría, decía que le daba pereza, así que Gus no tenía que preocuparse de perder la pelota.

Y Aiden, por otra parte, intentaba rodearme y pasar por mi lado, pero yo no dejaba de bloquearlo y empujarlo —eso puede que no estuviera en las reglas, pero no se lo contéis a nadie—. Llegué a ponerme tan pesada que creí que iba a enfadarse, pero se limitaba a reírse, divertido, y volver a intentarlo.

232

Sabes que si quisiera te esquivaría sin problemas, ¿no?

¿Y entonces por qué no lo hace?

Para tenerte pegada a él, idiota.

¿Qué...?

¿Cómo...?

¡Capullo! ¡Y yo creyéndome que era buena en algún deporte por fin!

Hice la prueba, dejando una buena parte libre para que me pasara por el lado, y comprobé que él lo ignoraba felizmente y daba un paso atrás, volviendo a pegarse a mí.

Me detuve en seco y puse los brazos en jarras.

—¡Estás jugando mal! —lo acusé.

—¿Yo? —se llevó una mano al corazón, fingiendo estar ofendido.

—¡Sí! ¡Tú! ¡No te estás intentando desmarcar!

—¿Te estás enfadando porque dejo que me bloquee?

—¿Eh? —tuve que tomarme unos segundos para pensarlo—. Sí, bueno... ¡no!

—¡Realmente me estás bloqueando muy bien! —se burló de mí maliciosamente—

. Mírate, toda una profes...

Se calló de golpe cuando la pelota le dio en la nuca.

Me giré hacia Gus, que abrió mucho los ojos y se quedó pálido cuando Aiden lo miró.

—¡Perdón, quería pasársela a Mara! —chilló Gus con voz aguda.

Pero Aiden no conocía el perdón.

Es un buen momento para poner música dramática de fondo.

Agarró la pelota y empezó a avanzar hacia Gus, que dio un respingo.

—¡Ven aquí, enano! —le gritó Aiden cuando Gus Gus empezó a correr.

Y, bueno, como ellos empezaron a perseguirse mutuamente y a intentar asesinarse para demostrarse su amor de hermanos, Lisa y yo nos quedamos solas en el campo de fútbol.

Ella se acercó a mí suspirando y pasándose una mano por la frente.

—Ufff, hoy he corrido demasiado —me aseguró.

—Lisa, solo has corrido cuando has ido a por la pelota.

—¿Y no te parece ya demasiado?

—¡En casa corríamos diez veces más por el parque!

—Esa era otra Lisa. La Lisa de ahora odia correr.

Sacudí la cabeza, sonriendo, y la miré de nuevo. Parecía ligeramente más animada, menos apagada, si es que eso tenía sentido. Me alegró mucho verlo.

—¿Estás mejor? —le pregunté de todas formas.

—Sí —me aseguró con una pequeña sonrisa—. Yo... creo que necesitaba estar un tiempo lejos de Holt, ¿sabes? Para aclararme.

—¿Y te has aclarado?

Lisa asintió muy solemnemente y, solo con su mirada, supe cuál sería la respuesta. Aún así esperé a que me la diera.

—Voy a dejarlo —me dijo—. Definitivamente.

Asentí con la cabeza y, tras dudar unos segundos, le puse una mano en el hombro para darle un ligero apretón.

233

—¿Lo has pensado bien?

—Sí, Mara, yo... esto ya no iba a ninguna parte, ¿sabes? Siento que solo estábamos juntos por rutina y... bueno, para no estar solos, básicamente. Yo no quiero una relación basada en eso.

—Entonces... solo te falta decírselo a Holt.

—Sí —puso una mueca—. La parte fea del cuento, supongo.

—Vamos, es Holt. Llorará, ya lo sabes, pero... yo creo que lo entenderá.

Lisa me dedicó una mirada extraña, cosa que hizo que yo ladeara un poco la cabeza, confusa.

—¿Qué no me has contado?

—¿Cómo puedes saber que no te he contado algo?

—Te conozco demasiado bien. ¿Qué es?

—Bueno... —Lisa suspiró, cruzándose de brazos casi como se quisiera abrazar a sí misma—. Hace ya unas semanas que Holt y yo no... bueno... no estamos bien.

Di un paso en su dirección, extrañada.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Lo noto tan... ansioso. Como si tuviera la necesidad de formalizar más lo nuestro. Y no deja de hablarme de futuro, de casas, de hijos, de trabajos... y yo siempre le digo que no se precipite, que yo todavía no quiero, pero no me hace caso.

Siempre insiste. Es... agotador.

Cerró los ojos un momento, sacudió la cabeza como si intentara alejar esa clase de pensamientos, y volvió a sonreírme.

—Bueno, cambiando de tema... anoche tuvimos una cena interesante, ¿eh?

Suerte que mañana ya volvemos a casa.

—Sí —puse una mueca—. Debería hablar con mi padre, creo que sigue enfadado.

—¿Por lo de la pelea o por eso indeterminado que hay entre tú y Aiden? — Lisa me sonrió maliciosamente.

—Sospecho que un diez por ciento por la pelea y un noventa por ciento por eso indeterminado que hay entre Aiden y yo.

—Pero... no lo entiendo, ¿por qué le cae tan mal?

—Cree que es conflictivo —negué con la cabeza cuando vi que Aiden había conseguido alcanzar a su hermano y lo había levantado del suelo, agitándolo como si fuera a lanzarlo por los aires, mientras el pobre Gus Gus chillaba como un poseso.

—Bueno, Aiden es un poco impulsivo cuando quiere, pero nunca lo he considerado muy conflictivo.

—Es que no lo es —suspiré—. Pero no creo que mi padre me escuche.

Media hora más tarde, Aiden detuvo el coche en el garaje de sus padres y tanto Gus como Lisa se aliaron para irse rápidamente y dejarnos solos.

—Bueeeno —repiqueteé los dedos sobre mis rodillas—, han sido unas horas muy... interesantes, la verdad. No te ofendas, pero espero que solo repitamos las últimas.

Aiden me miró un momento como si quisiera decirme algo, pero al final pareció cambiar de idea.

—Mañana por la mañana me traerán mi coche —me informó—. Si quieres volver a casa con Lisa y conmigo, eres bienvenida.

—No estaría mal ahorrarme el taxi —admití.

234

—Bien —me sonrió—. Pues nos vemos a las diez delante de casa de tu padre.

—Vale.

—Bien.

—Mhm.

Silencio incómodo.

Bueno, la verdad es que era incómodo por mi culpa, porque él había hecho un ademán de acercarse a darme un beso y yo había dado un respingo, por lo que se había detenido en seco. Y ahora nos mirábamos el uno al otro sin saber qué hacer.

—Bueno, adiós —concluí.

—Hasta mañana.

—Pásatelo bien.

—Lo mismo digo.

Silencio incómodo.

¿Y si le das el maldito beso tú?

Me incliné hacia delante y él se colocó automáticamente en la posición perfecta para que me fuera fácil besarlo en la boca, pero...

...puede que me arrepintiera en el último momento y le diera un beso en la frente...

Cuando me separé, Aiden me miró con una mueca casi de horror y yo me aclaré la garganta, avergonzada.

—Hasta mañana —repetí, y bajé por fin del coche.

Llegué a casa de mi padre en tiempo récord y llamé al timbre sin saber si debería sentirme nerviosa o tensa. Al menos, fue Grace quien me abrió.

—Ah, Mara —sonrió—. Pasa. Estábamos a punto de comer.

—¿Está enfadado? —señalé el interior de la casa con la cabeza.

—Tú solo... no le hables de ese chico, ¿vale?

—Grace, vamos a terminar hablando de él. Solo es prolongar lo inevitable.

—Bueno, pues espérate a hablarlo en un momento en que no estemos comiendo, al menos.

Efectivamente, papá no pareció muy tenso cuando me senté con él y Grace en la mesa. De hecho, pareció que habíamos hecho un pacto silencioso por el que nadie hablaría de lo que pasó anoche. Casi que lo prefería, la verdad, porque habría sido una conversación muy incómoda.

Subí a mi habitación después de comer y me dejé caer en mi cama, agotada, por un rato, antes de ir a darme una ducha. Necesitaba cambiarme ya de ropa. Justo acababa de salir, envuelta en una toalla, cuando escuché que mi móvil empezaba a sonar. No necesité mirar quién era para saberlo porque cada año recibía la misma llamada.

—Hola, mamá —la saludé sin muchas ganas.

—¿Qué te pasa ahora? ¿Has discutido con tu padre?

Sí, nuestras conversaciones tenían inicios magníficos e inspiradores.

—No —murmuré, abriendo el armario para elegir qué ponerme.

—¿Entonces?

—¿Quieres la versión larga o corta?

—La corta.

—Pues que anoche terminé en comisaría y hoy he dormido en casa de los vecinos.

235

Cualquier madre normal se habría escandalizado o se sorprendido, o ambas, pero mi madre nunca había sido una madre muy normal.

—Pues vaya cosa —soltó un sonidito de diversión—. La primera noche que pasé yo en una comisaría fue cuando tenía dieciséis años. Me pillaron haciéndolo en un coche con un chico de mi clase y me acusaron de conducta lasciva. ¡Pero si nadie me estaba viendo, solo el chico! Y tampoco es que me viera mucho, porque era de noche y su coche no tenía luz, así que...

—Mamá...

—Ah, sí, perdón. ¿Qué tal tu cena?

—¡Acabo de decirte que...!

—La mía fue perfecta, hija. Fui con mi novio a un restaurante pijo en los que el camarero te aparta la silla para que puedas sentarte, ¿has ido alguna vez? Bueno, fue espectacular. Comí un plato de fettuccini al pesto que...

—¿No ibas a venir a cenar con nosotros? —no pude evitar el tono acusatorio—.

¿O se te olvidó?

—¡Claro que no se me olvidó!

—¿Entonces?

—¿No te estoy diciendo que fui a un restaurante? ¿No me escuchabas?

—¡Pero habías quedado con nosotros!

—¿Y qué querías? ¿Qué cancelara mi cita con mi novio? ¿Qué dejara la mesa reservada vacía?

—Si ya tenías planes antes, no deberías haber hecho otros.

—Mara, hija, la gente cambia de planes constantemente, no hace falta intentar que se sientan culpables por ello.

—No estoy intentando hacerte sentir culpable, es solo que...

Me callé de golpe y me di la vuelta cuando escuché un ruido en la ventana de mi habitación. Juro que tuve un mini-infarto cuando vi a Aiden sonriéndome felizmente mientras la cerraba otra vez.

Le señalé la cama, furiosa, y él se sentó en ella repasándome la toalla —y el resto de mi cuerpo, la verdad— con la mirada.

Mi madre, por cierto, había estado hablando sin parar todo el tiempo sin darse cuenta de mi pequeña ausencia.



—...y el postre era un no se qué de chocolate, de esos que les das con la cuchara y la superficie se rompe, el chocolate fundido de dentro cubre el plato... ¿sabes lo que te digo? Y estuvo delicioso, mi novio se pidió un postre de...

—Mamá, ahora no tengo tiempo —aclaré, sacando un pijama cualquiera y lanzándolo a la cara de Aiden para que dejara de mirarme de una vez.

El pobre casi se cayó de culo de la cama por el impacto. Quizá si no hubiera estado tan distraído lo habría esquivado.

—¿Qué haces que sea tan importante? —me acusó mamá.

—Mirar a un capullo —le dije entre dientes.

—¿Eh?

—Que papá me está llamado, ya hablaremos.

—Ah, claro, si papá te llama, te olvidas de tu madre.

—No es eso, es...

—¿Y si tuviera que decirte algo importante? ¿También me ignorarías?

—¿Tienes que decirme algo importante?

—Mhm... no.

236

—Entonces, tengo que...

—Pero ¿y si tuviera que hacerlo? Ya eres mayorcita para saber que no deberías colgar así a tu madre.

—Y tú ya eres mayorcita para saber que no deberías abandonar a tu familia en Navidad para irte a cenar con un tipo con veinte años menos que tú que sabes que solo te durará unos meses más, mamá. Adiós.

Colgué, enfadada, y lancé el móvil junto a Aiden, que me miraba con cierta precaución.

—Detecto problemas paternofiliales en el ambiente.

—¿Y tú qué haces aquí? —puse los brazos en jarras.

—Bueno, digamos que no he podido dejar de pensar en el horrible beso que me has dado en el coche y he venido a reclamar uno de verdad.

—¡Si hubieras llegado dos minutos más tarde, me habrías encontrado desnuda!

—Sí, lástima que me haya adelantado.

—Dame eso —le quité el pijama del regazo—. Voy a cambiarme al baño.

—A mí no me importa que te cambies aquí —me aseguró.

Le saqué el dedo corazón y él me sonrió ampliamente.

Qué relación tan extraña tenéis.

Mientras me estaba cambiando a toda velocidad en mi pequeño cuarto de baño, escuché que mi móvil volvía a sonar y me entraron ganas de lanzar algo contra una pared.

—Si es mi madre, responde y dile que se vaya a la mierda —le pedí a Aiden, que estaba al otro lado de la puerta, probablemente cotilleando mis cosas.

—No sé si quiero ponerme a mi posible suegra en contra tan temprano.

—¡Aiden!

—Bueno, le diré que no estás disponible.

Muy poco agresivo para mi gusto, pero lo aceptaba.

Sin embargo, Aiden no tardó en volver a hablarme.

—No es tu madre, es tu casera. ¿La mando también a la mierda?

—Si quieres —suspiré.

Pero escuché que empezaba a hablar con ella sin mandarla a la mierda.

—Sí, está aquí al lado —le dijo a mi casera—. Ajá. No. Soy su posible novio. No, no está muy claro. Es ella que...

—¡Aiden! —asomé la cabeza, enfadada.

Pero él me ignoró, hablando con mi casera con una sonrisita.

—Sí, creo —murmuró con expresión confusa—. Eh... no. ¿Por qué?

Me acerqué a él terminando de secarme el pelo con una toalla, pero me detuve cuando vi que su expresión dejaba de ser divertida.

De hecho, casi pareció quedarse pálido.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Aiden me miró, pero no dijo nada.

—¿Vas a decírmelo? —me acerqué a él, confusa.

—Sí, gracias por avisar —le murmuró Aiden al móvil antes de colgar.

Nos quedamos los dos en silencio unos instantes en los que yo sentí que mi mal humor aumentaba considerablemente.

—¿Tienes pensado decirme lo que ha pasado o no?

—Yo... —Aiden se puso de pie y me dedicó una mirada casi de frustración—. La chica que vivía contigo se ha ido de casa.

Parpadeé, confusa.

—¿Y qué? ¿Debería estar triste?

—No es eso, Amara.

—¿Y qué es, entonces?

—Es... Zaida se ha marchado con todas tus cosas.

238

14

## UNA NOCHE MEMORABLE

Durante unos instantes, simplemente miré a Aiden como si él fuera a decirme que era una broma. Pero por su cara de temor —probablemente a mi reacción—

enseguida supe que no, que esa era la realidad.

Zaida me había robado todas mis cosas.

Aparté la mirada a cualquier otro sitio que no fuera él, con los oídos zumbándome, y empecé a asustarme por el ataque inminente que sabía que me estaba viniendo... aunque no venía. Quizá era por la pastilla que al final sí me había tomado.

No lo sé. Pero me sentía como si estuviera a mitad de camino entre un ataque y la calma. Era algo muy extraño.

—Vamos a solucionar esto —me dijo Aiden de repente con toda la seguridad que me faltaba a mí—. No te preocupes, no va a irse con todas tus cosas como si nada.

Vamos a encontrarla y te lo va a devolver todo, Amara, yo...

—Mierda —reaccioné de repente, llevándome las manos a la cara—. Mierda, tengo que volver a casa. Maldita sea, Zaida.

Pasé por el lado de Aiden y recogí la bolsa de viaje que había traído para esos días, llenándola torpemente a toda la velocidad que podía. Aiden se quedó detrás de mí, observándome.

—¿Cómo piensas irte? —me preguntó, frunciendo el ceño.

—En taxi.

—No, yo voy contigo.

—No, tú te quedas con tu familia. Tienes que cenar con ellos.

239

—He estado más de veinte años con mi familia en Navidad, creo que si este año los ignoro podrán superarlo, la verdad. Tienen dos hijos más con los que entretenerse.

Suspiré. No estaba de humor para discutir nada y, sinceramente, dudaba mucho que él fuera a cambiar de opinión. Además, la idea de no estar sola y tener a Aiden conmigo me animaba muchísimo más de lo que debería.

—Está bien —murmuré.

—Voy a por mi maleta y a llamar a un taxi, nos vemos fuera en cinco minutos.

Vi por el rabillo del ojo que volvía a salir por la ventana y yo seguí llenando la bolsa de viaje, como ausente. Una parte de mí deseaba estar ya en casa solo por la pequeña esperanza de que fuera una broma de mal gusto y mis cosas estuvieran ahí.

La otra quería quedarse y fingir que no había pasado nada.

Me di cuenta de que debería haber pensado una excusa cuando bajé las escaleras y me encontré a Grace y a papá mirándome con la sorpresa en los ojos al ver la maleta en mi mano.

—¿Qué...? —empezó papá, confuso.

—Tengo que irme —sinceramente, no quería decirles la verdad, seguro que papá me convencería de irme a vivir con él otra vez porque el mundo no era de fiar—. Yo...

es una larga historia. Han tenido una urgencia en mi trabajo y necesitan una sustitución urgente.

—¿En Navidad? —Grace puso una mueca.

—Por eso es urgente —les dediqué la sonrisa más forzada de mi vida—. Os llamaré cuando llegue a casa.

—Pero... ¿te vas sola? ¿Quieres que te acompañemos o...?

—Me voy con Aiden —obvié la mala cara que puso mi padre—. Os llamaré más tarde, ¿vale? El taxi me espera.

En realidad, no sabía si el taxi ya me esperaba, pero necesitaba salir de casa urgentemente. Casi solté un suspiro de alivio cuando vi que sí me esperaba y que, de hecho, Aiden ya estaba metiendo su maleta en el maletero. Le tendí la mía nada más acercarme y también la metió, fingiendo que no se daba cuenta de las dagas que mi padre le mandaba con la mirada desde la puerta de mi casa.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja.

Asentí con la cabeza.

—Estaré mejor cuando mi padre no te mate con la mirada.

—Sí, creo que yo también. Vámonos.

240

Aiden les hizo un gesto de despedida a ambos, pero solo le respondió Grace.

Tendría que hablar con papá sobre el tema, pero no en ese momento.

El taxista básicamente nos preguntó dónde íbamos y puso música extraña a un volumen lo suficientemente alto como para dejar claro que le daba igual nuestra existencia, cosa que agradecí. Me hundí en el asiento trasero, solté un suspiro y me giré hacia Aiden, que estaba escribiendo en el móvil.

—Le estoy diciendo a Rob que mande el coche a mi casa, no aquí —murmuró, dedicándome media sonrisa antes de esconder el móvil.

Y entonces caí en la cuenta de lo idiota que había sido con él esos días.

—Mierda —murmuré, negando con la cabeza—. Ni siquiera te he preguntado cómo estás desde que volviste. Y... te metiste en una pelea con esa herida en la frente...

y esa en el brazo...

—No es nada —me dijo, y sonaba como si la idea fuera absurda—. Me he hecho cosas peores en combates.

—Por favor, no me lo recuerdes.

—¿Tanto te preocupa que me haga daño? —sonrió, encantado.

—Me molesta que otros te hagan daño. Esa es mi función, no la suya.

—Bueno, Amara, es lo más extrañamente romántico que me han dicho en la vida.

Sonreí un poco, pero la sonrisa desapareció cuando me acordé de su hermana.

—¿Cómo volverá Lisa a casa?

—Le he dado dinero de sobra para el taxi —me aseguró—. Quería quedarse a cenar con mis padres y volver a casa después.

—¿Y no le ha molestado que nos fuéramos así? ¿No ha preguntado qué pasa?

—Claro que lo ha preguntado. Le he dicho que nos íbamos a echar un polvo a mi casa porque aquí no teníamos intimidad. Y se lo ha creído.

—¡Aiden! —enrojecí.

—¿Qué? ¡He tenido que improvisar!

El taxista, mientras tanto, nos dedicaba miradas muy juzgadoras, pero no decía nada.



El trayecto se me hizo eterno y demasiado corto a la vez. No dejaba de mover la rodilla de arriba abajo, pasarme las manos por la cara y mirar por la ventanilla.

Necesitaba hacer algo que no fuera estar sentada siendo una inútil absoluta. Llegué a pensar que me volvería loca. Y también supe que Aiden había hecho unos cuantos ademanes de estirar la mano y sujetar la mía, pero se había contenido por mi posible reacción. La verdad, en esos momentos prefería que no me tocara nadie. Estaba muy nerviosa.

Pero mis nervios se triplicaron cuando llegamos a mi edificio. Subí las escaleras con el corazón acelerado y me temblaba la mano al meter la llave en la cerradura y ver que... sí.

Efectivamente, mis cosas no estaban. Ni Zaida tampoco.

Me detuve en medio del salón y me quedé mirando las estanterías ahora vacías, los sitios vacíos que habían dejado los pocos cuadritos que había puesto para que la casa se sintiera más hogareña, los de los utensilios de cocina... todo. Se lo había llevado todo. Me entraron ganas de llorar, pero me contuve. Aiden estaba detrás de mí sin saber qué hacer para ayudarme.

241

Me acerqué a la puerta de mi habitación y las ganas de llorar aumentaron — aunque las volví a contener— cuando vi que las únicas cosas que quedaban eran los muebles. Mi ropa, mis cosas, mis pósters... solo había dejado unas cuantas fotos, pero ni siquiera los marcos. Las había tirado sobre mi cama. Estaba todo vacío. Todo.

—Mierda —murmuré, acercándome al escritorio—. ¿Patty también?

—¿Y tu libro? ¿También se lo ha llevado?

Aiden se acercó para ayudarme a registrar todos los cajones, pero no tardamos en llegar a la conclusión de que no había absolutamente nada. Me

dejé caer en la cama y hundí la cara en las manos, conteniendo las ganas de gritar.

La cama se hundió un poco cuando Aiden se sentó a mi lado. Pude notar la calidez de su piel incluso a través de la ropa cuando me rodeó con un brazo y me atrajo un poco hacia sí mismo. Ni siquiera me aparté. Curiosamente, incluso en un momento de tanta tensión, me pareció un gesto natural, bienvenido.

—Vamos a recuperar tus cosas —me aseguró.

—No, no las vamos a recuperar —murmuré, destapándome la cara para mirar el desastre que había a nuestro alrededor—. Ella... me acusó de haberle robado marihuana y me amenazó. Creo que es por eso.

—¿Por un poco de marihuana se ha llevado todas tus cosas?

—Nos llevábamos fatal, Aiden. Siempre nos hemos llevado mal —puse los ojos en blanco al recordarla—. Pero nunca pensé que sería capaz de hacerme algo así. Es...

demasiado malo incluso para ella.

Aiden permaneció en silencio unos segundos antes de volver a mirarme.

—¿No tenías contratado ningún seguro?

—Mi casera tiene uno, pero es de esos baratos. Seguramente me darán una quinta parte de lo que me costaría recuperar todas mis cosas.

Hubo unos instantes de silencio antes de que, de repente, levantara la cabeza y mirara a Aiden, que dio un respingo.

—¿Qué pasa?

—Quiero ir a emborracharme.

Contuvo una sonrisa, divertido.

—¿En serio? ¿Esa es tu mejor conclusión?

—No, pero es la única que tengo —me puse de pie y le ofrecí una mano—. ¿Te vienes conmigo o vas a dejarme sola, desprotegida y desamparada a manos de cualquier capullo pervertido que quiera secuestrarme?

—Creo que la segunda opción me parece más tentadora.

—¡Aiden!

—Que sí, vamos a buscar un sitio donde puedas emborracharte, pero primero vamos a denunciar esto.

Suspiré y asentí con la cabeza.

Unas horas más tarde, estaba sentada en la mesa de un bar con la cara entre las manos mientras Johnny, Russell, Lisa —que ya había vuelto a casa— y Aiden, las únicas cuatro personas de esa estúpida ciudad que me apreciaban un poco, estaban sentados a mi alrededor.

—¿Todas tus cosas? —repitió Johnny, perplejo, cuando Aiden terminó de contarles lo que había pasado—. Joder, encanto... ¿no sabes dónde puede estar esa chica?

—Si lo supiera, ya le habría dado un botellazo —mascullé.

242

—Tan diplomática como de costumbre —me sonrió Russell.

—¿No la has denunciado? —me preguntó Lisa con voz chillona, todavía asimilando la noticia.

—He ido con tu hermano y mi casera a denunciarla antes de venir aquí —dejé mi tercera cerveza vacía en medio de la mesa y abrí otra para mí—. Me han dicho, muy amablemente, que lo más probable es que ya haya vendido mis cosas y no vuelva a verlas en mi vida. Muy útil.

—Bueno, al menos tienes la denuncia puesta —observó Russell.

Resoplé y me dejé caer sobre el respaldo de la silla. Curiosamente, lo que más me molestaba de todo era que se hubiera llevado mi libro. O lo poco que tenía escrito sobre él. ¡Ella sabía lo difícil que había sido para mí encontrar la inspiración! Era injusto. Muy injusto.

Estúpida Zaida.

Oye, no uses el mantra contra esa idiota, no está a la altura de su grandeza.

—Maldita Zaida —mascullé, rompiendo furiosamente una servilleta—. Ojalá se tropiece y se de contra el suelo con la frente y que le salga una cicatriz fea y... y que todo el mundo la llame Harria Potter. Por idiota.

Aiden, a mi lado, me miró conteniendo una risa que probablemente habría hecho que se ganara un empujón.

—La servilleta no tiene la culpa de nada, Amara.

—¿Prefieres que haga esto contigo?

—Eh... no.

—Entonces, ¡silencio! —rompí definitivamente la servilleta, furiosa.

—Si te sirve de consuelo —intervino Johnny, muy serio—, como esa chica venga a la cafetería... ¡le daré la peor hamburguesa que haga! ¡Y no le pondré salsa! ¡Solo lechuga!

Los cuatro nos quedamos mirándolo con una ceja enarcada.

—Gracias por tanto, Johnny —murmuré.

—¿Y qué harás ahora? —me preguntó Russell, apartando los trozos de servilleta rota que habían volado hacia él—. ¿No tienes ropa en casa de tu padre?

—Sí, de cuando tenía diez años. No puedo ponérmela.

—Yo puedo dejarte ropa —sugirió Lisa enseguida.

Pero las dos sabíamos que no serviría de nada. Era dos tallas más delgada que yo. Si me pusiera algo suyo, explotaría.

—Gracias, Lisa —murmuré de todas formas, agradecida.

—Pues yo creo que deberías pedirle un adelanto a nuestra querida jefa —intervino Johnny—. En cuanto le cuentes lo que ha pasado lo entenderá y te dará dinero para que puedas comprarte ropa y comida.

Asentí, pensativa, aunque no me gustaba mucho la perspectiva de pedirle nada a mi jefa. En general, no me gustaba la perspectiva de pedirle favores a nadie, fuera quien fuera.

Y solo llegué a una conclusión.

—¿Y si vamos a bailar a algún lado?

Está claro que Johnny no quiso venir, pero al menos Russell, Lisa y Aiden me acompañaron a la discoteca más cercana que encontramos, donde yo me gasté un 243

dinero que realmente necesitaba en beber más alcohol y ponerme más borracha.

Honestamente, en ese momento me parecía un gasto necesario.

Si te soy sincera, no recuerdo si bailé o no, pero me suena algo de bailar con Lisa en medio de toda la marea de gente. Y de marearme e ir a la barra. Y de Aiden diciéndome algo de ir a por agua. Lo que sí recuerdo mejor es la parte en que me quedé de pie junto a la barra vacía, sujetándome la cabeza, que no dejaba de darme vueltas, y que un tipo desconocido se me acercó.

—¿Necesitas compañía? —me preguntó, el idiota.

Dejé el mareo de lado un momento solo para poner los ojos en blanco y mirarlo.

—¿Tengo cara de necesitar a otro ser humano en mi vida?

Él se detuvo, confuso, antes de retomar la conversación.

—¿Te han dejado sola?

—No, me han dejado sin bragas. Y nunca pensé que lo diría. ¿Te lo puedes creer?

¡Mi maldita compañera de piso se las llevó todas! ¡Y me gustaban mucho mis bragas!

Él parpadeó, confuso, cuando di un paso hacia él, señalándolo.

—No sé qué demonios quieres, pero te recomiendo no ligar conmigo. Ahora mismo estoy de muy mal humor por la pérdida de mis bragas, así que déjame en paz.

Pero el idiota no se rindió tan fácilmente. De hecho, se apoyó con un brazo en la barra, sonriéndome, e hizo un ademán de pasarme la mano por la espalda. Está claro que me aparté de un respingo.

—¿Qué demonios haces? —le pregunté con el ceño fruncido.

Él pareció un poco sorprendido.

—Hablar... contigo.

—No, no estabas hablando conmigo. Te has acercado a mí sin conocerme de nada y has intentado tocarme, ¿se puede saber por qué te crees con derecho a tocarme?

Apenas dejo que el chico que me gusta lo haga, ¿te crees que dejaré que tú lo hagas?

—Oye, tampoco hace falta ponerse así —me puso mala cara—. Solo intentaba ser simpático porque te he visto aquí sola, amargada.

—¿Sí? Pues métete tu simpatía por el culo, no me interesa.

—Zorra.

—Gilipollas.

—Ni siquiera estás tan buena.

—Pues bien que te has acercado. ¿Qué pasa? ¿Tan difícil es asumir que una chica no quiere que ligués con ella?

—Vete a la mierda, zorra.

—Zorra —imité su tono antes de empezar a señalarlo con un dedo acusador—.

¡Siempre la misma palabrita! ¿Es que no tienes más? Esa palabra solo la usan los acomplejados y las acomplejadas que no tienen argumentos. Llamar así a una chica porque no quiere que la toques sin conocerte de nada no te hace mejor persona, te hace un idiota integral.

—Pero ¿tú quién coño te crees que eres, niña?

—¿Niña? ¡Tú eres el que se ha acercado a mí!

—¡Porque de lejos parecías normal, pero ya veo que no lo eres!

No sé en qué momento nos habíamos puesto a gritar, pero de pronto medio local se había girado hacia nosotros para mirar nuestra discusión. El chico enrojó un 244

poco cuando se dio cuenta, pero yo estaba demasiado ocupada gritándole como para darme cuenta.

—¡Debería darte vergüenza intentar ligar así! —seguí con mi discursito—.

¿Dónde ha quedado lo de coquetear? ¿Lo de compartir intereses? ¿Es que soy la única romántica que queda en el mundo? Madre mía, parece que lo único que tenéis en la cabeza es sexo. Siiiiieempre sexo. ¡Como si fuera la gran cosa! ¡Y en el fondo es una mierda! O eso creo, porque hace cinco años que no lo practico. ¿Cuánto hace que tú no lo practicas, idiota integral?

Él parpadeó, como intentando encontrar sus propias cuerdas vocales.

—Eh... no sé... ¿un mes?

—¿Me lo estás preguntando?

—Perdone —una voz desconocida se acercó por mi derecha—. Tiene que abandonar el local, señorita.

Me giré hacia el de seguridad con el ceño fruncido.

—Vete a la mierda, señorito. Estoy teniendo una conversación.

Justo en el momento en que él me puso la peor cara que he visto en mi vida desde sus dos metros de altura de gigante, Aiden apareció de la nada y se interpuso entre nosotros dos.

—Ya nos vamos —le aseguró, girándose hacia mí—. Venga, Amara, hora de ir a dormir.

—¡Yo no quiero irme a dormir! ¡Le estaba dando una lección a ese idiot...!

Uuuuuuhhhhhhhh...

De pronto, el mundo estaba al revés. Y me di cuenta de que estaba boca abajo.

Aiden me estaba cargando sobre su hombro como a un saco de patatas.

Levanté la cabeza, muy indignada, y le saqué el dedo corazón al de seguridad y al idiota, que me miraban con el ceño fruncido mientras el resto de la gente se reía o simplemente nos observaba con la boca abierta.

—¿Es que no puedo dejarte sola ni un minuto? —protestó Aiden.

—Oye, bájame —exigí, gesticulando como si lo tuviera delante—. Puedo andar yo sola.

—Si te dejo en el suelo, vas a ir a asesinar a esos dos idiotas.



—¡Eso no es verdad!

—Amara...

—Vale, sí es verdad. ¡Pero se lo merecen! ¡Me estaban molestando!

—Claro que sí.

—¡No me hables como si estuviera loca!

—Claro que no.

—¡Aiden!

Me sacudió un poco al reírse y yo deseé poder escaparme corriendo, pero tenía dos inconvenientes grandes:

1 – Dudaba que pudiera escaparme yo solita de un maldito boxeador profesional.

2 – Dudaba que, en el remotísimo caso de escaparme, pudiera sostenerme de pie.

—¿Dónde están Lisa y Russell? —pregunté, indignada.

—Acaban de irse a casa, ya es tarde.

Incluso mi mejor amiga me abandonaba, mi vida era un drama.

245

Al final, me resigné a que Aiden me sacara de la discoteca a rastras mientras miraba el mundo pasar a mi alrededor, alternando los bostezos y las palabrotas que iba soltando a gente aleatoria que me juzgaba con la mirada.

Incluso yo te juzgaría.

Ya casi me había quedado dormida sobre el hombro de Aiden cuando noté que me depositaban sobre una superficie un poco más cómoda. Abrí los ojos —por lo visto, sí que me había quedado dormida— y me di cuenta de que estaba tumbada sobre el asiento trasero de un taxi con la cabeza sobre el regazo de Aiden.

Él ni siquiera se había dado cuenta de que estaba despierta, así que aproveché para hacerme la tonta, cerré los ojos, y fingí que me pegaba más a él en sueños.

Aprovecha el bug.

Me había quedado dormida otra vez cuando, de pronto, noté que mi espalda estaba apoyada contra algo frío. Una pared. Abrí los ojos y vi que estaba de pie junto a la puerta de mi casa mientras Aiden rebuscaba en mi bolso con el ceño fruncido.

Empecé a reírme entre dientes y él me miró.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Que me dejé las llaves dentro antes de salir —y empecé a reírme a carcajadas—

. No solo he perdido mis cosas, ¡también he perdido mi casa!

Aiden enarcó una ceja, considerablemente menos divertido, y aprovechó los segundos en los que yo me estaba riendo a carcajadas para pasarse las manos por la cara y pensar en una alternativa.

—La primera vez que te oigo reírte de esa forma y tiene que ser en estas circunstancias —murmuró, poniendo los ojos en blanco—. Venga, vámonos.

—¿Dónde? ¿A dormir debajo de un puente?

—No. A mi casa. Vamos.

Sonreí ampliamente, no muy consciente de lo que estaba pasando, y esperé unos pocos minutos a que apareciera otro taxi. Esta vez no me dormí, pero tampoco fui muy consciente de lo que estaba pasando. Solo vi que Aiden pagaba al conductor, me ayudaba a andar y entrábamos en un edificio que olía bien. Recuerdo un ascensor. Y

luego ya no recuerdo mucho más antes de llegar a... mhm... el colchón más cómodo que había probado en mi vida.

Me estiré mejor sobre él y solté lo que pareció un ronroneo de placer. La risa de Aiden no tardó en llegar.

—Me alegra ver que apruebas mi cama.

—Quiero dormir aquí —murmuré, abrazándome a una almohada con los ojos cerrados—. ¿Me dejas dormir aquí por esta noche?

—Si fuera por mí, dormirías aquí todas las noches.

Asentí, medio dormida, pero abrí los ojos cuando noté que él tiraba de mi tobillo.

En esa habitación desconocida, vi que me estaba deshaciendo un zapato, de pie al final de la cama. Lo dejó caer en el suelo y empezó a quitarme el otro.

—¿Sabes qué? —murmuré.

Él no respondió, pero supuse que tenía su atención.

—Lo único bueno de todo esto es que no he vomitado.

Aiden sonrió de lado y sacudió la cabeza.

—Sí lo has hecho, pero no te acuerdas.

—¿Eh?

—Y te has lavado los dientes, también. Menos mal que tenía un cepillo de dientes nuevo —me miró, divertido—. ¿Cuánto has bebido?

—No sé. Tampoco tanto.

—Pues veo que el alcohol te afecta rápido.

—Mhm... yo creo que es por la pastilla.

Aiden, que estaba ayudándome a quitarme el abrigo, se detuvo en seco y me miró fijamente.

—¿Qué? —pregunté, confusa.

—¿Has mezclado medicamentos con alcohol, Amara? —preguntó, y me sorprendió el tono de enfado que había adquirido.

—No pasa nada, solo es una noche.

—Sí que pasa —cerró los ojos un momento—. Ya lo hablaremos por la mañana.

Ahora estás demasiado borracha.

Suspiré y dejé que terminara de quitarme el abrigo. Vi que miraba mis pantalones un momento, pero al final optó por dejármelos puestos y me ayudó a colocarme mejor en la cama. Sé que murmuró algo y apagó la luz, pero yo ya estaba medio dormida bajo el edredón.

Cuando volví a abrir los ojos, todavía era de noche. Parpadeé a mi alrededor, confusa, intentando ubicarme. La cabeza me daba vueltas y empezaban a aparecer los primeros síntomas de la bonita resaca que me esperaba, pero yo solo pude fijarme en el pequeño detalle de que no estaba en mi habitación, sino en una cama desconocida.

Y muy cómoda, por cierto.

Me incorporé un poco y miré a mi alrededor. Las cortinas estaban abiertas, así que la poca luz que se filtraba de la calle me permitía ver algo —poca

cosa, pero algo—

. Puse una mueca, incómoda, y me quité los pantalones antes de tirarlos al suelo.

Mucho mejor. También me quité el jersey. Estuve tentada a quitarme la camiseta de tirantes y el sujetador, pero al final solo me quité el sujetador y me dejé la camiseta.

Estaba demasiado borracha para pensar en lo que hacía.

No sé en qué momento recordé que estaba en casa de Aiden, pero sí sé que lo primero que me pareció mal fue que él no estuviera durmiendo conmigo.

¿Dónde demonios estaba?

Salí de la cama y me tambaleé un poco en medio de la oscuridad antes de recorrer la habitación desconocida hacia donde fuera que me llevara el destino. El resultado fue llegar a unas escaleras. No sé cómo no me mate bajándolas, pero la cuestión es que conseguí llegar abajo sin caerme. Eso parecía un salón, ¿no? Un salón muy grande.

Empecé a andar, frotándome los ojos, y me detuve de golpe para no chocar con uno de los dos sofás que había ahí.

Y, efectivamente, ahí estaba mi boxeador capullo y pervertido.

Aiden se había quedado dormido en uno de los sofás. Tenía una manta no muy gruesa por encima y unos cuantos cojines pequeños bajo la cabeza. Seguía durmiendo.

Y yo, muy casual, le quité la manta de encima y me tumbé sobre él.

Sí, así de fácil.

Esa es mi Marita.

Aiden, obviamente, se removió debajo de mí y se despertó. Cuando bajó la mirada para observarme, yo fingí que estaba dormida para que no pudiera

echarme.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz adormilada.

247

—Venir a buscarte —no me molesté en abrir los ojos—. ¿Qué haces tú aquí? ¿No querías dormir conmigo?

—Sabes que sí, Amara. Pero no quería hacerte sentir incómoda.

—Ya hemos dormido juntos.

—Sí, pero esta vez estabas borracha. Es distinto.

—No es distinto —abrí los ojos y me giré hacia él—. Ven a dormir conmigo.

Aiden me observó por unos segundos e, incluso en medio de la oscuridad, pude ver cómo una de las comisuras de su boca se elevaba un poco, conteniendo una sonrisa.

—Como por la mañana me des una patada del susto, no volveré a dormir contigo

—advirtió.

—¿Te crees que te despertaría con una patada?

—Pues sí, la verdad.

—Preferiría despertarte con una mamada.

Aiden, que se estaba riendo, se atragantó con su propia risa y empezó a toser.

Fue mi turno de empezar a reírme.

—Ya quisieras —le dije, divertida, poniéndome de pie como pude—. Venga, capullo, vámonos a dormir.

Él no dijo nada más hasta que llegamos a las escaleras. Tenía cara de amargura.

—Con esas cosas no se juega —masculló, resentido.

Sonreí, muy divertida, cuando por fin conseguí llegar a su habitación. Me dejé caer sobre su cama y esperé a que él se metiera en ella conmigo antes de decir nada.

—Perdóname —ironicé, burlona—. No quería jugar con tus frágiles sentimientos.

No lo miré, pero apostaría lo que fuera a que me puso mala cara.

Tanteé en la oscuridad hasta que encontré su brazo y me arrastré como una serpiente hacia él. Aiden suspiró cuando me acurruqué yo sola contra su cuerpo y coloqué su brazo a mi alrededor.

—¿Eso no debería hacerlo yo? —preguntó.

—Sí, pero como no lo haces, ya lo hago yo.

—Qué práctica.

—Lo sé.

El cuerpo de Aiden era cálido y agradable. Subí una pierna para abrazarme mejor a él y sonreí un poco cuando noté que se removía, incómodo.

—¿Quieres que me aparte? —sugerí.

—Ni se te ocurra.

Empecé a reírme y levanté la cabeza. Él estaba mirando al techo, mordiéndose el labio inferior.

Y, para mi sorpresa, me encontré a mí misma con ganas de mordérselo yo.

Complejo de señor Grey.

Lo peor es que ya apenas iba borracha. Es decir, que ese pensamiento no era producto del alcohol. Era, simplemente, que ese chico me estaba pervirtiendo.

—¿Aiden?

Él suspiró y se tomó unos segundos antes de mirarme. Cuando se giró hacia mí, su nariz prácticamente rozó la mía. Mhm... eso me gustaba más de lo que querría admitir.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

248

La verdad es que no tenía nada que decirle, solo había querido que se girara hacia mí. Él esperó los pocos segundos que tardé en recorrerle la cara con los ojos, repasando cada detalle, pequeño o grande.

Justo cuando me dio la sensación de que iba a decir algo más, subí un poco más la cabeza y lo besé en la boca.

Aiden ni siquiera pareció sorprendido, cosa que me indicó que él también había estado esperando ese beso. Subí la mano que tenía en su pecho por su cuello hasta llegar a su nuca, donde tiré ligeramente de él hacia mí para que me facilitara el acceso a su boca. Y para mi sorpresa lo hizo de una forma bastante más práctica; moviéndome para dejarme sentada sobre él.

Mi cuerpo estaba completamente pegado al suyo cuando le sujeté la cabeza y empecé a besarlo de verdad. Nuestros tobillos, rodillas, caderas, estómagos, pechos...

bocas. Todo. Hacía años que no besaba a alguien de esa forma, pero con Aiden se sentía tan natural que ni siquiera me sentí insegura al respecto. Solo seguí la corriente de la situación. E hice lo que mi cuerpo me pedía. Y lo que mi cuerpo me pidió fue aumentar la intensidad.



Ni siquiera sé en qué momento empecé a notar que cosquilleaban partes de mi cuerpo que no me habían cosquilleado en cinco años, pero de pronto parecía que la temperatura de la habitación se había disparado, tenía el vello erizado y el corazón me bombeaba en el pecho con tanta fuerza que dolía, empezaba a notar esa sensación de presión en la parte baja del estómago y me estaba besando con tanta intensidad con Aiden que notaba los labios hinchados, pero no me importaba.

Y menos me importó cuando él metió las manos bajo mi camiseta y las subió por mi espalda, frotándome la piel con las palmas y los dedos hasta llegar a mis omóplatos.

Podía sentir lo excitado que estaba contra mi estómago. Yo estaba igual. No me pude contener más y atrapé su labio inferior entre los dientes, tirando ligeramente de él. Lo justo para que él soltara algo parecido a un gruñido y apretara los dedos en mi espalda, pegándome aún más a su cuerpo.

Y, justo cuando iba a besarlo otra vez, él echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—No, para —negó con la cabeza—. Esto no está bien.

Teníamos los dos la respiración tan acelerada que se entremezclaba en la corta distancia que había entre nuestras bocas. Miré sus labios. Estaban hinchados por los besos. Y eso solo aumentaba mis ganas de besarlo.

—Para —repitió al verme la cara—. Amara, estás borracha.

—No lo estoy tanto —incluso mi voz sonaba acelerada.

—Me da igual. Si hacemos algo, será cuando no lo estés.

Iba a protestar, pero él quitó las manos de mi espalda, volvió a colocarme la camiseta y me dejó a su lado, sobre el colchón.

Adiós, diversión.

Lo miré con el ceño fruncido, indignada, pero él estaba ocupado pasándose las manos por la cara.

Justo cuando iba a estirar una mano hacia él, se puso de pie de golpe y empezó a alejarse de la cama. Abrí la boca, pasmada.

—¿Te has enfadado?

249

—¿Eh? —se detuvo y me miró—. No, claro que no. Voy a darme una ducha. Una muy fría.

—¿Por qué?

Me dedicó una mirada de ojos entrecerrados.

—¿En serio necesitas que te lo explique?

—Vaaale, pero luego vuelve.

—Que te duermas ya, antipática.

—Tan romántico como de costumbre.

Admito que no me permití a mí misma dormirme hasta que, unos diez minutos después, Aiden volvió a aparecer. Esta vez llevaba una camiseta puesta. Se metió en la cama a mi lado y yo volví a pegarme a él como una garrapata, aunque no hizo un solo ademán de tocarme, el aburrido.

Esa vez, sí que conseguí quedarme dormida.

—Oye.

Gruñí contra la almohada y le di la espalda al sonido molesto.

—Oye —esta vez sonó más divertido—. ¿No crees que ya va siendo hora de despertarse?

—No.

Escuché la risita de Aiden y el colchón se hundió un poco cuando se apoyó a mi lado. Estuve a punto de lanzarle un codazo a la cara cuando me quitó la almohada y la luz me dio directamente en la cara.

—¡Déjame en paz! —protesté—. Me duele la cabeza.

—Y a mí me duelen las costillas por la cantidad de codazos que me has dado durante toda la maldita noche, ¿quién demonios se mueve tanto en sueños?

Suspiré y abrí por fin los ojos. Me lo encontré sentado a mi lado, en la cama, aunque ya no llevaba puesta ropa para dormir. De hecho, llevaba puesta ropa de deporte. Y tenía los auriculares colgando de los hombros. No tardé en deducir que había salido a correr.

—Si no te gusta, no me invites a dormir a tu casa —mascullé.

—Podré soportarlo —enarcó una ceja—. Bueno, voy a ir a ducharme. Hay desayuno abajo, aunque... bueno, todo es bastante sano. Espero que te guste.

—No tengo hambre, tengo ganas de morirme.

—Lo superarás.

Le puse mala cara a su espalda cuando se metió en la puerta que había junto a las escaleras.

Y ahí fue cuando me di cuenta.

¡Tenía la casa de Aiden a mi disposición para curiosear!

Me levanté tan de golpe que la cabeza me dolió el triple, pero lo ignoré y me puse de pie. Estaba en una habitación considerablemente grande de paredes blancas y suelo de parquet oscuro. El mueble más grande era la cama doble en la que había estado hasta ahora, que supuse que ordenada tendría un mejor aspecto, pero ahora era un revoltijo de sábanas blancas, grises y de color naranja tostado. Por lo demás, había dos mesitas de noche con cosas que, sinceramente, ahora no me apetecía cotillear, una cómoda

junto a la puerta del cuarto de baño y luego la habitación ya estaba abierta a las escaleras que llevaban abajo. Sin puerta. Muy práctico.

Asomé la cabeza a la otra puerta, curiosa, y me quedé mirando su vestidor. Casi todo era ropa de deporte. Puse los ojos en blanco.

250

Bajé las escaleras de madera oscura frotándome los ojos. Tenía el ruido de la ducha de fondo. Ahí abajo había un salón bastante grande que se separaba de una cocina de tamaño similar por dos columnas de madera. La puerta principal estaba en medio. Y había dos puertas más al otro lado, pero estaba sedienta y no quise mirarlas.

Obviamente, la nevera de Aiden estaba llena de bebidas energéticas. Las ignoré todas y fui a por la botellita de agua, que prácticamente me terminé yo sola. Maldita resaca.

Y maldito Aiden. Menuda casa. Y todo para él solito. Ya quisiera yo.

Me pasé apenas dos minutos sentada en la barra, esperando a que el señorito bajara, cuando vi que reaparecía con unos vaqueros y una camiseta. Todavía tenía el pelo húmedo. Me dedicó una sonrisa radiante que me imaginé que debía contrastar muy dramáticamente con mi cara de resaca espantosa.

—¿No has desayunado? —preguntó, pasando por mi lado para abrir la nevera.

—No tengo hambre. Solo quiero dormir. Además, me da miedo incendiarte la cocina.

—¿Quieres que te haga yo el desayuno?

—Si insistes, no me negaré.

Crucé los brazos sobre la barra y apoyé la cabeza en ellos, viendo cómo se movía de un lado a otro como si nada. ¿Cómo demonios podía tener tanta energía por la mañana?

—¿Por qué estás tan contento? —mascullé.

—Porque tengo una sorpresa para ti.

Le entrecerré los ojos, desconfiada.

—¿Sorpresa? ¿Qué sorpresa?

—Si te lo digo, no será una sorpresa —puso los ojos en blanco y metió algo en la batidora.

—¡Pero yo quiero saber qué es!

—Pues te jodes.

Le fruncí el ceño, ofendida, y le lancé una servilleta a la espalda. Creo que ni se enteró. Qué triste.

Finalmente se dio la vuelta y vertió lo que fuera que había hecho en dos vasos grandes. Me dio uno de ellos y yo lo miré con una desconfianza que aumentó dramáticamente cuando me di cuenta de era verde.

—¿Qué es eso?

—Un batido.

—Gracias, Aiden, a esa conclusión ya había llegado yo sola. ¿De qué es?

—De frutas y verduras. Muy sano. Perfecto para empezar el día.

—¿Comida sana? Uf...

—Vamos, Pruébalo.

—Es que la verdura no me gusta mucho...

—Pruébalo ya, testaruda —se impacientó, poniendo los ojos en blanco por enésima vez.

Me acerqué el vaso a los labios y le di un sorbito, poco confiada, que enseguida hizo que abriera mucho los ojos.

—Está... bien. Muy bien.

—Vale, a la próxima, intenta no sonar tan sorprendida.

251

Le sonreí maliciosamente cuando él rodeó la barra para sentarse a mi lado. En cuanto lo hizo, no pude contenerme.

—¿Cuál es el regalo?

—Tendrás que esperarte.

—¿Por qué?

—Porque estás desayunando.

—¿Y qué?

—No debería haberte despertado.

—¡Vamos, dime qué es!

—Primero, termínate eso y date una ducha.

—¿Me estás diciendo que apesto?

—¡Te estoy diciendo que me dejes solo cinco minutos para prepararla!

Me giré y me terminé el vaso entero prácticamente de un trago. Aiden tenía la boca abierta, pasmado, cuando me puse de pie.

—Tienes cinco minutos —lo señalé—. Y tu tiempo empieza ahora.

Su cuarto de baño era tan grande como el resto de su casa. Tuve la tentación de meterme en la bañera, que tenía pinta de ser muy cómoda, pero al final

opté por la ducha. Era tan grande que tenía que dar dos pasos para ir a por el champú y otros dos para volver bajo el chorro de agua, que por cierto tardé en un rato en saber configurar. Malditos pijos y sus duchas raras. En mi casa solo había un lado para el agua caliente y otro para el agua fría, ¿qué más necesitaban?

Cuando por fin terminé de ducharme —quizá había tardado un poco más de lo previsto—, me envolví a mí misma en una toalla blanca bastante suave y me di cuenta de un pequeño detalle.

¿Qué demonios iba a ponerme?

Tenía mis bragas y una camiseta, pero no recordaba qué demonios había hecho con el resto. Y eso de salir de casa sin pantalones no parecía una gran perspectiva.

Por suerte, al abrir la puerta me encontré a Aiden colocando las sábanas. Levantó la cabeza y me dedicó media sonrisita traviesa al ver que solo llevaba una toalla.

—No tengo nada que ponerme —mascullé.

—Mejor.

—Hablo en serio.

—Y yo.

—¡Aiden!

—Mira en el vestidor, seguro que encontrarás algo.Ñ

Obviamente, en su vestidor no había bragas ni sujetadores, así que tuve que volver a ponerme mis tristes bragas de anoche y una sudadera suya junto con los pantalones de algodón más pequeños que encontré. No me darían un premio a la mejor vestida del día, pero bueno.

Aiden estaba en el salón, sentado en el sofá, cuando bajé las escaleras a toda prisa.

—¿Cuál es la sorpresa? —le pregunté directamente, intentando ocultar mi entusiasmo.

—¿Tantas ganas tienes de saberlo? —sonrió, divertido.

—¡Siiii! ¿Qué es?

252

Aiden empezó a reírse y, para mi sorpresa, se puso de pie y me lanzó unas llaves.

Las atrapé al aire y las miré, confusa.

—¿Unas... llaves?

—No unas llaves cualquiera —dio un paso hacia mí, sonriendo—. Las llaves de una moto.

Durante unos instantes, la frase flotó entre nosotros. Levanté la mirada hacia él, sin terminar de entenderlo.

—¿Una... moto? Tú no tienes moto.

—Ahora sí la tengo.

—¿Te has comprado una moto?!

—Bueno, van a tardar una temporada en arreglarme el coche, así que, mientras tanto... pensé que no sería mala idea comprarme una bonita moto. Iban a llevármela a casa de mis padres, pero al final la han traído aquí.

—P-pero...

—Te recuerdo que tú me diste la idea —sonrió.

—Lo sé, pero... —parpadeé, reaccionando—. ¡¿Dónde está?! ¡Tenemos que probarla!



—Está en el garaje, obviamen... whoooaaaaaa.

Empecé a arrastrarlo conmigo hacia la puerta sin esperar un solo segundo más y Aiden se echó a reír, divertido.

—Si hubiera sabido que te gustaría tanto, lo habría hecho antes.

—¿Eso va con segundas intenciones?

—Casi todo lo que te digo va con segundas intenciones, asúmelo.

Sonreí y estuve a punto de abrir la puerta, pero me detuve cuando su móvil empezó a sonar y los dos vimos en la pantalla que era Rob.

—Oh, oh —le sonreí maliciosamente—. Bronca del entrenador.

—Sí, qué bien —suspiró y se llevó el móvil a la oreja—. Oye, Rob, estoy ocupado.

Por el sonido del otro lado del móvil, deduje que no era la respuesta que quería Rob, porque se puso a gritar como un loco y Aiden tuvo que alejar un poco el pobre aparato para que no le reventara un tímpano.

—Rob, cálmate —protestó—. No, ya lo sé. Es Navidad. ¿Y qué? Tampoco es como si... ¿eh?

La expresión de Aiden cambió de golpe. Pasó de una mueca de dolor por su tímpano inocente a entreabrir los labios, pasmado.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Aiden me miró, pero no respondió inmediatamente. Rob seguía hablándole al otro lado de la línea cuando bajó un poco el móvil y por fin me lo dijo.

—Me han expulsado de la liga.

## DE FALDAS, MEDIAS Y CAMISAS

Rob y sus dos ayudantes habían venido a casa de Aiden. De hecho, en esos momentos estábamos los cinco sentados en su salón, en silencio. Aiden apenas había dicho nada desde que había recibido la llamada una hora antes y Rob y los demás, que ya estaban de camino, llegaron en tiempo récord.

—Pero —rompí por fin el silencio, mirando a Rob—, no pueden echarlo así, ¿no?

Es decir... tendrán que darle alguna justificación.

—Y la han dado.

—¿Cuál?

—Al parecer, creen que ha habido algún tipo de manipulación para que entrara en la liga —me dijo Mark con una mueca.

—¿Manipulación...? ¿No han dicho nada más?

—Solo es una excusa para echarlo —intervino el otro ayudante, creo que se llamaba Samuel, ¿no?—. Podrían haber puesto cualquier otra, pero eligieron esa.

—Y, hasta que no se resuelva —Rob suspiró—, no habrá nada que hacer.

—¿Y cuánto pueden tardar en resolverlo?

—Meses.

—¡Meses! —repetí, abriendo mucho los ojos—. ¡Para entonces ya habrá terminado la liga!

—Veo que lo entiendes —murmuró Rob.

Me giré hacia Aiden. Seguía silencioso, mirando un punto cualquiera con el ceño ligeramente fruncido. Parecía... muy pensativo. Ojalá pudiera decir

algo que lo hiciera reaccionar, pero sospechaba que nada sería realmente de ayuda.

254

—Bueno —dijo Rob de pronto, poniéndose de pie—. Fue bonito mientras duró.

Cuando vi que tanto Mark como Samuel se ponían también de pie, di un respingo, sorprendida.

—Espera, ¿y ya está? ¿No haremos nada?

—¿Qué quieres que hagamos, Mara? —me preguntó Rob, parecía realmente abatido—. Si los jefes de la liga no quieren que Aiden participe en ella, no lo hará. Por mucho que insistamos.

—Pero... pero... ¡deberíamos insistir igualmente! ¡Mostrarles pruebas de que entró porque lo merece!

—Siento decirte que las cosas no funcionan así —Rob suspiró de nuevo—.

Bueno, Aiden, te veo mañana en el gimnasio. Encontraremos otra alternativa para este año, ¿eh? Tampoco se acaba el mundo. En fin... vámonos, chicos.

Vi cómo se marchaban, abatida, y en cuanto escuché el ruido de la puerta cerrándose, me giré en redondo hacia Aiden. Se había apoyado en el respaldo y se estaba pasando las manos por la cara.

—Esto ha sido cosa de April —murmuré—. De tu esp... de ella.

—Lo sé —me dijo sin mirarme.

Hice una pausa, dudando entre si decir lo que quería decir o no.

—¿Crees... crees que si le decimos que tú y yo no tenemos nada...?

—No es eso, Amara —me miró por fin—. Justo antes de ir a casa de mis padres, cuando estaba haciendo la maleta... ella... se presentó en mi

habitación del hotel.

Mi cuerpo entero se tensó al instante.

—¿Y qué pasó? —pregunté con un hilo de voz.

—Nada —me dijo, como si fuera obvio—. Bueno, nada de lo que estás pensando, pervertida.

—Vale, ¿y qué pasó, entonces?

—Me pidió que me quedara con ella por Navidad, yo le dije que no, discutimos...

nuestras conversaciones terminan siempre en discusión, la verdad. Y... bueno, me llegó a frustrar mucho. Hasta el punto en que le dije que quería divorciarme de ella y no volver a verla en mi vida.

255

Permanecí en silencio cuando él apoyó los codos en las rodillas. Tenía la mandíbula tensa.

—No se lo tomó bien, como supondrás —me miró—. Pero... se lo tomó peor cuando me preguntó si había alguien más que me gustara.

—¿Le... le dijiste que sí?

—Pues claro que sí, Amara. No voy a mentirle.

—Entonces, es por eso —puse una mueca—. Se ha enfadado porque tú y yo...

Aiden se puso de pie en ese momento y lo seguí con la mirada cuando empezó a pasearse por la habitación, claramente ansioso.

—Sabía que terminaríamos mal, pero no creí que fuera capaz de expulsarme de esta forma.

—A lo mejor yo podría hablar con ella —sugerí, poniéndome también de pie—. Si le explico que...

—Amara, no te ofendas, pero creo que eres la última persona del mundo con la que quiere hablar.

Bueno, en eso tenía razón.

Aiden se detuvo de golpe y se giró hacia mí, suspirando. Me observó un momento, consternado, antes de acercarse.

—Vamos, te llevaré a casa. Tengo que ir a hablar con Rob.

En lugar de ir a por la moto, prefirió que fuéramos los dos en taxi. Podía entenderlo, la verdad. Yo también prefería esperar a un momento un poco más animado para estrenarla. Me despedí de él con una pequeña sonrisa —seguía sin querer darle un beso, perdón por ser tan complicada— y subí a casa. A mi pequeña y vacía casa.

Mi casera vino a verme poco después de que llegara y me dio el dinero del seguro.

No era gran cosa, pero era un inicio. Me acerqué a la nevera, agarré el bote de leche, llené una tacita y empecé a tomar leche con cereales mirando un canal aleatorio en la televisión. Era básicamente el único alimento que quedaba ahí. Y lo único por hacer.

Creo que fue precisamente después de terminarme la leche con cereales cuando, de repente, se me ocurrió.

¡El libro! ¡Mi libro! ¡No estaba perdido! ¡Lo había escondido por si acaso!

Me puse de pie de un salto y fui corriendo a mi habitación. Puse una mueca al ver el vacío que había dejado Patty tras su marcha, pero volví a centrarme cuando me agaché junto al escritorio y metí la mano en el hueco que había entre él y la pared.

Casi me puse a llorar de alegría cuando alcancé unas pocas hojas de papel y las saqué.

—¡Sí! Vampiros sexys, aquí estáis. Venid con mamita.

Menos mal que lo había guardado por si algún día Zaida se enfadaba y entraba a destrozarme algo.

Bien hecho, Mara del pasado. Te has ganado una galletita.

Los dejé sobre la cama y sonreí, aliviada. ¿Había guardado algo más? Al abrir el armario, ahora vacío, me dio la sensación de que no. Bueno... una pequeña victoria seguía siendo una victoria. Y, al menos, no tendría que empezar el libro desde cer...

Me giré de golpe cuando capté un movimiento sospechoso por mi habitación.

De hecho, no entendí nada cuando vi una mancha tostada y peluda corriendo por mi habitación. Abrí la boca, pasmada, cuando vi que un gato se había colado en mi habitación por la ventana abierta.

256

—¿Qué demonios...?

El gato se detuvo encima de mi cama, me miró y vi que tenía unos bigotitos blancos que contrastaban muy bien con su pelo tostado. Pero eso no fue lo que me llamó la atención.

Lo que me llamó la atención fue que se agachó y, con la boquita, recogió mi...

—¡Oye! —chillé, alarmada—. ¡SUELTA MI LIBRO AHORA MISMO!

El gato me bufó con los papeles en la boca y saltó de la cama. Vi que hacía un ademán de volver a la ventana, pero me interpuse en su camino de golpe y volvió a bufarme.

—¡Devuélveme eso, gato!

Pero, lejos de devolvérmelo, dio media vuelta y fue corriendo hacia el salón. Medio pasmada, eché a correr tras él, desesperada, y lo pillé justo cuando iba a saltar por la ventana del salón. Conseguí llegar a ella junto antes de que el gato lo consiguiera y la cerré de golpe. Él me entrecerró los ojos, resentido.

—¡Devuélveme mi libro ahora mismo! —le grité, señalándolo.

El gato me puso mala cara —si es que eso era posible— y volvió a saltar del sofá.

Me lancé, literalmente, sobre él y el animalucho saltó, pisándome la cabeza, para llegar a las estanterías. Las recorrió a una velocidad alarmante mientras yo me ponía de pie y, justo cuando lo conseguí, vi que había conseguido rodearme y volver a mi habitación.

—¡OYE, GATO! ¡VUELVE AQUÍ AHORA MISMO CON MI LIBRO SI NO QUIERES

MORIR!

Salí corriendo tras él y lo pillé justo en el momento en que estaba subido al alféizar de la ventana con los papeles en la boca. Se giró un momento y me bufó de nuevo y, entonces... saltó.

Me lancé sobre la ventana enseguida y miré abajo, pero no había rastro de él. Ni tampoco por los lados.

Vale, ¿qué demonios acababa de pasar?

Mientras todavía lo asimilaba, escuché que llamaban al timbre y fui a abrir con cara de pasmada. Era Lisa, que me frunció el ceño.

—¿A qué viene esa cara?

—Un gato acaba de entrar por la ventana, me ha robado el libro, se ha lanzado hacia abajo... y ha... ha desaparecido.

Hubo un momento de silencio en el que Lisa me miró con una mueca de confusión.

—¿Se puede saber qué te estás fumando? Dame un poco.

—¡No me estoy fumando nada!

—Claro, claro.

La dejé pasar y estuve a punto de hablarle del gato loco de nuevo, pero de pronto me di cuenta de que no recordaba de qué color era. Fruncí el ceño, confusa, y de repente ya no me acordaba de qué acababa de pasar.

—¿Mara? ¿Estás bien?

—Eh... sí, creo —murmuré cuando fuimos las dos a sentarnos al sofá—. ¿Has hablado con Holt?

—Solo por teléfono —confesó con un suspiro—. No... no sé, no me apetece mucho hablar con él. La verdad es que ni siquiera había pensado en ello hasta hace un momento. Después de lo de Aiden...

—¿Te has enterado de lo de la liga?

257

—Sí —entrecerró los ojos—. Estoy segura de que la loca esa con la que se casó tiene algo que ver. ¡Segurísima!

Nos pasamos un rato charlando en el sofá —cosa que era un alivio, la verdad—, y me gustó el hecho de que no volviéramos a mencionar ningún drama amoroso. La verdad, estaba un poco saturada de ellos. Incluso prefería escuchar a Lisa quejándose de esa profesora malvada que tenía y que siempre le hacía las preguntas a ella para dejarla en evidencia.

—¡La odio! —remarcó.

Cuando se enfadaba, parecía un ratoncito furioso con voz chillona.



—Estoy casi segura de que el sentimiento es mutuo, Lisa.

—Genial —suspiró y se dejó caer sobre el respaldo del sofá—. El otro día miró mis zapatos con cara de asco, ¡será asquerosa! ¡Yo no juzgo que siempre vaya peinada como una maldita Karen!

Empecé a reírme cuando levantó un pie y vi sus zapatos. Eran bastante normales, la verdad.

—Oye, Lisa... se me acaba de ocurrir algo.

—Tengo miedo.

—¡No es malo! Hoy me han dado el dinero del seguro... y se supone que es para comida, peeeeero...

Lisa me miró al instante y una pequeña sonrisa empezó a formarse en sus labios.

—¿Peeeeeero...? —me instó a seguir, entusiasmada.

—Bueno, quizá podríamos ir a comprar rop...

—¡SIIIIIÍ! ¡POR FIN! —gritó de repente—. ¡Años esperando y por fin vendrás conmigo de compras!

—¡No te emociones, no tengo tanto dinero!

—Querida, estás en presencia de la mejor buscadora de descuentos de la historia. No te preocupes por el dinero.

Empecé a arrepentirme de haber ido de compras al llegar a la segunda tienda.

Básicamente, a Lisa le encantaba ir de compras. Ver ropa, complementos, zapatos... lo adoraba. Pero yo no. Más que nada porque apenas me gustaba nada de lo que veía y, cuando por fin encontraba algo bonito, no lo tenían en mi talla.

Eres un poco desgraciada, sí.

Al final, conseguí salir con dos camisetas, un jersey y una sudadera. Ah, y dos pantalones y unos zapatos. Parecía poco, pero llevaba unas cuantas bolsas encima. Y

Lisa otras cuantas. Ella estaba tan feliz que incluso me dio la sensación de que se olvidaba de todo su drama con Holt... aunque, bueno, supongo que ya no tenían drama, ¿no? Se suponía que ya no eran nada. Uf, eso iba a ser tan raro...

—Bueno, ya han pasado casi cuatro horas —comentó Lisa al recorrer los pasillos del centro comercial de nuevo.

—Se me han hecho eternas.

—Vaaamos, no seas negativa. ¿Nos falta alguna tienda por visitar?

Miré a mi alrededor y una pequeña sonrisa se formó en mis labios cuando vi la tienda que no habíamos visitado. Lisa, al verme, siguió la dirección de mi mirada. Su cara se volvió escarlata al instante.

—No, esa no.

—¿Por qué no?

258

—Porque... yo no... yo no uso lencería.

—¿Por qué no? —repetí, esta vez divertida.

—¡Porque ahora no tengo a quién enseñársela!

—Lisa, la lencería no es para quien sea que se acueste contigo, es para ti. Para que tú te sientas sexy.

No parecía muy convencida, pero en cuanto empecé a ir hacia la tienda, me siguió. Vi que se escondía un poco a mi espalda cuando empecé a recorrer

los pequeños pasillos mirando los conjuntos de lencería. No pude evitar una risita malvada cuando le enseñé un tanga diminuto y ella enrojeció el triple.

—No me gustan estas cosas —me dijo, claramente avergonzada.

—¡No tienen nada de malo!

—Pero... me hacen sentir incómoda.

—Oh, vamos, ¿me dirás que no te apetece probarte uno de estos? ¿Ni un poquito?

Le enseñé un conjunto blanco precioso. No era demasiado provocativo y, de hecho, tenía dos lacitos rosas. Ella levantó un poco las cejas, pero se apresuró a negar con la cabeza para disimular.

—No... a mí no me van esas cosas...

—¿En serio? Lástima. Es el último que queda. Y es de tu talla. Si lo dejo y alguien se lo lleva...

—No me convencerás.

—...te quedarás con las ganas de probártelo. Y, ¡mira esto! ¡Tiene descuento! Si quieres que lo deje, lo dejo, pero...

—Cállate ya —farfulló, enrojeciendo, cuando me lo quitó de la mano—. Y sujétame las bolsas. Voy a probármelo... pero solo para que te calles.

—Claaaro —sonreí.

Mientras ella se lo probaba, yo miré alrededor de la tienda. Había ido algunas veces, aunque nunca me había animado a comprarme nada. Al menos, sabía cuál era mi talla. Estaba mirando un conjunto negro cuando Lisa volvió a aparecer. Y solo con su expresión ya esboqué una sonrisita malvada.

—Te lo quedas, ¿no?

—¡Pero solo para que me dejes en paz!

—¡No te engañes, te ha encantado!

—¡No es verdad!

Pero tenía una sonrisita cuando salió de la tienda con su bolsita. Yo le guiñé un ojo cuando la seguí con la mía.

Lisa se quedó en casa conmigo un rato, ayudándome a meter todo en el armario y, tras mirar un capítulo de una serie aleatoria, volvió a casa. Me dio la sensación de que ya estaba mucho más tranquila, cosa que me alivió. No quería volver a verla igual de mal de lo que lo había estado en casa de sus padres.

Yo, por mi parte, no tenía mucho que hacer. Seguía de vacaciones navideñas en el trabajo y no tenía ni máquina de escribir, ni portátil... bueno, ni libro. Aunque no recordaba por qué. Quizá Zaida se lo había llevado, después de todo.

Básicamente, todo lo que podía hacer era mirar la televisión. Bueno, eso y...

Me encontré a mí misma buscando el nombre de Aiden en mi móvil incluso antes de entender el por qué, pero no me importó. Me recosté mejor en el sofá y empecé a escribir.

259

Mara: ¿Tienes planes para cenar?

Capullo engreído: Depende, ¿cocinas tú?

Mara: ¡Sí! ☺

Capullo engreído: Entonces, tengo planes.

Mara: Capullo. Pues ceno sola.

Capullo engreído: Era broma, ya estoy en camino ;)

Di un respingo con ese último mensaje. ¡Mierda, no! ¡Necesitaba un poco de tiempo!

Fui corriendo a la ducha, quitándome ropa por el camino, y terminé en tiempo récord. Maldito capullo engreído metepresas.

Rebusqué como una loca por el armario con una toalla alrededor del cuerpo y otra alrededor del pelo sin saber muy bien por qué me esforzaba tanto en encontrar algo especial para él. Es decir... prácticamente me veía cada día. No iba a conseguir sorprenderlo mucho. Al final, saqué la falda y el jersey nuevos y, tras dudar, también saqué la lencería nueva.

Así me gusta, siendo positiva sobre cómo acabará la noche.

Justo cuando acababa de ponérmelo todo, escuché que llamaban al timbre. Me detuve un momento delante del espejo para arreglarme el pelo todavía un poco húmedo y esperé unos segundos —para hacerme la interesante— antes de ir a la puerta.

Aiden estaba apoyado en el marco con un brazo con gesto aburrido y un casco en la otra mano. Está claro que su mirada fue directamente a la falda. Y pareció menos aburrido.

—¿Desde cuando usas faldas?

—Desde hace diez segundos.

—Sabia decisión. La apruebo.

—¿Quién demonios te ha dicho que necesito tu aprobación?

—Me encanta que siempre seas tan dulce, querida Amara.

Sonreí y me aparté para que pudiera pasar. Él dejó el casco en el mueble prácticamente vacío de la entrada, igual que la chaqueta, y entró mirando a su alrededor con curiosidad. Vio enseguida los dos libros que había comprado con Lisa y el cuadrito.

—No quería que estuviera todo tan vacío —me encogí de hombros.

—Deberías ayudarme a decorar mi casa. Estas cosas se me dan fatal.

—Sí, no tienes ni un triste cuadro.

Sonrió ligeramente y se detuvo junto a la cocina. Vi el alivio en su expresión cuando se dio cuenta de que no había cocinado nada.

—¿Qué quieres cenar? —preguntó, mirándome.

—No sé... ¿macarrones con tomate? Es lo único que tengo.

—Suena perfecto. Pero... yo te ayudo, ¿eh? No los cocines tú.

—¡Se me da bien cocinar!

—Siento ser yo quien te lo diga, pero la única vez que comí algo que habías preparado, casi me dio un paro cardíaco.

—¡Porque tienes un gusto pésimo!

—¡O porque mis papilas gustativas funcionan!

—¿Sabes qué? Mejor vete, ya ceno yo sola.

260

—Madre mía, Amara, ya sabemos que eres una Slytherin, no hace falta que lo sigas demostrando.

—Que soy... ¿una qué?

—Slytherin, ya sabes, Harry Potter.

—No he visto esa mierda en mi vida.

—¿Esa mierda? —Aiden cerró los ojos un momento, implorando paciencia —.

Bueno, ya sabía que no eres perfecta, pero gracias por demostrármelo tan abiertamente.

—¡Oye!

—Silencio, Slytherin. Vamos a cocinar antes de que nos matemos.

Bueno, los macarrones con tomate tampoco llevaban mucha preparación, así que básicamente mi función fue meterlos en el agua hirviendo mientras él hacía la salsa, prohibiéndome tocar nada. En menos de media hora estaba todo listo y nos sentamos los dos en mi sofá a ver un programa cualquiera.

—¿Has hablado con Rob? —pregunté, curiosa, cuando ya llevaba medio plato.

Bueno, yo llevaba medio plato. Él ya se lo había terminado. Siempre comía como si hubiera pasado hambre durante los últimos cinco días.

—Sí —murmuró, mirando la televisión con aspecto distraído.

—¿Y...?

—Y voy a volver al gimnasio, como siempre.

Dejé de comer un momento y él me miró, confuso.

—¿Qué pasa?

—No sé, Aiden... ¿no deberías tomártelo un poco peor? Es decir... no es que me moleste ni nada, pero...

—No me gusta dejarme llevar por mis emociones.

Bueno, si yo pudiera evitarlo, tampoco lo haría. Pero es que no podía evitarlo.

—Además —añadió, encogiéndose de hombros—, siempre intento pensar que las cosas pasan por algo. Quizá lo mío no tenía que ser la liga. Quizá ahora surja algo incluso mejor. No todo siempre es tan malo como parece.

—Si pudieras, ¿no volverías a la liga?

—Supongo que sí —puso una mueca—. No hablemos de eso.

No, a Aiden no le gustaba hablar de boxeo. Me había dado cuenta de ese detalle a nuestra tercera o cuarta conversación. O, mejor dicho, no le gustaba hablar de su trabajo cuando no estaba en él. En el gimnasio, le encantaba, pero fuera de él... parecía casi incómodo.

Como me lo había pedido, no dije nada más del tema y me limité a mirar la película que él acababa de poner con gesto ausente. Sinceramente, no me enteré de la mitad de lo que le pasaba al protagonista, que investigaba no sé qué. Tenía la mente muy, muy lejos de ahí. Aiden, sin embargo, parecía prestarle mucha atención.

Quizá por eso le sorprendió tanto mi pregunta, que solté de sopetón:

—Vas a quedarte a dormir, ¿no?

Aiden se giró hacia mí, sorprendido y divertido a partes iguales.

—¿Acaso lo dudabas?

—No sé... era por confirmarlo. Es... mhm... mi cama es pequeña.

—Mejor, tendremos que estar pegaditos el uno al otro.

—También lo hicimos en tu cama y es gigante.

261

—Será porque te gusta estar pegadita a mí.

—¡Y tú a mí!

—Pero yo lo admito sin problemas, eres tú la que finges que no te gusto.

Sonrió maliciosamente y me atrapó el tobillo con la mano, tirando de mí hacia él. Me gustaba que me tocara sin mi permiso, aunque fuera con esas



tonterías. Por algún motivo, me ponía de mal humor pensar que íbamos a estar eternamente pendientes de que yo le diera permiso para tocarme. Me gustaba que se tomara esas pequeñas libertades. Sabía que, si tenía algún problema, se lo diría enseguida. Me hacía sentir... menos rara.

—Mira esto —soltó mi tobillo y uno de sus dedos empezó a ascender por mi pierna—. Por fin veo un poco de tu cuerpo. Estaba empezando a volverme loco.

Le di un golpe en la mano, divertida, cuando hizo un ademán de colarla bajo mi falda. Él se detuvo y me sonrió maliciosamente.

—¿No me vas a dejar ver un poco más arriba?

—No, no creo.

—¿Ni un poquito? Me ocuparé muy bien de lo que vea.

—¡Aiden!

—O podrías enseñarme las bragas y te daré una muy detallada opinión sobre ellas.

—¿A eso has venido? ¿A verme las bragas?

—Y a quitártelas, preferentemente. Pero no hay prisa.

Lo empujé por el hombro cuando empezó a reírse de mi cara y, de alguna forma, noté que me sujetaba la muñeca y, acto seguido, estaba sentada sobre él a horcajadas.

Parpadeé, pasmada. ¿Cómo había llegado ahí tan rápido?

—Vale, ahora estoy más cómodo —afirmó solemnemente.

—¿Sí? Pues yo estoy muy incómoda.

—A lo mejor es que la falda es incómoda. Si quieres, me ofrezco voluntario para...

—Aiden —lo detuve, sorprendida—, ¿se puede saber qué te pasa hoy?

—Que has juntado las dos grandes debilidades de mi vida —miró mi cintura y sacudió la cabeza—. Tú y una falda. ¿Cómo voy a mantenerme sereno en estas condiciones infrahumanas?

—¿Las faldas son tu debilidad?

—Bueno, depende de quien las lleve —me sonrió como un angelito—. ¿Te has comprado alguna más? Podrías ponértela la próxima vez que nos veamos, ¿eh? Por mí no hay problema. Si quieres, te regalo yo otra. Y si tienes algunas medias de esas que llegan por las rodill...

—Si tú te pones una camisa, por mí vale.

Se detuvo, sorprendido, y me miró.

—¿Eso es lo que te pone? ¿Las camisas?

Me removí, algo avergonzada por haber revelado ese pequeño secreto.

—Eh... puede...

—No se hable más. Mañana iré a comprarme una.

Empecé a reírme y le rodeé el cuello con los brazos, inclinándome hacia delante.

La risa se extinguió en cuanto nuestros labios entraron en contacto y la película, ya olvidada, quedó todavía más en el olvido.

262

Aiden me devolvió el beso enseguida con una intensidad que me pilló desprevenida y, entonces, me di cuenta de que quizá estaba liberando la tensión que había estado acumulando durante todo el día. Después de todo, había intentando permanecer sereno todo el tiempo, pero ahora que se había dejado llevar un poco, sí que podía notar que estaba más intenso que de costumbre, como si necesitara desahogarse de alguna forma.

Bueno, por mí no hay problema. Que se desahogue toooodo lo quiera.

Le sujeté le mandíbula con una mano e intensifiqué el beso, sentándome mejor encima de él. Noté que Aiden apretaba las manos, metidas bajo mi jersey, contra la piel de mi espalda. El ambiente empezó a hacerse cada vez más denso y lo único que se escuchaba ahí dentro era el ruido de la película, de nuestros besos y de nuestras respiraciones agitadas.

Aiden hizo un ademán de subir la mano, pero se detuvo enseguida, como si se reprimiera a sí mismo. Pero yo, sin pensarlo, me aparté un momento para quitarme el jersey. Lo lancé al sillón y volví a girarme hacia Aiden, pero me detuve al ver que me miraba con los labios entreabiertos.

—¿Qué? —pregunté, alarmada.

Y, entonces, me acordé del pequeño detalle de que llevaba la lencería nueva.

Esbocé una pequeña sonrisita divertida cuando vi que recorría el sujetador con los ojos a toda velocidad.

—¿Las bragas son iguales? —preguntó al final, mirándome a la cara.

Me mordí el labio inferior y asentí, intentando no reírme. Él cerró los ojos un momento, sacudió la cabeza y, de pronto, me encontré a mí misma con la espalda contra el sofá y él encima de mí. Ahogue un grito, alarmada, pero me interrumpió cuando pegó su boca a la mía bastante más bruscamente de lo que esperaba.

Mi cuerpo respondió a él antes que mi cerebro y me encontré a mí misma sujetándome a sus hombros. Aiden bajó una de sus manos a mi muslo sin dejar de besarme y se rodeó la cintura a sí mismo con él, ganando más acceso para pegarse a mi cuerpo. En cuanto noté que esa misma mano subía por mi estómago, me encogí un poco por la anticipación, pero no lo detuve.

Sin embargo, en lugar de subir a mis pechos, me quedé un poco confusa cuando noté que subía a mi hombro. Dejó de besarme en la boca y empezó a hacerlo en mi cuello, cosa que me despistó por un momento, lo suficiente

como para notar que me estaba bajando la tira del sujetador por el brazo. De pronto, noté el aire frío en un pecho expuesto y un escalofrío me recorrió la espina dorsal cuando Aiden sustituyó el aire frío con su mano. Su piel ardía casi tanto como la mía.

Mi espalda se arqueó un poco con el contraste y con la situación en sí. Cerré los ojos y noté que él seguía besándome, cada vez más abajo, por mi clavícula. Notaba su pelo rozándome y haciéndome cosquillas, pero no era nada comparado a lo que sentía con la mano que seguía acariciándome el pecho. Hundí una mano en su pelo cuando lo sujetó con esa mano y, de pronto, noté que se metía el pezón en la boca. La calidez y la humedad hicieron que soltara un sonido bastante vergonzoso que, honestamente, poco me importó en ese momento.

La situación había cambiado tan deprisa que apenas era consciente de lo que pasaba, pero me encantaba. Arquee un poco la espalda hacia él cuando dejó de torturarme con la boca y me besó justo encima del ombligo. Bajé la mirada, algo 263

nerviosa, cuando siguió bajando con la boca hasta llegar a la cintura de mi falda. Lo detuve de golpe por el hombro y me miró. Tenía el pelo desordenado por culpa mía y la respiración completamente agitada.

Pero, aún así, se detuvo en seco.

—¿Demasiado rápido? —preguntó.

—No —¿o sí? No estaba muy segura—. Yo... hace mucho que no hago... o que no me hacen... ya sabes...

Una de las comisuras de sus labios se elevó hacia arriba cuando se dio cuenta de lo que estaba insinuando.

—Bueno, no he traído condones, pero espero que esto sea suficiente. Por ahora.

Parpadeé, confusa, cuando me subió el borde de la falda hasta la cintura y se quedó mirando mis bragas. Juro que se relamió los labios, como un lobo

cuando ve a su presa, justo antes de sujetarme por debajo de las rodillas e inclinarse hacia delante, colocándose las sobre los hombros.

Que empiece la diversión.

Estaba tan nerviosa que no sabía ni qué hacer, así que simplemente me quedé mirándolo con la respiración agitada, esperando. Un nuevo escalofrío me recorrió la espalda cuando empezó a besarme la cara interior de un muslo. Lentamente. MUY

lentamente.

Capullo. ¡Que se diera prisa!

Él subió la mirada y vi que le brillaba con malicia cuando, justo antes de llegar, hizo lo mismo al otro lado. Los nervios me estaban matando. Y, sinceramente, empezaba a notar que tenía tantas ganas de ir más allá que me dolía. Estaba a punto de apartarme cuando, de repente, él metió la cabeza debajo de mi falda y noté que me recorría las bragas con la punta de la lengua.

Por algún motivo, mi primer instinto fue cerrar las piernas. O intentarlo, porque seguían apoyadas en sus hombros y me las sujetó. Se inclinó más hacia delante, impidiéndome moverme, y apartó las bragas con la nariz. Mis puños se apretaron contra el sofá y tuve que apretar los dientes para no hacer ningún ruido cuando noté que volvía a recorrerme con la lengua, solo que esta vez no había nada de por medio.

Honestamente, no sé en que momento empezó a hacerlo de verdad, pero para entonces yo ya me estaba volviendo loca. Solo podía notar su boca y sus manos apretadas con fuerza en mis muslos. Eché la cabeza hacia atrás cuando empecé a notar que mi respiración se entrecortaba y Aiden, al sentirlo, aumentó la intensidad.

Sus dedos se apretaron con tanta fuerza en mi piel que casi dolió, pero curiosamente eso solo hizo que aumentara el placer, que terminó bajando por mi espalda en forma de pequeño cosquilleo y, justo cuando él volvió a recorrerme con la lengua, sentí que ya no podía más y me dejé llevar.

Hacía tanto tiempo que no me corría que tardé unos segundos en recuperar la respiración con los ojos cerrados y las rodillas temblándome. Cuando los abrí, Aiden volvía a estar sobre mí, mirándome con una sornisita.

—¿Qué tal ha estado eso?

—Perfecto —le aseguré con un hilo de voz, haciendo que empezara a reírse.

Pero él también tenía la respiración agitada. Bajé la mirada, todavía temblando, y vi la evidencia en sus pantalones de que él estaba tan excitado como yo. Extendí una

mano hacia él y su sonrisa se borró de golpe cuando empecé a acariciarlo por encima de los pantalones.

Y, justo en ese momento, su móvil empezó a sonar.

—No puede ser —masculló, cerrando los ojos.

Dejé de acariciarlo, divertida, y él soltó una palabrota bastante fea antes de apartarse de encima de mí e ir a por él. Lo escuché soltar otra palabrota por el camino.

—¿Qué? —masculló nada más descolgar, el simpático.

Mientras hablaba, yo miré abajo y me vi a mí misma. Tenía el sujetador medio quitado, la falda hecha una arruga en la cintura y las bragas apartadas. Madre mía...

empecé a colocarme todo de nuevo, avergonzada.

—Pero ¿tú has visto qué hora es? —vociferaba él mientras tanto—. ¡Sí, Rob, estaba ocupado! ¡Muy ocupado! ¡Más te vale que sea cuestión de vida o muerte!

Para entonces, yo ya me había incorporado y me colocaba el pelo, todavía agitada. Vi que Aiden ponía una mueca de confusión, intentando colocarse los pantalones de forma bastante incómoda.

—¿Ahora? —preguntó, mirándome de reojo—. No... no estoy cerca. Estoy en casa de Amara. Pero... ¿tiene que ser ahora? ¿En serio? ¿No puede ser en, no sé, diez minutos...?

Por su cara, deduje que no.

—Vale, joder —colgó, malhumorado—. Tengo que irme.

No supe qué decirle, suerte que él siguió hablando mientras seguía intentando colocarse los pantalones.

—Al parecer, hay unos inversores que quieren hablar conmigo de una oferta para unos combates. Vienen de Rusia y acaban de llegar, no creo que les haga mucha gracia esperarme.

Me acerqué a él cuando ya se estaba poniendo la chaqueta, malhumorado, y se detuvo al ver mi cara.

—Voy a volver al terminar —añadió—. No creo que tarde much...

—¿Puedo ir?

Durante un instante, Aiden me miró como si no me hubiera entendido bien.

Después, su expresión pasó a ser directamente de confusión absoluta.

—¿A la reunión? ¿Para qué?

—No sé. Me apetece ver de qué habláis.

—Bueno... si quieres —se encogió de hombros—. Pero ponte pantalones.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Porque me distraes. Y porque... —levantó el casco— ¿en serio quieres subirte a una moto con esa faldita cortita?

Fui corriendo a mi armario a cambiarme la falda por unos pantalones. Al volver, Aiden me esperaba con gesto de mal humor. Lo mantuvo en el

camino hacia su moto, que estaba aparcada delante de mi edificio. No pude evitar una enorme sonrisa.

—Whoooooa —le pasé un dedo por el tapizado rojo oscuro, maravillada—. ¿Qué modelo es?

—Una honda 600, ¿te gusta?

—¡Me encanta! Pensé que la escogerías negra.

—Me gusta más el rojo oscuro —levantó y bajó las cejas—. Me recuerda a tu pelo.

Él me pasó el otro casco que había traído —muy previsor, por cierto— y me lo puse rápidamente, entusiasmada. Prácticamente salté sobre el asiento trasero en 265

cuanto el moto empezó a rugir. Aiden empezó a reírse y levantó un poco los brazos para que pudiera agarrarme bien, cosa que no pareció molestarle en absoluto.

—¡Vamos, arranca de una vez! —protesté.

—Déjame, estaba disfrutando del glorioso momento.

Pero en cuanto terminó de decirlo movió la muñeca y la moto salió disparada hacia delante. Admito que me agarré con fuerza a él, algo sobresaltada, pero enseguida me adapté y me relajé un poco.

Vale, me encantaban las motos. Confirmado.

Aiden no conducía muy temerariamente, pero sí que adelantaba a bastantes coches por el centro y aceleraba un poco más de la cuenta. La verdad es que no me quejé. De hecho, tenía ganas de que pusiera la moto a toda velocidad. Aunque me estuviera congelando.

Pero el momento duró poco, porque apenas cinco minutos más tarde estábamos delante del gimnasio de Aiden. Nos bajamos los dos —yo tuve que volver a arreglarme el pelo— y lo seguí al interior del establecimiento.



Él parecía tan calmado como si fuera a entrenar un poco y no a hablar con unos posibles inversores.

—¿Estás preparada para ver a Rob al borde de un infarto? —me preguntó con una pequeña sonrisa.

—Nací preparada.

Aiden sonrió completamente y empujó las puertas para los dos. Efectivamente, Rob estaba apoyado en el ring con los brazos cruzados, hablando con dos tipos trajeados que tenían cara de mal humor. Los tres se giraron hacia nosotros en cuanto entramos. Rob me miró con extrañeza, de hecho, pero no le dio demasiada importancia, porque enseguida dio un respingo y se apresuró a presentar a Aiden.

Os lo resumo: los dos tipos representaban una liga alternativa que empezaba en nuestro país pero terminaba en Rusia. Las reglas eran un poco distintas, los combates un poco más duros y de la paga no habían dicho nada. Estaban buscando boxeadores que todavía no conocieran demasiado en Rusia para darle más entusiasmo a la liga.

Y todo eso nos lo contaron mientras estábamos los cinco sentados en el despacho de Rob, un cuartito bastante pequeño para cinco personas que estaba justo encima de la sala de entrenamiento. Había una mesa un poco grande en la que estábamos sentados Aiden y yo por un lado, los dos rusos por el otro y Rob en una punta, repiqueteando los dedos de forma ansiosa.

—Es una oportunidad única, señor Walker —estaba diciendo uno de los dos rusos, el único que hablaba—. Puede que no gane tanta fama como con la liga nacional, pero la compensación monetaria vale la pena.

—Nunca he ido a boxear a otro continente —Aiden no parecía muy convencido.

—Los gastos corren a cargo del boxeador —añadió el ruso—. Pero suponemos que puede permitirselo.

—Puede permitirselo —confirmó Rob enseguida, asintiendo como un loco.

—Nosotros le ofreceríamos recomendaciones de hoteles, claro. Pero usted debería encargarse del vuelo. En caso de aceptar, le pasaríamos las ubicaciones de todos los próximos combates. Los cinco primeros son aquí, pero el sexto ya es en Inglaterra.

—¿Cuánto duran los combates? —preguntó Aiden con el ceño fruncido.

—Diez asaltos de tres minutos.

—¿Diez? Normalmente son doce.

266

—Por experiencia le digo, señor Walker, que pocos llegan a alcanzar el diez.

Nuestras normas en cuanto a la violencia son un poco más... flexibles. Los boxeadores suelen agotarse rápido. O tienen que... abandonar. No hacen falta tantos asaltos.

Eso hizo que mis alertas se dispararan enseguida y miré a Aiden, que parecía pensativo.

—¿Cuánto ganaría yo por pelea?

—¿Por pelea? Tres mil.

—Eso es menos de lo que gano con la liga.

—Pero la liga no lo ha aceptado, señor Walker, y nosotros sí.

Justo en el momento en que vi que Aiden dudaba, no pude aguantarme más y me apoyé con los codos sobre la mesa, mirando al ruso.

—No, no vamos a aceptar eso —me escuché decir a mí misma.

Rob se giró hacia mí a una velocidad preocupante para su cuello. Aiden también me miró, extrañado. El ruso simplemente me puso una mueca.

—¿Y usted es...?

—Amara —carraspeé, intentando que no me temblara la voz—. Amara Dawson, la manager del señor Walker.

Le ofrecí una mano, nerviosa, y él dudó un momento antes de aceptarla. Aiden seguía mirándome, completamente perdido, pero intenté ignorarlo cuando entrelacé los dedos, mirando al ruso.

—Tres mil es muy poco dinero —remarqué.

—Es la paga media de nuestros boxeadores.

—¿Y todos sus boxeadores tienen las estadísticas del señor Walker? Lo dudo mucho.

Hubo un momento de silencio. Él intercambió una corta mirada con el otro ruso, que asintió con la cabeza.

—Podríamos negociar subirlo hasta cuatro mil —me concedió.

—Sigue siendo muy poco.

—¡Deja de hablar! —masculló Rob, con los ojos tan abiertos que parecía que iban a salirse de las órbitas.

—Doy mi opinión como manager —le dije, tan tranquila, antes de girarme hacia Aiden—. Aunque... si quieres que me calle...

Él volvió a la realidad de golpe. Hasta ahora me había estado mirando como si me hubiera vuelto loca, pero una corta mirada a los rusos hizo que asintiera con la cabeza, decidido.

—Mi manager negocia los términos —les dijo, señalándome con la cabeza.

Tragué saliva, nerviosa, cuando los dos rusos volvieron a centrarse en mí.

—¿Cuánto dinero tiene en mente, señorita Dawson?

—Diez mil.

—¿Diez...?

—Por combate —añadí, enarcando una ceja.

El ruso hablador soltó un bufido casi de burla.

—Esa cifra es ridícula. Ninguno de nuestros boxeadores ha cobrado tanto jamás.

Por muchas estadísticas que tengan.

—Si quieren a Aiden en un combate, diez mil es el precio.

—Cinco mil. Es lo máximo que puedo ofrecer.

267

—Pueden permitirse más.

El ruso apretó un poco los labios, algo molesto, mirándome.

—Señorita, ¿sabe de lo que está hablando, al menos?

—Sé que el boxeo funciona con apuestas, mayormente —me encogí de hombros—. Y sé que han venido a buscar a Aiden porque aquí es muy conocido, pero no en otros países. Saben que llegará a la final. O, al menos, podrán deducirlo si han pasado unos pocos minutos mirando sus estadísticas. Y lo que juega a su favor es que la gente que vaya a ver el combate y no lo conozca... no lo sabrá. Las apuestas siempre estarán en su contra. Y ustedes apostarán a su favor. Será dinero seguro, porque va a ganar. Y no estamos hablando de diez mil. Estamos hablando de mucho más. ¿Me equivoco?

Los dos rusos intercambiaron una corta mirada. Aiden también me miraba.

Tenía la boca entreabierta.

—Diez mil —repetí, mirando al ruso parlanchín—. Es nuestra última oferta.

—Hay muchos boxeadores que aceptarían la mitad, señorita Dawson.

—¿Y cuántos de ellos podrán garantizarles el dinero de todas esas apuestas?

Hubo unos instantes de silencio en los que noté que los nervios se apoderaban de mi cuerpo, pero hice un verdadero esfuerzo para que no se notara. Los rusos hablaron en voz baja entre ellos, en su idioma, y yo miré de reojo a Aiden. Seguía teniendo la boca entreabierta.

Rob, por su parte, parecía que iba a explotar de tensión.

Parecía que habíamos pasado una eternidad en silencio cuando el ruso volvió a mirarme con cara de resignación.

—Ocho mil —me dijo—. Es nuestra última oferta.

—Nueve mil. Y los gastos de los viajes corren a cargo de ustedes, no de nosotros.

El ruso me observó unos instantes, pensativo, repiqueteando un dedo sobre la mesa. Por un momento, llegué a pensar que me había pasado de la raya, pero entonces asintió una vez con la cabeza y me ofreció una mano.

—Trato hecho. Nueve mil y gastos pagados.

Tardé un milisegundo en reaccionar y estrecharle también la mano. Estaba tan pasmada con que hubiera funcionado que no sabía cómo sentirme al respecto.

El ruso, por su parte, estrechó la mano a Aiden.

—Mañana volveremos a primera hora con el contrato, señor Walker —hizo una pausa y me echó una ojeada—. Tiene usted una manager implacable. Espero que ningún otro boxeador se meta con usted o tendremos que temer por su vida.

Rob se apresuró a ponerse de pie y acompañarlos a la puerta. En cuanto volvió, tenía la cara pálida, como si hubiera visto un fantasma. De hecho, me señaló como si yo fuera el fantasma tenebroso.

—¿Te has vuelto loca?!

Yo solté todo el aire de mis pulmones y miré a Aiden. Él parecía estar debatiéndose entre la risa y la sorpresa.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó en voz baja.

—Yo... no sé. ¿Te ha molestado?

—¡Sí! —chilló Rob—. ¡Casi se han ido sin llegar a un acuerdo!

—No me ha molestado en absoluto —Aiden lo ignoró, mirándome, y empezó a reírse—. Mierda, Mara, ¿de dónde ha salido todo eso? Me has convencido incluso a mí.

268

—No lo sé —mascullé, algo avergonzada—. No me parecía un trato justo. He intentado mejorarlo.

—¿Mejorarlo? Amara, voy a cobrar casi el triple que en la liga. Y voy a viajar gratis con todo el equipo. ¿Te das cuenta de lo que me has conseguido?

Abrí la boca para responder, pero me detuve cuando me sujetó la cara con una mano y me plantó un beso corto que hizo que casi me cayera de culo de la silla, pasmada.

—Creo que me has puesto hasta cachondo hablando de esa forma de esa forma tan segura —añadió con una gran sonrisa—. Me encanta cuando te pones en plan...

—Ejem —Rob había enrojecido—. ¡Estábamos hablando de que casi hemos perdido el trato!

—Pero no lo hemos perdido —le dijo Aiden—. ¡Deberías agradecérselo, tú te llevas una parte de mis ganancias!

—¡Pero casi me ha dado un infarto!

—Rob, deberíamos contratarla.

—¿Eh? —abrí mucho los ojos.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Rob, pasmado.

—¿Has visto cómo ha controlado a esos dos idiotas? Si no hubiera dicho nada, nos habrían hecho firmar un contrato de mierda.

—Pero...

—La quiero en mi equipo —le dedicó una mirada severa antes de girarse hacia mí y sonreírme—. ¿Qué me dices?

—Eh... Aiden, ya tengo trabajo.

—¿Y qué? Tampoco necesitarías dedicarme mucho tiempo. Solo en negociaciones o cosas así.

—Pero... —seguía farfullando Rob, perdido.

—También ganarías un porcentaje de lo que gano yo —añadió Aiden alegremente—. Y tendríamos una excusa para vernos más.

Miré a Rob, que seguía sin saber cómo reaccionar, y luego miré a Aiden, que esperaba una respuesta.

Y se la di antes de pensar en lo que hacía.

—Está bien.

Aiden esbozó una sonrisa enorme y me dio otro beso en los labios antes de girarse hacia Rob.

—Mira, entrenador —me pasó un brazo por encima de los hombros—, te presento a mi nueva manager.

269

16



## LA GUERRA DE LA DUCHA

—Así que ya tengo oficialmente una nueva manager.

Aiden había estado muy sonriente durante todo el camino. De hecho, incluso en ese momento, subiendo las escaleras de mi edificio —porque estaba en contra de que usara ascensores, teníamos que hacer ejercicio— no dejaba de sonreír como un idiota.

No estaba muy segura de si devolverle la sonrisa, poner los ojos en blanco o empujarlo.

—Deja de decirlo —protesté, al final—. Y deja de sonreír tanto.

—Es que estoy contento.

—Ya lo veo, Aiden.

—Pobres rusos. Se han ido con la misma cara con la que saldrías de un examen en el que han puesto todos los temas menos los que has estudiado.

Iba a responder, pero me quedé callada cuando vi que Aiden se detenía de golpe, sorprendido, en mi rellano, y se quedaba mirando mi puerta. O más bien a quien había en ella.

—¿Holt? —pregunté, sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

Holt, que estaba sentado con la espalda en mi puerta, se puso de pie de golpe y nos miró a los dos. Tenía un aspecto horrible, como si no hubiera dormido o comido bien en semanas. Un pequeño sentimiento de culpa se instaló en mi pecho, pero se borró en cuanto vi que su expresión cambiaba al clavarse en mí... y se convertía en una de furia absoluta.

—Tú —me señaló, acercándose a toda velocidad—. ¡Tú tienes la culpa de todo!

—¿Y-yo...?

Di un paso atrás por impulso, pasmada, y justo antes de que Holt llegara a señalarme justo delante de la cara vi que Aiden metía un brazo de por medio, frunciéndole el ceño.

—Apártate —le advirtió.

—Tú tienes la culpa de todo —Holt apartó su brazo de un manotazo, pero al menos no hizo otro ademán de acercarse a mí. Solo me miraba, furioso—. ¡Le dijiste a Lisa que me dejara! ¡Lo has estado haciendo durante meses!

Oh, así que era eso...

—Holt —empecé, intentando mantener un tono conciliador—, yo no he...

—Cállate de una vez —espetó, cosa que me deja completamente en blanco—. ¿Ya estás contenta? ¿Ya puedes tener a Lisa solo para ti? Porque eso es lo que querías,

¿no?

—Lisa te ha dejado porque se merece algo mejor —le soltó Aiden, tan sensible como de costumbre—. Supéralo.

Holt se giró hacia él con los ojos muy abiertos y, por un breve momento, llegué a pensar que le daría un empujón, pero me interpose antes de que lo hiciera. No quería ver eso.

—Aiden —le tendí mis llaves—. ¿Puedes esperarme un momento en mi casa?

—No.

Él me miraba como si estuviera loca, pero me daba igual.

—No era una petición —aclaré.

—No voy a dejarte sola con este idiota. Apesta a alcohol.

Era cierto. Olía a alcohol todo el pasillo, y era obvio que el hedor pertenecía a Holt. Vete a saber cuánto había bebido.

—Voy a hablar a solas con mi amigo —aclaré en tono de no admito protestas, poniéndole las llaves en la mano—. Haz el favor de esperarme en mi casa, Aiden.

Aiden finalmente apretó los labios, dudó y metió la llave en la cerradura. Me dedicó una mirada algo molesta antes de, finalmente, dejarnos solos.

271

Holt no había dicho nada en toda esa pequeña disputa. Solo estaba con las manos en los bolsillos, mirando el suelo. Me giré hacia él, dudando, y nos quedamos los dos en silencio. Uno bastante incómodo.

—Sé que todo ha sido muy repentino —dije finalmente—. Pero... yo no le dije nada, Holt. Fue decisión suya.

Holt, de nuevo, no dijo nada. Y yo seguía sintiéndome como si tuviera que llenar el silencio.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? ¿Quieres que te preparemos algo o...?

—No tengo hambre —aclaró. Y, sin decir nada más, se echó a llorar.

Me quedé mirándolo, completamente perdida, cuando escondió la cara entre las manos, pegó la espalda a la pared y se deslizó hasta quedar sentado en el suelo. De pronto, Holt me parecía mucho más joven. Más frágil. Nunca lo había visto llorando.

Siempre me había parecido el típico chico torpe, pero simpático, que siempre se mantiene sereno para que no cunda el pánico. Pero en esa ocasión ya no pudo aguantarse más.

Al final, me senté a su lado y me abracé las rodillas, mirándolo de reojo. Los hombros se le sacudían ligeramente cada vez que sollozaba.

—Siento lo que ha pasado con Lisa —murmuré—. Lo siento de verdad. Os aprecio mucho a los dos. Y sé que ella te aprecia a ti, pero...

—¿Me aprecia? —repitió, quitándose por fin las manos de la cara. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Hace unas semanas decía que me amaba.

—Holt...

—Yo la sigo amando —aclaró, mirándome como si yo pudiera darle alguna respuesta que necesitara oír—. No te imaginas cuánto. No... no puedo perderla.

—Holt —esta vez soné un poco más firme—, tienes que respetar su decisión. Sé que duele, pero no puedes obligarla a tener unos sentimientos que no tiene.

—¡Pero quizá se arrepienta! ¡Quizá dentro de unos días se dé cuenta de que sí quiere estar conmigo!

—Entonces, igual deberías dejarle un poco de espacio para que lo considerara.

No pude evitar el tono de reproche. Lisa ya me contó que no había dejado de llamarla desde que había vuelto de casa de sus padres. Y que, incluso, algunas veces se presentaba en su residencia sin avisar para ver si podía pillarla y hablar con ella.

—Me merezco que me diga las cosas a la cara —replicó él.

—Holt... ya conoces a Lisa, necesita su tiempo.

—¿Tiempo para qué? ¿Para buscar las palabras más bonitas posibles para dejarme?

—Tiempo para pensar. Odia dar malas noticias. Odia hacer daño a los demás.

Es obvio que cortar contigo será difícil, pero si estás todo el día detrás de ella presionándola será todavía peor.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Quedarme de brazos cruzados?

—No, Holt —me pasé las manos por la cara, frustrada—. Solo... déjala tranquila por unos días. Te garantizo que si lo haces hablará contigo. Y aclararéis lo que sea que tengáis que aclarar.

Él pareció considerarlo, dejando por fin de llorar. Estuvo un rato en silencio, cavilando, hasta que finalmente tragó saliva.

—Hace semanas que sé que ya no quiere estar conmigo —murmuró.

272

La frase me dejó un poco sorprendida. ¿Semanas? ¿Y cómo iba a saberlo él? Lisa parecía un libro abierto, pero la verdad es que, en cuanto se trataba de sentimientos, se cerraba en banda. Era muy difícil leerla, aunque a simple vista no lo pareciera.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

—Las cosas ya no eran las mismas —Holt se encogió de hombros, sin mirarme.

Casi parecía estar hablando consigo mismo—. Ella me seguía hablando de sus cosas, de cómo le había ido el día, me seguía preguntando cosas a mí y escuchándome...

pero... ya no se acercaba a mí. Ya no me besaba con ganas. Ni siquiera hemos hecho nada en la cama desde hace un mes.

No voy a negar que hablar de eso me hacía sentir un poco incómoda, pero supuse que Holt necesitaba contárselo a alguien, así que dejé que siguiera hablando.

—Yo... empecé a asustarme y a pedirle que nos mudáramos juntos. No quería que me dejara. Pensé que... no sé... que si pasaba más tiempo

conmigo, se daría cuenta de lo mucho que me ama. Pero no. Ella se negaba. De hecho, cada vez que le hablaba de nuestro futuro, era como si se encerrara en su propia cabeza y me dejara fuera de sus pensamientos. ¿Sabes lo frustrante que es eso? En fin... creo que empecé a agobiarla con tanto hablar de futuro, porque su actitud cambió bastante. Ahora ya no solo no me respondía cuando sacaba el tema, sino que me miraba con lástima. Con esa cara que pones cuando ves a alguien ilusionado por algo que sabes que saldrá mal.

Sabía perfectamente qué cara era. La había visto en ella miles de veces. Podía llegar a entender a Holt.

—Intentar retenerla no es la solución —murmuré, cautelosa—. Solo hace que la gente quiera alejarse más.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Respetar su decisión, Holt. Simplemente... no lo sé. Espera un poco, habla con ella cuando Lisa te lo pida, aclara las cosas... y sigue adelante.

—Eso es tan fácil de decir... —masculló—. ¿Podrías tú seguir adelante si Aiden te dejara?

—Aiden no es mi novio.

—Pues lo que sea el idiota ese.

Apreté un poco los labios.

—Aiden no tiene la culpa de esto, Holt.

—Él me ha odiado desde el principio.

—No te odia —no sabía por qué lo estaba defendiendo, pero no podía parar.

—Sí lo hace. ¿Y no crees que eso ha influido en la decisión de Lisa? ¿El hecho de que su hermano...?

—Holt, basta ya —me frustré, sorprendiéndolo—. Deja de buscar culpables. No los hay. Ni siquiera tú o Lisa. Es una cuestión de sentimientos, de emociones. Si alguien ha dejado de sentir lo mismo por ti, no es culpa de nadie, es parte de la vida.

Lisa no te odia, te sigue queriendo mucho, pero no de la misma forma. Y creo que deberías empezar a mentalizarte sobre ello, antes de que sigas... abandonándote a ti mismo. No puedes basar tu felicidad en el hecho de estar con alguien. Es injusto para la otra persona. Y también para ti.

La doctora Jenkins estaría orgullosa.

Holt lo consideró durante unos instantes, mirándome como si, por primera vez desde que había empezado la conversación, me escuchara. Finalmente se aclaró la 273

garganta. Cuando se puso de pie lo imité y hubo un instante de silencio incómodo antes de que él lo rompiera con un:

—Tienes razón.

Parpadeé, sorprendida.

—¿La tengo?

—Sí —admitió, cerrando los ojos por un momento—. Yo... siento haber venido aquí de esta forma. Pensé que tú... que... mhm... lo siento.

—No pasa nada —le aseguré—. Estás enfadado. Es comprensible.

—No tanto —esbozó una sonrisa un poco triste—. Yo... debería irme a casa.

—¿Quieres que te...?

—No —su tono era amable, pero inamovible—. Necesito estar solo. Al menos por un rato. Pero gracias por escucharme, Mara. Eres una buena amiga.

Vi como se marchaba, algo dubitativa, antes de darme cuenta de que parecía menos decaído que cuando había venido. Llamé al timbre de mi propia casa, más tranquila, y Aiden me abrió con una ceja enarcada.

—¿Quién eres y por qué quieres entrar en mi casa?

—Aiden, aparta.

—No dejes entrar a desconocidas.

—Esta desconocida dimitirá como manager como no te apartes, capullo.

Él se apartó, algo divertido, y yo entré directamente al salón. Me sentía agotada.

Aiden se quedó de brazos cruzados delante de mí.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Holtito está mejor?

—¿No has escuchado detrás de la puerta?

—He tenido la tentación de hacerlo, lo admito, pero me he contenido.

—Está mejor —aclaré—. Tiene que hablar con tu hermana.

—No sé si me hace mucha gracia que un tipo que apesta a alcohol y está furioso hable con mi hermana pequeña, la verdad.

—Lisa no necesita a nadie para defenderse —le aseguré.

Él pareció algo contrariado, pero se distrajo completamente cuando me puse de pie y me acerqué.

—¿Qué pasa? —preguntó. Solo necesitaba ver mi expresión para saber que tenía algo en mente.

—Bueno... he pensado que... mhm... tu cama es más grande. En la mía dormiremos muy incómodos, ¿no?



Aiden se quedó mirándome un momento. Una sonrisa maliciosa ya estaba empezando a formarse en sus labios.

—Si quieres que vayamos a mi casa, solo tienes que decirlo.

—Pues... quiero que vayamos a tu casa.

La verdad es que la última vez que estuve en casa de Aiden no me fijé mucho en los detalles. Principalmente porque por la noche estaba borracha y por la mañana resacosa. En ninguna de las dos ocasiones estaba en condiciones de analizar su dulce hogar.

Pero ahora estaba serena. Podía ver que la casa estaba decorada en tonos algo fríos, todos combinados con la madera oscura de las dos columnas que separaban en salón del comedor y la cocina. Había muchos muebles de ese mismo material, de hecho 274

el suelo también era de madera de ese color. Las paredes, en cambio, tenían tonos mucho más claros. Y no pude evitar fijarme en que no tenía ni un cuadro, ni una planta... ni siquiera muchos libros. Las estanterías estaban casi vacías.

—¿No te gusta decorar? —pregunté mientras él dejaba los cascos y las chaquetas en la entrada.

—Lo odio —me aseguró.

—Ya lo veo. ¡Al menos podrías comprarte un cuadro!

—Cómpramelo tú —me sonrió al pasar por mi lado.

Fue directamente a uno de los dos sofás, ambos encima de una alfombra clara y gruesa y enfocados a una televisión bastante grande. A mi padre le encantaría este salón. Tenía incluso la mesita para poner las cervezas que fuera bebiéndose mientras miraba algún deporte. Su actividad favorita en el mundo. Y la que más odiaba mi madre. Cada vez que los comparaba, me daba cuenta de que no tenían nada en común.

Era un poco triste pensarlo.

—¿Piensas quedarte todo el día de pie? —preguntó, con los ojos asomándole por encima del respaldo.

Fui a sentarme a su lado, repentinamente nerviosa. Más que nada porque no sabía qué quería hacer conmigo. Recordaba lo que había pasado en mi sofá. Había estado bien, pero... porque yo no había tenido tiempo para pensarlo. Ahora sí lo tenía.

Y, si me ponía a pensar, los nervios empezaban a traicionarme.

Aiden debió notar que estaba incómoda, porque se detuvo justo antes de hacer un ademán de acercarse a mí y se limitó a inclinarse para sacar una caja de debajo de la mesa.

—¿Quieres ver una película, una serie...? —preguntó—. Tengo unas cuantas.

—¿Tienes la colección completa de Harry Potter? —puse una mueca.

—No pongas esa cara, muggle. Son buenas películas.

—Para un niño.

—¿Las has visto, al menos?

—He visto esa en la que petrifican a gente.

—Pues viste la segunda. Tienes que ver la primera. Te encantará.

—Si tú lo dices...

Spoiler: no me encantó.

De hecho, no me gustó en absoluto.

Aiden no dejaba de echarme ojeadas, como si quisiera comprobar que seguía despierta, pero no vio muchas reacciones en mí. Principalmente porque me aburrí un poco.

—No es para tanto —fue mi conclusión tras una hora de película—. Es decir...

está bien, pero tampoco es para tanto.

—Slytherin tenías que ser.

—Oye, no sé qué es eso, pero no me gusta como suena.

—Es la casa del rubio que todo el rato se mete con el de las gafas.

—Ah, entonces sí me gusta.

—¿Ves como eres Slytherin? —puso los ojos en blanco, apagando la televisión—

. Bueno, hora de apagar esto.

—¡Todavía no ha terminado!

—¡Pero ni siquiera le estás prestando atención!

275

Vale, pues sí que se había dado cuenta de que había estado bostezando durante toda la película. Y yo creyendo que había disimulado bien...

Mientras Aiden volvía a colocar la película con las demás, no pude evitar estirarme en el sofá y mirar mejor a mi alrededor. Me encantaba su casa. Le faltaban algunos detalles —como la decoración, sin ella parecía muy fría—, pero me encantaba.

Especialmente las ventanas. Eran de esas que iban desde el suelo hasta el techo.

—Me encantan las ventanas —murmuré.

—Las de mi habitación tienen mejores vistas.

Ni siquiera lo había dicho en tono sugerente, pero me puse nerviosa al instante.

Se acercaba el momento de tener la charla. Y no me gustaba la perspectiva, pero era mejor no alargar el momento antes de decírselo.

—Oye... Aiden... —carraspeé, incómoda, cuando me miró por encima del hombro—. Lo de antes, en el sofá de mi casa, ha estado muy bien, más que muy bien, peeeero... ejem... no creo que... mhm... no creo que esté preparada para... ya sabes...

Se quedó mirándome un momento con aire perplejo antes de encogerse de hombros.

—Vale —fue toda la respuesta.

Media hora pensando en lo que iba a decir y solo me respondía un vale, el capullo.

Aunque casi lo prefería, la verdad.

Subí a su habitación con él y no pude evitar mirarlo de reojo cuando se metió en el vestidor y empezó a quitarse ropa. Cuando volvió a salir, llevaba puesta una camiseta y unos pantalones cómodos. Yo ya llevaba el pijama que me había traído. Dormir en casa de un chico y que cada uno usara su pijama... cualquiera habría pensado que era raro. Aunque a mí me gustaba. Era otro tipo de intimidad.

—Buenas noches —murmuró él, estirándose y apagando la luz.

Yo no respondí. Me quedé mirándolo unos segundos, incómoda por no saber cuál sería su próximo movimiento, pero se limitó a tumbarse boca arriba y cerrar los ojos.

Mhm...

Disimuladamente, cuando pasó un rato y creí que estaba dormido, me acerqué a él y me acurruqué un poco. Solo un poco.

No se lo contéis a nadie, tengo una reputación que mantener.

Cuando abrí los ojos y no vi a Aiden por ninguna parte, supe enseguida que había salido a correr. Resoplé, cansándome solo con la idea de hacer ejercicio en plena madrugada, y me estiré tanto como pude por toda la cama. Oh, yo también quería una cama de ese tamaño. Podría acostumbrarme muy fácilmente.

Debí quedarme dormida, porque cuando abrí los ojos otra vez escuché pasos por la escalera y me giré hacia ella. Aiden estaba subiendo con la bolsa de deporte. Parecía que había sudado. Enarqué una ceja, interesada en las vistas, y él se quitó los auriculares cuando vio que estaba despierta.

—Buenos días, bella durmiente.

—Hola, capullo.

—Qué bonito es empezar la mañana con un cariñoso insulto.

—No era cariñoso.

—Ya.

276

Lanzó el móvil y los auriculares al sillón y señaló las escaleras con la cabeza.

—Hay comida abajo. Desayuna lo que quieras, yo bajaré en un rato.

Asentí con la cabeza y él desapareció dentro del cuarto de baño sin siquiera molestarse en cerrar la puerta. Apenas unos segundos más tarde, escuché el ruido del agua de la ducha.

Me puse de pie, estirándome, para ir al desayuno, pero mi conciencia me detuvo al instante con un tssss tssss muy sugerente.

¿En serio vas a bajar a desayunar?

Pues sí. Tengo hambre.

Pues cómete otra cosa.

¿Cómo qué?

Como lo que está en la ducha, por ejemplo.

¡Conciencia!

¡Oye, soy parte de tu cabeza, si yo lo pienso es porque tú también lo has pensado!

Negué con la cabeza a pesar de estar sola y me encaminé a las escaleras, decidida.

Sin embargo, no llegué a pisar ningún escalón, porque antes de llegar a ellos ya había dado media vueltas y me dirigía a la puerta del cuarto de baño de puntillas.

Así me gusta, a por él.

Asomé la cabeza, algo dubitativa. ¿Y si se enfadaba por pillarlo desnudo?

Lo dudo mucho, la verdad.

Mejor no arriesgarse.

—Ejem... ¿Aiden?

Pero el ruido del agua hizo que no me escuchara. Me asomé un poco más, enrojeciendo, y vi que estaba metido en la ducha, pero que la mampara hacía que apenas pudiera ver nada por debajo de sus hombros.

Lástima.

Oye, cálmate.

Perdón.

—¿Aiiideeeeeeen...?

Ni caso.

Me acerqué un poco más, dubitativa. Él me daba la espalda mientras el agua le caía resbalando por su espalda. Suspiré disimuladamente y me quedé al otro lado de la mampara.

—¡Aiden!

Justo lo grité junto a su cabeza cuando él apagó el agua.

Resultado: casi tuvimos que ingresar al pobre Aiden por un infarto.

Él dio un salto del susto y se giró con los ojos muy abiertos, casi cayéndose al suelo de un resbalón.

—¡Casi me matas del susto! —protestó.

—Bueno, sigues vivo, no exageres.

—¿Qué no...?

—¿Puedo meterme en la ducha contigo?

Cualquier indicio de molestia se desvaneció al instante. De hecho, se quedó mirándome unos segundos como si no se lo creyera antes de reaccionar y empezar a asentir a toda velocidad.

277

—Bueno, si insistes, ¿quién soy yo para negarme?

—Vale.

Esperé unos segundos. Él me miraba con una sornisita. Le puse mala cara.

—¿Qué? —preguntó.

—¡Date la vuelta!

—¿Por qué?

—¡Porque quiero desnudarme!

—¡Pero si luego te veré desnuda igual!

—¡Pero no quiero que me veas desvistiéndome!

Puso cara de confusión absoluta, pero se dio la vuelta igual. Aproveché el momento para empezar a quitarme ropa mientras me replanteaba cada decisión que me había llevado a estar junto a esa ducha. No estaba muy segura de que fuera una buena idea y, aún así, estaba impaciente.

Bueno, hora de la verdad. Me quité el sujetador y las bragas y las dejé junto al resto de mi ropa.

Ni siquiera recordaba la última vez que había estado completamente desnuda con un chico. Seguramente fue una de mis primeras veces con Drew, mi exnovio, aunque apenas las recordaba. Parecía que habían pasado siglos desde entonces.

Miré de reojo a Aiden y abrí la mampara. Cuando pasé por su lado para meterme en la ducha y cerrarla de nuevo, vi que no se había dado la vuelta pero tenía una sonrisita en los labios.

—¿Puedo mirar ya? —preguntó.

—Si me miras a la cara...

—Acepto el reto.

Se giró hacia mí y efectivamente solo me miró a la cara. Yo, teniendo en cuenta que él estaba también desnudo, hice lo mismo. Y eso que la tentación de bajar la mirada era muy grande.

—Bueno —concluyó—, ya me tienes desnudito y desprotegido, tal y como querías desde el principio.



Di un respingo, todavía intentando no bajar la mirada con todas mis fuerzas.

—¿Cuándo he dicho yo que quisiera eso?

—Lo veo en tus ojos de pelirroja pervertida.

—¡Yo no soy pervertida!

—Ya lo creo que lo eres. Más que yo, incluso. Pervertida.

—¡No me llames...!

—Bueno, ¿qué hacemos? —me cortó, divertido—. ¿Nos seguimos mirando fijamente o quieres darte una ducha?

Dudé un momento al ver cómo había dicho eso último.

—¿Con eso de la ducha te refieres a que me la dé yo o a que me las des tú?

—Bueno... —dio un paso hacia mí, levantando y bajando las cejas—, para mí sería un honor.

Negué con la cabeza, divertida.

—Si tanta ilusión te hace...

—Oh, ni te lo imaginas.

Y, sin decir nada más, agarró el champú y me soltó un chorro gigante encima de la cabeza.

278

Ahugué un grito cuando el champú helado me cubrió los hombros y la cara, dando un paso atrás. Aiden se estaba riendo a carcajadas.

—¡No tiene gracia! —le grité, furiosa.

—Sí que la tiene, tienes que verte la cara —y siguió riéndose.

Una persona madura lo habría ignorado y habría seguido con la ducha.

Yo, en cambio, agarré todo el champú que pude de mi cabeza y se lo lancé a la cara.

Aiden dejó de reírse y me miró, sorprendido.

—¡Oye, eso no vale!

—¿Cómo que no? ¡Aquí vale todo!

Y, no sé cómo, ahí empezó una guerra.

Cinco minutos más tarde, tenía una mezcla extraña de champú, gel y acondicionador en el pelo que dudaba mucho que fuera a arreglar con una ducha, pero justo cuando iba a lanzarle el bote a Aiden a la cara, él abrió el grifo de agua fría y me dio de lleno sobre la cabeza. Solté un grito bastante ridículo y él empezó a reírse. Lo agarré del brazo y lo metí a él bajo el chorro, cosa que no le hizo tanta gracia.

Empezamos a pelearnos por el control de la temperatura del agua. De alguna forma milagrosa, terminó a una temperatura cálida y agradable.

Yo ya estaba jadeando. Y no por lo que mi conciencia quería, sino por una guerra absurda de ducha.

—Tenemos que mejorar esa resistencia, Amara —comentó Aiden al verme jadeando.

Lo empujé del pecho casi sin fuerzas, pero él apoyó la espalda en la pared de la ducha igual, mirándome —esta vez no solo la cara, ya había incumplido esa norma varias veces—. Enarqué una ceja.

—¿Te gusta lo que ves o qué?

—¿Hace falta que responda?

—Mira cuanto quieras, pero no toques nada.

Él me entrecerró los ojos.

—Oye, ayer me dijiste que lo que hice te gustó.

—Vaya... ya no me acuerdo de lo que me hiciste.

—¿Quieres que te lo recuerde?

Le dediqué una sonrisita maliciosa y me coloqué bajo el chorro de agua para empezar a quitarme todo lo del pelo. Él no perdió de vista en ningún momento, pero tampoco hizo un ademán de tocarme.

Al final, fui yo misma quien cerró el agua y se acercó a él para besarlo. Aiden correspondió al beso al instante y me rodeó con los brazos. Sentir mi piel directamente tocando la suya cuando pegó mi cuerpo al suyo fue extraño al principio... y excitante después.

El beso no empezó inocente y te aseguro que no se volvió inocente en ningún momento. De hecho, casi podía sentir sus ganas de ir un poco más lejos solo por la forma en que se le tensaban los hombros cada vez que hacía un ademán de acercarse más, pero luego lo pensaba mejor y se echaba atrás.

Justo cuando noté que él se excitaba demasiado y yo seguía sintiéndome algo incómoda, entendí el por qué. Faltaba algo. Yo. Necesitaba hacer algo.

—Espera —dije de repente.

279

Él se separó, algo sorprendido. Tenía los labios hinchados por los besos.

—¿Algo va mal? —preguntó, revisándome la cara con la mirada.

—No —cerré los ojos un momento—. Es decir... sí. Quiero hacer algo.

Arrugó la nariz, confuso.

—¿Qué...?

Se calló de golpe cuando agarré el gel y me llené las manos, acercándome de forma sugerente. Tardó unos segundos en pillarlo, pero en cuanto lo hizo dio un paso hacia delante y sonrió como un crío.

—¿Quieres ayudarme a enjabonarme?

—Mhm...puede. ¿Alguna queja?

—En absoluto. Adelante.

Sujeté una de sus manos y empecé a masajear concienzudamente sus dedos, sus nudillos, sus muñecas, sus antebrazos, sus codos, sus bíceps... hice especial énfasis en los tatuajes, lo admito. Subí por los hombros, teniendo que acercarme más.

La piel de Aiden era suave, pero dura. Se notaba que entrenaba. Y, además, se iba calentando a medida que mi masaje seguía.

Cuando llegué a su cuello y su pecho, sonreí un poco al ver que tenía los ojos cerrados.

—¿Te gusta?

—Más de lo que debería —me aseguró, y luego añadió— ...pervertida.

Sonreí y lo rodeé para llegar a su espalda. Oh, adoraba su espalda. Disfruté cada segundo de pasar las manos por los músculos flexionados. Lo que más me gustaba era cuando se relajaba bajo mis dedos. Lo hizo especialmente cuando me incliné y le di un beso entre los omóplatos. Él sonrió, mirándome por encima del hombro.

—¿Siempre estás así de cariñosa por las mañanas?

—Puede...

—Voy a ir a verte cada mañana, entonces.

Empecé a reírme y me acerqué para abrazarlo por detrás. Aiden pareció tensarse un poco cuando notó mis pechos contra su espalda. O igual fue

cuando notó mi mano sobre su estómago.

Me asomé un poco. La erección había crecido bastante. Era extrañamente satisfactorio saber que podía ejercer eso en él. Rocé los labios contra su espalda y Aiden respiró hondo.

—Deberíamos hacer esto cada día —comenté.

Él empezó a reírse, pero no dijo nada. Y la risa murió cuando bajé la mano hasta alcanzar su erección.

Se dio la vuelta automáticamente y se acercó a mí, dejándome entre la pared y él. De hecho, apoyó una mano en ésta cuando se inclinó para besarme, dejando que yo siguiera recorriendo la erección de arriba abajo. Noté que se estremecía y dejaba de besarme un momento cuando aumenté ligeramente el ritmo.

—Mierda —soltó entre dientes.

—¿Quieres que pare? —lo provoqué un poco.

—Joder, no. Sigue, con toda libertad.

Sonreí y, como tenía su hombro delante de la cara, empecé a dejarle pequeños besos en él hasta llegar a su cuello. Aiden soltó una palabrota entre dientes cuando empecé a agacharme, besándolo entre los pectorales, por encima del ombligo, por debajo de éste. Noté que me sujetaba el pelo con la mano libre cuando clavé una rodilla en el suelo.

280

Bueno, era un buen momento para aclarar que solo había hecho eso una vez en mi vida. Y había sido un desastre.

Casi vomitó.

Ese era un detalle que no hacía falta contar, conciencia.

Seguí acariciándolo de arriba abajo y subí la mirada hacia él cuando me incliné para darle un beso en la punta. Se endureció bajo mis dedos.

—Esta mañana está siendo mejor de lo que esperaba —me aseguró en voz baja, medio entrecortada.

Seguí subiendo y bajando la mano sin perder de vista sus expresiones. Me encantaba estar al mando de la situación, pero más me encantaba ver cómo reaccionaba a cada cosa que hacía. Cuando empezó a tensarse fue cuando empecé a acariciarlo con los labios. Aiden reaccionaba mejor a las caricias suaves que a los gestos duros. Y me encantaba. Nunca se me había dado bien ser dura en ese aspecto.

Finalmente decidí que ya lo había torturado bastante y noté que apretaba mi pelo en un puño cuando me metí la erección en la boca. Levanté la mirada. Él también me miraba y tenía el cuerpo entero tenso —en el mejor de los sentidos—, cosa que se multiplicó cuando empecé a mover la mano junto a mi boca. La mano que él tenía en mi pelo me sujetó con un poco más de fuerza cuando lo rodeé con la lengua. Él soltó mi nombre entre dientes.

¿Ves como valía la pena ducharte con él?

Volví a subir y a bajar. En otra ocasión, estar sobre mis rodillas haciéndole eso a un chico me habría parecido incluso humillante sin saber por qué, pero no en esa.

Con Aiden no era así. Ver que yo también podía darle placer era extrañamente...

excitante.

Justo cuando aumenté el ritmo, noté que intentaba apartarme, pero me resistí al instante y mantuve el ritmo de lo que estaba haciendo en el mismo lugar. Aiden lo intentó una vez más antes de rendirse, cerrar los ojos, soltar otra vez mi nombre entre dientes e inclinar las caderas involuntariamente hacia mi boca. Me mantuve en mi lugar.

Unos pocos segundos más tarde, volví a ponerme de pie relamiéndome los labios.

Él sonrió al verlo. El pobre tenía la espalda apoyada en la pared, como si hubiera corrido una maratón.

—Si sigues haciendo eso —masculló—, vas a conseguir matarme.

—Tenemos que mejorar esa resistencia, Aidensito.

Sonreí ampliamente cuando vi que Aiden había comprado leche y cereales para mí al volver de correr. Me los empecé a comer con toda la felicidad del mundo mientras él se hacía uno de esos extraños batidos verdes.

—No me puedo creer que realmente te guste comer eso —masculló, negando con la cabeza.

—He comido cosas peores.

Aiden empezó a reírse, divertido, mientras seguía cortando fruta para su batido.

Habíamos salido de la ducha unos minutos antes. Yo solo me había molestado en ponerme unas bragas y mi camiseta, mientras que él iba ya con la ropa con la que iría al gimnasio.

—Admito que eso ha sido inesperado —murmuró.

281

—No te he notado muy incómodo.

—Será porque no lo estaba en absoluto.

Sonreí ampliamente, pero suspiré cuando llamaron a la puerta.

—Es Lisa —murmuró Aiden, metiendo la fruta en la batidora—. ¿Puedes ir a abrirle?

Me puse de pie y fui felizmente a la puerta. Pero, en cuanto la abrí, me di cuenta de que ahí no estaba precisamente la persona que quería encontrarme en ese contexto.

April, la —todavía— esposa de Aiden, abrió mucho los ojos al mirarme de arriba abajo. Cuando llegó a mi cara de nuevo, pareció que iban a salirse de sus órbitas.

—¿Q-qué...? —empezó, tartamudeando.

Oh, no.

—¿Qué...? —dudó de nuevo—. ¿Se puede saber qué haces aquí?

Hace unos minutos, una mamada a tu marido.

¡CONCIENCIA!

Iba a responder. Pero no me dio tiempo. La cara se le volvió roja por la rabia, pareció querer decir algo, lo pensó mejor, puso una mueca... y todo en menos de dos segundos. Sinceramente, empezaba a preocuparme que fuera a explotar.

—¿Puedo hablar con mi marido? —preguntó finalmente, casi escupiendo las palabras.

—Eh...

—¿Qué pasa?

Oh, la voz de Aiden. Menos mal. Él se acercó con una sonrisa, pero se borró al instante en que vio a su preciosa esposa —ahora roja de rabia— delante de su puerta.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó, confuso.

—¡Pensé que estarías solo, no con... con...! —hizo una pausa, mirándome—. ¿Tú eres la misma que lo besó en el gimnasio? ¿O es que te estás follando a dos pelirrojas distintas, Aiden?



—Oye, no... —empezó él, frunciendo el ceño.

—Te recuerdo que sigues casado conmigo.

—Y yo te recuerdo que te ha pedido el divorcio mil veces —solté sin pensar.

No estoy muy segura de si me arrepentí o no cuando Aiden me miró, sorprendido, y April se giró hacia mí con cara de asesina reincidente.

—¿Alguien te ha pedido tu opinión?

—Bueno, estoy en medio de la conversación —me encogí de hombros—, solo era por aportar información.

—Pues ahórrate la información y sube a ponerte unos pantalones, ¿o es que estás acostumbrada a ir en bragas provocando a la gente?

—Ya está bien —intervino Aiden, tirando de mi brazo para volver a entrarme en su casa, ni siquiera me había dado cuenta de haber salido—. Lo que haga o no con mi vida es mi problema, April, no el tuyo.

—¡Seguimos casados!

—¿A eso has venido? ¿A darme el recordatorio de que seguimos casados?

—¡He venido a comprobar que... te estás follando a otra! —me dedicó una breve mirada casi rabiosa—. Nunca te creí capaz, Aiden.

—Hace más de un año que tú y yo no estamos juntos —le recordó él.

282

—¿Y qué? ¿Te crees que yo voy por el mundo liándome con el primer idiota que se me cruza?

—Bueno —intervine al notar que mi rabia podía resultar aún peor de lo esperado—, Aiden, voy a vestirme, bajaré en un rato para que puedas hablar con ella de lo que... sea que tienes que hablar con ella.

—Sí, vístete —masculló ella—. O desvístete, seguro que a eso estás más acostumbrada.

Creo que, si no hubiera dicho nada, me habría ido y los habría dejado solos. Pero justo ese comentario hizo que me girara en redondo hacia ella y Aiden cerrara un momento los ojos, casi como si esperara la tempestad que estaba por venir.

—Perdona —le dije a April, esta vez menos cordial—, pero yo no estoy haciendo nada malo.

—Estás follándote a un hombre casado.

—No estoy follándome a nadie, y si estuviera follándome a Aiden, sería sabiendo que hace meses que te pide un divorcio que por algún extraño motivo te niegas a darle.

Para mí, ya no está casado.

Ella apretó los labios, como si se contuviera para no decirme algo. O para no lanzarse sobre mí. No estoy muy segura.

—Eres una mala influencia para él —finalizó.

—Eso es ridículo —murmuró Aiden, suspirando.

—¿Ella sabe qué cosas puedes comer y qué cosas no? ¿Tus horarios de gimnasio?

¿Cómo funcionan los combates y todo lo que hay detrás? Porque yo sí, y podría ayudarte. Pero a ella solo le preocupa que la folles.

—April —Aiden esta vez ya no parecía tranquilo, de hecho, parecía enfadado—, ya basta. Está conmigo, eres tú la que has venido de repente y sin avisar. Si quieres decirme algo, ten un poco de respeto.

—¿Respeto, yo? ¡Yo no me acuesto con otras personas!

—No —ironicé—, solo obligas a tu querido papi a echar de la liga a quienes te rechazan, ¿no?

April me miró un momento, enfadada, y de pronto su expresión se volvió confusa.

—¿Cómo?

—No te hagas la tonta —murmuré.

April levantó la mirada hacia Aiden, que estaba muy serio, y tardó unos segundos de más en reaccionar y empezar a buscar en su bolso.

—Tengo que irme —nos dijo, y eso fue todo antes de que se metiera otra vez en el ascensor.

Aiden y yo nos quedamos un momento en la puerta de su casa, en silencio, hasta que yo me crucé de brazos.

—Tu esposa es... interesante.

—Mi casi-exesposa —me corrigió.

—Claro —suspiré y volví a meterme en su casa—, en fin... ¿no tienes que ir al gimnasio? Yo debería irme a mi casa. Quiero intentar escribir algo.

Al final, me llevó en moto a casa para dejarme de camino. Dios, cómo me gustaba ir en moto. Especialmente en horas —como esa— en las que había poco tráfico y él aceleraba un poco más. Creo que a Aiden también le gustaba. De hecho, me daba la 283

sensación de que le gustaba mucho más que su antiguo coche. Había sido una buena idea lo de comprarla.

Anotemos este día: Mara por fin tuvo una buena idea.

Gracias, conciencia.

Casi me habría creído que podría tener por fin un día tranquilo —obviando lo de April, claro—, pero entonces Aiden tomó la curva hacia mi calle y vi, con cara de horror en aumento, que la entrada de mi edificio no estaba vacía. Había alguien ahí sentado con dos maletas rosa chillón.

—Oh, no —solté sin pensar.

Aiden redujo un poco la velocidad y me miró por encima del hombro durante un breve momento.

—¿Te has dejado algo?

—No. Es mi madre. Está ahí sentada.

Efectivamente, mi señora madre, la mujer que me trajo al mundo... estaba sentada en las escaleras de mi edificio maldiciendo en voz baja porque, por mucho que lo intentaba, no lograba encenderse el cigarrillo. Su mechero se había quedado sin aceite.

Aiden detuvo la moto delante de ella y yo bajé de un salto, quitándome el casco.

Mi madre se quedó mirándonos con la boca abierta.

Ella era... bueno, para que os hagáis una idea: todo el mundo decía que yo era su copia. Ambas teníamos el pelo rojizo, algo ondulado, los ojos castaños, pecas en la cara, éramos bajitas y algo rellenitas, teníamos los pechos grandes, la nariz respingona... en lo único que no me parecía a ella era que había heredado los labios gruesos de mi padre, mientras que ella los tenía bastante más finos.

Ah, y el sentido de la moda también era muy distinto. Ella llevaba puestos unos pantalones ajustados con estampado de leopardo, una blusa suelta de color amarillo chillón y un abrigo viejo de piel falsa de color marrón que tenía hilos sueltos por todas partes. Ah, y el pelo recogido en un moño desenfadado.

—Mamá —me acerqué a ella, confusa—, ¿qué haces aquí con... maletas?

—Oh, ma petite chérie —se puso de pie de un salto y me dio un ligero abrazo—.

¿Te acuerdas de mi novio, ese de las postales? Bueno, pues me ha dejado. Était un enulé. Resulta que se ha enamorado de otra más joven, ¿te lo puedes creer?

—Eh...

Pero no pude decir nada, porque mi madre ya había centrado todos y cada uno de sus vértices de atención en el capullo engreído, que se había bajado de la moto y ahora se había quitado el casco.

Dedicó una sonrisa un poco incómoda a mi madre, que lo estaba devorando con la mirada.

—Hola —saludó, casi tímidamente.

—Qui ça? —me preguntó dedicándole una sonrisita.

—Es mi... mi... eh... —dudé, mirando a Aiden—. Es un buen amigo, mamá.

La cara de Aiden fue un claro ¿en serio? Pero no pudo decir nada, porque mi madre ya se había acercado a darle un beso en cada mejilla y otro extra en una de ellas. Aiden carraspeó, incómodo, con las mejillas manchadas de pintalabios.

—Mamá —me metí entre ambos, colocándome junto a Aiden y quitándole el pintalabios con un dedo—, no lo molestes.

284

—Qué imagen tienes de mí —ella suspiró dramáticamente, prestándome muy poca atención porque la tenía casi toda centrada en Aiden—. Toi, quel âge tu as?

—Su edad no te importa —le dije, algo más brusca de lo que pretendía.

Mi madre me dedicó una breve mirada antes de volver a mirarlo a él.

—Veintitrés —aclaró Aiden.

Mamá esbozó una sonrisita satisfecha y dio un paso hacia él.

—Oh, la edad perfecta para...

—Mamá, para.

—Mara, estoy hablando con él, cállate un poquito.

—¡No!

—¿Por qué no?

—¡Porque es mi novio!

Silencio.

Noté que Aiden se giraba en redondo hacia mí, pasmado, y que mi cara se volvía del mismo color que mi pelo.

Mi madre, en cambio, solo soltó un suspiro de lástima.

—Ah, entonces, nada —lo miró mejor—. ¿Y cómo te llamas?

Sí, solo usaba el francés para ligar. Hablaba perfectamente nuestro idioma.

—Aiden —él se recuperó un momento para ofrecerle una mano que mi madre estrechó—. Un placer conocerla, señora.

—Ah, no me llames señora —puso cara de horror—. Llámame Camille. Oye, deberíamos cenar algún día los tres. Si estás saliendo con mi niña, tengo que saber más cosas de ti. ¿Tu padre lo conoce?

—Eh... de pequeños éramos vecinos —le recordé—. Es el hijo mayor de los Walker.

Mi madre levantó las cejas, sorprendida.

—Oooohhhh, este es el chico del que hablabas todo el día, ¿no?

—¿Eh? —oh, no.

—¡Sí, el hermano mayor de tu amiga Lisa, ya me acuerdo!

Abrí mucho los ojos entrando en pánico, mientras que Aiden, a mi lado, parecía mucho más interesado en el tema de lo que me gustaría.

—¿Hablabas de mí?

—No —mentí.

—Sí —mi madre puso los ojos en blanco—. Toooodo el día. Pero bueno, supongo que son las hormonas. Es comprensible. Aún así estaba un poco obsesionada.

—¡YO NO ESTABA OBSESIONADA!

—Pues para estar tan obsesionada —Aiden me echó una ojeada divertida—, he tenido que intentarlo mucho para que no me mandarás a la mierda.

—Así me gusta, hija mía —mi madre asintió con aprobación—, que no se crea que aquí las cosas se consiguen de un día para otro. Que se arrastren un poco.

—Mamá, por favor...

—Bueno —intervino Aiden, mirándola—. Ha sido un placer conocerte, Camille, pero tengo que ir a entrenar.

—¿Qué eres? ¿Tenista?

—Boxeador.

Mi madre empezó a abanicarse dramáticamente, mirándome.

—Il utilise tous ces muscles au lit?

—¡MAMÁ!

—Perdón —sonrió como un angelito hacia Aiden—, un placer conocerte, ya hablaremos otro día. Tengo que hacerte una buena inspección para aprobar vuestra relación.

—No tienes que aprobar nada —aclaré antes de girarme hacia Aiden—. Más tarde te llamaré, vete a entrenar antes de que Rob te asesine.

Él sonrió, divertido, y escuché el chillido de emoción de mi madre cuando se inclinó para darme un beso en los labios antes de volver a subirse a la moto. Lo fulminé con la mirada hasta que desapareció.

—Ay, Marita —mi madre también lo había seguido con la mirada, pero mordiendo el labio—, no me extraña que no me respondieras a las llamadas, teniendo esa escultura al lado, yo tampoco lo haría.

—Mamá...

—Con todos esos músculos y esa fuerza. Seguro que te agarra en brazos y te hace ver las estrellas.

—¡Mamá!

—Y te miraba como si quisiera tirarte en el suelo y hacértelo como un conejo en celo, eso es buena señal, hazme caso. Yo tuve un novio así. Casi no salíamos de la cama.

—¡MAMÁ!

—Seguro que cuando baja ahí te lo come como si lo disfrutara más él que tú,

¿eh? También tuve un novio así. Qué placer, por Dios.



—Mamá, por favor... deja de hablar así, es horrible.

—Ah, tan santurróna como siempre —suspiró y agarró una de sus maletas—.

Ayúdame a subir esto.

—Espera, ¿a mi casa?

—Pues claro, ¿dónde quieres que vaya?

—Eh... mamá, no sé si es buena idea que...

—Oye —me detuvo, señalándome con un dedo acusador—, yo te tuve en mi casa durante más de un año y no me quejé.

—¡Pero tú eres mi madre y yo tenía quince años!

—Bueno, pues ahora necesito quedarme. Ayúdame a subir esto de una vez.

En conclusión: mi madre iba a quedarse unos días en la antigua habitación de Zaida.

No sé en qué momento había logrado convencerme, solo sé que en ese instante estábamos las dos sentadas en la terraza de una cafetería no muy lejana de mi casa.

Me estaba contando todos y cada uno de los detalles de su ruptura con el chico ese. Y

yo me limitaba a escuchar —o fingir que lo hacía— porque sabía que, hasta que no terminara la historia, no podría participar en la conversación.

Casi me había quedado dormida cuando por fin cambió de tema.

—Bueno, ¿y qué tal la cena con tu padre por Navidad? ¿Bien? ¿Mal?

No lo preguntaba por mí, lo preguntaba porque le molestaba profundamente que papá disfrutara de algo sin ella. Especialmente si ese algo involucraba a

Grace, que era su novia, pero mamá la veía como el enemigo.

Ni siquiera era porque siguiera enamorada o algo así, lo que le jodía era saber que papá había rehecho su vida sin ella. Mi madre siempre asumía que, si dejaba a alguien, ese alguien tenía que perseguirla y babear por ella hasta el final de sus días.

286

—Bien —mentí, intentando no pensar en la pelea—. Como siempre.

—¿Y la otra? ¿Estaba ahí?

—Sí, Grace estaba ahí. Y no la llames así.

—Es que no sé cómo se llama.

—Grace. Te lo acabo de decir.

—Oh, vaya, ya se me ha vuelto a olvidar. Me pasa mucho con la información irrelevante.

Ella me dedicó una sonrisa educada y se puso de pie.

—Voy un momento al baño. Que nadie me robe mi cruasán.

—Yo lo vigilo —suspiré.

Solo quería ir a mi sofá y descansar un poco. ¿Tan difícil era?

Me quedé de brazos cruzados mirando la gente pasar por la calle. Ese día, pese a ser invierno, hacía un poco de sol y daba gusto estar fuera. De hecho, dejé que unos pocos rayos me acariciaran la piel expuesta de la cara y las manos. Era un calor agradable.

Que se terminó cuando me moví por notar cierto movimiento por el rabillo del ojo.

Me di la vuelta sin saber muy bien por qué y me quedé mirando a un tipo alto, rubio, de esos que llevan escrita la palabra empresario tanto en la frente como en la ropa cara que llevan puesta —yo creo que hasta para dormir—. No sé por qué lo miré.

No tenía nada de especial, a parte quizá de la ropa. Pero me resultaba familiar.

Entonces, otro hombre se acercó a su mesa y ambos estrecharon la mano. Me quedé mirando a ese segundo hombre. A ese sí lo conocía. Y no solo por el uniforme de jefe de policía. También porque su cara era una copia barata de la de su hijo, James.

Espera... ¿qué hacía ahí el padre de James? Nunca lo había visto por esa zona.

Justo cuando estaba preguntándomelo, el hombre rubio se giró un poco y pude verle el perfil. Casi me caí de culo de la silla.

El padre de April.

Esos dos reunidos... justo después de que echaran a Aiden de la liga... justo después de que le diera una paliza a James... justo después de que pidiera el divorcio a April... demasiada casualidad.

Antes de pensar en lo que estaba haciendo me puse de pie, furiosa, y me marché directa al hospital donde James seguía ingresado.

[www.wattpad.com](http://www.wattpad.com)

Tardes de otoño – Capítulo 17 – Página 17

De JoanaMarcus

51 – 64 minutes

Cuando llegué al hospital, recibí un mensaje de mi madre preguntando dónde demonios me había metido —porque le habían robado el cruasán—, pero me dio igual.

En ese momento, todo me daba igual. Tenía ganas de gritar. Pero, cuando me planté delante del mostrador de la entrada, me contuve a mí misma y, en lugar de gritar, esboqué mi sonrisa más inocente y di el nombre del gilipollas.

287

—Oh, me temo que solo pueden visitarlo familiares —comentó la chica de la entrada—. A petición de la propia familia.

—Lo sé —mi sonrisa se dulcificó aún más—. Soy su novia.

La chica me observó unos segundos, como analizándome, y luego se inclinó sobre su hoja de papel.

—Avisé de que vendría, pero no dije cuando lo haría —aclaré—. Puede que todavía no me hayan añadido en la lista por eso.

—Mhm... bueno... —dudó un segundo—. Siga a esa enfermera. La llevará con él.

Está claro que no se lo creían, pero aún así seguí a la mujer con expresión calmada. Y eso que, por dentro, tenía ganas de estamparle el bolso en la cabeza a ese gilipollas en cuanto lo viera.

La mujer me echó una ojeada cuando cruzamos el pasillo tras salir del ascensor.

Tercera planta. Habitación doscientos quince. Iba a recordarlo. Por si algún día quería volver para lanzarle un bote de gas mostaza o algo así.

Cosas importantes.

La enfermera abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Han venido a visitarlo —informó—. Una chica que dice ser su novia.

Hubo un momento de silencio. Yo tenía los puños apretados, pero la cara de calma absoluta. No sabía ni cómo lo estaba consiguiendo.

La enfermera me hizo un gesto y entré en la habitación. Lo primero que vi fue que era individual. Y gigante. Seguro que habían pagado mucho dinero para mantener a su hijo en ella. Tenía un ventanal bastante grande que daba con el parque que había no muy lejos de aquí y, además, había unos cuantos ramos de flores y regalos en la mesa del fondo.

Flores y regalos que no se merecía, pero no era el momento de pensar en ello.

La cama de James estaba en el centro de la pared del fondo. Él estaba tumbado en ella, con una bandeja delante. Todavía estaba desayunando. Parecía más pálido y delgado que la última vez que lo vi, pero por lo demás no parecía muy intranquilo. Ni siquiera dejó de comer al verme.

Sus ojos claros me repasaron de arriba abajo, casi con desinterés, mientras la enfermera esperaba una respuesta.

James, al final, se limitó a asentir.

288

—Sí, es mi novia.

La enfermera murmuró un mhm y nos dejó solos. Tuve la tentación de acercarme y estamparle la bandeja del desayuno en la cara, pero me contuve y me limité a mirarlo fijamente con los labios apretados.

James, tras unos pocos segundos de silencio, soltó un soplido de burla sin dejar de comer.

—¿Me echas tanto de menos que ahora finges ser mi novia?

—¿Echarte de menos? —repetí, apretando los puños otra vez—. Más bien querría echarte de mi vida, pero parece que es imposible.

No esperé que me dijera nada. Agarré la silla que había junto a su cama y me senté bruscamente en ella, mirándolo. Era obvio que estaba furiosa, pero seguía pasando de mí mientras se untaba una tostada con mermelada.

Lo que más me jodía era que, aunque me causara repulsión verlo, me seguía pareciendo atractivo. Porque lo era. Nunca me acercaría a él otra vez, pero lo era.

Gilipollas.

—Bueno —murmuró, centrado en su maldita tostadita—, ¿y qué te trae por aquí?

¿Vas a mandar a tu guardaespaldas para que me mate?

—Deja a Aiden en paz.

—Fue él quien me dio una paliza, si no recuerdo mal.

—Y fuiste tú quien lo provocó, si no recuerdo mal.

—Qué curioso —sonrió, mirándome por fin—. Eso mismo te dije yo cuando me acusabas de haberte violado y nunca te pareció un argumento muy bueno.

Cuánto lo odiaba. Odiaba su cara estúpidamente perfecta. Y su sonrisa engreída cuando sabía que había dado en el clavo. Creo que lo que más odiaba de James era que tenía un don para dar donde más dolía. Siempre. Con cualquiera.

—Lo denunciaste —ni siquiera lo pregunté.

James empezó a reírse entre dientes.

—¿Yo? Yo no he denunciado a nadie. Además, ¿no se supone que la paliza me la diste tú? Eso dijo la policía.

—¿Y por qué no me denunciaste a mí?

—Porque imaginé que ese gorila que tienes a tu servicio vendría a darme otra paliza. Porque así soluciona él siempre las cosas, ¿no? A golpes. Con violencia. ¿Te gustan los tipos violentos?

—Aiden no es así. Y no lo llares...

—Seguro que incluso te pusiste cachonda viendo como me golpeaba, ¿no?

Apreté los dientes, furiosa, cuando empezó a reírse por su propia broma asquerosa.

—Ah, Mara, Mara... —suspiró, como si le diera lástima—. Tu gorila sabía perfectamente lo que pasaría si se metía con el hijo de un jefe de policía. No es culpa mía que sea tan impulsivo.

—Es decir, que admites que tienes algo que ver.

289

—¿Con qué? ¿Con que lo hayan echado de su liga de gorilas? Yo no he tenido que hacer nada. Mi padre, en cambio... bueno, tiene un amigo ahí, ¿sabes? —me sonrió—. Es una pena lo fácil que es joder a alguien cuando conoces a la persona correcta.

No lo golpees. Sé que tienes ganas, pero no lo hagas.

—Mírate —James me sonrió, negando con la cabeza—. Eres igualita a él. Quieres golpearme, ¿no? Porque es la única forma que conocéis para arreglar las cosas. A golpes. ¿Qué conseguirás con eso? ¿Hará que te sientas mejor por la noche en que follamos?

—No follamos —aclaré en voz baja, casi temblorosa por la rabia—. Me violaste.

Nunca creí que fuera a decirle eso a la cara, pero ahí estaba.

James dejó de comer la tostada para mirarme a la cara con cierta indiferencia.

—Oh, ¿en serio? ¿Te violé?

—Sí —mascullé. Me temblaba el cuerpo entero solo de recordarlo—. Me obligaste a entrar en esa habitación, me diste un puñetazo y me tiraste sobre

esa cama. Casi me ahogaste. Y luego me forzaste a acostarme contigo. Me violaste.

La sonrisa de James había ido aumentando a cada cosa que decía.

—¿Eso te dices a ti misma? —enarcó una ceja con aire divertido.

—No es lo que me digo a mí misma, es lo que pasó.

—Oh, Mara, por favor. Me estabas suplicando que te follara.

—¡Lo que te supliqué fue que pararas!

—¿También querías que parara cuando empecé a follarte? Porque, si no recuerdo mal, estabas mojada. Empapada.

Me callé de golpe y me quedé en blanco. La sonrisa de James aumentó.

—En el fondo, lo querías —siguió, negando con la cabeza—. Querías que te tirara sobre esa cama y te follara duro. De verdad. No como Drew, que seguro que incluso te decía que te quería mientras lo hacíais. Eso te aburría. Y por eso no dejabas de perseguirme suplicando que te follara. El problema es que luego te avergonzaste de que te hubiera gustado, ¿no? Por eso te inventaste todo eso de la violación.

Yo seguía mirándolo fijamente, con la boca entreabierta, pero era incapaz de decir nada. La humillación, la vergüenza y el shock eran como un puño de hierro en mi pecho. Apenas podía respirar. Pero James solo siguió hablando como si nada.

—Ya lo creo que te gustó —murmuró, negando con la cabeza—. De hecho, creo que te encantó. Seguro que no te has follado a nadie desde que lo hice yo. Y solo porque sabes que no será ni la mitad de bueno, ¿no es así, Mara?

—No —dije en voz baja—. No es verdad.

—¿No es verdad? —preguntó, con voz mucho más clara que la mía—. ¿Y por qué no te has follado a nadie más? Porque podrías haberlo hecho. Has



adelgazado, pero sigues estando buena. Incluso yo podría echarte un polvo. A mí también me gustó. Yo creo que has venido por eso. Para repetir.

Mi corazón se había acelerado en algún punto y la cabeza me daba vueltas.

Conocía esa sensación. Era la que solía tener antes de un ataque de pánico. Solo que esa vez también hubo náuseas de la repulsión que sentía ante la situación. Me quedé mirándolo, pálida, cuando James apartó la bandeja para girarse hacia mí y repasarme con la mirada. Cada parte de mi cuerpo que él miraba, hacía que me sintiera sucia.

290

—Sí, no estás tan mal —comentó, encogiéndose de hombros—. Es una lástima que estés con el gorila. Aunque eso tampoco fue un problema la última vez, ¿no?

También tenías novio y no te importó una mierda. ¿Crees que tu gorila te odiaría mucho si ahora te follara sobre esta camilla? ¿Volvería para golpearme? Yo creo que sí. Y si le dices que te he violado otra vez... uf... ¿te imaginas? Me mataría. Y se iría a una prisión.

Y le habrías jodido la vida, Mara. Igual que le jodiste la carrera cuando me golpeó por tu culpa.

Hizo una pausa y se inclinó con una sonrisa cruel.

—Porque se la has jodido tú, Mara, no yo. Me golpeó a mí, pero fue por ti. Tú tienes la culpa.

Deseaba poder decir algo. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Pero me había quedado completamente en blanco y una sensación que hacía mucho que no sentía se extendió por mi propio cuerpo; asco por mí misma.

—Oh, pero él todavía no te ha follado —añadió James, sonriendo—. Porque tú no quieres, seguro. Y yo sé por qué no quieres. Porque yo sé lo que es follar contigo, Mara. Hay ciertas cosas que puedes notar. Y yo lo noté. ¿Te crees que él no lo notará?

Abrí la boca y volví a cerrarla. Los oídos me zumbaban.

—¿E-el... qué?

—Que estás jodida, Mara —James sacudió la cabeza, mirándome casi con lástima, aunque más con burla—. Estás rota. Y eso es algo que se nota, quieras o no.

Y él lo va a notar. Y, en cuanto lo note, se irá corriendo. Porque querrá a alguien que no esté jodido. Alguien que no sea como tú. Querrá a alguien que pueda hacerle cosas que tú no puedes hacerle sin que luego salgas corriendo y te escudes en violaciones ficticias para no asumir que te gustó.

James hizo una pausa, observándome con cierta satisfacción.

—Mírate —murmuró—. Es obvio solo con verte. Estás destrozada, Mara. Y es una lástima. Pero bueno... nunca es tarde para dejar que ese chico encuentre algo que se merezca de verdad. Aunque dudo que tú te apartes de su camino. Siempre has sido una egoísta de mierda. Y una mentirosa. ¿Todavía te crees que lo nuestro no fue consentido? Me apuesto lo que sea a que, cuando ese gorila vuelva a tocarte, ni siquiera te mojarás. Porque lo que te gusta es que te traten como una mierda. Porque sabes que es lo que te mereces.

James suspiró y volvió a acercarse la bandeja. Volvió a comer como si nada, ignorándome, casi como si dejara claro que era hora de que me fuera.

Yo, por mi parte, me quedé mirándolo unos segundos. Ni siquiera podía notar mi propio cuerpo y los oídos me zumbaban mientras veía cómo James seguía desayunando, ignorando que yo seguía a su lado.

Me sentía como si el mundo pesara el triple cuando, destrozada, recogí mi bolso y me puse lentamente de pie. Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando me encaminé de nuevo hacia la puerta.

Sin embargo, cuando la toqué con la mano, me detuve y cerré los ojos con fuerza.

No. Yo no me merecía esto.

No me merecía que un idiota como él me hiciera sentir así de mal. No me lo merecía.

291

Volví a soltar el bolso y me di la vuelta hacia él. De hecho, me encaminé hacia él. James levantó las cejas cuando le quité la bandeja de delante de un manotazo.

Levantó la cabeza, irritado, pero no le otorgué tiempo para decir nada.

—Eres la persona más miserable que he conocido en mi vida —espeté, remarcando cada palabra.

James sonrió, poco sorprendido.

—¿En serio, nena?

—Sí, James.

—Oh, me harás llorar.

Cuando hizo un ademán de volver a acercarse la bandeja, la aparté con un poco más de fuerza. Esa vez, su sonrisa no fue tan convincente. Y yo era consciente de que tenía los ojos llenos de lágrimas, pero me dio igual. Ahora mismo, todo me daba igual.

—Eres un miserable —repetí en voz baja, sin pensar lo que decía—. Eres de esas personas que toman todo lo que quieren sin importarles las consecuencias de los demás, ¿no?

—¿Ahora vas a psicoanalizarme?

—Pero —lo ignoré completamente—, yo no soy la persona que tú has descrito hace un momento. Yo no estoy rota. Tengo grietas, pero todos las tenemos y ninguna grieta es tan grande como para no pueda ser curada.

James empezó a reírse entre dientes, acomodándose en la cama.

—¿Eso es...?

—Y te diré una cosa más, James. Puede que yo esté jodida, puede que no haya podido acercarme a nadie en años, pero... yo voy a superar esto. Llegará un día en el que abriré los ojos por la mañana y me daré cuenta de lo idiota que he sido perdiendo años de mi vida sufriendo por alguien como tú. Porque sí, yo voy a superarlo. Voy a superarlo porque no fue culpa mía. Pero tú... tú no vas a poder superarlo. Porque me jodiste de una de las peores formas que se pueden joder a alguien. Y seguro que no fui la única. Haces con la gente lo que quieres sin importante lo que sienten e intentas engañarte a ti mismo diciéndote que en el fondo querían que lo hicieras, pero sabes que no es verdad. Sabes lo que hiciste a todas esas personas. Lo que me hiciste a mí.

Hice una pausa para respirar hondo. Me daba la sensación de que me estaba ahogando. James ya no sonreía. Solo me miraba fijamente.

—Y ahora te va muy bien porque tienes a tu querido papi para protegerte —añadí en voz baja—, pero algún día él no estará, James. Ni tampoco tu madre. No habrá nadie. Nadie que te apoye cuando quieras algo. Nadie que te cuide cuando estés mal.

Nadie que llore por ti si te pasa algo. Nadie que se alegre por ti si consigues algún triunfo. Nadie que te quiera. ¿Quién podría quererte si tratas a la gente como me trataste a mí? ¿Quién? Nadie.

Casi había gritado esa última palabra. Me incorporé de nuevo. Él tenía los dientes apretados, mirándome fijamente. Me dio igual. No había terminado.

—Así que sí, yo algún día lo superaré. Te superaré. Y tendré una vida normal y feliz con la gente que me quiere, que por suerte es mucha. Pero tú nunca me superarás a mí. Cada noche, cuando te vayas a dormir, te acordarás de lo que me hiciste. Y lo que le has hecho a otras personas, que seguro que no son pocas. Y algún día te arrepentirás de todo ello. Solo espero que no sea muy tarde, James. De verdad que lo espero.

Hice una pausa y recogí mi bolso del suelo, ajustándomelo sobre el hombro. Él había agachado la mirada, todavía con la mandíbula tensa, pero no decía nada.

—Buena suerte en la vida —añadí en voz baja—. Porque, créeme, la vas a necesitar.

Me di la vuelta y salí de su habitación.

No miré a su madre, que se cruzó conmigo por el pasillo de camino a la habitación de su hijo. En cuanto salí del hospital, sentí que podía volver a respirar de nuevo.

Me acomodé un poco mejor cuando noté algo acariciándome el brazo desnudo.

Todavía tenía los ojos cerrados y bastante sueño. La caricia subió por mi brazo y se detuvo en mi hombro para volver a descender hasta mi codo. Tardé unos segundos en darme cuenta de que, lo que ahora sentía en el codo, era un pequeño beso.

Abrí los ojos, confusa, y más confusa me quedé cuando vi que Aiden estaba en mi habitación, sentado en mi cama, y ascendía por mi brazo hasta mi hombro dando pequeños besos.

Se le formó una sonrisa en los labios cuando vio que lo miraba, pero no se detuvo hasta que llegó a la curva de mi cuello. Ahí, me dio un último beso —más largo— antes de separarse y sonreír ampliamente.

—Buenos días, bella durmiente.

—Hola, capullo.

—¿Por qué siento que ya he vivido esto?

Sonreí, divertida, frotándome los ojos.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué hora es?

—No es muy tarde, tenía un rato libre antes de ir al gimnasio y he decidido visitar a mi pelirroja amargada favorita.

—Pero... ¿cómo has entrado?

—Tu madre me ha abierto. Parecía bastante encantada cuando me ha visto. Creo que le caigo bien.

—Pues yo creo que, desgraciadamente, tiene un crush contigo.

Aiden sonrió, divertido, y señaló la cama con un gesto de la cabeza.

—¿Hay sitio para mí?

Asentí con la cabeza y me apreté contra la pared cuando él se quitó los zapatos y la chaqueta y lo dejó todo en el suelo sin mucho cuidado. El colchón se hundió un poco cuando se metió en la cama a mí lado.

Y, sin embargo, cuando me pasó un brazo por encima y pegó su pecho a mi espalda, un escalofrío de terror me recorrió el cuerpo y me apresuré a darme la vuelta para mirarlo de frente. Él pareció sorprendido.

—¿Algo va mal?

—No —le aseguré enseguida.

Pero siguió mirándome fijamente, esperando que me explicara. Suspiré.

—No... no me abras por detrás —me limité a decir—. Me recuerda a... bueno...

da igual. Prefiero estar así.

Aiden pareció dudar unos segundos, pero al final sonrió y me pasó un brazo por encima de los hombros para pegar mi cuerpo al suyo —esta vez frente a frente—.

—No tengo ningún problema con verte la cara —me aseguró.

293

—Ya lo creo que no, pervertido.

—Oye, no soy yo quien va haciendo cosas malas por las duchas ajenas.

—No finjas que no te encantó.

—Me encantó, lo admito —asintió muy solemnemente—. Aunque no conseguí centrarme mucho. Igual podrías volver a hacerlo algún día.

Empecé a reírme sin poder evitarlo y Aiden pareció estar a punto de decir algo, pero se calló cuando mi madre empezó a aporrear la puerta de la habitación.

—¡Tortolitos, he hecho desayuno! —canturreó—. ¡Pero puedo meterlo en el microondas si vais a tardar mucho!

—Ya vamos —le digo, algo molesta.

Escuché sus pasitos alejándose y suspiré. Aiden me miraba con aire divertido.

—¿Qué es divertido? —pregunté, confusa.

—Bueno... igual te llevas una sorpresa cuando veas a tu madre.

—¿Por qué?

—Porque va en bragas. Literalmente. Solo lleva unas bragas.

Durante unos instantes, no reaccioné. Solo lo miré fijamente, perpleja.

—¿Eh? —pregunté como una idiota, y mi tono de voz bajó hasta casi la amenaza—. ¿Me estás diciendo que te ha abierto en bragas?

—Eh... sí.

Solté una palabrota y me quité las sábanas de encima. Aiden pareció encantado cuando me senté a horcajadas encima de él, pero decepcionado cuando vio que solo había sido para salir de la cama.

Abrí la puerta de mi habitación, furiosa, y fui directamente a la cocina.

Efectivamente, me encontré a mi querida madre con unas bragas diminutas mientras ponía platos encima de la mesa. Me dedicó una gran sonrisa al verme, como si nada.

—Sí que ha sido un polvo rápido —comentó.

—¿Se puede saber qué haces desnuda? —espeté.

—No estoy desnuda, Marita, estoy en bragas.

—¡No puedes abrirle la puerta a mi... a Aiden... en bragas!

Él, mientras tanto, se había vuelto a poner los zapatos y se había acercado a mí.

Se detuvo a mi lado, sin decir nada para que el enfado no lo salpicara.

—¿Por qué no? —preguntó mi madre, confusa, tomando un sorbito de café.

—¡Porque...! Dios, mamá, ponte ropa. En serio.

—Marita, la ropa es una imposición social. Un instrumento creado para tapar los complejos de nuestro cuerpo... ¡y no hay nada más natural que un cuerpo desnudo!

Deberíais desnudaros vosotros también.

—No —aclaré, furiosa—. Vístete. Ahora.

—Yo me siento a gusto así —protestó.

—¡Pero yo no me siento a gusto, y estás en mi casa! ¡Haz el favor de vestirte de una vez!



—¡Pero si tu novio ni siquiera me ha mirado!

Me giré hacia Aiden. Él fingía que ver el techo era lo más interesante que había hecho en su vida.

Punto positivo para él.

—VA T'HABILLER! —grité, furiosa.

Mi madre dio un respingo y puso mala cara.

294

—Eres tan aburrida, Marita.

Pero, al menos, se metió en la antigua habitación de Zaida para vestirse. Miré a Aiden, que parecía contenerse para no sonreír con aire divertido.

—Como te rías —advertí—, te lanzo un cuchillo.

—No me estoy riendo.

—Bien. Sabia decisión.

—Tu madre es... curiosa.

—Deberías haberla conocido hace unos años, era todavía peor.

Hice un gesto hacia el desayuno francés que mi querida madre nos había preparado, pero Aiden sacudió la cabeza.

—Dieta estricta —me recordó—. Además, tengo que irme.

—¿Tan pronto?

Lo pregunté tan rápido que no me di cuenta de que lo había hecho hasta que fue muy tarde.

Y, por supuesto, a Aiden ya le brillaban los ojos como si acabara de ver una joya valiosa.

—¿Quieres que me quede un poco más?

—¿Eh? Claro que no.

—Si quieres, solo tienes que decirlo —dio un paso hacia mí, levantando y bajando las cejas.

—¡Que no quiero!

—Lástima. Podría haberte devuelto el favor del otro día.

Hizo una pausa y, para mi suerte o desgracia, retrocedió de nuevo.

—Pero tengo que irme de verdad —añadió, encogiéndose de hombros—. Mis padres llegarán en un rato.

—¿Tus padres? —repetí, completamente perdida—. ¿Qué hacen aquí?

—Bueno, es fin de año. Quieren pasarlo conmigo. Y con Lisa. Y con Gus.

—Espera... ¿es fin de año?

—Pues sí, querida Amara. Buenos días. Veo que estás un poco despistada.

—Mierda, entonces mi padre también vendrá —miré la puerta de la habitación de Zaida y puse una mueca de horror—. ¡Y se encontrará a mi madre!

—Oh, no quiero perderme eso —me aseguró Aiden—. A lo mejor convenzo a mi familia de venir a invadir tu casa.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla mientras yo seguía mirando fijamente la puerta por la que había desaparecido mi madre con cierto horror.

Pero añadió algo que hizo que centrara toda mi atención en él otra vez.

—Ah —Aiden me señaló— y no te creas que me he olvidado de lo de que soy tu novio.

—¿De qué hablas? Se me ha olvidado.

—Ya.

—No empieces con el ya.

—Adiós, querida novia.

—¡Que te calles!

—Eso diría mi novia.

—¡NO SOY...!

No me dejó terminar. Ya se había ido. Capullo.

Mi madre reapareció unos segundos más tarde completamente vestida y maquillada. Siempre hacía esas cosas en tiempo récord. Me dedicó una amplia sonrisa.

295

—¿Dónde está tu bomboncito? ¿Habéis discutido?

—Tiene que ir con sus padres. Vienen a verlo por el fin de año.

—Ah... ¿y tu padre vendrá esta noche?

—Sí. Con Grace.

—Con la tipa esa, sí.

—Se llama Grace, mamá, y espero que te comportes bien.

Ella me dedicó una sonrisa angelical.

—¿Cuándo no me he comportado bien, cariñito?

Admito que estaba nerviosa cuando llamaron a la puerta. Mamá se había puesto sus mejores galas —un vestido dorado bastante provocativo y el pelo recogido en un moño un poco torcido— y estaba moviéndose por el salón en busca de una postura casual pero elegante para cuando entraran mi padre y Grace.

—¿Ya puedo ir a abrir? —pregunté, enarcando una ceja.

—Sí —confirmó, casualmente apoyada en el respaldo del sillón—. ¿Estoy guapa?

—Preciosa.

—¿Seguro? Creo que el vestido no...

—¡Mamá!

—Vale, vale, perdón. Abre.

Yo no me había arreglado mucho. No me apetecía. Llevaba una blusa de manga larga de color verde esmeralda —mi favorita—, una falda negra —la única que tenía—

y me había dejado el pelo suelto. Solo había añadido un poco de maquillaje.

No pude evitar una sonrisa cuando vi que papá y Grace esperaban al otro lado de la puerta. Papá iba con una camisa y unos pantalones sencillos, pero elegantes, y Grace con una blusa rosa y unos pantalones azules.

—Hola —sonrió ella, tendiéndome una bandeja de comida—. Mara, estás preciosa. Toma, hemos traído algo para cenar. Es redondo de ternera con verduras, tu favorito.

No, ellos tampoco se fiaban de mis habilidades culinarias. No podía culparlos.

—Qué bien huele —murmuré, casi salivando cuando recogí la bandeja.

—Nosotros también nos alegramos de verte —comentó mi padre, divertido.

—Hola, papá —ironicé—. Estás muy guapo. Casi pareces mi hermano mayor.

Mírate. Tiembla, George Clooney. Aquí viene tu rival y...

—Vale —me detuvo—, suficiente ironía por ahora. ¿Podemos pasar?

—Eh... —carraspeé, incómoda—. Hay algo que deberíais saber, yo...

—Hooooooolaaaaaa.

Cerré los ojos un momento cuando mamá se asomó por encima de mi hombro y empezó a agitar el brazo para saludarlos. Al parecer, la postura casual no había servido de nada.

Papá pareció sorprendido, pero Grace solo sonrió sin importarle demasiado que mamá estuviera aquí.

—Camille —murmuró mi padre, pasmado—, ¿qué haces aquí?

—Oh, ya me conoces. Quería estar con mi familia. Es un día especial.

La parte de que no tenía otro lugar al que ir era un detalle sin importancia, al parecer.

296

Los dejé pasar y cerré la puerta con la espalda, todavía sujetando la bandeja. Mi madre le estaba dando tres besos a mi padre en las mejillas. Cuando lo soltó, se giró hacia Grace y la inspeccionó de arriba abajo con la mejor de las sonrisas.

—Oh, ¿y tú eres...?

—Grace —aclaré, algo molesta.

—Ah, sí. La nueva.

—Hemos estado juntos desde hace varios años, Camille, no es la nueva.

—No pasa nada —aseguró Grace al notar que las cosas se tensaban—. Es un placer volver a verte, Camille. Hacía mucho que no sabía nada de ti.

—Ah, es que ya sabéis como soy... un espíritu libre.

—Claro, claro... —murmuré.

—Marita —mamá me hizo un gesto—, ¿por qué no metes la comida en el horno?

Los adultos estamos hablando de algo.

Suspiré.

¿Sabes lo que significa incomodidad? Bueno, pues esa palabra se quedó muy corta para definir cómo fueron los primeros diez minutos de cena.

Básicamente, yo era la única que hablaba —y lo hacía con Grace, porque era la única que respondía— y los temas de conversación eran bastante estúpidos. Hablaba de cosas cualquiera... cosas para rellenar el silencio incómodo que se había formado a nuestro alrededor.

Al menos, la comida está bien.

No sé si me alivió que mi madre empezara a hablar de repente de lo maravilloso que había sido salir con como se llamara el último novio que había tenido, de todo lo que habían hecho... y yo procuraba llenarme la boca de comida para no tener que comentar nada cada vez que me miraba. Me limitaba a asentir la cabeza con solemnidad y ella seguía.

Ya casi había terminado mi plato cuando noté que mi padre, que había estado bastante silencioso hasta ese momento, me miró con una ceja enarcada.

—¿Y tú qué? —preguntó—. ¿Has vendido toda la decoración para comprarte algo?

Oh, mierda.

Bueno, tenía dos opciones; mentir a mi padre y decirle que era eso... o decirle la verdad. Lo de Zaida.

Sinceramente, no me gustaba mentir. Y menos a mi padre. Así que elegir no fue tan complicado.

—Tuve un problema con mi compañera de piso —aclaré entre dientes.

Tenía la esperanza de que no preguntara detalles, pero no funcionó.

—¿Qué problema?

—Básicamente... se fue con todas mis cosas.

Grace abrió la boca, pasmada, y mi padre se quedó muy quieto. Mamá, que hasta ese momento había seguido comiendo tranquilamente, se apresuró a fingir que ella también estaba en shock para no sentirse apartada.

—¿Qué se las llevó? —repitió Grace, incrédula—. No puede... simplemente hacer eso.

—Es lo que hizo —me encojo de hombros.

—¿Y nadie la vio? ¿No has hablado con ella? ¿No...?

297

—¿No la has denunciado? —preguntó directamente mi padre.

Asentí con la cabeza.

—Aiden me convenció para que lo hiciera.

Ese nombre hizo que mi padre torciera un poco el gesto, pero incluso él tenía que admitir que Aiden había hecho algo bueno por mí.

—Bien —se limitó a mascullar—. ¿Y el seguro?

—Ya me dieron el dinero. Tengo ropa de sobra. Y comida. Y de todo.

—Mara... —Grace puso una mueca, como si supiera que lo que iba a decirme no me gustaría—, si necesitas dinero, puedes pedirlo y...

—Si necesitas dinero, me lo pides a mí —la cortó mamá—. Que soy tu madre.

Honestamente, no sé ni cómo se había pagado el viaje hasta mi casa. Mi madre nunca ha tenido dinero. No sabe ahorrar. En cuanto tiene un billete, tiene que gastarlo.

—No necesito dinero —aclaré—. Tengo trabajo. Dos trabajos, de hecho.

—¿Dos? —repitió papá.

—Sí. La cafetería y como manager de Aiden. Me contrató el otro día.

Hubo un momento de silencio. Mi madre volvía a comer como si nada, mientras que Grace parecía sorprendida y la mueca de mi padre era cada vez mayor.

—¿Su manager? —repitió—. ¿Qué experiencia tienes en eso?

—Papá, tenía un contrato que revisar. Le mejoré las condiciones. Se me da bien.

—¿Y lo de los libros? ¿Ya no escribes?

—¡Sí! Bueno... es decir... ahora mismo no tengo muchas ideas.

—O no tienes tiempo.

—Sí lo tengo. Eso no ocupa mucho tiempo.

—Pero también eres camarera. ¿Cómo vas a tener tiempo para tantas cosas, Mara?

Tardé unos segundos en responder, poniéndole mala cara.



—¿Esto es por escribir o por Aiden?

—Por ambas.

—No sé qué imagen tienes de él —lo señalé con el tenedor—, pero es un encanto.

Por favor, que nunca se enterara de que había dicho algo bueno de él.

—Es verdad —confirmó mamá tranquilamente, rellenándose la copa de vino.

—Camille, no te ofendas —mi padre le puso mala cara—, pero no eres la persona más fiable del mundo para hablar de gustos en hombres. Son bastante cuestionables.

—Te recuerdo que estuvimos casados.

—Por eso te lo digo.

Grace se giró hacia mí, intentando desviar la atención de nuevo para que no discutieran.

—¿A ti te apetece ser su manager?

—Supongo que sí.

—¿Lo supones o lo sabes? —papá enarcó una ceja.

—¿Se puede saber qué problema tienes, papá?

—Cuando dejaste la universidad, me dijiste que tu sueño era escribir. Lo acepté.

Y solo te pedí que, al menos, escribieras un libro. Solo eso. Y no lo has hecho. Es como si se te hubiera olvidado completamente.

—Soy una adulta, lo que haga o no con mi vida, es asunto mío.

—No quiero que te olvides de tus sueños por ayudar a que ese chico persiga los suyos, Mara.

Eso me dejó quieta unos segundos. Mi padre no era muy emocional. De hecho, en general, nunca expresaba muy bien sus emociones. Pero eso había sonado distinto.

Preocupado. No era muy común en papá estar preocupado. Creo que por eso me dejó tan pasmada.

—No me estoy olvidando de nada —murmuré.

—Bien —murmuró él.

Papá no dijo nada más en toda la cena. Vi que Grace se giraba hacia él unas cuantas veces y le daba pequeños apretones en la rodilla que supuse que serían reconfortantes. Él no me miró mucho más. Parecía pensativo. Casi lo preferí así.

Ya estábamos llevando los platos a la cocina cuando noté que mi móvil empezaba a vibrar. Me lo llevé a la oreja sin siquiera mirar quién era mientras papá, a mi lado, dejaba los platos en la encimera.

—¿Sí? —murmuré, distraída.

—¿Qué camisas te ponen más caliente? ¿Las ajustadas o las sueltas?

Casi me atraganté con mi propia saliva. Maldito Aiden.

Tardé unos segundos en responder, a lo que mi padre me dedicó una mirada extrañada. Enseguida reaccioné.

—Ah, Lisa —dije con voz un poco aguda—. No sé si es un buen momento para...

—Pero respóndeme —protestó Aiden al otro lado de la línea—. Es por si tengo que cambiarme o no.

—Es que... ahora mismo no puedo hablar, ¿sabes? Estoy cenando con mis padres.

Eso último lo dije de forma muy significativa. Escuché la risita de Aiden.

—¿Tienes a tu señor padre delante?

—Exacto —sonreí con inocencia bajo la mirada escrutadora de mi padre.

—Así que si te digo guarradas... ¿tendrás que mantener la compostura?

Tentador.

—Lisa, de verdad que no es un buen momento —eso ya sonó un poco más agresivo.

—Vale, vale. Me callo. Pero responde a lo de las camisas. ¿Ajustadas o sueltas?

—Ajustadas.

—Mhm... he acertado. ¿Lo ves? Ya te conozco bien. Podemos casarnos.

—¿Por qué estás tan contenta, Lisa?

—Es fin de año, ¿por qué no iba a estar contento? ¿Tú te estás aburriendo?

—Un poco —admití.

—¿Quieres que vaya a animar la fiesta con mis padres?

—Eh... no sé si será una gran idea...

—Oh, vamos, tu padre y el mío se llevan de maravilla. Puede que incluso empiece a caerle bien.

Lo consideré un momento y, para mi propia sorpresa, me encontré a mí misma asintiendo.

—Está bien.

—¿En serio? —Aiden sonaba sorprendido.

—Sí, en serio. Nos vemos en un rato.

299

—Genial. Estoy deseando que veas la camisa y me digas si te calienta o no.

Tan romántico.

Colgué el móvil aguantándome las ganas de poner los ojos en blanco y sonreí a mi padre, que me había estado observando todo el rato con aire curioso.

—Lisa me ha dicho que sus padres quieren pasarse un rato por aquí — señalé el móvil—. Le he dicho que sí. Espero que no te importe.

—Oh, claro que no.

Volví al salón. Mamá y Grace estaban hablando entre ellas echándose esas miraditas que le echas a alguien con quien te obligan a llevarte bien aunque en el fondo os llevéis fatal. Una de esas, sí.

Me llené una copa de vino y me senté, esperando. Ni siquiera me gustaba el vino, pero era mejor opción que seguir viendo el espectáculo.

Para cuando llamaron al timbre yo ya me había tomado dos copas y estaba un poco contenta, así que no reaccioné a tiempo para detener a mi padre antes de que fuera a abrir la puerta. Me puse de pie, algo nerviosa, cuando escuché las voces en la entrada. Dos segundos más tarde, Lisa era la primera en llegar al salón. Me dedicó una amplia sonrisa al verme e hizo un ademán de acercarse, pero mi madre la interceptó por el camino.

—¡Lisa! —exclamó con una felicidad demasiado exagerada—. Mírate, cómo has crecido. Estás preciosa.

—Eh... gracias, Camille.

Cuando vio que Grace también estaba, Lisa no pudo evitar sonreír ampliamente.

—¿Huele a tu redondo de ternera? —preguntó con los ojos muy abiertos. Grace asintió y Lisa se llevó una mano al corazón—. No me puedo creer que nadie me haya invitado a comerlo.

—Te invitaremos todas las veces que quieras, Lisa.

Mi madre, mientras veía la confianza que tenían entre ellas, se cruzó de brazos y puso una mueca de irritación.

Claire y el señor Walker fueron los siguientes junto a Gus Gus. Los tres me saludaron, me dijeron que estaba muy guapa —Gus no lo hizo pero enrojeció al verme—, blablabla... lo típico. El único que no se acercó fue Aiden. Y me di cuenta del por qué al cabo de cinco minutos de buscarlo con la mirada.

Mi padre lo tenía retenido en el pasillo.

Oh, no.

Operación rescate, Marita.

Crucé el salón a toda velocidad y me acerqué a ellos dos. Desgraciadamente, mi padre cortó la conversación antes de que pudiera escuchar nada. Ambos se giraron hacia mí. Aiden con cara de sufrimiento interno y mi padre con cara de angelito.

—¿De qué habláis? —me crucé de brazos.

—Cosas sin importancia —me aseguró papá, poniéndole una mano en el hombro a Aiden—. ¿A que sí?

Me dio la sensación de que esa mano le apretaba el hombro un poco de más cuando Aiden se apresuró a asentir.

Será un boxeador temerario, pero ante un suegro todo el mundo se vuelve un corderito.

Iba a decir algo más, pero mi madre apareció en ese momento.

300

—¡Hemos decidido que vamos a un bar todos juntos!

Los tres la miramos al instante con una mueca de horror.

—¿Ahora? —pregunté.

—¡Sí, ahora, vamos!

Diez minutos más tarde, estábamos en un bar a rebosar de gente con copas de alcohol volando por todos lados, gente gritando y camareros muy ocupados. Ni siquiera pudimos elegir una mesa para sentarnos, nos tocó una de esas que no tienen ni sillas.

Y yo me quedé con el codo apoyado en ella mientras veía que los adultos se emborrachaban y bailaban y yo me tomaba mi quinta copa.

Bueno, no estaba yo sola. Aiden, Gus y Lisa se habían quedado conmigo.

Estábamos los cuatro juzgando muy duramente con la mirada a nuestros padres.

—Dios mío —murmuró Gus—, esto es horrible. Los padres deberían tener prohibido bailar.

—Te he visto bailando —Aiden le enarcó una ceja—, tú también deberías tenerlo prohibido.

Gus enrojeció un poco, y lo hizo todavía más cuando intentó beber con su brazo vendado —ya le habían quitado el yeso— y no consiguió alcanzarse la boca con el vaso.

Cuando intentó quitarlo, se le quedó enganchado un hilito de la venda a uno de los botones de la camisa. Aiden y Lisa empezaron a reírse a carcajadas al instante.

—Espera —murmuré, rodeando la mesa para acercarme a él—, yo te ayudo.

Gus pareció todavía más avergonzado cuando me puse de puntillas —sí, también era alto— y me acerqué para desenredarle el pequeño hilito.

—Oye —escuché que protestaba Aiden, que ya no se reía—, vista al frente si no quieres tragarte el vaso, enano.

—No amenazas a Gus Gus —protestó Lisa, dándole un manotazo.

—¡Le está mirando las tetas a mi novia!

Puse los ojos en blanco y me separé. Gus estaba tan rojo como mi pelo y evitaba mirarme a toda costa.

—No soy tu novia —aclaré, mirando a Aiden.

—Pues yo soy tu novio.

—No, eres mi pesadilla.

Esa vez fue el turno de Gus y Lisa para reírse de él, pero Aiden no pareció muy ofendido. Solo me enarcó una ceja.

—Sí que lo eres.

—No lo soy.

—¡Lo dijiste tú misma!

—¡Fue para que te dejaran en paz!

—Pero lo dijiste. Has firmado un contrato celestial y estás oficialmente con un Walker. Ya no puedes echarte atrás.

—Bueno, ese Walker podría ser Gus Gus.

Los tres lo miramos a la vez. Él abrió mucho los ojos hacia Aiden y empezó a negar con la cabeza.

—¡Yo no he dicho nada! —chilló.

Suspiré y me alejé de ellos —que empezaron a discutir— para ir a por otra copa.

La verdad es que la necesitaba. Aunque fuera de algo suave.

301

La barra estaba abarrotada y, teniendo en cuenta mi estatura, no era muy sencillo hacerme notar. El único atributo que podía hacerme destacar era mi pelo rojo, y entre la marea de gente dudaba que fuera a ser algo en lo que se fijara nadie.

Por suerte, el señor Walker apareció en ese momento para salvarme el día. Se apoyó en la barra a mi lado y le hizo un gesto al camarero. El asqueroso lo atendió enseguida y nos trajo las bebidas en tiempo récord.

—No me lo puedo creer —mascullé, ya con mi bebida en la mano—. ¡Hace diez minutos que intento que me haga caso!

—Ser alto tiene sus ventajas —bromeó él.

—Bueno, yo no soy baja —aclaré.

Él tuvo la compasión de no hacer ningún comentario al respecto.

Aproveché el momento de silencio para ver que Claire había ido a por el pobre Gus Gus y ahora lo estaban obligando a bailar con mi padre, mi madre, Grace y ella.

Él se limitaba a moverse como un muñeco de goma empujado de un lado a otro mientras Lisa y Aiden se reían de él desde la mesa de antes.

—Oye, Mara —me dijo el señor Walker, distrayéndome—, ¿podemos hablar un momento?



—Oh, oh, ¿qué he hecho ahora?

Probablemente, si no estuviera un poco borracha, eso lo habría pensado y no lo habría dicho.

Por suerte, él se lo tomó con humor.

—Nada —me aseguró—. No es sobre eso.

—¿Y sobre qué es?

—Sobre Aiden.

Uf... casi prefería hablar de que había hecho algo malo.

—No sé qué le habrá dicho —aclaré, ahora un poco nerviosa—, pero no somos...

—Mira —me cortó, también algo incómodo por la conversación—, no me gusta tener que decirte esto porque te conozco desde hace muchos años, pero... siento que tengo que hacerlo.

—¿El qué? —levanté las cejas, sorprendida.

El padre de Aiden suspiró y lo consideró un momento antes de mirarme.

—Aiden es muy impulsivo —aclaró—. Muchísimo. Creo que precisamente por eso le va tan bien en boxeo, porque se lanza a por lo que quiere sin pensarlo. Lo hace en muchos aspectos de su vida.

Eso último me lo dijo con una mirada significativa. Sí. La verdad es que conmigo también se había lanzado sin pensarlo.

—Como cuando se casó con esa chica, por ejemplo —añadió él—. ¿Cómo se llama? ¿April? En fin, la rubia. Supongo que sabes quién es.

—Sí —mascullé—, nos conocemos un poco.

—Pues eso. Que Aiden es impulsivo. Se lanza a por las cosas y no se detiene a pensar en las consecuencias de hacerlo. Cuando le dio esa paliza al hijo del jefe de policía... creo que todos pensamos que terminaría en la cárcel. Fue un milagro que no lo hiciera. Pero no creo que eso mismo suceda dos veces.

Eso también me lo dijo de forma significativa, pero el alcohol me hacía un poco más lenta, así que fruncí el ceño sin entenderlo del todo.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué no le deje pelearse fuera un ring? Eso ya lo...

302

—No, no me refiero exactamente a eso. Mira... sé que la pelea fue por ti. No digo que fuera culpa tuya, pero creo que fue por ti. Aiden... se siente muy implicado contigo.

Incluso Claire lo ha notado, y eso que ella no notaría ni a un elefante en medio de una cocina. Eso último no se lo digas o esta noche dormiré en el sofá.

Sonreí un poco, pero la sonrisa se borró cuando vi que me dedicaba una mirada bastante seria.

—Mara, te conozco desde hace muchos años. Creo que puedo llegar a saber cómo te comportas en distintos aspectos de tu vida.

—¿Qué quiere decir con todo esto, exactamente?

—No me gustaría ver a Aiden salir de esta relación... herido.

Oh, así que era eso.

Estuve a punto de soltar un no somos novios bastante brusco, pero entonces me di cuenta de que quizá se refería precisamente a eso.

—Sé que no lo harías a propósito —aclaró al verme la cara—. No estoy diciendo que crea que juegas con él o algo así. Sé que no eres de esa clase de personas. Pero...

honestamente, Mara, no debería meterme en esto, pero estoy preocupado por mi hijo.

Lo veo mucho más implicado en esta relación que a ti.

Miré de reojo a Aiden. Él seguía riéndose a carcajadas del pobre Gus. Volví a girarme hacia su padre sin saber qué cara poner.

—No creo que seas mala persona, Mara —murmuró él—. Nunca lo creería. Pero...

no le hagas daño a mi hijo. O hazle el menor daño posible. Solo te pido eso.

Sé que iba a responder, no sé cómo porque no se me ocurría nada que decir, pero sé que iba a responder... hasta que Gus apareció intentando huir de su madre y los demás. Casi se escondió detrás de mí con la excusa de hablar con nosotros para no tener que volver con ellos.

—¿Qué hacéis? ¿Habláis de algo interesante? ¿Puedo unirme? Por favor, decidme que sí.

—Sí, Gus —su padre puso los ojos en blanco—. Otra opción era decirles que no querías bailar con ellos.

—¡Es que me daba lástima romperles la ilusión!

Me quedé un rato más con ellos dos, aunque admito que no les presté mucha atención. La mayor parte del tiempo me lo pasé sentada en la barra bebiendo más vasos de los que podía contar mientras periódicamente venía alguien a pedir algo más y se detenía para hablar un rato conmigo. Mi madre hablaba de un tipo muy guapo con el que había ligado, mi padre de lo animada que estaba Grace, Grace de lo animada que estaba, el señor Walker de que era gracioso ver a Gus sufriendo en la pista de baile, Claire de que quería volver a bailar con Gus, Gus de que quería huir de ahí y Lisa de que le daba vergüenza ver a sus padres bailando.

El único que no se acercó en todo el rato fue Aiden. Le eché unas cuantas ojeadas, pero él no me las devolvió. Parecía bastante pensativo. Como yo.

Casi se me había olvidado dónde estaba cuando noté que alguien se apoyaba con el codo en la barra, justo a mi lado. Aiden no parecía nada contento cuando me miró.

—¿No has bebido demasiado?

—No, todavía me sostengo de pie.

Sonrió, pero solo un poco. Quería seguir demostrándome su descontento.

—¿De verdad quieres vomitar delante de nuestros padres?

303

—Eh... no.

—Entonces, yo creo que va siendo hora de dejar el alcohol.

—Todavía no —levanté mi vasito con una sonrisa—. Me queda medio vaso.

—Eso suena a excusa.

—Lo es.

Aiden puso una mueca cuando seguí bebiendo, pero no dijo nada. Creo que optó por ir por un terreno menos incómodo. Que resultó ser mi falda.

—Preciosa elección de ropa.

—En mi defensa diré que no sabía que te vería.

—Esa falda me trae muy buenos recuerdos.

—Ahora quiero quemarla.

—¿No vas a decirme nada de mi camisa?

Lo miré mejor. Aiden llevaba una camisa blanca que le quedaba como un guante.

El problema era que se notaba que no estaba cómodo con ella. No dejaba de subirse las mangas hasta los codos y se intentaba ajustar mejor el cuello. Sonreí disimuladamente.

—Muy sexy —le aseguré.

—Me alegro. Todo este sufrimiento ha valido la pena.

—¿Estás incómodo?

—Bastante.

—¿Quieres que te ayude a quitártela?

Aiden entrecerró los ojos, algo divertido.

—No delante de mis padres y los tuyos.

—Bueno, puedes llevarme a casa más tarde.

—¿Puedes firmarme un papel diciendo que luego no fingirás no acordarte de que has dicho eso?

No dije nada. Estaba bebiendo otra vez. Aiden señaló el vaso con la cabeza.

—¿Si estuviera vacío dejarías de beber por hoy?

—Bueno, supongo que... ¡OYE!

Antes de que pudiera reaccionar, ya me lo había quitado y se lo había terminado de un trago. Aiden puso una mueca y volvió a dejarlo en la barra, ahora vacío.

—Joder, hacía demasiado tiempo que no probaba alcohol. Qué asco.

—¡Me has robado la bebida!

—Pues sí.

—¡Deberías disculparte!

—Pues no.

—¿Quieres que le cuente a tu entrenador que te has saltado la dieta?

—Ha sido por una buena causa, lo entenderá. Sapo.

—No soy una sapo.

—Sí que lo eres. Sapo.

Estuve a punto de sacarle el dedo corazón, pero me detuve cuando me di cuenta de que la gente se estaba reuniendo junto a la televisión que estaba en el rincón del local. Grace y papá, Claire y el señor Walker, mamá y un desconocido y Lisa y Gus estaban todos mirando la televisión en parejitas. Solo faltábamos nosotros.

304

—¡Casi es año nuevo! —grité a Aiden, y me bajé del taburete a tanta velocidad que casi me caí al suelo. Menos mal que me sujetó por instinto. Me recompuse como si no hubiera pasado nada—. ¡Vamos, no me lo quiero perder!

Aiden me siguió de cerca —más que nada porque yo daba tumbos— y dejó que lo guiara al extremo opuesto del bar, perdidos entre los desconocidos, para que nuestros padres no nos vieran. No creo que a mi padre le hiciera ninguna gracia verme de la mano con él, la verdad.

Llegamos justo a tiempo para la cuenta atrás. Todo el mundo empezó a contar desde diez y yo me perdí tres veces intentando llegar al cero. De hecho, me perdí tanto que llegaron cuando yo todavía iba por el siete, pero me puse a chillar de felicidad igual porque era lo que hacía todo el mundo.

—¡Feliz año nuevo! —le grité a Aiden por encima del ruido de la gente.

Él sonrió y se inclinó para decirme lo mismo y que pudiera oírlo, pero lo sujeté del cuello de la camisa y lo besé antes de que pudiera hacerlo.

Ni siquiera yo misma sabía que tuviera tantas ganas de besarlo. Nunca había besado a nadie así, con esa necesidad. Pero me encontré a mí misma haciéndolo con él, que se quedó un poco sorprendido pero no se apartó.

Tampoco sé en qué momento empecé a sentir el acelerón que daba mi cuerpo cada vez que me besaba Aiden, pero de pronto sentí que el calor era insoportable y, antes de pensar en lo que hacía, lo sujeté de la mano y fui directa al pasillo del fondo.

—¿Qué haces? —preguntó él. Tenía la boca manchada de pintalabios y expresión perdida. Le daba un toque bastante tierno.

—¿Tú qué crees?

No lo entendió hasta que vio que abría la puerta del cuarto de baño y me asomaba para comprobar que no había nadie.

Me metí en el de chicas con él. Aiden abrió la boca para protestar, pero se calló cuando lo empujé dentro de uno de los cubículos individuales, me metí con él, cerré a mi espalda y me acerqué para besarlo de nuevo.

La cabeza me daba vueltas cuando me correspondió al beso. Ya no actuaba yo.

Era una versión mía que no había surgido de mi interior desde los quince años, cuando me emborrachaba casi todas las noches y me entraban ganas de ligar con cualquiera.

De cuando todavía no me había pasado eso.

Y, pese a que yo notaba que quería ir hasta el final, Aiden se separó de repente con el ceño fruncido.

—Estás borracha —me recordó.

—¿Y qué?

Tiré de sus hombros hacia atrás hasta que se quedó sentado en la tapa cerrada del retrete. Me senté a horcajadas sobre él antes de que pudiera moverse y me subí la falda hasta la cintura. No llevaba unas bragas muy sofisticadas, pero eran azules y algo sexys. Cuando apreté los muslos entorno a su cintura, noté que Aiden empezaba a excitarse pese a que apartó la cara cuando intenté besarlo.

Fruncí el ceño, confusa.

—¿Acabas de apartar la cara?

—Sí —sonaba algo irritado.

—Quiero besarte, Aiden.

Él abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Creo que estaba teniendo una lucha interna, especialmente cuando pegué mi pecho al suyo y froté un poco las caderas contra su regazo. El punto exacto donde sabía que tenía que frotar.

305

—No quiero aprovecharme... —empezó, pero lo detuve enseguida.

—Te lo estoy pidiendo. ¿No te apetece?

—No me apetece que nuestra primera vez sea borrachos, en fin de año, sobre un retrete de un bar cualquiera, Amara.

—Vale, pues sin hacerlo —le rodeé el cuello con los brazos y acerqué mi boca a la suya. Noté que se excitaba aún más cuando seguí moviendo las caderas contra él—

. Pero podrías ayudarme con la mano.

Aiden pareció algo sorprendido, pero al menos esta vez no se apartó cuando lo besé en la boca con ganas, casi como si lo necesitara para seguir viviendo. Le agarré el pelo con una mano y la muñeca con otra, metiendo su mano entre nosotros. En cuanto noté que pasaba un dedo por mis bragas, solté un jadeo bastante fuerte contra su boca y me incliné para facilitarle el



acceso. Aiden volvió a besarme enseguida para que no hiciera ruido. Alguien se estaba lavando las manos. Menos mal que se fue enseguida.

Él ladeó la cabeza y empezó a besarme el cuello, la mandíbula... cuando tiró ligeramente del lóbulo de mi oreja con los dientes, sentí que me recorría un pequeño espasmo que se concentraba en el punto donde sus dos dedos estaban frotando mis bragas, cada vez con más fuerza.

Pero no era suficiente. Sentí que faltaba algo. No en él, sino en mí. Era casi como un vacío, como si estuviera haciendo algo mal. Como si eso me hiciera sentir todavía peor.

Le obligué a sujetarme el cuello con fuerza con la mano, pero él la apartó enseguida. Al final, opté por algo más práctico:

—Agárrame del pelo.

Él se detuvo un momento, confuso, pero lo hizo y volvió a besarme en la boca.

—No —me separé un poco y le coloqué mejor la mano, de forma que si tiraba muy fuerte podía llegar a hacerme daño—. Más fuerte.

—¿Qué...?

—Solo hazlo.

Él tiró un poco, confuso, pero no tan fuerte como yo quería. Intenté besarlo y mover las caderas contra su mano, pero de pronto sentía una ansiedad creciente en mi interior que no conseguía calmar. Como una voz dentro de mí que me decía que eso no era suficiente. Que no me merecía caricias suaves. Me merecía...

—Dame una bofetada.

Aiden se detuvo en seco y me miró con el ceño fruncido.

—No pienso hacer eso.

—Por favor, solo hazlo.

—No —y, esa vez, sonó realmente enfadado—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Qué más te da? Solo hazlo.

Se quedó mirándome unos segundos y vi el momento exacto en que su expresión cambiaba en seco. Por primera vez, Aiden me miró como si no me conociera.

Las palabras de James vinieron a mi cabeza sin que yo pudiera evitarlo. Que estás jodida, Mara. Estás rota. Y eso es algo que se nota, quieras o no. Y él lo va a notar. Y, en cuanto lo note, se irá corriendo.

No. Sacudí la cabeza, como si lo tuviera delante, pero a quien tenía delante era a Aiden, que seguía mirándome de esa forma que me hacía sentir como si acabara de verme por primera vez tal y como era.

306

Se me llenaron los ojos de lágrimas inconscientemente.

—Por favor —murmuré, no sé si para mí misma o para él—. Solo hazlo.

Aiden estaba demasiado enfadado como para consolarme. De hecho, eso pareció cabrearlo todavía más.

—¿El qué? ¿Golpearte?

—Solo... hazlo.

Pareció que iba a decir algo muy malo, pero se contuvo a sí mismo, cerró un momento los ojos y, al abrirlos, pareció igualmente cabreado pero más bajo control.

—No. Voy a llevarte a casa. O tus padres van a hacerlo. Pero no vas a quedarte aquí.

Probablemente habría protestado en otra ocasión, pero en ese momento tenía la cabeza agachada y las ganas de llorar aumentaban a cada segundo que pasaba. Aiden me sujetó de la cintura para ponerme de pie y volvió a bajarme la falda. Nos quedamos los dos en silencio unos segundos en los que él me miró fijamente, pero yo seguí con la cabeza agachada.

—No te muevas de aquí —me dijo al final.

Se marchó antes de que pudiera decir nada y yo me agaché junto al retrete. Tenía ganas de vomitar, pero no precisamente por el alcohol. Y eso hice. Me sujeté a la taza ahora abierta con ambas manos y no pude evitarlo. No sé cuánto tiempo pasó cuando noté que alguien me sujetaba el pelo.

—Vamos, Mara —era la voz de Lisa—, te he traído un vaso de agua.

Resoplé y la acepté, tomando un sorbito tras limpiarme la boca con el papel higiénico. Me quedé sentada en el suelo del baño mientras ella tiraba de la cadena. Por su expresión, deduje que seguro que tenía un aspecto lamentable.

—¿Mejor? —me preguntó ella, agachándose delante de mí.

Asentí con la cabeza, aunque no era cierto. No estaba mejor en absoluto. Lisa sonrió un poco.

—Mis padres y los tuyos han querido irse a una discoteca a bailar —me dijo, intentando animarme para que sonriera un poco—. Aiden los ha acompañado. Creo que luego se quedarán en un hotel todos juntos.

—¿Te imaginas que hacen una orgía? —intenté bromear.

—La verdad es que prefiero no imaginarlo, qué asc... —se detuvo y miró su móvil—. Oh, ya ha vuelto. Venga, vamos a llevarte a casa.

No recuerdo mucho del trayecto. Sé que Lisa me ayudó a meterme en el coche junto a ella. El coche de Aiden. Estábamos en la parte trasera. Aiden conducía y Gus estaba en el asiento del copiloto. Me preguntó si estaba

bien. Eso fue todo lo que hablamos en ese coche, porque era obvio que Aiden seguía enfadado conmigo.

No me miró ni una sola vez. Ni siquiera cuando aparcó el coche delante de mi casa. Fue Lisa quien me ayudó a subir, a limpiarme la cara del maquillaje y a ponerme el pijama.

Ya me estaba metiendo en la cama cuando no pude evitarlo y solté lo que estaba pensando:

—Aiden me odia, ¿verdad?

Lisa puso los ojos en blanco, como si eso fuera absurdo.

—Claro que no te odia.

—Pero está enfadado.

307

—Eso sí —se detuvo un momento para taparme con las sábanas y me sonrió—.

Oh, vamos, ya lo conoces. Si mañana le dices que quieres disculparte vendrá corriendo solo para aceptar tus disculpas.

Asentí pese a que no estaba del todo de acuerdo. No quería marearla con el tema.

—Siento haberos arruinado el fin de año —murmuré.

—No nos has arruinado nada. Todos necesitamos que nos cuiden de vez en cuando. Incluso tú.

—¿Incluso yo?

—Sí, tú, querida amiga que siempre se hace la fuerte. No pasa nada si necesitas que te cuiden alguna vez. A mí me encanta cuidarte —me guiñó un ojo alegremente—

. No está mal que intercambiamos los roles de vez en cuando.

Sonreí débilmente. Estaba agotada. Lisa suspiró y se apartó al notarlo.

—Buenas noches, ya hablaremos mañana.

Creo que me despedí de ella dándole las gracias. No lo recuerdo muy bien.

Apenas cinco minutos más tarde, ya estaba dormida.

308

18

## COSAS DE LAS QUE ME ARREPENTIRÉ MAÑANA

Me dolía la cabeza. Esa fue mi primera conclusión al despertarme.

Me puse de pie a trompicones, casi cayéndome de culo al suelo, y me arrastré a mí misma hacia el pasillo. No sé cómo me las apañé para llegar al cuarto de baño, pero ahí noté que me entraba una arcada y vomitaba en el retrete. No sé qué demonios vomité, ni siquiera había comido en horas, pero bueno, al menos me sentí mejor.

Me metí en la ducha sin siquiera mirarme al espejo, aunque no me quedó más remedio que hacerlo al salir. Tenía un aspecto lamentable. Ese aspecto que tienes una noche después de salir de fiesta y pasártelo bien. Solo que en esta ocasión no había bebido por estar pasándolo bien. Ojalá no me acordara de nada. Especialmente de la parte del cuarto de baño.

Me puse una camiseta ancha, unos pantalones de algodón y unos calcetines gruesos y me tumbé en el sofá. Creo que volví a quedarme dormida mientras veía la televisión, acurrucada en la mantita. Cuando volví a abrir los ojos, era mediodía.

Espera, ¿por qué me había despertado?

Parpadeé al reconocer un sonido. Mi móvil. Mi madre me había mandado un mensaje. En realidad, tenía muchos mensajes. Uno de Grace diciendo

que habían pasado a despedirse antes de volver a casa pero que no había respondido y habían preferido seguir dejándome dormir. Otro de mi madre. Iba a estar más tiempo con su nuevo novio, el que había conocido anoche en el bar. Los otros eran de Lisa, preguntando cómo estaba. Había uno de Aiden, pero no lo miré.

Y, no sé por qué, pero no respondí a ninguno.

Volví a mirar la televisión y así me quedé todo el día. Solo me levanté dos veces para ir al baño y para beber algo. O mordisquear cualquier cosa que tuviera por la nevera. No tenía mucha hambre. El móvil me sonó, pero no me apetecía hablar con nadie, así que pasé de él y, cuando vi que volvía a hacerse de noche, me arrastré con 309

la manta hacia la cama y me tumbé sobre ella. No tenía sueño, así que me quedé varias horas sin hacer absolutamente nada. Ni siquiera sabía que pudiera hacer eso sin volverme loca. En algún momento me quedé dormida, porque cuando abrí los ojos volvía a ser por la mañana.

Y estaban aporreando mi puerta.

Oh, no. No quería hablar con nadie.

Pensé en fingir que no estaba hasta que se marcharan. Y lo hice.

Volví a darme una ducha. En realidad, me di un baño. Llené la bañera de agua caliente, me hundí en ella y me quedé ahí durante lo que pareció una eternidad, hasta que los dedos se me arrugaron, mirándome las pecas de la piel como si fuera a descubrir algo en ellas que todavía no supiera de mí misma. Me sentía como si no fuera mi cuerpo, de alguna forma. Como si lo estuviera viendo desde fuera.

Al final, hundí la cabeza en la bañera y me quedé unos segundos bajo el agua antes de decidirme a salir y ponerme el mismo atuendo que el día anterior.

Y así pasé una semana entera.

Las llamadas continuaron, pero seguía sin apetecerme hablar con nadie.

Básicamente, me alimenté del helado de vainilla que había dejado mi madre en el congelador, unas pocas piezas de fruta que tenía y unas galletitas saladas que había comprado una semana atrás con Lisa. Y agua. Todo mientras veía películas de tarde o reposiciones de series que me sabía de memoria.

No fue hasta el final de esa semana que decidí volver a mirar el móvil.

Tenía más de cuarenta llamadas perdidas y casi cien mensajes. Muchos eran de mi madre contándome lo maravilloso que era todo con su nuevo novio, otros de Lisa preocupada por mí y, la mayoría, de Aiden. Solo que él no preguntaba nada, solo me pedía que abriera la puerta.

Ah, así que era él quien había venido unas cuantas veces.

Justo cuando dejé el móvil otra vez en la mesita, escuché que alguien volvía a llamar a la puerta. Esta vez sin tanta fuerza como las otras. Dudé un momento antes de ponerme de pie. Estuve a punto de ir con la manta sobre los hombros, pero me detuve y volví al sofá para dejarla. Cuando llegué a la puerta, ya era la tercera vez que llamaban con los nudillos.

Estuve a punto de escabullirme hacia mi habitación, pero me detuve en seco al oírlo.

—Vamos —murmuró Aiden, y por el sonido supuse que había apoyado la frente en la puerta—, ábreme, por favor.

Me quedé ahí de pie, dudando durante varios segundos, antes de abrir y cerrar los puños. Me sudaban las manos.

Al final, avancé hacia la puerta y puse una mano en el picaporte. Me tomó unos pocos segundos más decidirme a abrirla.

310

Aiden se apartó de la puerta cuando notó que se movía y dio un paso atrás. No sé qué aspecto tenía yo, pero él estaba vestido como si volviera del

gimnasio. Espera,

¿ya era de noche? Ni siquiera me había dado cuenta. Seguramente, me había vuelto a dormir.

Lo único que no formaba parte de su habitual atuendo era que tenía mala cara, como si hubiera descansado mal. Y no sonreía como hacía siempre. De hecho, parecía bastante tenso cuando me miró de arriba abajo con los labios apretados.

Pensé que diría algo pero, para mi sorpresa, soltó algo en voz baja que supuse que sería una palabrota y pasó por mi lado para entrar en casa sin siquiera preguntar.

Cerré la puerta, confusa, cuando entró en el salón como un tornado.

Creo que no había sido del todo consciente de lo poco que había limpiado esos siete días hasta ese momento. Aiden se detuvo al ver el estropicio de envases de comida, mantas revueltas, vasos vacíos y armarios abiertos. Supuse que debería haber sentido vergüenza, pero me dio un poco igual.

—Joder, Amara —soltó en voz baja, y se puso a recoger cosas sin siquiera mirarme—. ¿Esto es lo que has estado haciendo? ¿No podías responder a un mensaje?

¿Aunque fuera de Lisa?

No respondí. Observé cómo recogía las cosas y las llevaba a la basura. Parecía bastante enfadado cuando volvió y recogió los vasos para llevarlos a la cocina. Cuando terminó, se detuvo en medio del salón y me miró. Creo que ya no sabía ni qué decir.

Se pasó una mano por el pelo, pensándolo, antes de suspirar.

—Necesitamos hablar —aclaró al final.

—Yo creo que no hay mucho que decir —murmuré.



Era raro hablar. No lo había hecho en siete días seguidos. Sentí que me dolía un poco la garganta al hacerlo. De hecho, mi propia voz sonó un poco rara.

Aiden, por su parte, se contuvo para no decirme nada malo, aunque estaba claro que lo pensaba. En su lugar, dio un paso hacia mí. Y otro. Se acercaba con precaución, como un cazador con su presa. Solo que, cuando se detuvo delante de mí, se limitó a mirarme con los labios apretados.

—¿Por qué no me has respondido en una semana?

Era una pregunta bastante simple, pero me limité a encogerme de hombros. No sabía qué decirle. Ni siquiera yo misma tenía una respuesta.

—No lo sé —admití.

—No puedes encerrarte en casa durante días sin respondernos a ningún mensaje, Amara. Estábamos preocupados.

Solté algo parecido a un soplido de burla, a lo que vi que la mirada de Aiden se volvía bastante irritada.

—¿Te hace gracia?

—A lo mejor.

—No es una puta broma, Amara. ¿Sabes cómo han sido estos días sin saber nada de ti? ¿Para mí o para Lisa? Está preocupadísima. Lo mínimo que puedes hacer es mandarle un mensaje diciéndole que estás bien.

Esa vez no solté un soplido de burla. Solo me quedé mirándolo unos segundos.

—¿De eso quieres hablar?

311

—No. Aunque espero que le mandes ese mensaje —hizo una pausa, suavizando un poco su expresión—. ¿Recuerdas cuando me dijiste que

estabas viendo a alguien para... ya sabes... hacer terapia?

Asentí, precavida.

—¿Cuánto hace que no vas a terapia? —preguntó con suavidad.

—No lo sé.

—Sí que lo sabes.

—Semanas... creo. No lo sé.

Sí que lo sabía.

Aiden cerró un momento los ojos, invocando paciencia, antes de mirarme de nuevo.

—Vamos a ir. Ahora mismo. Los dos juntos.

Durante unos instantes, no reaccioné. Después, solté lo que pareció, de nuevo, un soplido de burla.

—No quiero salir de aquí.

—Suerte que nadie ha pedido tu opinión.

—No quiero ir.

—Necesitas ayuda, Amara.

—¿Y la ayuda es obligarme a salir de casa?

—No, la ayuda es llevarte a ver a alguien que sabe lo que tenemos que hacer para ayudarte.

Empecé a sacudir la cabeza, pero me detuvo poniéndome una mano en la mejilla.

No sé por qué, pero me sentí rara con ese simple contacto. Como si, de nuevo, mi propio cuerpo no me perteneciera.

—Hazlo por mí —murmuró en voz baja, mirándome—. Yo te acompaño. Si quieres... no sé... puedo entrar contigo. Para que no esté sola.

Hubo algo en la forma que lo dijo que hizo que las ganas de mandarlo a la mierda se evaporaran.

—Voy a vestirme.

Aiden se apartó de mí con gesto de alivio y, menos mal, no me siguió cuando me metí en mi habitación. Me puse lo primero que encontré en tiempo récord y él me esperó. De hecho, escuché que lavaba los vasos mientras yo terminaba. Al salir, estaba apoyado con la espalda en la pared del pasillo. Parecía pensativo, pero me sonrió al verme y me ofreció una mano. Se la acepté sintiéndome un poco rara.

Ninguno de los dos dijo nada cuando nos metimos en el ascensor —solo me lo permitía porque estaba triste, en cualquier otro caso me habría obligado a ir por las escaleras—. Aiden pulsó el botón y ambos miramos al frente, cada uno más pensativo que el otro.

Al final, fui yo quien rompió el silencio.

—Pensé que estabas enfadado conmigo —murmuré.

Aiden me miró al instante. No le vi la expresión, pero por el contexto supuse que sería de confusión.

—¿Por lo del bar?

—Obviamente.

—¿Por eso no me has respondido?

Me encogí de hombros. Él suspiró.

—No estaba enfadado contigo. Estaba enfadado por la situación.

No lo entendí muy bien, pero preferí no saber más. Salimos del ascensor y Aiden me llevó a su moto, aparcada justo delante de mi edificio. Me abracé de nuevo a él, aunque de alguna forma se sentía como algo completamente nuevo. Aiden se limitó a conducir en silencio después de que le diera la dirección.

Estar en la oficina de la doctora Jenkins tras esas semanas y sin avisar era... un poco incómodo. Dediqué una corta mirada a Aiden. No parecía que fuera a ceder. Al final, simplemente suspiré y entré. La secretaria me saludó con una sonrisa, como de costumbre.

—No sabía que tuvieras cita, Mara.

—En realidad, no la tengo. Pero me gustaría hablar con la doctora Jenkins si tiene un ratito libre.

Ella se disculpó un momento y fue a la sala a hablar con ella. Aiden miraba a su alrededor con curiosidad. Apenas unos segundos más tarde, la secretaria reapareció y me dijo que podía pasar.

La doctora Jenkins volvía a llevar unos pantalones anchos, unos zapatos planos y una camisa formal junto a sus gafas grandes y su pelo perfectamente peinado. Pensé que se enfadaría conmigo nada más verme, pero se limitó a sonreír como si se alegrara de verme.

—Mara —murmuró, respetando como siempre que no quisiera darle la mano o algo así—, me alegra mucho que hayas vuelto.

—En realidad, yo...

—¿Tía Katherine?

Las dos nos giramos hacia Aiden a la vez. Él se había quedado de pie en la entrada de la sala y miraba a la doctora Jenkins con una mueca de incredulidad. Me giré hacia ella, que abrió mucho los ojos.

—¡Aiden! —exclamó, sorprendida, y se acercó con una gran sonrisa para abrazarlo—. Dios mío, hacía años que no te veía. Mírate, ¡cómo has crecido!

—Sí, desde los doce años he crecido un poco —bromeó él, divertido.

—Espera —la doctora Jenkins se giró hacia mí—, ¿este es el famoso Aiden?

—Espera —Aiden se giró hacia mí—, ¿esta es la famosa doctora?

—Eh... —no estaba muy segura de a cuál de los dos respondía— ...sí.

Ambos parecieron encantados. Y yo no pude remediar mi curiosidad.

—Entonces... ¿es tu tía?

—Bueno, técnicamente no lo es.

—Estuve con el hermano pequeño de su padre —me dijo ella, quitándose las gafas. Parecía mucho más joven cuando lo hacía—. La cosa era un poco... en fin. No funcionábamos muy bien como pareja. Dejamos de vernos al cabo de unos pocos años, pero tenía tanta confianza con los demás que los seguí visitando de vez en cuando.

—Y nos daba regalos —añadió Aiden, que al parecer se acordaba muy bien de esa parte.

—Y luego, al cabo de unos años, me reencontré con mi otro amor de instituto —

ella levantó el dedo anular y me enseñó su anillo— y nos casamos. Elliot Jenkins. Un encanto. Creo que tengo una foto por aquí.

Ambos nos quedamos mirando una foto en la que dos treintañeros, un tipo rubio y alto, muy guapo —casi parecía de los Targaryen— pasaba el brazo por encima del hombro de la doctora Jenkins. Ella parecía mucho más jovial en esa foto de lo que parecía en la consulta. Incluso llevaba una camiseta con pequeños pingüinos en ella.

—Oh, esta es Madison, su hermana —me dijo, encogiéndose de hombros, cuando vi que tenía otra foto con una chica casi idéntica a su marido—. Son un encanto.

—No sabía que habías vuelto a casarte —comentó Aiden.

—Eso hice. ¿Cómo está tu tío David?

—Bien. Papá habla con él a menudo. A veces se pasa por casa y cena con nosotros. Y con mi tía, también. Cuando están los dos, papá se pone de los nervios. Es divertido.

—Me alegra oír eso —la doctora Jenkins sonrió con aire melancólico antes de volver a centrarse en mí—. Bueno, supongo que no habéis venido a descubrir cosas de mi vida privada.

—Aiden me ha obligado a venir —recaqué.

—¿Y quieres que hablemos un poco?

Asentí con la cabeza, dubitativa. Ambas miramos a Aiden a la vez. Él levantó las manos en señal de rendición.

—Lo pillo. Esperaré fuera, leyendo alguna revista de cotilleos. Pasadlo bien.

La doctora Jenkins le dedicó una sonrisa antes de ocupar el sitio de siempre. Yo hice lo mismo. Me encontraba un poco incómoda. Ahora que no tenía nada con qué distraerme, volvía a sentirme tan vacía como antes. Cerré los ojos antes de girarme hacia la ventana con tal de no mirarla.

—Empecemos por lo básico —me dijo ella amablemente—, ¿cómo estás, Mara?

—Bien —murmuré.

Ya sabía reconocer sus silencios. Ese era uno de los de no te creo, pero no diré nada.

—No quiero que te sientas incómoda, pero ambas sabemos que tengo que preguntarlo... ¿te has estado tomando las pastillas que te di?

Negué con la cabeza. Otra vez ese silencio.

—¿Has seguido teniendo pesadillas?

—Unas pocas.

—¿Y ataques de pánico?

—No.

—¿No? —pareció sorprendida.

—¿Eso es malo?

—Al contrario, Mara. Es muy bueno.

No supe qué decirle. Yo no me sentía tan bien como para calificarlo de muy bueno.

—¿Por qué no te has tomado las pastillas? —preguntó, mirándome con una pequeña sonrisa comprensiva, cosa que me hizo sospechar que ya sabía la respuesta pero quería que yo la dijera.

—No me he acordado —mentí.

Silencio. Esa vez, no pude soportarlo y por fin dije la verdad.

—He estado bebiendo alcohol. No quería mezclarlo.

—¿Y elegiste el alcohol por encima de las pastillas?

—Sí...

—¿Por qué el alcohol?

Cerré los ojos un momento. Con los ojos cerrados, siempre era más fácil decir la verdad. Sentía que no me juzgaba tanto a mí misma.

314

—Me hace sentir bien —admití en voz baja.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Durante un rato. Un rato muy corto. Así que... sigo bebiendo. Para aumentar ese rato.

—En el instituto también bebías mucho —observó.

—En el instituto, bebía todo el día —abrí por fin los ojos, sacudiendo la cabeza, casi como si me diera lástima a mí misma—. Llegó un punto en el que no me acordaba de lo que era estar sobria.

—¿Y qué te impulsaba a beber tanto?

—Que me sentía bien. Durante un rato. Un rato muy cort...

Me corté a mí misma al darme cuenta de que estaba repitiendo lo de antes. Ella esbozó una sonrisa algo triste.

—¿Por qué dejaste de beber cuando ibas al instituto?

—Me daba terror la perspectiva de... no sé... de volver a perder el control de la forma en que lo había hecho esa noche. Y me di cuenta... de que la satisfacción era...

no era nada... comparada con la decepción que sentía cuando me daba cuenta de que había vuelto a beber.

Hubo un momento de silencio, pero no era uno de los silencios que había visto antes en la doctora Jenkins. De hecho, ella se limitó a mirarme como si realmente quisiera ayudarme. No estaba muy acostumbrada a esa mirada.



—Mara —preguntó al final, mirándome—, ¿por qué has venido hoy?

Bajé la vista a mis manos y empecé a jugar con un hilo suelto de mi jersey. Me había puesto el peor de mi armario. No sabía por qué, de repente, eso me parecía tan importante. Quizá solo quería ganar tiempo antes de responder.

—La noche de fin de año... hice algo... malo —admití al final.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—Sí. No... no lo sé. Sí —cerré un momento los ojos—. Me emborraché. Mucho. Y

me sentía... no sé cómo me sentía. Llevé a Aiden a un baño y lo besé. Y quería que...

que me hiciera daño.

Había esperado una mueca de horror o decepción, al menos, pero ella se limitó a observarme detenidamente, sin siquiera parecer un poco sorprendida.

—¿Se lo pediste? —preguntó con suavidad.

Asentí. Por algún motivo, tenía ganas de llorar.

—Le pedí que me agarrara el cuello, que me tirara del pelo... y... y que me diera una...

No quise decirlo. Ella asintió en silencio.

—¿Por qué le pediste eso, Mara?

—No lo sé. Yo... creí que a él le gustaría.

—¿A él?

—O a mí —murmuré—. No lo sé. Sentí que era... lo que quería. O lo que necesitaba.

—¿Para qué crees que lo necesitabas?

Para mi sorpresa, ni siquiera tuve que pensarlo.

—Sentí que me lo merecía.

315

La doctora Jenkins seguía observándome sin parecer nada sorprendida, lo que me hizo sentir un poco más segura. De hecho, hacía un buen rato que ni siquiera apuntaba nada. Solo me miraba y me escuchaba.

—¿Crees que hay alguna razón que te llevara a pensar eso?

Asentí, conteniéndome para no poner una mueca. Tenía un nudo en la garganta que no me dejaba respirar tan bien como querría. Y no era un ataque. Eran ganas de llorar. Pero me las estaba aguantando.

—Yo... fui a ver a James.

Eso sí pareció sorprenderla un poco, por fin. Me observó con las cejas arqueadas.

—Estaba en el hospital —seguí yo—. Me enteré de que, por su culpa, habían echado a Aiden de la liga de boxeo profesional. Me... me enfadé. No se imagina cuánto.

Y necesitaba decírselo. Pero... no lo intimidé mucho. Se burló de mí. Me dijo... que yo me había buscado lo que pasó esa noche. Que en el fondo me había gustado.

—¿Y qué piensas tú, Mara? —preguntó ella con suma suavidad.

—Él dijo que...

—Sé lo que dijo, pero me gustaría saber qué piensas tú.

Lo consideré un momento. Las ganas de llorar aumentaron.

—No lo sé —admití con un hilo de voz.

—Hemos hablado muchas veces de esa noche —me dijo ella, todavía con voz suave—. Muchísimas. Cada vez que me lo has contado, tenías una idea muy clara de lo que había pasado. ¿Qué ha cambiado?

—Que él... me dijo... yo no recuerdo... —cerré los ojos con fuerza, humillada—.

No... no recuerdo haberme... mojado...

—La lubricación es una reacción involuntaria de nuestro cuerpo, Mara. No significa que te gustara.

—P-pero... yo... —respiré hondo—, creo... creo que me... que me corrí.

Ella asintió.

—Eso también es una reacción involuntaria.

—No lo es. Correrse implica disfrutar. A lo mejor... no sé... a lo mejor...

—La estimulación prolongada provoca un orgasmo, sí. El placer físico no va siempre ligado con el bienestar mental, Mara.

No parecí muy convencida, y ella lo notó, porque siguió hablando:

—Piensa en las risas. Siempre las asociamos a algo bueno, a algo positivo. Nos reímos cuando somos felices, ¿no? Cuando nos cuentan algo gracioso, por ejemplo.

Pero... ¿qué pasa cuando nos hacen cosquillas? Nos reímos, sí, pero de forma involuntaria. Y, aunque la risa sea algo asociado al placer, en ese momento lo que sentimos no es placer. Es deseo de que las cosquillas paren, ¿no es así?

Asentí lentamente. Ella siguió.

—El orgasmo, la lubricación... es lo mismo. Lo asociamos a algo bueno porque...

afortunadamente, en muchos casos lo es. Pero es involuntario. No podemos obligar a nuestro cuerpo a contenerlo. Y, aunque tengamos un orgasmo, no significa que hayamos disfrutado de la experiencia sexual.

No fui capaz de decir nada. Seguía mirándome las manos. No me di cuenta de que estaba llorando hasta que vi que ella me tendía un paquete de pañuelos sin decir absolutamente nada. Agarré un pañuelo, algo avergonzada, y me limpié las lágrimas.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó tras dejarme unos segundos de margen.

316

—Como una completa idiota.

—¿Por qué?

Me tomé unos instantes para responder. Y, cuando lo hice, sentí que era lo más sincero que había dicho en mucho tiempo.

—Porque... cada vez le veo menos sentido a todo esto.

La doctora Jenkins me miró, desconcertada.

—¿A la terapia?

—No. No a esto. A todo. A... absolutamente todo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad —noté que la tristeza se iba y la sustituía una rabia que ni siquiera sabía que tuviera dentro—. He estado años luchando para olvidarme de esa maldita noche, para convencerme a mí misma de que no fue culpa mía... y llega ese...

ese... gilipollas... me dice cinco frases... y vuelvo al punto de partida. Solo con eso. ¿De qué coño han servido estos años? He perdido el tiempo.

—Yo no creo que hayas perdido el tiempo —observó ella—. Has avanzado mucho en estos meses.

—¿Y se puede saber en qué maldita parte he avanzado? Cada vez me da más asco mirarme al espejo, ponerme ropa ajustada o tener cualquier tipo de reacción emocional en público. Cada vez que doy un paso hacia delante, yo misma me empujo cinco pasos atrás. No le veo el sentido a... a nada. Siempre será igual, ¿no? Siempre creeré que lo he superado, pero de repente llegará alguien... me dirá algo malo... y volveré al punto de partida.

Sentí que ella me volvía a dar unos segundos de margen antes de decir nada.

Pero, cuando sentí que iba a hacerlo, me giré bruscamente hacia ella.

—¿Puedes hacerme un favor? —pregunté.

La doctora Jenkins asintió, observándome. Yo respiré hondo.

—¿Puedes... puedes hablarme como si fuera tu hija, y no tu paciente? ¿Cómo si fuera alguien a quien quieres mucho?

La doctora Jenkins suavizó su expresión al instante y, para mi sorpresa, dejó la libreta y las gafas a un lado para ponerse de pie y sentarse junto a mis piernas. Colocó las manos sobre sus rodillas y meditó un momento antes de girarse hacia mí.

—Siento que estás tan centrada en la parte negativa que no eres capaz de ver la positiva —concluyó.

Su tono había cambiado. Ahora, no estaba con la máscara profesional. Ahora, simplemente me hablaba como alguien que quería hacerme ver algo.

—¿Qué parte positiva? —pregunté, confusa.

—Cuando te conocí, Mara, eras incapaz de tolerar que alguien te tocara. Estás superando esa barrera poco a poco, pero la estás superando. ¿No es así?

Pensé en Aiden, en el abrazo que le había dado a Lisa, en que había aceptado la mano del ruso y asentí.

—¿Cuántas veces te ha tocado Aiden, por ejemplo, aunque fuera solo un roce?

—preguntó con una pequeña sonrisa—. Estoy segura de que no puedes siquiera contarlas.

—Aiden terminará dejándome —murmuré.

—¿Por qué crees eso?

317

—Porque me conozco. Y sé... sé que tengo enfados muy repentinos cuando paso por situaciones así. Y en esos enfados puedo soltar cosas muy hirientes solo porque quiero que los demás se sientan igual de mal que yo.

Ella hizo una pausa y ladeó la cabeza.

—Has desviado el tema del contacto —comentó.

—No —respondí a su pregunta de antes—, no soy capaz de contar las veces que Aiden me ha tocado.

—¿Y te resulta desagradable pensar en que ahora entre y te pase un brazo por encima de los hombros?

Negué con la cabeza.

—¿Y qué es lo que te gusta de esa perspectiva?

Me miré las manos, de nuevo con ganas de llorar. Estaba apretando el pañuelo usado con fuerza, buscando una distracción. Fue inútil. Sabía la

respuesta.

—No me toca como si le diera miedo que me vaya corriendo. Me... me trata bien.

Como trataría a alguien que no ha pasado por lo mismo que yo. Me hace sentir... como si realmente no hubiera nada malo en mí. Me hace sentir bien.

—¿Él es violento cuando te hace sentir así de bien?

—No —murmuré.

—¿Es suave?

Asentí.

—Me gusta cuando es suave —admití.

—¿Y por qué antes me has dicho que necesitabas que fuera violento contigo?

Apreté los labios cuando noté que las ganas de llorar se disparaban. Y ni siquiera supe muy bien el por qué. Me encogí de hombros, intentando calmarme.

—¿Realmente quieres que te hable como si fueras mi hija? —preguntó ella con suavidad.

Asentí sin mirarla. Ella suspiró.

—Creo que intentas buscar un objetivo fijo a la vida, Mara. Pero la vida no consiste en eso. Siempre habrá muchos objetivos. Y muchos fracasos. Y muchas victorias. Pero no puedes vivir pensando constantemente en superar algo, porque entonces nunca lo superarás. No puedes dejar que tu vida entera gire entorno a un objetivo, por importante que parezca.

No dije nada. No sabía qué decirle.

—Creo que eres una buena chica, Mara —añadió tras unos instantes, mirándome—. Creo que eres una buena chica a la que le hicieron algo muy malo. Y

también creo que podrías superarlo si quisieras. Creo que, de hecho, hace mucho que superaste ese obstáculo y solo te queda dar un pequeño paso, pero tu miedo a dar ese paso porque, de alguna forma, si te olvidaras de él, perderías tu objetivo y te sentirías perdida.

De nuevo, me quedé callada, observándome las manos, aunque realmente no veía nada. Solo podía escuchar cada una de sus palabras, absorberlas, de alguna forma.

—No está mal sentirse perdida —añadió, y me dio la impresión de que estaba sonriendo—. Los sentimientos malos existen, eso es un hecho. No podemos pasarnos la vida ignorándolos. Son desagradables, sí, pero también necesarios. Podemos aprender mucho de ellos. Y en la vida tenemos que experimentar todo, ya sea bueno

o malo. No tengas miedo a sentirte perdida, Mara. Solo cuando estás perdida puedes encontrarte.

Durante un segundo, no reaccioné. Entonces, solté una risa inesperada y levanté la cabeza para mirarla.

—¿De dónde has sacado la última frase? ¿De una taza con inscripciones inspiradoras?

—Se me acaba de ocurrir —admitió, divertida.

—Es buena.

—¿A que sí?

—Sí. Creo que incluso me ha hecho sentir mejor.

—A lo mejor debería abrir una tienda de tazas con inscripciones inspiradoras.



Empecé a reírme. Creo. Era una mezcla de risas y lágrimas. No sabía ni cómo me sentía. Ella suspiró y me miró.

—Está en tus manos decidir si quieres que una mala experiencia marque tu forma de ser por el resto de tu vida —añadió—. Los demás podemos ayudarte, pero al final eres tú misma quien tiene que dar ese paso.

—¿Y qué hago? ¿Busco distracciones?

—Al contrario. Podrías tratar de escribir sobre cómo te sientes. Escribir es muy terapéutico. Y me dijiste que te gustaba escribir, ¿no?

Admito que eso me dejó pensativa.

Unos diez minutos más tarde, cuando abrí la puerta de la consulta, vi que Aiden estaba frunciéndole el ceño a un niño que estaba sentado en una de las otras sillas, enseñándole sus golosinas y comiéndoselas delante de él para que le tuviera envidia.

Aiden le puso mala cara y se cruzó de brazos, enfurruñado.

Sin embargo, cuando me detuve a su lado, levantó la cabeza de golpe y pareció centrarse de nuevo.

—¿Qué tal? —preguntó, dubitativo.

—Mejor —le aseguré—. Ya podemos irnos. ¿O quieres robarle las golosinas a ese niño?

Él lo consideró un momento. La madre del niño, que hojeaba una revista, ni siquiera se dio cuenta cuando él nos sacó el dedo corazón disimuladamente y siguió comiendo.

—¿Crees que me meterían en la cárcel si le robo la bolsa de golosinas a un niño y me voy corriendo? —preguntó Aiden.

—Prefiero que no te arriesgues.

—Lástima. Pues vámonos.

Aiden recogió su abrigo y me pasó el mío, que me puse con aire un poco agotado.

Siempre que hablaba de mis sentimientos con alguien me sentía como si hubiera corrido una maratón. Era agotador. Aiden me sonrió y me pasó un brazo por la cintura mientras bajábamos por el ascensor —de nuevo, solo me perdonaba que no usara las escaleras porque estaba triste—.

—¿Estás mejor? —preguntó al final.

—Sí —murmuré sin estar muy segura—. Gracias por traerme.

—Me alegra haberlo hecho. Te ves más animada.

—Entonces, ¿ya ha llegado el momento de que te enfades conmigo por haberos ignorado durante días porque ya no estoy triste y no te doy lástima?

319

—Yo no he dicho que me dieras lástima —me frunció el ceño—. No me das lástima. Me da lástima cualquier pobre idiota que se cruce en tu camino cuando estés de mal humor.

Sonreí un poco cuando salimos del edificio y nos detuvimos junto a su moto. Me puse el casco mientras él me esperaba pacientemente sentado en la moto. En otra ocasión, se habría metido conmigo por tardar tanto. Entendí que en ese momento no dijera nada porque no quería hacerme sentir mal, pero hubiera preferido que lo hiciera, aunque suene raro.

—¿Vamos a mi casa? —pregunté, subiéndome detrás de él.

—¿Quieres ir a tu casa?

—No sé, hace frío.

—¿En serio? ¿Pudiste tú sola contra dos rusos con mal humor y no puedes contra un poco de frío? Me has decepcionado, Amara.

—Muy bien, capullo engreído, ¿tienes algún plan?

—Ah, cómo he echado de menos esa palabrita. Capullo.

—¡Pero no ignores la pregunta!

—¿Tienes hambre?

—No.

—Genial. ¿Qué comemos?

—¡Te he dicho que no!

—Pero yo sí tengo hambre, egoísta.

—¿Y qué te apetece comer, reina del drama?

Él sonrió con aire enigmático antes de bajarse la visera del casco y arrancar la moto. La verdad es que no miré demasiado a mi alrededor. Estaba más centrada en pegarme a Aiden en busca de un poco de calor, porque me estaba congelando.

También te pegas porque te gusta, no ocultes información.

—¿Dónde vamos? —pregunté, asomándome por encima de su hombro.

—A por algo de cenar.

—No llevo la cartera.

—Suerte que uno de los dos es un poco responsable.

—No te pellizco porque estás conduciendo y no quiero que nos matemos.

—Genial, a partir de ahora solo te diré estas cosas cuando conduzca, así no me haces cosas malas.

Sonreí un poco, pero la sonrisa pasó a una mueca de confusión cuando vi dónde estaba aparcando la moto. Él se subió la visera y vi que estaba sonriendo ampliamente.

—¿En serio? —pregunté con una mueca—. ¿La cafetería donde trabajo?

—Oye, yo nunca he probado hamburguesas mejores que las de tu amigo Johnny.

Además, igual nos hacen descuento por amistad.

Bajé de la moto, divertida, y lo seguí al interior del local. Yo no empezaba a trabajar hasta la semana que viene, así que era raro ver a la tropa de camareros desconocidos. Bueno, casi todos. Alan, el que había empezado hacía apenas unos meses y que siempre se paseaba con cara de amargura por el reciente divorcio de su mujer, espantando los clientes, estaba ahí peleándose con una máquina de café.

—Hogar dulce hogar —murmuró Aiden, divertido.

320

Nos acercamos a la barra y Alan, que estaba tan ocupado golpeando la máquina de café, ni siquiera se dio cuenta. Carraspeé unas cuantas veces, pero se limitó a ignorarnos. Miré a Aiden con una mueca.

—Oh, qué bonita caja registradora —dijo Aiden muy alto y muy claro—. Qué ganas tengo de llevarme tooodo ese dinero ahora que absolutamente ningún camarero se ha fijado en nosotros.

Alan volvió a golpear la máquina, ignorándonos.

—¡ALAN! —chillé.

Él dio tal respingo que casi le salió una taza de café volando y se giró hacia nosotros con aire ofendido, como si hubiéramos interrumpido un ritual sagrado.

—¿Qué? —preguntó, muy digno.

—Hola a ti también —ironizó Aiden.

—Hola —Alan se acercó con su expresión sombría. Era como si una nube oscura siempre estuviera planeando sobre él—. ¿Ya te toca trabajar, Mara?

—La semana que viene —le recordé.

—¿Y qué haces aquí?

—Queremos comida —aclaró Aiden—. Nos han dicho que aquí tenéis. Sé que es una locura porque esto es una cafetería, pero nos hemos arriesgado y hemos venido a comprobar si es verdad.

Alan, que no era muy bueno captando ironías, se quedó mirándolo durante un minuto entero sin parpadear hasta que suspiró lastimeramente y sacó una libreta con una lentitud asombrosa.

—Ah, sí, comida —murmuró, como si fuera algo muy lejano—. A mi mujer le gustaba la comida.

—Es algo que suele gustarle a los seres humanos —Aiden asintió.

Yo intentaba no sonreír, por cierto.

—Yo solía cocinar —Alan suspiró por enésima vez—. Y a ella le gustaba. Lo que más le gustaba era...

—Alan —lo interrumpí, porque lo conocía demasiado bien como para no saber que esa conversación duraría media hora como no lo cortara—, queremos dos hamburguesas completas. ¿Puedes decírselo a Johnny?

—Y dos refrescos cualquiera —añadió Aiden—. Medianos. Para llevar.

—¿Para llevar? —pregunté cuando Alan se marchó con su nube deprimente siguiéndolo.

—¿Quieres comerlo aquí? Tendremos a Johnny espiándonos desde la cocina y a Alan contándonos que a su mujer le gustaba respirar.

Sonreí cuando vi que Alan volvía con una bolsa y la dejaba sobre el mostrador con una lentitud, de nuevo, algo exasperante. Johnny se había

asomado por la puerta de la cocina y agitó la mano para saludarnos. Oh, ya echaba de menos trabajar con él.

Me alegraba el día.

—Dos hamburguesas completas y dos refrescos medianos —Alan suspiró de nuevo y nos miró—. Johnny dice que son gratis porque, cito textualmente, sois muy sexys los dos.

Aiden quiso pagarlo de todas formas y yo transporté la bolsita de vuelta a la moto. Sin embargo, cuando la dejé ahí y miré a Aiden para que se subiera, vi que se había quedado quieto con una sonrisa que no insinuaba nada bueno.

—¿Qué? —pregunté, confusa.

—¿Y si conduces tú?

321

Abrí mucho los ojos y, justo cuando fui a protestar, él me interrumpió.

—Oh, vamos. No le digas nada a nadie. Solo es ilegal si nos pillan. Y sé que te apetece.

—¿Te das cuenta de que me estás llevando por el camino del mal?

—Ya estabas en él cuando nos conocimos, no finjas.

Sonreí y me subí a la moto. Él se apresuró a pasarme el casco y decirme las cosas que tenía que hacer. Mi primer inconveniente fue que apenas tocaba al suelo de puntillas —cosa de la que se burló, claro—, pero al menos conseguí estabilizarme cuando se subió detrás de mí y él si tocó el suelo.

—Vale, Marita —sonrió ampliamente, asomándose por encima de mi hombro y colocando las manos sobre las mías en el manillar—. A la izquierda están el embrague, las luces y el cláxon, por si quieres ir pitando a la gente por la vida.

—¿Qué acabas de pulsar? —pregunté, alarmada.

—Las luces, relájate —pareció divertido cuando presionó un poco mi mano derecha—. En este lado preocúpate solo del acelerador y el freno delantero. Esa palanquita que tienes en el pie izquierdo es para cambiar la marcha. La primera es hacia abajo, las otras son hacia arriba.

—No pasaremos de la primera —le aseguré al instante.

—Esa palanca junto a tu pie derecho es el freno trasero —añadió—.  
¿Alguna duda?

—Muchas. Demasiadas.

—Perfecto. Pon la moto en neutro con ese pie tan sexy.

—No te tomaba por alguien que tuviera un fetiche con los pies.

—Nunca lo he intentado, pero no me cierro puertas.

Moví la palanquita, algo dubitativa. Él sonrió y se inclinó para darle a un botoncito. Di un respingo cuando el motor empezó a rugir.

—¿Lista? —preguntó, empezando a soltarme las manos.

—Creo que vamos a morir.

—Creo que lo que más adoro de ti es esa positividad tan maravillosa.

—¡Aiden!

—Aprieta el embrague y pon la primera marcha, a ver si nos matamos o vivimos otro día. Tengo curiosidad por comprobarlo.

Sonreí e hice lo que me decía. Noté que me rodeaba con los brazos y mis nervios empezaron a aumentar, aunque ya no estaba tan segura de que fueran completamente por la moto.

—Ahora suelta el embrague poco a poco —añadió él.

Hice lo que decía. La moto empezó a moverse muy lentamente hacia delante. Abrí mucho los ojos.

—¡Esta mierda se mueve!

—Sí, Marita, ese es el punto.

—¡Deja de llamarme Marita!

—Muy bien, y tú dale un poco al acelerador. Lentamente. O rápidamente.

Depende de lo intensa que te sientas.

Giré un poco la muñeca y, al instante en que noté que la moto se impulsaba hacia delante, frené de golpe, aterrada. Aiden tuvo que sujetarse para no lanzarse sobre mí.

322

—Vale —dijo él, asintiendo—. Veo que controlas la parte de frenar. Ahora podemos intentar la de acelerar otra vez.

—He cambiado de opinión, no quiero conducir.

—Que te calles y conduzcas.

—¿No puedes ser un poco más suave?

—No. Voy a acelerar y soltaré la moto. Haz lo que te parezca.

—¿Eh...? ¡NO, PARA!

Casi me dio un infarto cuando adelantó la mano al manillar y giró el acelerador sin ningún tipo de miedo. Me lancé sobre el manillar al instante y me hice con el control de la moto, aterrada, hasta que logré que dejara de dar vueltecitas estúpidas. Y...

Espera...



¡Estaba conduciendo!

Es decir, iba a diez por hora... ¡pero estaba conduciendo!

—¡No hemos muerto! —chillé.

—Qué ilusión —lo escuché murmurar—. Ahora, intenta acel...  
whoooooaaaaa.

Puede que me motivara un poco acelerando.

Aceleré un poco más y giré por una calle poco transitada, una cuesta hacia arriba. En cuanto llegamos a la cima, moví la palanca y puse la segunda marcha, acelerando más. Noté que Aiden se pegaba a mí.

—Oye, no hace falta que vayas tan rápido —me recordó—. Es decir, si te da miedo, no hace falta, ¿eh? No te sientas obligada.

—Tenías razón, tengo que enfrentarme a mis miedos.

—¿Y todos tus miedos implican poner en peligro nuestras...? ¡OYE, ESTO VA MUY RÁPIDO!

Acababa de meter la tercera marcha. Giré la muñeca y noté que se pegaba a mí como una garrapata cuando hice una curva sin siquiera preocuparme de frenar mucho.

Juro que en esa curva sentí el alma de Aiden abandonar su cuerpo por unos segundos.

—¿Puedo intentar poner la cuarta marcha? —grité por encima del ruido del viento.

—¡NI SE TE OCURRA!

—¿HAS DICHO QUE SÍ?

Noté que sus ganas de vivir empezaban a decrecer, así que reduje la velocidad de la moto y él por fin respiró de nuevo.

—Eso no ha tenido gracia —masculló, resentido.

—Un poco sí, admítelo.

Reduje por completo la velocidad al darme cuenta de que habíamos llegado a la cima de la colina. Había un pequeño mirador desierto con una valla de madera rodeando la zona peligrosa. Aiden se encargó de aparcar la moto y, cinco minutos más tarde, estábamos los dos sentados en la valla comiendo las hamburguesas.

La verdad es que tenía hambre y agradecía que hubiera insistido en comprarlas, pero nunca lo admitiría.

—¿Qué tal en el gimnasio? —pregunté, curiosa.

Para mi sorpresa, esbozó una sonrisita divertida.

—¿A que no adivinas quien ha pedido a mi entrenador que le dé clases de boxeo?

323

Dudé visiblemente, así que Aiden siguió hablando.

—Nuestro querido Holtito.

—¿Holt? ¿Haciendo boxeo? ¿Estás seguro?

Si lo más violento que había hecho en su vida había sido configurar un ordenador.

—Segurísimo —me dijo, divertido—. De hecho, me pidió que te dijera que había seguido tu consejo y le estaba dejando espacio a mi hermana. Supongo que ahora está muy concentrado en practicar boxeo.

—Madre mía —sacudí la cabeza—. Ten cuidado, Aiden. Holtito va a ser quien te baje de tu trono de boxeador campeón.

—¿Crees que soy un boxeador campeón? —levantó y bajó las cejas.

—Pues claro. Soy tu manager por algo.

Vi que su expresión cambiaba un poco y eso captó mi atención al instante.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Bueno... hay algo que quería decirte, pero no sé si es el mejor momento. A lo mejor no...

—Aiden, lo que más me gusta de ti es tu sinceridad, no lo estropees.

—Vale —sonrió—. Esta semana tendré tres combates a una ciudad que está a unas horas de aquí. Pensé que, como todavía no tienes trabajo... podrías venir.

Conmigo.

Inesperadamente, la perspectiva me hizo mucha ilusión. Debió reflejarse en mi cara, porque vi su expresión de alivio al instante.

—¿Eso es un sí?

—¡Claro que sí! —me arrastré en la valla para quedar sentada a su lado—. Hace mucho que no te veo golpearte con alguien. Ya lo echo de menos.

—Qué romántica eres siempre.

—Además, necesitas a alguien que te diga tooodo lo que haces mal. Y ahí estaré yo para cumplir esa función.

—Mientras estés ahí, me conformo.

—Oh, acabas de darme permiso para decirte lo que quiera.

—Creo que mañana me arrepentiré de haberte dicho eso.

—Yo creo que no.

—Yo creo que sí.

Sonreí malévolamente y lo miré por encima del hombro.

—Dime algo de lo que no te arrepentirás mañana.

—Te quiero.

Mi sonrisa se ensanchó cuando choqué mi hombro con el suyo.

—Hablo en serio, Aiden.

—Y yo también —él no sonreía.

—No digas eso —yo cada vez sonreía menos.

—Pero es verdad.

—No... no sé si deberías quererme, Aiden.

—Pero lo hago. Te quiero.

Inconscientemente, volví a girarme hacia la ciudad. La diversión se había evaporado cuando cerré los ojos.

—Entonces, me apiado de ti.

324

19

EL CACTUS Y EL OSO DE PELUCHE

Miré la maleta de nuevo. A ver, ¿me dejaba algo?

Los condones.

No necesitaba de eso.

Si tú lo dices...

Me puse los mechones de pelo que me molestan tras las orejas y volví a repasar la maleta con la mirada. A ver, solo era una semana, pero no quería dejarme nada.

Zapatillas, pijama, camisetas, jerséis, calcetines, bragas, bolsa de aseo, cargador del móvil, cartera... sí, lo tenía todo. Perfecto.

Estaba nerviosa, sí. Para qué engañarnos.

Justo cuando estaba sentada sobre mi maleta intentando cerrarla, escuché que llamaban al timbre. Solté una bocanada de aire por el esfuerzo de pelear contra la cremallera y bajé de la maleta para ir a abrir.

Lisa llevaba puesto un gorrito de lana rosa y traía dos cafés en la mano. Sonrió ampliamente al verme.

—Vaya, una completa desconocida —bromeó.

—Vale, sí, no te he llamado desde año nuevo, pero...

—Mira, estoy enfadada contigo. Pero te lo perdono porque sé que tienes chismes que contarme y los chismes son más importantes que los enfados.

Sonreí, divertida, cuando pasó por mi lado dándome uno de los cafés y fue directa al sofá, donde se dejó caer y se quitó el abrigo y el gorrito. En cuanto me senté en el sillón, me entrecerró los ojos, esperando.

—No tengo tantos chismes —aclaré.

325

—Vaya, mi enfado está volviendo.

—Bueno... eh... —intenté pensar a toda velocidad—, ¿sabes que Holt está en el gimnasio de Aiden? Quiere ser boxeador.

Vale, igual sacar el tema de Holt no era una gran idea.

Pero, para mi sorpresa, Lisa no pareció muy afectada. Solo un poco incómoda.

Se acomodó un poco en el sofá jugueteó con la tapa del café.

—¿En serio? —murmuró, fingiendo que le daba igual—. ¿Y qué tal le va?

—No lo sé, la verdad. Aiden me dijo que está intentando convencer a Rob de que sea su entrenador, aunque Rob no quiere.

—No me imagino a Holt peleando con alguien.

—Ni yo, pero si eso le gusta...

Lisa lo pensó un momento.

—El otro día... hablé con él —murmuró, todavía jugueteando con la tapa del café—. Me dijo que había venido a echarle la bronca y tú le habías dicho que me dejara espacio.

Me sorprendió un poco que se lo hubiera contado. Lisa me sonrió un poco.

—Hemos aclarado las cosas —añadió—. Fue un poco triste y dramático, se puso a llorar y todo eso... pero al menos lo entiende. Metió todas mis cosas en una caja, me la trajo a la residencia y no hemos vuelto a hablar desde entonces.

La miré mejor. Lisa parecía un poco triste, pero la conocía. No era por perder su relación con Holt, sino porque sabía que probablemente él tardaría mucho en poder retomar el contacto con ella sin que le doliera.

—Pero no pasa nada —añadió, forzando una sonrisa—. Supongo que es lo mejor,

¿no? En fin... mejor... mejor cambiamos de tema. Hablemos de ti. ¿Te vas a ir de viaje con mi hermano!

—Sí —esbocé una pequeña sonrisa—. Ahora soy una manager. No sé cómo he terminado metida en este lío.

—Bueno, me alegra que pudierais solucionar las cosas después de lo de año nuevo —me dijo, ahora con una gran sonrisa—. La verdad es que nos tenías muy preocupados. Que no respondas los mensajes de Aiden es normal porque es un pesado, pero... ¿ignorararme a mí? ¿A tu gran amiga Lisa?

—Vale, lo siento. Debería haber contestado. ¿Mejor?

326

—Mejor —confirmó, y su semblante se volvió un poco serio—. ¿Quieres hablar de ello?

Durante un breve momento, estuve a punto de decir que sí. Lo había hablado con la doctora Jenkins. Era bueno que me abriera con la gente que me quería. Pero...

no. No en ese momento. Necesitaba irme de buen humor.

—Otro día —dije, finalmente.

—Como quieras —Lisa no me presionó, nunca lo hacía.

Y, entonces, vi que se quedaba muy quieta cuando su móvil, que había dejado sobre el sofá, empezó a vibrar. Le dio la vuelta a tal velocidad para que no le viera la pantalla que no pude evitar que mi interés se disparara.

—¿Qué haces? —pregunté, entrecerrando los ojos.

—¿Yo? Nada.

—¿Nada?

—Nada.

—Ya.

Oh, no, ¿acababa de usar el ya del capullo?

El móvil volvió a sonar. Lisa se puso casi tan roja como mi pelo. Esa vez, no pude evitarlo y me acerqué a ella con una sonrisita malvada.

—¿De quién son esos mensajes y por qué no puedo leerlos?

—¿E-eh...? ¡De nadie!

—¿Estabas mirando porno? No pasa nada, no te juzgo.

—¡Que no!

—¿Entonces...?

—¡Es... el dentista! Me ha dicho que tengo hora para mañana.

—Ya.

—¡Deja de decirme ya, pareces Aiden!

Y, justo cuando dijo eso, giró el móvil sin querer y volvió a llegarle un mensaje.

Esta vez lo vimos las dos simultáneamente. Yo abrí mucho los ojos y ella enrojeció el triple.

Russell: Si hoy quieres volver a quedarte a dormir, por mí no hay problema ;) Pasaron unos segundos en los que ninguna dijo nada. Lisa se apresuró a volver a girar la pantalla, totalmente roja, y empezó a preocuparme que le explotara la cara o algo así.

—¿Estás saliendo con Russell? —pregunté, pasmada.

—¡No... no estoy saliendo con nadie!

—¿Y qué...?

—No hemos hecho nada —aclaró por fin—. Solo... ya sabes... nos estamos conociendo.



—¿Por eso Russell apenas me ha hablado estas dos semanas?

—Bueno... le daba miedo que se le escapara algo delante de ti —admitió, avergonzada—. Además, tú intimidas. Echas esa mirada de manager profesional y haces que cualquiera escupa la verdad. ¡Y no queríamos decir nada hasta que fuera oficial! Ni siquiera nos hemos besado.

La verdad es que no sé por qué me sorprendió tanto. Quizá porque estaba demasiado acostumbrada a visualizar a Lisa con Holt. Aunque... bueno, ya había pasado un mes y medio desde que no estaban juntos. Y bastante más desde que seguían juntos pero, en el fondo, ya no lo estaban. Podía entender que se interesara por otra persona.

327

—¿Russell? —repetí, pasmada.

—¿Es que no hacemos buena pareja? —medio bromeó.

—No, si él es... es genial, pero... no sé. No me lo esperaba.

—Empezamos a hablar después de esa cena en la que estuvimos con Aiden y April y tú viniste con él —confesó—. Y... bueno... no quería lanzarme a hacer nada hasta que estuviera sola. Así que dejé las cosas con Holt, me he dado un tiempo... y ahora hablo con él. Pero de verdad que no ha pasado nada. Solo dormí una vez en su residencia con él, pero solo charlamos. Aunque suene a mentira.

—Te creo —le aseguré, porque de verdad lo hacía. Lisa no era la clase de persona que mentiría sobre eso—. ¿Holt... no lo sabe?

—Claro que no. Ya te lo he dicho, queríamos esperar... no sé... a ver si las cosas funcionan o no. ¿No se lo dirás, no?

—No —le aseguré al instante, sentándome de nuevo con la mirada perdida—.

Siempre consigues sorprenderme.

—Bueno, yo no soy la que se está zumbando al hermano de la otra.

—¡Lisa!

Ella soltó una risita malvada.

Estuve con Lisa hasta que empezó a hacerse tarde. Tenía que estar en el gimnasio antes de las tres y ya eran las dos y media. Me despedí de ella a la puerta de mi casa y cada una se fue por un lado para subirse a dos autobuses distintos. El mío me dejó en la tenebrosa calle del gimnasio de Aiden, aunque la verdad es que de día no daba tanto miedo.

En cuanto entré, el chico borde de la entrada que siempre masticaba chicle como si intentara hacer el máximo ruido posible, me asintió con la cabeza y señaló la puerta, que crucé con una pequeña sensación de nervios.

A esas horas, muchos boxeadores estaban todavía en el gimnasio. Las primeras veces que había visitado a Aiden sí había notado que me miraban de reojo, pero ahora ya simplemente me ignoraban. Así que yo fui directa a por mi capullo favorito, que estaba junto al ring.

Seguía sin olvidar lo que me había dicho en la colina. Te quiero. Nadie me había dicho que me quería nunca. Sentía que mi reacción había sido horrible, pero... tampoco se me ocurría otra forma de reaccionar. Por suerte, Aiden se limitó a decirme que era una exagerada y a cambiar de tema. No volvimos a hablarlo.

En esos momentos, él estaba apoyado con los codos en la cuerda más baja del ring mientras miraba a dos boxeadores que había dentro practicando. No iba vestido para boxear y vi su maleta junto a uno de los bancos. Vale, llegaba a tiempo, menos mal.

Cuando me detuve a su lado, sonreí disimuladamente y le coloqué un dedo en la parte baja de la espalda para ascender por su columna vertebral. En cuanto llegué a su nuca, él ya estaba sonriendo ampliamente.

—Ya empezaba a pensar que te había espantado y no vendrías —comentó cuando dejé la maleta en el suelo y me apoyé en el ring a su lado.

Bueno, yo no me podía apoyar en la cuerda baja porque era muy bajita, así que apoyé los codos en el suelo del ring. Él intentó no reírse al verlo. Sabía decisión, porque se habría llevado un codazo.

328

—Admito que he estado a punto de irme corriendo —bromeé—. La perspectiva de pasar una semana entera contigo es un poco aterradora.

—Me encanta que mi manager me dé tanto apoyo incondicional.

—Oh, cierto, soy tu empleada. ¿Sabes lo que quiere decir eso?

—¿Qué quiere decir? —me preguntó, curioso, mirándome.

—Que no podemos hacer cosas sucias. Ahora eres mi jefe.

Él empezó a reírse, divertido.

—Podría despedirte.

—¿Me estás amenazando?

—Si me das a elegir, prefiero hacer cosas sucias que tener manager.

—Qué pervertido eres.

—Y me lo dice la que ha sacado el tema.

Los dos nos dimos la vuelta hacia el ring de nuevo cuando uno de los chicos golpeó al otro y lo mandó al suelo. Y fue en ese momento en que me di cuenta.

—¿Ése es Holt? —pregunté, pasmada, señalando al que seguía de pie.

Holt, en efecto, acababa de darle un puñetazo al pobre chico que lo había mandado a dar una vuelta por el país. Dio un respingo y se agachó a su lado, pinchándolo en un brazo para ver si reaccionaba, aterrado.

—E-eh... sigues vivo, ¿no?

—¡Pues claro que sigue vivo! —le gritó Rob, que estaba al otro lado del ring poniendo los ojos en blanco.

El chico del suelo sacudió la cabeza, como intentando devolver el cerebro a su lugar. Holt ahogó un gritito al ver que tenía la mandíbula roja.

—¡Lo siento mucho, no quería...!

—¡DEJA DE DISCULPARTE CON TUS ADVERSARIOS POR GOLPEARLES!

Contuve una risa cuando vi que Holt enrojecía y se ponía de pie otra vez. El otro chico también se puso de pie, pero tuvo que sentarse un rato para recuperarse del golpe que le habían dado. Mientras lo hacían, Holt empezó a dar saltitos para mantener el calor corporal, pero se detuvo al darse la vuelta y verme.

—¡Mara! —exclamó felizmente, acercándose.

Tuve que darle un codazo a Aiden para que no se riera cuando Holt intentó acercarse tan rápido que resbaló y se cayó de bruces al suelo.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando por fin se acercó.

—¿Eh? Ah, sí, sí. Eso no es nada —me aseguró, haciendo un gesto de restarle importancia—. ¿Qué tal? ¿Os vais a los combates esos de los rusos tenebrosos?

—Es un buen resumen, Holtito —Aiden asintió.

Pareció que iba a decir algo más, pero Rob soltó un grito de furia al ver que no estaba peleando y él le echó una mirada nerviosa.

—Bueno, tengo que seguir, un placer haberos visto —se ajustó lo de la cabeza torpemente—. Buena suerte con los combates y todo eso, espero q...

—¡HOLT!

Holt tuvo que irse corriendo, el pobre.

En cuanto nos dejó solos, Aiden suspiró y se apartó del ring para mirarme con la sonrisita de perverso de siempre.

—Bueno, así que un viaje juntitos —levantó y bajó las cejas—. ¿Será esta nuestra luna de miel?

329

—¿Será esta la razón por la que acabe en la cárcel por asesinato?

—¿Alguna vez te he dicho que te quiero?

—Desgraciadamente —bromeé, enrojeciendo un poco.

—Debería decírtelo más veces.

Enrojecí todavía más, lo que me cabreó mucho y a él pareció hacerle mucha gracia, porque se inclinó y me puso una mano en la nuca para acercarme un poco más.

Maldita sea, ¿por qué me ponía tan nerviosa?

—Al parecer, nos quedaremos en un hotel de cinco estrellas para los tres combates —dijo, algo divertido—. Creo que tiene spa y todo. Podemos meternos desnuditos.

—O podría meterme yo solita y estar tranquilita.

—Si te gustara lo tranquilito no habrías aceptado venir conmigo.

No dije nada porque tenía razón, y antes me mordería la lengua que admitir que él tenía la razón.

Siempre testaruda nunca intestaruda.

—Rob no quería que durmiéramos en la misma habitación —añadió, divertido.

Eso me dejó un poco descolocada, aunque me despistó un poco cuando empezó a enrollarse un mechón de mi pelo rojo en el dedo distraídamente.

—¿Por qué no?

—¿Quieres la explicación bonita o la explicación guarra?

—Sabes que quiero la explicación guarra.

—Pues básicamente no quiere que me corra antes de ninguno de los combates.

Vale, igual prefería la bonita. Debió verme la cara de espanto, porque empezó a reírse a carcajadas.

—Le he dicho que nos pusiera en la misma habitación, que no haríamos cositas malas.

—Cositas malas —repetí, aguantándome la risa.

—Pero, oye, yo soy el que no puede hacer nada. A ti puedo hacerte muchas cosas.

Seguro que se me ocurre alguna interesante.

—Eso puede interpretarse como que quieres meterme mano o como que quieres matarme mientras duermo.

—No voy a matarte, menudo desperdicio.

—Ooooh, qué gran consuelo.

Aiden sonrió y se inclinó para besarme. Apenas pude disfrutarlo porque, en ese momento, aparecieron los dos ayudantes de Rob. Mark y Samuel nos dijeron que el coche estaba esperando fuera y que nos esperaba un bonito viaje de seis horas, pero que eso era más rápido que todo el rollo de ir al aeropuerto y subirnos a un avión.

Al final, el coche resultó ser uno de esos de siete asientos. El conductor que habían contratado fue bastante simpático cuando nos ayudó a meter todo en el maletero. Aiden casi se partió la espalda cuando intentó subir mi maleta. Parecía que llevaba piedras dentro.

Al final, nos quedamos los dos en los dos asientos traseros, Samuel y Mark en el centro y el conductor y Rob —que llegó el último— delante de todo. Nada más empezar el viaje, se pusieron a hablar entre todos de movimientos y cosas aburridas de boxeo que, aunque intenté seguir, la verdad es que simplemente no podía hacerlo. Así que me dediqué a mirar por la ventana.

330

No sé cuándo pasó, pero de pronto Rob, Samuel y Mark empezaron a chillar entre ellos sobre no sé qué movimiento, dejando a Aiden al margen. Cuando lo miré, él fingió que se disparaba a sí mismo con los dedos y empecé a reírme.

Casi al instante en que volví a girarme hacia la ventana, noté que él apoyaba la cabeza sobre mi hombro y suspiraba. Sonreí disimuladamente al mirarlo.

—¿Ya te han aburrido?

—Sí —puso una mueca.

—Todavía no hemos llegado.

—Lo sé, es preocupante.

Sin pensar en lo que hacía, moví el brazo para pasárselo por encima de los hombros y empecé a acariciarle la mata de pelo castaño con los dedos. Aiden no dijo nada, se limitó a cerrar los ojos y a acomodarse mejor.

De hecho, me encontré a mí misma haciéndolo durante un buen rato. Y sin cansarme. Fue tanto rato, mientras yo miraba por la ventana, que no me di cuenta de que Aiden se había quedado dormido y los demás por fin se habían callado un poco.

Yo también debí quedarme dormida en algún momento del trayecto, porque cuando abrí los ojos ya estábamos en la ciudad en cuestión. Aiden seguía durmiendo plácidamente, así que seguí acariciándole la nuca, el cuello y los hombros mientras miraba distraídamente los edificios pasando por mi lado.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —me preguntó Mark desde el asiento de delante de mí.

—La verdad es que no. ¿Y vosotros? ¿Algún combate?

—Hace dos años —asintió—. También fueron tres combates en el mismo ring, así que nos quedamos en un hotel, pero mucho menos lujoso. Aiden era menos conocido.

—¿Y ganó las tres peleas?

—Solo una —me dijo Samuel, a su lado—. Pero hay que decir que le tocó pelear con verdaderos profesionales, así que estuvo bien.

—¿Estuvo bien... que perdiera? —pregunté, confusa.

—A veces, no se trata de ganar o perder —me explicó Mark—. Se trata de ver cómo encajas los golpes.

—Y si los patrocinadores ven que puedes aguantarle cinco rounds a un profesional, saben apreciarlo —añadió Samuel.

—Sí, todos saben que no vas a ganar, eso es obvio. Lo que quieren ver es cómo te mueves para apostar por ti cuando hayas entrenado más.

Madre mía, iba a morir sin entender el boxeo. Y yo pensando que se trataba solo de dar golpecitos.

El coche redujo la velocidad y se detuvo delante de un lujoso hotel gigante que me dejó durante un momento con la boca abierta. Samuel y Mark se bajaron del coche, entusiasmados, mientras Rob iba mandando un mensaje con el ceño fruncido.



Mientras ellos recogían las maletas y se las daban al botones, me giré hacia Aiden, que seguía dormido, y le sacudí un poco el hombro.

—Oye, bella durmiente —le dije, divertida—. Hora de despertar de la siesta.

—Mhm... —él se acomodó un poco más.

—Como no te despiertes te pellizco.

—Dependiendo del contexto, puede que incluso me ponga cachondo.

331

—¡Aiden!

—Vaaaaaale —se separó y se frotó los ojos—. Estaba teniendo un sueño precioso.

Tú salías en él.

—¿Y precioso para ti es sinónimo de sexual?

—Pues claro que no, pervertida.

Sonreí y bajé del coche. Él no tardó en seguirme, estirándose perezosamente. Los demás ya estaban en el lujoso vestíbulo del hotel. Era de esos que parecían un maldito museo de arte moderno, por el que solo pasaba gente trajeada o mujeres con tacones altos. Aunque pronto me di cuenta de que esos solo eran un grupo reducido, y cada uno de ellos acompañaba a un tipo con ropa más cómoda. Seguramente eran los representantes de los boxeadores.

Y luego estaba yo, con zapatillas y vaqueros. Madre mía.

Aiden me pasó un brazo por el hombro y me apretujó finalmente.

—¿Te gustan todas estas cosas estúpidas de ricos?

—Si te soy sincera, están bien para un rato, pero eso es todo.

—Otra cosa que tenemos en común, ¿ves como deberíamos casarnos y tener cacatúas?

—¿Cacatúas?

—Sí, me gustan las cacatúas.

Sacudí la cabeza, divertida, mientras nos metíamos todos en un ascensor bastante amplio. La chica que estaba en la zona de los botones nos dedicó una elegante sonrisa y pulsó el correspondiente. Nuestro pasillo era, básicamente, el de suites. Al parecer ahí se alojaban todos los boxeadores, porque nos cruzamos con unos cuantos que Aiden saludó con la cabeza, sin hablar demasiado con ellos.

—¿Los conoces a todos? —pregunté en voz baja, curiosa.

—A algunos, el boxeo no es un mundo tan grande. Terminas conociendo a casi todos.

El tipo que transportaba nuestras maletas en un carrito se detuvo delante de una de las primeras puertas del pasillo derecho y pasó la tarjeta para entrar y dejar las correspondientes maletas, que eran las de Samuel y Mark — parecían encantados—

. La siguiente fue la de Rob —no pareció tan encantado porque le estresaba no encontrar el emoji del guante de boxeo y le fruncía el ceño al móvil—. La última fue la nuestra. El señor me dedicó una sonrisa al darme la tarjeta, porque Aiden ya había entrado felizmente con las maletas.

La suite era mucho más grande de lo que esperaba. La sala a la que acababa de entrar era un salón con tres sofás y una mesita en el centro que formaban una u hacia una televisión bastante grande que tenía una cristalera a la terraza a cada lado.

También había una zona para sentarse y comer y otra para la cocina, pero eran más pequeñas. La puerta del fondo conducía a una habitación de

paredes color crema y suelo blanco con una cama de matrimonio pegada a una de las paredes, sus correspondientes mesitas auxiliares, dos sillones y una mesa redonda entre ellos. El cuarto de baño estaba justo al lado, pero estaba tan entusiasmada mirando lo demás que ni me asomé.

—Wow, esto es demasiado —murmuré, sentándome en la cama. Las sábanas eran muy suaves—. ¿Las habitaciones de los demás también son así?

332

—Las de todos los boxeadores —Aiden asintió y se dejó caer perezosamente sobre la cama, estirando los brazos—. ¿Te gusta?

—¿A quién no podría gustarle? —yo también me tumbé con la cabeza sobre su estómago y puse una mueca—. Oye, deja de entrenar. Si estás así de duro no es cómodo tumbarse encima de ti.

—O yo soy muy pervertido o eso iba con segundas intenciones.

—Tú eres muy pervertido —me incorporé de nuevo y me estiré para alcanzar el papelito de servicios. Mientras lo estaba mirando, Aiden se asomó sobre mi hombro y empezó a leerlo—. ¿Tienes hambre?

—En la última página habrán puesto un menú para boxeadores.

Efectivamente, ahí estaba. Todo era muy sano, pero la verdad es que tenía buena pinta. Miré el precio con una mueca.

—Tenemos los gastos pagados —me recordó felizmente—. Es que tengo una manager muy buena que pensó en todo, ¿sabes? Debería subirle el sueldo.

Sonreí disimuladamente cuando me dejó sola para ir a buscar las maletas a la otra sala y me estiré de nuevo, esta vez para alcanzar el teléfono.

La cena llegó en tiempo récord y el camarero nos dejó todo encima de la mesa con una sonrisa amable. Creo que Aiden le dio propina, pero yo no me enteré porque estaba en la habitación poniéndome el pijama. En cuanto

volví, él estaba revisando los canales de la televisión con el ceño fruncido. Tenía el plato en el regazo y estaba tumbado en uno de los sofás. Puse los brazos en jarras al instante.

—Vas a ensuciarlo todo.

Él me miró con la boca llena y el ceño fruncido.

—No lo haré si no me cae nada.

—¿Y si te cae?

—Es comida, no me va a caer. Con eso sí que tengo cuidado.

—Si manchas algo, me enfadaré.

—Madre mía, sí que te estás tomando en serio lo de ser mi manager.

Al final, me rendí al enemigo y me llené el plato antes de ir al otro sofá y cubrirme con una gruesa manta, aunque la verdad es que no hacía falta, con la calefacción ya se estaba muy bien.

—A ver —Aiden siguió pasando las películas a tanta velocidad que casi no podía ni leer los títulos—. No están las de Harry Potter. Esto es indignante.

—Qué pena —canturreé felizmente.

—Cierra el pico, muggle.

—Ciérramelo tú.

—Nah, me gusta más cuando dices cosas crueles.

Hizo una pausa al ver la siguiente película.

—¿Una de terror?

—¿Después voy a tener que abrazarte por la noche para que no llores? —lo irrité un poco.

—Oye, que no me gusten las películas de terror es comprensible. Están hechas para perturbados.

—Pues a mí me gustan.

—¿Lo ves? Perturbados.

Casi le salió el plato volando cuando le lancé un cojín.

333

—¿Y esa? —preguntó, señalando la pantalla.

—Tres meses —leí y puse una mueca—. Tiene pinta de ser romántica.

—¿Por qué lo dices como si fuera malo?

—Odio las películas románticas.

—Pues te jodes y la ves. A ver si así aprendes un poco y empiezas a decirme cosas bonitas.

—Ya te gustaría.

Puso la película de todas formas y yo me encontré a mí misma enganchándome un poco más de lo que me gustaría admitir. Incluso cuando terminé el plato y lo dejé en la mesa, me encogí en mi lugar con la mantita rodeándome mientras veía cómo la relación de los protagonistas avanzaba.

Aiden también la miró, pero no tan metido como yo. Simplemente se reía con los chistes y ponía muecas en los momentos tristes, pero poco más.

Pero hubo algo que le sorprendió.

No. Le asombró.

Cuando empezaron a pasar los créditos finales, Aiden se incorporó para apagar la televisión y se giró hacia mí con una gran sonrisa, probablemente

para preguntarme si me había gustado. Se quedó de piedra cuando vio que estaba lloriqueando.

—¿Estás... llorando? —hizo un verdadero esfuerzo para no reírse.

—¡No! —me enfadé al instante, frotándome furiosamente las pocas lágrimas que se me habían escapado.

—¡Estás llorando! —me señaló, entusiasmado—. ¡No me lo puedo creer, nunca habías llorado por una película!

—¡No estoy llorando!

—Mírate, eres adorable.

—¡YO NO SOY ADORABLE!

Aiden se acercó e hizo un ademán de besarme, encantado, por lo que se ganó un cojinazo furioso en la cara.

—¡Retira eso de que soy adorable! —exigí, ofendida.

—Oh, pero lo eres. Mírate. Llorando por una película. Eres adorable.

—Deja de llamarme así o morirás.

—Eres adorable.

—¡Ni se te oc...!

—Eres. A. Do. Ra. Ble.

En cuanto hice un ademán de pellizcarle el brazo, furiosa, me esquivó por instinto y se dejó caer encima del sofá, junto a mí. Intenté apartarme para dejar claro que seguía irritada, pero mantuvo sus brazos a mi alrededor con una gran sonrisa.

Esto es como ver un osito de peluche abrazando un cactus.

¡Yo no era un cactus!

—No vuelvas a llamarme adorable —advertí, dejando por fin de forcejear—. Es peor que un insulto.

—Pero tienes que admitir que tienes tus momentos románticos.

—Jamás.

—Podrías tener un detalle romántico conmigo —insinuó, subiendo y bajando las cejas—. Podrías dedicarme una lista de música o algo así. No estaría mal.

—Sigue soñando, que es gratis.

334

—Bueno, tenía que intentarlo. ¿Nos vamos a echar un polvo?

Lo preguntó tan de repente que yo me ahogué con mi propia saliva y empecé a toser como una loca. Él empezó a reírse y se incorporó, ofreciéndome una mano.

—Era broma, no podemos echar un polvo. Mañana tengo combate. Pero podemos ir a dormir.

—Casi me he muerto por tu culpa.

—Mala hierba nunca muere.

—¿Me estás llamando mala hierba?

—No. Eres más bien un cactus.

¡Y dale con el maldito cactus!

—Siempre estás en medio de la nada —siguió, pensándolo—. No necesitas a otros para sobrevivir. Como alguien se acerque mucho a ti, le das un pinchazo... sí, eres un cactus.

—¿Y se supone que eso es romántico?

—Cuando te digo cosas románticas de verdad, pones los ojos en blanco o haces como si fueras a vomitar.

Vale, eso era verdad.

Acepté su mano y me puse de pie. Pero casi al instante Aiden se agachó y me rodeó con un brazo por debajo del culo, empezando a transportarme como si nada. Me sujeté de sus hombros, divertida.

—Puedo ir andando —le aseguré.

—Lo sé, es por darle encanto.

No tuvo tanto encanto cuando me dejó caer bruscamente sobre la cama y reboté sobre el colchón. Lo miré, indignada. Él se estaba riendo.

—¿A que ha venido eso, capullo?

—Es mi venganza por no decirme cosas románticas.

—¡Ven aquí ahora mismo!

—Encantado de hacerlo.

—¡No de forma pervertida!

—Tarde.

Intenté mantener la compostura cuando se quedó encima de mí, apoyado en los codos, pero al final no pude resistirme y estiré el cuello para besarlos en los labios. Él correspondió al instante, empujándome hacia atrás y dejándome pegada al colchón.

Aiden se acomodó mejor sobre mí y movió una mano hacia mi pierna para que le rodeara la cintura con ella. La dejó en mi rodilla y se mantuvo sobre un codo para no apoyarse demasiado sobre mí, pero la verdad es que su pecho y el mío estaban pegados con fuerza y para mí no había ninguna



molestia. De hecho, le sujeté la cara con las manos e intensifiqué el beso con ganas, abriendo la boca bajo la suya. Noté que apretaba los dedos en mi rodilla al instante, pegándose más a mi cuerpo.

—Oye —se separó un poco, ahora menos divertido y más alterado—, no sé si deberíamos seguir con esto.

—Solo es un besito inocente.

—Contigo nunca son besitos inocentes.

Sonreí como un angelito y le rodeé el cuello con los brazos lentamente. Él empezó a perder fuerza de voluntad. Lo vi al instante en que su sonrisa empezó a aparecer.

—No puedo hacer nada —me recordó.

335

—Bueno, pero podemos seguir besándonos un poquito...

—Si empezamos a besarnos de la forma en que me besabas hace un momento, los dos sabemos que no se quedará solo en besitos. Además, solo han pasado dos minutos y ya la tengo dura.

Enarqué una ceja, intentando no reírme.

—Y luego hablas de que yo soy directa.

—Oye, es verdad —protestó—. Mañana voy a subir al ring con dolor de huevos.

—¡Aiden! —empecé a reírme a carcajadas.

Él se quedó mirándome un momento, perplejo. Era la primera vez que me oía reírme a carcajadas.

—La primera vez que consigo que te rías de esa forma... y es hablando de dolor de huevos. No hay quien te entienda.

El problema era que... cuando me reía tanto... me salían pequeños oincs sin querer.

En cuanto solté el primero, dejó de parecer perplejo y abrió mucho los ojos, conteniéndose para no reír. Yo enrojecí de pies a cabeza.

—Finge que no has oído eso —advertí.

—¿Esa es tu risa? —de verdad que intentaba no reírse, pero estaba a punto de hacerlo—. ¿Cómo... los cerditos?

—¡Ni se te ocurra reírte de mí!

—Dios mío, esto es maravilloso.

—¡No te rías!

—Tenemos que hablar de dolor de huevos más a menudo. Necesito volver a escuchar esos soniditos.

Me giré, muy indignada y avergonzada, para tumbarme dándole la espalda. Él no pareció muy afectado. De hecho, se puso de pie para cambiarse de ropa y luego se metió en la cama conmigo, apagando la luz justo antes.

Noté que se acercaba a mí por detrás y hacía un ademán de pasarme un brazo por encima, pero se detuvo al instante en que recordó que la última vez le había pedido que no lo hiciera.

—Gírate, puedes tumbarte sobre mí aunque no sea blandito —murmuró, colocándose mejor.

Pero no. Le sujeté la muñeca y lo acerqué a mí, de forma que pegué su pecho a mi espalda. Aiden se quedó muy quieto al instante.

—¿E-estás...?

—Como me preguntes si estoy bien, me aparto.

Se calló al instante, el listillo. Esbocé una sonrisita y me coloqué mejor, pasando un brazo por encima del suyo. Noté que Aiden se inclinaba y apoyaba la mejilla en mi hombro. Y no necesitamos decir nada más.

Aiden no había entrenado mucho, solo por la mañana, y por la noche ya tenía el combate. Fue la primera vez que estuve con él en los vestuarios. Básicamente, yo estaba el triple de nerviosa que Aiden, especialmente cuando el ruso parlanchín que nos dio el contrato se pasó para saludarnos.

—Seguro que el asqueroso ha apostado por ti —mascullé cuando se marchó, haciendo que Aiden empezara a reírse.

Rob siguió dándole todas las instrucciones mientras Samuel iba a buscar los guantes y Mark le ponía las vendas en las manos. Honestamente, Aiden no parecía 336

muy nervioso, ni tampoco muy centrado. De hecho, parecía estar pensando en sus cosas tranquilamente.

—Un minuto —anunció uno de los organizadores, asomándose.

Aiden se puso de pie y Samuel se apresuró a pasarle los guantes negros. Yo ya estaba de los nervios cuando salimos todos de los vestuarios y nos quedamos esperando junto a una gran puerta cerrada. Al otro lado, podía escucharse el ruido de la gente hablando a todo volumen y el presentador dando la bienvenida a los espectadores.

—¿Estás nervioso? —le pregunté a Aiden en voz baja.

Él me miró de reojo y esbozó media sonrisa.

—¿Crees que debería estarlo?

—Yo lo estoy.

—Tranquila, Marita, sé defenderme.

Abrieron las puertas tan de golpe que apenas tuve tiempo para reaccionar antes de verme empujada hacia delante junto a Samuel y Mark. Aiden y Rob

iban justo delante de nosotros. Casi me dio un infarto cuando vi que la gente no tenía una valla o algún tipo de seguridad, simplemente se acercaban a él y le gritaban cosas —buenas, pero gritaban igual— demasiado cerca. Aiden se limitaba a sonreír y saludarlos, pero poco más. Y eso les parecía suficiente.

—¿Aquí no hay presentación con nombres guays? —pregunté, confusa, a Mark y Samuel—. Rollo... no sé... Anita Dinamita.

—¿Anita Dinamita? —Samuel empezó a reírse a carcajadas.

—Eso no se hace en los combates profesionales —aclaró Mark—. A no ser que el boxeador quiera, claro.

Los seguí a ambos alrededor de un cuadrilátero un poco más grande que el del gimnasio, con las cuerdas plateadas y el suelo de color azul. El otro boxeador ya estaba en su esquina y no pude evitar mirarlo fijamente mientras nosotros tres nos sentábamos en la primera fila, junto a la esquina de Aiden, que acababa de subirse al ring con Rob.

—¿Quién es? —pregunté, señalando al otro.

—No sé cómo se llama, pero todo el mundo lo llama Lemaire. Es su apellido, creo.

—¿Francés? —entrecerré los ojos hacia él—. Mi madre es francesa, puedo insultarle el su idioma para bajarle los ánimos.

—Dudo que Aiden lo necesite —me aseguró Samuel.

Aiden estaba hablando con Rob, que le puso el protector en la boca. Justo después, Samuel se puso de pie y se apresuró a ir con ellos para colocarse junto a Aiden y ponerle algo por la cara. Fruncí el ceño.

—Samuel es el cutman —me explicó Mark al verme la cara—. Se encarga de las heridas. La vaselina es para que la piel sea más elástica y menos propensa a los cortes.

Si le dieran un golpe y empezara a sangrar en exceso, Samuel tendría que intentar detenerlo.

—¿Sangrar... en exceso? —pregunté con una mueca de horror.

—Bueno, sí. Esto es boxeo, no My little pony.

—Muy gracioso.

337

Samuel y Rob estuvieron hablando con él unos instantes antes de que sonara la campana y Aiden se pusiera de pie y fuera al centro del ring junto con el otro boxeador.

No se miraron mucho entre ellos mientras les hablaba el árbitro, y al final cada uno volvió a su rincón. El francés daba saltitos y golpeaba al aire furiosamente mientras Aiden lo juzgaba un poco con la mirada, tan tranquilo.

De hecho, estaba tan tranquilo que se giró hacia nosotros y nos saludó felizmente, pero tuvo que volver a girarse cuando Rob empezó a ponerse rojo.

Y entonces tin, tin, empezó el combate. Ambos avanzaron hacia el centro del ring en dos zancadas y de colocaron en posición defensiva. Esa vez sí se miraron fijamente.

El francés empezó lanzando puñetazos flojos hacia delante, como para probarlo, mientras Aiden se dedicaba simplemente a esquivarlos echándose hacia atrás. Sin embargo, esta vez ya no parecía tan tranquilo como antes. Ahora estaba centrado. Se movían de un lado a otro del ring probándose, lanzándose jabs de esos y viendo cómo reaccionaba el otro.

El único momento de tensión del primer asalto fue cuando el francés empezó a lanzar golpes y Aiden tuvo que retroceder hasta la esquina. Admito que contuve la respiración cuando lo acorraló, pero entonces Aiden

se agachó y pasó por debajo de su brazo justo cuando iba a darle un gancho. En cuanto volvió al centro del ring, se terminó el asalto.

Las dos siguientes rondas también fueron relativamente tranquilas para mis nervios. Hubo unas cuantas veces en las que consiguieron darse el uno al otro, pero nada grave. En una ocasión el francés se pegó mucho a Aiden y el árbitro tuvo que separarlos. En otra, Aiden empezó a lanzarle golpes al otro, obligándolo a retroceder, pero cuando consiguió acorralarlo terminó el round. Y cada vez que volvía a su esquina nos saludaba tranquilamente, como si estuviera dando un paseo por el campo y no peleándose con otro tío.

Fue en el cuarto asalto en el que empecé a preocuparme. Abrí mucho los ojos cuando, de pronto, el francés lanzó un potente golpe y Aiden tuvo que retroceder tan bruscamente que no pudo esquivar el siguiente, que le giró la cara de forma brutal.

—Mierda —masculló Mark a mi lado, apretando los labios.

Abrí mucho los ojos cuando vi que Aiden se cubría la cara con las manos y los brazos pero el maldito francés no dejaba de lanzarle golpes furiosos. Empezaron a dolerme incluso a mí y me encontré a mí misma apretando los dedos en la silla. Por favor, que se separara ya, por fav...

Suspiré de alivio cuando sonó la campanita anunciando el final de la ronda, pero todo el alivio desapareció cuando vi que Aiden bajaba los brazos. Tenía una herida abierta en la ceja y le sangraba. Le sangraba mucho.

Samuel y Rob salieron disparados hacia él y le colocaron el taburete, en el que Aiden se sentó y echó la cabeza hacia atrás. No le veía la cara, pero tenía los músculos de la espalda tan tensos que casi podía percibir su dolor. Puse una mueca cuando Samuel le dijo algo y empezó a intentar detener el sangrado.

—Si no lo para, hemos perdido —murmuró Mark con una mueca.

Esa mueca aumentó cuando vio que yo me ponía de pie.

—¡Mara, oye! ¿Dónde...?

Lo ignoré completamente y me acerqué a Aiden, ganándome unas cuantas miradas extrañadas, especialmente del ruso parlanchín, que estaba sentado en la 338

primera fila pero al otro lado del ring. Las ignoré todas y me asomé entre las cuerdas del ring, mirando a Aiden.

—...pararlo —iba diciendo Samuel a toda velocidad—, pero no puede volver a darte. ¿Me entiendes? Si te vuelve a dar, no voy a poder parar el sangrado.

—Por lo tanto —siguió Rob—, céntrate en...

Los dos se callaron cuando me vieron asomada entre las cuerdas y me miraron, confusos. Aiden abrió los ojos y me miró. Tenía una ceja algo inflamada y Samuel le presionaba algo contra ella con los guantes puestos. Por suerte, Aiden no llevaba puesto el protector bucal. De hecho, lo había pillado bebiendo agua.

—¿Qué...? —empezó, confuso, con la voz acelerada por el ejercicio.

—¿Puedes dejar de recibir golpes? —mascullé—. No es muy agradable de ver.

—Vaya, perdona por haber recibido un puñetazo. No pretendía ofenderte.

—Oh, vamos, Aiden, tú eres mejor que ese croissant.

Samuel intentó no reírse para conservar la profesionalidad. Rob y Aiden solo me miraban como si me hubiera vuelto loca.

—Míralo así —añadí—, si empiezas a perder combates se acabaron las excusas para viajar juntos.

Él esbozó una sonrisa divertida.

—Es una buena motivación.

—Pues eso. Que no vuelva a darte un golpe. O me enfadaré.

—Sí, señora.

Volví a mi asiento y ellos retomaron la conversación. Mark me miraba con expresión perdida.

—Solo le he motivado un poco —le aseguré.

—Creo que a Rob no le ha gustado mucho.

Efectivamente, Rob apareció unos segundos después con Samuel y se sentó a mi lado, mirándome con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber por qué lo distraes? ¡Tiene que concentrarse!

—Solo intentaba ayudar.

Él se cruzó de brazos y todos nos giramos hacia el ring cuando volvió a empezar la pelea. Fue bastante similar a los anteriores asaltos: el francés lanzando golpes y Aiden deteniéndolos o esquivándolos. Empecé a ponerme nerviosa al no ver cambios.

Quizá debería haberme quedado callad...

Abrí mucho los ojos cuando, de pronto, el francés le lanzó uno de los golpes que le había estado lanzando hasta ese momento y Aiden se movió para que le diera en el pecho. El hecho de tocarlo debió sorprender al francés, porque se quedó quieto durante un segundo, sorprendido, y ese fue el segundo que usó Aiden para darle con un potente hook en la mandíbula.

El pobre francés se tambaleó hacia atrás y terminó en el suelo. La sala entera rugió cuando todo el mundo se puso a aplaudir —los que habían apostado por Aiden—

o lamentarse —los que no— y se incorporó para ver mejor el resultado.

El árbitro se puso a contar mientras Aiden rodaba los hombros, pero incluso antes de llegar al final ya sabíamos todos quién había ganado. En cuanto



levantó la mano de Aiden y todo el mundo se puso a aplaudir, me puse de pie de un salto y también lo hice, entusiasmada.

—Vale —Rob, a mi lado, enrojeció un poco—, igual podrías venir a más combates.

339

Aiden parecía muy contento cuando volvió con nosotros y fuimos a los vestuarios, ni siquiera se desanimó cuando Samuel le reiteró que no podía dejar que volvieran a golpearlo en la ceja. Por eso me extrañó tanto que, cuando llegamos al hotel, dijera que no a ir al bar con los demás boxeadores, me tomara de la mano y se metiera conmigo en el ascensor.

Lo miré de reojo, confusa.

—¿No quieres ir con ellos?

—Nah. Prefiero estas vistas. Son más satisfactorias.

Sonreí y sacudí la cabeza, aunque la sonrisa se esfumó un poco cuando tiró de mí y me plantó un beso en los labios que casi hizo que me cayera al suelo. Suerte que me sujetó de la cadera con la otra mano. En cuanto se separó, sonrió malévolamente.

—He tumbado al croissant, ¿eh?

—Ajá.

—¿No vas a decirme nada bueno, en serio?

Fingí que me lo pensaba cuando salimos del ascensor y él abrió la puerta de la habitación. Cerré la puerta detrás de mí.

—Creo que se me ocurre algo —dije, al final.

—¿Sí? —preguntó distraídamente, dejando la bolsa en el suelo.

Volvió a centrarse de golpe cuando lo sujeté de la muñeca y tiré hacia mí. En cuanto lo tuve al lado, lo empujé literalmente para pegarle la espalda a la puerta. Aiden levantó las cejas, sorprendido y encantado a partes iguales.

—Creo que ese algo ya me gusta.

—No ahora, capullo.

—¿Eh?

—Estoy hablando de cuando volvamos a casa... ya sabes.

No pareció entenderme mucho, porque se quedó con cara de perdido. Di un paso hacia él y lo miré de forma significativa.

—He estado pensando y... quizá... —enrojecí un poco—. Bueno... me gustaría...

intentarlo.

Aiden siguió pareciendo totalmente confuso.

—¿El qué?

—¿Tú qué crees?

—No sé... ¿quieres jugar a los bolos?

—Aiden, quiero intentar hacerlo. Contigo.

Tardó lo que pareció una eternidad en reaccionar. Me miró fijamente, pasmado, y de pronto vi que sonreía ligeramente.

—¿Estás segura?

—Bueno, si tú no te sientes listo, puedo esperar por ti.

—Qué graciosa —puso los ojos en blanco y me rodeó con un brazo para acercarme—. Joder, tendré que ponerme romántico para la gran noche.

Compraré condones super sensitive de esos.

—¡Aiden!

—Y encenderé velitas. Esperemos que no se incendie la casa o sería un desenlace curioso.

340

Sacudí la cabeza, divertida, y me puse de puntillas para besarlo en la boca. Él correspondió al instante, pero en cuanto quise adelantarme un poco más echó la cabeza hacia atrás y se escabulló rápidamente.

—Oh, no. Aléjate, tentación.

Aiden se pasó el día siguiente entrenando, así que no lo vi demasiado. Tenía el segundo combate al día siguiente. Yo no hice gran cosa durante la mañana, básicamente miré la televisión e hice la comida —pobre Aiden— que tuve que tirar porque se me quemó —suertudo Aiden porque no tendría que probarla—.

Fue justo cuando tiraba la comida chamuscada a la basura cuando noté que me vibraba el móvil. Mi madre me había mandado un mensaje diciéndome que volvería a casa porque había peleado con su nuevo ligue. Luego me mandó otro diciendo que ya había conocido a otro.

Unas tanto y otras tan poco.

Pero eso no fue lo que me llamó la atención, sino el mensaje de Lisa. Ahora que podía hablar con alguien del tema, estaba encantada actualizándome sobre todo lo que le había pasado con Russell la noche anterior, que habían quedado. No pude evitar alegrarme por ella, especialmente cuando me mandó una foto en la que estaban los dos sonriendo a la cámara felizmente.

Y fue ahí, con esa tontería, cuando noté que mi sonrisa se borraba y no supe por qué.

Es decir... quizá lo supe. Por verlos así. Los miré mejor. Parecían tan extrañamente felices... y él le tenía un brazo puesto por encima del hombro.

No pude evitar pensar en Aiden y en mí.

Para que él pudiera pasarme un brazo por encima, estuvimos casi un mes. Y otro más para que pudiera besarme sin que me diera un ataque de pánico. Miré la foto de nuevo, ahora con un nudo en la garganta.

Intenté no pensar en ello durante el rato que tardó Aiden en subir, de verdad que lo intenté, pero no podía. No dejaba de darle vueltas pensando en qué pasaría si él alguna vez se me acercaba sin avisar y de repente me abrazaba. ¿Y si mi reacción era de pánico? ¿Y si alguna vez me pasaba delante de su familia? No quería avergonzarlo de esa forma.

Me despisté de golpe cuando escuché la puerta abriéndose y cerrándose. Habían venido todos, Aiden, Rob, Mark, Samuel... y traían comida. Las bromas sobre el olor a comida quemada se repitieron varias veces y, aunque fingí que me hacían gracia, la verdad es que no tenía ganas de reírme.

—¿Va todo bien? —me preguntó Aiden justo antes de irse.

Asentí con la cabeza y él, aunque no pareció creérselo, optó por darme un beso corto en los labios y marcharse para dejarme mi espacio.

La tarde fue horrible. No dejaba de darle vueltas. Y de sentirme culpable. Cada vez me arrepentía más de haberle propuesto nada de sexo. ¿En qué demonios estaba pensando? Era una idiota. No iba a poder hacerlo. E iba a decepcionarse de mí. Con razón. Yo misma lo había dicho. ¿Por qué lo había dicho?

Me di una ducha y me puse el pijama. No tenía hambre, así que cuando Aiden vino por la noche y me comentó las cosas que había hecho para entrenar, me limité a remover la comida del plato sin comer demasiado. Aiden me miró de reojo e intentó

sacar conversación, pero solo me sacó monosílabos. No entendía por qué me comportaba así, pero no podía evitarlo.

Cada uno durmió en su lado de la cama, sin tocarse.

La mañana siguiente también fue de entrenamiento —menos intenso, claro — y Aiden, que no se había despertado de muy buen humor, no intentó hablar demasiado conmigo. O, mejor dicho, lo intentó pero no recibió grandes respuestas. Mark me preguntó una vez si necesitaba hablar de algo, pero le dije que no. No sabía de qué necesitaba hablar. No sabía qué necesitaba. Solo sabía sentirme culpable.

¿Sabes cuál era el problema de que yo me sintiera culpable? Que cuando me sentía mal me ponía a la defensiva... y cuando me ponía a la defensiva siempre terminaba diciendo cosas de las que me arrepentía.

Y eso fue lo que pasó cuando, justo antes del combate, acompañé a Aiden en los vestuarios. Mark se aseguró de ponerle bien las vendas, Rob de darle instrucciones y Samuel de preparar las cosas. Pero, cuando faltaban cinco minutos, uno de los organizadores quiso hablar con Rob y Samuel y Mark lo acompañaron, dejándonos solos.

Me quedé sentada en el banco junto a Aiden en un silencio bastante raro mientras él estiraba los dedos, probando las vendas.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Supongo.

—El de hoy es italiano. ¿Cómo llamarás a este? ¿Espagueti?

No respondí. De hecho, ni siquiera lo miré. Y fue ese preciso detalle lo que hizo que Aiden terminara de perder la paciencia que había estado aguantando desde el día anterior.

—Vale, ¿se puede saber qué pasa?

El tono me sorprendió. Estaba irritado. Lo miré, a la defensiva.

—Nada.

—No, no me digas nada. Siempre te dejo tu espacio, pero si vas a ignorarme al menos me gustaría saber por qué es.

Debería haberle dicho la verdad. Debería haberme disculpado por haberle hecho el vacío durante un día entero.

Pero... no, eso no fue lo que pasó.

Lo que pasó fue que sentí que iba a empezar a soltar cosas de las que me iba a arrepentir, como por ejemplo:

—¿Es que te crees que eres el centro de mi maldito universo?

Aiden redujo un poco su enfado para sustituirlo por perplejidad.

—¿De qué hablas?

—Asumes que si estoy enfadada es por algo relacionado contigo, ¿te crees que no tengo más preocupaciones en la vida?

—¿Se puede saber qué te pasa? Solo te he preguntado...

—Sí, bueno, pues no preguntes. No es tu puto problema.

Aiden frunció el ceño, todavía perplejo, pero esta vez pude ver que ya no le quedaba paciencia para mí.

—¿Mi puto problema? —repitió en voz baja.

—Sí, ya me has oído. Déjame en paz de una vez.

342

—Te he dejado en paz durante un día entero.

—Wow, un día. Pobrecito. ¿Has sufrido mucho?

—Amara, te estás pasando.

—No me estoy pasando, estoy siendo sincera. Estoy cansada de que me persigas siempre por cualquier tontería. ¿Por qué no asumes de una vez que no soy tu novia?

Aparté la mirada, furiosa —no sé si conmigo misma o con él— y Aiden se quedó en silencio unos segundos. Justo después, escuché que se reía amargamente y vi de reojo que sacudía la cabeza.

—¿En serio necesitas decirme todo esto? —preguntó.

—Sí, en serio.

—Mira que te quiero, pero cuando haces estas cosas puedo llegar a detestarte.

—Pues deja de quererme de una vez —espeté sin pensar—. Nunca te voy a corresponder, así que es una pérdida de tiempo.

Creo que eso fue la gota que colmó el vaso, porque Aiden tuvo que apretar los dientes para no decirme algo ofensivo.

—Estás siendo muy injusta —dijo, al final.

—Estoy siendo honesta. Si no te gusta...

—No, no estás siendo honesta. Estás comportándote como una verdadera imbécil. Y no sé por qué lo haces.

—Ya te lo he dicho.

—¿Esa es tu excusa de mierda? ¿Qué te he cansado?

—¿Excusa de mierda? Eres tú quien se pone excusas a sí mismo para no asumir la realidad.

—¿La realidad?

—Que querías echar un polvo con alguien. Pues eso no podrá ser, pero oye, al menos te llevaste una mamada. Cada uno puede seguir con su vida.

Durante unos instantes, se limitó a mirarme, furioso.

—Vete a la mierda, Mara. En serio, vete a la mierda.

—A donde me iré es a mi casa, no sé ni qué hago aquí.

—Pues pensé que habías venido a pasarlo bien, pero yo también empiezo a tener dudas de por qué coño estás aquí.

—Yo quería quedarme en casa, escribiendo.



—Nadie te obligó a venir, Mara. Simplemente te lo ofrecí.

—Pues debería haberte dicho que no, pero solo por ayudarte con tus sueños...

—¿Con mis sueños? ¿Y qué sabes tú de mis sueños? ¿Alguna vez me has preguntado por ellos? ¿O es que directamente te importan una mierda, como toda esta relación absurda?

—¿Relación absurda?

—Sí, es absurda. Todos tenemos nuestros problemas, Mara, todos. Pero no todos los usamos como arma arrojadiza para tratar como una mierda a los demás.

—Yo no...

—Ni se te ocurra decirme que tú no lo haces, porque estoy harto de que lo hagas conmigo —me cortó bruscamente, mirándome—. Y, ¿sabes qué? Que estoy cansado.

Si quieres hablarlo, me avisas. Y si no quieres hablarlo, dímelo directamente. Pero no me des largas como a un idiota y luego vengas a besarme, porque esta vez ya no va a funcionar.

343

Se puso de pie justo a tiempo para que le abrieran la puerta y yo lo seguí con la mirada cuando salió del vestuario, furioso. Rob me miró, sorprendido, cuando no me moví, pero no le quedó más remedio que seguirlo, dejándome sola en el vestuario.

Decidí que lo mejor era no ir a verlo al combate. Después de todo, solo serviría para complicar las cosas. Me subí a un taxi y volví al hotel, donde me quedé sentada en el sofá y la culpabilidad empezó a invadirme. Apreté los labios y me crucé de brazos.

No sé cuántas vueltas di por la habitación.

Parecía que habían pasado horas cuando la puerta volvió a abrirse. Levanté la cabeza de golpe y me quedé mirando a Aiden y Mark. El primero pasó por mi lado sin siquiera mirarme y fue directo al cuarto de baño. No me pasó desapercibido que llevaba puntos en la ceja.

—Se la han vuelto a abrir —me dijo Mark en voz baja—. La herida estaba muy fresca y... bueno, han tenido que parar el combate. Ha perdido.

Oh, mierda.

Cerré los ojos con fuerza. Cuando volví a abrirlos, Rob y Samuel también habían entrado. Rob parecía furioso cuando entró y me señaló.

—¿No podías enfadarte en otro momento?

—No creo que haya sido por su culpa, Rob —murmuró Samuel.

—Bueno, pero es verdad, ¿no podéis dejar las discusiones de pareja para cualquier momento... en serio, cualquiera... que no sea un maldito combate?

—Yo tampoco quería que perdiera —mascullé.

—Bueno, pues ha perdido.

—Ya está bien —intervino Mark—. Así no solucionaremos nada. El próximo combate es en dos días, todavía hay tiempo para recuperar lo que hemos perdido hoy.

Nos quedamos todos en silencio un momento antes de que Mark mirara la hora y suspirara.

—Yo tengo que irme, me están esperando.

—¿Te vas? —le pregunté.

—Tengo que volver a casa, es el cumpleaños de mi padre —puso una mueca, algo avergonzado.

—Creo que Mara debería ir contigo —murmuró Rob.

Todos lo miramos a la vez, especialmente yo.

—No puedes echarla —Samuel frunció el ceño, confuso.

—No la estoy echando, pero está claro que es una distracción. Y creo que ella tampoco quiere quedarse, ¿no?

En el fondo, muy en el fondo... sabía que tenía razón. Creo que eso fue lo que me jodió más cuando me encogí de hombros.

—A lo mejor debería irme.

—Yo no se lo diré a Aiden —dijo Samuel enseguida.

Les dediqué una breve mirada antes de girarme y entrar en el cuarto de baño, donde Aiden estaba delante del espejo limpiándose la sangre seca que todavía tenía por la cara. Ni siquiera me dirigió una mirada cuando me detuve a su lado.

—He decidido que me iré a casa —murmuré, sin saber muy bien cómo suavizar el golpe—. Creo que es lo mejor para ambos.

No me respondió. De hecho, se limitó a ignorarme. Apreté un poco los labios.

—¿No tienes nada que decir?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué te quedas? —murmuró sin mirarme—. Si quieres irte, vete. Adiós.

344

Me quedé mirándolo un momento antes de asentir una vez con la cabeza y, tras dudar por unos segundos, dejarlo solo.

Llegar a casa fue bastante más deprimente de lo que me imaginé. Estuve a punto de llamar a Aiden varias veces por el camino, pero al final opté por

dejarlo en paz.

Después de todo, quizá sería lo mejor para todos.

Dejé la maleta en la habitación y pensé en llamar a Lisa y contarle lo que había pasado, pero no quería marearla con mis problemas y arruinarle el día, así que al final tampoco lo hice.

Mi plan era sentarme en el sofá y no hacer nada productivo, pero eso cambió cuando escuché que llamaban al timbre.

Oh, no, ¿ahora qué?

Me puse de pie, poco animada, y fui a abrir todavía más desanimada. Lo que no esperaba era que una mujer bajita, bastante delgada y con cara de precaución me mirara fijamente, insegura. Tardé unos segundos en reconocerla.

La madre de James.

Nos miramos la una a la otra, yo pasmada y ella insegura, y fue ella la primera que habló:

—Se lo que te hizo mi hijo —me dijo lentamente—, y sé lo que le hizo mi marido a tu novio.

Estaba tan sorprendida que ni siquiera pude responder, así que ella lo finalizó con un:

—Creo que puedo ayudarte.

345

20

## LA MISIÓN SECRETA

Seguí mirándola, algo pasmada, durante unos segundos antes de reaccionar y apartarme para dejarla pasar. La madre de James me sonrió un poco y

entró en la casa con aspecto nervioso.

En realidad, cada vez que la había visto tenía aspecto nervioso, como si le diera miedo que la otra persona se enfadara con ella por decir algo mal.

—Siento haber aparecido así —comentó, sentándose en el sillón—. Pero... bueno, no tenía tu número de teléfono. Solo tu dirección. Me la dio Grace cuando se la pedí para hablar contigo, como iba a pasar por la ciudad...

Seguía tan pasmada que no sabía ni qué decirle, así que al final señalé torpemente la cocina.

—¿Quiere algo para beber o...?

—Estoy bien —me aseguró—. Solo quiero hablar contigo.

Me senté en el sofá, yo también un poco tensa, y vi que ella se miraba las manos y dudaba durante varios segundos antes de girarse por fin hacia mí.

—Siento las cosas que mi familia ha provocado —me dijo en voz baja, sincera, como si se avergonzara de ellas—. Ojalá pudiera decir que no lo he sabido hasta hace poco, pero... mentiría. Simplemente... no quería verlo. Pero por suerte para ambas ahora sí lo afrontaré. De una vez.

Parpadeé, confusa, cuando ella repiqueteó los dedos en sus rodillas.

—Yo también tengo motivos para no querer a mi marido cerca —añadió en voz baja.

Solo con mirarla una vez, pude imaginarme los motivos, así que no dije nada al respecto. Había ciertas cosas que, si la otra persona no te ofrecía, era mejor no intentar sonsacar.

346

—Sé que lo viste hablando con... —hizo una pausa, intentando recordar el nombre—. No lo sé. El hombre rubio que se encarga de la liga profesional de boxeo.

El padre de April, sí. Los había visto hablando en esa cafetería cuando había ido a desayunar con mamá.

—Mi marido me dijo que los habías visto —siguió ella—, pero no le preocupó mucho. Después de todo, no puedes demostrar mucho con haber visto una conversación, supongo.

—Depende de la conversación —murmuré.

—A lo que quiero llegar... es que yo sé cómo podrías encontrar pruebas para ayudarte.

Eso sí hizo que me inclinara un poco hacia ella, interesada.

—¿Qué clase de pruebas?

—Sobornos, favores personales... esas cosas.

—¿Las tienen documentadas?

—Por supuesto. En un lugar seguro.

—Y... supongo que usted sabe cuál es el lugar seguro.

—Supones bien.

Estuve a punto de sonreír, pero me detuve cuando vi que ella me dedicaba una mirada bastante nerviosa, como si estuviera a punto de decirme algo que no me iba a gustar.

—¿A cambio de qué? —pregunté directamente.

—Yo te daré todo lo necesario para que tú puedas proteger a tu novio... a cambio de que yo pueda proteger a mi hijo.

Hubo un momento de silencio. La miré fijamente, sin saber qué sentir, hasta que mi primera reacción fue una sonrisa irónica.

—¿Dice que sabe lo que me hizo su hijo... y ahora pretende que lo perdone?

—No te pido que lo perdones, y sé que estoy exigiendo mucho, pero... es mi niño, Mara.

—Su niño me...

—Sé lo que hizo —cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Sé las cosas que ha estado haciendo. Sé cómo es mi hijo, desgraciadamente. Pero si todo eso se sabe, terminará en la cárcel. Y nunca sobreviviría ahí dentro. Eso lo sabemos las dos.

347

—Me da igual —mascullé.

—Yo misma me aseguraré de que se arrepienta. Buscaré ayuda, buscaré lo que sea necesario y te juro que haré que nadie más vuelva a pasar nunca por lo que tú pasaste a manos de James.

—Eso no hará que pague por lo que hizo.

—Pues no —admitió con una sonrisa triste—. Pero es mi trato.

Aparté la mirada y me puse de pie. Estaba muy tensa. La posibilidad de conseguir que por fin, después de todos esos años, justicia respecto a James era tan...

dolorosamente satisfactoria. Todavía recordaba todas las noches llorando, todas las burlas de los policías, cómo la única que me apoyó fue Grace... y ahora podía vengarme.

Pero, por otro lado, Aiden...

Apreté los labios. Tenía la posibilidad de ayudarlo justo después de haberle jodido un combate —y los sentimientos—. Era muy tentador. Y una parte de mí quería aceptar solo por él. Después de todo, habría un poco de justicia. O la habría para todos menos para mí, pero ya era algo.

—Puedo dejarte mi número de teléfono por si necesitas pensarlo —añadió ella al ver que no respondía.

—Espere —volví a sentarme y la miré, tragando saliva—. Si... si aceptara... ¿qué tendría que hacer para tener esos documentos?

—Tendrías que colarte en un sitio y abrir una caja fuerte.

—¿Tiene el código?

Ella asintió, muy seria, yo apreté los labios, intentando pensar con claridad.

—Si me pillaran... —empecé.

—Si te pillan a ti, nos pillan a las dos. ¿O te crees que tardarán mucho en llegar a la conclusión que alguien te ha dicho dónde encontrar todo eso?

—¿Y por qué se arriesga tanto?

—Porque estoy harta de conformarme con lo malo. Merezco algo bueno. Y siento que este es el primer paso.

Aparté la mirada, nerviosa. Ella carraspeó suavemente y me dejó una tarjetita en la mesa de delante.

—Piénsalo y, tomes la decisión que tomes... avísame, ¿vale?

Aiden

Tres días después

Puse una mueca cuando la herida de la ceja empezó a palpitarme. Intenté centrarme en cualquier otra cosa, cerrando los ojos con fuerza.

Apenas podía abrir ese ojo, estaba hinchado por el golpe, pero también tenía otros. El peor era el del labio. En la última pelea me habían enganchado bien. La única solución que encontré fue reventarle la nariz al otro para que empezara a sangrar y pudiera ganar. Y al final, al menos, lo conseguí.



Metí las llaves en la cerradura de casa y suspiré al entrar la maleta. Lo que no esperaba era levantar la cabeza y ver que mis padres y mis hermanos estaban ahí de pie, mirándome con una gran sonrisa.

—¡Bienvenido a casa, campeón! —chilló mamá, acercándose y dándome un abrazo caluroso—. Oh, cómo me alegro de verte.

—Se nota que vienes de una pelea —mi padre puso una mueca.

348

—Deberías haber visto al otro —sonreí de lado, a lo que él empezó a reírse a carcajadas.

—A ver, mírame —mamá me sujetó la cara para revisármela con los ojos y ahogó un grito dramáticamente—. Bueno, con lo guapo que tú eres... un golpe no te quitará eso. ¿Te has puesto hielo?

—Mamá, tiene a un equipo entero que cuida de él —le recordó Gus.

—Pero nadie cuida como una madre. Ven aquí, vamos a encargarnos de esto.

Suspiré y dejé que me arrastrara hasta la cocina, donde me hizo sentarme en un taburete y se puso a rebuscar en el congelador.

—Te hemos traído una tarta de celebración —me informó Lisa, dejándola delante de mí.

—No puedo comer tanto azúcar —murmuré, viendo la gigantesca tarta de chocolate.

—Mamá también ha hecho una de zanahoria, la de chocolate es para nosotros.

—Ah, qué detalle —puse los ojos en blanco.

Mamá reapareció con un trapo con hielo y me lo colocó en el ojo, donde yo lo sujeté sintiéndome un poco estúpido. Gus se reía disimuladamente de mí.

—Sigo sin entender por qué te metiste en esa profesión tan violenta — replicó mamá revoloteando por la cocina.

—Porque le gusta —le dijo papá, encogiéndose de hombros.

—¿Y no podría gustarte algo que no implicara golpearte a muerte con otro ser vivo?

—No es a muerte —le dijo Lisa, frunciendo el ceño.

Mientras ellos discutían y mamá sacaba platos para empezar a poner trozos de tarta para todos, noté que el móvil volvía a vibrarme, pero lo ignoré, igual que había hecho con todos los mensajes de Amara de esos días.

Quizá fue inmaduro, pero la verdad es que sentía que ahora mismo no quería hablar con ella. Seguramente diría algo de lo que me arrepintiera, prefería calmarme.

Y eso que no podía dejar de pensar en ella.

No me quedó más remedio que volver a centrarme cuando mamá me dejó un trozo de tarta de zanahoria de la vicotira delante con una gran sonrisa.

Mara

—¿Sigue sin responderte?

Apoyada en la pared del callejón de atrás del local, asentí con la cabeza. Había vuelto a trabajar el día anterior y ahora estaba tomándome un momento porque había pocos clientes. Estaba lloviendo muchísimo y, en las noches lluviosas, siempre había poca gente.

Johnny, que se había asomado, me dedicó una pequeña sonrisa de ánimo.

—A lo mejor deberías ir a hablar con él.

—No sé cuándo vuelve. Fui ayer a su casa, pero el portero me dijo que no había llegado. Como empiece a ir compulsivamente igual me denuncian los vecinos por loca acechadora.

—Bueno, lo que está claro por lo que me contaste es que deberías disculparte, encanto.

—¿Cómo me disculpo si no me responde? —murmuré, mirando todos los mensajes que le había dejado esos días.

—Bueno, déjale su espacio. Es lo que le dijiste al novio de tu amiga, ¿no?

349

Mierda, era verdad. Puse una muela y escondí el móvil de nuevo, con la esperanza hasta el último momento de que volviera a vibrar, pero no lo hizo.

Al final, me resigné y entré en la cocina, donde Johnny y yo vimos el momento exacto en el que Alan se fue corriendo para que no lo pilláramos espiando nuestra conversación.

Aiden

Mis padres iban a quedarse en un hotel hasta el lunes para aprovechar y estar con nosotros tres, pero mis hermanos, por algún extraño motivo, decidieron que era buena idea quedarse a dormir en mi casa.

Como no tenía otra cama, tuvimos que improvisar algo con los sofás. Aunque, todo sea dicho, la verdad es que eran muy cómodos. Lisa se tumbó en uno de ellos con el móvil, tecleando a toda velocidad, mientras que Gus se tumbó en el otro y empezó a pasar canales de televisión bostezando.

—Bueno, si los niños necesitan algo, ya sabéis donde encontrarme — bromeé.

Gus me sacó la lengua y yo subí las escaleras, deseando darme una ducha caliente y descansar un poco.

Ese día llovía muchísimo y no pude evitar preguntarme si Amara ya habría empezado a trabajar otra vez. Y si habría tenido problemas para llegar al trabajo con ese tiempo. Seguro que se había dejado el paraguas y habría tenido que correr, aunque Johnny la llevaría a casa después, así que no...

Espera, ¿por qué pensaba en ella?

No. Sacudí la cabeza y me metí en la ducha, intentando no recordar lo que había pasado unas semanas antes ahí dentro.

Cuando salí de la ducha, me puse ropa cómoda y me miré de nuevo al espejo.

Tenía medio lado de la cara destrozado. Me pregunté cuánto tiempo tardaría en bajarse la hinchazón. Más de dos semanas, eso seguro. No podría practicar en el ring. Maldita sea.

Me metí en la cama al cabo de un rato y me quedé mirando al techo, pensativo.

No podía dormir. Esos días no había dormido muy bien. Ya ni siquiera estaba seguro de por qué era.

Y, justo cuando empezaba a dormir, bajé la mirada y me encontré a Lisa subiendo las escaleras de puntillas. Me dedicó una amplia sonrisa cuando se dejó caer en la cama y me miró, curiosa.

—Bueno, el enano ya duerme. Puedes contármelo.

—No hay nada que contar.

—Oh, vamos, Aiden. Nos conocemos. No me ocultes información.

Suspiré y me pasé una mano por la parte buena de la cara. Ella siguió mirándome fijamente, esperando a que dijera algo.

—El otro día Mara y yo discutimos —finalicé.

—Eso lo suponía, hermanito.

—¿Y por qué preguntas?

—Porque te veo mal y creo que necesitas hablarlo con alguien.  
¡Enhorabuena!

Ya tienes a ese alguien. Y que sepas que solo te escucho gratis porque eres mi hermano.

Me incorporé un poco y me quedé sentado con la espalda en el cabecero, mirándola. La verdad es que... quizá sí que necesitaba hablarlo con alguien. Quizá otro punto de vista me aclarara las cosas.

350

—Creo que se siente insegura —dije, mirándola—. No sé por qué. Le pasa cada vez que las cosas van bien. Pero nunca había reaccionado de esa forma tan agresiva.

Normalmente, solo me dice que no debería estar con ella o cosas así. Pero nunca me había dicho cosas... como las que me dijo.

—¿Cuánto hace de eso?

—Tres días.

—¿Y no has hablado con ella?

—Lo ha intentado, pero no le he respondido.

—Bueno, supongo que necesitas tiempo —se encogió de hombros—. Pero deberíais hablar en algún momento, Aiden.

—Lo sé.

Hubo un momento de silencio en el que Lisa me miró, pensativa, como si tuviera algo en la punta de la lengua pero no supiera cómo decírmelo. Le fruncí el ceño.

—¿Qué pasa?

—Yo... bueno, Aiden... la verdad es que no me sorprende tanto.

—¿Qué parte, exactamente?

—Lo de que se pusiera tan a la defensiva. Cuando era más pequeña no lo hacía, pero estos años... bueno, conmigo lo ha hecho unas cuantas veces. No al nivel de insultarme, pero sí al nivel de cerrarse y no querer hablar de nada de sus sentimientos.

No sé. Debería hablarlo con un profesional o algo así. No es bueno guardarte tanto las cosas.

Espera, ¿Lis no sabía que Mara estaba viendo a una terapeuta? Entonces, ¿no sabía lo de...?

—Aiden —ella me miró, muy seria—, ¿puedo decirte algo sin que te lo tomes a mal?

—Pues claro —murmuré.

Lisa lo consideró un momento antes de hablar:

—Yo... quiero muchísimo a Mara. Y desde hace muchísimo tiempo. Pero también te quiero a ti, eres mi hermano. Y creo que deberías saber que... yo no creo que ella esté preparada para estar con alguien. No sé qué es lo que la atormenta, pero desde luego no sabe cómo deshacerse de ello. No digo que no podáis estar juntos, pero... no creo que fuera una relación muy sana.

Aparté la mirada casi al instante en el que dejó de hablar. Ella me dio un ligero apretón en el hombro, como dándome ánimos.

—No quería hacerte sentir mal, solo quería que lo supieras.

—Lo sé, Lis, no te preocupes.

—Bien. Te dejo tranquilo, entonces.

Mara

Colgué el móvil con el cuerpo entero temblándome.

¿Lo acababa de hacer?

Lo acabas de hacer.

¿Acababa de aceptar la maldita propuesta de la madre de James pese a todo?

Ajá.

Durante unos instantes, me quedé pensando en lo que acabábamos de hablar.

Me había dado la dirección. Me había dado los datos. Me había dado la contraseña. Y

351

solo faltaba un detalle. Necesitábamos encontrar a alguien que estuviera dispuesto a publicar la noticia en la prensa.

¿El problema? Que solo se nos ocurrió una persona que estuviera implicada y que pudiera hacerlo.

April.

Yo ni siquiera lo sabía, pero al parecer era una redactora bastante conocida de uno de los periódicos más vendidos de la ciudad. Si nosotras intentábamos venderle la historia a sus jefes nos ignorarían, pero si lo hacía ella... bueno, eso sería otro tema.

No me gustaba tener que hablar con April, pero si era necesario, pues... bueno, tocaba joderse un poco.

Conseguir su número fue cuestión de presionar un poco a Rob por teléfono, que al final cedió y me lo dijo. Llamarla fue bastante más complicado. Básicamente porque no me respondió durante toda la hora en que estuve cenando, ni después de mirar un poco la televisión, ni tampoco cuando me fui a la cama.

Me respondió por la tarde del día siguiente, cuando estaba en la cafetería. No me quedó más remedio que ir al callejón de atrás para hablar con ella.

—¿Quién es? —me preguntó directamente—. Me has llamado como cuarenta veces, espero que no seas un zumbado.

—Eh... soy Mara. Creo que te acordarás de mí.

Hubo un momento de silencio. Escuché que ella chasqueaba la lengua con cierto desagrado.

—¿Se puede saber para qué me llamas? ¿Aiden ya te ha dado la patada?

—No, y te llamo precisamente por él. Para ayudarlo.

—¿En qué? —al menos, eso pareció captar su interés.

—En que vuelva a la liga.

De nuevo, silencio. Esta vez, me soltó una risita irónica.

—Déjame adivinar: quieres que publique algún artículo sobre mi padre y sus cosas ilegales con el tipo que se enfadó con Aiden, ¿no es así?

Aunque hubiera querido responder, no me habría dado tiempo.

—¿Me estás preguntando que elija entre mi padre, que me cuida siempre y me quiere... y tú?

—No, te estoy diciendo que si quisieras a Aiden tanto como dices querrías que tuviera la justicia que se merece.

—¿Justicia?

—Volver a la liga. Nunca debieron echarlo.

—Eso no es problema mío.

Eso me dejó descolocada durante unos instantes.

—Es su profesión —le dije en voz baja—. Estás jugando con tu maldita profesión.



April no respondió inmediatamente. De hecho, pasó casi un minuto en silencio hasta que, finalmente, escuché que me colgaba. Algo derrotada, volví a bajar la mano hasta mi regazo.

Aiden

La cara me dolía tanto al día siguiente que tuve que ir al hospital con Lisa, que se negó a dejarme solo. Gus se quedó en casa viendo Harry Potter —y fingiendo que no le daba asco ver sangre para que no me sintiera mal—. Ponerme el casco fue un poco más doloroso de lo previsto, así que al final optamos por ir en taxi.

352

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Lisa cuando ya esperábamos en el vestíbulo del hospital.

—Sí —murmuré, acomodándome.

—Aiden, no quiero preocuparme... y me da la sensación de que no me lo estás diciendo todo.

La verdad es que no lo hacía. Había estado viendo puntitos negros por el ojo malo toda la mañana y no dejaba de palpitarme de forma muy dolorosa. Pero no iba a preocuparla antes de tiempo. Después de todo, ahora saldría el médico y...

Apenas había terminado de decirlo cuando apareció una enfermera y me llamó.

Dejé mis cosas con Lisa y la seguí.

Mara

Vale, estaba nerviosa. Muy nerviosa.

Ya iba con mi atuendo negro de espía cuando me detuve delante de la puerta de casa de Aiden.

Creo que estuve dos minutos enteros debatiéndome internamente entre llamar o no a la puerta. A lo mejor salía con un palo y me daba en la cabeza. O directamente no me abría. No estaba muy segura de qué me daba más miedo.

Al final, respiré hondo y llamé al timbre, fingiendo serenidad aunque por dentro ya me hubieran dado unos cuantos infartos preocupantes.

Lo que, desde luego, no esperaba... era que fuera Gus Gus quien me abriera.

Él se quedó mirándome un momento, sorprendido, antes de esbozar una gran sonrisa.

—Hola, Mara —me saludó—. ¿Has venido a ver a Aiden? Ha salido.

Mhm... mierda.

El plan ya empezaba torcido.

—Pero puedo llamarlo —añadió al verme la cara.

—No, no te preocupes. Estará ocupado —empezó a entrarme la inseguridad, así que sacudí la cabeza—. Yo... eh... ya vendré en otro momento o...

—Espera —me detuvo, curioso—, ¿qué querías? A lo mejor yo puedo ayudarte.

—No te ofendas, Gus Gus, pero lo dudo mucho.

Gus frunció el ceño, confuso.

—¿Por qué no?

—Porque no es... —cerré los ojos un momento—. ¿Puedes guardarme un secreto?

No supe muy bien por qué se lo iba a contar específicamente a él, pero de pronto necesitaba hablarlo y Gus estaba ahí, así que parecía una buena opción. Además, parecía de fiar.

—Sí, claro —me dijo, sorprendido—. ¿Cuál?

—Pero no puedes contarlo, prométele.

—Eh... te lo prometo.

—Bien —di un paso hacia él y bajé la voz—. Tengo que robar unos papeles para echarle una mano a tu hermano y tenía la idea absurda de... bueno, no sé. Quería preguntarle si le parecía bien. Pero es una tontería.

—¿Unos... papeles?

—Para que vuelva a la liga, Gus.

—Ooooooh —parpadeó, sorprendido—. ¿Y puedo ir?

—¿Eh?

353

—Quiero ir. Vamos, yo te ayudo.

Miré su brazo, todavía vendado. Él sonrió ampliamente para restarle importancia.

—Estoy bien. Vamos, me hace ilusión.

—No tenemos cómo ir. No creo que sea muy profesional eso de ir en taxi, ¿sabes?

—¿Y no conoces a nadie discreto que pueda llevarnos?

Por mi expresión, cualquiera diría que se me acababa de encender una bombillita.

—En realidad, se me ocurre alguien.

Aiden

Después de casi media hora haciéndome pruebas y más pruebas en el ojo, sentía que iba a matar a alguien. Tuve que calmarme cuando vi a Lis echándome una mirada de advertencia. Sin poder evitarlo, me imaginé a Mara echándome la misma mirada, solo que de forma muchísimo más convincente.

Ella sí daba miedo cuando quería.

Me pregunté qué diría si estuviera aquí. Probablemente me hubiera hecho callarme la primera vez que empecé a protestar. O me habría dedicado una miradita divertida cuando puse los ojos en blanco. Intenté dejar de pensar en ella.

—Señor Walker —el médico me dedicó una sonrisa profesional antes de mirar a Lis—. Y su hermana, supongo.

—¿Puedo irme ya? —pregunté directamente.

—La verdad es que no. Me temo que debo comunicarle algo.

Tanto Lis como yo lo miramos al instante. Yo, confuso. Lisa, aterrorizada

—¿Qué le pasa? —preguntó como si fuera a morirme de un segundo a otro.

—Oh, no —medio bromeé, tenso—. Lis, prepara el móvil. Vas a tener que preparar un funeral.

—No, no se está muriendo, señor Walker —me aseguró el médico.

—¿Y qué le pasa?

—Tengo idiotismo regresivo —murmuré.

—No —el médico me miró, muy serio—. Tiene un glaucoma traumático.

Eso me quitó la sonrisa de golpe. Me quedé mirándolo, pasmado, mientras él seguía hablando. Pero yo ya no escuchaba. Solo lo veía mover los labios mientras Lis asentía con aspecto asustado, intentando memorizar todo. Al final, bajé la mirada y la clavé en la ventana de la habitación. Era como si me hubieran puesto una tela delante de uno de los ojos y solo pudiera ver de forma borrosa.

—No consideraríamos la cirugía hasta que no nos aseguremos de que no funcionan los medicamentos —añadió el médico, mirándome—. Es boxeador, ¿no es así? Me encuentro con muchos casos como el suyo.

—¿Y todos recuperan la vista? —preguntó Lis.

—Muchos no llegan a perderla del todo.

Es decir, que tampoco la recuperaban del todo.

Giré la cabeza hacia la ventana de nuevo y tragué saliva.

—Probablemente podrá seguir practicando boxeo cuando se recupere —añadió el médico.

Mara

354

Había conseguido reunir a un equipo... ejem... curioso.

Por un lado estaba yo, en el asiento del copiloto, con mis jeans, mis botas y mi jersey negro para sentirme como en una película de espías. A mi lado, estaba Johnny, con su bandana de siempre y su gran sonrisa, conduciendo el coche. Detrás, estaban Mark, Holt y Gus Gus, los guardaespaldas de la noche.

¿Necesitábamos tanta gente? Pues no. Pero no había tenido mucha alternativa.

Básicamente, Gus se lo había contado a Mark para que nos ayudara y yo me había cruzado con Holt de camino a pedir ayuda a Johnny. Por algún

motivo, también se lo había contado. El secreto menos secreto de toda la historia

—¿Todo el mundo tiene claro el plan? —pregunté mientras Johnny seguía conduciendo y canturreando una canción de Britney Spears.

—Esto es genial —Holt parecía entusiasmado—. Me siento como James Bond.

—No tiene que ser genial —lo señalé—. Tiene que ser rápido. ¿Todos tenéis clara vuestra parte?

—Yo espero con el coche en marcha —me dijo Johnny.

—Yo voy contigo —Holt asintió.

—Yo distraigo a los de la puerta —añadió Mark.

Todos —menos Johnny, claro— miramos a Gus, que enrojeció.

—Espera, ¿y yo por qué no tengo plan?

—Tú te quedas en el coche —le informé—. Y cuidas de Johnny.

—¡Pero yo quiero ir!

—No —soné tan tajante que no dejé paso a ninguna protesta—. Eres el hermano pequeño de Aiden. Si nos pillan, prefiero que a ti no te vean.

Él se cruzó de brazos, indignado, pero al menos no protestó.

Estaba muy nerviosa cuando Johnny detuvo el coche a una distancia prudente del edificio administrativo que nos habían dicho que visitaríamos. Era de noche y estaba en un sitio prácticamente desierto, así que no tenía que ser muy difícil. Solo teníamos que saltar el muro que rodeaba el edificio.

Mal día para ser bajita.

—Vale —respiré hondo y me bajé el pasamontañas—. Me siento como una delincuente.

—¿A que sí? —Holt también se lo bajó.

—Buena suerte —Johnny nos sonrió ampliamente—. ¿Queréis que les diga algo a vuestros familiares si os matan?

Puse los ojos en blanco cuando se echó a reír y bajé del coche. Holt se colocó a mi lado. Éramos una combinación curiosa, como una enanita y un gigante con el mismo atuendo.

Mark, por su lado, iba con unos vaqueros y una camisa. Se ajustó las gafas que se había traído y asintió con la cabeza.

—Buena suerte —murmuró, antes de dirigirse al edificio.

Holt y yo lo seguimos con la mirada cuando entró en el recinto con una carpeta bajo el brazo. El guardia de seguridad salió de su oficina al verlo y se encontraron a medio camino. Mark esbozó su mejor sonrisa y empezó parlotear con él.

—Ahora —susurré.

Holt y yo cruzamos la calle corriendo y alcanzamos el muro del otro lado. Parecía gigantesco, pero Holt se limitó a poner las dos manos para que pudiera meter el pie e 355

impulsarme hacia arriba. Cuando lo hizo, tenía tanta fuerza bruta que casi me lanzó directamente al otro lado.

—¡Holt! —casi le grité, asustada.

—¡Perdón! —susurró, seguramente enrojando bajo el pasamontañas—. No controlo mi fuerza.

—¿Quién demonios eres? ¿Hulk?

Me sujeté bien del muro y le ofrecí una mano, cosa que pareció sorprenderlo un poco, pero como llevábamos guantes tampoco fue para tanto y lo ayudé a subirse.

Caímos los dos al otro lado, él tambaleándose y yo de boca contra el suelo. Me quedé sin respiración un momento y puse una mueca.

—¿Estás bien? —me preguntó Holt, ayudándome a levantarme.

—Sí, estoy acostumbrada a hacer el ridículo, no te preocupes.

Nos acercamos a los setos que rodeaban el edificio y nos mantuvimos ahí escondidos para espiar a Mark, que seguía parlotando con un muy desconfiado guardia de seguridad. Holt puso una mueca.

—No lo va a conseguir.

—¿Eh?

—Mira al tipo, desconfía de él.

Era cierto, pero no quería perder la esperanza.

—Confía en Mark.

Apenas lo había dicho cuando el guardia, confuso, señaló la puerta y ambos entraron en el edificio. Sonreí ampliamente y empecé a empujar a Holt como una loca hacia el otro lado del edificio, a lo que él casi se cayó de culo al suelo.

Por suerte, conseguimos rodear el edificio —agachándonos en las zonas de las ventanas, claro— y llegar a la parte trasera, donde vimos que había tres ventanas, una por planta. Nosotros necesitábamos la primera. El problema era que teníamos que esperar a Mark.

—¿Crees que lo conseguirá? —preguntó Holt.

Estuve a punto de responder, pero ambos estuvimos a punto de morir de un infarto cuando mi móvil empezó a sonar. Lo alcancé al instante y lo silencié



tan rápido como si fuera a explotar.

—¡Mara! —susurró Holt, indignado—. ¡El móvil en silencio! ¡Eso es de primero de atracos!

—¡Lo siento, pensé que lo había silenciado!

Giré la pantalla, confusa, y más confusa me quedé al ver la notificación. Holt me frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Mis antiguos compañeros de instituto... quieren hacer una reunión.

Holt me miró durante unos instantes, intentando adivinar qué sentía al respecto.

—¿Y te apetece ir?

—No mucho.

La última vez que los había visto estaba: peleada con Drew —porque era mi novio y se pensó que me había acostado con su mejor amigo James—, peleada con James —

sobran las explicaciones— y peleada con Abigail —mi gran amiga y la novia de James, con la que no volví a hablar por la vergüenza—.

356

No quería ni imaginarme lo que pasaría si yo aparecía por ahí. Puse una mueca y volví a esconder el móvil.

—Podrías ir —Holt se encogió de hombros—. A lo mejor te viene bien un poco de novedad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Se te ve un poco nerviosa, como si necesitaras hacer algo —hizo una pausa, mirándome—. ¿Va todo bien? ¿Te has peleado con alguien?

Miré al otro lado del cristal preguntándome cuánto ruido haría si lo rompía. Al final, opté por esperar a Mark y encogerme de hombros.

—Con Aiden —murmuré.

—¿Por él o por ti?

—Por mí.

Holt me miró como si lo entendiera y se giró también hacia la ventana.

—No sé qué has hecho, pero seguro que te perdona si se lo pides.

—No sé, Holt... no me parece suficiente.

—¿El qué?

—La disculpa. Creo que... no sé... debería demostrarle que me preocupo por él,

¿no? Aunque se me dé como el culo expresarlo.

Justo en ese momento, la puerta del despacho se abrió y Mark apareció para abrirnos la ventana desde dentro apresuradamente.

—Vamos, se supone que estoy meando —nos apuró.

Entré en el despacho la primera y me sentí como un verdadero invasor, cosa que aumentó mis nervios cuando me puse a buscar por la habitación mientras Mark se marchaba a toda velocidad. Holt se puso a buscar detrás de mí. Teníamos que encontrar la caja fuerte.

—¿Te imaginas que la información fuera falsa? —bromeó Holt.

—No sé si es un gran momento para este tipo de bromas, Holtito.

—Oh, no, no empieces tú también con lo de... espera, ¿qué es esto?

Me giré al instante y casi empecé a reírme a carcajadas de la alegría cuando vi que Holt había apartado un cuadro y, detrás, se veía una caja fuerte. Estaba cerrada.

Me acerqué a él justo cuando quitó el cuadro.

—Dime que te sabes la combinación —murmuró, nervioso.

Asentí con la cabeza y la puse rápidamente. La había memorizado tantas veces que prácticamente no necesitaba ni pensar en ella. En cuanto metí el último número, la pequeña puerta se abrió y ambos contuvimos la respiración.

Efectivamente, dentro había carpetas y libros amontonados. Los saqué con una mueca y empecé a rebuscar entre ellos.

—¿Por qué no nos lo llevamos todo? —preguntó Holt.

Lo miré un momento antes de encogerme de hombros y meterlo todo en la bolsa que me había guardado en el bolsillo.

Fue en ese momento, justo cuando metía las cosas en la bolsa, en que escuché los pasos acercándose por el pasillo.

Aiden

—¿Qué te ha dicho el médico? —preguntó mamá alegremente.

Estábamos todos en mi casa otra vez. Gus había desaparecido y, cuando le había mandado un mensaje, me había dicho que estaba dando una vuelta. Seguro que hacía algo ilegal.

—Nada importante —murmuré, acomodándome en el sofá.

357

Lisa me miró de reojo, pero no dijo nada.

Mi madre podría creerse cualquier cosa, pero mi padre no era así. De hecho, papá solía ser más de ese tipo de personas que te miran fijamente hasta que acabas diciéndoles la verdad. Y eso era lo que hacía en ese momento. Le fruncí el ceño, incómodo.

—¿Qué miras tanto? Ya sé que estoy feo.

—No estás feo, Aiden —me dijo mamá al instante.

Los demás asintieron. Casi me dieron ganas de espetarles que tenía un aspecto lamentable y que no quería que me mintieran al respecto, pero en el fondo sabía que solo había una persona, Amara, que se atrevería a decirme la verdad.

Maldita sea, necesitaba sacármela ya de la cabeza.

—¿Va todo bien con Mara? —preguntó papá de repente.

Hubo un momento de silencio en el que los cuatro, que estábamos mirando la televisión, no nos miramos entre nosotros. Al final, mi madre se giró hacia mí con sorpresa, como si se esperara un sí directo y no lo estuviera recibiendo.

—No va de ninguna forma —aclaré.

—¿Qué quieres decir con eso? —mamá parpadeó.

Oh, ¿en serio? ¿Teníamos que hablar de ella?

—Nada, no quiero decir nada. ¿Por qué hablamos de la amiga de Lisa?

—Porque hasta hace poco no era solo la amiga de Lisa —papá me enarcó una ceja.

—Bueno, pues ya no es nada mío. ¿Vale? Me lo dejó bastante claro. Y luego se fue corriendo. Hora de seguir adelante.

Mamá abrió mucho los ojos. Lisa solo apartó la mirada. Y, para mi sorpresa, papá se quedó pasmado durante unos instantes.

—¿Cómo? —preguntó.

—Ya me has oído.

—Mierda.

Le puse una mueca de confusión cuando él se pasó una mano por la cara, suspirando.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Lisa.

—Yo... eh... —papá carraspeó—. Puede que le dijera algo a esa chica que...

mhm... no le sentara muy bien.

De nuevo, silencio. Solo que esta vez me giré hacia él con una expresión mucho menos amistosa. Mi padre, que normalmente era despreocupado, me pareció sorprendentemente abochornado. Incluso mamá parecía sorprendida al verlo.

—¿Qué hiciste? —preguntó ella, pasmada.

—Nada, es decir... puede que le dijera que... si no tenía las cosas MUY claras...

dejara a Aiden.

Entreabrí los labios, mirándolo, y escuché a Lisa ahogar un grito.

—¡Papá! —lo riñó, frunciendo el ceño.

—¡Solo me preocupaba por él! La veía tan... desapegada.

—¡Ella es así! —la defendió Lisa—. Que no demuestre sus sentimientos a simple vista no quiere decir que no los tenga.

—Solo estaba preocupado, Lisa.

—Bueno, pues la próxima vez pregúntame a mí. O a Aiden. Nosotros la conocemos mejor.

—Lisa —mamá la miró—, estoy segura de que tu padre no tenía ninguna mala intención. Y quizá el problema no sea lo que le dijo, no lo sabemos.

—Quizá no sea el problema principal, pero sí uno de ellos —Lisa se cruzó de brazos—. Dejad de tratar a Mara como si fuera una idiota sin corazón solo porque la haya cagado algunas veces o porque parezca algo fría.

—No quería decir eso —repitió papá, algo avergonzado.

—Aiden —mamá me miró—, ¿estás bien?

No respondí. Aparté la mirada y apreté los labios, pensativo.

Mara

Habíamos tenido dos problemas durante esos diez segundos: 1-Había gente fuera. Por lo tanto, no podíamos escapar por la ventana.

2-Había gente dentro. Por lo tanto, no podíamos escapar por el pasillo.

¿Qué alternativa quedaba?

Escondernos bajo la mesa.

Efectivamente.

Y ahí estaba, bajo una mesa de madera con las piernas encogidas junto a Holt, que también estaba hecho una bolita para poder caber a mi lado. Los documentos estaban en el suelo, entre nosotros, y no dejábamos de echarnos miradas nerviosas en completo silencio, escuchando los pasos.

Al menos, hasta que Holt lo interrumpió:

—Vamos a morir.

Lo miré al instante.

—¡No digas eso ahora!

—Una vez soñé que me moría por atragantarme con un trozo de sandía. Ni siquiera me gusta la sandía.

—Y a mí no me gustas tú.

—No digas cosas feas antes de morir, que luego te arrepí...

—¡Que te calles ya!

Di un respingo al darme cuenta de que había sonado muy fuerte, así que me encogí esperando lo peor, pero los pasos no se acercaron. Holt soltó un suspiro de alivio.

—Bueno —me miró—, ahora que estamos a las puertas de la muerte, ¿algo que confesar?

—Pues no.

—Yo sí. Una vez robé un DVD de una tienda y nunca lo devolví. A veces me da pesadillas.

Estuve a punto de reírme, pero me contuve. Holt había agachado la cabeza como si realmente me hubiera confesado un crimen horrible.

—Yo le robaba el dinero a mi madre a los quince años —murmuré.

Holt me miró, confuso, pero yo hice un gesto con la mano para restarle importancia.

—Bueno, técnicamente no se lo robaba. Solo no le recordaba que lo tenía. Me mandaba continuamente a comprarle alcohol, tabaco... cosas así a ella y a su novio. Y

siempre me quedaba con el cambio.

—Si yo le intentara quitar dinero a mi madre, me cortarían la mano.

Sonreí un poco al pensar en Grace, probablemente ella también lo haría. Mi madre se limitaría a suspirar y a decirme que fuera a comprarle algo más con ese dinero.

—Si Aiden estuviera aquí encontraría la manera de escapar —me escuché decir a mí misma de repente.

Holt me miró con cierta precaución, como si no se atreviera a indagar mucho en el tema. Yo enrojecí un poco.

—Perdón, no quería sacar mis conflictos amorosos a...

—Oye, tú conoces todos mis conflictos amorosos. Puedes confesarte. Después de todo, no tenemos mucho más que hacer.

Negué con la cabeza y aparté la mirada, por lo que los dos nos quedamos en silencio durante unos instantes en los que yo, al final, volví a girarme hacia él. Había cambiado de opinión. Holt me miró al instante y esperó a que hablara, cosa que hice apenas unos segundos después.

—Yo... siento que estoy siendo muy egoísta. Con Aiden.

—¿Por qué?

—Porque yo nunca... no sé... siento que nunca voy a ser capaz de corresponderle de la misma forma en que él lo hace.

Holt me miró durante unos momentos, pensativo.

—¿A qué te refieres?

—A que él... me quiere de una forma que yo no... bueno... yo no sé si... podría alcanzar.

—Él te ha dicho que te quiere —sonrió un poco—. Ese es el punto, ¿no?



Asentí con una mueca.

—¿Y cuál es el problema? ¿Tú no sientes lo mismo por él?

—No lo sé... yo...

—¿Quieres a Aiden sí o no?

Me quedé en silencio un momento antes de, para mi propio asombro, asentir con la cabeza.

—Creo —murmuré.

—¿Lo crees?

—No controlo muy bien todo eso de... querer... ¿sabes? Nunca lo he hecho. No sé si me siento como debería sentirme.

—Pero quieres a mucha gente, Mara. A Lisa, a tus padres, a Johnny...

—No es lo mismo.

—¿Por qué no?

—Porque veo a Aiden tan... no sé... tan directo. Tan seguro de lo que siente, y de lo que piensa. Y tan seguro de todas las decisiones de su vida. Y luego me veo a mí misma, que tengo una crisis cada vez que siento que algo se sale de mi control. ¿Cómo voy a poder quererlo igual si cada vez que me salga un poco de mi zona de confort voy a estar pensando en que me va a dejar?

—No todo el mundo expresa sus sentimientos de la misma forma, ¿sabes?

—¿No se supone que todos nos enamoramos igual o mierdas así?

—Claro que no —Holt sonrió—. Bueno, me imagino que en las películas sí, pero en la vida real las cosas no son así. A veces, te enamoras de alguien y ese amor es 360

intenso pero dura solo unos años. Otras veces, algo empieza siendo casual y terminas enamorándote por el resto de tu vida. O te enamoras de alguien y, aunque con los años ese amor pasional del principio desaparece, sigue habiendo el cariño y el respeto del principio. No todas las relaciones son iguales, Mara. Y no todas siguen el mismo patrón, eso te lo puedo asegurar.

—Wow —murmuré, pasmada—. ¿Desde cuándo eres así de poético?

—Desde que estoy soltero —bromeó—. A mí me pasó lo contrario que a ti. Sabía que Lisa no me quería, pero intentaba retenerla. Tú sabes que Aiden te quiere, pero intentas alejarlo.

No respondí. Me miré las rodillas, algo cabizbaja. Holt suspiró.

—No sé, Mara. Por mucho miedo que tengas, no vas a cambiar o predecir el futuro. Lo mejor que puedes hacer es disfrutar del presente.

—El presente es una mierda.

—Bueno, a veces —accedió—. Pero no siempre. Y a lo mejor el problema no es que Aiden te quiera o no, es que tú en el fondo no crees que pueda quererte porque sientes que nadie puede hacerlo.

—Vale, Holt, ¿cuándo te has sacado el grado en psicoanálisis?

—Cállate, estoy filosofando. Oye, te conozco desde hace mucho tiempo. Sé cómo funcionas, más o menos. Y creo que lo de Aiden es solo un miedo más. Te da miedo dejarte llevar y que luego sea él quien se aparte.

—...me estás empezando a caer mal...

—Y a lo mejor te estás enfocando demasiado en Aiden cuando el problema está en ti.

Bueno, eso no era ninguna novedad. Ya sabía que arrastraba cuarenta millones de problemas.

—Ya sé que el problema soy yo —mascullé.

—No he dicho que seas tú. He dicho que está en ti.

—Es lo mismo.

—En absoluto. Si fueras tú, no habría solución. Si solo es algo que está en ti, solo tienes que deshacerte de ello.

—La persona adecuada en el momento inadecuado.

—Podrías poner esa frase en una taza.

—Se la diré a la doctora Jenkins.

—¿Eh?

—Que eso no quiere decir que no tenga que disculparme con Aiden.

Sonreí un poco, mirándolo.

—Holt soltero me cae bien.

—Gracias, yo también me caigo bien.

—Eso sonaba mejor en tu cabeza.

—Probablemente —puse una mueca.

Estuve a punto de reírme, pero me callé de golpe cuando volvimos a escuchar los pasos acercándose. Holt y yo abrimos mucho los ojos a la vez cuando escuchamos la puerta abriéndose.

Y, justo en ese momento, la voz de Mark pareció venir del mismísimo cielo.

—Disculpe, pero yo ya tengo que marcharme —aclaró tranquilamente—. Le he dejado los datos en la tarjeta para que hable con su jefe. ¿Falta algo?

—Eh... —el tipo que había abierto se quedó un momento en silencio—. Espere, lo acompaño a la puerta.

—Claro, claro.

En cuanto los pasos se alejaron, Holt y yo casi nos chocamos cuando intentamos salir de debajo de la mesa a la vez. Me asomé a la ventana y, tras comprobar que no había nadie, intenté saltar con elegancia y terminé a punto de caerme. Holt me siguió como si estuviera en una película de espías.

Cruzamos el jardín casi corriendo y, en cuanto llegamos al muro, vimos que Mark seguía hablando con el de seguridad. Holt me puso las manos para ayudarme a impulsarme y yo me colgué la bolsa del hombro antes de subirme. En cuanto intenté bajarme, resbalé y terminé en el suelo otra vez. Resoplé, incorporándome, mientras Holt intentaba no reírse de mí y me ayudaba a sacudirme la hierba con palmaditas.

Llegamos al coche en unas condiciones... curiosas:

-Mark correteando para que el de seguridad no pudiera seguirlo.

-Yo llena de manchas de hierba y barro por las dos caídas.

-Holt con el pasamontañas medio sacado y lleno de briznitas de hierba.

Gus Gus y Johnny nos miraron durante unos instantes antes de reaccionar.

—Eh... ¿ha ido bien? —preguntó Johnny al final, arrancando el coche.

—Sí —suspiré—. Larguémonos de aquí de una vez.

Aiden

¿Es que era el único preocupado por Gus? ¿Por qué seguía sin aparecer?

Justo en ese momento, Lis me mandó un mensaje diciéndome que ya era mayorcito y que si hacía algo ilegal tampoco me lo diría, así que dejara de bombardearlo a mensajes.

Al final, casi me había rendido a no ir a buscarlo cuando escuché que alguien metía las llaves en la cerradura. Me puse de pie de golpe y fui directo a la puerta. Al abrirla, Gus casi se cayó de bruces contra el suelo.

—¡Aaaaaaaah! —se incorporó torpemente—. ¡Casi me ha dado un infarto!

—No es para tant...

Me callé al darme cuenta de que no estaba solo. Desvié la mirada por encima de su cabeza y noté que se me tensaba el cuerpo entero cuando vi que Mara estaba con él.

De hecho... ¿qué demonios llevaba puesto? ¿Habían ido a lanzarse por barro o qué?

—Ah, sí, he salido con una amiga —improvisó Gus señalándola—. Supongo que la conoces. Es bastaaaante amiga de Lisa y...

—Corta la broma, no tienes gracia.

Gus entrecerró los ojos, indignado.

—Pues que te den. Me voy a duchar.

Y, sorpresa, nos dejó solos.

Mara iba completamente de negro y tenía el pelo recogido. Nunca la había visto así, con la cara tan despejada. Estaba preciosa incluso con las manchas de barro. No pude evitar que me llamara la atención, pero estaba ocupado estando enfadado con ella, así que me resistí a disfrutarlo.

—Vaya —sonrió, algo nerviosa—. Tienes un aspecto horrible. ¿Estás bien?

362

La única que me había dicho la verdad: que me veía horrible. Me contuve para no sonreír.

—Sí —mascullé, tenso.

—¿Seguro que...?

—Supongo que no has subido para que te dé mi maldito parte médico.

—En mi defensa diré —ella enrojeció un poco—, que pensé que Gus estaría solo.

—¿En mi casa?

—Bueno, ¡antes estaba solo!

—¿Y a qué has subido?

—¿Sinceramente? Quería limpiarme el barro de la cara para que mi madre no pregunte cosas cuando llegue a casa. Si es que ya ha vuelto de estar con su nuevo novio.

Soltó una risita incómoda, pero al ver que yo no sonreía en absoluto carraspeó, enrojeciendo.

Sí, la cosa era incómoda.

En realidad, era adorable cuando se ruborizaba. Nunca la había visto ruborizada de esa forma en ningún contexto que no fuera estando nosotros dos solos. No sabía por qué me gustaba tanto ese detalle. Debería estar enfadado con ella.

Bueno, ¡lo estaba!

—Yo... —dudó un momento—. Aiden, lo s...

—Ni se te ocurra decirme que lo sientes.

Ella se detuvo de golpe y me miró, sorprendida.

—¿No? —preguntó, confusa.

—No. No quiero que te disculpes conmigo.

Me miró durante unos instantes, supuse que intentando adivinar qué pensaba.

Al final, se limitó a fruncir el ceño.

—¿La gente no suele disculparse cuando jode las cosas?

—La gente normal, sí. Pero nosotros no somos normales.

—¿Y qué se supone que tengo que...?

—Quiero que me digas algo cursi.

Ella empezó a reírse al instante, pero dejó de hacerlo al ver que iba en serio. Muy en serio. Mara parpadeó, pasmada.

—¿Algo... cursi?

—Ya me has oído.

—P-pero... ¿no puedo disculparme? Es que... cosas cursis...

—¿Quieres que te perdone? Pues piensa algo.

—¡Pero es que con estas cosas no tengo imaginación!

—Pues búscala. Suerte.

Le cerré la puerta, pero no escuché que se marchara. De hecho, dio un pasito hacia ella y carraspeó, nerviosa.

—T-te haré feliz, cariño... eh... solo espera y lo verás... mhm... por cada... beso que me des... yo te daré tres y... ejem... desde el día en que te vi supe que...

—¿Me estás diciendo la letra de Be my baby? —casi empecé a reírme.

Amara se quedó un momento en silencio, casi pude visualizar lo roja que estaba.

—...no —mintió.

—Yo creo que sí.

—Bueno, ¡ya te he dicho que con estas cosas no tengo imaginación!

363

—Pues ya tienes una tarea: vuelve a tu casita y escíbeme un bonito discurso de amor o no volveré a hablarte.

—¡Pero...!

—Adiós, Amara.

Escuché que farfullaba una palabrota y no pude evitar sonreír disimuladamente.

—Está bien —declaró finalmente—. Volveré.

—Aquí estaré esperándote.

La escuché farfullar otra palabrota mientras se alejaba por el pasillo.

364

21

—¿Qué haces?

Fruncí el ceño, todavía bajando por la pantallita de mi móvil con el dedo. Johnny se había asomado al callejón de atrás para cotillear.

—Estoy en mi pausa para fumar —protesté.

—Tú no fumas.

—Pero tengo derecho a pausa, ¿no?



Él sonrió y se encargó de girar las hamburguesas que tenía en la parrilla antes de salir al callón de atrás conmigo y cruzarse de brazos.

—Vale, ¿qué te pasa, encanto? No es por quejarme, pero ya has tirado al suelo dos de mis perfectas hamburguesas.

—Es que estoy... distraída.

—Siento que ya hemos tenido esta conversación.

Suspiré y le enseñé la pantalla del móvil. Johnny pareció todavía más confundido cuando vio lo que estaba mirando.

—¿Qué es eso?

—Frasas de amor.

—¿Eh? ¿Y para qué las quieres?

—¡Para decírselas a Aiden! Me ha dicho que hasta que no le diga algo cursi no me perdonará.

Johnny contuvo una risotada por compasión, porque era obvio que yo estaba bastante agobiada mientras seguía bajando y leyendo a toda velocidad.

—¿Y eso no es hacer trampa? —preguntó.

—¡No! Es tomar ideas.

365

—Si le dices frases de internet, se enterará.

—...puede que no...

—Encanto, lo que se tiene que hacer en estos casos es decir algo significativo para la otra persona. Algo que solo él y tú podáis entender. Ya sabes, algo especial.

Me quedé mirándolo un momento, pensativa.

—Pero ¿tú cómo sabes tanto de estas cosas?

—Yo soy un sabio del amor.

—¿En serio? —esboqué una sonrisa maliciosa—. ¿Y cuándo fue la última vez que tuviste pareja?

—Eso ha sido cruel.

—Eso ha sido una pregunta inocente.

—Pues estuve con la chilena hasta hace poco —se defendió—. Hace bastante que no la llamo, ¡pero si la llamara estaría encantada!

—Ajá.

—¡Es verdad!

—Ajaaaaaá.

—No te burles —advirtió, muy digno—. Al menos, yo no tengo que buscar frases cutres por internet.

Jaque mate, Marita.

Iba a responder, pero los dos nos giramos hacia la cocina cuando escuchamos el ruido de algo cayendo al suelo.

Ese algo resultó ser Alan, que se había acercado a cotillear y cuando había intentado irse corriendo para que no lo pilláramos se había resbalado y caído de culo al suelo.

—Auch —se lamentó, frotándose el culo mientras Johnny lo ayudaba a levantarse.

—¿Se puede saber qué hacías espíándonos? —entrecerré los ojos.

—Yo no estaba espiando a nadie —protestó Alan, muy digno—. Solo me preguntaba dónde estabas. ¡Me has dejado solo en las mesas!

—Si no espiabas, ¿por qué has salido corriendo? —Johnny también entrecerró los ojos.

—P-para... ¡para que no pareciera que estaba espiando!

Había enrojecido, lo que contrastaba bastante dramáticamente con su habitual cara de hastío.

Pareció que la vida se le iluminaba cuando uno de los clientes se acercó a la barra y tuvo que ir a atenderlo, librándose de nosotros. Johnny y yo lo seguimos con la mirada, desconfiados.

—¿Te has fijado? —pregunté en voz baja.

—¿En qué? —Johnny me miró.

—Hace unos días que no habla de su exmujer.

Johnny parpadeó, pasmado, antes de asentir.

—Es verdad —murmuró—. A lo mejor ya lo ha superado.

—O la tiene secuestrada en el sótano.

—Sí, seguramente sea eso.

Y se puso a cocinar felizmente.

No hice gran cosa más durante el resto del turno y cuando terminó me fui a quitar el delantal sin mucho entusiasmo. No se me ocurría nada cursi. ¿Por qué demonios no me había pedido que le dijera algo cruel? Eso se me daba mejor.

A mí también.

La pequeña alegría del día fue ver a Lisa cuando salí de la cafetería. Estaba esperándome con una bolsita con dos hamburguesas y esbozó una gran sonrisa al verme.

—¡Hooooo! —me dijo alegremente—. Mira quién te ha comprado la cena.

—Oh, no, ¿qué has hecho?

—No he hecho nada, desconfiada. Solo quiero pasar un rato contigo.

Últimamente estás muy desaparecida.

—Lo dice la que tenía novio en secreto —la provoqué un poco con una pequeña sonrisa.

—Para empezar, no es mi novio —me dijo, siguiéndome a casa—. Y para seguir...

eh... se me ha olvidado.

Sonreí, divertida, y seguimos andando las dos hacia mi casa. Lisa, para variar, me dijo que estaba harta de su profesora amargada —la de siempre — pero que al menos ahora que habían cambiado de semestre no tendría que verla por ningún lado que no fueran los pasillos. También parloteé sobre Russell y sobre que había visto un vídeo de un entrenamiento de Holt, pero tuvo mucho cuidado con no mencionar a Aiden en ningún momento.

Es decir, que había hablado con él sobre nosotros.

Bueno... ¿había un nosotros? ¿Lo había llegado a haber?

Buena pregunta.

Cuando llegábamos a mi casa, no pude evitar fruncir un poco el ceño al ver que había un camión aparcado al otro lado de la calle y un hombre no dejaba de transportar cajas al interior del edificio. Oh, no, ¿vecinos nuevos?

—¿Viene alguien nuevo al edificio? —preguntó Lisa al verlo.

—Puede que sí —murmuré, acercándome.

367

Estuve a punto de preguntar al tipo que estaba transportando cajas, pero me sorprendió un poco que nada más verme se detuviera en seco y se quedara mirándome.

—Creo que has ligado —me dijo Lisa en voz baja.

Le puse mala cara, pero volví a centrarme cuando el tipo se acercó con unos papeles en la mano y los miró un momento.

—¿Amara Dawson? —preguntó, mirándome.

—Eh... sí.

—¿Puede firmar aquí?

Me dio los papeles, a lo que yo me quedé todavía más confundida.

—¿Qué es esto? —pregunté, mirando las cuatro hojas con cierta confusión.

—El recibo de los muebles y las cajas —me dijo, como si fuera obvio.

—¿Muebles y cajas?

—Sí... ¿no le ha llegado la carta?

Nos debió ver la cara de confusión total a ambas, porque suspiró —como si estuviera harto de dar explicaciones a gente aleatoria— y siguió hablando:

—Usted puso una denuncia por unos bienes robados, ¿no es así?

¿Eh...?

Espera... ¡mis cosas! ¡Las que mi compañera de piso se había llevado!

Las miré con los ojos muy abiertos y vi que había dos personas transportando una cómoda hacia el interior del edificio. ¡Mi cómoda! ¡Y esas eran mis sillas! ¡Y en esa caja ponía libros! ¡Eran mis cosas!

—¿Han encontrado mis cosas? —pregunté, pasmada, firmando el papel.

—Últimamente han incautado bastantes bienes robados. La gente los vende en subastas junto al muelle y la policía los encuentra con bastante facilidad. No son muy listos —puso los ojos en blanco—. Seguramente falten algunas cosas que consiguieron vender, pero está casi todo.

—¿Y qué hay de la chica? —preguntó Lisa con cara de asesina—. ¿Dónde está?

¿Podemos hablar con ella?

—Eso no lo sé —murmuró él, guardándose los papeles—. Pero normalmente cuando devuelven todos los muebles es porque han pillado al responsable y le han ofrecido una reducción de condena a cambio de devolverlos. Aunque creo que en este caso en particular pillaron a la chica con mucha marihuana encima y... bueno, eso nunca termina bien.

Oh, ¿así que la habían pillado? ¿Tendría que pagar una multa gigantesca?

¿Quizá algo peor?

Adoro los finales felices.

¿Estaba mal si no me daba ninguna pena?

Nah. Que se joda.

Tardaron más de media hora en subir todas las cosas, pero por suerte Lisa estaba conmigo y me ayudó a colocarlo todo en su lugar. Los tres tipos que lo habían subido todo también nos echaron una mano —aunque a esos tuve que darles propina antes de que se fueran—.

En conclusión: cuando terminamos, ya había pasado una hora.

Dejé la última caja sobre mi cama y suspiré pesadamente. Lisa se encargó de quitarle la cinta y abrirla.

368

—Aquí hay ropa —me informó, empezando a pasármela para que pudiera meterla en el armario—. Esa chica se merece que la encierren de por vida. Una cosa es tocar los muebles, pero... ¡¿La ropa?! ¡Eso es sagrado!

—Me encantan tus prioridades en la vida, Lisa.

—Y a mí me... espera, ¿qué es esto?

Me asomé para ver qué sujetaba y una gran sonrisa hizo que mi expresión se iluminara al instante.

—¡Señor Abracitos!

—¿Eh?

Le quité el peluche de las manos y le di un abrazo.

—¡Es mi Señor Abracitos, Lisa!

Ella me juzgaba con la mirada mientras yo lo abrazaba con fuerza, como si fuera un viejo amigo al que no había visto en años.

—Un... peluche —murmuró, confusa.

—¡No es un peluche cualquiera!

—Oh, no —suspiró—. Aquí hay algo más que te gustará.

—¿El qué...? ¡PATTY!

A la pobre Lisa casi le dio un infarto cuando le quité la vieja y medio destrozada máquina de escribir de las manos. ¡Mi bebé!

—Solo tú le pones nombre a una máquina de escribir —me dijo, divertida, cuando yo la coloqué en mi mesa como si fuera mi mayor tesoro.

—¡Lisa, es mi máquina de escribir! ¡Voy a poder escribir otra vez!

—¿Ya tienes una idea?

—Bueno... no.

—Pues... yo creo que tienes un pequeño obstáculo en el camino de la escritura.

—Mi terapeuta me dijo que podía escribir sobre lo que me pasó, pero no sé...

Me quedé callada de golpe. Oh, no.

Me giré rápidamente hacia Lisa, que pareció un poco confusa. Se me aceleró el corazón por los nervios. ¡Mierda, lo había dicho sin querer!

—¿Vas a ver a un terapeuta? —preguntó, sorprendida—. Oh, em... supongo que eso es bueno, ¿no? Dicen que es muy saludable.

No dije nada. De repente, estaba muy nerviosa. Siempre que sacaba ese tema me ponía muy nerviosa. Lisa me miró con cierta curiosidad.

—¿Puedo preguntar... qué te pasó?

—¿A qué te refieres? —fingí no entenderla.

—Has dicho que te había recomendado escribir sobre lo que te pasó —frunció un poco el ceño—. ¿Qué es?

De pronto, sentí que se me retorció el estómago. No sabía si quería contárselo a Lisa. De hecho, no sabía por qué demonios lo había soltado de esa forma tan natural.

Unos meses atrás, habría sido incapaz de hacerlo. Y ahora acababa de tratarlo como si fuera un tema cualquiera, sin importancia, ¿qué demonios



me pasaba?

—Nada —murmuré, un poco a la defensiva, acercándome de nuevo a la caja.

Pero Lisa no se acercó conmigo. De hecho, se quedó un poco al margen, mirándome con una expresión que desgraciadamente entendí muy bien.

—No es nada —repetí.

369

—A veces siento que no me cuentas las cosas porque crees que voy a juzgarte —

empezó, dudando—, pero no lo haré, Mara, nunca te...

—No es nada, ¿vale? Ha sido... una tontería, no sé por qué lo he dicho.

No dijo nada más, pero podía notar que seguía mirándome. Intenté centrarme en sacar la ropa de la caja, pero era imposible. De pronto estaba muy nerviosa. ¿Por qué demonios había dicho nada?

—Si necesitas hablar de algo...

—Lisa...

—...sabes que puedes contar conmigo.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes? —apretó un poco los labios.

No respondí. Me estaban empezando a zumbar los oídos. Intenté cerrar con fuerza los ojos por un momento para ver si el zumbido se detenía, pero no sirvió de mucho porque sabía que Lisa seguía mirándome fijamente.

Así que, al final, solté lo primero que se me ocurrió:

—Me han invitado a una reunión de antiguos compañeros de instituto. Mañana.

No sé por qué se me había ocurrido eso, o por qué de repente me sonaba tan convincente. Quizá era porque en el fondo sí que era eso lo que me había tenido tan agobiada esos dos últimos días, por mucho que intentara no pensar en ello.

—¿Del instituto al que fuiste cuando vivías con tu madre? —preguntó Lisa, suavizando su expresión.

—Sí.

—¿Y... no quieres ir?

—No quiero encontrarme con alguien.

Con varias personas, de hecho.

Lisa pareció algo sorprendida con eso último. Caviló unos instantes antes de acercarse a mí.

—¿Quieres que Russell y yo vayamos contigo? —preguntó—. Así te sentirías más segura, ¿no?

—No hace falta, Lisa, no creo que vaya.

Y, de repente, vi la expresión preocupada de Lisa y me pregunté a mí misma por qué nunca le había contado nada de lo que había pasado esa noche. En el fondo, sabía la respuesta.

—No quiero encontrarme con Drew, mi exnovio —añadí, mirándola—. Ni tampoco con Abigail, mi... la que era mi amiga. Ni con... James.

Lisa parpadeó, confusa, como si supiera que el asunto era grave pero no supiera cómo interpretarlo.

—¿Quién es James?

—Era el mejor amigo de Drew y el novio de Abigail.

—¿Y por qué no querías encontrártelo?

Abrí la boca para decírselo, pero al final me acobardé y volví a girarme hacia delante. Me estaba empezando a crecer el nudo en la garganta. No sabía cómo demonios abordar el tema.

—Él me hizo algo... malo —dije al final en voz baja—. Y todos empezaron a odiarme porque... porque pensaron que había sido culpa mía.

370

Hubo unos momentos de silencio. De hecho, no miré a Lisa a la cara, pero podía adivinar su expresión. Estaba intentando entender dónde quería llegar. Y, conociendo a Lisa, estaba a punto de conseguirlo.

Justo cuando empezó a entenderlo, noté que se tensaba de arriba abajo y me volvía a mirar.

—¿Lo que te hizo...? —empezó en voz baja—. ¿Es por eso que no... no te gusta que te toquen?

Asentí con la cabeza sin mirarla. La escuché tragar saliva.

—¿Por eso no has estado con nadie desde los quince años?

Volví a asentir. Su voz sonaba ahogada, como si estuviera a punto de llorar. No quería verla llorando, así que mantuve la mirada clavada en mis manos.

—Oh, Mara, yo no... —se cortó a sí misma y vi por el rabillo del ojo que sacudía la cabeza—. No sabía... yo no... no sé...

—No pasa nada, Lisa.

—Sí que pasa —me sorprendió la brusquedad que usó para decirlo—. Por Dios, Mara, si lo hubiera sabido... yo no... ese hijo de... —cerró los ojos un momento—. ¿Por qué nunca me lo has dicho? ¡Te habría ayudado en todo lo que pudiera!

—No es que pensara que no me ayudarías —murmuré.

—¿Entonces?

Puse una mueca, como si me resultara complicado admitirlo. Y era verdad. Era muy complicado.

—Porque el noventa por ciento de las personas que lo sabían me habían echado la culpa y habían empezado a odiarme —solté por fin, mirándola—. Y... podía soportar que ellos lo hicieran, pero si lo hubieras hecho tú...

No terminé la frase, pero no hacía falta. En cuanto vi que se le llenaban los ojos de lágrimas y sentí que yo también estaba a punto de llorar, puse una mueca.

—Ni se te ocurra llorar —advertí con mala cara.

—Oh, Mara... serás idiota.

Eso me distrajo un momento. No me esperaba esa mezcla de lágrimas, enfado y mala cara. Y menos de parte de Lisa.

—¿Yo? —pregunté, pasmada.

—¡Sí, tú! —me frunció el ceño—. ¡Pensaste que te juzgaría por... por algo así! ¿Es que no has aprendido nada en todos estos años juntas? Maldita sea, si me lo hubieras dicho te habría acompañado a denunciarlo, te habría ayudado en todo... ¡incluso me habría presentado en casa de ese maldito imbécil asqueroso con unas malditas tijeras para cortarle las malditas bolitas!

Estuve a punto de sonreír, divertida, pero me volvieron a entrar ganas de llorar cuando vi que ella ya no podía aguantárselo más y empezaba a hacerlo.

—¿Puedo darte un abrazo? —preguntó al final.

Dudé un momento antes de asentir, a lo que Lisa prácticamente se lanzó sobre mí rodeándome con los brazos y apretándome en un fuerte abrazo.

Era raro abrazarla de esa forma tan... abierta. Sentía que no recordaba la última vez que había podido hacerlo. Pero era agradable. Era agradable notar que alguien me abrazaba simplemente porque me quería, sentir que intentaba hacerme sentir mejor.

Moví los brazos sin pensar y le devolví el abrazo, a lo que noté que empezaba a lloriquear con más intensidad.

371

—Lo siento tanto, Mara —me dijo junto al oído, sorbiendo la nariz—. Nadie debería pasar por eso.

—Estoy... superándolo —murmuré—. Poco a poco.

—Y lo vas a superar del todo —se separó, sujetándome las mejillas con las manos—. ¿Has dicho que vas a un terapeuta? ¿Qué te ha dicho? ¿Qué necesitas?

—Lisa...

—¿Necesitas ir a darle una paliza a ese tío para superarlo? Yo te ayudo. ¿Voy a por los cuchillos y tú a por las cuerdas o al revés?

—¡Lisa! —sonreí en medio de las lágrimas.

—¿O es mejor que no hablemos de él? —de pronto puso cara de horror—. Oh, no, ¿estoy empeorando las cosas hablando de él? ¡Mierda!

—Lisa, no pasa nada —le aseguré, poniendo mis manos sobre las suyas en mis mejillas—. Estoy... mejor. O eso creo. Y de la paliza ya se encargó Aiden.

—Ooooooh, ¡así que fue por eso! —sonrió maliciosamente—. Bien. Le daré una palmadita de recompensa en cuanto lo vea.

—No hace falta —le aseguré—. Y... mi terapeuta me dijo que a lo mejor podría escribir sobre el tema. Que escribir es terapéutico y todo eso.

—¿Y tú estarás bien escribiendo sobre eso? —preguntó Lisa, preocupada.

—Eso creo. Además, podría ayudar a otras personas que hayan pasado por lo mismo, ¿no?

—Sí, pero...

Hizo una pausa, mordiéndose el labio. Frunció un poco el ceño, confusa.

—¿Pero...? —la insté a seguir.

—Pero... si quieres escribir sobre ti misma, no hace falta centrarlo todo en esa noche —añadió—. Tú... eres mucho más que lo que te hizo esa persona, Mara.

Eso me dejó pasmada durante unos segundos, a lo que Lisa sonrió un poco.

—Escribe algo que te haga feliz —añadió—. A lo mejor podrías crear una historia sobre lo que te pasó pero sin decir explícitamente que es tu historia, ¿no? Eso también está bien.

—Sí, yo... tengo que pensarlo.

Lisa asintió. Tenía una pequeña sonrisa.

—Sé que me vas a odiar por ponerme sentimental... —empezó.

—Oh, no.

—...pero que sepas que estoy muy orgullosa de ti.

—Si no he hecho nada bueno.

—¡NO DIGAS ESO!

El chillido casi me provocó un infarto. La miré, pasmada.

—¡Lisa! ¡No me grites, casi me...!

—¡Estás aquí intentando superarlo! —me dijo, muy enfadada—. ¡Eso es hacer algo! ¡Eso es hacer mucho!

—Pero... no he...

—¡Lo importante es que lo intentes, idiota!

—¡Deja de insultarme!

—¡Deja de merecerte insultos!

Sonreí, divertida, y volví a abrazarla. Lisa tardó unos segundos en devolverme el abrazo y nos quedamos las dos en silencio durante unos instantes. Uno de esos 372

silencios creados simplemente porque no hace falta decir nada más para entenderte perfectamente con la otra persona.

Casi me había puesto emocional cuando Lisa, de pronto, me dijo:

—¿Esto quiere decir que puedo volver a darte besitos y abrazitos cuando quiera?

—Ni se te ocurra.

—¿Ni un poquito?

—No.

—¿Ni un poquititito?

—¡LISA!

—¡Estoy intentando negociar!

—Vale, por ahora podemos... acordar un abrazo por día.

—Dos. Y uno largo.

—Mhm...

—¡Perfecto!

—¡No he dicho que s...!

—¡No sabes cómo he echado de menos abrazarte, aunque seas una idiota!

Sacudí la cabeza, divertida, y dejé que me estrujara un poco más en un fuerte abrazo.

Me pasé el resto del día con Lisa. Ahora que ya se lo había contado todo, me sentía como si por fin hubiera derribado ese último muro que separaba nuestra amistad, de alguna forma. Incluso a ella la notaba mucho más relajada a mi alrededor, como si no le diera miedo decirme algo inapropiado para no hacerme daño. Y creo que no me di cuenta hasta ese momento de que mi amistad con Lisa no había sido así de sana desde ese día. Y había sido porque yo misma lo había impedido... hasta ahora.

Se quedó a dormir conmigo e hicimos una maratón de una serie que le gustaba aunque a mí me dio un poco igual, solo me interesaba la parte de comer palomitas. A la mañana siguiente, me ayudó a colocar las últimas cosas que me habían llegado en su lugar y me acompañó a la comisaría a confirmar que me había llegado todo y que quería mantener la denuncia.

Una pequeña parte de mí pensó en retirarla para no perjudicar a Zaida más de lo que ya estaba, pero la otra parte... quería un poco de justicia.

¡Me había quitado a mi Señor Abracitos! ¡Eso era imperdonable!

Eso, eso.

Cuando Lisa se marchó para ir a clase y yo fui a la cafetería, me sentía como nueva, como si fuera una persona mucho más relajada. Hacía mucho que no me sentía así. Incluso mi jefa y mis dos compañeros, Johnny y Alan, comentaron lo bien que me veía ese día, mucho más animada.

Creo que fue por eso, precisamente, que esa noche justo después de cenar mandé un mensaje a Aiden.



No había hablado con él durante esos tres días, desde que me había dicho que tenía que decirle algo cursi para que me perdonara. Y no sabía si me respondería, si no lo haría o si directamente me tendría bloqueada. Pero lo intenté igual.

Puse mala cara cuando vi que se había cambiado el nombre en mi móvil.

Mara: ¿Quién te dio permiso para cambiar tu nombre en mi móvil?

Una gran forma de empezar unas disculpas.

373

Enrojecí un poco cuando me di cuenta, pero cuando iba a borrar el mensaje vi que los palitos se volvían azules y se me detuvo el corazón.

Oh, no. La hora de la verdad.

¿La mandará a la mierda? ¿Le dirá que ya está con otra? No se pierdan el próximo episodio de...

¡Conciencia, ahora no!

Perdón, me he dejado llevar por el momento.

Me mordisqueé el labio inferior mientras veía que no aparecía ningún mensaje.

Vamos... ¿es que no iba a responderme? ¿Aunque fuera con un insulto? Prefería un insulto que la indiferencia absoluta.

Casi se me escapó el móvil de las manos cuando vi que llegaba un mensaje suyo.

Mi capullo favorito: Este nombre me parecía más apropiado.

Mara: Pues tú me tienes guardada con un simple 'Mara'.

Mi capullo favorito: Eso no es verdad.

Mara: ¿Y cómo me tienes guardada?

Mi capullo favorito: 'Mi amargada favorita'.

Sonreí como una idiota a la pantallita.

Mara: Lo siento, pero voy a cambiarte el nombre.

Aiden<3: Solo te lo perdono si me pones un corazón.

Mara: No te lo he puesto.

Aiden<3: Siento que ya hemos tenido esta conversación y vuelves a mentirme, pero no me quejo.

Estaba a punto de escribir, pero me detuve al ver que su nombre aparecía en la pantalla.

Tuve un pequeño momento de pánico cuando vi que me estaba llamando. Oh, no. ¿Y si decía una tontería? ¡Con los mensajes tenía más tiempo para pensar, pero con una llamada tenía que improvisar!

Al final, carraspeé y respondí al móvil como si estuviera completamente segura de lo que estaba haciendo.

—Hola —murmuré, pero al final mi voz no sonó muy segura.

—Hola —me dijo él.

Hubo un momento de silencio. Me dio la sensación de que Aiden estaba sonriendo.

—¿Y bien? —preguntó al final.

—¿Eh?

—¿Dónde está mi declaración cursi? La estoy esperando.

—Ah, eso... ejem... —carraspeé, enrojeciendo—. Se me han ocurrido algunas frases que...

—Como sean frases de internet, te cuelgo.

—¡No son...! —me detuve y suspiré—. Vale, son frases de internet.

Él empezó a reírse, para mi mayor vergüenza.

—Eres tan previsible... —me dijo, divertido.

—Yo no soy previsible —me enfurruñé—. Me conoces demasiado, ese es el problema.

—Yo no lo veo un problema.

—¡Pues deberías saber que estas cosas se me dan fatal!

374

—Lo sé perfectamente, por eso quiero que lo hagas por mí. Para que tengas que esforzarte un poquito.

—Vale, lo pillo. Ya se me ocurrirá algo.

—Aquí estaré esperándote.

—Deja de decir esa frase, capullo.

—¿Insultos? No creo que sean lo mejor para disculparse, Marita.

—Si me llamas Marita, creo que no voy a querer disculparme.

—¿Y si te digo la sorpresa que te tengo preparada para cuando te disculpes?

Solo por el tono, supe perfectamente a lo que se refería.

—¿Es algo perverso? —enarqué una ceja.

—Mhm... puedes ser más específica.

Mierda, ¿por qué me estaba acalorando?

—¿Tiene... que ver con tus dedos?

—Y con la lengua. Y con otras cosas.

Carraspeé, un poco acalorada.

—Ya —murmuré.

—Aunque no puedo decir que tu lengua viperina no me guste, también —añadió.

—¿Cuándo la uso para decirte cosas crueles?

—Y cuando la usas en mi ducha.

—¡Aiden!

—Oye, estoy enfadado, pero eso no quiere decir que sea de piedra. Echo de menos tocarte.

—Tienes que aprender a enfadarte mejor, si me dices estas cosas no puedo tomarte en serio.

—Mhm... a lo mejor debería castigarte, así me tomarías en serio.

Enrojecí de golpe y eso, claro, me irritó.

—¿Quién eres ahora? ¿Christian Grey?

—Si te pone que te aten y todo eso, yo me leo los libros y tomo ideas.

—No, no me pone que me aten.

—¿Y los azotes?

—Oh, ¿me los vas a dar tú?

—Ya lo creo. Especialmente si te pones esa faldita de la otra vez.

—¿Y qué más me harás si voy con esa faldita, Aiden?

—Lo primero, quitarte las bragas.

—¿Qué te hace pensar que llevaría bragas puestas?

Hubo un momento de silencio. Ya estaba muy acalorada. Lo escuché carraspear.

—Si tu intención era ponérmela dura, que sepas que lo has conseguido.

—Bien —entrecerré los ojos—. Pues ahora pásatelo bien con tu manita.

—Oye, eso es cruel.

—¡Tú eres el que está enfadado!

—¡Tú eres la que dijo todo eso!

—Vaaaale —suspiré—. Pensaré en algo cursi.

—Que sea rápido, por favor. No quiero tener que volver a soportar tener los huevos azules durante semanas.

—¡Aiden! —abrí mucho los ojos.

—¡Es muy incómodo! —protestó.

375

—¡Pero no me cuentes esas cosas, conserva un poco la magia!

—Meh —masculló—. Me voy a dar una ducha fría, antipática.

—Vale, capullo.

—Piensa en algo cursi, es una orden.

—Vale, daddy.

—Mierda, no empieces con apodos guarros o el dolor de huevos será peor.

—Vale, daddy.

Empecé a reírme cuando él maldijo en voz baja y colgó el teléfono.

La madre de James vino a la hora que habíamos acordado, aunque esa vez pareció más segura que la última. De hecho, incluso me dedicó una pequeña sonrisa al entrar en mi casa.

—Mi marido todavía no sabe nada —me dijo, sentándose en el sillón.

—¿Todavía?

—Bueno, cuando se entere ya estará en proceso judicial. Espero.

Hizo una pausa para mirar los papeles que había dejado sobre la mesa. Los había mirado yo misma la noche anterior con todo mi equipo de atracadores profesionales, que habían venido porque no querían quedarse con el chisme a medias y querían saber qué demonios iba a hacer con toda esa información.

Porque... sinceramente, era mucha información. Y mucho más grave de lo que esperaba. Había desde sobornos, cuentas en paraísos fiscales, negocios sospechosos...

hasta cosas mucho más bajas, como encubrimientos de violaciones de personas bastante importantes de la zona, en algunos casos a personas que ni siquiera tenían dieciocho años.

Pude ver el momento exacto en que ella leyó eso último, porque se quedó pálida y volvió a dejar el papel rápidamente en la mesa, sacudiendo la cabeza. Le dejé unos segundos para que se recompusiera. Fue ella quien rompió el silencio.

—He estado contactando con todos los periodistas que he podido —dijo al final, mirándome—. La mayoría ni siquiera me han escuchado. Hay uno que está dispuesto a publicarnos, pero... dice que falta algo.

—¿Qué demonios puede faltar? ¡Aquí están todas las pruebas!

—Pero dice que pueden ser una falsificación.

—¿Y qué se supone que podemos darle a parte de esto? ¿Testigos?

—Me ofrecí a serlo yo, pero dijo que no sería muy creíble —puso una mueca—.

La gente podría creerse que solo lo hago para darle mala imagen o algo así.

—¿Y qué hay de mí?

—Tampoco creo que funcione, Mara, lo ideal sería...

Las dos nos quedamos calladas cuando escuchamos que llamaban al timbre. Por un momento, pensé que podría ser su marido. Ella también debió pensarlo, porque se apresuró a meter todos los papeles en una carpeta y a esconderla bajo la mesa mientras yo me ponía de pie.

Pero... no. No eran ellos.

Era la esposa de Aiden, April.

Me quedé mirándola un momento, pasmada. Ella iba con el pelo rubio atado, un vestido bastante profesional, unos tacones que hacían que nuestra diferencia de altura fuera casi cómica y un bolso rojo colgado del hombro. Estaba claro que se iba a trabajar.

—Eh... hola —le dije, algo perdida.

376

April tragó saliva al verme, como si no se alegrara mucho de hacerlo.

—Hola —masculló.

Silencio. Bastante incómodo.

—¿Puedo ayudarte en algo o...?

Me quedé callada de golpe cuando April rebuscó en su bolso y me dio unos cuantos papeles. La miré, algo desconfiada, antes de aceptarlos y leerlos rápidamente.

—¿Qué es esto? —pregunté, confusa.

—Mi declaración firmada de que confirmo todo lo que diréis sobre mi padre.

Abrí mucho los ojos y la miré. Ella pareció un poco incómoda cuando señaló el otro papel.

—Eso es lo que tenéis que darle al reportero para que publique al artículo —

añadió—. Seguramente os pida un poco de dinero, pero... eso ya lo añadís vosotras.

No quiero saber nada más del tema.

Seguía mirándola con los ojos muy abiertos, pasmada. Ella enrojeció un poco.

—¿Vas a decir algo o ya puedo irme? —preguntó un poco bruscamente.

—Eh... —miré los papeles, todavía intentando centrarme, y levanté el tercero—.

¿Qué es esto?

April miró el papel unos segundos antes de apartar la mirada y parecer un poco triste.



—Son... los papeles del divorcio. Firmados.

Hubo un momento de silencio. No supe cuál era mi expresión, pero la suya parecía un poco devastada.

—Dáselos a Aiden —añadió, mirándome—. Y dile que... bueno, no. No le digas nada. Solo... dáselos, que los lea y que los firme. Y... acabaremos con esto de una vez por todas.

—April, no sé qué decir, yo...

—Oh, ni se te ocurra —me advirtió al instante—. No quiero tu agradecimiento.

No estoy haciendo esto por ti, lo estoy haciendo por Aiden.

Hizo una pausa y, en medio del enfado, me dio la sensación de que por primera vez la veía un poco vulnerable, como si estuviera a punto de ponerse a llorar. Pero se limitó a respirar hondo, levantar la barbilla y mirarme con una ceja enarcada, como si nada le importara.

—Aunque no te lo creas, he querido mucho a Aiden —añadió—. Probablemente más que tú, pero seguro que te da igual.

Pensé en soltarle algo mordaz, pero no me salía nada. Me daba la sensación de que esa agresividad no era por mí, era por ella. Necesitaba desquitarse con alguien. Y

yo estaba ahí, así que... era un objetivo fácil.

—Estarás contenta, ¿no? —añadió.

—¿Yo?

—Me has quitado a mi marido y a mi padre a la vez.

Tenía que admitir que no esperaba eso. Ni siquiera supe qué decirle.

—April, no pretendía...

—Oh, me da igual —hizo una pausa y me dio la sensación de que su máscara de hierro desaparecía un poco—. Solo... no le hagas daño a Aiden.

Asentí un poco con la cabeza.

—No quiero hacerle daño —le aseguré.

377

Esas parecieron ser las palabras mágicas, porque de pronto April dejó de ponerme mala cara del todo y apretó los labios para aguantarse las ganas de llorar.

Pareció enfadarse consigo misma por eso, pero se limitó a tragar saliva y tratar de recuperar la seriedad.

—Realmente sientes algo fuerte por él, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

Ni siquiera lo dudé. Volví a asentir con la cabeza. Ella agachó la mirada un momento antes de volver a girarse hacia mí.

—Pues más te vale no hacerle daño —me dijo, recuperando la expresión altiva de siempre—. Porque si me entero de que le haces daño pienso volver a por ti. Y puedo parecer una rubia tonta que solo sabe arañar, pero dentro del bolso tengo un spray pimienta que no dudaré en usar.

—¿Un spray...?

—Lo encontré tirado por la calle y me lo quedé, ¿vale? —me dijo, a la defensiva, antes de apretar los labios—. Bueno, pues... ya sabes, adiós.

Iba a responderle, pero se marchó antes de que pudiera hacerlo. Bajé la mirada a los papeles y me giré hacia la madre de James, que estaba conteniéndose para no empezar la celebración antes de tiempo.

Durante los dos siguientes días, nada cambió mucho en mi vida. Sin embargo, el lunes todo el mundo empezó a hablar de un sorprendente artículo de uno de los periódicos más importantes de la ciudad en el que se

acusaba a varias personas importantes de cosas muy graves, entre ellos el jefe de policía, el alcalde, dos de sus ayudantes y... el padre de April.

No se supo mucho más del tema hasta una semana más tarde, cuando salió otro artículo del mismo autor en el que se hablaba de todos los cargos que caerían a cada una de las personas que salían en los papeles, empezando por los más suaves y terminando con los peores. El jefe de policía se llevó uno de los peores, aunque el padre de April no se quedó muy lejos.

Lo primero que hicieron fue echarlos a ambos de sus respectivos trabajos. Al padre de James porque, obviamente, no volverían a darle la licencia para ser policía en su vida y estaba en proceso judicial.

Con el padre de April fue distinto, al principio la liga no se pronunció al respecto, al menos hasta que varias asociaciones empezaron a hacer manifestaciones pacíficas acusándolos de dar apoyo a actitudes horribles. Internet se volvió loco apoyando esas manifestaciones, empezaron a salir en la prensa, la gente amenazó con empezar firmas y más protestas... y al final decidieron alejarse todo lo posible del escándalo echando al padre de April, por lo que él perdió a los abogados de la empresa y tuvo que enfrentarse por fin a su propio proceso judicial.

Por lo que escuché, el padre de April fue acusado de tráfico de influencias —se libró de todo lo demás— y lo condenaron a seis años de prisión y una multa que casi hizo que me desmayara al leerla.

El padre de James no lo tuvo tan fácil. Consiguió librarse de algunos cargos, pero el número de cargos de los que lo acusaron fue... honestamente, abrumador. Su juicio duró una eternidad y hubo mucho revuelo durante esos días al respecto. Al final, de poco le sirvió. Le cayeron más de veinte años de prisión.

Pocos me parecen.

378

No volví a hablar con la madre de James o con April, aunque vi que salían en la televisión, especialmente en el juzgado o en los días en los que el caso

fue más mediático. Las dos se negaron a decir nada al respecto, aunque juraría que parecían mucho más tranquilas que la última vez que las había visto.

Lo único que permaneció en total misterio... fue cómo demonios habían llegado esos papeles a la prensa.

Je, je.

En cuanto a mí... esas semanas habían sido largas. Muy largas. Pero no había querido arriesgarme a hablar con Aiden hasta que todo estuviera listo y seguro. Con quien sí había hablado era con los que me acompañaron a robar los papeles.

Básicamente montaron una fiesta en mi casa y nos quedamos mirando las noticias. Cuando salieron las condenas oficiales, Johnny abrió una botella de alcohol y empezó a servir vasitos a todo el mundo. Casi los maté cuando entre Mark, Holt y él intentaron emborrachar a Gus Gus. Yo misma le quité el alcohol y lo mandé a dormir a la antigua habitación de Zaida.

También le había contado todo a Lisa y Russell, que parecieron bastante pasmados. Igual que la doctora Jenkins —creo que no se lo creyó del todo— y Grace, que empezó a decirme que le parecían muy pocos años de prisión para todos.

En conclusión... el único que quedaba era mi capullo favorito.

Por eso estaba ahora mismo plantada delante de su puerta.

Llamé al timbre con un nudo de nervios en el estómago. Tenía los papeles en la otra mano y tuve que contenerme para no estrujarlos por la tensión del momento.

Casi parecía que había pasado una eternidad cuando Aiden por fin abrió la puerta. Iba vestido normal, sin ropa de gimnasio, cosa que me sorprendió. Pero me alegró ver que su ojo azulado estaba mejor, aunque el interior seguía estando un poco rojo y tenía pinta de doler.

—Qué agradable sorpresa —me dijo, sonriendo y mirándome de arriba abajo, aunque su expresión se volvió una mueva en cuanto me vio las piernas—. Vaya, pensé que vendrías con falda.

—También me alegro de verte, Aiden.

—Yo siempre me alegro de verte, ya lo sabes, no hace falta que te lo diga.

Me hizo un gesto para que pasara, pero le sorprendió un poco ver que no lo hacía.

Estaba demasiado nerviosa y sentía que ahí dentro iba a ser peor.

—¿No quieres entrar? —preguntó, confuso.

—No... yo... tengo que...

Me callé de golpe cuando vi lo que tenía detrás y me asomé un poco mejor.

—¿Eso son cajas? —pregunté, confusa.

Aiden se apartó y esa vez sí que entré. Me quedé mirando el piso con una mueca de confusión, sin entender nada. Casi todos los muebles estaban cubiertos y las cosas de Aiden dentro de cajas.

Espera, ¿qué...? ¿Se iba?

—¿Te vas a mudar? —pregunté, mirándolo.

—Se podría decir que sí.

No entendí nada, pero ahora mismo no podía pensarlo. Necesitaba acabar con esto, así que extendí los papeles hacia él.

—¿Qué es esto? —preguntó con media sonrisa maliciosa—. ¿Mi discurso cursi?

—No... es algo mejor.

Aiden empezó a leer el papel distraídamente, pero vi que su expresión se volvía menos divertida y más perpleja a cada segundo que pasaba. Cuando vi que por fin llegaba al punto que quería, carraspeé y se lo dije.

—Son los papeles del divorcio firmados por April.

Aiden me miró con la boca entreabierta, pasmado, y yo me apresuré a levantar el otro papel. Seguía estando muy nerviosa.

—Y eso es... el artículo del periódico. Imagino que lo habrás visto. Han metido en la prisión a varias personas y... bueno... quería que supieras que... ejem... a lo mejor... soooooo a lo mejor... yo he tenido un poquiiiiito que ver...

Aiden seguía mirándome con cara de Pikachu sorprendido, así que seguí hablando para llenar el silencio.

—Verás, la madre de James se puso en contacto conmigo y acordamos que yo robaría los papeles y ella se encargaría de buscar a alguien que publicara el artículo.

Así que fui con Holt, Mark, Johnny y Gus a robarlos y... eh... ¡no te enfades con ellos, yo los obligué! Pero bueno, la cosa es que salió bien, después April nos ayudó y... me dio los papeles y... ejem... bueno... aquí tienes.

Seguía mirándome con cara de perplejidad absoluta, así que de nuevo seguí parlotando como una idiota.

—Han echado a su padre de la liga, así que ya no es quien coordina quién entra y sale. Hablé con Rob hace unos días por teléfono y... uf... no sabes la alegría que le di. Casi me pidió que me casara con él y todo —risita nerviosa—. Le pedí que no te dijera nada porque... eh... quería darte yo la sorpresa.

Pausa. Abrí los brazos como si lanzara confeti al aire.

—¡Sorpresa! —dije como una idiota—. ¡Puedes volver a la liga!

Silencio.

Esperé una gran sonrisa, unas palabras, una carcajada o un poco de alegría, al menos... pero no llegó. Aiden parecía haber entrado en cortocircuito.

—¿Hola? —añadí—. ¿Sigues ahí?

Aiden por fin parpadeó, como si hubiera vuelto a la realidad, y me miró mejor.

—¿Has hecho... todo esto para que pudiera volver a boxear? —preguntó en voz baja.

Por algún motivo, enrojecí.

—Es... una forma de verlo.

Aiden bajó la mirada a los papeles, pasmado, antes de volver a mirarme. Para mi sorpresa, no estaba contento.

De hecho, casi pareció apenado.

—Mara... yo odio boxear.

Ese mismo día, unas cuantas horas antes de este dramático momento Aiden

—¿No va a mejorar?

El médico negó con la cabeza.

Había estado mirándome el ojo durante esas últimas semanas. Hasta ahora los resultados habían sido bastante buenos, pero ese día ya no pareció ser así. De hecho, se limitó a decirme, de forma muy clara y profesional, que ya no mejoraría más.

—Puede recurrir a una operación —añadió—. Es algo cara y no garantiza la recuperación completa de la vista, pero es una opción a la que recurre mucha gente.

No respondí, solo me quedé mirando la pared con la mitad de mi mirada jodida y borrosa.

Ese día fui al gimnasio con menos ánimos que de costumbre, y eso que últimamente había estado con el ánimo por los putos suelos. A Rob le gustaba, claro, eso significaba que usaba más fuerza bruta contra mis oponentes, pero... los dos sabíamos que había empeorado después de lo del ojo.

Era más complicado calcular las distancias, tanto las mías como las de mi oponente. Y también era difícil calcular por dónde irían los golpes porque casi no podía ver los ojos del otro, o los detalles de cómo movía los pies. Era mucho más difícil defenderme y me había llevado algunos golpes que unas semanas atrás habría podido esquivar con una facilidad ridícula.

De hecho, creo que fue precisamente cuando el sparring con el que estaba entrenando me encajó un golpe en el estómago... cuando me di cuenta de que no podía más.

¿Qué demonios estaba haciendo ahí, gastando mi vida en algo que me daba igual?

Había perdido casi la mitad de la vista por ello, había perdido años de mi vida...

¿y todavía seguía buscando una excusa para seguir ahí?

¿Qué coño estaba haciendo?

El sparring puso una cara digna de enmarcar cuando me quité los guantes y los lancé al suelo.

—¿Qué demonios haces? —me preguntó Rob, pasmado.



No respondí. Me quité la protección de la cabeza y salí del ring de un salto. Pasé junto a Holtito, que estaba entrenando en uno de los sacos y me miraba con cierta confusión.

—¡Aiden! —me gritó Rob, siguiéndome con las orejas rojas de los nervios —. ¿Se puede saber qué haces? Vuelve al ring y...

—No.

Rob se detuvo y me miró, como si esa palabra en ese contexto no tuviera sentido.

—¿No? ¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que no, Rob.

—¿E-eh...?

—Lo dejo —recogí mi bolsa y me la colgué del hombro—. Suerte.

Rob abrió la boca y se quedó mirándome con cara de confusión extrema — igual que el resto del gimnasio— cuando salí de ahí sin mirar atrás.

Ni siquiera era muy consciente de lo que estaba haciendo. ¿Qué demonios haría ahora? ¿Qué sabía hacer? Tenía dinero ahorrado, pero en algún momento se terminaría. ¿Qué haría entonces? Había perdido la mitad de mi vida boxeando, no se me ocurría otra alternativa.

Si tan solo recibiera una señal...

Apenas lo había pensado cuando salí del gimnasio y vi que... espera.

¿Quiénes eran esos dos y qué hacían en mi moto?

381

Me quedé mirando a un tipo alto y de pelo oscuro mover los cables de la moto y subirse a ella. La chica que iba con él, también alta pero con el pelo castaño y atado, se subió a su espalda.

—¡Oye! —les grité, reaccionando y corriendo tras ellos—. ¡Esa es mi moto! ¿Qué coño...?

Ambos me miraron al instante. La chica con los ojos muy abiertos y el chico con cierto hastío, como si le molestara que los hubiera interrumpido.

Justo cuando iba a decir algo más, la chica lanzó algo al aire y lo atrapé instintivamente. Me quedé todavía más confuso cuando vi que era un fajo de billetes considerablemente grande.

—Esto es mucho más de lo que vale la moto —dije, confuso.

—Por las molestias —me dijo el chico.

Y me quedé mirando como un idiota cómo desaparecían con mi moto.

Pasados unos segundos, bajé la mirada al fajo de billetes, volví a levantarla hacia el lugar por el que habían desaparecido, volví a bajarla al dinero...

¿Y si esa era la señal?

A la mierda todo.

Sonreí ampliamente cuando me giré y empecé a andar en dirección contraria a mi casa.

Volviendo a este dramático momento

Mara

Esperé a que se riera durante unos segundos, pero... no se reía.

¡¿Por qué no se reía?!

—No tiene gracia —lo señalé.

—Lo sé, es que no es una broma.

—P-pero... yo... tú... el boxeo...

—Lo he dejado esta mañana —me dijo con una mueca.

—Bueno, ¡ahora puedes volver! —le dije, señalando los papeles—. Ya no tienes que ir a esas peleas de locos, puedes volver a la liga y...

—Amara —dejó los papeles a un lado y me sujetó la cara con las manos—. No quiero volver.

Parpadeé unas cuantas veces antes de reaccionar.

—Pensé que te gustaba el boxeo —dije, completamente perdida.

—Y lo adoraba. Al principio —se encogió de hombros, soltándose—. Hasta que se volvió aburrido. Y repetitivo. Pero no me atrevía a irme porque me daba miedo no tener nada más a lo que dedicarme. Y me daba miedo abandonar a Rob y a los demás.

Él, Samuel, Mark... sus trabajos dependen de mí. Y no quería dejarlos en la calle, así que seguí, y seguí, y seguí... hasta que me di cuenta de que he gastado la mitad de mi vida haciendo algo que no me importa solo para no decepcionar a los demás.

No supe qué decirle. Aiden sonrió y sacudió la cabeza.

—Estoy harto de dietas, de entrenamiento, de horarios, de combates, de gimnasios, de gritos y de sometimiento. No quiero volver a eso, Amara.

—Pero... —no sabía ni por dónde empezar—. Entonces... ¿t-te vas...?

382

—Sí —sonrió ampliamente, parecía tan feliz que casi me entraron ganas de pellizcarle las mejillas—. Joder, sí. He vendido la moto... de alguna forma extraña... y ya sé lo que quiero hacer.

—¿Qué quieres hacer?

—Vender toda esta mierda que no necesito, quedarme con lo que de verdad quiero, comprarme una caravana e irme de aquí sin horarios, sin nada. A

gastarme el dinero hasta que me aburra.

Sonreí un poco, todavía algo pasmada.

—Parece un buen plan —murmuré.

—Lo es.

Hizo una pausa y se acercó a mí. Sentí que se me encogía el corazón cuando me alcanzó la mano y me miró a los ojos.

—Y eres la única persona que querría conmigo —añadió en voz baja.

Estaba tan sorprendida que no fui capaz de decirle nada inmediatamente, así que Aiden siguió con una pequeña sonrisa.

—Vamos, Mara, trabajar en esa cafetería no te hace feliz. Lo que te hace feliz es escribir. Y puedes escribir donde sea. Te compraré una máquina como la que tenías antes, como Patty, y podrás escribir en cualquier parte del mundo, sin distracciones.

Hizo una pausa, recorriéndome la cara con la mirada. Ni siquiera podía contener la sonrisa de felicidad. Nunca lo había visto tan ilusionado con nada. De hecho, incluso noté que empezaba a contagiarme el entusiasmo, que se me mezcló con los nervios.

—¿Y mi piso? —pregunté.

—Estás alquilada, tampoco es como si tuvieras que venderlo.

—Y... ¿y mis padres? ¿Y los tuyos?

—Que les den.

—¡Aiden!

—Les mandaremos un mensaje, o hablaremos con ellos por Skype. ¿Qué más da? Yo solo quiero estar contigo. Tú y yo. Donde sea.

Me soltó la mano y me sujetó la cara con las manos otra vez. Noté que se me aceleraba el corazón por la emoción.

—¿Qué me dices? —añadió, mirándome con una sonrisa ilusionada—. ¿Vendrás conmigo?

Estuve a punto de devolverle la sonrisa.

A punto.

Pero... de pronto, en medio de toda esa ilusión, me di cuenta de la realidad. De mi realidad. De nuestra realidad.

—No —me escuché decir a mí misma.

Aiden mantuvo su sonrisa por unos pocos segundos antes de que empezara a borrarse y fuera remplazada por un ceño ligeramente fruncido por la confusión.

—¿No?

Negué con la cabeza, intentando no ver su expresión. No quería ver el daño que estaba haciéndole.

—No... no puedo. Lo siento.

Hubo unos instantes de silencio. Cuando por fin lo miré, vi que ya no había rastro de ilusión. Solo de confusión. Parecía tan perdido que me entraron ganas de llorar.

—¿Por qué no? ¿Qué necesitas? —preguntó—. Si es por el dinero, ya te he dicho que voy a vender...

383

—No es el dinero, Aiden.

—¿Y qué es?

—No... —cerré los ojos un momento—. No quiero ir contigo. No así.

Aiden se quedó mirándome, pasmado, y yo bajé lentamente sus manos de mis mejillas. Las devolvió a su lugar, mirándome como si no entendiera nada.

—¿Es por la caravana? —preguntó, al final, y su voz me indicó que empezaba a entender la situación y no quería asumirla.

—No, Aiden, es...

—Podemos... cambiar... no sé, podemos intentar...

—Aiden... no puedo ir contigo.

—¿Por qué no?

Tragué saliva, intentando recuperar la compostura. Pero no era fácil.

Y lo peor era saber que eso había estado en mi cabeza durante mucho tiempo, solo que no había querido verlo. Pero ahora... irme con él era una posibilidad real. Y

las posibilidades reales hacen que te des cuenta de la realidad.

Y la realidad era esa.

—Ahora mismo no puedo estar con nadie —le dije en voz baja—. No es por ti, es... no estoy bien, Aiden. Necesito... aprender a quererme a mí misma, a... a perdonarme a mí misma por lo que pasó. Y no puedo hacer eso con... con nadie.

Necesito hacerlo sola. Cuando esté con alguien quiero que sea sin inseguridades, peleas, miedo constante... quiero una relación buena, una relación sana. Y sé que ahora mismo no soy capaz de tenerla.

Aiden siguió mirándome con esa expresión confusa, pero pude ver, en sus ojos, que estaba empezando a entenderlo todo. Apretó los labios, negando con la cabeza.

—Podría ayudarte —insistió.

—No, no puedes. No quiero que lo hagas. Es injusto para los dos. No puedo exigirte que estés con una persona que no está lista para una relación, y... y tú no puedes exigirme que lo intente cuando sabes que no estoy preparada para hacerlo.

Aiden parpadeó varias veces y apartó la mirada, como si estuviera pensando a toda velocidad. Yo noté que se me formaba un nudo en la garganta.

—Lo siento —añadí.

Aiden no respondió. Tenía la mirada clavada en el suelo y noté que tenía la mandíbula apretada. Estaba intentando no mostrar lo mucho que lo estaba destrozando, pero era imposible no mostrarlo.

Avancé un poco hacia él y le puse una mano en el brazo. Él cerró los ojos, pero no se apartó.

—Esto no es por ti —añadí.

—No es por ti, es por mí —masculló, sacudiendo la cabeza—. Espero que sea una broma y no me estés soltando esa tontería.

—Siento decirte que la estoy soltando.

—¿Y qué quieres decir con eso, Amara?

—Que tú eres maravilloso —solté sin pensar—. Que... puede que a ti no te lo parezca, pero me has ayudado mucho. Muchísimo, Aiden. No cambiaría estos meses contigo por nada del mundo. Me has hecho sentir cosas que creí que no volvería a sentir en la vida y... y por primera vez en años... me he sentido como si no estuviera jodida. Porque tú me has hecho sentir como si nada en mí estuviera roto.

384

Aiden me miró con los dientes apretados, conteniendo sus emociones, y yo intenté que no se me salieran las lágrimas.

—Pero necesito estar sola —añadí en voz baja—. Ahora mismo... lo necesito. Y

tú necesitas irte de aquí y ser feliz.

—¿Y ya está? ¿Nunca más...?

No terminó de decirlo, se le había quebrado la voz. Sacudió la cabeza y se quedó mirando al suelo.

Yo me acerqué a él y apoyé mi frente en la suya.

—Eres la persona adecuada, Aiden, pero...

—...en el momento inadecuado, ¿no?

—Sí —esboqué una sonrisa triste.

Aiden se quedó mirándome un momento con expresión desolada. Bajó la mirada a mis labios y volvió a apartarla al instante, como si no quisiera tentarse. Al final, se limitó a tragar saliva.

—¿Me estás diciendo que te espere hasta que estés lista? —preguntó, al final.

—No puedo pedirte eso.

—No puedes, pero voy a hacerlo.

—Aiden, no...

—Que no insistas, pesada, voy a hacerlo.

Negué con la cabeza y me separé de él. Aiden tragó saliva al notar que me apartaba, pero hizo un esfuerzo para dedicarme una pequeña sonrisa.

—Entonces... esto es una despedida.

—No, Aiden, yo... vendré a despedirme antes de que te vayas.



—Me voy mañana —enarcó una ceja.

—Pues mañana vendré a despedirme —intenté sonreírle con malicia—. Puede que incluso sacuda un pañuelito blanco mientras te alejas por la carretera.

Mi broma no tuvo el efecto deseado, porque él no pareció alegrarse. De hecho, pareció que su expresión se volvía mucho más triste.

—Echaré de menos tu lengua viperina —murmuró.

Oh, no. Que no dijera esas cosas. Hasta ahora me las había apañado para llorar, pero si hacía eso sería imposible contenerme.

Pero Aiden solo tenía una cosa más que decirme:

—Hasta mañana, antipática.

Sonreí un poco, con tristeza.

—Hasta mañana, capullo.

Nos miramos un momento más antes de que yo me alejara en dirección de la puerta. Noté su mirada sobre mí hasta que, finalmente, me marché de su casa.

385

22

Abrí los ojos lentamente cuando escuché un ruido en la entrada. ¿Qué había sido eso? Oh, la puerta.

Me froté los ojos, un poco adormilada, cuando levanté la cabeza. Alguien acababa de entrar en casa. ¿Quién...? Oh, mi madre.

Iba vestida con un top de estampado colorido y unos vaqueros tan ajustados que no entendía cómo demonios había entrado en ellos.

—¡Marita! —sonrió ampliamente al verme—. ¿Qué haces dormida? Son las cuatro de la tarde.

—Esta... echándome una siesta.

—Si yo tuviera tu edad no perdería el tiempo en siestas —dijo tranquilamente, metiéndose en la cocina y buscando algo de comer—. Estaría todo el día por el mundo.

—Ya estás todo el día por el mundo —mascullé.

Ella se detuvo con una bolsa de comida justo delante de mí y enarcó una ceja, algo sorprendida por el tono.

—Vaya, alguien está de mal humor.

Preferí no responderle. Me dolía el cuello por haber dormido en el sofá. Me incorporé un poco y le puse mala cara cuando cambió de canal sin preguntar y se sentó a mi lado.

—Estaba viendo eso —protesté.

—No, estabas durmiendo.

—¿Se puede saber dónde has estado todos estos días? —cambié de tema, mirándola—. Podrías haber llamado, ¿no?

—Estaba con mi novio —me frunció el ceño con la boca llena.

386

—¿Y qué? ¿Tu novio no te deja llamar?

—Te mandé mensajes, ¿no? —puso los ojos en blanco—. No seas tan aburrida, Marita. Si tú desaparecieras durante días yo no te buscaría tanto.

—Sí, lo sé —mascullé.

Debió notar el tono resentido, porque se giró hacia mí con una sonrisita y se quedó mirándome fijamente.

—¿Has discutido con ese novio sexy que tienes?

—No es mi novio.

—Así que sí has discutido con él.

—No quiero hablar sobre eso.

—Oh, ¿qué ha pasado, Marita? ¿Se ha liado con otra? Suele pasar.

—No se ha... mamá, no quiero hablar sobre eso, ¿vale?

—¿Lo has hablado con la otra?

La otra era Grace, la novia de mi padre. Mamá seguía sin dignarse a nombrarla, como si hacerlo fuera humillante o algo así.

—Seguro que lo has hablado con la otra —insistió.

—Seguro que la otra habría estado conmigo cuando necesitaba hablarlo.

Fue un golpe bajo, pero en ese momento me dio igual. Mi madre me siguió con la mirada cuando me encerré en mi habitación.

No había vuelto a hablar con Aiden desde anoche y, pese a que sabía que había hecho lo correcto... me sentía mal, como si estuviera dejando pasar algo maravilloso.

Sabía que ir con él no era sano, pero una parte de mí seguía queriendo hacerlo.

Unos meses atrás, probablemente habría hecho caso a esa parte irresponsable.

Ahora, sin embargo...

No, me debía esto a mí misma. Un tiempo a solas. Un tiempo para mí. A pesar de haber estado sola tanto tiempo, nunca me había atrevido a intentar conocerme a mí misma. O a darme una oportunidad de quererme. Y ya iba siendo hora de que aprendiera a hacerlo.

Me tumbé en mi cama y abracé al Señor Abracitos. Lo había echado de menos.

Él nunca se quejaba de nada de mí. Era un alivio.

Si llega a hacerlo en algún momento, nos hacemos millonarias.

387

Justo en ese momento, Lisa me mandó un mensaje. Lo abrí sin mucho entusiasmo y me quedé con la misma cara de hastío cuando lo leí.

Espera, ¿ella también se había cambiado el maldito nombre?

¿Era una costumbre de familia o qué?

LisaLaMejorAmigaDelMundo: Hooooooooooooooooooooo :D

Mara: Dime que ese nombre que te has puesto no es real.

LisaLaMejorAmigaDelMundo: No me cambies de tema.

Mara: ¡Si todavía no has dicho nada!

LisaLaMejorAmigaDelMundo: ¡No me has dado tiempo! >□

Mara: Vale, ¿qué pasa?

LisaLaMejorAmigaDelMundo: ¿Al final quieres que Russell y yo te acompañemos esta noche a esa reunión de compañeros del instituto?

Oh, mierda, la reunión. No me acordaba.

Bueno, tampoco era tan importante, las dos sabíamos la respuesta.

Mara: No me apetece, pero gracias por ofrecerlos.

LisaLaMejorAmigaDelMundo: Bueno, si cambias de opinión avísame. TE

QUIEROOOOOOOOO <3 <3 <3

Mara: ...supongo que... yo también...

LisaLaMejorAmigaDelMundo: ¿No te parece que a ese mensaje le falta algo?

Mara: ...<3

LisaLaMejorAmigaDelMundo: AAAAHHHHH, ¡ME HAS MANDADO UN

CORAZÓN! Ya puedo morir en paz.

Negué con la cabeza y, justo cuando iba a seguir escribiendo, abrí mucho los ojos. Alguien estaba llamando a la puerta.

¿Y si era...?

No, Aiden... no tenía nada más que decirme, ¿no?

Pero ¡¿y si era él?!

Me puse de pie tan de golpe que el Señor Abracitos salió volando y yo me caí de culo al suelo. El estruendo debió sobresaltar a mi madre, porque cuando salí de mi habitación la encontré mirando mi puerta con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Qué hacías ahí dentro? —preguntó, alarmada.

—Ser idiota. ¡Yo abro!

Me acerqué a la puerta a toda velocidad, intenté recuperar el aliento y me peiné cuatro veces con las manos antes de por fin dignarme a abrir.

Pero... no era Aiden.

Eran Grace y mi padre.

—Ah —puse una mueca—. Hola.

Mi padre torció el gesto.

—Yo también me alegro mucho de verte, hija mía.

—Sí, sí, me alegro de veros, es que... eh... estaba durmiendo.

—Tienes mala cara —observó Grace con la expresión un poco preocupada—.

¿Has dormido poco?

Asentí con la cabeza y ella sonrió.

—Bueno, eso es porque no comes en condiciones, pero que sepas que hemos ido a hacer la compra.

388

—¿La... compra?

—Íbamos a venir a verte y nos hemos acordado de que la última vez tenías la nevera medio vacía.

Bajé la mirada. Los dos cargaban bolsas de la compra. Pero en cuanto abrí la boca mi padre me miró con los ojos entrecerrados.

—Ni se te ocurra protestar.

Mierda, ¿por qué me conocía tan bien?

No sé, quizá porque es tu padre.

Los dejé pasar y mi padre encabezó la marcha, suspirando.

—Me alegra ver que vuelves a tener todos los muebl... oh... hola, Camille.

Mi madre, que en cuanto los había escuchado se había colocado en posición casual pero sensual, lo miró como si acabara de darse cuenta de su presencia.

—Oh, qué sorpresa verte por aquí.

A nadie le pasó por alto que había ignorado a propósito a Grace. De hecho, ni siquiera la había mirado.

—No estoy solo —le recordó papá, algo molesto.

—Oh —mamá miró a Grace como si acabara de darse cuenta de su presencia—.

Eres... eh...

—Grace —le recordó ella.

—¡Grace! Oh, perdona, como no eres muy relevante, se me había olvidado.

Puse los ojos en blanco. Menos mal que Grace sí que se comportaba como una adulta y fingió no haberlo oído para ir con mi padre a colocar las bolsas en la cocina.

Intenté ayudarlos, pero no tardaron en echarme, así que terminé con mi madre en el salón, viendo su programa de modelos y pasarelas. Aunque ella no le prestaba atención, claro. Solo miraba de reojo la cocina con los labios apretados. A Grace, más concretamente.

—Mira eso —me dijo en voz baja—. Se ha puesto unos pantalones ajustados para presumir de piernas. Bueno, pues yo las tengo mejores. ¿A que son mejores?

—Mhm.

—Y tengo el pelo más bonito. ¡Y no tengo que teñírmelo! A todos les gustan las pelirrojas naturales.

—Mamá —la miré, cansada—, deja de convertirlo todo en una competición.

—¡Es ella quien lo hace!

—Ella se llama Grace y no ha hecho nada malo.

Mamá empezó a farfullar, pero se tuvo que callar cuando papá y Grace volvieron al salón. Papá se sentó en el sillón y Grace a mi otro lado, en el sofá. Vi que ella miraba a su alrededor con curiosidad.

—¿Has podido comprar todos estos muebles? —preguntó, confusa.

—No... son los que tenía antes. Pillaron a mi antigua compañera de piso intentando venderlos y me los devolvieron.

—Me alegro —mi padre asintió con la cabeza—. Y espero que le den una buena lección a esa chica.

—Sí —mi madre se apresuró a intervenir—. Yo también lo espero.

Sospechaba que en el fondo le daba igual y solo lo decía para demostrar que estaba de acuerdo con mi padre, pero... en fin.

—Parece que Aiden al final no era tan malo —le dijo Grace a papá con una sonrisa divertida—. Te recuerdo que fue él quien la ayudó a denunciar a esa chica.

389

Grace también es Team Aiden, me encanta.

Mi padre se cruzó de brazos. No le gustaba mucho eso de no tener la razón y que se lo restregarán.

—Eso no significa nada —aclaró—. Sigue siendo un tipo que se gana la vida dando palizas a los demás.

—Haces que suene como un mercenario —enarqué una ceja.



—Técnicamente...

—No lo es —me ayudó Grace—. Es boxeador. Es una profesión respetable, cariño.

Mi madre arrugó la nariz con ese cariño, pero no dijo nada.

—Y ya no lo es —añadí—. Lo dejó hace... poco.

—Así que es un desempleado —papá enarcó una ceja.

—¡No es... así! Tiene planes. Y mucho dinero ahorrado.

—¿Qué planes?

—Ir en caravana por...

—Oh, ir en caravana por el mundo. Qué planes más responsables.

—A mí me parece bien —comentó Grace—. Cada uno hace lo que quiere con su dinero.

—Pues yo estoy de su parte —se apresuró a añadir mamá, señalando a papá.

—Seguro que incluso te ha pedido que vayas con él a esa... locura —protestó papá.

—Pues sí. Pero para tu información... le dije que no.

Papá pareció satisfecho, pero Grace se giró hacia mí con expresión sorprendida.

—¿Por qué? ¿Algo va mal?

—Porque Marita es más responsable —masculló papá.

—Se lo estoy preguntando a ella —replicó Grace con cierto tono severo, consiguiendo que se callara.

—No es por nada importante —mentí—. Es... no sé, algo en mí me dice que no es lo correcto. Que necesito estar sola.

—Eres tan santurrona —soltó mi madre sin poder contenerse, con una sonrisa.

Por algún motivo, eso consiguió llegar a mis nervios, haciendo que empezara a enfadarme.

—No soy saturrona. Simplemente tomé una decisión.

—Y siempre tomas la decisión fácil, ¿no?

—¿Y me lo dices tú, que siempre tomas las mejores decisiones del mundo?

—Mara... —empezó Grace.

—¡No! —me aparté cuando hizo un ademán de ponerme una mano en el brazo y me puso de pie, enfadada—. ¡Dejad de meteros en mi vida!  
¡Especialmente tú, papá!

Estoy cansada de que siempre critiques a Aiden, ¿no te ha hecho nada!

—¡No es cuestión de que me haga algo o no! —me dijo, indignado—. Es cuestión de si pienso que mi niña se merece a alguien así o no.

—¡Tu niña no es una niña, es una mujer! Y tengo derecho a elegir con quién quiero estar o no, papá.

—Solo estoy preocupado, Mara, no...

—¿Preocupado? Si estuvieras preocupado de verdad verías lo mucho que he mejorado desde que lo conozco, pero estás tan ocupado criticándolo que ni siquiera te has dado cuenta.

390

Hubo un momento de silencio. Papá miró a Grace, como buscando una respuesta, y ella agachó un poco la cabeza.

—Bueno, es verdad que estás más animada —me dijo finalmente, mirándome de nuevo—. Pero no lo atribuyas a ese chico, Mara. Si mejoras es por ti misma, no por...

—¡Si mejoro es tanto por mí misma como por la gente que me quiere!

—Quienes te queremos somos nosotros.

—¡Y él también! ¡Y mis amigos! El amor no se reduce exclusivamente al ambiente familiar, papá.

—¡Pero está por encima de los demás!

—¡No tiene por qué! ¡Hay cosas que es mucho más fácil decírselas a amigos que a padres! ¡Y Lisa, Aiden... todos los demás... han estado ahí en momentos en los que tú no has podido estar! ¡También son importantes!

—No estoy diciendo que no sean importantes, Mara, pero no puedes decir que estás más feliz solo porque ese chico...

—¡Sí, sí que puedo! —exploté, mirándolo—. ¡Porque gracias a él y a mis demás amigos he... he avanzado mucho! ¡Hace unos meses ni siquiera podía soportar que me tocaran sin entrar en pánico y el otro día le di un abrazo a Lisa!

Eso dejó un poco descolocado a papá. Grace nos miraba con una expresión muy preocupada, mi madre solo parecía confusa.

—Que tengas un problemilla con que te toquen... —empezó papá.

—¡No es un problemilla! ¡Es un maldito infierno! ¿Sabes lo que es no poder soportar que nadie, ni siquiera tus propios padres, te toquen porque cada vez que lo hacen te acuerdas de la noche en que un desgraciado lo hizo demasiado?

Ni siquiera me detuve a ver la expresión completamente pálida de mi padre, de repente estaba furiosa y necesitaba desquitarme.

—¡Me he pasado años encerrada en mí misma! —le espeté, furiosa—. ¡No podía soportar que me tocaran, que se acercaran a mí, ver violencia, oler el alcohol o pasar por la maldita calle en la que pasó todo! ¡Y cada vez que intenté pedirte ayuda me decías que eran tonterías de adolescente! ¡No lo eran! ¡Y la única que lo entendió fue Grace!

Me giré en redondo hacia mi madre cuando ella ahogó un grito, indignada.

—¡No digas eso! —me señaló—. ¡Tu madre soy yo y...!

—¡Por el amor de Dios! ¡Tu propia hija acaba de decirte que la violaron siendo una niña de quince años y a ti solo te preocupa que haya dicho que alguien la entendía y tú no!

Mamá se quedó un poco descolocada un momento antes de carraspear, muy digna.

—Bueno, me preocupo de la parte que me incumbe.

—¡La parte que te incumbe! —repetí, riendo como una histérica—. ¡Soy tu hija!

¡Tu hija! ¡Se supone que deberías intentar protegerme! ¡Que deberías quererme! ¡Pero solo te preocupas de ti misma! ¡Eres una mierda de madre!

Esa última frase me había salido sin pensar y una parte de mí se arrepintió de decirla cuando vi la expresión de mi madre. Era como si alguien le acabara de romper el corazón.

—Puede que no sea la mejor madre del mundo —empezó, con voz temblorosa—, pero eso no quiere decir que no haya hecho lo que he podido y...

391

—¿Lo que has podido? ¿Cuándo fue la última vez que te preocupaste de alguien que no fueras tú misma? ¿Qué pensaste en mí para algo que no fuera egoísta? ¿Dónde coño estabas cuando volví a casa llorando porque acababan de violarme?

Ella abrió y volvió a cerrar la boca, sin palabras. Mi padre seguía pálido, como en shock. Pero yo lo ignoré y señalé a mi madre.

—¿Sabes dónde estabas? Acostándote con tu novio en el otro lado de la maldita caravana en la que vivíamos. Y cuando saliste de ahí para beber un vaso de agua y me viste llorando...

Me corté a mí misma. De pronto, se me agolparon las lágrimas en los ojos y sentí que las ganas de llorar aumentaban tan drásticamente que no podía contenerlas.

Nunca había hablado con nadie de eso. Nunca. Ni siquiera con Grace o la doctora Jenkins. Pero mi madre lo recordaba. Pude verlo en su mirada.

—¿Recuerdas lo que dijiste? —le pregunté con voz temblorosa y furiosa.

No dijo nada, pero no hacía falta.

—Me preguntaste si lloraba por un chico —le dije en voz baja—. Y te dije que un chico me había hecho daño. Mucho daño. Viste la sangre en mis rodillas y la herida en mi labio. Viste que llevaba las bragas en el bolsillo. Viste los agarrones... y supiste lo que había pasado. Y lo único que me dijiste fue que me acostumbrara porque eso era lo único que querían los hombres de chicas bonitas como yo. Que lo mejor era dejar que lo tuvieran sin resistirse mucho o terminabas con heridas en la cara por idiota.

Mi madre por fin tuvo la vergüenza de agachar la cabeza. No supe muy bien por qué lo sacaba en ese momento, pero de pronto no podía más. Había estado confesando muchas cosas durante esos pocos días... y esa era la única que seguía llevando dentro.

Ya no podía más. Me había callado todo por demasiado tiempo.

—¿Sabes que me pasé semanas creyendo que había exagerado? —seguí hablando, mirándola—. ¿Creyendo que había sido culpa mía? ¿Por lo que tú me dijiste?

¿Y sabes quién me hizo ver que no había sido por mi culpa, que necesitaba hacer algo al respecto? Exacto, Grace.

La aludida dedicó una corta mirada triste a mi madre, que seguía con la mirada clavada en el suelo.

—Así que deja de fingir que no te acuerdas de su nombre —espeté—, o que quiere convertir todo en una competición contra ti. Deja de criticarla. Y deja de meterte con ella. Ha sido la madre que tú nunca pudiste ser.

—Mara, creo que lo ha entendido —murmuró Grace, mirándome.

—¿En serio? ¿Y cuánto tiempo crees que tardará en volver a desaparecer para irse con uno de sus novios y...?

—No —murmuró mi madre de repente—. Tienes razón.

Vale, eso no me lo esperaba.

Mi enfado disminuyó de golpe cuando la miré. Mi madre era muchas cosas, entre ellas muy testaruda. En todos los años que llevaba a su lado, nunca la había escuchado aceptando la culpa de nada. Siempre hacía lo que quería y le daba igual cómo afectara a los demás siempre y cuando ella saliera beneficiada.

—¿Cómo? —pregunté, pasmada.

—Que tienes razón —me miró, por fin, no parecía la misma persona odiosa e irritante que había hablado unos instantes atrás—. Nunca he sido una buena madre.

392

En cualquier otra ocasión, quizá habría considerado eso un triste intento de manipulación para darme lástima, pero en ese momento no me lo pareció. De hecho, parecía estar diciendo simplemente lo que pensaba.

—Debería haberte apoyado —añadió en voz baja, a punto de llorar, y volviendo a apartar la mirada—. Y nunca debí decirte esas cosas horribles

que te dije. Fui una madre espantosa. Y tú te merecías a alguien que supiera cuidar de ti.

Hizo una pausa y se giró hacia Grace, que parecía tan sorprendida como yo.

Mamá tragó saliva.

—Nunca he sido muy agradable contigo —empezó—, pero... sé lo que significa para mi hija tenerte en su vida. Y... aunque a una parte de mí le duela... me alegro mucho de que hayas sido capaz de hacer todas las cosas que yo no pude hacer. Mara siempre se ha merecido una madre como tú.

—Su madre eres tú —le dijo Grace al instante—. Yo... nunca intentaría sustituirte, Camille. Solo quiero a Mara y deseo lo mejor para ella.

Mamá no dijo nada. De hecho, las tres nos giramos hacia papá. Seguía pálido y mirando un punto cualquiera, como si estuviera a punto de vomitar.

—Papá... —empecé, arrepintiéndome de haberlo soltado tan de golpe—. Yo no...

Me callé cuando él se inclinó hacia delante y se pasó las palmas de las manos por los ojos. Nunca había visto a mi padre tan afectado por nada. De hecho, nunca lo había visto afectado. Ni siquiera cuando se divorció de mamá. No supe cómo reaccionar.

—No llores o lloraré yo también —protesté, poniéndole una mano en el hombro.

Él se puso de pie tan de golpe que casi me asustó, pero me tranquilicé cuando se limitó a darme un abrazo con fuerza. Dejé que me abrazara cuando me sujetó la nuca con una mano y me dio un beso en la frente.

—Mi niña —murmuró—. Lo que te hicieron... si lo hubiera sabido... voy a matar a ese hijo de...

—No hace falta —murmuré contra su hombro.

—¿Quién es? Solo dime quién es ese desgraciado. Te juro que...

—Papá, te he dicho que no hace falta.

—Claro que hace falta —se separó y me miró, pasmado—. Por el amor de Dios, Mara, te... te... —ni siquiera podía decirlo—. No pienso dejar las cosas así. Dime quién es y te juro que haré todo lo que haga falta para que pase el resto de su vida en una celda.

—Papá... es una larga historia, pero... ya me he encargado de eso. Más o menos.

Eso pareció sorprenderlos a todos. Y ya no pude aguantarme más y les conté todo lo que había pasado esos meses. Desde el día que había conocido a Aiden hasta que había llegado a un trato con la madre de James. Los tres me escucharon atentamente durante todo el proceso, mi madre con una mueca de confusión, Grace pasmada y papá con semblante pensativo. Pero ninguno dijo absolutamente nada hasta que terminé.

Honestamente, poder contarles todo eso fue un alivio mayor de lo que había sentido en mucho tiempo. Me sentí de una forma parecida a la que me había sentido con Lisa al contarle todo. Solo que ahora era distinto. Mis padres... siempre era distinto con ellos.

393

Me esperaba algún que otro reproche, pero no recibí nada. Solo nos quedamos los tres en silencio por un rato hasta que por fin noté que mi madre me pasaba un brazo por los hombros y me daba un abrazo con fuerza. De hecho, me abrazaron los tres. Y me daba la sensación de que habían estado deseando poder darme un abrazo durante años.

Grace fue la primera en reaccionar y decir algo de cocinar, a lo que mi madre hizo un esfuerzo y se ofreció a ayudarla pese a ser bastante mala cocinando —como yo—. Cuando nos dejaron solos, pensé que mi padre diría algo más, pero se limitó a sentarse a mi lado, pasarme un brazo por encima de los hombros, darme otro beso en el pelo y mirar la televisión conmigo en silencio.

De hecho, solo interrumpió el silencio un momento.



—Estoy muy orgulloso de ti, ¿me oyes? —murmuró, mirándome—. Muy orgulloso, Mara.

Nunca me había dicho algo así y, sinceramente, no supe cómo reaccionar. Solo me quedé en silencio mirando la televisión sintiéndome protegida por primera vez en mucho tiempo.

Merendamos los tres juntos y me alegró que papá y Grace decidieran quedarse hasta tarde con nosotros antes de irse al hotel. Me gustaba ver que hablaban entre ellos con una naturalidad relativa —un poco incómoda, claro, pero era cuestión de tiempo que las cosas no lo fueran— y haciendo un esfuerzo por llevarse bien entre ellos. Mi madre incluso sonrió una vez a Grace, todo un logro.

Ya había pasado un buen rato cuando me metí en el cuarto de baño y me miré al espejo. Acababa de ponerme el pijama. Me deshice el pelo y me lo coloqué con los dedos justo cuando llamaron a la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó Grace.

—Sí —murmuré, algo confusa.

Ella entró y me dedicó una pequeña sonrisa al ver que llevaba puesto el pijama.

—No es ni hora de cenar —me recordó.

—Lo sé, pero... no me apetece ir a ningún lado.

Ella me observó unos instantes antes de señalar el cepillo.

—¿Puedo?

La miré, confusa, antes de asentir con la cabeza. Grace se colocó detrás de mí y alcanzó el cepillo. Como era bastante más alta que yo —algo no muy difícil, seamos sinceros— no le resultó muy complicado empezar a cepillarme el pelo enredado.

—Tienes un pelo precioso —murmuró—. Como tu madre. Tenéis un rojo muy bonito.

—Llegas a aburrirte de él —le aseguré.

Grace sonrió, pero cuando nuestras miradas se encontraron en el espejo, vi que estaba más seria.

—¿Qué pasa, Mara?

A veces, podía llegar a detestar y adorar que me conociera de esa forma. De hecho, me daba la sensación de que me conocía mejor que mis propios padres.

—Ya os lo he contado —murmuré.

—Lo sé, pero eso no es todo, ¿verdad?

—No —admití.

—¿Y qué es?

394

Suspiré, mirándome a mí misma en el espejo. A veces, verme a mí misma era extraño. Como si una completa desconocida me devolviera la mirada.

—Siento que... todo esto... no ha servido de nada —admití por fin.

—¿Qué parte? —pareció sorprendida.

—La parte del periódico, y de la liga, y de los papeles. Si hubiera sabido que Aiden quería irse, no... bueno... si me hubiera molestado en preguntarle en algún momento qué quería hacer o no, quizá lo habría sabido.

Grace no me diría que no era cierto para consolarme. Ella no era así.

Simplemente me dirigió una mirada que confirmó que tenía razón.

—Nunca me he preocupado por él —murmuré—. No tanto como se merece. No tanto como él se ha preocupado por mí.

—Que no lo demostréis de la misma forma no quiere decir que no sintáis lo mismo el uno por el otro, Mara.

—Ni siquiera yo misma sé lo que siento.

—Bueno, para mí es bastante obvio —comentó distraídamente, cepillándome el pelo—. Nunca te había visto así de ilusionada por nadie. Y te conozco desde hace muchos años.

Hizo una pausa y me miró.

—En cuanto a lo de que lo del periódico no ha servido de nada... no estoy de acuerdo.

—¿Y de qué ha servido? Aiden no quiere estar en la liga.

—¿Y qué hay de todas esas niñas que salían en esos papeles? ¿Todas esas niñas de las que habían abusado esas personas? ¿Crees que a ellas les da igual ver la persona que les hizo eso por fin está en la cárcel?

Ni siquiera lo había pensado. Me quedé muy quieta, sorprendida. Grace dejó de cepillarme el pelo por un momento para ponerme una mano en el hombro y mirarme.

—A veces, te centras tanto en lo malo que no eres capaz de ver lo bueno.

—Eso me dijo mi terapeuta —murmuré.

—Bueno, pues si te lo decimos dos personas... por algo será. Hiciste algo muy valiente, Mara. No te quites crédito por ello. Tienes que estar orgullosa de ti misma.

¿Cuánta gente sería capaz de hacer semejante locura, de renunciar a tener justicia con la persona que más daño le ha hecho en su vida... solo para salvar la carrera de su pareja?

—No era mi pareja.

—Oh, no te quedes en los detalles. Sabes lo que quería decir.

No dije nada. Ella se inclinó sobre mí para mirarme. Le devolví la mirada, algo insegura, cuando me pasó la mano por la mejilla.

—Mara, cariño, creo que deberías ir a esa reunión de alumnos que mencionaste que tenías esta noche.

La miré, dubitativa, a lo que Grace me sonrió.

—Te ayudará a pasar página.

—¿Y si está James?

—No estarás sola. Lisa y Russell estarán contigo si se lo pides. Y tú eres mucho mejor que ese chico, Mara. No dejes que te impida hacer algo que te hace ilusión.

—¿Cómo sabes que me hace ilusión? —sonreí.

395

—Oh, porque te conozco de sobra. Sé que te da miedo cómo pueda reaccionar la gente al verte, pero en el fondo quieres ir.

Aparté la mirada y ella siguió cepillándose el pelo como si nada.

—Además —añadió—, tienes ese vestido.

—Oh, no —levanté la cabeza de golpe—. Eso no.

—¡Estabas muy guapa con él!

—¡Seguro que ni siquiera me entra! Me lo regalasteis cuando cumplí los diecisiete.

—Te lo regalé yo sola —me recordó—. A tu padre le habría dado un infarto si te hubiera visto con él.

Empecé a reírme. Era el vestido que me había comprado Grace para el baile de final de curso. Nunca fui, claro. El terror seguía siendo tan fuerte que apenas podía salir de casa. Pero me había puesto ese vestido cientos de veces. Y me encantaba.

Antes de pensar en lo que hacía, alargué la mano para alcanzar móvil y mandarle un mensaje a Lisa.

Mara: He cambiado de opinión, ¿todavía queréis venir conmigo?

Estaba muy nerviosa cuando el coche de Russell se detuvo justo delante de mi edificio. Me ajusté mejor la chaqueta y me metí en el asiento trasero. Lisa y él estaban delante. Lisa iba vestida con un sencillo conjunto rojo y una chaqueta de cuero y Russell con una camisa azulada y el pelo ordenado —toda una novedad en él—.

—Qué guapos vais —sonreí maliciosamente.

—Ha estado a punto de obligarme a ponerme una chaqueta de traje —protestó Russell de mala gana, señalando a Lisa con la cabeza.

—¡No te estaba obligando, era una sugerencia!

—¿Quién demonios va con traje a una reunión de antiguos alumnos?

—¡Es es un restaurante caro, hay que ir bien vestido! —Lisa se giró hacia mí—.

¿A que sí? ¿A que tengo razón?

—Vale —murmuré—, ya no podéis negar que sois pareja.

El efecto fue inmediato. Se miraron entre ellos, enrojecieron y se giraron hacia delante de golpe. Empecé a reírme.

—No seáis tan tímidos —les dije, pinchándoles los hombros con un dedo —.

Habría comida y bebida gratis, ya os animaréis.

—¿Qué vestido llevas? —me preguntó Lisa, intentando cambiar de tema.

Me abrí la chaqueta y vi que ella abría mucho los ojos al instante en que vio mi vestido verde oscuro. Me llegaba por encima de los rodillas y por arriba tenía bastante escote. De hecho, ni siquiera podía llevar sujetador. Se sujetaba de dos finas tiras que se cruzaban en mi espalda. Y no tenía mucha decoración. Pero era bonito.

—Wow —Lisa se quedó mirándome con los ojos muy abiertos—. Estás... tan sexy.

—¿A ver? —Russell se asomó enseguida.

Lisa lo volvió a girar hacia la carretera con mala cara.

El trayecto no fue tan tenso como creí que sería, principalmente porque ellos dos empezaron a hablar enseguida, haciéndolo más llevadero. De hecho, casi no me acordé de dónde estábamos yendo hasta que Russell aparcó el coche delante del restaurante.

Nos bajamos los tres y yo me quedé mirando la entrada con un nudo de nervios en el estómago. ¿Realmente quería entrar ahí?

396

—¿Estás bien? —me preguntó Russell, deteniéndose a mi lado.

Asentí con la cabeza y acepté su brazo cuando me ofreció uno a mí y el otro a Lisa. Y entramos los tres en el restaurante.

El camarero nos guio enseguida hacia el reservado donde estaban los demás, que al parecer era una sala bastante grande con mesas con comida y bebidas. No había mucha gente, pero a mí me pareció una multitud

gigantesca. Especialmente cuando vi cabezas girándose hacia mí y empecé a reconocer caras que no había visto desde los quince años.

Vale, ¿y si esto había sido un error?

Estuve a punto de retroceder bruscamente cuando una chica de mi edad con los ojos castaños y un montón de pecas repartidas por la cara se detuvo delante de mí.

—¡Mara Dawson! —me reconoció enseguida—. Dios, estás igual. ¿Te acuerdas de mí?

Claro que me acordaba. Era la lista de la clase. Nos habíamos llevado siempre muy bien. Y alguna vez me había dejado copiar en sus exámenes a cambio de que yo la invitara en las fiestas que organizábamos.

Y esa fue básicamente la dinámica durante los siguientes veinte minutos. La gente se me acercaba, me decía que no había cambiado nada, que estaba genial —o variantes de esas dos cosas— y me decía qué había sido de su vida justo después de que les presentara a Russell y Lisa. Algunos habían seguido estudiando, otros ya trabajaban, había dos que incluso ya tenían hijos —al parecer, querían ser padres jóvenes— y uno que seguía viviendo de sus padres porque seguía sin trabajar o estudiar en nada. La mayoría, eso sí, seguían viviendo en el mismo pueblo de antes.

—Bueno —comentó Lisa cuando nos acercamos por fin a la mesa de comida—.

No ha estado tan mal, ¿no? Parecen simpáticos.

—Especialmente el que intenta batir el récord de cuántos bollos se puede meter una persona en la boca sin morir —murmuró Russell con una mueca, viendo a un invitado.

Yo recogí un canapé cualquiera solo para comer algo. La verdad es que tenía ganas de cualquier cosa menos de comer. Seguía estando muy nerviosa. Lisa debió notarlo, porque se acercó a mí.

—Si ves al gilipollas, me avisas. He visto dónde esconden los cuchillos.

—¿Gilipollas? —repetí, sorprendida—. ¿Lo has dicho tú, reina de no insultar a nadie?

—Hay gente por la que merece la pena romper ciertas normas. En el peor de los sentidos.

Empecé a reírme, pero la risa se me cortó de golpe cuando escuché a alguien carraspear justo detrás de mí.

—¿Mara?

Oh, esa voz... solo podía ser una persona. Abigail. Mi amiga. La que había sido la novia de James la noche en que pasó todo. Y la que empezó a odiarme por haberla traicionado.

Noté que me entraban ganas de vomitar cuando me giré hacia ella.

Efectivamente, ahí estaba Abigail con su pelo caoba atado, su cuerpo delgadito metido en un conjunto rosa claro y el maquillaje perfecto. Habían pasado años, pero seguía teniendo el mismo estilo.

397

Y... madre mía, cómo había llegado a envidiarla en su momento. Abigail siempre había sido la típica persona que parece tenerlo todo en la vida. Era buena con los deportes, con los estudios, con las parejas y con los amigos. Y tenía una familia que la quería. En algunas ocasiones, había llegado a odiarla solo por envidia.

Ahora... no sabía cómo sentirme.

Sinceramente, me esperaba una mala cara, un insulto o un ¿por qué estás aquí?, pero ella solo me observaba con una extraña expresión que no supe entender muy bien.

—Hola —dije, porque sinceramente no sabía qué más decir.



—Hola —pareció reaccionar y carraspeó, algo tensa, mirándome de arriba abajo—. Estás... te ves... mhm... genial.

—Gracias. Tú... eh... también.

Nos miramos la una a la otra un momento antes de que ella apartara la mirada hacia Lisa y Russell como si intentara ubicarlos.

—Son dos amigos —aclaré.

—Ah —Abigail les dedicó una sonrisa un poco tensa antes de girarse hacia mí—

. ¿Podemos... hablar un momento?

Lisa se adelantó como si me estuviera preguntando con la mirada si tenía que lanzarse sobre ella o no, a lo que miré a Russell. Él la sujetó del hombro y la giró de nuevo hacia la mesa de la comida mientras yo asentía con la cabeza y me alejaba con Abigail.

Era muy raro estar con Abigail después de todos esos años, como si la conociera perfectamente pero a la vez se hubiera convertido en una completa desconocida.

—Pensé que no vendrías —me dijo al final, deteniéndose junto a una de las ventanas del restaurante.

Me detuve delante de ella, algo nerviosa. Seguía esperando el momento en que explotara y me insultara, no entendía por qué estaba tardando tanto.

—Yo también lo pensé —confesé al final.

—Me... mhm... me alegra que hayas cambiado de...

—Mira, Abigail —empecé, carraspeando—, no quiero hacer las cosas incómodas,

¿vale? Yo... sé que la última vez que nos vimos no estábamos en la mejor situación del mundo y que las cosas siguen un poco tens...

—¿De qué estás hablando?

Dejé de hablar un momento para mirarla, extrañada.

—¿De qué voy a hablar? De lo que pasó.

—La última vez que nos vimos no estábamos de ninguna forma porque te limitaste a irte a vivir con tu padre sin avisarme y sin hablar conmigo.

Eso me dejó un poco descolocada. ¿Me estaba recriminando no haberme despedido? ¿Para qué demonios querría despedirse de mí?

—Bueno... —murmuré, incómoda—. No pensé que tuvieras muchas ganas de hablar conmigo.

—¿Te molestaste en intentarlo?

—No podía... ni mirarte a la cara, Abigail. No después de lo que había pasado.

—¿De lo que había pasado con James? ¿Con mi novio?

Tragué saliva. Ya conocía ese tono. Iban a empezar los reproches.

398

Por un momento, pensé en callarme y dejar que se desahogara, como había hecho tantas veces antes, pero... por algún motivo eso ya no me pareció una opción válida. Si lo había hablado con la gente a la que quería, podía hablarlo con Abigail.

—Tengo... que contarte algo de esa noche.

Ella se cruzó de brazos, pero no dijo nada. Solo me miraba fijamente, como esperando que dijera algo.

—No fue exactamente como crees —dije, al final, sintiéndome más segura a cada cosa que decía—. Sé que suena a excusa, a que solo me lo estoy

inventando para quitarme responsabilidad de encima... y puede que no me creas, ¿vale? Quizá yo tampoco me lo creería, pero...

—...él te obligó, ¿no?

Iba a seguir hablando, pero me callé y la miré abruptamente. Ella seguía teniendo los brazos cruzados, pero su mirada no era tan defensiva. De hecho, era más bien triste.

—¿Eh? —murmuré, pasmada.

—Él te obligó a hacer lo que hicisteis —insistió en voz baja—, ¿no es así?

—¿C-cómo...?

—Estuve saliendo con él durante un año, Mara. ¿Crees que no intenté dejarlo varias veces por su forma de ser? ¿Por qué te crees que lloraba tanto? Porque no podía hacerlo. Y lo que te hizo a ti, también me...

No terminó de decirlo, pero no era necesario. Las dos podíamos entenderlo. Ella apartó la mirada un momento, respiró hondo y se volvió a girar hacia mí.

—Siempre te he creído —añadió en voz baja—. Pero nunca me preguntaste.

—P-porque... todos pensaron... creí que...

—La gente es idiota, Mara. Prefieren echarle la culpa a la víctima que al abusador porque si echas la culpa a la víctima... puedes convencerte de que a ti no puede pasarte lo mismo si no haces lo mismo que ella. Pero asumir la verdad, que la culpa es del abusador... es asumir que a ti también puede pasarte. O a tu amiga, o a tu hermana, o a tu hija. O a cualquiera. Y eso sí es aterrador.

Me había quedado sin palabras. Abigail sonrió un poco al mirarme.

—Intenté contactar contigo, pero tu madre me dijo que te habías marchado de la ciudad. Pensé que... no sé... que si te encontraba y las dos denunciábamos...

acabaríamos con esto. Pero nunca volví a verte.

—Pensé que me odiabas —le dije con un hilo de voz.

—No puedo odiar a alguien que no tiene la culpa de nada.

No supe qué decirle. No esperaba que la conversación fuera así. Me había preparado para cualquier cosa mala, pero no por ninguna buena.

—Pero vi que metieron a su padre en prisión —añadió Abigail—. Una lástima que a él no, pero algo es algo.

—Sí... yo también vi algo de eso...

—Al parecer, alguien filtró los documentos a la prensa. Menudo héroe.

—O equipo de héroes —murmuré.

—Supongo —Abigail sonrió, como si ahora estuviera más aliviada—. Me alegra ver que lo has superado, Mara. Yo... he tardado unos cuantos años en hacerlo.

Después de lo que pasó, empecé a tener sexo compulsivamente con todo el mundo. Y

no te puedes imaginar lo sucia que me sentía después. Abandoné mis estudios, mis padres se... se pusieron furiosos conmigo... pero hace dos años empecé a ir a terapia.

Y me ha ayudado mucho.

399

Era curioso cómo dos personas podían reaccionar tan distinto a una misma situación. Le dediqué una pequeña sonrisa.

—Te ves muy bien —le aseguré.

—Hace dos años me metí en una formación profesional de estética y peluquería

—me dijo, algo ilusionada—. Mis padres decían que estudiar eso era una pérdida de tiempo, pero encontré trabajo nada más terminarlo. Ahora trabajo en un salón de belleza. Si alguna vez quieres venir...

Se sacó una tarjetita del bolsillo y me la dio con una gran sonrisa.

—Puedo hacerte las uñas gratis o algo así. Me hace ilusión que te pases y veas que ahora trabajo ahí —de verdad parecía ilusionada—. ¿Y tú qué? Te ves genial, seguro que al final te hiciste escritora profesional o algo así, ¿no?

Estuve a punto de decirle que no. A punto. Pero al final, no sé por qué, empecé a asentir con la cabeza.

—Estoy escribiendo un libro.

—Eso es genial —me aseguré—. ¿De amor? Dime que es de amor. Me lo compraré aunque no lo sea, pero si lo es lo haré con más ilusión.

—Tiene amor —confirmé.

—Oh, perfecto —Abigail pareció entusiasmada—. ¿Cuándo sale? Te compraré alguna copia. Seguro que a mis padres también les hace ilusión saber que al final pudiste dedicarte a escribir.

—Todavía... no tengo fecha de publicación. Estoy pendiente de lo que diga la editorial.

—Que le den a la editorial, aquí a estrella eres tú y tú decides.

—¡Abby!

—Es verdad —hizo un gesto con la mano y miró a su alrededor—. ¿Has visto a los demás, por cierto? Tienen la misma cara que hace cinco años. Es como una película de terror.

—No están todos —murmuré.

—Bueno, hay algunos a los que no he invitado por motivos obvios.

Sonreí un poco, pero la sonrisa se me borró cuando añadió:

—Ah, Drew también está por aquí.

—¿Drew? —la miré, fingiendo que estaba muy tranquila—. ¿Drew mi exnovio?

—El único que conozco, Mara.

—Bueeeeno... eeeh... ya lo he saludado.

—No seas mentirosa. ¿Quieres que vaya a hablar con él?

En cuanto vi que iba a alejarse, le alcancé la muñeca y la detuve.

—¡Me odia! —mascullé.

—¡Deja de pensar que todos te odiamos!

—No lo entiendes, él lo hace de verdad. ¡Me lo dijo!

—¡Pues entonces es porque no sabe lo que pasó! Yo se lo digo.

—¿Eh? ¡No, espera! ¡Abby! ¡ABBY!

Pero me ignoró. Vi con horror que salía correteando sobre los tacones para llegar al otro lado de la sala, donde mi exnovio hablaba con un grupo de chicos con una cerveza en la mano. Casi me dio un infarto cuando Abigail lo apartó e hizo que se inclinara para decirle algo al oído. Oh, oh.

En cuando vi que Drew me miraba, pasmada, empecé la misión de escape.

—Vale —me acerqué a Lisa y Russell, que seguían comiendo—, es un buen momento para irnos.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Russell, confuso.

—¡¿Te has cruzado con el malnacido?! —casi chilló Lisa.

—¡No! No pasa nada, solo quiero... mierda.

Lisa y Russell se giraron para seguir la dirección de mi mirada. Drew se acababa de detener justo detrás de ellos y me miraba fijamente con los ojos muy abiertos.

—Hola, Drew —murmuré, avergonzada.

—¿Quién eres? —le increpó Lisa—. Mantén la distancia o te doy con un canapé en la cara.

—¡Lisa! —Russell intentó no reírse.

Pero Drew los ignoró a los dos y se acercó a mí con el ceño fruncido.

—¿Es verdad? —me preguntó directamente.

Dediqué una mirada un poco nerviosa a Russell y Lisa antes de volver a mirarlo y encogerme de hombros.

—¿El qué?

—Lo que me ha dicho Abigail.

—Eh... no sé... puede haberte dicho muchas cosas...

—No te hagas la tonta, Mara, ¿es verdad o no?

—Oye —interrumpió Russell—, háblale bien. Y apártate un poco.

—Esoooo —le dijo Lisa, entusiasmada al ver que me defendía.

Drew les puso mala cara, pero al menos se separó un poco y volvió a mirarme.

—¿Lo es?

—Sí —admití por fin.

Él se quedó mirándome con una expresión algo confusa antes de parpadear y fruncir el ceño, enfadado.

—¿Y no me lo dijiste?

—¿Me habrías creído?

—¡Pues claro que sí!

—Los dos sabemos que eso no es verdad.

—Joder, Mara, llevo años pensando que tú... que él... bueno —se pasó una mano por el pelo—. No me puedo creer que no me lo dijeras.

—Bueno, ahora lo sabes, ¿no?

Drew suavizó un poco la expresión, mirándome.

—Seguí siendo su amigo durante años y nunca dijo nada —murmuró amargamente—. No me puedo creer que haya sido amigo de una persona que...

bueno... una persona así.

—Todos cometemos errores, Drew.

Él suspiró e hizo una pausa que pareció eterna antes de por fin apartar la mirada, sacudir la cabeza y decir las dos palabritas mágicas.

—Lo siento.

Di un paso hacia él, entrecerrando los ojos.



—¿Cómo dices? No te he oído bien.

—Que lo siento. Yo... eh... sé que intentaste decírmelo. Pero...

—...no te la creíste —lo increpó Lisa, que había estado escuchando todo atentamente junto a Russell.

401

—No interrumpas o nos echarán —le masculló él.

—Vale, no quise creerte —admitió Drew al final—. ¡Pero tú tampoco me lo dijiste directamente!

—¡Porque te pusiste a insultarme!

—¡Porque tú te pusiste a decirme que mi mejor amigo y tú...!

—¡VALE! —lo corté en seco, levantando las manos en señal de rendición—. Los dos somos idiotas. Eso está claro.

Drew pareció un poco ofendido por haber sido llamado idiota, pero como yo también me incluí, lo toleró y asintió con la cabeza, muy digno.

—Pero ahora al menos sabemos la verdad —añadí en tono conciliador—. ¿No?

—Supongo.

—Entonces, ¿podemos dejar de hablar de esto y hablar de... cualquier otra cosa?

Drew dudó antes de asentir. Hubo un momento de silencio incómodo antes de que me mirara con un poco de desconfianza.

—¿Dónde está tu novio?

Vale, eso no lo esperaba.

—¿Eh?

—El chico ese con el que estabas la última vez que nos vimos.

—¿Mi hermano? —saltó Lisa al instante, muy atenta.

—Aiden está... eh...

Espera... Aiden.

¡Mierda, Aiden!

¡Se iba hoy! ¡Le había dicho que me despediría de él! ¿Qué hora era?

A Drew casi le dio un infarto cuando me lancé sobre él y le giré la muñeca para mirarle la hora en el reloj.

—¿Qué...? —empezó.

—¡MIERDA!

Me puse a mirar a mi alrededor como una loca y los tres se quedaron mirándome con aire sorprendido. Al final, le quité la copa a Lisa —que todavía ni siquiera había empezado— me la bebí de un trago, le devolví el vaso vacío y salí corriendo de ahí.

Eres experta en huidas dramáticas.

No fue hasta que estuve fuera que me di cuenta de que no tenía medio de transporte. Miré a mi alrededor, desesperada, y surgió mi oportunidad de oro cuando vi a uno de mis antiguos compañeros subirse a su coche.

Sin pensar en lo que hacía, me subí al asiento del copiloto.

Él, que se estaba poniendo el cinturón, no se dio cuenta de que estaba ahí hasta que levantó la cabeza. Soltó un chillido y dio un respingo, asustado.

—¿Qué demonios...?!

—¡Acelera! ¡Tienes que llevarme a un sitio!

—¿Yo?

—¡Sí, tú! ¿Ves a alguien más por aquí?

—E-eh... no, pero...

—¡Vamos, es importante!

—¡Pues pídete un taxi, no sé!

—¡QUE ACELERES!

Él dio un respingo, pero para mi sorpresa pisó el acelerador.

402

Mientras empezaba a avanzar, saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta. Me temblaban las manos de los nervios.

—¿Puedo preguntar dónde vam...? —intentó preguntar él.

—¡Sht! —me llevé el móvil a la oreja—. Vamos, vamos, responde.

Esperé a que Aiden respondiera al móvil, pero no lo hizo. Maldije en voz baja y me pasé una mano por la cara.

—Mierda, no me responde —le dije al chico con toda la confianza del mundo.

Él carraspeó, incómodo.

—A lo mejor está ocupado. U ocupada. No sé qué es.

—Ocupado. Volveré a intent... ¡GIRA A LA DERECHA!

Él giró el volante tan rápido que casi salió volando del asiento mientras yo volvía a intentar llamar a Aiden.

Tampoco me respondió.

—¡Aiden, espérame! —dije bruscamente cuando saltó el buzón de voz—.

Escúchame, todavía... ¡todavía no te vayas! Estoy de camino, ¿vale? Necesito hablar contigo, es muy importante. Solo... espérame, ¿vale? Espérame.

Colgué el móvil y me quedé mirando al frente, muy nerviosa. El chico me miraba de reojo.

—¿Puedo preguntar una cosa?

—¿Qué cosa? —mascullé.

—¿Este no será ese momento dramático al final de las películas románticas en el que la protagonista se arrepiente de no haberse ido con el chico y va corriendo al aeropuerto para marcharse con él y tienen un final feliz donde se van por el mundo juntitos?

Puse una mueca.

—Para empezar, esto no es una película.

—No, es un libro.

—¿Eh?

—¿Eh?

—¿Qué dices?

—Nada, sigue.

—Para seguir... —hice una pausa—. Dios, ¿debería irme con él?

—No sé, no me acuerdo ni de cómo te llamas.

—¿Tú qué crees? —lo ignoré—. Sé que no está bien, pero una parte de mí...

quiere irse con él.

El chico suspiró.

—Lo sabrás cuando lo veas.

—¿Eh?

—Cuando lo veas con las maletas sabrás si quieres irte con él o no. Lo sabrás al instante. Es como cuando tienes que decidir algo lanzando una moneda al aire.

Siempre hay algo que te apetece más. Si lo que sale te decepciona, es que la otra opción es la que quieres de verdad.

Me quedé mirándolo, pasmada.

—Vaya, chico del coche... eres muy sabio.

—Gracias.

—De nad... ¡GIRA A LA IZQUIERDA!

403

Cinco minutos más tarde, aparcó el coche delante del edificio de Aiden y yo salí apresuradamente. Lo escuché gritar que lo agregara en Instagram para contarle cómo había ido el drama, pero yo estaba muy ocupada para responder.

Tenía una misión.

Entré en el edificio con la respiración acelerada de haber estado corriendo con los botines de tacón. El vestíbulo estaba vacío a excepción del portero, que se quedó mirándome con cara de sorpresa.

—¡Solo será un momento! —le aseguré enseguida.

Él abrió la boca para decir algo, pero salí corriendo a las escaleras antes de que pudiera detenerme.

¿Escaleras? Aiden estaría orgulloso.

Para cuando llegué al piso, tenía la respiración hecha un desastre, pero aún así me arrastré a mí misma por el pasillo hasta detenerme delante de su puerta.

Vale, la hora de la verdad.

Como había dicho el chico del coche... lo sabría cuando lo viera.

Sabría si quería irme con él o no.

Llamé al timbre con el corazón acelerado por los nervios, la emoción y una enorme mezcla de sentimientos en el interior que fue aumentando a medida que pasaban los segundos y no escuchaba que Aiden se acercara a abrirme la puerta.

—Vamos, ábreme, por favor —supliqué, llamando otra vez al timbre.

De nuevo, pasaron los segundos y nadie respondió. Apoyé la frente en la puerta, frustrada.

—¡Aiden, traigo tu discurso cursi! —chillé, a ver si eso funcionaba para sobornarlo.

No tuve respuesta, pero lo que sí tuve que hacer fue apartarme porque la puerta se abrió con el peso que había apoyado en ella. La miré, sorprendida, y me di cuenta de que no estaba cerrada.

Oh, por fin un poco de suerte.

Abrí del todo y entré en la casa con el corazón acelerado, pero noté que se me detenía un momento al darme cuenta.

Al darme cuenta de que Aiden no estaba.

De hecho, sus cosas ya no estaban, ni sus maletas, ni sus muebles, ni su escasa decoración... todo estaba vacío.

Miré a mi alrededor, notando que me zumbaban los oídos, y mi mirada fue a parar sobre la barra de la cocina. Encima solo había una cosa. Su móvil. Con todas mis llamadas perdidas.

—Se ha marchado hace una hora, señorita.

Me giré hacia el portero con el móvil de Aiden en la mano. No sé cómo me veía, probablemente destrozada, pero él me miraba con lástima, como si no supiera qué decirme para consolarme.

—¿Se ha... ido? —pregunté con un hilo de voz.

—Ha estado esperándola —murmuró, agachando la cabeza—. De hecho, ha esperado en la entrada del edificio durante una hora entera, pero al final...

—Se ha creído que no vendría —murmuré con los ojos llenos de lágrimas.

El portero asintió con la cabeza mirándome con cierta lástima.

404

—Me ha dicho que me deshiciera de todo lo que queda por aquí —añadió—. Si quiere llevarse algo...

—Gracias —murmuré, sorbiendo la nariz.

Él asintió con la cabeza y dio un paso atrás para marcharse, pero se detuvo cuando volví a mirarlo.

—Una cosa más —murmuré.

—¿Sí?

Dudé un momento, mirando su móvil, antes de volver a girarme hacia él.

—¿No ha... no ha dicho nada más?

El portero lo pensó un momento antes de abrir mucho los ojos y rebuscar en su bolsillo.

—Me ha dado esto para usted. Me ha dicho... que si pasaba por aquí alguna vez se lo diera.

Me metí el móvil en el bolsillo y me acerqué, casi desesperada. El portero me dio el papelito y me dejó sola, a lo que yo me quedé mirándolo sin atreverme a abrirlo.

Al final, respiré hondo y abrí el papelito con las manos temblorosas. Había unas cuantas frases escritas de forma apresurada, pero reconocía perfectamente la letra de Aiden. Y unos cuantos billetes. Fruncí el ceño, confusa, y empecé a leer.

No te pongas de mal humor por el dinero y ni se te ocurra intentar devolvérmelo o me cabrearé.

Es lo justo para que compres una máquina de escribir nueva.

Lisa me dijo que te habían devuelto los muebles y sé que quieres a Patty, pero yo creo que ya va siendo hora de que sus días de trabajo concluyan. La pobre ya ha cumplido con toda una vida de deber.

No te culpo por no haber aparecido, Amara. Si un loco que acaba de dejar su trabajo me hubiera ofrecido irme con él a recorrer el mundo, yo tampoco lo habría visto como la opción más inteligente del mundo.

No quiere decir que no vaya a echarte de menos. Aunque creo que eso ya lo sabes.

Estaré pendiente de las librerías para ver cómo triunfas publicando algún libro.

Con esa mente sucia que tienes, espero que ese libro tenga cosas pervertidas.



Te desearía suerte, pero los dos sabemos que el único que la necesita es cualquier pobre desgraciado que intente meterse en tu camino.

Te echaré de menos, pero me alegra que hayas sido capaz de hacer lo correcto por los dos.

Siempre eres capaz de hacer lo correcto, aunque duela.

Creo que por eso me enamoré de ti.

Y creo que por eso voy a seguir enamorado de ti aunque ya no estés conmigo.

Adiós, Slytherin.

PD: Te he dejado un regalo en la cocina, espero que sepas apreciar su grandeza.

Levanté la mirada de nuevo, pasándome el dorso de la mano por debajo de los ojos, y me giré hacia la cocina. La única cosa que había, encima de una de las encimeras, era una bolsita. Me acerqué a ella y la abrí, con ganas de llorar.

Casi empecé a reírme cuando vi que era su colección de Harry Potter.

Capullo engreído.

Volví a casa andando, con la bolsa con las películas y el móvil de Aiden en el bolsillo. Me sentía devastada, como si hubiera tomado la peor decisión de mi vida. De 405

haber podido volver atrás en ese momento, me habría ido de esa fiesta mucho antes, habría saltado a esa caravana con Aiden y me habría perdido con él en la carretera.

Donde fuera. Con él.

Llegué a mi edificio medio congelada y con el maquillaje corrido de haber estado llorando. Era... una vista bastante curiosa.

Pero más curioso fue ver a Alan, mi compañero de trabajo, el pesado que siempre hablaba de su exmujer... delante de mi puerta con una pajarita y un ramo de flores.

—¿Alan? —pregunté, confusa.

Él dio un respingo y se giró hacia mí. Al ver mi aspecto, abrió mucho los ojos.

—E-eh... hola, Mara... eh...

Se interrumpió cuando mi madre abrió la puerta y lo miró con una gran sonrisa.

—Ya estoy lista, mi amor, ¿nos vamos?

Apenas había terminado de decirlo cuando se dio cuenta de que yo estaba ahí.

Y nos quedamos mirando los tres entre nosotros durante un instante, haciendo que todo se volviera más incómodo a cada segundo que pasaba.

—¿Estás... saliendo con mi madre? —le pregunté a Alan con voz chillona.

—Pues sí —dijo mi madre, muy digna—. ¿Se puede saber de dónde vienes? ¿Está lloviendo o has llorado?

—No cambies de tema, ¡¿estás saliendo con Alan?! ¡¿Qué demonios?! —

—Oye, es un hombre muy apuesto.

—Sí, si la tristeza perpetua te parece atractiva...

—¡Yo soy muy feliz! —chilló Alan, enrojeciendo.

—Espera —lo señalé—, ¿por eso me espiabas? ¿Para pasarle información a mi madre sobre lo que hacía?

Intercambiaron una mirada de pánico, por lo que supe la respuesta enseguida.

—Tenemos una reserva en un restaurante y llegamos tarde —improvisó mi madre de repente.

—¡Eso no es...!

Pero salieron corriendo antes de que pudiera detenerlos, los cabrones.

Entré en casa agotada y dejé la bolsa en el sofá antes de meterme en el cuarto de baño. Me di la ducha más larga de mi vida y cuando terminé me puse mi pijama favorito.

Los siguientes días pasaron muy despacio. Cada día me arrepentía más de lo que había hecho. Era como si me hubiera arrancado una oportunidad a mí misma. Y

sentía que la gente a mi alrededor no se daba cuenta. Como si el mundo entero siguiera girando para todos menos para mí.

Honestamente, llegó un punto en el que pensé pedirle a Lisa que me pasara su nuevo número de teléfono. El de Aiden.

Pero, entonces... me di cuenta de que eso no era lo que necesitaba.

No. Había tomado una decisión. Había tomado la decisión de estar conmigo misma. Y era lo que iba a hacer.

Esa noche, después del trabajo, me gasté el dinero que me había dado en una máquina de escribir nueva. Le di un beso a Patty antes de dejarla sobre uno de los muebles, como si fuera una reliquia incalculable, y colocar a Patty II en la mesa.

Intenté escribir, pero no se me ocurrió nada.

Al día siguiente, por algún motivo, se me ocurrió ver la primera película de Harry Potter.

Quizá... quizá no estaba tan mal.

406

Puede que me las viera todas en una semana.

Puede que me comprara los libros y los leyera todos en otra semana.

Y fue justo en ese momento, en el momento en que cerré el último libro tras haber leído la última frase... que lo dejé todo y me metí en la habitación. Me senté delante de la máquina de escribir y coloqué el papel en el lugar correspondiente.

Estuve a punto de empezar a escribir sobre lo que me había pasado esa noche.

Sobre todo lo que había sufrido. Sobre todo lo que había pasado hasta llegar a este momento.

Pero... entonces me di cuenta de que eso no era lo que quería que la gente viera en mí.

No quería que la gente viera solo lo malo que me había hecho esa persona, quería que me viera feliz. Que me viera superándolo, no sufriendo.

407

## EPÍLOGO

Bueno... ¿cómo empezar esto?

A estas alturas se supone que debería poder escribir un epílogo sin muchas dificultades. El hecho de que sea tan difícil quizá no me ponga en muy buena posición como escritora, ¿no?

Bueno, te voy a poner en situación Y solo se me ocurrió una cosa que me hubiera hecho feliz, que representara bien lo que había sido para mí salir de ese pozo en el que me había hundido a mí misma durante tantos años.

Mi capullo favorito.

Y todas las tardes que habíamos pasado juntos.

Sonreí al pensar en él y, al instante, supe que no podía escribir de nada que no fuera él. Así que empecé a teclear.

Y lo primero que tecleé fue el nombre de la historia.

Tardes de otoño

n.

Hoy hace exactamente cinco años que publiqué mi libro Tardes de otoño y...

bueno, la editorial ha insistido en que le añada un epílogo.

Si te soy sincera, preciado lector o lectora, una parte de mí siempre creyó que cuando escribiera este epílogo sería pudiendo decirte cómo terminó mi historia con mi querido capullo, pero... supongo que las cosas no salen siempre como queremos. La vida nunca es tan fácil.

Y te estarás preguntando qué ha pasado en estos cinco años, después de que empezara a escribir en mi querida Patty II.

No te preocupes, toma asiento porque voy a ponerte al día.

Empecemos por mi pareja favorita, mis queridos Lisa y Russell. Creo que, a estas alturas, puedo llamarlos perfectamente los dos mayores apoyos de mi vida.

408

Ambos terminaron sus respectivas carreras, aunque solo Lisa ejerce de lo que estudió y trabaja como pedagoga. Por suerte para ella, encontró trabajo muy rápido en una escuela no muy lejos de la casa en la que vive ahora — desde hace dos años— con Russell. Él, por su parte, dejó atrás esos días de correr por el parque y vivir en una ruidosa residencia para dedicarse más a

fondo al deporte. Lisa y yo no lo teníamos muy claro cuando nos lo contó, pero ahora trabaja como entrenador personal y, honestamente, se le ve mejor que cuando estaba en la universidad, así que me alegro por él.

Lo mejor de eso último es que trabaja con algunas famosillas y Lisa y yo podemos sonsacarle toooodos los chismes que queremos de ellas.

Holt también siguió con su camino. Tras la abrupta salida de Aiden del gimnasio, Rob estuvo a punto de cerrarlo e ir directo a la jubilación porque, según él, era un mal entrenador. Todo cambió cuando Holt se ofreció a ser su nuevo pupilo. Rob vio en él todo el entusiasmo que le había faltado a Aiden durante todos esos años en los que había seguido boxeando sin ganas y se dio cuenta de que, quizá, no era tan mala idea trabajar con él. Así que empezó a centrar todos sus esfuerzos en convertirlo en un boxeador excelente. Samuel y Mark, sus dos ayudantes, también decidieron quedarse y formar equipo con él. Así que, al final, todos pudieron conservar sus trabajos y seguir haciendo lo que más les gustaba.

A Mark y Samuel, por cierto, los vi hace unos pocos meses. Hacía tanto que no nos veíamos que casi no nos reconocimos, pero mi pelo es difícil de ignorar, así que terminaron acercándose a mí. Resulta que ahora son pareja. Sinceramente, nunca lo habría adivinado, pero me alegro por ellos. Se les ve felices. Y me invitaron a un refresco, así que yo también me vi feliz. Todo perfecto.

Cabe destacar que el bueno de Holtito resultó ser mucho mejor de lo esperado.

Quizá no tanto como Aiden porque le faltaba algo de ligereza y rapidez, pero en cuanto conseguía atrapar a su contrincante... era suyo. Los tumbaba de uno o dos golpes. Ese era su punto fuerte, la fuerza. Y Rob lo entrenó para que la usara de la mejor forma posible. Ahora, prácticamente cada vez que abría el periódico, veía su nombre en la sección de deportes hablando de una nueva victoria por algún lugar del mundo.

Holt no tardó en dejar la universidad para dedicarse a tiempo completo a boxear, cosa que parecía hacerlo inmensamente feliz, como si hubiera encontrado por fin su propósito en la vida.

Lisa tuvo sus reservas al principio, pero tras ir a verlo a un combate con Russell, empezó a adorar ver a Holt boxear. Y, aunque nunca recuperaron su relación de amor, una bonita amistad se formó entre ambos. De hecho, Lisa muchas veces viajaba para poder apoyar a Holt en sus combates. Yo la acompañé unas cuantas veces para darle también mi apoyo, aunque muchas otras no tenía tiempo para hacerlo.

También empecé a salir mucho con Abigail, mi compañera de instituto. De hecho, acepté su petición de ir al centro de estética donde trabajaba y empezamos a 409

hablar, y hablar, y hablar... y de repente me di cuenta de lo mucho que la había echado de menos. Así que nuestra relación fue recuperándose poco a poco, semana a semana, hasta que, un año más tarde, Lisa, ella y yo nos volvimos inseparables.

En cuanto a Drew, mi exnovio, trabajaba en el gimnasio al que iba a hacer ejercicio de vez en cuando. Al principio, los dos nos ignoramos bastante el uno al otro.

Sospechaba que era para no poner las cosas incómodas. Se suponía que ya no había rencores, pero era raro tenerlo tan cerca después de haberlo tenido tan lejos durante tanto tiempo. Y más ahora que él estaba avergonzado por haber sido un idiota conmigo sin verdaderas razones.

Fue él quien se acercó un día y me recomendó unos cuantos ejercicios para mi tipo de cuerpo. Unas semanas más tarde, me recomendó un ejercicio distinto. Unos meses más tarde, ya se quedaba conmigo en una de las máquinas y hablábamos con bastante naturalidad, como viejos amigos.

No fue hasta dos años más tarde que se atrevió a pedirme una cita.

No te voy a engañar, me sentí como si estuviera traicionando a cierta persona, pero... habían pasado dos años, quería ponerme a prueba, me sentía un poco sola... y, honestamente, me hacía ilusión. Además, después de todo ese tiempo yendo con él al gimnasio, después de hablar casi cada día por meses y meses, había vuelto a ver al Drew que había conocido en

mi adolescencia, el dulce y bueno. Con el que había experimentado mi primer beso... y mi primera vez. Y no pude decirle que no.

Las cosas fueron bien. Tuve dos citas con él sin necesidad de besarnos. Y lo peor es que me encontré a mí misma con ganas de hacerlo.

Me sentía tan estúpidamente culpable por ello que se lo conté a Lisa, prácticamente llorando. Nunca me había sentido tan hipócrita como me sentí en ese momento. Ella intentó consolarme diciéndome que había pasado mucho tiempo, pero al final tuvo que confesarme que su hermano mayor ya estaba viendo a otra persona, así que no tenía por qué sentirme culpable.

No pude culpar a Aiden porque yo hice lo mismo que él. Empecé a salir con Drew otra vez. De hecho, mi otra primera vez fue con él. Y no me arrepiento de ello. Tuvimos una relación muy bonita. Mucho más de lo que habría pensado. Incluso llegó a prácticamente mudarse a mi piso conmigo. Adoraba pasar tiempo con él. Se convirtió en mi actividad favorita. Pero... un año más tarde nos dimos cuenta de que la cosa había dejado de funcionar y, pese a que hoy en día seguimos siendo amigos y visitando el mismo gimnasio juntos, nuestra fase romántica terminó. Y esta vez ya no creo que vuelva.

Quien sí que siguió con su fase romántica fue mi madre, que siguió saliendo con Alan y, de hecho, siguen saliendo hoy en día.

Alan cambió bastante al conocerla. Dejó de hablar compulsivamente de su exmujer y su cara normalmente inexpresiva y ensombrecida empezó a iluminarse.

Incluso llegó a ser simpático conmigo y Johnny, todo un logro.

Mi madre también cambió con él. Creo que fue por el hecho de salir con alguien de su edad, alguien que la hiciera sentir como una verdadera adulta. Dejó de vestirse de esa forma tan provocativa y de ir a emborracharse a bares cualquiera todas las noches, y empezó a encontrar placer en cosas como tener su propia casa, su propio hogar, su propia pareja y su propia vida, sin depender de nadie más.



Alan pronto dejó su trabajo de camarero en la cafetería para meterse en una oficina. Creo que se limitaba a ser el chico de las fotocopias, pero él presumía de ello 410

porque iba con traje al trabajo y, al parecer, eso le daba una categoría superior dentro de la sociedad.

Se mudaron juntos un año más tarde, juntando todos sus ahorros. Ahora, tienen un pisito pequeño pero muy bonito no muy lejos del centro de la ciudad. Y mi madre, que siempre ha parecido deambular de un lado a otro sin rumbo fijo, por fin ha encontrado estabilidad en su vida.

Papá y Grace, por su parte, siguieron como siempre, visitándome y apoyándome en todo. De hecho, me alegré muchísimo cuando me dijeron, tres años más tarde, que habían decidido casarse y formalizar por fin su relación.

No fue una ceremonia en una iglesia, con invitados y ropa formal. De hecho, fue en el ayuntamiento, sencillo, solo con la familia directa, y luego hicimos una barbacoa en el jardín trasero. Nunca, en toda mi vida, he visto a mi padre sonreír tanto como lo hizo en ese día.

Johnny vino a la boda por invitación mía. De hecho, vino con su novia chilena, aunque nunca vi su relación muy consolidada. Iban y volvían continuamente y ella lo insultaba en chileno, pero ambos parecían contentos con ello, así que yo no me quejaba mucho.

Mi jefa, la señora Myers, tampoco tuvo muchos cambios en su vida. El único fue que le tocó una lotería, pero no de las grandes. De las que te dan lo justo para un viaje o algo así. Todos pensamos que cerraría el negocio y haría algo que la llenara más, pero en su lugar reformó la cafetería y la transformó en un restaurante especializado en las ahora llamadas Maravillas de Johnny, que eran básicamente las hamburguesas de Johnny pero con un nombre más bonito para poder subirles el precio con un buen justificante. Fue todo un éxito.

También estuve muy pendiente, especialmente los primeros años, de las noticias respecto al jefe de policía y el padre de April. El padre de April fue

el primero en salir de la prisión, pero no volví a saber de él, cosa que me indicaba que había tenido que irse a trabajar de cualquier cosa porque en la liga ya nadie quería saber nada de él. El jefe de policía sí que siguió en prisión. No quise preguntar mucho del tema cuando me crucé con su esposa unos pocos años más tarde. De hecho, no nos dijimos nada la una a la otra. Nos miramos y seguimos andando como si no nos conociéramos.

Por lo que había oído, ella había recibido una gran indemnización por abusos y perjuicios o algo así —no me acordaba muy bien—. Todo el barrio había empezado a especular sobre lo que haría con ese dinero y prácticamente todo el mundo había apostado por una mudanza. Ya sabes, para alejarse de los recuerdos que le traía la casa en la que vivía y todo eso. Pero, para sorpresa de todos... se lo gastó en James.

Y no, no en algo bueno.

Al parecer, lo mandó a un campamento llamado Campamento de señoritos que no saben comportarse en sociedad. No supe muy bien qué se hacía ahí, pero sé que James estuvo en él durante dos años y, cuando volvió, no parecía la misma persona.

Casi parecía un cervatillo asustado que corría tras su madre en cuanto alguien le miraba con mala cara.

Tampoco supe mucho más de April a parte de que había ido ascendiendo poco a poco dentro del periódico en el que trabajaba y ahora, en lugar de redactar noticias, se dedicaba a revisar las de los demás y darlas por válidas o no. Básicamente, era la jefa.

411

Creo que tuvo muchas dificultades a la hora de ascender por su aspecto. Algunos creían que sería estúpida solo por ser guapa y rubia, otros decían que solo trabajaba ahí porque su padre la había metido en ese trabajo gracias a sus contactos. April hizo que se tragarán sus palabras ascendiendo por sus propios medios y, aunque cuando empezó a hacerlo la gente insinuó que seguro que lo había conseguido liándose con su jefe —como si por sí misma fuera imposible—, ella lo ignoró y siguió centrada en su trabajo.

Un caso similar es el de Gus. Sacó unas notas horribles en su último año de instituto, pero Aiden le dijo que, si conseguía aprobarlo todo, se irían juntos por un año en la caravana. Gus se esforzó y consiguió sacar una de las mejores notas de su clase, pero al final no quiso irse con Aiden. De hecho, quiso ir a la universidad y me alegró mucho saber que se había ido a vivir al piso que yo ocupaba antes. Esperaba que no le tocara una Zaida como compañera de habitación.

Ella por, cierto, no había llegado a entrar en la cárcel ni nada, pero sí había tenido que pagar una multa gigantesca por el robo de mis muebles y la posesión de drogas. Solo la he visto una vez en todos estos años, y fue bastante gracioso que fuera cuando me pidió que le firmara uno de mis libros. Creo que pensó que no la había reconocido, porque enrojeció y fingió que no me conocía para que le firmara el libro y no la echara del local.

Pero... volviendo a Gus, él sigue yendo a la universidad. Está en su penúltimo año y está estudiando derecho. Parece mucho más centrado de lo que lo parecía hace unos años y me alegro mucho por él.

Lo más gracioso fue cuando, hace uno o dos años, él y Lisa vinieron a cenar a mi casa y hablamos del día en que él se había intentado escapar de casa, se había caído por la ventana y se había roto la muñeca. Lo gracioso no fue eso, sino la cara de Lisa cuando le preguntó cómo se llamaba la chica a la que quería visitar y Gus le respondió con un Isaac.

Lisa tardó unos minutos en preguntarle si era gay, a lo que Gus empezó a reírse a carcajadas por su cara. Al final, confesó que siempre le habían gustado tanto los chicos como las chicas. Y, aunque no lo dijo directamente, enrojeció un poco al mirarme. Supongo que el crush de infancia que había tenido conmigo no le desaparecería nunca.

La doctora Jenkins, por su parte, siguió trabajando como terapeuta durante todos esos años. Y aún sigue haciéndolo hoy en día, aunque yo dejé la terapia hace bastante tiempo.

De hecho, el año pasado publicó un libro sobre cómo lidiar con la presión y las expectativas de los demás y le dieron un premio por el mejor libro de

autoayuda o no sé qué. Está claro que fui a verla a la gala de la entrega, donde ella me presentó a su marido y se puso muy contenta al verme. De hecho, empezamos a hablar de formar un proyecto en común, pero...

...para explicarlo te tengo que hablar de lo que ha sido de mí durante estos cinco años, ¿no?

Bueno... es una larga historia.

Terminé el libro en apenas una semana y me puse casi inmediatamente a mandárselo a todas las editoriales que creí que podrían llegar a estar interesadas en mí. Pero... no recibí respuestas.

412

De hecho, insistí con algunas, intenté contactar con otras e incluso llegué a volver a mandar el manuscrito a unas pocas, pero siempre terminaba siendo ignorada.

Y, entonces, unos meses más tarde... llegó el correo electrónico.

El correo electrónico que por fin me dijo que habían aceptado mi historia.

El proceso de publicación fue un poco tedioso, pero al menos terminamos con un resultado que me gustó mucho. Sinceramente, sospecho que ni la editorial ni yo teníamos muchas expectativas puestas en el libro y por eso nos sorprendimos tanto cuando, el día que lo sacamos, la gente empezó a comprarlo compulsivamente.

De hecho, empezaron a comprarlo tan compulsivamente que ahora ya llevamos siete ediciones.

En cuanto empecé a ganar dinero, tuve que tomar una decisión. Y fue la de dejar mi trabajo en la cafetería. Fue antes de que se convirtiera en restaurante y justo después de que Alan se marchara, por lo que mi jefa y Johnny parecieron especialmente tristes, pero no me dijeron que me quedara. De hecho, Johnny me dijo todo lo contrario:

—Ve a hacer que tus lectores se enamoren de ti, encanto, has nacido para eso.

Así que eso hice los años siguientes. Escribir. Y crear un grupo de apoyo junto con la doctora Jenkins para ayudar a víctimas de abuso.

Respecto al tema de escribir, mi segunda novela fue una historia de autoayuda sobre cómo superar un abuso. La tercera y última, una historia de amor de dos personas que se reencontraban tras muchos años de separación porque uno había ido en caravana y la otra se había quedado escribiendo... y se enamoraban de nuevo.

Ese último libro coincidió con mi ruptura con Drew, así que con el dinero no tardé en marcharme del piso alquilado y llevarme todas mis cosas a un piso mucho más grande y mejor comunicado en el que he vivido hasta día de hoy.

De hecho, hace dos años adopté a un gatito, Donny, que está sentado ahora mismo en mi regazo mientras escribo estas palabras.

Creo que independizarme de esa forma, empezar a tener mis recursos, ver que podía ganarme la vida si hacía el esfuerzo, si creía en mí misma... fue lo que hizo que me diera cuenta de que he sido una idiota durante demasiado tiempo de mi vida. Sí, lo he sido. He perdido todos esos años de mi vida pensando que no valía nada... cuando el primer paso siempre ha sido creer en mí misma.

Creo que eso es lo mejor que puedo decirte, querida persona que lees esto, como moraleja de esta historia. Cree en ti. En lo que te gusta. En lo que quieres hacer de verdad.

Cree en ti, porque quizá nadie más lo haga, porque tú eres la persona más valiosa de tu vida. Aunque te digan que no puedes hacer algo, no dejes que esas palabras se metan en tu cabeza. Sigue luchando, sigue levantándote y sigue creyendo en lo que vales, que es mucho de lo que atribuirán los demás. Pero eso no importa, porque lo único que importa es que tú sepas lo valiosa que eres. Y lo eres, nunca lo olvides.

He tardado mucho tiempo en darme cuenta de lo importante que es quererse a uno mismo, valorarse, apreciarse, cuidarse... ¿cuántas veces me miré al espejo y pensé que jamás podría estar orgullosa de la imagen que me devolvía? ¿Cuántas veces fui yo misma la que creyó que no era capaz de hacer nada bueno? ¿Cuántas veces esperé a que alguien me dijera algo que debería haber sabido decirme a mí misma desde el principio? ¿Cuánto tiempo perdí sin creer en mí?

413

Pero... las cosas cambian. Ahora tengo más perspectiva. Y me he dado cuenta de que no puedes culparte a ti mismo si los demás te hacen algo malo. No puedes vivir con el peso del mundo sobre tus hombros. Tienes que tomar responsabilidad de tus actos, pero solo de los tuyos. Porque si intentas cargar con la responsabilidad de todo el mundo, terminas olvidándote de la tuya propia.

Quiérete mucho, querida persona que está leyendo esto. Vales más de lo que crees. Que nadie te haga creer lo contrario por mucho que lo intente. Tu valor no se mide en lo que los demás piensan, se mide en lo que eres tú. Y eres muy especial. Para mí lo eres.

Y ahora que he dicho todo esto... quiero aprovechar este epílogo para mandarle un mensaje a la primera persona que alguna vez creyó en mí.

A mi compañero protagonista de este libro. Al que sé que lo habrá leído aunque no me haya dicho nada y aunque al principio intentara resistirse a ello... porque al final la curiosidad pudo con él.

Sí, te estoy hablando a ti, capullo.

Al Aiden real, no al personaje al que le puse ese nombre para no decir el verdadero.

Al que realmente estuvo conmigo, me apoyó y creyó en mí cuando ni yo misma yo hacía.

Lisa me contó que has estado viajando y ganándote la vida creando una pequeña comunidad de viajes en varias webs. Si te soy sincera, las he ojeado unas cuantas veces, pero solo puedo fijarme en las fotos en las que sales tú.

No sabes lo feliz que me hace verte tan relajado, tan tranquilo... como si por fin hubieras encontrado tu lugar en el mundo.

He pensado en llamarte cientos de veces durante estos cinco años, pero una parte de mí siente que sería abrir de nuevo un libro que merece ser cerrado. Y eso que tus padres me preguntan si quiero hablar contigo cada vez que los veo. Creo que tienen la esperanza de que volvamos a estar juntos algún día. Incluso Gus viene a verme de vez en cuando y me habla de que no estaría mal que fuera a cenar a casa de vuestros padres un día en que tú los visites.

¡Incluso mi padre pregunta por ti!

Le conté todo lo que habías hecho por mí y su opinión ha ido cambiando con los años. De hecho, no tiene ni idea de usar ordenadores, pero aprendió solo para poder seguirte en redes sociales y ver lo que hacías, a qué lugares ibas... creo que está muy orgulloso de ti. Incluso llegó a decirme que, de haber tenido el dinero, él habría hecho lo mismo cuando tenía tu edad.

Lisa y Grace lo disimulan más, claro... pero sé que en el fondo piensan lo mismo.

Especialmente Lisa. Cada vez que te menciono insinúa que puede pasarme tu número por si alguna vez lo necesito. Es muy gracioso ver cómo finge que no está ansiosa porque le diga que sí.

Ay, capullo... parece que el mundo quiere que volvamos a estar juntos.

O que lo estemos por primera vez, porque nunca he tenido muy claro si lo nuestro llegó a ser formal o no.

Sé que has conocido a otras personas, no te culpo. Yo también he estado con otras personas. Pero... cada vez que he estado con alguien, he sentido

que faltaba algo.

Que algo iba mal.

414

Y... creo que es obvio, ¿no? Lo que iba mal es que ninguno de ellos era tú.

Por mucho que me toquen, que me besen, que me digan cosas bonitas, me saquen sonrisas, me hagan reír... nadie nunca me hará sentir como me hacías sentir tú.

Si te soy sincera, siempre pensé que esta historia terminaría cuando por fin fuera capaz de tener sexo contigo, como si de esa forma demostrara que he superado lo que me pasó a los quince años. Pero... ahora me he dado cuenta de que el objetivo no es ese. Nunca ha sido ese.

Siempre le he dado mucha importancia al sexo, como si fuera el elemento clave para sellar una relación, un amor, un sentimiento... pero ahora sé que no es así.

El amor tiene muchas formas, niveles y manifestaciones. El amor no es lo que sientes cuando ves a alguien y sientes ganas de desnudarlo. Eso solo es atracción. Y

puedes sentir atracción por cualquiera, pero... ¿amor? No, eso es mucho más especial.

Mucho más exclusivo.

El amor se va formando poco a poco, día a día, con los pequeños detalles, con la complicidad y las sonrisas, con la confianza y el tiempo, con una relación cada vez más estrecha que transforma lo que al principio pudo ser cariño o atracción en algo mucho más fuerte, algo que no puede romperse y dura toda la vida.

Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que eso es lo que teníamos tú y yo.



Ahora entiendo por qué el sexo es solo una parte de una relación. Porque acostándome con otra persona nunca sentiré algo tan fuerte como lo que sentía cuando tú me mirabas de cerca o me decías algo estúpido porque sabías que me haría reír, o cuando te comías lo que te cocinaba por mucho que fuera asqueroso, o cuando me cuidabas, o cuando insistías en quedarte conmigo cuando más te necesitaba, o cuando sabías dejarme mi espacio... o cuando me querías cuando yo misma era incapaz de hacerlo.

Lo que tú y teníamos va más allá de sexo, de contacto, de atracción. Mucho más allá. Es amor. De ese tipo de amor del que tanto se intenta hablar en los libros y en las películas, pero que al final no puedes entender hasta que lo experimentas tú mismo y sabes que, por mucho que pasen los años, es una huella que nunca desaparecerá del todo.

No sabes lo feliz que soy de haber podido experimentarlo contigo.

Sigo pensando en nosotros, en lo que pudo haber sido si hubiera llegado un poco antes a tu casa. En si en algún momento has llegado a saber que intenté volver contigo.

En si ya has deducido por tu cuenta que, aunque nunca te lo dije, te empecé a querer mucho antes de que tú lo verbalizaras por los dos.

Y... aquí viene la cruda verdad.

Lo sigo haciendo. Te sigo queriendo.

Por primera vez en mi vida, me he leído mi propio libro. Y ha sido solo para acordarme de lo que sentía cuando estaba contigo. No te puedes imaginar lo real que sigo sintiéndolo. Y lo fuerte que siguen siendo mis emociones cuando pienso en ti.

Así que... sé que esto es una locura, que han pasado años, que hemos estado con otras personas y que probablemente hemos cambiado mucho, pero... quiero volver a verte.

Nunca pude despedirme de ti o decirte lo que sentía en realidad. Y quiero mi oportunidad para hacerlo.

Me dijiste que querías que viera Harry Potter... y que sepas que lo he hecho. Soy más Slytherin que nunca.

Me dijiste que querías una lista de reproducción... y todas las canciones de los capítulos fueron elegidas pensando en ti.

Me dijiste que querías que hiciera un esfuerzo... y he aprendido a quererme a mí misma antes de intentar quererte a ti también.

Me dijiste que querías un discurso cursi... bueno, ¿un libro entero escrito para ti es lo suficientemente cursi?

Creo que la vida nos debe una oportunidad. Ahora la veo más posible que nunca.

Y no pienso dejarla escapar. No otra vez.

Así que... ahora eres tú quien decide, capullo.

¿Sigues echando de menos a tu pelirroja amargada favorita?

Si la respuesta es un sí... ya sabes dónde encontrarme.

Aquí estaré esperándote.

**FIN**

416

417